



GUY SAJER

EL SOLDADO OLVIDADO

se

Estremecedor relato autobiográfico de un soldado de infantería alemán durante la segunda guerra mundial. Escrito de manera sencilla y directa, Guy Sajer nos traslada al frente del Este durante los años de 1942 a 1945. Todo el relato está escrito desde la perspectiva de un soldado raso, apenas adolescente, y que va siendo consciente poco a poco de la gran tragedia en la que se ve envuelto. Guy Sajer es el seudónimo de Guy Mouminoux (París, 13 enero de 1927). Su padre era francés y su madre alemana y vivía en Alsacia al comenzar la segunda guerra mundial, territorio incorporado por Hitler a la Gran Alemania. Guy Sajer terminó como soldado alemán haciendo la guerra en el frente del Este, la Unión Soviética. Tenía apenas 17 años y estaba convencido, gracias a la eficaz propaganda del régimen, de que Hitler era un verdadero caudillo y de que el ataque a los rusos se justificaba plenamente. No albergaba dudas existenciales o políticas y estaba orgulloso de su pequeño papel en la gran campaña. Así, en julio de 1942, un año después de la invasión, el soldado de segunda clase Sajer se incorporó al combate. En estos años recorrerá parte de la Unión Soviética y acompañando el retroceso los ejércitos alemanes combatirá en la desesperada defensa de Prusia. En tres años el joven se convertirá en adulto a pesar suyo, y con una suerte increíble podrá sobrevivir a las peores situaciones de una guerra que dejó a la mayor parte de sus camaradas por el camino. Perteneciendo a la división *Gross Deutschland*, una unidad de elite del ejército alemán, vivió la implacable disciplina impuesta a los soldados alemanes, y también la crueldad de un frente que fue, con mucho, el más duro de todos los frentes de la segunda guerra mundial.



Guy Sajer

El soldado olvidado

ePub r1.2

Titivillus 10.04.2020

Título original: *Le soldat oublié*

Guy Sajer, 1967

Traducción: Domingo Pruna

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1





ANIVERSARIO

EDICIÓN CONMEMORATIVA



PRESENTACIÓN

Guy Sajer... Guy Sajer, ¿quién eres?

Mis padres nacieron a unos mil kilómetros de distancia. De una distancia preñada de dificultades, de complejos extraños, de fronteras entremezcladas, de sentimientos equivalentes e intraducibles.

Yo soy el resultado de esa alianza, a caballo de esta delicada alianza con una sola vida para enfrentarme a tantos problemas.

He sido niño, pero esto no tiene importancia. Los problemas existían antes de mí, y yo los he descubierto. Después llegó la guerra. Y entonces, me uní a ella porque no hay muchas cosas a esa edad, que yo también tuve, de las que uno se enamora.

Fui brutalmente satisfecho. De pronto tuve dos banderas que honrar, dos líneas de defensa; una, la Siegfried y otra, la Maginot. Y, además, también tuve dos grandes enemigos en el exterior. Serví, soñé, esperé.

También tuve frío y miedo bajo el portal al que nunca se asomó Lili Marlene. También tuve que morir un día, y, desde entonces, nada ha tenido mucha importancia. Por esto sigo así, sin arrepentirme, apartado de toda condición humana.

Guy Sajer

Su padre es francés, del Macizo central, su madre alemana, de Sajonia. A través de las palabras de su padre, antiguo combatiente de la Gran Guerra, se imagina a los alemanes como monstruos que cortan las manos a los niños. El primer soldado alemán que ve —tiene catorce años— es en junio de 1940, en el Loiret, donde la Wehrmacht acaba de alcanzar la riada de refugiados —le parece un guerrero espléndido, un gigante. Está

deslumbrado. Admira y tiembla: van a cortarle la mano. No le cortan la mano, le dan de comer y de beber. Con los suyos vuelve a Wissembourg, en Alsacia, donde su familia está establecida desde hace unos años.

Alsacia es anexionada al Gran Reich alemán. De un campamento de juventud en Estrasburgo, pasa a un campamento de juventud en Kehl. El *Arbeitsdienst* no es muy glorioso. Sus compañeros y él envidian a los pequeños alemanes de su edad que, con el uniforme de la *Hitlerjugend*, se preparan para el gran juego de la guerra. Darían cualquier cosa por hacer lo mismo, por sentirse sus iguales.

Por un encadenamiento natural —la máquina alemana funciona bien— se encuentra como conductor en el Cuerpo de Intendencia. No es la *Luftwaffe* o la unidad combatiente con la que había soñado y en la que, a su vez, se habría cubierto de gloria. Pero, en suma, es la *Wehrmacht*. Y, a partir de octubre de 1942, está destinado en Rusia, donde se juega la gran aventura. En mayo de 1943, a los diecisiete años, ingresará en la División de élite *Gross Deutschland* para vivirla hasta el fin, hasta el extremo del horror.

Ha vuelto de ella. Marcado para siempre. Por tantos sufrimientos, por tantos muertos. Sobre todo había creído batirse por algo, por grandes cosas y le hacían saber que se había batido por nada, que sus camaradas habían muerto por nada, peor aún, por una empresa que la conciencia mundial condenaba. Él no lo comprendía. Y veía que nadie podía comprenderle, ni siquiera oírle. Estaba solo con su historia.

En 1952, durante una enfermedad, empezó a escribir en una libreta escolar la verdadera historia de aquel muchacho que...

Día tras día, volviendo sobre sus pasos, reviviéndolo todo. Al cabo de cinco años, aquello se convirtió en diecisiete cuadernos, escritos con lápiz, ilustrados con dibujos precisos como láminas de anatomía —para no olvidar nada—. Diecisiete cuadernos que él llevaba consigo a todas partes, con unas ganas furiosas, a veces, de destruirlos. Fueron leídos por algunos amigos que hicieron publicar fragmentos en una revista belga. Un día llegaron a nosotros. Helos aquí.

El estilo podrá sorprender. Ciertamente, no es el de un escritor profesional, sino sencillamente el de un hombre que, con palabras suyas y

con imágenes suyas, a veces torpemente, a menudo con brillantez y siempre con fuerza, trata de decir lo que todavía no había sido dicho.

PRÓLOGO

18 de julio de 1942. Llego a Chemnitz, a un cuartel formidable de forma circular, todo blanco. Me siento muy impresionado, con una mezcla de temor y de admiración. A petición propia, soy destinado a la 26.^a Sección de la Escuadrilla *Sturmkampfflugzeug Kommandant Rudel*. Desgraciadamente, soy rechazado por no superar los test de la Luftwaffe; sin embargo, los escasos momentos pasados a bordo de los JU-87 quedarán como unos recuerdos maravillosos. Vivimos con una intensidad que nunca había sentido. Cada día trae novedades. Tengo un uniforme nuevo, flamante y a mi medida y un par de botas menos nuevas, pero en muy buen estado. Estoy muy orgulloso de mi atuendo. La comida es buena. Aprendo también algunas canciones militares que tarareo con un horrible acento francés. Los otros soldados se ríen. Están destinados a ser mis primeros camaradas en este lugar.

La instrucción de la infantería, a la que he sido destinado, es menos divertida que la vida de aviador. La vida del combatiente es lo más duro que he conocido hasta el presente. Estoy extenuado; muchas veces me duermo en la cantina. Pero me encuentro estupendamente, y una alegría que no comprendo, sobre todo después de tantas aprensiones, está en mí.

El 15 de septiembre abandonamos Chemnitz y sus cercanías. Nos dirigimos a pie a Dresde —cuarenta kilómetros— donde cogemos un tren rumbo al Este.

Atravesamos buena parte de Polonia. En Varsovia paramos algunas horas. Con mi destacamento, visito la ciudad, principalmente el famoso gueto, o más bien lo que queda de él. Volvemos a la estación, rompiendo filas. Todos mostramos unas caras sonrientes. Los polacos también nos sonríen, las muchachas sobre todo. Algunos soldados, mayores y más

atrevidos que yo, se hacen acompañar muy amablemente al tren, que arranca de nuevo y se para definitivamente en Brest-Litovsk.

Desde aquí, vamos a pie a una pequeña localidad situada a unos quince kilómetros. Hace fresco, pero increíblemente bueno. El otoño se ha extendido ya sobre esta campiña ondulada y muy bonita. Cruzamos un bosque de árboles enormes. El *feldwebel* Laus nos invita ruidosamente a formar. A paso acompasado, desembocamos en un calvero al fondo del cual se alza un fabuloso castillo. Avanzamos, esta vez a lo largo de un vial, cantando a cuatro voces: «Erika, te amamos». Una decena de militares vienen a nuestro encuentro; entre ellos, distingo las charreteras brillantes de un oficial: un *hauptmann*.

Con perfecta sincronización llegamos a la altura de ese grupo con las últimas notas de nuestra canción. El *feldwebel* vocifera una vez más; nos paramos, tiene otra orden y, tras un «¡Izquierda, ar!» impecable, trescientos pares de botas dan un taconazo retumbante. Nos dan militarmente la bienvenida y reanudamos la marcha hacia el recinto del formidable castillo.

En el patio, pasamos lista. Los llamados forman otra fila que aumenta a medida que la nuestra disminuye. El patio en cuestión está atestado de toda clase de vehículos militares junto a los cuales medio millar de *feldgrauen*^[1], perfectamente equipados, parecen esperar una expedición. Por grupos de treinta, nos dirigimos hacia los lugares que debemos ocupar. Un veterano nos llama:

—Por aquí, el relevo. Deducimos que los chicos que están agolpados junto a los camiones abandonan esa regia morada, lo que explica evidentemente la hosca expresión pintada en sus semblantes.

Me enteraré dos horas más tarde que su nueva residencia estará en alguna parte a través de la inmensa Rusia. ¡Rusia es la guerra! ¡La guerra que yo no conozco todavía!

Apenas he dejado mi exigua impedimenta en el camastro de madera que he escogido, nos llega la orden de bajar al patio. Son aproximadamente las dos de la tarde. Aparte de las escasas galletas que nos procuramos en Varsovia, no hemos comido nada desde la última ración de queso blanco, mermelada y pan de centeno que nos dieron anoche, mientras viajábamos hacia Polonia. Evidentemente, no puede tratarse sino del almuerzo que lleva

un retraso de tres horas. En absoluto. Abajo encontramos un *feldwebel* con un mono de deporte que nos propone con expresión irónica compartir su baño aperitivo. A paso gimnástico nos lleva bastante lejos de nuestro nuevo cuartel, a un kilómetro y pico. Aquí, descubrimos un pequeño estanque arenoso alimentado por un riachuelo. El *feldwebel* pierde su expresión sonriente y ordena que nos desnudemos enteramente. Nos encontramos estúpidamente en cueros. El sargento^[*] se zambulle el primero y nos hace una seña para que lo sigamos.

Todos nos echamos a reír, pero por lo que me ataño debo confesar que me río de dientes afuera. Cuando he dicho más arriba que hacía buen tiempo, era evidentemente bueno para un paseo, pero no para un baño. No creo que la temperatura llegue a más de siete o de ocho grados. Así, pues, meto tímidamente el pie derecho en el agua verdaderamente muy fría. En este momento, un violento manotazo acompañado de una risa burlona me impulsa dentro del agua donde, para no desmayarme de pasmo, nado como un insensato. Cuando salgo, tiritando, de ese baño aperitivo, persuadido de que estaré en la enfermería por la tarde con una congestión pulmonar, busco con inquietud la toalla indispensable tras una experiencia semejante... ¡No hay toallas! ¡Nadie tiene! Nos enjugamos con nuestras camisetas. Casi todos mis camaradas no llevan encima más que esa camiseta de manga larga que sustituye a la camisa en la Wehrmacht y la guerrera que ahora visten sobre la piel. Soy un privilegiado, puesto que tengo un jersey que aislará mi piel de chiquillo del rudo paño.

A paso ligero, a fin de alcanzar a nuestro monitor que ya ha recorrido la mitad del camino de vuelta, llegamos a nuestra inmensa morada. Todos tenemos un hambre horrible y nuestras miradas ávidas buscan en vano un indicio de refectorio. Como según parece nos abandonan a nuestra suerte, un joven alsaciano tallado como un coloso se arriesga ante un suboficial mirándolo como si quisiera devorarlo.

—¿Tendremos derecho al rancho? —pregunta.

Un «¡Firmes!» atronador restalla en nuestros oídos. Nos cuadramos todos al mismo tiempo que nuestro reivindicado.

—¡El rancho se sirve a las once, aquí! —aúlla el suboficial—. ¡Habéis llegado con tres horas de retraso! De a tres por mi derecha, vamos a ir al

tiro.

Rechinando los dientes, seguimos a nuestra «madre nodriza».

Nos encaminamos por un angosto sendero a través del bosque. Nuestra formación se disloca y pronto vamos en fila india. Noto que a unos diez hombres delante de mí se produce una ligera algarabía seguida inmediatamente de un tumulto. Sigo avanzando, así como los que van detrás de mí. Pronto somos unos treinta agolpados junto al bosque donde hay tres hombres de paisano, tres polacos que llevan una cesta de huevos cada uno. Una frase circula de boca en boca.

—¿Tienes dinero? Yo, no.

No entiendo palabra de lo que dicen los polacos, pero capto de todos modos que intentan vendernos huevos. Por desgracia, no hemos percibido ninguna retribución, y entre nosotros son muy pocos los que tienen marcos.

Es para nosotros el suplicio de Tántalo, pues tenemos un hambre vergonzosa. Nos atropellamos y unas manos ávidas se hunden en las cestas. Chafamos huevos e intercambiamos golpes, en silencio, temerosos todos de represalias. No me ha salido mal. Aunque me haya hecho pisar brutalmente un pie, no he tenido que sufrir más y tengo siete huevos.

Alcanzo corriendo mi grupo y doy dos huevos a un joven austríaco gordo que me mira, estupefacto. En menos de cien metros, sorbo, con buena parte de su cáscara, los cinco que me quedan. Llegamos al campo de tiro. Hay lo menos un millar de hombres que disparan casi ininterrumpidamente. Nos acercamos a un grupo armado que viene a nuestro encuentro y nos posesionamos de sus fusiles. Me entregan veinticuatro balas que dispararé cuando me toque el turno... Nada brillante, pero estoy en la media.

Los huevos comienzan a pesarme en el estómago. No me encuentro demasiado bien... Llega la noche. Todos estamos reventados. Nuestro perro guardián nos hace formar. Armas al hombro, abandonamos el campo de tiro. Otras compañías salen en direcciones distintas. Nos encaminamos por una carretera secundaria de gravilla y me parece que no tomamos la misma ruta que a la ida.

En efecto, deberemos recorrer seis kilómetros al paso y cantando para llegar al condenado castillo. Parece ser que cantar en marcha es un excelente ejercicio respiratorio. Esta noche, como no me he muerto, he

tenido que hacerme fuelles de forja. Entre dos cantos, echo unas ojeadas hacia mis camaradas sin aliento y leo rápidamente una inquietud en todas las miradas que encuentro. Como doy la impresión de no comprender, Peter Deleige que está a un paso delante de mí en diagonal, me designa su muñeca en la que brilla un reloj, y al mismo tiempo murmura:

—Uhr. ¡Santo Dios! He comprendido. Es casi de noche, son más de las cinco, ¡y hemos fallado el rancho!

Toda la sección parece reaccionar, la cadencia de nuestros pasos se acelera. ¿Nos habrán guardado algo? Nos aferramos a esta esperanza, dominando la fatiga que amenaza derrumbarnos. El *feldwebel* avanza un paso, dos, nos mira como un atontado, se pone a vociferar, luego se recobra y añade:

—Ah, ¿conque creéis que me dejaréis atrás? Bueno, pues.

Por séptima vez entonamos, por orden suya, *Die Wolken ziehn*, y trasponemos sin acortar el paso el macizo puente de piedra que cruza los fosos. Nuestras miradas escrutan el patio oscuro, apenas alumbrado por algunos cabos de vela. Unos soldados portadores de cantimploras y platos hacen cola ante un sidecar cargado de tres enormes calderos.

A una orden del sargento, nos detenemos y esperamos la próxima voz de mando para romper filas y correr en busca de nuestros platos. Pero ¡ay!, todavía no es el momento. Este sádico nos obliga a dejar los fusiles en el armero del almacén por orden de numeración. Esto exige diez minutos más, estamos enervados.

—¡Id a ver si queda algo! —dice bruscamente—. ¡Y con orden!

Trituramos el freno hasta la puerta del almacén. Pero una vez fuera, ya no nos contiene nada. Es la embestida hacia nuestros cuarteles. Las botas claveteadas chirrían y arrancan chispas del empedrado del patio. Ochenta locos furiosos suben por la monumental escalera de piedra, empujando ante sí a los soldados que bajan. Delante de los dormitorios el atropello se acentúa, pues no hemos localizado aún la estancia y la cama que ocupamos y entramos y salimos como locos de las habitaciones en las que hemos entrado por error. Fatalmente, cuando se sale, entra un camarada. Se intercambian encontronazos, palabrotas, puñetazos. Por mi parte recibo un choque en mi casco que me lo ajustará definitivamente en la cabeza.

Algunos afortunados que han tenido la suerte de haber dado exactamente con su vajilla, bajan a galope tendido. ¡Los canallas se lo comerán todo! Por fin encuentro mi macuto y saco mi plato. En este momento, un marrano pasa con sus botas sucias sobre mi cama y tropieza con mi bagaje. El maldito plato rueda hasta debajo de la litera del vecino. Me estiro en su seguimiento y por fin lo atrapo. Alguien me pisa la otra mano.

Bajo al patio y allí, bajo la mirada benévola de nuestro suboficial, me pongo silenciosamente a la cola. Queda, por lo menos, un caldero lleno. Me tranquilizo.

Como tengo un momento de pausa, observo a mis compañeros. Todos tienen la mirada brillante de fatiga; los que, como yo, tienen la cara enjuta, están espantosamente ojerosos. Los otros, los rollizos, están lívidos.

Veo a Bruno Lensen, que ya se ha servido y se aleja poco a poco devorando el contenido de su escudilla. Farhestein, Olensheim, Lindberg y Halls hacen lo mismo. Llega mi turno y abro mi tartera. No he tenido tiempo de lavarla y dentro todavía hay pegados algunos restos de la última ración.

El cantinero vuelca su cazo en mi recipiente y, con una cuchara, me pone en el plato una buena ración de yogur. Me siento un poco más allá, en uno de los bancos que hay a lo largo del muro de las dependencias. La carrera del regreso ha tenido por lo menos la ventaja de hacerme eliminar los huevos engullidos demasiado precipitadamente esta tarde, y es con un hambre devoradora como, en la oscuridad, trago las tres cuartas partes de mi cena. No es mala. Me levanto, me acerco al haz de luz de una ventana, echo un vistazo a mi escudilla. Creo que es sémola mezclada con ciruelas pasas y trozos de carne. Todo ello lo engulliré en cinco minutos.

Como no nos ha sido distribuida bebida alguna, hago lo que los amigos y me voy a los abrevaderos del ganado donde bebo sucesivamente tres o cuatro vasos de agua helada y aprovecho para lavar mi vajilla.

Lista de la noche, reunión en una gran sala donde un simple cabo nos habla del Reich alemán. Son las ocho. Un *bataillonshornist* toca a retreta con un cornetín. Alcanzamos nuestro dormitorio donde nos dormimos enseguida.

Acababa de pasar mi primera jornada en Polonia. Estamos a 18 de septiembre. A las cinco, el día siguiente, nos hemos levantado y así ocurrirá durante quince días. Sufriremos igualmente un adiestramiento intensivo, cruzaremos cotidianamente ese maldito estanque. No ya como bañistas, sino con todo el equipo de combatiente.

Empapados, rotos, al límite de nuestras fuerzas, nos desplomamos cada noche en los jergones, vencidos por un sueño aplastante, sin tener siquiera fuerzas para escribir a la familia.

Hago grandes progresos en el tiro. Creo haber disparado más de quinientas balas, tanto en maniobra como en el campo de adiestramiento. Durante esta quincena, he lanzado asimismo unas cincuenta granadas de yeso.

El tiempo es gris, de vez en cuando llueve. ¿Será que el invierno se aproxima? Todavía no; sólo estamos a 5 de octubre. Esta mañana, el tiempo es claro. Hiela ligeramente, probablemente hoy hará buen día. Saludamos la bandera al mismo tiempo que amanece. Con el fusil en bandolera, salimos a hacer nuestra marcha a pie cotidiana.

La sección cruza el puente de piedra que salva los fosos y que retiembla bajo el martilleo de nuestros sesenta pares de botas. Laus no nos manda cantar. Durante media hora, sólo oigo el ruido de nuestros pasos. Me gusta este ruido y no siento necesidad de hablar. Respiro hondamente el aire fresco del bosque y una maravillosa sensación de vida circula por mis venas. No me explico cómo nos encontramos tan bien con todos los esfuerzos que efectuamos cada día. Todos tenemos un aspecto magnífico. Nos cruzamos con una compañía entera que está acantonada a unos diez kilómetros de nuestro acuartelamiento, en un burgo que se llama algo así como Cremenstóvsk.

Nos saludamos al pasar, nosotros vista a la izquierda, ellos vista a la derecha. Sin dejar las filas, emprendemos el paso gimnástico, luego el de marcha, y otra vez el paso ligero. Esto durará, más o menos, una hora y media. Cuando regresamos al castillo, vemos caras nuevas, muchas caras nuevas.

Durante nuestra ausencia, han llegado jóvenes reclutas. Pienso que ahora seremos a lo menos mil quinientos.

Desde luego, hay sitio. Los sargentos instructores se ocupan de los bisoños. Nos quedamos de pie junto a la entrada. Al cabo de una hora, como nadie se ocupa de nosotros, armamos los pabellones y nos sentamos al estilo moro en el empedrado del patio.

Discuto medio en francés y medio en alemán con un lorenés. Así transcurre la mañana. Lllaman a rancho y guardamos las armas antes de ir al refectorio.

Llega la tarde, y seguimos sin hacer ningún servicio, ninguna maniobra; no acertamos a creerlo. Ni hablar de ir al patio, pues pronto nos mandarían de faena. Nos escabullimos de común acuerdo al segundo piso. Aquí hay otros dormitorios. Descubrimos una escalera de caracol que nos conduce al desván y de allí al techo. El sol da de lleno sobre las macizas pizarras de la techumbre y nos tumbamos en esta con los talones apoyados en el canalón a fin de no resbalar hacia el patio.

Hace un tiempo espléndido, y sobre este techo reina un calor molesto; no tardamos en estar todos con el torso desnudo, como en la playa. Hasta que el calor se hace desagradable y, con algunos compañeros, abandono mi solarío. Y eso que resultaba muy divertido ver a los barbilampiños maniobrar como poseídos a fuerza de gritos y de broncas.

Me encuentro en el patio con ese maldito lorenés que no cesa de darme la lata con sus estudios de medicina. Como yo estoy destinado a ayudar a mi padre en la mecánica, me siento más bien cohibido. Además, ¿para qué pensar en un futuro civil cuando se acaba de ingresar en el ejército?

En el patio nadie nos llama. Me paseo libremente y, por primera vez, me fijo en la imponente masa del castillo fortificado. Todo aquí es colosal, la más pequeña de las escaleras tendrá seguramente seis metros de ancho, la menor pieza de madera, viga o arbotante está tallada rudamente y no medirá menos de cincuenta centímetros de espesor. El soportal propiamente dicho está formado por una edificación que une cuatro formidables torres redondas. El paso de ese porche tiene quince metros de ancho, veinte de largo y ocho de alto. El conjunto impone tanto por sus dimensiones que hace olvidar su aire siniestro.

Detrás de la entrada que acabo de describir y paralelamente a ella se alzan las edificaciones que prolongan el recinto. En sus extremos, otro

bloque formado por cuatro torres semejantes a las del soportal, cierra el conjunto del castillo.

Todo esto me impresiona y me gusta a la vez. En este decorado wagneriano experimento una sensación de fuerza invencible. Más allá, el horizonte se cierra, en los cuatro puntos cardinales, sobre un gigantesco bosque verde oscuro.

Los días sucesivos transcurren en un recio placer. Aprendo a conducir una gran motocicleta, luego una VW, y luego un *steiner*. Me siento tan seguro de mí que conducir esos ingenios me parece infantil; sin ser un gran conductor, me desenvuelvo con ellos en cualquier circunstancia. Somos unos quince que nos pasamos sucesivamente los mandos sin estar sometidos a la menor disciplina. Nos divertimos como verdaderos chiquillos, que es lo que somos.

10 de octubre. Sigue el buen tiempo, pero por la mañana hiela a cinco grados bajo cero. Todo el día nos adiestramos en conducir una camioneta oruga. Con este vehículo escalamos cuestas abruptas. Vamos quince a bordo. Esta máquina, prevista para ocho hombres, es muy incómoda. Nos mantenemos dentro haciendo proezas de acrobacia. Nos hemos reído todo el día, y por la noche, cualquiera de nosotros puede manejar la camioneta-oruga. Estamos molidos como si nos hubiesen apaleado.

El día siguiente, mientras nos entregamos sin descanso a una sana cultura física para luchar contra el frío de la mañana, Laus interrumpe nuestro ímpetu.

—¡Sajer! —grita.

Doy un paso al frente.

—El teniente Starfe necesita un conductor en el *Kleinpanzer*, y como ayer se distinguió usted particularmente... Vaya usted a vestirse.

Saludo y dejo las filas en tromba. No es posible... ¡Soy el mejor conductor del pelotón! Salto de alegría. En un santiamén estoy vestido y otra vez en el patio. Corro hacia el edificio reservado al mando. Inútil ir. Starfe está ahí, en el patío. Es un hombre flaco y anguloso, pero no huraño. Recibió, al parecer, una grave herida en Bélgica y sigue en el ejército como instructor. Me cuadro.

—¿Conoce usted la carretera que va a Cremenstóvsk? —pregunta.

—Jawohl, *Herr* Leutnant.

A decir verdad, no hago más que suponer que es la carretera donde a veces nos habíamos cruzado con compañías de maniobras procedentes seguramente de esa aldea. Pero estoy demasiado contento para titubear. ¡Por una vez que se me pide algo más que un ejercicio de formación!

—Bien —contesta—. Entonces, vamos allá.

Starfe me designa el camión-oruga de ayer. Detrás va enganchado un remolque de cuatro ruedas. En realidad, es un «88» de largo alcance tapado con una lona camuflada. Me siento al volante y pongo el contacto: el indicador de nivel marca diez litros, es insuficiente. Pido permiso para llenar el depósito, que me es concedido, y se me felicita por esta observación elemental. Unos minutos después arrancamos y mi vehículo pasa harto nerviosamente el soportal y el puente. Yo no me atrevo a mirar a Starfe que, a buen seguro, debe percatarse de mi deplorable comportamiento de principiante. A unos seiscientos metros de nuestro castillo, tuerzo hacia lo que creo ser la carretera de Cremenstóvsk. Durante diez minutos circulo con moderación, muy preocupado por mi itinerario. Nos cruzamos con dos carretas polacas cargadas de heno. Se hacen a un lado sin esperar el resto de mi *Kleinpanzer*. Ante la precipitación de los polacos, Starfe sonríe y me mira.

—Creerán que ibas a echarte adrede encima de ellos... Nunca pensarán que no conseguirás dominar esta camioneta —se burla.

No sé si debo reírme o considerar esto como una advertencia. Cada vez estoy más nervioso y llevo a ese pobre teniente peor que en un dromedario. Por fin llegamos ante una aglomeración de edificaciones bastante vetustas. Busco en vano un letrero indicando el nombre de una aldea, pero solamente veo chiquillos albinos que se precipitan hacia nosotros, con peligro de meterse debajo de las orugas, para vernos pasar.

Bruscamente, en la esquina de una plaza, veo un centenar de vehículos alemanes estacionados. Al mismo tiempo, Starfe me designa una casa. Es ahí, donde ondea la bandera. ¡Uf! ¡Por fin respiro! Así, pues, era realmente la carretera de Cremenstóvsk.

—Te queda una hora larga de espera —me dice Starfe—. Ve a la cantina a ver si hay algo caliente para ti.

Mientras pronuncia estas palabras, con su mano derecha me da una palmada en el hombro. Estoy muy conmovido por la amistad que me muestra este teniente a quien tanto he zarandeado durante el trayecto. Nunca hubiese supuesto que este tipo de semblante siniestro pudiese tener un gesto casi paternal conmigo. Cada vez hace más frío, pero un hálito de calor se eleva en mí.

Con paso seguro me dirijo hacia un edificio que parece la alcaldía. Un letrero reza, en negro sobre blanco.

SOLDATENS
CHENKE 27 KOMPANIE

Constantemente entran y salen soldados. Ningún ordenanza. Entro directamente, cruzo una estancia donde tres *feldgrauen* se dedican a descargar cajas de productos alimenticios y paso a otra pieza, con un mostrador en el fondo en el que se apoyan tres o cuatro soldados que discuten.

—¿Puedo tomar algo caliente? Acabo de traer un oficial, pero no pertenezco a la 27.

—¡Hum! —refunfuña el que está detrás del mostrador—. ¡Otro alsaciano que pretende hablar alemán!

Es evidente que hablo horriblemente mal.

—No soy alsaciano, sino medio alemán por mi madre —declaro.

Los soldados no insisten. El del mostrador se aleja y se mete en la cocina. Me quedo aquí, plantado en el centro de la sala, embutido en mi capote verde. Cinco minutos después, él vuelve con una escudilla humeante medio llena de leche de cabra. Añade un buen chorro de alcohol y me da la escudilla sin decir palabra.

Abrasa, pero me lo bebo de todos modos, con las miradas de todos fijas en mí. Nunca me ha gustado el sabor del alcohol, pero vaciaré a toda costa ese litro de líquido para no parecer una niña.

Dejo a ese grupo de zafios sin despedirme y me encuentro de nuevo en pleno frío. Esta vez, creo que el invierno polaco ya está aquí. El cielo sigue

encapotado, pero el termómetro señala seis grados bajo cero.

No sé, en realidad, a dónde ir. Casi no hay nadie en esta plaza. En las casas que la rodean, los polacos deben estar calentándose cerca de una buena lumbre. Me dirijo hacia el parque de vehículos donde junto a los camiones se afanan unos soldados. Cruzo algunas palabras con ellos. Me contestan sin entusiasmo. Soy demasiado joven, sin duda, para esos tipos que tendrán seguramente sus buenos treinta años. Sigo vagando de un lado para otro, cuando percibo tres hombres barbudos, embutidos en unos largos capotes de un pardo morado, que cortan un tronco de árbol con un gran serrucho. No conozco esos uniformes.

Me acerco a ellos sonriendo y les pregunto sin darle importancia, «qué tal va eso». Dejan de aserrar y se yerguen por toda respuesta. Adivino una sonrisa a través de sus hirsutas barbas. Uno de ellos es un mocetón alto y fornido, los otros dos son bajitos y rechonchos. Hago dos o tres preguntas que quedan sin respuesta. Los tíos se contentan con sonreír. Creo que se burlan de mí. En este momento oigo a mi espalda un ruido de pasos y acto seguido una observación:

—¡Déjalos trabajar tranquilos! Se diría que no sabes que está prohibido hablarles, salvo para las órdenes, por supuesto.

—De todas maneras, esos salvajes no me han contestado. Me pregunto qué diablos hacen en la Wehrmacht —replico.

—*Teufel!* —rezonga el tío que ha venido a reñirme—. Se nota que todavía no has entrado en fuego. Esos tíos son prisioneros, prisioneros rusos, y si algún día vas al frente y ves uno que no te haya visto primero, dispara sin vacilar, o de lo contrario, ya no verás ninguno más.

Me quedo asombrado, y dirijo una última mirada a los rusos que se han puesto a serrar de nuevo. Entonces, esos son nuestros enemigos, los que disparan contra los soldados alemanes, contra los soldados cuyo uniforme yo llevo. Entonces, ¿por qué me han sonreído?

Durante quince días más hago la vida de castillo con mis compañeros de la 19.^a Compañía afecta al servicio de la *Rollbahn* y olvido con ellos el triste recuerdo de la 27.^a, que sólo estaba formada por tipos huraños. En su descargo, debo admitir que aquellos hombres estaban bajo la cruz gamada desde 1940.

Aquí, en la 19.^a sólo hay hombres muy jóvenes, como yo. Todo nos sirve de pretexto para reír y, aunque el tiempo es francamente malo, todos los días afrontamos la instrucción militar al aire libre con mucho entusiasmo.

El invierno ha llegado con sus diluvios de lluvia y de nieve que transforman la tierra en una ciénaga viscosa. A primera hora de la noche, regresamos cubiertos de barro y extenuados, pero conservamos la alegría que aporta la juventud en un cuerpo sano.

Todas estas pequeñas fatigas no son nada al lado de lo que nos espera. Por la noche, nos calentamos, de todos modos, en nuestras camas confortables y bromeamos hasta que justo el sueño viene a interrumpirnos bruscamente.

28 de octubre. El tiempo no es muy frío, pero sigue siendo muy malo. Nubes grises, empujadas por borrascas de viento y de lluvia recorren el cielo las veinticuatro horas del día. Cansados de estar empapados, nuestros suboficiales han renunciado a llevarnos a hacer ejercicio. Pasamos la mayor parte del tiempo perfeccionándonos en la conducción de automóviles y en mecánica. No conozco nada más desagradable que hurgar en un motor bajo una lluvia torrencial.

El termómetro sigue alrededor de cero grados.

30 de octubre. Llueve y hace frío.

Después del saludo a la bandera nos ordenan que nos dirijamos al almacén de aprovisionamiento. Sin tratar de comprender, vamos al lugar indicado; ahí al menos no llueve. En el almacén formado por un cobertizo bastante importante, las dos primeras secciones de nuestra compañía acaban de hacerse servir. Los muchachos salen con los brazos cargados de provisiones de todas clases, mantas, calcetines, etc. A mi vez, recibo cuatro latas de sardinas de marca francesa, dos grandes salchichones de legumbres envueltos en celofán, un paquete de galletas vitaminadas, dos pastillas de chocolate suizo, tocino ahumado, y casi doscientos cincuenta gramos de azúcar en terrones. Cuatro pasos más lejos, el encargado del almacén pone sobre mis brazos abarrotados ya, un impermeable, un par de calcetines y unos guantes de lana. Junto la puerta me añaden un envoltorio de lona con la inscripción «Cura individual de primeros auxilios». Bajo la lluvia que

persiste, me uno al grupo que se ha formado alrededor de un oficial encaramado en la plataforma de un camión. Bien protegido en su largo abrigo de cuero gris verde, parece esperar a que toda la compañía se haya reunido. Cuando juzga que todo el mundo está presente, nos dirige la palabra. Habla demasiado deprisa para que yo lo comprenda perfectamente. No obstante, capto lo que sigue:

—Vais a dejar este acantonamiento para escoltar unos trenes militares hacia un puesto más avanzado. Acabáis de recibir víveres para ocho días. Guardadlos en vuestros macutos. Todo el mundo a formar dentro de veinte minutos. Podéis retiraros.

Apresuradamente, en el silencio de nuestra inquietud, vamos a nuestros acuartelamientos y recogemos nuestros pequeños bienes. Mientras cierro mi mochila, mi vecino de cama me pregunta:

—¿Cuánto tiempo estaremos fuera? —No lo sé.

—Ayer escribí a mis padres que me mandasen unos libros.

—El correo de campaña te remitirá el paquete.

En este instante, ese gran diablo de Halls me golpea el hombro.

—¡Por fin veremos rusos! —grita riendo ruidosamente.

Tengo la impresión de que se ríe por darse ánimos. En realidad, todos estamos un poco emocionados, y pese a nuestra hermosa inconsciencia, la idea de la guerra nos aterroriza.

Una vez más, nos encontramos en el patio bajo la condenada lluvia. Nos distribuyen un mauser y veinticinco balas. No sé si es el hecho de recibir estas armas, pero todos estamos cada vez más pálidos. Sin duda debe disculparse. Ninguno de mis arrogantes compañeros tiene más de dieciocho años. En cuanto a mí, cumpliré diecisiete dentro de dos meses y medio. El teniente se percata de nuestra zozobra. Para infundirnos moral, nos lee el último parte de la Wehrmacht. Von Paulus está en el Volga; Von Richthofen está ya cerca de Moscú y los angloamericanos han sufrido enormes pérdidas al tratar de bombardear las ciudades del Reich. A nuestros gritos de *Sieg Heil*, el oficial se tranquiliza. Toda la 19.^a Compañía está ahora cuadrada ante la bandera.

Laus, nuestro *feldwebel*, también está aquí, con casco y equipo completo; al costado, lleva una automática en una funda de cuero negro que

brilla bajo la lluvia. Permanecemos todos en silencio y luego viene la orden de marcha, como el estridente toque de silbato que hace arrancar a un expreso.

—Achtung; Rechts um. Raus!

En fila de a tres, abandonamos lo que fue, para los trescientos hombres de nuestra compañía, el lugar de la primera camaradería en la Wehrmacht. Cruzamos una vez más el puente de piedra y nos encaminamos por la carretera que hace un mes y medio recorrimos a nuestra llegada. Me vuelvo repetidas veces y echo una ojeada a la imponente masa gris del antiguo castillo polaco que no volveré a ver jamás, y de buena gana me abandonaría a la melancolía si la presencia de los camaradas a mi lado no consiguiera reforzar mi moral. La lluvia ha cesado. Llegamos a Bialystok, lleno de soldados, y nos dirigimos a la estación.

PRIMERA PARTE: RUSIA

(Otoño de 1942)

Capítulo I

HACIA STALINGRADO

Minsk. Kiev. El bautismo de fuego. Jarkov

Estamos ahora estacionados a lo largo de un convoy ferroviario. Nos dan orden de formar los pabellones en la grava y de quitarnos la impedimenta. Debe ser aproximadamente un poco más de mediodía. Laus ha sacado algunas provisiones de su macuto y come. Su cara, aunque poco atractiva, se nos ha hecho familiar, y su presencia nos tranquiliza. Su gesto ha sido como una señal y todos sacamos nuestros víveres. Algunos devoran lo correspondiente a dos comidas. Laus se da cuenta y se conforma con declarar:

—¡Comed! ¡Tragadlo todo...! ¡Pero no habrá más suministros antes de ocho días!

Sin embargo, tenemos la impresión de comer solamente la mitad de lo que haría falta para saciar nuestro apetito de gigantes. Nos sentimos un poco reconfortados.

Hace dos horas que estamos aquí, y el frío comienza a invadirnos. Caminamos de un lado para otro cruzando algunas bromas. Pateamos para calentarnos los pies. Algunos logran escribir; yo tengo los dedos demasiado entumecidos para intentar hacer otro tanto. Me conformo con observar. Pasan ininterrumpidamente trenes de material de guerra. Hay un gran atasco en la estación, aproximadamente a unos seiscientos metros. Esta estación de apartado está muy mal organizada: los convoyes avanzan, retroceden después por tramos de vía donde otras compañías, venidas de no sé dónde,

están de plantón lo mismo que nosotros. Ellos se apartan y dejan pasar el tren, que arranca pronto de nuevo en sentido inverso. ¡Es un verdadero lío!

El convoy al que estamos adosados parece haberse inmovilizado para siempre. Tal vez es mejor que no se ponga en marcha.

Para hacer un poco de ejercicio, me izo a la altura de las aberturas de los vagones por las que el ganado respira un poco de aire fresco. Pero en vez de ganado, este tren va cargado hasta los topes de cajas de municiones.

Hace ya cuatro horas que estamos aquí y estamos congelados, sin duda a causa de la inacción. A fin de matar el tiempo, echamos mano otra vez de nuestras provisiones. Es de noche, pero el tránsito prosigue a la luz de unas lámparas muy débiles. Laus también tiene aspecto de estar hartó; se ha calado la gorra y se ha subido el cuello del capote. Camina de un lado para otro. Debe de haber hecho así por lo menos veinte kilómetros. Hemos formado un grupito de compañeros y no nos separaremos sino mucho más adelante. Hay caras que conozco desde Chemnitz: Lensen, Olensheim y Halls, tres alemanes que hablan el francés tan mal como yo el alemán; Morvan, un alsaciano; Uterbeick, un austríaco moreno y con el pelo rizado como un bailarín italiano que se separará de nuestro grupo poco tiempo después, y yo, un franco-alemán. Entre los seis hacemos progresos tanto en una lengua como en la otra, excepto ese pelmazo de Uterbeick, que no para de tararear canciones ligeras en italiano. Esas tonadas desentonan y son totalmente ajenas a oídos más acostumbrados a Wagner que a los compositores italianos y con más razón a esos lamentos de enamorado napolitano abandonado.

Halls lleva un reloj de esfera luminosa en el que podemos ver que son las ocho y media. Nuestra salida, sin duda, es inminente. No vamos a quedarnos aquí a dormir, de todos modos... Pues, sí, desgraciadamente, sí... Una hora más tarde, muchos de nosotros hemos sacado ya las mantas y nos hemos tumbado, por las buenas, con preferencia en sitios elevados a fin de aislarnos de la humedad. Algunos han tenido la audacia de acostarse debajo de los vagones. Con tal que el tren no arranque...

Nuestro sargento se ha sentado sencillamente sobre una pila de traviesas. Fuma un cigarrillo y tiene un aspecto derrengado por sus idas y vueltas sucesivas. Por lo que se refiere a nuestro grupo, no podemos

hacernos a la idea de pasar la noche fuera. Es inadmisibile que se nos haga dormir aquí. Pronto ordenarán la salida, y los tontos que no han tenido paciencia de esperar se verán obligados a recoger sus mantas a todo correr. En realidad, mejor hubiéramos hecho imitándolos y ganando al mismo tiempo dos horas de sueño. Han transcurrido dos horas más, y seguimos sentados sobre los guijarros del balasto. Cada vez hace más frío y empieza a caer una lluvia fina. Nuestro dulce sargento está confeccionándose una choza con las traviesas. ¡No es mala idea! Pone encima su manta impermeable y el viejo zorro se encuentra completamente a resguardo de la lluvia.

Ya es hora para nosotros de encontrar un refugio digno de este nombre. No podemos alejarnos de nuestras armas, que además hemos dejado con los cañones al aire ofrecidos a la lluvia. ¡Menuda bronca tendremos después! Los mejores sitios están ocupados, por supuesto, y no nos queda más remedio que cobijarnos debajo de los vagones. Claro que nosotros hemos pensado en meternos dentro, pero las puertas están cerradas con alambres perfectamente atados.

Refunfuñando, nos instalamos en este refugio inquietante y totalmente relativo. La lluvia cae de través y pasa por debajo de los vagones. ¡Si esto es el Ejército alemán...! Estamos furiosos. Más adelante, esta pequeña cólera me hará sonreír...

Hemos logrado, lo mejor que podíamos, protegernos de esa maldita lluvia. Fue mi primera noche al raso, si puede decirse. Huelga añadir que sólo pegué los ojos breves momentos. Recuerdo haber contemplado fijamente muchos ratos el enorme eje que era el dosel de mi cama. A través de mi fatiga me parecía verlo moverse como si el tren se pusiera en marcha. Yo me despertaba sobresaltado, comprobaba que nada se movía y luego volvía a sumirme en un duermevela seguido de nuevos sobresaltos. A las primeras luces del alba, salimos de aquel albergue improvisado, ateridos, estornudando y con caras de desenterrados.

A las ocho, a formar y en marcha hacia el andén de embarque. Halls no cesaba de hacer observar que podíamos habernos quedado un día más en el castillo y salir por la mañana temprano para estar aquí a esta hora. El pobre muchacho, igual que nosotros, todavía no tenía la menor idea de las

necesidades deprimentes de la vida militar en tiempos de guerra. Era nuestra primera noche al raso y no había de ser la última. Pronto conocimos otras mucho peores.

Momentáneamente teníamos que escoltar trenes. Nuestra compañía había sido distribuida en tres largos convoyes de material militar, a razón de dos o tres hombres por vagón. Yo me encontré con Halls y Lensen en una plataforma cargada de alas con cruces negras y otras piezas cubiertas con lonas. Era un tren destinado a la Luftwaffe. Procedía, según las inscripciones que pudimos leer de Ratisbona y se dirigía a Minsk.

Minsk: Rusia. Tragamos saliva.

Nos perseguía la mala suerte, pues nos habían metido en un vagón descubierto y la lluvia se había transformado en nieve. Hacía un frío insoportable que el desplazamiento del tren acentuaba. Deliberadamente, nos metimos debajo de la gran lona que cubría un enorme motor de DO-17. El cierzo quedaba atajado, y apretándonos unos con otros logramos procurarnos un poco de calor. Estuvimos así una hora larga, riéndonos por naderías. El tren iba a unos sesenta kilómetros por hora, y no teníamos la menor idea de lo que pudiese pasar fuera. De vez en cuando, el ruido de un convoy que pasaba por nuestro lado, en sentido contrario, llegaba hasta nosotros.

De repente, a través del ruido de las ruedas, Lensen creyó percibir una llamada. Prudentemente, asomó la cabeza de nuestro refugio.

—Es Laus —dijo volviéndose despreocupadamente y tapándose otra vez con la lona.

Diez minutos más tarde, tiraron de ella y el sargento estallaba en cólera ante nuestras caras regocijadas. Laus llevaba casco, guantes y parecía en pleno servicio. Su capote y su cara estaban espolvoreados de nieve como todo el resto del tren que, detrás de su silueta, se perfilaba traqueteante. Retumbó un «¡Firmes!»». Pero las sacudidas del vagón no permitieron ejecutar la orden con la rigidez generalmente exigida para esa posición.

La escena era francamente cómica y todavía veo aquel energúmeno de Halls zarandeado de derecha a izquierda sin querer abandonar su rigidez. En cuanto a mí, mi largo capote se enganchó en una de las numerosas piezas del motor de avión y no pude erguirme completamente. Tampoco

Laus lograba encontrar una actitud digna. Irritado, apoyó una rodilla en el piso del vagón, y nosotros lo imitamos. Con un cierto retroceso, pudiera haberse creído, viendo nuestras cabezas tan cerca una de otra, que éramos un cuarteto de conspiradores que se murmuraban algún secreto al oído. En realidad, nos hacíamos regañar de una manera magistral.

—¡Qué diablos estáis haciendo ahí debajo! —chilló Laus—. ¿Dónde creéis que estáis? ¿Qué pensáis que estáis haciendo en este tren?

Halls, que era bastante espontáneo, se permitió cortarle la palabra a nuestro superior: era imposible estar en otro sitio que debajo de la lona, hacía un frío que pelaba y, además, no había nada que vigilar...

Era evidente que Halls, al decir aquello, daba muestras de una falta total de objetividad.

Como un gorila furioso, el sargento agarró a nuestro camarada por el cuello de la guerrera y le zarandeó violentamente, con una andanada de juramentos.

—¡Daré parte de esto! A la primera parada, os haré mandar a un batallón disciplinario. ¡Esto es sencillamente un abandono de puesto! Ponéis en peligro al pelotón... Si un vagón hubiese volado detrás del vuestro, ¿qué? ¡No habríais podido notar nada desde vuestro agujero!

—¿Por qué? —aventuró Lensen—. ¿Un vagón va a volar?

—¡Silencio, imbécil! Hay terroristas que se arriesgan a lo largo de las vías. Cuando no las vuelan, arrojan contra los convoyes que circulan despacio explosivos o artefactos incendiarios. ¡Estáis aquí precisamente para evitar esos actos! ¡Poneos los cascos y largaos a la parte delantera del vagón, o voy a tiraros por la borda!

No nos lo hicimos decir dos veces y, a pesar del frío que nos cortaba la cara, llegamos a los sitios indicados. Laus siguió avanzando entre los cargamentos, pasando de un vagón a otro aferrándose como podía. En realidad, el hombre no era un holgazán. Tenía una idea justa de las funciones que debía desempeñar. En ningún momento le vi eludir una misión. Es, sin duda, por esto por lo que yo le encontraba, sin haberle dirigido nunca la palabra, un lado simpático. Todos los demás *feldwebel* de la compañía eran, a mi juicio, menos exigentes en el servicio y pretendían reservarse para la faena importante; pero cuando fue necesario que lo

demostrasen, Laus hizo tanto como ellos, si no más. Era el más viejo de todos. Ignorábamos si había conocido o no el frente. En realidad, era como todos los brigadas del mundo: temeroso de las responsabilidades y haciéndonos, al mismo tiempo, la vida imposible.

En el curso de la regañina, nos hizo observar, muy acertadamente, que si no éramos capaces de soportar un poco de frío, ¿qué iba a ser de nosotros cuando tuviésemos que enfrentarnos con el enemigo? Por lo que respecta a mí, Laus me había puesto los puntos sobre las íes. Me di cuenta súbitamente de mi papel.

¿No resultaría estúpido hacernos destrozar por un anarquista cualquiera antes de haber visto otra cosa?

Corríamos entonces a través de un bosque de abetos achaparrados y cubiertos de nieve. Yo podía meditar a gusto sobre el caso de conciencia que me había hecho entrever el *feldwebel* y al mismo tiempo admirar el paisaje. La Polonia del norte estaba verdaderamente poco poblada; sólo cruzamos unas cuantas poblaciones. De pronto, bastante lejos del tren, vi una silueta que corría a lo largo de la vía. No pensé ser el único que la hubiera visto, pero nadie, aparentemente, en los vagones que me precedían, reaccionaba.

Rápidamente, manejé el cerrojo de mi mauser, lo puse en buena posición sobre la caja que estaba delante de mí y apunté a aquel que no podía ser otro que un terrorista.

Nuestro tren iba despacio: la ocasión debía de ser buena para arrojar un explosivo. Pronto, el hombre llegó a mi altura. No distinguí nada anormal en su comportamiento; era sin duda un leñador polaco que se había acercado por curiosidad. Con los brazos en jarras, miraba tranquilamente. Me desconcerté: me había preparado para disparar y nada justificaba mi gesto. No pude aguantarme: apunté un poco por encima de su cabeza y apreté el gatillo.

La detonación sacudió el aire, y la culata de mi arma, que había apoyado nerviosamente, me golpeó violentamente el hombro. El pobre hombre escapó a todo correr temiendo lo peor. Estoy persuadido de que, con mi gesto desconsiderado, he ganado un enemigo más al Reich.

El tren no había aminorado la marcha. Unos instantes más tarde, Laus, que continuaba a pesar del frío sus interminables patrullas, apareció y me miró con curiosidad.

Nosotros habíamos decidido relevarnos, a pesar de las órdenes. Dos vigilábamos mientras el tercero intentaba calentarse bajo el toldo. Hacía aproximadamente ocho horas que viajábamos sin interrupción y nos asustaba la noche que tendríamos que pasar sin duda en aquellas condiciones. Hacía veinte minutos que yo sustituía a Halls, y hacía veinte minutos que no lograba dominar mi temblor de frío. La noche se avecinaba y quizá también Minsk. Nuestro tren corría por una vía única; tanto por el norte como por el sur estábamos rodeados de bosques sombríos. Hacía un cuarto de hora que nuestro convoy había acelerado su marcha, lo cual acababa evidentemente de congelarnos. Habíamos engullido, sin embargo, buena parte de nuestros víveres por no carecer de calorías.

Bruscamente, el tren frenó. Las zapatas de los frenos chirriaban sobre las ruedas sacudiendo brutalmente los enganches. Nuestra velocidad fue pronto la de un hombre en bicicleta. Vi la cabeza del tren girar a la derecha: nos encaminábamos por una vía secundaria o de estacionamiento.

Avanzamos unos cinco minutos más y el tren se detuvo. Dos oficiales se apearon de los primeros vagones y caminaron hacia la cola del convoy. Laus y dos suboficiales más fueron a su encuentro. Hablaron entre sí, pero no nos pusieron al corriente de nada.

Mirábamos con atención a uno y a otro lado. El bosque que nos rodeaba parecía propicio a toda suerte de agresiones. Estábamos allí hacía ya unos cuantos minutos, cuando se oyó el ruido lejano de un tren. Nos habíamos apeado para dar unos pasos y calentarnos; un toque de silbato acompañado de gestos nos instó a volver a nuestros puestos. En lontananza, por la vía de la derecha, venía una locomotora humeante y con todas las luces apagadas.

Lo que entonces vi, me heló de *horror*. Me gustaría ser un escritor de talento para describir el cuadro que se ofreció a nuestra vista. En primer lugar, y esto era lo que me habían ocultado las luces apenas visibles de la máquina, un vagón cargado de material ferroviario que la locomotora empujaba ante ella; después, la locomotora, humeante y jadeante, su ténder, y un vagón cerrado cuya abertura practicada en el techo dejaba pasar un

corto tubo de estufa del que escapaba una ligera humareda, una cocina de campaña, sin duda. Detrás de aquel vagón, venía otro, de altos costados, lleno de soldados alemanes armados. Una ametralladora apuntaba al resto del convoy: los otros vagones estaban formados por plataformas más o menos semejantes a la nuestra, pero su cargamento era muy diferente. En el primero que pasó ante mis ojos estupefactos, vi delante una masa confusa. Mirando mejor, distinguí hombres apilados unos sobre otros. Detrás, otros estaban agachados o de pie, apretujados unos contra otros. Todos los vagones iban llenos a rebosar. Uno de nosotros, más listo que yo, dejó escapar tres palabras:

—Son prisioneros rusos.

Me había parecido reconocer los capotes pardos que había visto una vez en los alrededores del castillo, pero era casi de noche. Halls me miró. A pesar de las quemaduras rojas que el frío había hecho en su cara, estaba pálido.

—¿Has visto? —me dijo quedamente—. Apilan sus muertos delante de ellos para protegerse del frío.

—¡Cómo! —exclamé, estupefacto.

En efecto, cada vagón tenía su coraza de cadáveres. Petrificado por aquella visión horrenda, no podía apartar la mirada del espectáculo que desfilaba lentamente ante mis ojos. Vislumbré rostros exangües, pies descalzos atiesados por el frío y la muerte.

Acababa de pasar el décimo vagón cuando se produjo algo más terrible aún. El macabro cargamento, mal equilibrado, acababa de dejar resbalar cuatro o cinco cadáveres a lo largo de la vía. El tren fúnebre no se había parado... únicamente se le acercó un grupo formado por nuestros oficiales y suboficiales. El convoy siguió desfilando; era interminable. Impelido por no sé bien qué curiosidad, salté de mi vagón y me acerqué a los oficiales. Extraviado, saludé y pregunté farfullando si aquellos hombres estaban muertos. Un oficial me miró, extrañado, y me di cuenta de que acababa de abandonar mi puesto. Él debió darse cuenta de mi zozobra y no me hizo ninguna observación.

—Creo que sí —dijo tristemente—. Ayudarás a tus camaradas a darles sepultura.

Luego se volvió y se alejó. Halls me había seguido. Volvimos a nuestro vagón a buscar unas palas y comenzamos a cavar una fosa un poco más allá del talud. Laus y otro registraban los cadáveres en búsqueda de algún documento de identidad —me enteré más adelante de que la mayor parte de aquellos pobres diablos no tenían estado civil—. Halls y yo tuvimos que apelar a todo nuestro valor para arrastrar a dos de ellos, sin mirarlos, dentro de la fosa. Estábamos cubriéndolos de tierra, cuando el silbato de la salida nos reclamó.

Estábamos sobrecogidos. Cada vez hacía más frío. Un inmenso asco se adueñaba de mí.

Una hora más tarde, nuestro tren corría, entre dos filas de construcciones, que, a pesar de la falta de alumbrado, nos parecieron más o menos destruidas. Nos cruzamos con otro tren menos siniestro que el anterior, pero no muy reconfortante. Estaba formado con grandes vagones marcados con cruces rojas. Percibimos camillas por las ventanillas; debía tratarse de heridos graves para que los transportasen así. En otras ventanillas, unos soldados cubiertos de vendajes nos hacían señas amistosas.

Por fin, llegamos a la estación de Minsk. Nuestro tren se detuvo junto a un largo andén en el que se ajetreaba multitud de gente: militares armados, otros con uniforme de faena, paisanos, prisioneros rusos encuadrados por otros prisioneros que llevaban un brazal rojo y blanco. Estos, que solían ir armados con una *schlague* o una sólida porra, eran los delatores de los famosos «comisarios del pueblo», anticomunistas que reivindicaban el derecho de vigilar a sus camaradas. Aquello nos era muy útil. Nadie mejor que ellos para obtener un buen rendimiento de trabajo.

Hubo órdenes en alemán y después en ruso. Un gentío se acercó a nuestro tren y los trabajos de descarga comenzaron a la luz de los faros de los camiones estacionados en el andén. Tomamos parte en aquel trabajo que duró casi dos horas y nos calentó un poco. Nuevamente, echamos mano a nuestras provisiones. El tragón de Halls había agotado ya casi la mitad de las suyas en dos días. Nos acantonaron para pasar el resto de la noche en un gran edificio, donde dormimos casi decentemente.

El día siguiente nos enviaron a un hospital militar donde nos administraron una serie de inyecciones. Estuvimos allí dos días. Minsk tenía aspecto de haber sufrido realmente. Había muchas casas despanzurradas, fachadas destrozadas por la metralla. Algunas calles eran impracticables para toda clase de vehículos. Los cráteres de obús o de bombas se tocaban, se cabalgaban incluso. A veces, aquellos hoyos alcanzaban cuatro y cinco metros de profundidad. ¡Debió haber habido jaleo por allí! Pistas formadas por tablas y otros materiales cruzaban aquel caos. De vez en cuando, cedíamos el paso a una mujer rusa que llegaba cargada con un gran saco de provisiones y seguida siempre por tres o cuatro críos que nos contemplaban con ojos increíblemente redondos. Había también curiosas tiendas cuyos angostos escaparates rotos estaban sustituidos por tablas o sacos de paja. Por ver lo que vendían, Halls, Lensen, Morvan y yo, hicimos algunas incursiones por ellas. Había grandes jarros de gres, pintados de colores diferentes, llenos de un líquido donde se maceraban plantas —bebidas, sin duda— o varias clases de legumbres secas. Otros contenían una melaza indefinible, entre confitura y mantequilla.

Como no sabíamos decir siquiera buenos días en ruso, entrábamos en aquellos establecimientos hablando entre nosotros. Por lo general, los pocos rusos que se encontraban en ellos callaban y se quedaban en una actitud medio ansiosa medio sonriente. El dueño o la dueña solían acercarse a nosotros con una pálida sonrisa y nos ofrecía con gestos generosos cucharadas de aquellos famosos productos a fin de domesticar a los feroces guerreros que veían en nosotros.

A veces nos ofrecían una fina harina amarillenta mezclada con aquella melaza. No tenía un sabor desagradable y recordaba, de lejos por supuesto, a la miel. El único lado repelente era el exceso de grasa. Siempre veré la cara de aquellos rusos que sonriendo nos tendían aquella papilla diciendo algo así como: *urlka*. Nunca supe si quería decir: «Tomen, coman», o si era sencillamente el nombre del mejunje aquel. Hubo días en que nos corrimos verdaderas bacanales a base de *urlka*, lo cual no impedía que nos encontrásemos a las once en punto ante el rancho.

Halls aceptaba todo lo que le ofrecían los rusos tan cortésmente. Había momentos que me asqueaba. Presentaba su escudilla a las distribuciones de los comerciantes soviéticos que volcaban en ella riéndose unos preparados tan variados como pringosos. En su recipiente, se mezclaban el famoso *urlka*, trigo cocido, arenques salados cortados a trozos y muchas cosas más. El cerdo de Halls se tragaba todas aquellas mezclas con una satisfacción evidente.

En realidad, aparte aquellos momentos de distracción sacados en los intervalos de nuestras numerosas ocupaciones, no teníamos demasiado tiempo para divertirnos. Minsk es un gran centro de suministro del Ejército. Cargas y descargas se sucedían sin cesar.

La tropa estaba notablemente organizada en aquel sector. El correo era distribuido; había cines para los soldados con permiso, a los que nosotros no teníamos derecho, bibliotecas, restaurantes regidos por paisanos rusos, pero reservados tan sólo a los militares alemanes. Eran bastante caros y, en lo que a mí respecta, nunca estuve en ellos. Halls, que lo habría sacrificado todo para atiborrarse, gastó en ellos sus escasos marcos, y parte de los nuestros. Estaba convenido que debía contárnoslo todo detalladamente; no dejaba de hacerlo y con aliño. Y se nos caía la baba de satisfacción escuchándolo.

Estábamos mucho mejor alimentados que en Polonia y teníamos la posibilidad de procurarnos casi gratuitamente lo que deseábamos en suplemento. Era muy necesario, por lo demás. El frío, aquel principio de diciembre, se había hecho muy vivo. Alcanzaba los trece o catorce grados bajo cero, y la nieve que caía en abundancia no se fundía. Había trechos en los que alcanzaba un metro. Evidentemente, ello dificultaba seriamente el aprovisionamiento del frente y, según decían los infantes que bajaban de las avanzadillas donde el frío era más penetrante que en Minsk, los desventurados se repartían raciones ridículas. El frío y la falta de calorías engendraban numerosas dolencias físicas, tales como congestiones pulmonares, miembros helados, etc.

El Reich hizo en aquella época un inmenso esfuerzo por preservar a sus tropas de ese enemigo implacable que es el invierno en Rusia. Vimos amontonarse en Minsk, Kovno y Kiev enormes pilas de mantas, ropas

especiales, pieles de carnero, botas con gruesas suelas aislantes y cuya caña, que parecía de fieltro, estaba hecha, al parecer, de cabellos aglomerados, guantes, gorros forrados de piel de gato, lámparas-infiernillos que igual funcionaban con gasolina o con fuel que con alcohol solidificado, montañas de raciones en cajas de cartón, acondicionadas para luchar contra el clima y mil cosas más que se apilaban en los gigantescos depósitos. En Minsk teníamos de todo. A nosotros, los conductores de la *Rollbahn*, nos incumbía transportar todo aquello a los puestos avanzados, donde los desventurados combatientes lo esperaban desesperadamente.

Hacíamos más de lo humanamente posible y, sin embargo, no bastaba. Lo que hubimos de sufrir, no a causa del Ejército rojo que prácticamente no había hecho más que huir hasta entonces, sino del frío, es difícil de explicar. Más allá de los grandes centros, el cuerpo de Ingenieros alemán no había tenido tiempo de reparar las carreteras, escasas de por sí, o de abrir otras. Mientras nosotros hacíamos gimnasia aquel otoño, la Wehrmacht, tras un avance extraordinario, se atascaba con todo su material en increíbles barrizales. Después, los primeros hielos vinieron a solidificar las enormes rodadas de las pistas que conducían hacia el este. Los vehículos de los transportistas habían sufrido terriblemente en aquellos caminos por los que sólo los carros podían aspirar a una media horaria. No obstante, el endurecimiento del suelo permitió momentáneamente el aprovisionamiento de las tropas. Luego el invierno volcó masas de nieve sobre la inmensidad rusa paralizando una vez más el tránsito.

Así estábamos, aquel mes de diciembre de 1942, esforzándonos en quitar con palas la nieve que volvía a caer el mismo día para permitir a nuestros camiones que recorrieran veinte o treinta kilómetros en una mañana. Bajo la nieve, el suelo duro como una piedra, nos revelaba su siniestro relieve de protuberancias o de baches, que debíamos apisonar o volar a fin de nivelarlo. Por la tarde, nos dábamos prisa para encontrar un refugio donde pasar la noche.

Tan pronto era una barraca habilitada por los ingenieros como una isba o una casa cualquiera. A veces, nos encontrábamos cincuenta hombres apretujados en un cobijo hecho para albergar un matrimonio y dos hijos. Lo mejor eran aún las grandes tiendas especiales para Rusia. Altas y

puntiagudas como *teepees*, muy bien acondicionadas y hechas para nueve hombres, que generalmente ocupaban veinte. De todos modos, no eran en número suficiente para nuestros efectivos. Afortunadamente, habíamos hecho una *razzia* de raciones para el frío y, gracias a una nutrición suficiente, aguantábamos más o menos bien. Sólo nos lavábamos cuando era posible, es decir, muy raramente. Los parásitos comenzaban a multiplicarse en algunos de nosotros y, cuando regresábamos a Minsk, lo primero a hacer era pasar por la desinfección.

Empecé a estar hasta la coronilla de la santa Rusia y de aquel oficio de camionero. Como todo el mundo, le tenía aprensión al bautismo de fuego, pero llegué a desear servirme por fin de aquel mauser que arrastraba conmigo hacía una eternidad y que, hasta el momento, no me había sido de ninguna utilidad. Me parecía que si disparaba contra algo me vengaría del frío y de mis ampollas. Tenía las manos llagadas a fuerza de manejar la pala. Y mis guantes de lana, desgastados por aquel ejercicio, dejaban asomar la punta de mis helados dedos. Tenía tanto frío en las manos y en los pies que a ratos el dolor me repercutía en el corazón. El termómetro señalaba veinte y veintiún grados bajo cero.

Estábamos acantonados a unos veinte kilómetros al norte de Minsk guardando un inmenso parque de vehículos. Ocupábamos las siete u ocho casas de la aldea. Una sola, la mayor, estaba habitada por un matrimonio ruso y sus dos hijas. Se llamaban Jorsky y se decían originarios de Crimea, «un país muy bonito», según ellos. El marido hablaba alemán mejor que yo. Tenían una especie de cantina en la que podíamos comer y beber pagando, por supuesto. Pero allí, encontrábamos, en otro ambiente que el de nuestros acuartelamientos, algunos camaradas con los cuales bromear.

La nieve había cesado de caer, pero el frío se hacía cada vez más vivo. Hacía aproximadamente una semana que nuestra compañía estaba allí. Aquella tarde, me disponía a hacer mis dos horas de guardia. Había cruzado el parque, donde medio millar de vehículos de todas clases estaban inmovilizados y medio hundidos en la nieve. La víspera me había producido cierta aprensión recorrer aquel rincón en plena noche. Un guerrillero podía muy bien ocultarse entre los coches y matarnos fácilmente cuando pasáramos. Pero, poco a poco, me había hecho a la idea que la

guerra, si existía, debía estar en otra parte. Los únicos rusos que yo había visto eran prisioneros o comerciantes. Y sin duda no vería otros nunca.

Hecho a esa idea, me dirigía a mi puesto siguiendo los senderos que habíamos trazado en la nieve. Se encontraba a unos quince metros de los primeros vehículos. Una trinchera de un metro de profundidad conducía a él, lo que habría permitido en caso de ataque avanzar o replegarse hasta los coches sin exponerse. Los bordes de la trinchera habían sido realzados con setenta centímetros de nieve, que cada nevada nos hacía quitar. Me subí a la caja que permitía al centinela ver un poco más lejos. Iba envuelto en una manta, sobre el capote, lo cual entorpecía mis movimientos.

Me había negado a beber aguardiente porque su sabor me daba náuseas y me dispuse a tiritar una vez más. La noche era clara, y habría visto un cuervo posarse a cien metros. A lo lejos, el horizonte estaba cortado por una masa de arbustos achaparrados. Tres de las cuatro líneas telefónicas que cruzaban nuestro campamento se prolongaban en direcciones diferentes. Sus postes plantados irregularmente soportaban con dificultad los hilos, que a veces pendían hasta el suelo.

Mi nariz comenzaba a sentir la quemadura del frío, pues era la única parte del cuerpo que no llevaba tapada. Me había calado profundamente la gorra, cuyos bordes bajados tapaban más que las orejas, y encima llevaba el casco reglamentario para la guardia. El cuello del jersey que me habían enviado mis padres, se juntaba con la gorra.

De vez en cuando echaba una ojeada a lo que estaba guardando y me preguntaba qué haríamos siuviésemos que desplazar rápidamente todos aquellos vehículos. Los motores deberían ser puestos condenadamente a todo gas.

Llevaba allí una hora larga cuando en la linde del parque apareció una sombra. Salté bruscamente al fondo de mi hoyo. Antes de sacar las manos tan cómodamente escondidas en el fondo de los bolsillos, arriesgué un vistazo por encima del parapeto. La silueta venía en mi dirección; no podía ser otro que uno de los nuestros que hacía la ronda de los puestos. ¿Y si fuese un bolchevique?

Rezongando, saqué las manos de su refugio y agarré el fusil. El cerrojo, pegadizo de escarcha me mordió los dedos. Por si acaso, lo manejé y lancé

un: *Wer da?* Una respuesta lógica me llegó y mi bala se quedó en el cañón. De todos modos, hice bien de tomar aquellas precauciones elementales: era un oficial que hacía su ronda. Lo saludé.

—¿Todo va bien?

—Sí, mi teniente.

—Bueno, entonces, *Gute Weihnacht!*

—¡Cómo! ¿Es Navidad?

—Sí. Mira allá abajo.

Señalaba la casa de los Jorsky. El techo cargado de nieve descendía hasta el suelo; las estrechas ventanas estaban más iluminadas de lo que permitían las normas de oscurecimiento. En su luz, vi agitarse las siluetas de mis camaradas. Pronto, una alta llama brotó de una enorme hoguera que debieron prender con gasolina.

En el silencio de aquella helada noche, se elevó lentamente un canto murmurado por trescientos pechos. *O Weihnacht! O stille Nacht...!* ¿Sería posible...? ¡No me importaba nada lo que ocurría en el exterior del campamento! Mi mirada no podía apartarse del inmenso resplandor de la hoguera. Sus destellos iluminaban los rostros más próximos, los otros se perdían en la oscuridad. El canto se elevaba poderosamente, cantado a varias voces. No sé si es a causa de las condiciones en que se desarrollaba aquella noche de Navidad, pero no creo haber oído después nada tan bello.

Todos los recuerdos de mi primera juventud tan reciente me volvían a la memoria por primera vez desde que era soldado. ¿Qué harían aquella noche en mi casa? ¿Qué ocurría en Francia? Los partes nos habían anunciado que numerosas tropas francesas combatían ahora a nuestro lado. Aquello me reconfortaba. Alemanes y franceses iban de la mano. ¡Era formidable! Pronto dejaría de tener frío. La guerra terminaría. ¡Cuántas cosas que contar! Aquella Navidad no me había traído ningún regalo tangible, pero tantas noticias buenas sobre la armonía de mis dos países que me sentía colmado.

Ahora ya era un hombre, y rechazaba en mi interior una idea tonta que me perseguía, un pensamiento que me daba vergüenza: deseaba un juguete mecánico muy bonito.

Mis compañeros seguían cantando. En todo el frente, millones de soldados debían de cantar como ellos. Ignoraba que a la misma hora, los carros T-34 soviéticos, aprovechando la tregua que debía traer la Navidad, aplastaban los puestos avanzados en el sector de Armotovsk. Ignoraba que mis camaradas del VI Ejército donde se encontraba uno de mis tíos, morían a millares en el infierno de Stalingrado. Ignoraba que las ciudades alemanas sufrían los monstruosos bombardeos de la RAF y de las Fuerzas Aéreas de Estados Unidos.

Y nunca me hubiese atrevido a pensar que los franceses rechazaban la entente francoalemana engendrando el drama de los francotiradores y el de las represalias.

Fue la Navidad más bella que he conocido. Estaba hecha de desinterés y despojada de todo lo accesorio de mal gusto. Me encontraba solo bajo aquella inmensidad estrellada y creo recordar que sentí resbalar una lágrima por mis mejillas heladas. Aquella emoción no significaba ninguna alegría, solamente la sinceridad sentida en aquel instante.

Cuando volví, los oficiales habían hecho cesar el jolgorio y la hoguera estaba apagada. Halls me había guardado media botella de *schnaps*. Bebí unos sorbos para no decepcionarlo.

Pasaron cuatro días más, seguía helando muy fuerte y las borrascas de nieve seguían enfriando la atmósfera. Sólo salíamos para algún servicio urgente y quemábamos toneladas de leña. Las casas estaban concebidas para conservar el calor, y a veces hasta hacía demasiado. Estábamos bien. Como siempre, entonces fue cuando empezaron los inconvenientes.

Los nuestros comenzaron a las tres de la madrugada. Uno de nuestros centinelas empujó ruidosamente la puerta de nuestra isba dejando penetrar una corriente de aire glacial y dos militares. La piel azulada y rígida de sus rostros les daba la misma expresión estereotipada. Se acercaron a la estufa y no hablaron enseguida. Yo no fui el último en gritar que aquellos idiotas cerrasen la puerta. Sonó un juramento seguido de un «¡Firmes!». Como nos quedamos mirándonos, un poco sorprendidos y sin reaccionar, el que había chillado derribó de una patada la banqueta que tenía cerca. Después se abalanzó, al mismo tiempo que repetía la orden, hacia la yacija improvisada de uno de los nuestros. Con violencia, arrancó el cúmulo de mantas,

capotes, guerreras, etc., con que nuestro compañero se había tapado. A la débil claridad que arrojaba la estufa, reconocimos las charreteras de un *feldwebel*.

—¡A ver si salís de vuestras perreras, cerdos! —gritó derribando todo lo que estaba a su alcance—. ¿Quién es el jefe de dormitorio, aquí? ¡Qué vergüenza! ¿Así es cómo creéis que vamos a detener la ofensiva rusa? ¡Tenéis diez minutos para embalar vuestras basuras, o hago que os echen a todos fuera, en cueros!

Atontados de sueño, estupefactos por aquel despertar inesperado, recogimos apresuradamente nuestros efectos. Aquel loco furioso, seguido por el otro soldado aterido, salió dejando la puerta abierta y se fue a sembrar el pánico en la isba de enfrente. No comprendíamos el motivo de aquella intrusión. Aquellos tipos habían logrado llegar hasta allí en sidecar desde Minsk, según nos dijo nuestro centinela que no las tenía todas consigo. Debieron tardar bastante tiempo en recorrer los veinte kilómetros, y esto los había puesto furiosos.

Por mucho que el *feldwebel* chillara como un demente, que zarandease a varios de nosotros, necesitamos no menos de veinte minutos para estar alineados en posición de firmes sobre la nieve. El propio Laus había sido sacado de un profundo sueño y trataba de hacernos creer que estaba de acuerdo con su furibundo colega para animarnos, El *feldwebel*, que no se calmaba, nos dirigió la palabra:

—Deberéis uniros a la unidad del comandante Utráner estacionada en Minsk, antes del amanecer.

Luego, volviéndose hacia Laus:

—Tomará usted quince camiones en el parque y se dirigirá adonde le he dicho.

¿Por qué no había telefonado la orden en vez de ponerse en un estado semejante? Nos enteramos después que la línea telefónica había sido cortada en cuatro sitios mientras dormíamos tranquilamente.

Lo que nos costó poner en marcha y sacar los vehículos del parque apenas puede creerse. Tuvimos que arrastrar los barriles de gasolina y de alcohol, llenar los depósitos de los radiadores, enchufar las baterías, extenuarse en poner en marcha los motores a manivela y quitar unos metros

cúbicos de nieve para abrir un paso. Cuando, por fin, los quince camiones estuvieron listos, nos pusimos en camino hacia Minsk siguiendo la carretera nevada que tomara el *feldwebel* para llegar hasta nosotros. Uno de los vehículos dio un bandazo sobre el piso resbaladizo y tardamos a lo menos media hora en sacarlo de la cuneta donde se había metido. Tuvimos que engancharlo a otro camión que patinaba; casi toda la compañía acudió a ayudarnos y llevamos el maldito camión hasta la carretera. A eso de las ocho de la mañana, mucho antes del amanecer tardío de aquellas regiones, nos reunimos con Utráner y su regimiento. Todos aquellos esfuerzos no habían logrado calentarnos y tiritábamos, como de costumbre. No tardamos en ser dos o tres mil en una espaciosa plaza. En Minsk había una intensa efervescencia.

Pronto los altavoces colocados en diversos puntos volcaron un discurso desde el Alto Mando. Se nos hacía observar que hasta un ejército victorioso tiene sus muertos y sus heridos; que nuestro cometido era transportar a toda costa, a pesar de las dificultades de las que se decía tener conocimiento, los víveres, las municiones y todo el material que necesitaban las tropas combatientes. Nuestro convoy debía llegar por los medios que fueran a las orillas del Volga para permitir a Von Paulus llevar a término su victoriosa batalla. Mil ochocientos kilómetros nos separaban de nuestro destino. No teníamos un minuto que perder.

Desde todos los puntos de Rusia, las unidades de transmisiones hicieron prodigios para llegar a Stalingrado. El VI Ejército no quedó abandonado a su suerte, tengo motivos para saberlo. Los convoyes libraron combates sin cuartel contra las bandas rojas encargadas de entorpecer el transporte de aquel aprovisionamiento que esperaba Von Paulus; aquellas bandas, poderosas sin embargo, chocaron con unas unidades móviles temiblemente armadas que les infligieron enormes pérdidas. El verdadero enemigo, aquel contra el que la Wehrmacht no pudo nada, fue el invierno terrible que paralizó literalmente nuestros transportes. La Luftwaffe aprovisionó, mientras el tiempo lo permitió, a los desdichados combatientes de Stalingrado. Y aún después de haber abandonado los campos de aviación situados al nordeste de la ciudad mártir, los aviadores lanzaron en

paracaídas todo lo que pudieron, y sólo cesaron cuando todo despegue comportaba un suicidio.

Nos pusimos en camino después del rancho de las once. Me había quedado algo apartado de mis mejores camaradas y me encontré con dos tipos a bordo de un DKW de cinco toneladas y media cargado de armas pesadas automáticas, íbamos a buena marcha por una calzada despejada. Los paleadores debieron de haber arrimado bien el hombro por allí. A ambos lados de la carretera, la nieve apartada formaba una muralla de dos metros y medio o tres metros. Llegamos a un poste indicador erizado de media docena de rótulos orientados según los vientos. En el que indicaba la dirección que seguíamos, pude leer: «NACH PRIPET, KIEV, DNIÉPR, ICHARKOV, DNIÉPROPETROVSK».

Nuestras tropas habían movilizad a todas las personas capaces de sostener una pala e hicimos cerca de cien kilómetros en buenas condiciones. Pronto llegamos a una altura desde donde el inmenso panorama ucraniano apareció bajo una luz gris amarillenta.

Delante de nosotros, los diez o doce vehículos precedentes habían aminorado seriamente la marcha. Una compañía de soldados se esforzaba delante de ellos quitando nieve. Un gran camión empujaba un trineo armado de una especie de ventilador que expulsaba la nieve en todos sentidos. Más allá, la nieve se extendía, inmaculada, hasta el infinito con un espesor de cuarenta a sesenta centímetros. Las abundantes nevadas tapaban el paso de cada convoy y era necesario descubrir la pista con brújula. Nuestro oficial y sus subalternos se adentraron un poco más allá del terreno despejado y, con nieve hasta por encima de las botas, examinaban el horizonte preguntándose cómo lo harían para avanzar en aquel algodón. A bordo del DKW, donde todos los cristales de las cabinas estaban cuidadosamente bajados, mi compañero y yo disfrutábamos de la tibieza que nos proporcionaba el motor en marcha.

Los dos estábamos silenciosos. Hay que decir que la época no era propicia a las conversaciones ociosas. Todos íbamos en busca de un poco de bienestar. Esto puede parecer hoy algo elemental, pero durante aquel período los que tenían la suerte de aprovechar un poco de confort tenían la sensación de disfrutar de un lujo ilegítimo. Como acabo de decir, no pude

abandonarme a mis meditaciones. Ya nos hacían apeaar de las máquinas y nos distribuían palas. No había bastantes para todo el mundo. Nuestros suboficiales nos ordenaron valernos de cualquier cosa, pero había que hacer avanzar el convoy contra viento y marea. Algunos paleaban con una tabla, un casco, un plato...

Con otros dos tipos empujé la tabla trasera de un camión esperando que me sirviera de quitanieves. A pesar de toda nuestra buena voluntad y de todos nuestros esfuerzos, no logramos desprender la pesada plancha. El silbato de un *feldwebel* interrumpió aquella labor desordenada.

—¡Hum! —gruñó—. ¿Qué esperáis conseguir con ese procedimiento? Venid conmigo, vamos a buscar mano de obra. Coged vuestras armas.

Sin darlo a entender, me puse muy contento, pues prefería cualquier cosa a palear. Di las gracias interiormente a los idiotas a los que debía la técnica del quitanieves improvisado. Pisamos los talones del *feldwebel*. Yo no tenía la menor idea del lugar dónde aquel hombretón contaba con encontrar mano de obra. Desde nuestra salida de Minsk sólo habíamos atravesado dos aldeas sin vida. Con el fusil al hombro, nuestro pequeño grupo abandonó la pista trazada por nuestros camiones y torció hacia el norte. No exagero si digo que nos hundíamos en la nieve hasta las rodillas, lo cual hacía excesivamente penosa nuestra marcha.

Hacía diez minutos que me esforzaba en seguir al suboficial que caminaba a unos cinco metros delante de mí. Jadeaba y bajo mis pesadas ropas, empezaba a sentir el sudor que me resbalaba por la espalda. Mi respiración proyectaba ante mí unos largos chorros de vapor que desaparecían instantáneamente en el aire helado. Avancé, pues, mirando solamente las profundas huellas que dejaba el *feldwebel*. Intentaba poner los pies exactamente en sus huellas, pero él era más alto que yo y esto me obligaba a pegar un salto a cada paso. Evité mirar al horizonte, que, por la gran distancia, me parecía inmenso. Un ralo bosquecillo de abedules tapó pronto el convoy a nuestra mirada.

Pequeños hasta ser irrisorios, seguíamos avanzando en aquella blanca inmensidad. Yo seguía preguntándome dónde esperaba el suboficial encontrar la famosa mano de obra. Hacía ya casi una hora que andábamos.

De pronto, en la calma absoluta de los paisajes de nieve, un rugido progresivo llegó a nuestros oídos. Nos detuvimos.

—Ya no estamos muy lejos —se contentó con decir nuestra madre clueca—. ¡Lástima, ese lo perderemos!

No comprendí lo que quería decir, pero el ruido se hacía más preciso y percibí a nuestra izquierda un trazo negro que se estiraba sobre la nieve. ¡Un tren...! Había cerca una vía férrea. Como no estaba rematada por los tradicionales hilos eléctricos que siguen a los raíles por lo general, yo no había notado nada. No veía muy bien qué podía hacerse con un tren. ¿Quizá transbordar nuestra carga?

El convoy pasó muy despacio a quinientos metros delante de nosotros. Era largo; de trecho en trecho, una de las cinco locomotoras que lo arrastraban escupía una bocanada de vapor imponente que se esfumaba, sin embargo, como por encanto.

Aquel convoy debía ir provisto de un dispositivo especial para quitar la nieve. Un cuarto de hora más tarde estábamos al borde de la vía.

—Por aquí pasan muchos trenes de aprovisionamiento para nuestras tropas —dijo el *feldwebel*—. Están formados por vagones de material y también por algunos coches de viajeros para los paisanos rusos. Haremos parar el próximo y sacaremos la mano de obra entre los rusos.

Entonces comprendí.

No había más que esperar. Nos pusimos a andar de un lado para otro a fin de conservar un poco de calor. De todos modos, la temperatura se había suavizado. No debía de helar a más de diez grados bajo cero. Es por lo demás bastante increíble ver cómo podemos acostumbrarnos a una temperatura de veinte grados bajo cero. El frío nos parecía muy soportable. Había soldados que paleaban la nieve cubiertos con un jersey únicamente y aún transpiraban. Es verdad que no conozco a nadie para encajar los sufrimientos, tanto si son causados por el frío, el calor o lo que fuere, como los alemanes. Los rusos estaban todos congelados, unos más que otros. Por lo que se refiere a mí, no puedo criticarlos, pues vivía en un temblequeo casi perpetuo.

Un tren pasó ante nuestras narices sin pararse. Nuestro *feldwebel*, que hacía grandes gestos para que se detuviese, estaba furioso. Desde el tren,

unos militares nos gritaron que tenían orden de no parar bajo ningún pretexto.

Despechados, avanzábamos en el sentido de los convoyes que acababan de pasar. De todos modos, nuestra ruta debía ser paralela a los raíles; nos bastaría andar perpendicularmente a la vía férrea para encontrar de nuevo nuestra compañía. Lo malo era que estábamos lejos de la cocina y que la hora del rancho debía de haber sonado ya. Es cierto que llevaba en el bolsillo de mi capote dos rebanadas de pan de centeno, pero no me atrevía a sacarlas por miedo a tener que compartirlas. Los dos soldados con los que había empujado la nieve debían de conocerse hacía tiempo, pues hablaban entre sí y no se separaban. El suboficial iba solo delante de nosotros y yo cerraba la marcha. La vía se adentraba entre dos taludes bordeados por unos árboles raquíuticos. Los raíles discurrían en línea recta hacia el infinito. Si hubiese llegado un tren, lo habríamos visto a diez kilómetros. A nuestro alrededor, los árboles se hacían más densos y se extendían más a lo lejos.

Hacía casi tres horas que habíamos dejado nuestra compañía. Sobre la nieve todo se distingue muy bien, y yo llevaba un rato percibiendo una masa negra a unos quinientos metros, al otro lado de la vía. Diez minutos más tarde, distinguimos perfectamente una barraca, y nuestro suboficial se dirigió inmediatamente hacia ella. Debía ser una cabaña de ferroviarios o algo por el estilo. La voz de nuestro jefe se elevó:

—¡Daos prisa! Aquí hay un refugio. Esperaremos dentro.

No era mala idea. Nos reagrupamos y el joven pecoso con el que yo había montado lo del quitanieves bromeaba con su compañero. Nos dirigíamos hacia la barraca cuando una violenta detonación retumbó en mis oídos; al mismo tiempo, percibí una nubecita de humo blanco a la izquierda de la choza.

Pasmado, miré a mis compañeros. El *feldwebel* se acababa de lanzar sobre la nieve, como un guardameta para parar un balón, y armaba su subfusil. El joven pecoso se acercó a mí, tropezando, con los ojos muy abiertos y una curiosa expresión de estupor en la cara. Cuando estuvo a sólo dos metros, cayó de rodillas, abrió la boca como si fuera a decir algo, pero no dijo nada, y se desplomó hacia atrás. Retumbó una segunda detonación, seguida de un silbido modulado.

Sin comprender, me arrojé cuerpo a tierra en la nieve. El subfusil del *feldwebel* crepitaba y vi saltar nieve en el techo de la cabaña. Yo no podía apartar los ojos del joven soldado pelirrojo cuyo cuerpo yacía inerte a unos cuantos metros.

—¡Cubríos, imbéciles! —gritó el *feldwebel* al mismo tiempo que saltaba hacia delante.

Miré al amigo del pelirrojo que tenía la expresión más sorprendida que temerosa. Tranquilamente, apuntamos nuestros fusiles en dirección del bosque de donde partían aún disparos, y nos pusimos a tirar.

Las detonaciones de mi mauser me hicieron recobrar un poco de confianza, aunque no las tenía todas conmigo. Dos balas más silbaron en mis oídos. Nuestro suboficial, con un desparpajo fenomenal, se incorporó y lanzó una granada de mango. El aire fue lacerado por una explosión prolongada y uno de los tabiques carcomidos de la barraca se hizo añicos.

Con una calma incomprensible, seguí mirando en dirección de la cabaña. El subfusil del *feldwebel* continuaba escupiendo. Tranquilamente puse otra bala en la recámara de mi fusil. Cuando iba a disparar, dos siluetas negras surgieron de las ruinas de la cabaña y echaron a correr en dirección del bosque. La ocasión era buena; la mira de mi arma se destacaba netamente en negro sobre la blancura del paisaje y pronto se confundió con una de las siluetas galopantes. Apreté el gatillo..., ¡pac... uuum! ¡Fallado!

Nuestro jefe había corrido hasta la barraca y tiroteaba a los fugitivos sin alcanzarles. Al cabo de un breve instante nos hizo una seña para que acudiéramos. Salimos de nuestra rodada de nieve y nos unimos a él.

El *feldwebel* miraba algo en los escombros de la cabaña. Nos acercamos. Un hombre estaba adosado al tabique; su rostro de hirsuta barba estaba vuelto hacia nosotros y sus ojos parecían humedecidos. Nos miraba sin decir palabra. Sus vestiduras de pieles no eran militares. Seguí fijándome en él y mi mirada se detuvo en su mano izquierda: estaba inundada de sangre. También le manaba sangre del cuello. Me sentí desazonado por él. La voz del *feldwebel* me sacudió.

—¡Guerrillero! —gritó—. ¡Eh...! ¡Ya sabes lo que te espera! Apuntó su arma contra el ruso, quien tuvo miedo y rodó un poco más al fondo del chamizo. Al mismo tiempo, yo retrocedí también.

El alto suboficial acababa, sin embargo, de colgarse su subfusil.

—¡Encargaos de él! —ordenó dirigiéndose hacia nuestro herido.

Llevamos el guerrillero al exterior. Gemía y nos dirigía palabras incomprensibles.

Progresivamente, el ruido de un tren llegaba a nosotros. Pero iba en sentido contrario; volvía a la retaguardia. Logramos pararlo. Tres soldados embutidos en grandes abrigo de piel de reno saltaron del primer vagón. Uno de ellos era un teniente; nos cuádrámos.

—¿Qué diablos estáis haciendo ahí? —gruñó—. ¿Por qué nos habéis hecho parar?

El suboficial dio explicaciones a propósito de la mano de obra.

—Este tren no lleva más que moribundos y lisiados —dijo el teniente—. Si hubiese llevado soldados de permiso, os habría pasado unos cuantos. Desgraciadamente, no puedo hacer nada por vosotros.

—Tenemos dos heridos —aventuró el *feldwebel*.

El teniente se acercó inmediatamente al pequeño pelirrojo inanimado.

—¿No veis que está muerto? —No, mi teniente, respira débilmente.

—Ah, sí, puede ser. Pero dentro de un cuarto de hora...

Hizo un gesto evasivo con la mano y concluyó:

—Conforme, nos lo llevamos.

Llamó a dos camilleros esqueléticos que cargaron a nuestro joven compañero. Cuando lo levantaron, me pareció percibir una mancha oscura en mitad de su espalda, pero no hubiese podido decir si era sangre mezclada con el verde de su capote u otra cosa.

—¿Dónde está el otro? —preguntó impacientándose el teniente. Ahí, junto a la barraca.

Cuando el teniente estuvo al lado del moribundo, exclamó:

—¡Cómo! ¿Quién es?

—Un ruso, un guerrillero, mi teniente.

—¡Ah! ¿Sí? —gritó él—. ¿Y creéis que voy a cargar con uno de esos canallas que nos tiran por la espalda, como si la guerra de cara no bastase?

Dio una orden a los dos soldados que lo acompañaban, y estos se dirigieron hacia el desventurado tendido en la nieve. Sonaron dos detonaciones.

Un cuarto de hora más tarde, estábamos en el camino de regreso. Nuestro suboficial había abandonado su idea de mano de obra improvisada. Intentaríamos alcanzar nuestra compañía que no debía de haber progresado mucho.

Yo acababa de recibir mi bautismo de fuego. No puedo siquiera hablar de la impresión que me produjo, pues, no lograba coordinar mis pensamientos. Había algo absurdo en los sucesos de aquel día; las huellas del *feldwebel* en la nieve eran gigantescas. Distraído, busqué al joven pelirrojo que hubiese debido estar a nuestro lado. Todo había ocurrido tan deprisa que no conseguía captar su importancia y, sin embargo, dos hombres acababan de morir inútilmente. El nuestro no tenía aún dieciocho años.

La noche había caído hacía largo rato cuando alcanzamos a la compañía. Era una noche fría y clara y el termómetro bajaba vertiginosamente.

A pesar de nuestra marcha forzada de cuatro horas, estábamos ateridos y hambrientos. La cabeza me daba vueltas, tan exhausto estaba por la fatiga y el frío. La respiración se me helaba en la bufanda que me tapaba hasta los ojos.

Desde bastante lejos habíamos visto nuestro convoy que destacaba en negro sobre el blanco de la nieve. No había adelantado mucho desde que lo dejamos. Los camiones estaban allí, hundidos hasta el chasis en la costra blanca helada que se pegaba en gruesas placas a las ruedas y a los guardabarros. Casi todos los soldados estaban refugiados en las cabinas, y, tras haber mordisqueado algunos víveres, se habían arropado con todo lo que encontraron. Extenuados, intentaban, a pesar de la temperatura, dormir. Más lejos, dos pobres tipos designados para la guardia se golpeaban una bota con la otra para calentarse los pies.

Dentro de las cabinas, a través de los cristales completamente cubiertos de escarcha, percibí, a un lado y a otro, el resplandor de una pipa o de un cigarrillo. Salvé el costado de mi camión y busqué en la oscuridad mi macuto y mi escudilla. Tragué rápidamente, sosteniendo el recipiente con los dedos entumecidos, un líquido infecto que parecía puré de soja, y helado

por si fuese poco. Era tan malo que tiré el resto fuera del camión. En compensación, devoré una ración acondicionada.

Fuera, alguien hablaba. Me asomé para verlo. Acababan de encender en un hoyo de nieve una pequeña hoguera que brillaba gozosamente. Salté rápidamente al suelo y corrí hacia aquel manantial de luz, de calor y de alegría. Allí había tres muchachos, uno de los cuales era el *feldwebel* de aquella tarde. Este rezongaba mientras partía tablas sobre su rodilla izquierda.

—Estoy harto de tener frío; el invierno pasado tuve una congestión. Si eso me ocurre aquí, reventaré. Por otra parte, si somos espiados, nuestros cacharros se ven a dos kilómetros. No serán unas astillas encendidas las que harán que nos localicen.

—Tiene usted razón —repuso un tipo que tendría por lo menos cuarenta y cinco años—. Los rusos, guerrilleros o no, están en sus camas bien calientes.

—Me gustaría mucho estar en casa —dijo otro contemplando la llama.

Estábamos todos casi dentro de la hoguera por sentir el mayor calor posible, salvo el alto *feldwebel* que se empeñaba en hacer pedazos una caja.

Bruscamente, nos llamaron.

—¡Eh, vosotros!

Una silueta se acercaba por entre los camiones. En la oscuridad se distinguía en su gorra una insignia plateada que brillaba. El viejo y el *feldwebel* ya pisoteaban el fuego. El *hauptmann* estaba ahora junto a nosotros. Nos pusimos firmes.

—Pero ¿qué os ha dado? ¿Os habéis vuelto locos? ¿No conocéis la consigna? Puesto que habéis salido para pasar la velada al calor de la hoguera, coged vuestras armas y patrullad por los alrededores. Vuestra idiotez ha atraído, sin duda, invitados a vuestro jolgorio. Procurad interceptarlos. ¡En patrulla de a dos hasta la salida! ¿Comprendido?

¡Lo que nos faltaba! Con la muerte en el alma, fui a buscar otra vez el maldito fusil. Estaba reventado, derrengado, congelado, ¡qué sé yo! No, nunca tendría fuerzas para volver a pisar aquella nieve abominable cuya superficie endurecida ocultaba treinta o cuarenta centímetros de polvo blanco y en la que mis botas desaparecían. Sentía un furor al que no podía

dar libre curso. La fatiga me impedía reaccionar. Como pude, me reuní con mis compañeros de infortunio. El *feldwebel* decidió que el viejo de cuarenta y cinco años y pico y yo haríamos la primera patrulla.

—Os relevaremos dentro de dos horas. Será menos duro para vosotros.

Nunca he comprendido por qué, pero tuve el presentimiento de que aquel gran cerdo me había puesto adrede con el viejo. Él prefería sin dudar patrullar con el otro que aparentaba tener veinticinco años, y tenía el aspecto sólido, más que con un chiquillo de diecisiete años como yo o un anciano como el que me acompañaba. Me alejé, pues, con mi compañero de equipo, convencido de que éramos muy vulnerables. A los primeros pasos tropecé y me caí cuan largo era. Me desollé las manos en la nieve dura y helada. Cuando me incorporé, me costó mucho reprimir unas ganas enormes de llorar.

El viejo era un tipo estupendo. También él parecía estar harto.

—¿Te has hecho daño? —me preguntó con tono paternal.

—¡Mierda! —le repliqué en francés.

No contestó nada. Hundió un poco más la cara en su capote y me dejó pasar delante. Yo no sabía muy bien adonde ir. No importaba nada. Lo cierto era que daría media vuelta tan pronto la masa oscura del convoy no fuese visible. Me adelanté netamente a mi compañero, a pesar de mi fatiga. Avanzaba nerviosamente, respirando lo menos posible, pues el aire estaba helado y me quemaba la nariz. Al cabo de un momento, no pude más, las rodillas empezaron a temblarme y rompí a llorar. No comprendía lo que me pasaba. Vi claramente mi familia, Francia, la época en que jugaba con el mecano con un amiguito. ¿Qué estaba haciendo yo allí? Recuerdo haber dicho en voz alta, entre dos sollozos:

—Soy demasiado pequeño para ser soldado.

No sé si el otro había comprendido o no mi desamparo, pero cuando llegó junto a mí creyó oportuno decir:

—Andas deprisa, pequeño. Tienes que disculparme si no puedo seguirte. En principio, no debí ser soldado. Había sido declarado inútil para el servicio antes de la guerra, pero, hace seis meses, fui incorporado. Necesitan a todo el mundo, ¿sabes? En fin, esperemos que nos sea posible salir de esta.

Como yo no comprendía gran cosa de los acontecimientos de la época y me hacía falta un responsable y un desahogo para mi mal humor, me puse a meterme con los rusos.

—¡Y todo por culpa de esos cerdos rusos! ¡Son asquerosos! El primero que encuentre, me lo cargaré.

En el fondo, no conseguía olvidar el caso de aquella tarde: el guerrillero y su ejecución, que me había sobrecogido. El pobre viejo me miró estupefacto, preguntándose si no se las había con un militante del partido o con un verdadero limpiador de trincheras.

—Sí —contestó con tono medio en broma medio en serio—, puede decirse que nos las hacen pasar negras. Sería mejor dejarles que se apañasen entre ellos. No van a estar siempre bajo el yugo bolchevique. A nosotros, en el fondo, eso nos tiene sin cuidado.

—¿Y Stalingrado? ¡Bien hay que llevar el aprovisionamiento a los del VI Ejército! Mi tío está allí... ¡Vaya lío que debe haber! —Seguro que hay lío. No se sabe todo. Les costará mucho vencer a Zhúkov.

—Zhúkov abandonará, como en Jarkov y en Zhitomir. No es la primera vez que el general Von Paulus le hace salir corriendo.

Se calló. Como vivíamos sin muchas noticias del frente, la conversación se acabó allí. Yo no podía sospechar, evidentemente, que la suerte de Stalingrado estaba ya casi echada, y que los soldados del VI Ejército combatían sin esperanza, con una heroica tenacidad y en unas condiciones espantosas.

El cielo estaba estrellado. El claro de luna me permitía consultar a cada instante el reloj pulsera de escolar, recuerdo de mi certificado de estudios en Francia. El tiempo no corría. Aquellas dos horas me parecían un siglo. Andábamos despacio contemplando la punta de nuestras botas que se hundían a cada paso en la nieve. No hacía viento, pero el frío cada vez más vivo nos traspasaba literalmente.

De dos horas en dos horas estuvimos tiritando durante toda aquella maldita noche. Entre cada turno de guardia, sólo hice un descanso muy relativo. La amanecida, que me sorprendió paleando nieve, iluminó mi rostro chupado de fatiga.

Las primeras luces del alba trajeron un frío más intenso todavía. Los guantes de lanza que habíamos recibido al partir estaban desgastados y envolvíamos nuestras manos abrasadas por el hielo en trapos o en el par de calcetines de reserva. A pesar del ejercicio de la pala, el frío era inaguantable. Nos dábamos palmadas en las caderas y pateábamos para hacer circular nuestra sangre enfriada. El capitán, compasivo, ordenó que calentasen un sucedáneo de café, que nos sirvieron hirviendo. Fue bien recibido, pues por la mañana, como desayuno, sólo habíamos tenido queso blanco helado. El cabo cantinero acababa de notificar que el termómetro colgado en el exterior de su camión registraba treinta y un grados bajo cero.

Los días sucesivos, cuyo número he olvidado, quedan en mi memoria como una pesadilla helada. La temperatura varió entre veinticinco y treinta y dos grados bajo cero. Hubo un día horrible en el que se levantó viento y en que, a pesar de las órdenes y de las amenazas de nuestros oficiales, abandonamos las palas para ponernos al cobijo de los camiones. Aquel día, el frío alcanzó los treinta y siete grados bajo cero. Creí morirme. Ya nada nos calentaba. Orinábamos en nuestras manos entumecidas para calentarlas y con la esperanza de cauterizar las grietas que nos surcaban las falanges.

Teníamos cuatro enfermos graves, aquejados de congestión pulmonar y de bronconeumonía, que gemían en las camillas improvisadas en un vehículo. Nuestra compañía sólo contaba con dos sanitarios que no podían hacer gran cosa. Además de aquellos enfermos, cuarenta hombres más sufrían quemaduras de frío. Algunos tenían sabañones infectados en la punta de la nariz, en los párpados, en las orejas y, sobre todo, en las manos. Personalmente, yo no estaba afectado, pero cada vez que movía los dedos se me abrían y cerraban hondas grietas que rezumaban sangre. Las manos me dolían horriblemente a ratos y el dolor me repercutía en el corazón. No cuento las veces que, en el colmo de la desesperación, se me saltaron las lágrimas. Como cada uno tenía sus dolencias, nadie hacía caso de los gemidos ajenos.

Fui dos veces hasta el camión cantina, que también servía de enfermería, para hacerme lavar las manos con alcohol de noventa grados. El dolor alcanzaba entonces su paroxismo y me arrancaba gritos. Después, las manos se mantenían calientes unos instantes.

La alimentación, insuficiente en calorías, contribuía a agravar la situación. De Minsk, de donde habíamos salido, a Kiev, final de nuestra primera etapa, había aproximadamente cuatrocientos kilómetros. Dadas las dificultades de la ruta, nos distribuyeron víveres para cinco días. Tardamos ocho días en efectuar el trayecto. Vale decir que nos vimos obligados a echar mano del suministro que transportábamos para los combatientes. Entretanto, de los treinta y ocho vehículos que componían nuestro *Rollbahngruppe*, el 126.º, tuvimos que abandonar tres por averías mecánicas; los destruimos con su cargamento para que no cayesen en manos de los francotiradores. Dos de los enfermos graves —entonces había siete— habían muerto. Las quemaduras del frío habían hecho otras víctimas, y a algunos desgraciados hubo que amputárseles miembros helados.

Tres días antes de nuestra llegada al final de la primera etapa habíamos cruzado lo que debió de haber sido la línea de defensa rusa ante Kiev. Durante unas horas pasamos por entre esqueletos de carros, camiones, cañones y aviones despanzurrados o carbonizados en una fila que se prolongaba hasta perderse de vista. Aquí y allá, cruces o estacas con una tablilla inclinada señalaban la inhumación apresurada de millares de soldados alemanes o rusos caídos en aquella llanura.

A decir verdad, había habido más rusos muertos que alemanes, sólo que, en la medida de lo posible, los soldados del Reich habían sido enterrados más decorosamente, en tanto que cada emblema ortodoxo indicaba la fosa de diez o doce soldados soviéticos.

El paso a través de aquel osario no nos reconfortó, naturalmente. Nos resultó particularmente penoso porque la nieve cubría monstruosos cráteres, vestigios de los bombardeos de aquella batalla. Tuvimos que rellenar más o menos los que se encontraban en nuestro camino.

Por fin nuestro convoy llegó a Kiev. La ciudad, muy bonita, había sufrido poco. El Ejército rojo intentó detener a la Wehrmacht en la línea que acabábamos de cruzar. Agotada la resistencia, prefirió abandonar el terreno hasta más allá de la ciudad para evitar que fuese destruida como Minsk. Kiev representaba nuestra primera etapa. Estaba a mitad de camino entre

Minsk y Jarkov. Nuestra meta, Stalingrado, se encontraba todavía a más de mil kilómetros.

Kiev era un gran centro estratégico donde las unidades procedentes de Polonia, como nosotros, y de Rumania se reagrupaban, se reformaban y se aprestaban para la ofensiva destinada a progresar hacia el Cáucaso y el mar Caspio. Más que en Minsk, la ciudad hormigueaba de militares y de vehículos de guerra, con la diferencia que aquí reinaba una atmósfera de alarma que yo no había conocido en los demás sitios.

Nuestro 126.º Grupo entró, pues, en los arrabales de la ciudad donde tuvimos que detenernos en espera de las órdenes de reagrupamiento de la *Kommandantur*.

Una vez más, nos atascábamos en la calzada cubierta de una capa de nieve apisonada y endurecida que formaba una verdadera pista de esquí. Nos creíamos al término de nuestras penalidades y cada uno acechaba al *Kommandergruppe* que nosotros creíamos que iba a conducirnos hacia nuevos alojamientos.

Nos llevaron al servicio de higiene que verdaderamente fue bien recibido, pues hay que tener en cuenta que el frío no nos había permitido hacer abluciones cotidianas, íbamos asquerosamente sucios y cubiertos de miseria.

Los heridos graves fueron hospitalizados, pero siete solamente fueron reconocidos como tales. Para los demás, el viaje continuaba. Sólo pasamos siete horas en Kiev.

Al salir del servicio sanitario, que estaba notablemente bien instalado, nuestro grupo fue invitado a formar en la explanada nevada que se extendía delante del edificio. Un *hauptmann* llegó precipitadamente en un *Volkswagen* y, sin apearse del coche, se volvió hacia nosotros y nos dirigió un pequeño discurso:

—Soldados alemanes, conductores... A la hora en que las conquistas del Reich se extienden sobre un territorio inmenso, de vosotros depende asegurar con vuestra abnegación la victoria de nuestras armas. A vosotros os toca acelerar la cadencia de aprovisionamiento que necesitan las tropas combatientes. Ha llegado la hora para vosotros de cumplir con vuestro deber en este frente que conocéis perfectamente, y que es la carretera de mil

obstáculos donde ya habéis prodigado vuestros esfuerzos. Desde nuestras fábricas, donde nuestros obreros reúnen todas sus fuerzas para forjar las armas necesarias, pasando por vuestras agotadoras carreras hacia nuestros heroicos combatientes, a ninguno de nosotros nos es permitido concedernos un solo momento de tregua mientras un soldado alemán pueda padecer de falta de armas, de víveres o de ropas. La nación ha puesto todos sus recursos en juego para asegurar lo indispensable a los soldados del frente, que les permita conservar su entusiasmo y su confianza en nuestra solidaridad. Ninguno de nosotros tiene derecho a flaquear y abandonarse a un desaliento pasajero. Ninguno de nosotros tiene el derecho de dudar de nuestro ánimo que cada día confirman nuevas victorias. Nuestros sufrimientos son iguales para todos, y nuestra manera de soportarlos en comunidad es la mejor manera de superarlos. No olvidéis jamás que la nación os lo debe todo y que, a cambio, lo espera todo de vosotros, hasta el sacrificio absoluto. Aprended a sufrir sin quejaros, porque sois alemanes. *Heil Hitler!*

—*Heil Hitler!* —clamó nuestro suboficial.

—*Heil Hitler!* —repitió el grupo.

El *hauptmann* carraspeó y prosiguió con tono menos teatral:

—Formáis una agrupación completa, así que os uniréis a la salida de la ciudad por la *Rollbahn* hacia Jarkov con los Grupos 124.º y 125.º. Vuestra formación irá acompañada por una sección de combate motorizada perteneciente a la División Panzer de Stülpnagel. Está destinada a proteger vuestro convoy contra los terroristas que intentasen entorpecer vuestro avance. Como podéis comprobar, el Reich alemán lo pone todo en movimiento para facilitar vuestra tarea.

Saludó, e inmediatamente el ordenanza embrogó.

Encontramos a las otras dos fracciones de nuestra compañía en el punto indicado, a fin de formar la 19.^a *Kompanie Rollbahn* del comandante Utráner. La primera idea que se me ocurrió fue que iba a encontrar fatalmente a mis compañeros de Bialystok. A menos que hubiesen sido trasladados. No sabía si habían salido después o antes que nosotros de Minsk, pero lo cierto era que la 19.^a estaba cambiada. Nuestro inmenso convoy poseía ahora una cocina de campaña que servía ranchos calientes...

Esto era verdaderamente importante para nosotros. Antes de la salida, nos sirvieron un copioso yantar que nos hizo mucho bien y contribuyó verdaderamente a elevarnos la moral. El frío parecía haberse estabilizado a veinte grados bajo cero, lo que considerábamos como una mejora. Es verdad que acabábamos de pasar a la ducha y que nos habíamos cambiado de ropa interior. No tuve ninguna dificultad en encontrar a Halls, a quien reconocí fácilmente por sus gestos exuberantes.

—¿Qué te parece este tiempo, jovencito, y el restaurante? Llevaba diez días sin comer nada caliente. Creímos reventar de frío en ese maldito tren.

—¡Con que ibais en ferrocarril, hatajo de potrosos!

—¡Hatajo de potrosos! ¡Anda que si hubieras visto cuando la locomotora reventó y produjo una nube de vapor enorme que subió a lo menos a cien metros, con cuatro muertos y siete heridos! Morvan quedó estúpidamente herido durante el desescombros, que duró cinco días. Yo fui con una patrulla a cazar terroristas; encontramos dos tipos que se escondían en un *koljoz*. Fue un labriego que había sido desvalijado quien nos dio la pista, y luego nos invitó a ir a su casa y nos ofreció un festín.

No dejé, a mi vez, de contarle mis aventuras. Aquello nos hacía mucho bien a los dos. Mientras tanto, nos topamos con Lensen y Olensheim. Estábamos tan contentos de volvernos a ver, que, espontáneamente, nos cogimos por los hombros y remedamos una danza polaca riendo a carcajadas. Algunos tipos más viejos que nosotros nos miraban, asombrados, sin comprender nada de nuestra súbita alegría. En realidad, nada justificaba en aquel decorado gris y helado una exuberancia semejante.

—¿Dónde está Fahrstein? —pregunté.

—¡Ja, ja, ja! —se rio Lensen—. Está tranquilamente en su camión. Se torció un tobillo y lo tiene tan hinchado que no se puede quitar la bota y espera que se deshinché.

—Se aprovecha el muy listo —dijo Halls—. Si cada vez que yo me he torcido el pie me hubiera hecho dar de baja...

La orden de marcha interrumpió nuestra conversación. Volvimos a nuestros puestos respectivos. Yo me encontraba mucho más en forma. Saber que mis camaradas estaban allí, a unos pasos más lejos, me había reconfortado el corazón y me hacía olvidar que cada vuelta de rueda me

acercaba al frente. Pero aún estaba muy lejos. Corríamos por malas carreteras nevadas y resbaladizas. A ambos lados, un muro de nieve amasada por el desescombros nos ocultaba el paisaje. De vez en cuando, por un resquicio, percibíamos los vestigios de combates espantosos que se habían librado en aquella región el año anterior. Durante unos centenares de kilómetros, la carretera destripada y aplanada apresuradamente nos hizo caminar a través de aquel caos de guerra.

Allí, la Wehrmacht, compuesta por las tropas de Von Weichs, Guderian, Von Reichenau y Von Stülpnagel, había arrebatado el terreno a los soviéticos en unos combates terribles que habían durado semanas. Parece ser que los rusos habían dejado varios cientos de miles de prisioneros entre Kiev y Jarkov. En cualquier caso, el material de guerra ruso abandonado allí bajo la nieve bastaba para hacerme creer que al enemigo no le quedaban ya muchas armas para batirse.

El tiempo se había suavizado un poco, pero nos trajo ventiscas y tuvimos que recurrir de nuevo a la pala. Afortunadamente, una parte de la columna blindada de acompañamiento se unió a nosotros al cabo de dos días. Los carros de combate escoltaban a cuatro o cinco camiones que, con ayuda de sus motores, lograban avanzar resbalando y derrapando.

Pero pronto las nubes bajas desaparecieron y un cielo azul muy pálido iluminó nuestra aventura. Al mismo tiempo, el termómetro bajó verticalmente y el frío punzante volvió a sorprendernos en aquella maldita estepa rusa. De vez en cuando, un grupo de aviones alemanes llegaba al horizonte y pasaba por encima de nuestra columna roncando. Hacíamos grandes gestos a los pilotos que nos respondían batiendo alas.

Más arriba, escuadrillas de JU-52 pasaban lentamente, dirigiéndose hacia el este. Los ranchos calientes no lograban ya calentarnos. De nuevo las quemaduras del frío mordieron mis manos doloridas. Esa vez, afortunadamente, teníamos un médico en el convoy. Cada vez que el convoy se detenía para la distribución de la comida, hacíamos cola en su coche para que nos curase. Me untó las manos con una pomada grasa y bienhechora que debía conservar todo lo que pudiese. Aquella mixtura calmaba el dolor de mis grietas y preservaba las manos del frío. A menos que una necesidad cualquiera me obligara a sacarlas, llevaba las manos

hundidas en los grandes bolsillos del capote, cuidando de no dejar el ungüento en el áspero paño.

Yo pasaba largas horas en la cabina de un *Renault* de tres toneladas y media traqueteando de una rodada a otra. De vez en cuando, era preciso, desde luego, quitar la nieve que se acumulaba entre el guardabarros y el neumático o, a veces, ayudar a sacar otro vehículo que había dado un bandazo y se había quedado atascado.

Aparte de aquellas molestias, evitábamos casi todo lo que podía obligarnos a salir de la cabina. Hasta entonces yo había logrado zafarme de la guardia nocturna. Cuando la oscuridad no permitía ya que nuestros vehículos avanzaran normalmente, nos deteníamos donde nos encontrásemos. El conductor tenía derecho al asiento. Por lo que a mí se refiere, dormía en el piso del camión, con las piernas medio metidas en los mandos y la nariz sobre el motor que desprendía un repugnante olor a aceite recalentado. El toque de diana nos encontraba ateridos y molidos.

Mucho antes de que fuese de día, nos deslomábamos para poner en marcha nuestras máquinas heladas. Halls vino a verme varias veces, pero el conductor se quejó diciendo que estábamos demasiado apretados tres en la cabina y me aconsejó que fuese yo a ver a mi compañero, lo cual venía a ser lo mismo. No era cosa de hablar fuera de la cabina, pues estábamos a treinta grados bajo cero.

Un día, cuando acabábamos de trasponer un gran poblado cerca del cual se había habilitado un aeródromo para la *Luftwaffe*, fuimos alcanzados por un *Fieseler*, que se puso en contacto por radio con el *Kommandergruppe* de la sección blindada de escolta. Un instante después, esta abandonó nuestro convoy y se dirigió en tres grupos hacia el norte. Los carros de combate desaparecieron de nuestra vista en el torbellino de nieve que levantaban sus orugas. Sin preocuparnos por ello, continuamos nuestro camino. Dos horas después, el ruido de algunas explosiones lejanas llegó a nosotros. Aquello cesaba y se repetía diez minutos después, volvía a cesar para luego empezar otra vez. A las once, el convoy se detuvo en una aldea cubierta de nieve. Brillaba el sol y la reverberación nos hacía parpadear. El frío, aunque intenso, era soportable.

Nos dirigimos hacia la cocina de campaña cuyos dos fogones vomitaban nubes de humo. Los primeros que llegaron al rancho fueron enviados de faena de marmitas por el sargento cantinero. Nada que reprocharle a este: sus conocimientos culinarios eran suficientes para prohibirnos que nos quejáramos de su yantar. Lo que hacía no era malo en absoluto. El único aspecto curioso de su cocina era que todo lo preparaba, sin excepción, acompañado de la misma salsa de harina. Me uní a Halls y Lensen y, mientras metíamos las cucharas en nuestras escudillas humeantes, caminábamos lentamente hacia los vehículos. De pronto, una serie de detonaciones más o menos lejanas sacudió el aire helado. Nos detuvimos un instante aguzando el oído. Todos los soldados parecían haber hecho lo mismo. Las explosiones se repitieron, algunas muy distantes. Instintivamente apretamos el paso hacia los camiones.

—¿Qué pasa? —preguntó Lensen a un tipo de más edad que trepaba a su vehículo.

—Es el cañón, muchachos —dijo—. Nos acercamos.

Todos habíamos adivinado evidentemente que aquellos ruidos provenían del tiro de piezas de artillería, pero necesitábamos que otro nos lo confirmase.

—¡Vaya! —repuso Halls—. Voy a buscar mi fusil.

Personalmente, no me tomaba la cosa a lo trágico. Retumbaron otros disparos, más fuertes, más precisos.

Los silbatos de marcha nos hicieron meter de nuevo en las cabinas.

El convoy se puso en marcha. Una hora más tarde, cuando llegábamos a una altura, el cañón del que no me había olvidado nos hizo parar en seco. Los disparos se oían mucho más cerca. Cada explosión sacudía el aire y provocaba una extraña impresión. Algunos conductores nerviosos frenaron demasiado bruscamente. Su vehículo patinó en la pista helada y se quedó atravesado en la carretera. Los conductores, acelerando el motor, intentaban torpemente enderezar su máquina. Abrí la portezuela y miré delante y detrás del convoy. Por detrás llegaba un *Volkswagen* a toda velocidad que adelantó a nuestro convoy. Por la puerta abierta del coche, un teniente gritó:

—¡Vamos, seguid, en marcha! Vosotros, ayudad a ese imbécil a salir del atasco. ¡Pronto, vamos, pronto, continuemos...! Salté del *Renault* y me

acerqué a unos soldados ocupados en reparar un *Opel Blitz* en medio de la carretera. El tiroteo se reanudó, tan cerca como un minuto antes. Parecía venir del norte. El convoy volvió a ponerse en marcha. Como nuestro vehículo había frenado en plena cuesta, el chófer tuvo dificultad en arrancar. Lentamente, descendimos por un paisaje ondulado y boscoso. Los sordos disparos persistían. Bruscamente, los coches de cabeza se detuvieron y sonaron silbatos. Saltamos rápidamente a tierra. Unos soldados corrieron hacia la cabeza del convoy. ¿Qué ocurría?

El teniente de antes corría a su vez, arrastrando tras de sí a los soldados que llamaba al pasar. Yo fui del grupo a paso ligero y, empuñando el mauser, llegamos a la cabeza del convoy. El gran vehículo todo-terreno del *Kommandergruppe* parecía haberse precipitado deliberadamente en la cuneta cubierta completamente de nieve.

—¡Guerrilleros, adelante! —gritó un *feldwebel*—. Desplegad y asegurad la defensa.

Y señaló con el dedo hacia nuestra izquierda.

Sin comprender demasiado, seguí al soldado de primera que iba al frente de nuestro pequeño grupo de quince *feldgrauen* y nos hundimos en el talud de nieve. Al auparme en aquella blanca barrera, vi claramente, en el lindero de un bosque achaparrado, numerosas siluetas negras que avanzaban perpendicularmente a la marcha de nuestro convoy. Los rusos no parecían tener más prisa que nosotros. Ni el frío ni el fárrago de ropas de unos y otros permitían dar a aquel espectáculo toda la animación de los *western* o de las películas americanas pretendidamente de guerra. El frío lo entumece todo, tanto la alegría como la tristeza, tanto el coraje como el miedo.

Levemente encorvado, igual que los demás, avancé vigilando más dónde metía mis botas que los movimientos del enemigo. Los guerrilleros estaban, de todos modos, demasiado lejos para que pudiese ver cuál era su actitud. Pienso que, igual que nosotros, debían de dar grandes zancadas para evitar desaparecer en un bache de nieve.

—Haced cada uno vuestro hoyo —ordenó el soldado de primera en voz baja, como si los otros pudiesen oírnos a aquella distancia.

No tenía pala. Con la culata del fusil, hurgué la nieve a fin de cavar mi hoyo. Una vez acurrucado en aquel refugio relativo, pude observar a placer. Desde luego, eran muchos. Yo veía claramente los que avanzaban por el borde del bosque, pero también percibía otras siluetas a través de los calveros. Eran muchos. Hubiérase dicho una legión de hormigas avanzando lentamente a través de hierbas altas. Iban de norte a sur. Como nosotros íbamos de oeste a este, no comprendí su maniobra. Quizás iniciaban un vasto rodeo de nuestra caravana.

En el talud más próximo, a veinte metros de mí, los nuestros acababan de emplazar una ametralladora pesada. No comprendí por qué no se había cruzado todavía ningún tiro de fusil. El enemigo seguía desfilando ante nosotros a doscientos metros y había empezado a franquear nuestra carretera. Procedentes del norte, los cañonazos se reanudaron con más intensidad. Frente a nosotros, otros cañones parecían contestar. Empecé a sentir frío en las manos y los pies. No comprendía absolutamente nada de aquella situación y me sentía completamente en calma.

El rebaño de rusos atravesaba la carretera sin ocuparse de nosotros. Eran tres o cuatro veces más numerosos. Nuestro convoy estaba formado por un centenar de camiones; había, por lo tanto, cien conductores armados, unos sesenta ayudantes, de los que yo formaba parte, destinados únicamente a la defensiva, ocho o diez suboficiales y oficiales, un médico y dos enfermeros.

Las explosiones iban acompañadas de polvo de nieve. En la colina boscosa, a casi trescientos metros de nosotros, se levantaban chorros humeantes a la cadencia de las detonaciones cada vez más frecuentes. En aquel instante, la ametralladora pesada que estaba a mi derecha desgarró el aire unos segundos y luego enmudeció.

Estúpidamente, en vez de hundirme en mi hoyo levanté la cabeza por curiosidad. Percibí unas nubecillas blancas que escoltaban a las numerosas siluetas de los guerrilleros. Retumbaron unas detonaciones secas. Los rusos replicaban.

La ametralladora volvió a romperme los tímpanos. Otra, emplazada en el talud opuesto, se unió a la primera. A la derecha y a la izquierda, las armas entraron en acción. Allí, en el lado ruso, las siluetas corrían cada vez

más deprisa en todos sentidos, Siempre nubecillas blancas junto a ellas y algunas no volvían a moverse. El sol seguía brillando. Nada me parecía grave. El ruido era ensordecedor. Con mis reflejos tardíos, todavía no había disparado un tiro.

A la derecha, oí un grito. Las detonaciones se sucedían. En la carretera, frente a nosotros, irrumpieron dos carros. Los bolcheviques corrieron más rápidamente y se metieron en los matorrales nevados. Los carros avanzaban hacia ellos y sus ametralladoras escupían breves relámpagos.

Hubo tres o cuatro impactos en la nieve, frente a mí, producidos por balas soviéticas. Me puse a tirar a bulto, como todo el mundo. Otros carros, siete u ocho, habían llegado y hostigaban a los guerrilleros. Aquello duró unos veinte minutos. Disparé una docena de balas.

Pronto los carros de combate y los coches blindados vinieron a nuestro encuentro. Uno de ellos empujaba ante sí un grupo de quince prisioneros, y dos más otros tantos. Los prisioneros tenían aspecto de sentirse humillados. De uno de los coches bajaron tres soldados alemanes sostenidos por camaradas. Uno de ellos parecía haber perdido el conocimiento y los otros dos tenían mal semblante. En la parte trasera de un carro, estaban tendidos, inertes, tres rusos heridos y dos alemanes. Uno de ellos gritaba de dolor. Más lejos, en el talud de nieve, un hombre de nuestro convoy se quejaba oprimiéndose la cabeza roja de sangre.

—La carretera está libre —anunció el comandante del Mark-IV más próximo—. ¡Andando!

Ayudamos a transportar los heridos al hospital ambulante. Volví a mi *Renault*. Lensen pasó cerca de mí y me hizo un signo de cabeza perplejo.

—¿Has visto? —me preguntó.

—Sí, ¿sabes si hay muertos?

—Con seguridad.

El convoy se puso en marcha. La idea de muerte me turbó y, de pronto, tuve miedo. El sol era pálido y el frío más penetrante. Al borde de la carretera, yacían algunos hombres envueltos en sus largos capotes pardos, unánimes. Uno de ellos, sin embargo, nos hizo una señal al pasar.

—Oye —le dije al conductor—, un herido nos llama.

—Sí, pobre desgraciado... Esperemos que los suyos se ocupen de él. Desde luego, es muy triste la guerra. Mañana quizá nos toque a nosotros.

—Pero es que nosotros tenemos un médico que podría ocuparse de él.

—¡Ni hablar! Hay dos camiones llenos de heridos. Tiene trabajo. No debes conmoverte, pequeño, pues verás otros casos peores.

—¡Oh, ya los he visto! —repliqué.

—Yo también —dijo él sin creermelo—, y sobre todo he visto mi rodilla. Un casco de metralla me llevó la rótula, en Polonia. Creí que me mandarían a casa. Pero me metieron con los transportistas, con los viejos, los chiquillos y los medio tullidos. ¡No tiene gracia! Y, ¿sabes?, duele una herida de esas, sobre todo cuando se ha de esperar unas horas para que esos canallas de cirujanos le den morfina a uno.

Se puso a contarme toda su campaña de Polonia. Había pertenecido al VI Ejército, el que entonces se encontraba en Stalingrado.

La tarde estaba cayendo ya. Nuestro largo convoy acababa de parar en una pequeña población. La columna blindada también estaba allí. Nuestro capitán había ordenado un alto en aquel burgo a fin de facilitar la cura a los heridos. En efecto, la costra de nieve que cubría la mala carretera por la que íbamos hacía traquetear al camión-hospital. Le era imposible al cirujano operar en aquellas condiciones. Por aquel entonces, ya dos rusos habían muerto de hemorragia.

Había que aprovechar la noche y la parada para curar más detenidamente a los heridos. Los pobres llevaban esperando ya algunas horas desde la escaramuza de la tarde.

Nuestro camión acababa, pues, de detenerse junto a un gran cobertizo en el que los campesinos guardaban las cosechas en verano. Me disponía a abrir la portezuela para correr en busca del rancho de la noche, pero mi conductor me retuvo:

—No tengas tanta prisa, a menos que quieras hacer la guardia esta noche.

—¿Qué quieres decir? —pregunté.

—Evidentemente, no vas a creer que el *feldwebel* lleva su lista de guardias como en el cuartel. Salta sobre los primeros que encuentra, les designa y después se queda tranquilo.

Era verdad, y Halls, el eterno hambriento, pasó, poco después, por mi lado refunfuñando.

—*Scheisse!* Otra vez me han endilgado la guardia esta noche. ¿Qué va a ser de nosotros? No lo podré aguantar, pues cada vez hiela más...

Otra vez, en la noche clara, el termómetro estaba a menos de treinta grados bajo cero.

Agradecí al conductor de mi *Renault* que me hubiese evitado aquella noche al raso. Pero lo que me ocurrió después estuvo a punto de hacerme arrepentir. El chófer y yo nos dirigíamos, pues, hacia la cocina de campaña con cierta inquietud. ¿Quedaría aún algo con qué llenar nuestras escudillas? Cuando el cantinero nos vio llegar, no pudo menos que decirnos:

—¿Es que no teníais hambre vosotros dos?

Había quitado ya sus dos calderos del fogón y los había sustituido por grandes platos para ocho en los que empezaba a calentarse agua.

—Daos prisa —dijo hundiendo su mano enguantada, armada de un cucharón, en una de las marmitas—. Tengo que hervir agua para el cirujano. Está despedazando a los heridos.

Sin quitarnos los guantes horadados, engullíamos nuestro tibio yantar, cuando un teniente se acercó a la cocina.

—¿Está ya el agua? —preguntó al cocinero.

—Ahora va, mi teniente. Está hirviendo.

—Bueno —dijo el teniente echando en torno suyo una ojeada que topó con nosotros—. Vosotros dos llevad el agua al doctor.

Y nos indicó la puerta de una casa iluminada.

Cerramos nuestras fiambreras aún medio llenas y las colgamos del cinto. Cogí un barreño humeante y, cuidando de no derramar su contenido hirviendo sobre mis pies, me dirigí hacia la sala de operaciones improvisada.

La única ventaja, lo repito, la única ventaja de haber entrado en aquella casa fue la suavidad de la temperatura. Hacía mucho tiempo que no habíamos conocido el calor de un hogar. Nuestro médico había requisado la gran sala común de un granjero soviético, y estaba curando una pierna de un pobre tipo tendido en la gran mesa central. Dos soldados más sujetaban al paciente que, de vez en cuando, daba un respingo y gemía de dolor. En todas partes, en bancos, en el suelo, sobre arcones, heridos tumbados o

sentados esperaban quejándose. Los dos enfermeros se atareaban en torno a ellos. El suelo estaba sembrado de trapos sucios de sangre.

Dos mujeres, rusas, lavaban instrumentos quirúrgicos en palanganas de agua caliente. La pieza estaba mal alumbrada. Junto a la mesa que servía de mesa de operaciones, el doctor había hecho reunir lo esencial del alumbrado a petróleo que poseía el granjero. Este sostenía una gran lámpara sobre el operador y un teniente y un *feldwebel* aguantaba otras.

En un rincón, junto a la gran chimenea, un joven ruso que, como yo, debía tener diecisiete años, lloraba. Dejé la palangana al lado del doctor, que empapó en ella un gran paquete de algodón en rama. Me quedé allí, turbado por el espectáculo. Tenía la mirada fija en el muslo desnudo en el que trabajaba el cirujano: la carne parecía aplastada. Todo estaba rojo de sangre y, de vez en cuando, un nuevo hilillo de sangre de un rojo más claro resbalaba sobre la enorme herida. Entonces la mano del doctor movía una especie de tijeras de punta roma. La cabeza me daba vueltas. Sentía arcadas, pero no podía apartar la vista de aquel horror. El infeliz, a quien sujetaban firmemente otros dos soldados, movía la cara pálida y sudorosa en todos sentidos. Le habían embutido un trapo en la boca, tal vez para impedir que gritase. Era un soldado de la sección blindada. Yo seguía allí, petrificado, viendo lo que sucedía ante mis ojos.

—Sujeta la pierna —me pidió quedamente el doctor.

Como titubeé, volvió a mirarme. Mis manos temblorosas asieron el miembro lastimado. A su contacto, me sentí vacilar.

—Despacio —murmuró el médico militar.

Vi otra vez el bisturí hurgar más profundamente en la gran herida abierta. Sentí distenderse y relajarse los músculos de la pierna en mis manos. No pude ver más, cerré los ojos. Oí también un buen rato ruidos de instrumentos quirúrgicos y el jadeo del paciente que seguía retorciéndose a pesar de la anestesia local.

Después, apenas me atreví a creerlo, el ruido de una sierra me llegó a los oídos. Un instante después, la pierna se hizo más pesada. Increíblemente más pesada. Únicamente mis dos manos angustiadas la sujetaban a diez centímetros de la mesa. El cirujano acababa de desprenderla del cuerpo.

En una actitud trágica e irrisoria, me quedé inmóvil con mi horrible carga. Creí desvanecerme. Por fin la dejé sobre un montón de vendajes junto a la mesa. Aunque viviera trescientos años, jamás olvidaría aquella pierna.

El conductor del camión había logrado escabullirse, y esperé un momento de descuido general para hacer otro tanto. Desgraciadamente, aquel instante sólo se presentó muy avanzada la noche. Tuve que prestar todavía muchos servicios más, algunos de los cuales me turbaron casi tanto como aquella amputación. Cuando, por fin, a la una de la madrugada, abrí la puerta doble de la casa rusa, me asaltó el frío, más violento que nunca. Tuve un momento de vacilación, pero la idea de volver a encontrarme entre todos aquellos moribundos ensangrentados hizo que me adentrara resueltamente en la noche helada. Salía de una sala caldeada y por esto encontré el frío más punzante. El cielo estaba despejado y muy claro, el aire parecía inmóvil. Las sombras de las casas y de los camiones se destacaban con precisión sobre la nieve brillante y endurecida. No vi ningún alma viviente.

Me puse a buscar mi *Renault*. Hubiesen podido destruir todo el convoy sin que fuese dada la alarma. La puerta de una isba se abrió. Un paquete de mantas del que colgaba un mauser aventuró algunos pasos en la nieve. Cuando me vio, murmuró dos o tres palabras.

—Bueno, vete, es mi turno.

—¿Adonde voy? —repliqué.

—¡A calentarte, por supuesto! A menos que quieras hacer un turno más.

—Pero si no estoy de guardia... Salgo de ayudar al cirujano y ahora me voy a dormir.

—Ah, bueno, te había tomado por... (Citó un nombre).

—¿Decías que uno puede calentarse?

—Sí, entra ahí. Hemos instalado el puesto de guardia, nos relevamos cada quince o veinte minutos. No logramos, por supuesto, pegar ojo, pero de todos modos es mejor que estarse helando las dos horas reglamentarias.

—Sí, sí, bueno, voy.

Empujé la pesada puerta del puesto y entré. Un gran fuego ardía en la chimenea. Cuatro soldados, entre los cuales estaba Halls, asaban patatas y

diversas legumbres bajo la ceniza. No había más luz que las llamas. Otro tipo entró enseguida, sin duda el centinela con quien me habían confundido. Calenté el resto de mi fiamblera y comí sin apetito. A pesar de todo conseguí dormirme, tumbado en el suelo junto a la gran chimenea. Cada quince o veinte minutos, uno de los centinelas despertaba al pobre diablo muerto de sueño que debía tomar el relevo. De vez en cuando, las protestas me despertaban. Era de noche aún cuando el toque de llamada a formar de los silbatos llegó a mi oído.

Lentamente nos pusimos de pie sobre el pavimento que nos había servido de cama. Un poco molidos, pero hacía mucho tiempo que no habíamos dormido sin tener frío. Desde un oscuro rincón de la estancia, una joven rusa se acercó a nosotros. Traía un jarro humeante que nos ofreció sonriendo. Era leche caliente. Un momento me asaltó la idea de que quizás estuviese envenenada. Halls, que prefería morir con la barriga llena antes que vacía, había cogido ya la jarra de leche y sorbió un buen trago. La jarra circuló entre los cuatro. Halls la devolvió a la rusa riendo. Ni él ni ella entendieron las palabras que cruzaron. Entonces Halls se acercó a ella y la besó en ambas mejillas. La rusa se puso colorada. Salimos saludando.

Inmediatamente el frío nos cayó encima como una ducha helada. Pasamos lista y luego nos distribuyeron un sucedáneo de café tibio. Como todas las mañanas, tardamos media hora en poner los motores en marcha y en calentarlos. Antes de amanecer, la 19.^a *Kompanie Rollbahn* traqueteaba de nuevo sobre el hielo brillante de aquella condenada carretera soviética, la «tercera internacional», como la habían bautizado los bolcheviques.

En varias ocasiones tuvimos que ceder el paso a convoyes que regresaban a la retaguardia. La hora del rancho llegó. Paramos en un burgo cochambroso donde la columna de carros que nos había precedido también se había estacionado. Nos enteramos de que sólo estábamos a setenta kilómetros de Jarkov. Nos alegramos, íbamos a alcanzar nuestra meta. Dos o tres horas después, nuestro convoy habría llegado por fin. Ya nos figurábamos nuestro acantonamiento en aquella ciudad.

—¿Cómo crees que debe de ser Jarkov? —preguntó Lensen.

El muchacho con el que hice el interminable viaje, aquel al que le faltaba una rótula, no se mostraba muy contento, en cambio.

—Espero —dijo— que no nos quedemos mucho tiempo allí. Serían muy capaces de mandarnos al Volga. Prefiero marcharme de nuevo en el otro sentido que prolongar el viaje hacia el este.

—Si nadie quiere ir al este, nunca acabaremos con esos dichosos rusos —dijo alguien.

—Es verdad —añadió otro.

—Los hay que harían mejor no hablando constantemente de su miedo.

Reanudamos la marcha media hora después aproximadamente. El sol acababa de desaparecer en una bruma que velaba el horizonte. El frío era menos vivo, húmedo y penetrante. Hacía casi una hora que nos habíamos puesto en camino. Con los ojos entornados, yo dormitaba contemplando un punto brillante del salpicadero. La cabeza me oscilaba de un hombro al otro al ritmo de las sacudidas del camión. Decidido a dormir, me arrimé al quicio de la portezuela. Antes de cerrar los párpados, mi mirada recorrió la campiña nevada. El cielo se había puesto gris y parecía más pesado que el suelo. Dos puntitos negros avanzaban por encima de la colina más próxima. Dos aviones patrulleros, probablemente. Cerré los ojos.

Unos segundos más tarde, los abrí desorbitados. Un zumbido de motor se oía encima de nosotros. Fue seguido inmediatamente de detonaciones crepitantes.

Luego, algo inconcebible me proyectó contra el parabrisas, me pareció que iba a estallarme el pecho y los tímpanos. Todo ello acompañado de un ruido tan enorme que creí en el fin del mundo. Una lluvia de carámbanos, de piedras, de cajas entre las cuales rodaba un casco o una fiambra nos invadió de todas partes. Nuestro *Renault* estuvo a punto de chocar con la parte trasera del vehículo precedente que se había parado en seco.

Asombrado, pasmado, abrí la portezuela y salté al suelo. Miré hacia atrás desde donde parecía haber venido el rayo. El camión que nos seguía también estuvo a punto de embestirnos. Más lejos, detrás, un tercer camión había volcado. Sus ruedas al aire giraban todavía. Más allá no se distinguía casi nada a través del humo y las llamas.

—¡Saltemos el talud, rápido! —gritó un soldado.

Hasta la distancia que pude ver, todos los soldados se dispersaban en la nieve.

—¡Apuntan a los camiones! —gritó alguien.

A mi vez me hundí en sesenta centímetros de nieve al asalto del talud. —¡En posición de defensa antiaérea!— chilló un *feldwebel* que corría agachado por la cuneta.

Los pocos muchachos que patrullaban cerca de mí apuntaron sus fusiles hacia el cielo.

¡Dios mío! El fusil se había quedado en el *Renault*. Salí en el otro sentido hacia el camión. En el cielo aumentó un ruido de aviones. Eché cuerpo a tierra. Un huracán pasó por encima de mí seguido de detonaciones próximas y lejanas. Hubo también ruidos de todas clases, pero no tan violentos como los de antes.

Levanté la cara cubierta de nieve y contemplé los dos bimotores que se hundían a lo lejos detrás de un bosque de abedules. El *Volkswagen* del capitán saltaba de una rodada a otra bordeando el convoy en sentido inverso. Corrían soldados en todas direcciones.

Me levanté y corrí también hacia el sitio de donde se elevaba una humareda negra. Un camión cargado de explosivos había sido alcanzado por la metralla de los aviones soviéticos y se había volatilizado. La explosión había destruido el vehículo que le seguía y el que le precedía. Restos humeantes habían sido proyectados a sesenta metros de allí. Todo lo que quedaba estaba ardiendo y desprendía una humareda negra y acre. Vi salir de aquella nube opaca al *feldwebel* de antes, que, con la ayuda de otro soldado, llevaba un cuerpo ennegrecido y sangriento.

Por instinto intenté ayudar, me abalancé con otros tipos hacia el humo negro. A través del humo que me irritaba los ojos, me esforcé por ver lo que pudiera parecer un ser humano. Una silueta cruzó ante mí tosiendo.

—No nos quedemos aquí... Hay cajas de municiones ardiendo... Es peligroso.

Un ruido de motor y dos faros encendidos horadaron la cortina de humo. Un camión trepaba por la cuneta, detrás de aquel, otro, dos más... El convoy continuaba su viaje.

A pesar del incendio, empecé a helarme. Decidí, pues, volver a mi puesto, es decir, a la cabina relativamente tibia del *Renault*. Cuando el humo menos denso me permitió ver de nuevo la carretera resbaladiza, pude

distinguir un grupo de soldados embutidos en sus largos capotes, alineados ante un oficial.

—Acercaos, vosotros dos —berreó el teniente.

A paso ligero nos pusimos en fila.

—Usted —dijo apuntando su índice enguantado hacia mí—, ¿dónde está su arma?

Pues..., ahí, mi teniente, detrás de usted, en el *Renault*.

Mi voz era temblorosa e inquieta. El teniente parecía furioso, debía de creer que había perdido mi fusil, que aquello lo decía para tranquilizarle. Se acercó a mí como un perro de presa enfurecido.

—¡Un paso al frente! —gritó—. ¡Cuádrese!

Obedecí. Apenas me había puesto firme cuando una bofetada magistral me hizo tambalear. Mi gorra, aunque estaba calada profundamente, fue a rodar por la nieve, descubriendo mi pelo sucio y enmarañado. Creí que iba a molerme a golpes.

—¡De guardia hasta nueva orden! —vociferó con una mirada furiosa que iba de mí al sargento, que saludó.

Y petrificándome con sus ojos grises, añadió:

—*Zurück bleiben...*

Me reintegré en la fila como un autómata. De la nariz me resbalaba un líquido caliente e insípido hasta los labios.

—¡Partida de piojosos! —continuó el teniente.

Mientras vuestros hermanos de armas se hacen matar para conservar vuestro bienestar, sois incapaces de señalar dos asquerosos aviones bolcheviques que nos están disparando. Debíais haberlos visto, no sois más que unos idiotas. Pediré que os manden a la línea de fuego en un batallón disciplinario. Tres vehículos destruidos y tenemos siete muertos y dos heridos. También ellos debían de estar durmiendo. ¡Ahí está el resultado! Sois indignos de llevar armas. Daré parte de vuestra actitud.

Sin saludarnos, se alejó.

—¡A vuestros puestos! —chilló el sargento procurando mantener el mismo tono de su superior.

Corriendo, nos separamos todos. Iba a precipitarme para recoger mi gorra, pero el sargento me agarró por el hombro al pasar.

—¡A tu puesto! —me ordenó.

—Mi gorra..., sargento.

Un soldado que pasaba junto a mi gorra me oyó. Se agachó y me la tiró. Atontado, subí al camión que arrancaba.

—Sécate la nariz —me dijo el conductor.

—Sí... Tengo la impresión de que pago por toda la compañía.

—¡Oh, no te preocupes! Esta noche estaremos en Jarkov y quizá no haya nada que guardar.

Tras la ducha de poco antes, la cólera comenzaba a invadirme.

—También pudo haberlos visto él, aquellos aviones. Al fin y al cabo, él también estaba en el convoy.

—¡Je, je! —se burló el otro—. ¡Ve a decírselo!

En mi fuero interno, pensé en los dos puntitos negros que había percibido en mi duermevela. Había algo de verdad en lo dicho por el teniente, pero no esperábamos aquello. Todavía no habíamos tomado contacto con los verdaderos peligros de la guerra. Además, estábamos todos medio muertos de sueño, fatigados de tener frío, fatigados de aquella larga marcha, y sobre todo, lo que no puede imaginarse fácilmente, estábamos en un estado de suciedad repugnante. Estábamos demasiado congelados para lavarnos en algunos minutos durante las paradas. Por si fuese poco, resultaba difícil encontrar agua con veinticinco grados bajo cero. Nos veíamos obligados a ir a las casas de los campesinos para pedírsela. No comprendían nada. Entonces había que actuar sin su autorización y ante sus ojos desencajados de estupor. Todo ello requería tiempo. Aquel tiempo sólo podíamos encontrarlo de noche cerrada. En realidad, cuando el convoy se detenía, estábamos derrengados y sólo pensábamos en dormir.

Por muchas vueltas que les diese a aquellas excusas en mi cabeza, no devolvían la vida a los camaradas muertos por la aviación comunista. ¡Me aterraba pensar que por tres camiones de diferencia podía haber volado el nuestro! Sin haber sido herido, ya me daba cuenta de lo doloroso que ello podía ser. Tragué saliva...

—¡Dios mío! —dije acercándome al cristal—. ¡Como vengan otros, sabré verlos!

El lisiado de la rodilla me miró con aquel aire guasón que tenía constantemente.

—Mira también por el retrovisor, ¿sabes?, que también pueden venir por detrás.

Casi se carcajeaba...

—¿Me toma usted por un pedazo de alcorcho? ¿Qué debe hacerse, a su juicio?

Sin cambiar de expresión, se encogió de hombros:

—¡Oh, no se puede hacer gran cosa! Cuando me hice romper la rodilla, era mi cabeza lo que me preocupaba. Lo mejor sería ir en sentido contrario...

—¡Eso es! Y dejar tirados a los compañeros que se mueren de frío y de hambre en primera línea, ¿no?

El otro me miró. Un instante dejó de sonreír, luego su semblante se relajó de nuevo y añadió con el mismo desenfado que al principio de la conversación.

—No tienen más que dar, como dije, media vuelta, ¡ar...! —soltó imitando la orden del *feldwebel*.

—No lo piense usted —le dije frunciendo las cejas—. Los bolcheviques se aprovecharían de ello. Es imposible, la guerra no ha terminado, no tiene usted derecho a pensar eso.

Me miró fijamente.

—¡Ah, eres demasiado joven! ¿Crees que hablaba en serio? Nada de eso, hay que seguir rápido, más rápido.

Aceleró para justificar sus palabras.

—¡Soy demasiado joven! Todos me chincháis diciéndome eso. No sólo los tipos de su edad son capaces de ser buenos soldados. La prueba es que llevo el mismo uniforme que usted.

No pensaba en serio lo que decía con un tono tan furioso, no llegaba a creer que estaba allí entre todos aquellos soldados.

—Si no estás contento, cambia de taxi —dijo el otro riendo abiertamente.

Evidentemente no me tomaba en serio. No tuve más remedio que callar. Estaba furioso y triste. Me había hecho abofetear por falta de vigilancia, y

ahora me regañaban porque quería rehabilitarme. Nuestra fila de camiones seguía avanzando, traqueteando, en la nieve y el hielo. Empezaba a venir la noche y con ella un frío más penetrante. La idea de que nos acercábamos a la meta nos estimulaba un poco. Antes de media hora estaríamos en los arrabales de Jarkov. ¿Cómo sería aquella ciudad? Era la última gran ciudad antes del frente que se situaba en el Don y hasta más lejos, en el Volga, es decir Stalingrado. Stalingrado quedaba aún a seiscientos kilómetros, a lo menos, de Jarkov. En mi fuero interno, a pesar del asco que sentía por la campaña soviética, casi me decepcionaba no poder acercarme a la línea de fuego. Más adelante, me sentí satisfecho...

Recuerdo que descendíamos una pendiente. Los camiones que nos precedían empezaron a frenar. Después se detuvieron.

—¿Qué pasa ahora? —no pude por menos que preguntar.

Ya abría la portezuela.

—¡Cierra! Hace demasiado frío —dijo mi compañero.

Le di con la puerta en las narices y avancé por la costra helada que cubría la angosta «internacional 3». Delante, acababa de pararse un sidecar que aún se balanceaba en la carretera helada. Un correo procedente de Jarkov nos traía una orden. En la grisalla, vi a los oficiales que hablaban entre sí con precipitación. Parecían ponerse de acuerdo y debatir una noticia grave. Uno de ellos, nuestro capitán, leía un papel.

Al cabo de un momento, un *feldwebel* echó a correr a lo largo del convoy y tocó a formar con el silbato. Mientras todo el mundo se alineaba, el sidecar, que se había puesto otra vez en marcha y en el que iban dos soldados vestidos como buzos, pasó ante mí. El capitán, seguido de sus dos tenientes y tres *feldwebel*, se acercó a nosotros. Caminaba mirando tan sólo la punta de sus botas y tenía la expresión abrumada.

Un estremecimiento de frío y de inquietud pasó por nuestros rostros fatigados e hirsutos.

—*Achtung! Stiltgestanden!* —gritó un *feldwebel*.

Nos pusimos en posición de firmes. El capitán nos miró largamente y luego, despacio, con sus manos enguantadas, se llevó un papel a la altura de los ojos.

—¡Soldados! —nos dijo—. Tengo una grave noticia que comunicaros, una noticia grave para vosotros, para todos los combatientes del Eje, para nuestro pueblo, para todo cuanto representa nuestra fe y nuestro sacrificio en el combate. En todas partes por donde pasa esta noticia, siembra la zozobra y una profunda tristeza. En todas partes, tanto en nuestro inmenso frente como en el corazón de nuestra patria, nos costará reprimir nuestra emoción.

—*Stiltgestanden!* —insistió él *feldwebel*.

—¡Stalingrado ha caído! —precisó nuestro capitán.

El mariscal Von Paulus y su VI Ejército, llevados al postrer sacrificio, se han visto obligados a deponer las armas sin condiciones. El estupor, seguido de una profunda consternación, cayó sobre nuestro grupo. Tras un momento de silencio, el capitán prosiguió:

—El mariscal Von Paulus informaba al Führer en su penúltimo mensaje que otorgaba la Cruz del Valor con mérito excepcional a cada uno de sus soldados. El mariscal añadía que el calvario de esos desventurados combatientes había llegado al paroxismo y que tras el infierno que fue esa batalla durante meses, nunca una aureola de gloria fue más merecida. Tengo aquí el último mensaje captado en onda corta procedente de las ruinas de la fábrica de tractores «Octubre rojo». El Alto Mando me ruega que os lo lea. Fue enviado por uno de los últimos combatientes del VI Ejército, el sargento Heinrich Stoda. En este mensaje, Heinrich precisaba que todavía se oía en el barrio sudoeste ruido de combates. He aquí el mensaje: «Sólo quedamos siete supervivientes, cuatro heridos. Hace cuatro días que estamos atrincherados en la maraña de las vigas de la fábrica de tractores. Hace cuatro días que no tomamos ningún alimento. Acabo de abrir el último cargador de la ametralladora. Dentro de diez minutos los bolcheviques nos arrollarán. No podemos aguantar más. Decid a mi padre que he cumplido con mi deber y que sabré morir dignamente. ¡Viva Alemania! ¡Viva Hitler!». ».

Heinrich Stoda era hijo del doctor en Medicina Adolph Stoda, de Múnich. Hubo un silencio impresionante que sólo algunas rachas de viento turbaron. Mi pensamiento corrió hacia el tío que estaba allá, aquel tío que por otra parte yo no había visto nunca, porque nuestras dos familias no se

trataban. Sólo conocía su foto y me lo habían presentado como un poeta. Tuve el claro sentimiento de que acababa de perder un amigo. En la fila, un tipo muy viejo, o al menos que lo parecía con sus sienes canas, se puso a lloriquear. Luego abandonó la posición de firmes y se acercó a los oficiales. Lloraba y gritaba a un tiempo:

—¡Mis dos hijos han muerto! Tenía que ocurrir. La culpa es vuestra, de los oficiales. Era fatal, no resistiremos el invierno ruso...

Casi se quedó doblado derramando lágrimas.

—Mis dos pobres pequeños han muerto allá. Mis pequeños...

—*Zurück bleiben* —ordenó el *feldwebel*.

—¡No! —gritó el desesperado—. Podéis matarme, me da igual, todo me da igual.

Dos soldados salieron de filas y cogieron al pobre hombre del brazo para hacerlo volver a su sitio a fin de evitarle lo peor. ¡Acababa de insultar a los oficiales! Desgraciadamente, él se debatía como un poseído.

—¡A la enfermería! —dijo solamente el capitán—. Que le den un calmante.

Tuve la impresión de que iba a añadir algo más. Su mirada quedó fija. Tal vez él también tenía un pariente en Stalingrado.

—¡Rompan filas! —dijo sencillamente.

En pequeños grupos silenciosos volvimos a nuestros vehículos. La noche estaba allí. La blancura del horizonte ondulado se tiñó de gris, de un gris azulado frío. Tuve una sucesión de escalofríos.

—Cada vez hace más frío —murmuré al oído del muchacho que caminaba a mi lado.

—Sí, cada vez más —contestó mirando a lo lejos.

Por primera vez, Rusia me pareció enorme y lúgubre. Tuve la impresión clarísima de que el horizonte inmenso y cargado de gris acababa de cerrarse sobre nosotros. Me estremecía cada vez más. Tres cuartos de hora después, cruzábamos los arrabales asolados de Jarkov. El débil alumbrado de nuestros camiones no nos permitía ver muchas cosas, pero todo lo que caía en el haz de los faros estaba destrozado.

Después de una noche pasada una vez más en la cabina del *Renault*, tuve la posibilidad de ver, al día siguiente a plena luz, el caos que constituía

lo que restaba de una ciudad importante: Jarkov, la ciudad arrasada por cuatro batallas.

En efecto, en el transcurso de los años 1941, 1942 y 1943 fue tomada primero por nuestro ejército, y luego recuperada por los rusos, vuelta a tomar por los alemanes y definitivamente recuperada por los bolcheviques. En aquella época, nuestras tropas se habían apoderado de ella una primera vez y aún no la habían perdido. Sin embargo, Jarkov no parecía más que un fárrago desmantelado y calcinado. Hectáreas de casas arrasadas servían de santuario a montones de esqueletos de ingenios de todas clases, que las tropas ocupantes habían agrupado en algunos puntos para despejar el camino.

Aquel amasijo de chatarra retorcida, despedazada, testimoniaba los horribles momentos de la batalla, y uno podía imaginarse sin dificultad qué había sido de los desdichados combatientes. Inmóviles bajo su mortaja de nieve que los cubría parcialmente, los cadáveres de acero señalaban una etapa de la guerra. La de Jarkov.

En los pocos barrios que seguían todavía en pie, la Wehrmacht se había organizado. Notablemente instalado en un gran edificio, el servicio sanitario fue para nosotros un baño de juventud. Después, fuimos conducidos, en plena tarde, a una sucesión de sótanos que formaban un largo subterráneo en el que había camas de todas clases. Nos aconsejaron que descansáramos. A pesar de lo insólito de la hora, nos sumimos todos en un sueño de plomo. Nos despertó un sargento que nos invitó a seguirle a la cantina. Allí encontré a Halls, a Lensen y a Olensheim. Hablamos de varias cosas, sobre todo de la caída de Stalingrado.

—Eso no es posible —sostenía Halls—. ¡El VI Ejército no puede haberse doblegado ante los soviets, Dios mío!

—Pero como el comunicado decía que estaban sitiados y que ya no les quedaba nada, se han visto forzados a rendirse, los pobres muchachos.

—Entonces, hay que intentar liberarlos —abundó otro.

—Demasiado tarde —se le escapó a un viejo—. Todo se ha hecho ya...

—¡Mierda, mierda, mierda! —murmuraba Halls apretando los puños—. No puedo creerlo.

Si el desastre de Stalingrado había sido para algunos el mazazo, a otros les produjo una reacción vindicativa que reanimaba un valor desfalleciente. En nuestro grupo, dadas las diferencias de edades entre unos y otros, las opiniones se dividían. Los viejos se mostraban cada vez más derrotistas, mientras que los jóvenes jurábamos liberar a los del VI Ejército. Cuando nos dirigíamos de nuevo a nuestro sótano-dormitorio, estalló un altercado del que fui verdaderamente responsable.

El tipo de la rótula hecha polvo, aquel que tuve a mi lado en el maldito *Renault*, me estaba pisando los talones.

—Entonces, estarás contento —me dijo—. Sin duda mañana nos volveremos atrás.

Creía leer en su semblante una expresión de ironía. Me sentí enrojecer de cólera.

—¡Ya está bien! —grité—. Estará usted satisfecho, nos vamos. En parte es culpa suya si mi tío ha muerto en Stalingrado.

Se puso pálido.

—¿Quién te ha dicho que ha muerto? —gruñó.

—¡Si no ha muerto, todavía es peor! —continué—. ¡No es usted más que un cobarde! Usted es quien me dijo que debíamos dejarlos tirados.

Asombrado, él miraba a diestro y siniestro.

Cuando yo iba a continuar, su mano se cerró sobre el cuello de mi capote.

—¡Silencio! —ordenó levantando el puño.

Le di un puntapié en la tibia. Él iba a pegarme, pero Halls le cogió el brazo.

—Ya basta —dijo calmosamente—. Dejadlo, o vais a haceros meter en chirona.

—¿También tú quieres follón? —rugió el otro, dominado por la cólera—. Lo vais a tener todos, partida de...

—Suéltalo —insistió Halls.

—¡Mierda! —escupió mi antagonista.

No añadió nada más: un puñetazo magistral de mi compañero acababa de alcanzarle en la barbilla. Girando sobre sí mismo, cayó de espaldas sobre la nieve. Lensen se acercó a su vez.

—¡Partida de jóvenes canallas! —gritó mi chófer de la «tercera internacional».

Intentó incorporarse para lanzarse de nuevo al ataque.

Lensen, bajo pero fornido, le golpeó con la bota claveteada en la cara antes de que se hubiera puesto en pie. Con un grito de dolor, cayó de rodillas llevándose las manos al rostro ensangrentado.

—¡Salvaje! —exclamó alguien.

No insistimos. Refunfuñando, nos unimos a los demás que nos miraron frunciendo el entrecejo. Dos individuos ayudaron al otro, que gemía, a ponerse en pie. —Habrà que tener cuidado con ese hipócrita— dijo Halls. —Para vengarse, podría muy bien disparar contra nosotros durante el próximo ataque.

Al día siguiente tocaron diana bastante tarde. Salimos para la lista de la compañía. Fuera, una tempestad de nieve nos saludó. Con las caras hundidas en los cuellos levantados para evitar la mordedura de los carámbanos que el viento transportaba, tuvimos la satisfacción de oír una buena noticia. El *feldwebel* Laus, a quien hacía una eternidad que no habíamos visto, estaba allí con un papel entre las dos manos cerradas. También él luchaba contra la tempestad.

—¡Soldados! —dijo con voz fuerte, entre dos rachas—. El Alto Mando, conocedor de vuestra actitud, os concede un descanso de veinticuatro horas. Sin embargo, dada la situación actual, podría sobrevenir una contraorden y deberéis presentaros en vuestro acuartelamiento cada dos horas. Es inútil, pues, pensar en visitar a vuestras amiguitas o a vuestras familias —añadió riendo—, pero podéis aprovechar este descanso para escribir.

Laus mandó dos hombres a buscar el correo. Cuando volvieron, hicieron el reparto. Había cuatro cartas y un paquete para mí. Nos hubiese gustado visitar Jarkov, pero el tiempo espantoso nos incitó a quedarnos en los acuartelamientos. Pasamos una buena jornada descansando. Nos aprestábamos a reanudar el viaje en sentido inverso, según estaba previsto. Por esto fue grande nuestra sorpresa cuando, al día siguiente, nos enteramos de que íbamos a aprovisionar de armas y víveres a una unidad situada en la zona de combate. Incluso fuimos puestos aproximadamente al corriente de

nuestro destino. Debíamos ir a un sector, cuyo número he olvidado, en alguna parte al sur de Voronez. Acogimos la noticia sin ningún entusiasmo.

—¡Bah! —dijo Halls—. Que pisemos nieve en Kiev o en Voronez, viene a ser lo mismo.

—Sí, pero Voronez está en el frente —aventuró Olensheim.

—Sí, ya lo sé —repuso Halls—. Un día u otro teníamos que verlo. No sé lo que pensaba yo. ¿Qué ocurría realmente en un campo de batalla? Me sentía dividido entre la curiosidad y el miedo.

Capítulo II

EL FRENTE

Al sur de Voronez. El Don

El invierno no acababa nunca. Nevaba casi ininterrumpidamente. Estábamos a fines de febrero o principios de marzo, ya no me acuerdo. Nos trasladaron en ferrocarril a sesenta u ochenta kilómetros de Jarkov, a una población en la que había un centro de aprovisionamiento. Allí, bajo diferentes grandes cobertizos, se amontonaban víveres, mantas, medicamentos, etc. Todos los agujeros, las cuevas, los menores sótanos estaban abarrotados de municiones de todos los calibres. Había talleres de reparación bajo techado o al aire libre. Unos soldados encaramados en unos tanques se soplaban las manos entumecidas que ya no podían sostener ni una llave inglesa.

En las afueras de la población había trincheras y puestos de defensa. Aquel rincón sufría con bastante frecuencia los ataques de grupos nutridos de guerrilleros. Todos aquellos mecánicos y almaceneros debían abandonar entonces herramientas y libros de inventario para saltar sobre sus ametralladoras y asegurar la salvaguardia del depósito, así como la propia.

—La única gran ventaja que tenemos —me contó un soldado del lugar— es que estamos muy bien alimentados. Aquí hay mucho trabajo. Nos hemos visto obligados a organizar nuestra defensa. Montamos la guardia por turno. Cuando hay jaleo, tenemos bastante dificultad, aun metiéndonos todos a ello, en rechazar los ataques de los terroristas. Nos han destruido mucho material. Nuestro comandante ha reclamado varias veces el apoyo de una unidad de Infantería, pero nunca ha venido. Sí, una vez, una

compañía de SS vino en nuestra ayuda. Tres días después de su llegada, fue enviada en auxilio del VI Ejército. Habíamos tenido ya unos cuarenta muertos, y esto es mucho para una compañía.

A primeras horas de la tarde, formamos un convoy bastante curioso. Estaba compuesto de carretas rusas de cuatro ruedas, debajo de las cuales se podían fijar, por un sistema muy sencillo, tablas en forma de esquí y así se transformaban en trineos. Había también auténticos trineos rusos, *eidekas* y hasta dos o tres *troikas* totalmente decoradas. Este material había sido, por supuesto, requisado a los rusos. Me pregunté qué íbamos a hacer y adonde íbamos a llevar aquel convoy de Papá Noel, cuyo cuévano, ciertamente, no contenía ni muñecas ni juguetes resplandecientes. Nuestro cargamento se componía sobre todo de granadas y otros artefactos peligrosos.

Nos pusimos en marcha en dirección nordeste, hacia un sector situado en alguna parte del lado de Voronez. Habíamos recibido raciones para el frío, un nuevo paquete de cura individual y dos días de alimentos cocidos. Nos encaminamos por una pista, pues no se le podía llamar carretera a aquello, más o menos entorpecida por la nieve. Cruzaba las posiciones de defensa que rodeaban el poblacho. Un gordo soldado encapuchado, que parecía ser el único centinela de los alrededores, nos hizo un gesto amistoso. Nos miró largo rato, plantado allí, con los pies en la nieve, chupando una enorme pipa con tapadera, y muy vulnerable con su silueta en forma de monigote.

Al cabo de una hora, la pista, más nevada que nunca, nos obligó a colocar los esquís debajo de las ruedas. Nuestras botas de cuero, a pesar de ser notablemente herméticas, no eran el calzado ideal para andar por veinte o treinta centímetros de nieve.

No hacía mucho que avanzábamos y ya estábamos derrengados. Ahora, los altivos soldados de la 19.^a *Kompanie* Rollbahn se aferraban a la guarnición de un trineo o a un arnés, como un cojo a su muleta. Por mi parte, me agarraba a uno de aquellos endiablados caballitos de pelaje frondoso como los carneros. Me calentaba los dedos, además de ayudarme a caminar. Aquellos condenados caballos demasiado rápidos nos obligaban a mantener un ritmo agotador. Pese al frío, estábamos sudorosos. De vez en cuando, uno de los jefes de fila se paraba y miraba pasar el lento convoy

con el pretexto de comprobar nuestra marcha. En realidad, se ofrecía un pequeño descanso y respiraba un poco. Reanudaba la marcha con los últimos trineos y, en ningún momento vi que nadie volviese a su puesto a paso ligero.

Al otro lado del jamelgo estaba Halls, que de verdad se había convertido en mi compañero. Aunque mucho más alto y más fuerte que yo, parecía estar harto de todo aquello. Con la cara medio tapada por el cuello alzado y la gorra calada hasta las orejas, soltaba, como todos nosotros, por su nariz colorada, un chorro de vapor. Avanzábamos sin hablar casi. Yo había aprendido a ser callado como por lo general suelen ser los alemanes, salvo en ciertas ocasiones, desde luego. No por ello dejaba de considerar a Halls como un gran amigo, y todavía pienso, sin habérselo preguntado nunca, que él sentía lo mismo con respecto a mí. De vez en cuando, cambiábamos una sonrisa de aliento. Yo sabía que significaba: «No hay que apurarse», o «¡Bueno, aguantaremos!».

Llegó la noche y la señal de alto. Agotado, me senté en el varal. Tenía los muslos y las pantorrillas entumecidos y doloridos. Notaba que el cansancio me desfiguraba las facciones. Aquella marcha había sido muy dura.

Halls se derrumbó francamente en la nieve.

—¡Ay, ay, mis pobres pies! —murmuró torciendo el gesto.

A ambos lados, los hombres se sentaban o se tumbaban en la nieve.

—¡No vamos a quedarnos aquí esta noche! —exclamó el tipo más joven que había venido a sentarse a mi lado. Nos miramos inquietos.

—A mí me importa un bledo —dijo Halls abriendo su fiamblera—. No puedo dar un paso más.

—Lo dices porque ahora todavía estás sudado, pero espera un poco a que te hayas enfriado —repliqué—. Estarás obligado a caminar para no helarte vivo.

—¡Mierda! —imprecó Halls sin contestarme—. Esta carne apesta.

Abrí mi fiamblera a mi vez. Hacía un rato largo que la comida distribuida para dos días a primeras horas de la tarde se había enfriado y luego congelado en el recipiente metálico. Se diría que eran callos.

—Sí, eso no huele bien —dije.

A nuestro alrededor hicieron la misma reflexión.

—Bueno, ¿y qué? —dijo Halls—. No vamos a tirarlo.

—¿Qué le parece a usted? —preguntó uno de nosotros a un *felá*, que acababa de hacer la misma comprobación.

—¡Sin duda esos canallas nos han servido carne averiada!

—O sus restos de hace varios días. Es inconcebible... Allí había con que alimentar a una división.

—¡No es comestible, apesta!

—Entonces habrá que sacar las conservas.

—¡Ni hablar! —se sublevó el *feld*—. Nos quedan muchos días de marcha y no tenemos nada de sobra. Tirad la carne, si no os apetece, y comed la papilla.

Halls, que no era precisamente muy delicado, dio una dentellada a una vaga chuleta de cordero. Dos segundos después, lo escupía todo en la nieve.

—¡Esto es asqueroso! Los muy cerdos deben haber guisado un bolchevique.

Pese a nuestra triste situación, no pudimos menos que reírnos. Ante aquel yantar tan esperado que se le escapaba, mi gran compañero dirigió una mirada terrible a su fiambarrera. Halls estaba al borde de una de las raras cóleras que le conocí y que, dada su estatura, no dejaban de ser impresionantes. Soltó una serie de tacos y de una patada magistral mandó a rodar su fiambarrera a quince metros. Hubo un silencio... y luego algunas risas relajaron la atmósfera.

—¡Estás arreglado, ahora! —dijo el jovencito de mi lado.

Halls se volvió, pero no contestó nada. Después, despacio, se dirigió a recuperar su recipiente. Yo me puse a engullir la papilla que aquella carne podrida había apestado. Abrumado, Halls recogió su fiambarrera abollada cuyo contenido se había derramado en la nieve. Unos minutos después, los dos metíamos cucharada en mi ración, refunfuñando.

Nuestros suboficiales nombraron la guardia y el problema de dormir nos sobrecogió. Encogidos ya sobre nosotros mismos, nos preguntábamos dónde y cómo instalar la lona de tienda. Algunos se pusieron a excavar la nieve y otros hicieron verdaderas chozas, valiéndose de los sacos de hierbas secas trinchadas que pendían a los dos lados del collar de los caballos.

Otros aún trataron de utilizar los caballos, obligándoles a tumbarse, y qué sé yo cuántas cosas más. Habíamos pasado ya numerosas noches de mala manera, pero siempre más o menos cobijados. El hecho de acostarnos sin más al raso con aquel frío nos enloquecía. Se originaban discusiones aquí y allá.

Algunos proponían andar hasta que encontrásemos una aldea o una edificación cualquiera. Antes reventar de fatiga que de frío, pues a buen seguro, según ellos, la mitad al menos de nosotros estarían muertos a la mañana siguiente.

—No veréis ninguna aldea antes de tres días lo menos —afirmaban nuestros suboficiales—. Hay que arreglarse como se pueda.

—¡Si por lo menos pudiésemos encender fuego! —exclamó un pobre tipo que lloriqueaba casi, castañeteando de dientes.

Aniquilados por la perspectiva de aquella noche, nos dispusimos a soportar nuestro suplicio. Halls y yo descargamos todo un trineo para volverlo a cargar con el objeto de obtener un alvéolo suficiente para contener nuestros dos cuerpos, entre las cajas de explosivos. A pesar del peligro que ofrecía semejante instalación, preferíamos la posibilidad de quedar desintegrados por una explosión caliente a terminar muertos de frío.

Halls tuvo el valor de decir algunos chistes obscenos, que me hicieron reír pese a nuestra incomodidad. Apretujados uno contra otro, conseguimos pegar ojo con intermitencias, pues el miedo a quedar helados durmiendo nos obsesionaba.

Pasamos quince días en aquellas condiciones. Cuando al término de este tiempo llegamos a lo que debía ser nuestro último avance en territorio soviético, nuestra fuerza y nuestra moral habían sido tan duramente puestas a prueba que los primeros combatientes que advirtieron nuestra presencia, vinieron a nuestro encuentro como para socorrernos.

Aquella epopeya —no creo que la palabra sea demasiado pretenciosa— fue fatal a buen número de los nuestros. A partir del tercer día, tuvimos dos congestiones pulmonares. Los días sucesivos, hubo miembros helados y *hergezogener* Brand, una especie de gangrena del frío que ataca en primer lugar la cara, más expuesta, y gana después las partes aun cubiertas. Los desventurados, aquejados de esta enfermedad de la piel, se veían obligados

a untarse con una pomada grasa y amarilla, lo que les daba una máscara cómica a la vez que digna de compasión. Dos soldados, en el colmo del desamparo, abandonaron una noche el convoy y, en un arrebatado de locura, se perdieron en la inmensidad nevada. Otro, muy joven, llamó a su madre durante largas horas, llorando. Sucesivamente, uno de nosotros intentaba consolarle o le regañaba por sus gimoteos que turbaban nuestro precario reposo. Al amanecer, cuando hacía un buen rato que se había callado, una detonación nos sobresaltó. Lo encontramos a cierta distancia. Había intentado poner fin a su pesadilla disparándose torpemente un tiro de fusil que no lo mató en el acto. El infeliz murió aquella misma tarde sin que pudiésemos prestarle ningún auxilio eficaz.

Cuando evoco ahora aquellos acontecimientos reavivo con dificultad, como en sueños, lo que fueron aquellos días. Llegado al límite de toda resistencia, me parecía estar dentro de mí mismo y tener así la extraña sensación de que mi cuerpo se había desolidarizado de mi ser íntimo.

Los pies lastimados por la marcha y el hielo me hicieron sufrir enormemente, y luego, casi no los sentí. Más tarde, cuando un médico militar nos examinó las heridas, vi que tres dedos de mi pie derecho se habían vuelto grises como la ceniza. Las uñas se quedaron pegadas al doble par de calcetines pestilentes que me quité delante del médico. Me puso una inyección dolorosa que evitó, por pocas horas, la amputación de los dedos. Todavía me pregunto cómo pudimos resistir semejantes pruebas, sobre todo yo que nunca fui de una constitución particularmente robusta.

«Por fin» voy a conocer la guerra y la línea del frente. ¡Y también iba a poder darme cuenta de que había algo peor!

Tomamos un descanso verdaderamente indispensable en los barracones y las casamatas de un campo de aviación improvisado de la Luftwaffe. El terreno, por lo demás, estaba en gran parte abandonado por la aviación que recientemente había debido replegarse más al oeste. Algunos aviones de caza, seguramente averiados, estaban aún allí, cubiertos de hielo. El personal de tierra acababa de llevarse lo más esencial en grandes trineos remolcados por tractores a orugas, prestados por la artillería, cuyas baterías del 155 estaban en la linde del campo.

Nos quedamos unos días, reponiéndonos, en aquellos locales más o menos confortables. Después, viendo que empezábamos a sentirnos mejor, no tardaron en meternos otra vez en el fregado. Nuestra compañía aportaba una mano de obra apreciable e inesperada a los combatientes del sector. Fuimos dispersados en grupos encargados de faenas diversas. Las tres cuartas partes de los hombres de la 19.^a *Kompanie* se ocuparon en preparar las posiciones para la artillería del 77 y hasta para piezas de tiro directo. Mis camaradas debían quitar para ello muchos metros cúbicos de nieve y después atacar con picos y barrenos el suelo duro como hormigón.

Mi grupo, en el que estaban Halls y Lensen, pues hicimos lo posible por permanecer juntos, quedó encargado de aprovisionar en conservas y municiones a una sección de Infantería situada a quince kilómetros aproximadamente de allí.

Disponíamos de dos trineos tirados cada uno por tres caballos peludos de la estepa. La distancia a recorrer no era muy grande y teníamos tiros superiores a los de nuestro trágico viaje anterior. La jornada nos bastaría para la ida y vuelta. A pesar del desolado decorado, no estábamos tristes y aceptamos aquella misión como una tarea fácil.

Salimos ocho soldados con un sargento. Yo iba en el segundo trineo, que llevaba granadas defensivas y cargadores para *spandau*. Sentado en la parte trasera del vehículo, que corría a buen tren, podía observar a placer el paisaje melancólico y desierto. Algunos bosquetes de árboles canijos y negros surgían a veces del suelo blanco inmaculado. Parecían haber librado una lucha desigual con aquella nieve invasora que poco a poco les había asediado. No había nada más en aquella tierra que los lobos debían frecuentar seguramente. Nada más que un cielo gris amarillento y opaco. Me parecía haber llegado al extremo del mundo, al extremo de toda civilización, y aún hoy he de contemplar un planisferio para no negar la creencia que existe algo más allá de esta nada.

Un poco más tarde, seguimos un desnivel que ocultaba quizá bajo cincuenta centímetros de nieve algo como un camino. Pronto llegamos al lindero de un espeso bosque. De detrás de un montón de leña surgió un soldado ante el primer trineo, que se detuvo en seco.

Hubo un intercambio de palabras con nuestro sargento y entramos en el soto. Había allí emplazado una *spandau* y sus dos sirvientes, y, más lejos, un hormiguero de *feldgrauen* en pie de guerra entre innumerables tiendas grises. Descubrimos una infinidad de ingenios, carros ligeros del tipo *alpenberg*, Paks^[2] y morteros del 50 colocados sobre trineos. Un caballo sacrificado y colgado de un árbol se transformaba poco a poco en filetes. Unos soldados con los capotes manchados de la sangre del animal se ocupaban de ello. Fuimos asaltados y nos preguntaron si traíamos correspondencia. Como no era así, algunos nos insultaron.

Un oficial comprobó nuestra orden de misión. La compañía que debíamos aprovisionar se encontraba más al este. Destacó a un jinete para guiarnos. Durante un tiempo determinado, avanzamos entre aquellos bosques que ocultaba lo menos tres o cuatro mil hombres. Luego traspusimos una sucesión de pequeñas colinas parcialmente boscosas que todavía veo perfectamente. Sobre la nieve corrían tres hilos telefónicos, más o menos ocultos.

—Ya hemos llegado —nos dijo el jinete—. Al otro lado de esa cresta estaréis bajo el fuego de la artillería enemiga. No os entretengáis y seguid la línea telefónica. La compañía que debéis aprovisionar está a unos dos kilómetros.

Nos saludó reglamentariamente y se alejó al trote ligero. Todos nos miramos.

—¡Bueno, ya estoy ahí otra vez! —murmuró nuestro sargento, que era sin duda un excombatiente trasladado a los servicios de la *Rollbahn*.

Nos hizo señal de avanzar y después ordenó que nos detuviéramos.

—Intentaremos llegar a destino lo más rápidamente posible. No os dé miedo fustigar a los caballos. Si los rusos nos ven, abrirán fuego. Por lo general, necesitan mucho tiempo para enterarse. Si la cosa se pone mal, abandonaremos el trineo de explosivos, pues si el cargamento estalla y no hemos conseguido alejarnos de él más de treinta metros, ni uno solo de nosotros volverá a ver a su madre.

El recuerdo del convoy atacado cerca de Jarkov me volvió a la mente.

—¡Vamos! —gritó uno de nosotros, para demostrar que no tenía miedo.

El sargento saltó sobre el estribo del trineo de mercancías e hizo el gesto de «adelante». La cima de la cresta fue alcanzada rápidamente. Llegamos arriba casi juntos. Allí, los caballos, jadeantes por la subida, titubearon un momento antes de descender la pendiente bastante escarpada.

—¡Venga ya! —gritó el sargento—. ¡No os quedéis ahí!

—¡Fustígalos! —gritó Halls al muchacho que llevaba las riendas.

Nuestra carreta fue la primera en arrancar. Veo todavía a nuestros tres bravos caballos brincar como conejos de una depresión a otra levantando una nube blanca visible, sin duda, desde muy lejos. Detrás del conductor, íbamos los tres agrupados en el centro sobre las cajas verde oscuro con inquietantes inscripciones blancas hechas al estarcido. Estábamos un poco crispados y habíamos olvidado el frío.

A través de la blanca polvareda que levantaba nuestro tronco, intenté, pese a los tumbos del vehículo, escrutar el horizonte. Me pareció vagamente percibir algunas isbas recto frente a nosotros. A nuestro alrededor, unos embudos notablemente simétricos mutilaban el blanco perfecto de la pendiente. Pese a nuestra precipitación, tuve tiempo de ver tras nuestro paso las extrañas franjas que bordeaban aquellas excavaciones y que la tierra, removida por las explosiones, se había amarilleado levemente. Aquellos hoyos formaban como extrañas flores, pardas en el centro y que blanqueaban en el perímetro. Otros, más antiguos y colmados casi ya por las recientes nevadas, formaban igualmente motivos diferentes, pero muy decorativos.

Llegábamos al final de la pendiente sin que hubiese ocurrido nada. Había allí algunas isbas toscamente construidas. La nieve tenía ahora numerosas huellas de tránsito. Rebasamos una pieza de artillería casi hundida bajo un montón de nieve; más lejos, había otras.

Nos detuvimos junto a una isba cuya techumbre desmesurada se metía en el suelo. El lado que teníamos enfrente estaba abierto. Unos soldados de ingenieros muy abrigados trabajaban dentro. Parecía evidente que iban a desmontarla. Algunos salían con maderos. Un sargento gordo envuelto en un impermeable blanco vino a nuestro encuentro.

—¡Descargad eso aquí! —gritó—. Los de ingenieros preparan el refugio que estará listo dentro de una hora.

Una explosión enorme nos sobresaltó. A nuestra derecha, un resplandor amarillo, seguido de un géiser de pedruscos, se elevó a diez metros.

Tranquilamente, el sargento gordo volvió la cabeza hacia el sitio de donde venía aquel estruendo.

—¡Maldito suelo! —gruñó—. Es más duro que una roca.

Dedujimos que eran los muchachos de ingenieros que empleaban dinamita. El opulento suboficial leía ahora nuestra orden de misión.

—¡Ah, no es para nosotros! —dijo tamborileando con la punta de los dedos enguantados de lana una caja de conservas—. Hace tres días que debíamos ser aprovisionados, vivimos con las reservas que no deberíamos tocar. Si eso sigue así... ¡Podéis decir que necesitáis tiempo, vosotros, los camioneros! Así, se encuentran, de vez en cuando, avanzadillas con tipos muertos de frío.

Cuando no se tiene nada aquí —dijo golpeándose el estómago—, es imposible resistir.

No pude por menos que sonreír contemplando la circunferencia de su cinturón. Viendo su barriga, resultaba difícil creer que hubiese ayunado mucho tiempo. Debía de ser un espabilado que tenía macutos de reserva, pues, con toda evidencia, el aprovisionamiento de las primeras líneas, a pesar de nuestros esfuerzos, seguía siendo muy difícil.

—Es para la... (no recuerdo el número) sección de Infantería. ¡Por ahí! —nos indicó el subalimentado—. Seguid el camino. Defiende un punto a orillas del Don. Andad a gatas, es más prudente...

Encaminamos nuestros trineos por el caos nevado que trazaba, efectivamente, una especie de senda jalonada de camiones medio cubiertos. Al otro lado de un talud, unas piezas de artillería y unos obuses rechonchos se disimulaban detrás de un montón de nieve. Una vez rebasados, aquellos artefactos desaparecían de nuestra vista. Su camuflaje resultaba perfecto.

Llegamos junto a una gran trinchera donde unos caballos flacos y temblorosos pateaban el suelo endurecido. Unos sacos despanzurrados les ofrecían una especie de hierba seca, casi en polvo, que las pobres bestias olisqueaban con la punta de sus morros escarchados y que no parecía apetecerles demasiado.

Entre los animales de pie, yacían, aquí y allá, los grandes cadáveres tiesos de sus semejantes. Al lado de las bestias, algunos soldados embutidos en sus largos capotes estaban allí, inmóviles. Una sucesión de casamatas toscamente apuntaladas fue franqueada.

Un tableteo cercano nos sacó de nuestras observaciones.

—¡La ametralladora! —dijo nuestro cochero—. ¡Ya estamos otra vez!

Sonreía extrañamente. Ahora, tanto a izquierda como a derecha, las trincheras, casamatas y hoyos personales se extendían hasta perderse de vista. Una patrulla nos detuvo.

—9.º Regimiento de Infantería... compañía, ¿es para nosotros? —preguntó un teniente.

Nuestro sargento miró su orden de misión.

—¡No, mi teniente! Buscamos la... sección.

—¡Ah, sí! —dijo el oficial—. Pero debéis dejar los trineos aquí. La sección que buscáis está allá abajo, a la orilla del río y en el islote. Tenéis que encaminaros por los ramales de trinchera. Estáis bajo el fuego de las avanzadillas rusas. Sed prudentes porque, de vez en cuando, despiertan.

—Gracias, mi teniente —dijo nuestro suboficial con voz un tanto temblorosa.

El teniente llamó a uno de los hombres que lo acompañaban.

—Enséñales el camino y vuelve.

El hombre saludó y se unió a nosotros. Como los demás, cogí una caja más pesada que yo y me aprestaba a acarrearla. El tableteo volvió a empezar, más nutrido. El tipo de la patrulla, que acababa también de cargar con una caja, exclamó:

—¡Bueno, ya empiezan otra vez! ¿Es serio o no?

El tableteo se amplificaba, se interrumpía y luego continuaba, rabiosamente.

—Son los nuestros —prosiguió él con un tono de entendido—. Esperemos un poco, porque nunca se sabe si lo hacen de broma o si van a parar en los hielos del Don.

Escuchábamos a aquel hombre sin pronunciar palabra. Parecía estar casi a sus anchas en aquel clima inquietante. Nosotros éramos en realidad bisonños y las escasas escaramuzas que habíamos tenido en la «tercera

internacional» no me parecían demasiado serias al lado de lo que podía ocurrirnos allí. El tiro de las ametralladoras que oíamos cesaba un momento y luego se reanudaba, a veces muy cerca. Mientras tanto, muy lejos, otras ráfagas de ametralladora se dejaban oír.

Halls me sugirió poner nuestras dos cajas sobre los dos mauser y valernos de estos como de una silla de manos. Sería más práctico. Acabábamos de ejecutar aquella pequeña maniobra cuando resonaron unos cañonazos sordos y precipitados.

—Eso son los *popov* —se burló el veterano que nos precedía.

El aire vibraba al ritmo de las explosiones que se formaban a unos tres o cuatrocientos metros a nuestra izquierda.

—Es su artillería de trinchera... Puede muy bien ser un ataque...

De pronto, a treinta metros a la derecha, un estallido muy violento y seco, seguido de una especie de curioso maullido, atronó nuestros oídos. Fue seguido inmediatamente de diez más. Halls y yo y los demás de la *Rollbahn* dejamos nuestros fardos y, más o menos agachados o rodilla en tierra, miramos angustiados en todas direcciones. El aire cesó de temblar un instante.

—Nada de pánico, hijos míos —dijo nuestro acompañante, que, a pesar de todo, también se había agachado—. Tenemos una batería del 107 detrás de aquel matorral. Contestará a los soviets.

El infernal ruido prosiguió enseguida. Aunque nuestro guía nos había dicho de qué se trataba, nos pegamos a lo largo de la zanja.

—Poneos los cascos —ordenó el sargento—. Si los rusos localizan la batería, dispararán encima.

—Y sigamos adelante —añadió nuestro guía—. No hay un solo rincón tranquilo en cien kilómetros a la redonda. No estamos más seguros aquí que en otra parte.

Encorvados, nos dispusimos a avanzar. Por tercera vez el aire fue sacudido. Mientras tanto, fuera, un poco por todas partes, había detonaciones. La batería alemana seguía vomitando su acero. Frente a nosotros, el «¡chac, chac, chac!» de las *spandau* se acercaba seriamente. Por una trocha transversal se cruzaron con nosotros tres soldados que tendían un hilo telefónico. Las explosiones se sucedían a un ritmo regular.

—Esto podría muy bien ser un ataque —murmuró el soldado que nos había acompañado hasta allí—. Yo os dejo... He de volver a mi sección.

—Entonces, ¿adonde vamos? —preguntó nuestro sargento, que visiblemente no las tenía todas consigo.

—Seguid el sendero hasta las posiciones de una *geschnauz*^[3]. Allí, a la derecha, os informarán.

Dio unos cuantos pasos en sentido inverso, siempre agachado. Así es como se anda en un campo de batalla. Dos días después me habría acostumbrado a ello y me tendría sin cuidado. Se vive encorvado o tumbado, y a veces tumbado definitivamente. Pero entonces ya no se vive.

—Yo de vosotros abriría la fiambarrera, es la hora —nos recomendó alejándose.

Abrimos los cacharros siguiendo el consejo, y con las nalgas hundidas en la nieve, saboreamos nuestra merienda. Por mi parte, no tenía mucha hambre. Estaba demasiado preocupado por las detonaciones que me hacían resonar la cabeza dentro del casco de acero helado.

Halls, que no se quedaba nunca saciado, ponía ojos de animal acosado y me miraba moviendo la cabeza.

—Quizá no tenemos derecho a interrumpir el trabajo para comer —dijo Halls—. Si se presentara un oficial...

No oí más que la salva que pasó por encima de nosotros. Instintivamente hundimos un poco más la cabeza entre los hombros y cerramos los ojos, más bien para no oír que para no ver. Siempre se hacen gestos irrazonables cuando el miedo nos descompone las tripas. Halls iba a reanudar su pequeña conversación, cuando una explosión, diferente por el sonido, pero no menos brutal, hizo retemblar el suelo. Hubo unos murmullos en nuestro grupo. Un potente silbido precedió de una fracción de segundo otra explosión. Esta vez, tuvimos la impresión de ser levantados del suelo. Un desplazamiento de aire, de una violencia inaudita, nos sacudió. Una avalancha de pedruscos y de grandes trozos de hielo se abatió sobre nosotros.

Encogidos, no nos atrevíamos a movernos ni a emitir una opinión. Habíamos soltado nuestras fiambreras y nuestros fusiles.

—¡Me matarán! —gritó el muchacho que, en el pánico general, había aterrizado sobre mis botas—. ¡Me matarán!

Hubo otro estallido igualmente brutal. Después pasó la salva alemana, ensordecedora.

—¡Adelante, no nos quedemos aquí! —gritó el sargento que se sujetaba el casco con una mano.

Sin reflexionar, cogimos el material. La trinchera era bastante ancha; cuatro hombres hubieran podido avanzar por ella de frente, pero trotábamos agachados en fila india a lo largo de una de las paredes. Yo iba con Halls, directamente detrás del sargento.

—¡Vamos, deprisa, seguidme! —no cesaba de decir—. No hay que quedarse aquí, pues apuntan a nuestra batería. Ellos la ven y estamos precisamente al lado. —¡Rápido, avanzad! Y esta endiablada trinchera que está justamente enfilada por su tiro. ¡Pronto! Allá abajo hay una trinchera transversal.

A cada paso nos torcíamos los tobillos en el barranco que representaba el fondo de aquella trinchera. Las cajas eran pesadas y se nos caían a veces. Yo podía apretar las esquinas de la mía con los dedos helados y doloridos, pero de vez en cuando la soltaba. Todavía me pregunto cómo fue posible que aquellas condenadas cajas no nos estallaran en la cara.

—¡Deprisa! —nos apremiaba el sargento sin tener en cuenta las dificultades—. ¡Deprisa! ¡Es allí!

—¡Y pensar —añadió Halls— que queda el doble aún en los trineos! Tendremos que transportarlo también, ¿verdad, sargento? —Sí, desde luego... No sé... ¡Deprisa, por Dios!

Los rusos tardaron en volver a cargar sus piezas. Nuestra batería tuvo tiempo de escupir dos veces. La primera chatarra de aquellos, cayó a cuarenta metros más allá de nosotros, sin duda más cerca de nuestras piezas. Dos disparos más cayeron a una distancia indefinible, pero nos obligaron a agacharnos un poco más. De pronto, hubo un aullido sordo. Un ruido enorme sacudió tierra y cielo y un lado de la zanja se empotró en el otro. No tuve tiempo de bajar la cabeza. Todo duró el tiempo de un relámpago. Pero recuerdo haber visto revolotear con los pedruscos, en un haz de fuego, una especie de espantapájaros que cayó desarticulado en el

borde del talud y rodó al fondo. Aterrados, no nos atrevíamos a incorporarnos.

—¡De pie, rápido! ¡Hay que llegar a la otra zanja! —gritó el sargento cuyo rostro descompuesto delataba un miedo agudo—. Si cae un proyectil aquí dentro, será un volcán.

Estallaron dos tiros más. Nuestras baterías seguían disparando. A toda prisa, arrastrando más o menos nuestro cargamento, salvamos el corrimiento de tierra y el cadáver desarticulado del infeliz que había sido lanzado al aire. Le dirigí una breve mirada al pasar. ¡Estaba horrible! Por la violencia del choque, el casco se le había calado sobre la cara y la visera estaba hincada en la barbilla y el cuello. Sus gruesas ropas de invierno contenían, como un saco, algo que ciertamente no tenía ya aspecto humano. Me pareció que le faltaba una pierna. Tal vez la tenía encogida...

Tuve tiempo de ver igualmente, por la grieta practicada por el obús ruso, la silueta de un infeliz mezclado en el caos. El proyectil enemigo había caído seguramente de lleno en un hoyo donde algunos pobres tipos esperaban, agachando la cabeza, que pasara el huracán.

Recuerdo perfectamente los primeros muertos que vi al principio de la campaña. Los sucesivos, miles y miles, ya no tienen rostro. Forman una inmensa y lúgubre pesadilla que todavía obsesiona a veces mi mente. Pesadilla silenciosa en la que se me aparecían los más atroces, o bien aquellos que sólo parecían dormir, rostros tranquilos, resignados, y otros, al contrario, con los ojos desmesuradamente abiertos en los que la muerte había fijado un terror indecible. Creía, sin embargo, haber alcanzado los límites del horror y del aguante. Pensaba, en aquella época, que era un rudo combatiente y que ya era hora de volver a mi casa para contar lo valerosamente que había soportado las pruebas que acabo de describir lo mejor que he podido. He utilizado las palabras y las expresiones que me han inspirado las situaciones en las cuales me encontré desde Minsk hasta el Don pasando por Jarkov. Estas palabras, estas expresiones, he tenido que repetirlas, aunque no sean suficientemente fuertes para describir los hechos de que fui testigo más adelante.

Es equivocado emplear, sin pensarlos suficientemente, los términos más intensos del vocabulario. Más tarde, se necesitan: no puede expresarse ya lo

que se ve ni lo que se siente. Es un error utilizar la palabra «horrendo» para algunos compañeros de armas que una explosión ha mezclado con la tierra. Es un error ciertamente, pero se tiene la excusa de no poder imaginar otra peor.

Aquí yo debería suspender mi relato, pues no me creo capaz de narrarlo todo como debiera ser. Los que no han vivido momentos semejantes leerán estas líneas como se lee un drama cualquiera, compadecidos, ciertamente, pero sin comprenderlo bien. No puede comprenderse lo que ya no es explicable. De ahí que este balbuceo carezca de interés para la parte del mundo donde me encuentro ahora. De todos modos, intentaré dejar que hable mi memoria lo más claramente posible. Dedico el relato que sigue a mis amigos Marius y Jean-Marie Kaiser, que están en condiciones de poder comprenderlo por haberlo vivido aproximadamente en los mismos sitios que yo. Intentaré alcanzar y traducir el fondo de la aberración humana, aquello que nunca pude imaginar, aquello que me parecería imposible si no lo hubiese conocido...

Llegamos a la trinchera perpendicular que le parecía la salvación a nuestro sargento. Nos sumergimos literalmente en ella al mismo tiempo que un estallido brutal destrozaba el suelo allá arriba, encima del parapeto. Dos hilos procedentes del exterior discurrían en la angosta zanja de nieve y tierra. Los salvamos. Iban directamente hacia la *geschnauz* que estaba un poco apartada. Llegamos a ella corriendo como borregos perseguidos por un carnicero. Dos hombres con impermeables blancos se sobresaltaron al vernos.

Uno vigilaba, con unos prismáticos, al lado del gran trípode de la pieza, y el otro, encogido en el fondo del hoyo, se atareaba manejando los botones de un aparato portátil de radio.

—¿La... sección? —preguntó nuestro sargento jadeando—. Tenemos un aprovisionamiento para ellos.

—No está muy lejos —declaró el soldado de los prismáticos—, pero no podéis ir ahora. Os haríais apiolar. Dejad vuestra dinamita más lejos y refugiaos en la casamata —añadió sonriendo.

No nos lo hicimos decir dos veces y nos hundimos en una tumba de tierra endurecida y de tablas, apenas alumbrada. Dentro, había cuatro

soldados vestidos igualmente de blanco. Uno de ellos había conseguido dormirse y los otros escribían a la luz de una *Kerze*^[4].

El hoyo no permitía a sus ocupantes estar en pie, desde luego. Se apretujaron para hacernos un poco de sitio. A pesar de todo, éramos nueve.

—¿Es sólido? —aventuró Halls, señalando con el índice medio tapado por el guante roto la abertura de aquel agujero de ratón.

—Pues... si eso cae un poco más lejos, puede que sí —se burló uno de los tipos.

—Y si cae justo encima, los compañeros no tendrán el trabajo de enterrarnos —añadió otro.

¿Cómo podían bromear? La costumbre, tal vez. El que dormía se revolvió y farfulló bostezando:

—Creía que nos traían mujeres.

—No, son muchachos —dijo otro—. ¿Dónde habéis encontrado esa camada, sargento?

Todos nos echamos a reír.

Como para fastidiarnos, la tierra volvió a temblar. Allí, los cañonazos llegaban amortiguados.

—Son bisoños. Pertenecen a transmisiones y han atravesado toda Rusia para traeros algo que comer.

—Esto es lo de menos —repuso el que acababa de despertarse—. Aquí las pasamos negras hace tres meses. Tardáis mucho, hijos míos. Ya sé que hay chicas guapas en Ucrania, pero deberíais entreteneros menos, pues aquí nos morimos de hambre.

Arriesgué algunas palabras en mi mal alemán.

—¿Chicas? ¡No hemos visto ninguna chica! ¡Sólo hemos visto nieve!

—¿Alsaciano? —preguntó inmediatamente el otro.

—No, es francés —dijo Halls en broma.

Todos se rieron. Desconcertado, aquel no supo qué contestar.

—*Merçi!* —dijo con muy buen acento francés. Y me tendió la mano.

—Mi madre es alemana —añadí también en francés.

—*Ach gut* —exclamó—. *Votre Mutter ist Deutsche? Sehr gut.*

La tierra volvió a temblar. Un trozo de techo se desmoronó sobre nuestros cascos.

—Eso no parece andar bien en vuestro sector —atajó nuestro sargento a quien le importaba un bledo que mi madre fuese alemana o china, y que sólo pensaba visiblemente en su pánico.

—¡Oh, se divierten! —contestó el otro—. Después de la zurra que recibieron hace tres días, se han calmado.

—¿Ah? —exclamó el sargento como si hiciese una pregunta.

—Sí, esos granujas nos obligaron a cruzar de nuevo el Don hace ya un mes. Tuvimos que retroceder a lo menos sesenta kilómetros. Pero ahora nuestro frente se afianza en la orilla oeste. Cuatro veces han intentado cruzar sobre el hielo. La última vez fue hace cinco días. Entonces, habríais visto otra cosa distinta. Nos atacaron durante dos días y sobre todo de noche. ¡Menudo follón! Así como me veis, todavía intento recuperarme. No hemos dormido mucho estos últimos tiempos. Tanto más cuanto nos habían prometido un contraataque, pero no ha pasado nada. Dentro de un rato echad un vistazo con los prismáticos y veréis: el hielo del río está cubierto de cadáveres de *popov*. Esos cerdos ni siquiera han ido a recoger sus heridos. Apostaría a que hay todavía algunos que gimen.

—Debemos aprovisionar a la... 2.^a... Sección —declaró con ansiedad nuestro desgraciado sargento.

—¡Ah!, así lo veréis desde más cerca. Tendréis que ir hasta la orilla. Ellos la defienden... ¡Son terribles esos chicos! Parece ser que ocupan incluso el islote que está en medio del río. Bueno, creo que lo ocupan, porque lo perdieron una vez. Era de noche y se batieron a cuchillos, y por la mañana lo recuperaron. No debe de ser agradable estar allí, prefiero estar aquí, santo Dios.

—¿Cree usted que ese machaqueo precede un ataque?

—¡Hum... nunca se sabe con los rusos! Pero me extrañaría después de la escabechina del otro día. Todavía esperarán un poco.

Hacia un rato que nuestra artillería ya no disparaba y los proyectiles bolcheviques seguían cayendo a una cadencia lenta, pero regular. El soldado de los prismáticos entró agachándose y soplándose los dedos.

—Te toca a ti... (un nombre). Me castañetean los dientes.

El aludido se estiró gruñendo y, apoyándose en unos y en otros llegó a la salida.

—Nuestras baterías ya no tiran. ¿Estarán destruidas? —preguntó nuestro sargento al recién llegado.

—¡Qué cosas tiene usted! —repuso el otro sin dejar de calentarse los dedos entumecidos—. Esperemos que no. Estaríamos aviados aquí. Si no hubiésemos tenido esos cañones hace unos días, nos habrían arrollado. Espero que nuestros bravos camaradas de los «107» de corto alcance estén aún vivos.

—También lo deseo yo —afirmó nuestro suboficial dándose cuenta de su tontería—. Pero ¿por qué han dejado de tirar?

—Los jóvenes como vosotros deberían conocer las dificultades de aprovisionamiento que padecen los combatientes. Nos vemos obligados a disparar con cuentagotas o a tiro hecho. Tanto la infantería como la artillería ahorran sus municiones todo lo que pueden. No obstante, hay que dar la impresión a los soviets de que estamos apurados, por lo que de vez en cuando contestamos con moderación. ¿Comprende?

—Sí, claro.

Hubo un silencio.

—Parece que no van a tirar más —dijo alguien de nuestro grupo.

—Sí, eso se ha calmado. Podríais aprovecharlo —sugirió uno de los muchachos de la *geschnauz*.

—¡Vamos allá, hijos míos! —suspiró nuestro sargento que parecía haber recobrado un poco de confianza.

¡Hijos míos! No se equivocaba mucho, pues parecíamos unos niños al lado de los combatientes del Don. Algunos cañonazos habían bastado para hacernos creer en el fin del mundo. Había una gran diferencia entre los fieros soldados que éramos en Polonia, cuando atravesábamos las aldeas con el fusil colgado del hombro y al paso y lo que parecíamos habernos vuelto ahora. ¡Cuántas veces me había sentido invulnerable! ¡Cuántas veces me había recorrido ese fiero sentimiento de orgullo que, por lo demás, experimentábamos todos! ¡Qué agradable resultaba a mis ojos ver perfilarse ante mí las hombreras ceñidas y los cascos gris verde indefinible de mis compañeros!

¡Qué espléndidos me parecían nuestros uniformes que se adaptaban perfectamente a la naturaleza! ¡Y el ruido de nuestros pasos! Todavía lo

oigo, me gustaba aquel ruido... Creo, a pesar de todo, que todavía me gusta. Aquí, ya no tenemos aspecto de nada. Somos paquetes de trapos, con una lejanía en el interior, algo que tiritita. Estamos reventados, subalimentados e increíblemente sucios. La inmensa Rusia parece habernos absorbido y, además, nuestro cometido de camioneros carece de penacho. Somos las fregonas del ejército. Nos morimos de frío como los demás, pero nuestro caso nunca es mencionado. Pertenece a servicios auxiliares y nos hacen sufrir, poco más o menos, lo mismo que al ejército regular.

Ahora, comparados con los hombres que combaten en el Don, parecemos jóvenes aprendices que atraviesan una enorme fábrica ocupada por gigantes que se ríen de nuestro terror. Es menester reconocerlo, los soldados peligrosamente expuestos parecen tener la moral más elevada que nosotros. Al menos en apariencia. Tienen aspecto de hombres mientras que nosotros, incluso a Halls con su complexión hercúlea, nos delata nuestro rostro juvenil. Más adelante, nuestra excesiva juventud nos salvará tal vez de la angustia del mañana. Mientras los de más edad, más conscientes, se sumirán en la desesperación de la que hasta los más cobardes resurgirán de vez en cuando con heroísmo, nuestra inconsciencia de chiquillos nos transportará de la alegría más sorprendente al miedo que nos reprime las lágrimas.

Abandonamos el refugio tímidamente. Nuestras miradas erraban sobre el cercano horizonte del parapeto que ocultaba la guerra. Cargamos otra vez nuestro peligroso peso. Todo parecía haberse calmado. No se oía ningún ruido. El día se hacía menos luminoso. Esta vez, avanzábamos por una sucesión de zanjas en zigzag y paralelamente al punto que debíamos alcanzar. En todas partes había refugios atestados de soldados congelados que buscaban una apariencia de calor junto a milagrosas pequeñas lámparas-estufas de gasolina.

En todas partes, a medida que íbamos avanzando, se nos hacía la misma pregunta. «¿Traéis correspondencia para nosotros?». En el cielo límpido, roncaban tres *Messerschmitt* que mil gargantas aclamaron. La confianza depositada por la Infantería a nuestra valiente Luftwaffe era absoluta. ¿Cuántas veces las familiares siluetas de nuestros aviones con cruces negras

habían venido a aportar la postrer esperanza a los combatientes, desbaratando así los más furiosos ataques de los soldados rojos?

Tuvimos que apretujarnos a lo largo del muro de la trinchera que era ya angosta para el paso de los camilleros que llevaban, heridos, víctimas seguramente del reciente bombardeo.

Poco a poco nos acercábamos al extremo límite del frente alemán. La trinchera se hacía más estrecha y menos profunda.

Pronto tuvimos que hacer una especie de cadena y avanzar medio agachados para permanecer ocultos a los observadores enemigos. Repetidas veces aventuré una ojeada más allá del parapeto. A unos sesenta metros, las altas hierbas de la orilla del río se erizaban tiesas, cubiertas de escarcha. Era en aquel espacio, en una anchura más extensa, donde se hallaba la sección que habíamos de aprovisionar.

Avanzábamos casi a descubierto, saltando de un bache a otro, escalando los deslizamientos de tierra y de hielo que colmaban aquí y allá el virtual pasadizo que tratábamos de seguir. Descendimos a un enorme cráter donde un sanitario con abrigo de invierno curaba a dos soldados que apretaban las mandíbulas para no berrear. Por ellos supimos que por fin habíamos llegado a destino. No perdimos tiempo en examinar las posiciones de aquella maldita sección. Tras haber dejado rápidamente nuestras cajas en un agujero que nos señalaron, dimos media vuelta para un segundo viaje.

A la caída de la noche, llevábamos a cabo por fin el aprovisionamiento («prioritario», como nos enteramos enseguida) de aquel grupo de primera línea. Nada se había dicho después del bombardeo de aquella tarde, y los desventurados soldados de la orilla del Don se aprestaban a soportar otra noche glacial. Se decía que el termómetro subía, pero seguía helando muy fuerte.

Esperábamos dos de nuestros camaradas que se habían alejado para recoger las escasas cartas que habían podido escribir, a pesar del frío, algunos soldados de aquel sector avanzado. Con Halls y otro, estábamos sentados en la tierra endurecida por la helada, en una especie de banqueta oculta a las miradas enemigas.

—¿Dónde vamos a dormir esta noche? —murmuró Halls contemplándose la punta de las botas.

—Con seguridad al raso —murmuró nuestro compañero—. No veo ningún hotel por aquí.

—¡Venid por este lado! —gritó alguien de nuestro grupo—. Se ve muy bien el río.

Levantamos las nalgas de la tierra granosa para ir a mirar a través de una maraña de ramajes llenos de escarcha donde estaba camuflada una *spandau* apuntando hacia el este, lista para entrar en acción.

—Fíjate —me dijo Halls—, se diría que hay hombres tumbados en el hielo.

En efecto, numerosos cuerpos inmóviles, víctimas de la escaramuza de pocos días antes, seguían donde la muerte los había detenido. Los soldados de la *geschmütz* no habían exagerado en absoluto. Eran con seguridad cadáveres de rusos que no habían sido recogidos por sus compatriotas.

Traté de fijar mi mirada más lejos, aunque era difícil, pues la noche estaba cayendo, hacia lo que debía de ser el islote de que habíamos oído hablar. No se veía nada, aparte de los matorrales nevados que lo cubrían. Tal vez había soldados que, ocultos en algún hoyo, vigilaban en silencio. Más allá, en la bruma irrespirable que caía sobre aquel triste y lúgubre paisaje, la orilla opuesta se divisaba un poco. En aquella orilla terminaba la progresión alemana. En aquella orilla también los soldados rojos debían estar atentos.

Por fin yo había llegado a la línea del frente. Aquella línea que tanta aprensión me había ocasionado y que tanto, inconscientemente, había deseado conocer. Por de pronto, no pasaba nada. El silencio, apenas turbado por algunas voces, era total. A través de la bruma, me pareció percibir en el lado ruso algunas delgadas humaredas que se elevaban lentamente hacia el cielo. Otros camaradas me empujaron para mirar a su vez.

—¿Tanto os interesa eso? —no pudo por menos que decir uno de los granaderos que vigilaba al pie de la *spandau*—. De buena gana os dejaría mi puesto. Estoy harto de pasar frío.

No supimos qué contestar. Su puesto no era efectivamente muy envidiable. Estábamos cambiando impresiones con Halls cuando un teniente encapuchado saltó a nuestro hoyo. No tuvimos tiempo de saludarle. Ya se llevaba los prismáticos a los ojos y escrutaba más allá del refugio.

Pasaron todavía unos segundos y luego unas sordas detonaciones, procedentes de detrás de nosotros, conmovieron de nuevo la atmósfera.

Casi enseguida se produjeron otras explosiones sobre el hielo del río que las repercutía al infinito. Los silbidos eran netos y muy seguidos. En un instante, todo el frente alemán se puso a disparar. El ruido de las piezas de corto alcance se confundía con la explosión de sus proyectiles. Todos nos desplomamos en el fondo del hoyo. Nos sentíamos perdidos. Nuestras miradas se cruzaban, angustiadas, haciendo preguntas a las que ninguno de nosotros podía responder.

—¡Ya está! ¡Ellos atacan! —murmuró alguien.

Los dos ametralladores no contestaron enseguida. Estaban al lado del teniente y contemplaban seguramente, a su vez, el Don. Hubo explosiones estridentes y muy cercanas y cañonazos, al contrario, muy sordos que parecían venir de debajo de tierra. Por fin, el granadero que tan generosamente nos había ofrecido su puesto hacía poco, se decidió a hablar.

—El hielo se rompe mejor esta noche. El frío es netamente menos penetrante. Pronto tendrán que pasar a nado.

Todas nuestras caras estaban vueltas hacia él. No comprendíamos gran cosa.

—Enviaremos al más ligero de nosotros —dijo—. Si el hielo resiste su peso, habrá que demolerlo.

—Este es el más ligero —dijo Halls con risa de conejo designando a un muchacho muy joven que estaba encogido.

—¿Qué he de hacer? —preguntó el infeliz, pálido de inquietud.

—Nada todavía, por el momento —bromeó el ametrallador.

El bombardeo cesó tan bruscamente como había comenzado. El teniente continuó sus observaciones durante unos cuantos minutos más y luego, saltando el parapeto, desapareció. Nosotros seguíamos allí, mudos e inmóviles. Para romper sin duda aquel silencio angustioso, nuestro sargento dio orden de abrir las fiambreras y de comer, en espera de los chicos del correo.

Sin mucho apetito, tragamos la comida helada cuyo sabor dejaba francamente que desear. Mientras degustaba los congelados productos, me acerqué al visor de la *spandau* y eché otra ojeada al río.

Lo que vi me explicó el bombardeo alemán de poco antes. Bloques de hielo, de unos sesenta centímetros de espesor, flotaban en el lecho del río. Aquellos bloques, machacados, rotos, formaban ahora témpanos cuyas crestas oscilaban al ritmo de la corriente, bajo el hielo del Don. Los obuses alemanes rompían todas las noches el hielo del río para impedir su acceso, como supe después, a las incesantes patrullas soviéticas, que, a pesar de todo, se aventuraban con gran peligro a través de aquellos bloques movedizos, que se enderezaban y chocaban entre sí con un ruido sordo y extraño.

Durante la noche, completamente cerrada, el estrépito de nuevas roturas que se producían entre los bloques sostenidos en ambas partes, se prolongaba de trecho en trecho.

Estuve largo rato contemplando aquella visión casi irreal que no logré traducir, suficiente rato para percibir, pronto, centenares de resplandores encenderse en la orilla este. Mudo de estupefacción, con el ojo pegado al visor, contemplé aquellos resplandores que ahora se intensificaban.

—¡Eh! —grité a los dos hombres de servicio—. Ahí ocurre algo.

Se precipitaron sobre mí y me empujaron para ver. Me quedé allí, con la cabeza metida entre las suyas.

—¡Diablos! Nos has asustado tú —rezongó uno de ellos—. No pasa nada grave. Los *popov* nos hacen creer que se calientan. Eso lo hacen todas las noches. ¡No es ninguna tontería, fíjate bien! Esos resplandores nos molestan. Mira, cuesta ver el río, y, aun con bengalas, impide seriamente la visibilidad.

No podía apartarme de aquella inquietante visión. En un horizonte desmesurado, los rusos habían encendido centenares de hogueras, no para calentarse, pues debían mantenerse a distancia, sino para deslumbrar a nuestros observadores. Efectivamente, cuando la mirada se fijaba en la orilla este del Don, se quedaba prendida de aquellas luces. Por contraste, el resto estaba sumido en la oscuridad. Así el enemigo realizaba numerosos desplazamientos que nosotros difícilmente podíamos descubrir. Las bengalas y los proyectiles trazadores permitían evidentemente ver mejor, pero su resplandor, aun siendo intenso, se encontraba limitado a medias por aquella alternancia de oscuridad y de luz practicada por el enemigo.

Yo me habría quedado más tiempo allí, fascinado por aquella manifestación de nuestros adversarios, si la señal de marcha no hubiese venido a sacarme de mi observación. No tuvimos muchas dificultades para volver atrás. La noche, que ningún ruido turbaba, ocultaba perfectamente nuestros desplazamientos.

En sus agujeros, se amontonaban los hombres. Los que dormían se habían cubierto con todo lo que habían podido encontrar. Nada asomaba, ni nariz ni orejas, hacía falta en verdad haberse acostumbrado a aquel género de vida para sospechar que, bajo aquel montón de ropas, un sutil mecanismo humano seguía viviendo y se esforzaba en recuperar sus fuerzas.

Otros, agazapados en el fondo de sus cubiles, jugaban a las cartas o escribían a la luz vacilante de una bujía o de una maravillosa estufilla-lámpara. Digo «maravillosa estufa», pues aquel aparato era verdaderamente formidable. Aquella lámpara-estufilla, de unos veinticinco centímetros de alto, podía ser alimentada con gasolina, petróleo y hasta gas-oil. Bastaba con regular el inyector y el paso de aire. Un reflector proyectaba detrás de un cristal el alumbrado obtenido por la espita de combustión. Entre los *landser*^[5] circulaba un chiste según el cual el ejército tenía en estudio otra más perfeccionada. Aquella nueva superlámpara debía, según se decía, distribuir cerveza.

Los que no dormían, o que no hacían guardia, absorbidos por el juego o la escritura, liquidaban el alcohol que era distribuido sin cuento al mismo tiempo que las municiones. «Los frascos de vodka, de *schnaps* y de licor del Terek, son tan numerosos como los proyectiles de *Pak* —me diría unos días más tarde un viejo infante que esperaba ser evacuado en el próximo tren sanitario—. Es la mejor manera de hacer héroes. El vodka purga el cerebro y dilata las fuerzas. Yo es lo que hago sin parar hace dos días. Con ello olvido que llevo siete pedazos de metralla en el cuerpo». Pudimos volver sin dificultad a nuestros dos trineos.

—¡Maldita sea! —gruñó Halls dirigiéndose a mí—. ¿Estoy soñando o es que el tiempo se ha vuelto suave? Sudo como un buey bajo mis harapos. Tal vez tengo fiebre. ¡Sólo me faltaría estar enfermo!

—Entonces yo también estoy enfermo —repliqué—. Tengo la impresión de haberme caído al agua.

—Es que habéis pasado mucho miedo hoy —se permitió decir el tipo que aquella tarde había gritado: «Me matarán».

—¡Vaya! Todavía estás tan verde como tu uniforme, y te atreves a criticarnos —repuso sencillamente Halls.

Nuestros trineos transportaban seis heridos, además de nosotros. Aunque menos cargados que a la ida, avanzaban más difícilmente. Los caballos parecían fatigarse. La nieve se ablandaba a ojos vistas. El viento transportaba partículas de nieve casi derretida, que no tardaría en transformarse en lluvia. Para nosotros, que habíamos pasado aquel terrible invierno, aquella suavización de la temperatura nos parecía propia de la Costa Azul.

Tardamos dos horas en reintegrarnos a nuestros barracones situados detrás del frente. No nos hicimos rogar para echarnos en las yacijas que nos eran destinadas. A pesar de la fatiga y de la zozobra de aquella ruda jornada, no conseguí cerrar los ojos enseguida. Las orillas del Don me volvían a las mente sin parar. Aún oía los maullidos de los proyectiles, amigos o enemigos, las deflagraciones de una violencia que no hubiese podido sospechar. ¡Y yo que encontraba que mi mauser hacía un ruido como para romperlos tímpanos! Los ejercicios en Polonia eran de risa al lado del estruendo de aquella tarde.

¡Y todos aquellos tíos vestidos de soldado que vivían como topos tiritando de frío! Cierto que no teníamos mucho más calor en nuestros camiones en la «tercera internacional»; había sido mucho peor incluso durante el aprovisionamiento en trineo. Pero aparte el frío, que evidentemente había conseguido matar a algunos de los nuestros, no nos exponíamos a ser despedazados por un obús ruso.

Los infantes de la orilla oeste del río tenían, además, que batirse. Ahí estaba toda la diferencia con nosotros los de la Rollbahn. Por lo demás, nos habían prometido que llegaríamos a ser como aquellos infantes, tropas combatientes, si lográbamos distinguir en nuestro servicio de aprovisionador. Aquella promesa, que nos había hecho el comandante cuando estábamos en el Wagenlager cerca de Minsk, se dirigía

evidentemente a los jóvenes reclutas como Halls, Lensen, Olenheim y yo. La acogimos como un honor. Estábamos muy orgullosos de la confianza que no tardarían en otorgarnos. Los veteranos, quiero decir aquellos que habían combatido en Polonia o en Francia, los que a consecuencia de una herida considerada grave habían sido destinados a los servicios auxiliares de la Rollbahn, se burlaron de nuestro entusiasmo. Incluso intentaron aconsejarnos que nos mostrásemos ineficaces. Pero nosotros éramos sordos a sus consejos. Es verdad que lo hicieron estúpidamente, al repetirnos a cada momento que nuestro sitio estaba en la escuela. Nada mejor para vejarnos y hacernos envidiar a los *Hitlerjugend* a quienes les eran rendidos todos los homenajes y que desfilaban en los *Kriegspiel* entre aplausos atronadores y *Sieg Heil!*

Entonces, todos los sufrimientos soportados durante el largo periplo que nos había conducido cerca de Voronez debían ser considerados por nosotros mismos como pequeñas incomodidades de las cuales no teníamos derecho a quejarnos. En aquel universo de miedo y de muerte que era la vida de los soldados de primera línea, nuestras crueles dificultades no tenían ninguna posibilidad de ser tomadas en serio. Dondequiera que estuviésemos, hiciésemos lo que hiciésemos, nuestra situación nunca sería considerada como trágica. ¿Acaso no nos habían acusado de no darnos prisa y de retozar con las ucranianas? Los partes del diario del frente nos acusaban directamente y nos hacían casi responsables de la retirada de las tropas alemanas del Cáucaso, que se habían visto obligadas a replegarse en el nuevo frente más allá de Rostov. Por falta de aprovisionamiento, aquellas tropas se vieron forzadas a abandonar el terreno tan duramente conquistado para no correr la misma suerte que los combatientes de Stalingrado.

En los varios discursos que nos habían dirigido nuestros oficiales, se nos pedía a menudo hacer esto a pesar de aquello, avanzar a toda costa, hacer más de lo que era posible, disponerse a lo peor, hasta el sacrificio supremo. Habíamos tomado consciencia de nuestro deber y estábamos persuadidos de haber hecho más que lo necesario. En realidad, a pesar de nuestros esfuerzos no escatimados, a despecho de los sobrecogedores momentos que habíamos conocido, sólo habíamos hecho la mitad de lo que

se esperaba de nosotros. ¡Sería necesario, pues, llegar al sacrificio absoluto! Ahora, la palabra cobraba toda su importancia.

Por lo tanto, no éramos más que unos inútiles, incapaces de arrostrar las pesadas responsabilidades que nos incumbían. No podríamos tener acceso a las unidades combatientes y seguiríamos siendo las fregonas insuficientemente vigilantes de la Wehrmacht. Yo no sabía ya qué desear. La condición de infante brindaba evidentemente más ocasiones de hacer el sacrificio de la propia vida.

«Sacrificio absoluto», había dicho el Alto Mando. Aquella palabra bailaba en mi cabeza y me aturdía. Con los ojos muy abiertos en la oscuridad impenetrable de nuestro barracón, me sumí poco a poco en el sueño como en un gran agujero negro.

Capítulo III

MARCHA ATRÁS

Del Don a Jarkov Primera primavera. Primera retirada. La Batalla del Donetz

Siguieron tres o cuatro días en los que tuvimos más o menos las mismas ocupaciones. La nieve se fundía en todas partes y el frío se disipaba tan rápidamente como nos había sorprendido. Así van las estaciones en esta condenada Rusia. Del invierno implacable, se pasa a un verano tórrido sin haber conocido casi la primavera. Por esto, el deshielo no trae consigo en realidad ninguna mejora militar, al contrario, incluso puede agravar las cosas. La temperatura, que había pasado de quince o veinte grados bajo cero a cinco o seis sobre cero, hacía derretir un inimaginable océano de nieve que el invierno había amontonado concienzudamente sin un día de deshielo.

Enormes charcos, por no decir estanques, se formaban un poco en todas partes sobre la nieve incompletamente fundida. Para la Wehrmacht, que había sufrido las angustias de cinco largos meses de invierno, aquel mejoramiento caía del cielo como una bendición. Con órdenes y sin ellas, nos quitábamos los capotes o impermeables mugrientos y comenzábamos una limpieza general. Tipos, completamente en cueros, no titubeaban en meterse en el agua helada de aquellos estanques provisionales para hacer sus abluciones. Ninguna detonación venía a turbar la atmósfera a veces soleada.

La guerra, cuya presencia indefinible sentíamos sin embargo, parecía haberse suavizado a su vez. Conocí a un tipo muy simpático, un suboficial

de Ingenieros, cuya sección ocupaba interinamente el barracón frontero al nuestro. Era oriundo de Kehl, precisamente enfrente de Estrasburgo, al otro lado del Rin. Conocía Francia mejor que su propio país y hablaba francés impecablemente. Las conversaciones que yo sostenía con él eran todas en francés y me descansaban del fastidioso chapurreo elaborado con mis otros camaradas. Cada vez que era posible, pasábamos juntos momentos de asueto y de franca campechanía. Halls se había unido a nosotros y perfeccionaba su francés, igual que yo me había visto obligado a practicar el alemán.

Ernst Neubach era su nombre, y tenía verdaderamente condiciones para su empleo de zapador. No tenía rival para edificar con unas viejas tablas un refugio tan hermético como hubiera podido hacerlo un albañil con materiales adecuados. Un sistema de ducha, instalado con un gran depósito de tractor, funcionaba muy bien, pues una lámpara-estufilla calentaba continuamente los ciento cincuenta litros de agua que siempre manteníamos en su nivel. Los primeros que probaron la instalación, recibieron una ducha mezcla de agua tibia y de gas-oil. A pesar de los lavados sucesivos que habíamos practicado a nuestro recipiente, el agua permaneció mucho tiempo teñida por el poso de las materias que había contenido anteriormente.

Por la noche había cola. Una multitud vocinglera a la que se mezclaban con frecuencia nuestros superiores. Los primeros en la ducha eran aquellos que daban más cigarrillos o parte de pan de munición. Nuestro *feldwebel* Laus pagó por una ducha trescientos cigarrillos. Las duchas empezaban siempre después del rancho de las cinco y se prolongaban hasta avanzada la noche en un concierto de chirigotas. Por haber disfrutado de los beneficios de la instalación de Neubach antes que los camaradas, los que se habían duchado se encontraban a menudo de culo en el barro líquido que invadía los alrededores de nuestro acantonamiento. Allí no conocíamos el toque de queda ni las demás obligaciones del cuartel. Con tal de que el trabajo estuviese hecho, se podía reír, beber y vomitar toda la noche, si nos venía en gana.

Conocimos allí ocho días tranquilos. Cada faena nos obligaba a chapotear en un lodazal cada vez más importante. Volvimos al frente,

increíblemente calmado, tres veces. Transportábamos a lomo de caballos o en carretas el aprovisionamiento al *landser* de los *graben* que tendían a secar su ropa sobre los parapetos. Al otro lado del Don, los *Ivanes* parecían llevar la misma vida.

Un soldado barbudo a quien se le preguntó si todo iba bien, contestó riendo:

—La guerra seguramente ha terminado. Hitler y Stalin deben haberse reconciliado. Nunca he visto una calma chicha semejante. Los *popov* se emborrachan desde la mañana hasta la noche. Anoche cantaron hasta desgañitarse, son de una desfachatez enorme. Algunos se dan un garbeo tranquilamente más allá de sus agujeros. Werk vio tres que iban a buscar agua al Don, por las buenas, ante las narices de nuestras ametralladoras. ¿No es verdad, Werk? —recalcó dirigiéndose a un *landser* socarrón que se estaba lavando los pies en un charco de agua.

—Sí —contestó el interpelado—. No nos atrevimos a tirar. —Por una vez que los unos y los otros pueden asomar la jeta fuera del agujero sin recibir un trozo de chatarra entre ceja y ceja...

Un sentimiento de alegría empezaba a brotar tímidamente en nuestros corazones. ¿Habría terminado la guerra?

—Es muy posible —dijo Halls—. He oído decir que los soldados suelen ser los últimos a quienes se avisa en esas circunstancias. Si es cierto lo sabremos mañana o pasado. ¿Te das cuenta, Sajer, de que tal vez vamos a volver a casa? ¡La que se va a armar! ¡Es increíble!

—No te entusiasmes antes de estar enterado —rezongó un viejo de la Rollbahn—, no te hagas demasiadas ilusiones.

Aquella objetividad enfrió nuestro entusiasmo.

Como de costumbre, seguimos el camino transformado en canal que conducía a los barracones. Nos paramos un instante a hablar con Ernst, que trabajaba con su sección en la reparación del pasadizo.

—Si esto continúa —nos dijo—, habrá que circular en barca. Acaban de pasar dos camiones y las piedras que nos deslomábamos en amontonar sobre la pista han desaparecido, anegadas en el lodo. ¡Buenos estarán los de las trincheras!

—¡Oh! —exclamó Halls—. Estarán en la mierda... Pero tienen una moral terrible, poco habrá faltado para que hayan roto sus fusiles para hacer lumbre con ellos. Los *landser* y los *popov* se divierten juntos.

—¡Que les aproveche! —musitó Ernst—. Pasan cosas muy raras. ¿Veis el camión de la radio allá abajo, que parece flotar? Recibe mensajes sin parar. Los correos se suceden ininterrumpidamente. El último ha abandonado su moto demasiado embarrada y ha echado a correr para llevar su mensaje al comandante.

—A lo mejor son felicitaciones por tus duchas —bromeó Halls.

—Me gustaría que se tratase precisamente de ese género de bromas, pero me chocaría. Cuando esos muchachos echan a correr, los demás no tardan mucho en hacer otro tanto.

—¡Derrotista! —exclamó Halls, en guasa, alejándose.

Cuando llegamos al acantonamiento, nada parecía haber cambiado. Engullimos la macedonia ardiente que nuestro cantinero nos había preparado cuidadosamente y nos dispusimos a la chirigota como las noches anteriores. El silbato de Laus tocó a formar. «¡Caramba! —me dije—. Neubach ha acertado, ya empezamos otra vez».

—No os haré ninguna observación acerca de vuestros uniformes cochambrosos —farfulló nuestro querido *feldwebel*—. Recoged vuestros trastos. Podemos ser llamados a cambiar de acantonamiento de un momento a otro. ¿Comprendido? ¡Entonces, rompan filas!

—¡Mierda! Estábamos demasiado tranquilos aquí —murmuró alguien.

—Oye, no vayas a creer que te pasarás aquí todo el resto del tiempo haciendo el burro. Estamos en guerra, amigo —repuso su compañero.

Recoger los trastos significaba tener que estar listos para formar con un uniforme impecable y con el correaje reglamentario. Por lo menos era lo que nos habían enseñado en Chemnitz y en Bialystok. Allí, evidentemente, la disciplina andaba algo relajada. No obstante, dependía del humor de algunos de nuestros oficiales proceder a la comprobación que iba desde el ánimo del fusil hasta los dedos de los pies, y que exponía al culpable a una serie de servicios sumamente fatigosos o a guardias interminables.

Todavía me acordaba de las cuatro horas de facción que había soportado unos días después de mi incorporación en Chemnitz. El teniente había

trazado un círculo con tiza en el cemento del patio expuesto a pleno sol. Después, yo había tenido que cargar con la impedimenta de los castigados, es decir una mochila llena de arena, que pesaba sus buenos cuarenta kilos. Yo pesaba cincuenta y nueve. Al cabo de las dos primeras horas, mi casco estaba candente bajo el efecto del sol de agosto.

Los últimos momentos me obligaron a concentrar toda mi voluntad en las rodillas que amenazaban doblarse a cada instante. Repetidas veces, creí desmayarme. Así aprendí que un buen *feldgrau* no debía cruzar el patio del cuartel con una mano en el bolsillo del pantalón.

Por esto, todos nos esmeramos en poner en buen orden todo el material que el Ejército nos había confiado. Nos reventamos sacando lustre al cuero de nuestras botas empapadas.

—¡Y pensar que cuando hayamos hecho diez metros fuera todo este trabajo desaparecerá! —protestó un muchacho que se agotaba sobre su calzado.

Necesitamos una hora larga para dar a nuestra impedimenta un aspecto más o menos limpio. Pasaron veinticuatro horas más antes de que nuestras vacaciones en las orillas del Don se transformasen en terror.

El día siguiente de la limpieza general, fui designado para la guardia. Tenía que tomar mi servicio a las cero horas y terminarlo a las dos y media. Me armé de paciencia. Algunas cajas de municiones vacías constituían una plataforma que evitaba al centinela tener que andar por el barro. A dos metros, un agujero medio lleno de agua estaba dispuesto a acoger, en caso de necesidad, al centinela del depósito de gasolina cuya guardia me habían encomendado.

La noche no era fría. Un viento lluvioso empujaba a gran velocidad unas nubes bajas que de vez en cuando dejaban asomar una enorme luna blanca. A mi derecha, las siluetas de los barracones y de los vehículos se recortaban con nitidez.

Delante de mí se extendía el inmenso horizonte ondulado y oscuro que se confundía con el cielo. A vuelo de pájaro, el Don se hallaba aproximadamente a diez kilómetros de las primeras reservas que ocupábamos. Entre el río y nosotros, millares de hombres velaban o dormían en unas condiciones inimaginables. Traídos por el viento, llegaban

ruidos de motores. La noche permitía numerosos desplazamientos tanto en uno como en otro campo. Dos patrulleros de ronda llegaron a mi altura. Les di el alto por pura fórmula. Los dos soldados se acercaron bromeando. Iba a contestar a sus palabras cuando una luz intermitente iluminó de repente todo el horizonte de norte a sur.

Se prolongaba aún con mayor o menor intensidad cuando me pareció que el suelo retemblaba. En el segundo que siguió, un trueno que no acababa nunca hizo vibrar el aire.

—¡Dios mío, es un ataque! —gritó uno de los patrulleros.

Y me parece mucho que debe de ser su artillería que vuelca sus pepinazos sobre el cráneo de los *landser*.

Ya resonaban los silbidos en todo el campamento, y las órdenes atravesaban el bramido de las explosiones todavía lejanas. Pasaban grupos corriendo, ahora. Artilleros de descanso se dirigían apresuradamente hacia las grandes piezas de 155 mm, emplazadas en el límite del antiguo campo de aviación. No me dieron órdenes para abandonar la guardia y me preguntaba qué iban a requerir de nuestros compañeros. Un aprovisionamiento bajo un bombardeo semejante debía de ser muy distinto al de nuestra expedición anterior. Las ráfagas seguían sucediéndose, mezcladas con las detonaciones de las piezas alemanas. Estallidos más violentos y más próximos iluminaban sin parar la noche, haciendo aparecer en sombras chinescas grupos de hombres que corrían a través de los charcos de agua.

Parecía como si un gigante, presa de terrible furia, sacudiese el Universo, este Universo en el cual cada hombre tiene la impresión de ser una ridícula partícula que el coloso de la guerra puede pisotear sin siquiera haberla percibido. Con todos mis sentidos aguzados y el espinazo doblado, a pesar del peligro todavía relativamente lejano, me disponía a meterme en el agujero tan pronto el huracán se acercase. Dos grandes vehículos oruga avanzaban hacia mí con las luces apagadas. Ruedas y orugas formaban un paquete de barro que hendía un lodo líquido. En su precipitación, dos hombres saltaron por la barandilla de hierro y estuvieron a punto de desaparecer en el fango.

—Échanos una mano, centinela —dijeron los artilleros que se habían llenado de mierda hasta el casco.

El Apocalipsis seguía abrasando tierra y cielo. Ayudé a los muchachos de los tractores a cargar barriles de ciento cincuenta litros a bordo de sus vehículos.

—Siempre será uno menos que te estallará en la jeta —dijo uno de ellos dirigiéndose a mí.

—¡Buena suerte! —les contesté simplemente.

Más lejos, unos soldados de mi compañía de transmisiones se atareaban en reagrupar los jamelgos que se atropellaban y se desplomaban en el lodo con unos relinchos diabólicos. Repetidas veces, barriles de gasolina fueron embarcados en diversos vehículos. Como a las primeras luces del día no se hubiera presentado el relevo, me pregunté qué demonios tenía que guardar aún. El bombardeo no había cesado. Extenuado, yo no sabía qué tenía que hacer cuando un grupo de muchachos de mi compañía pasó cerca de mí. El sargento que los mandaba me hizo una seña para que me uniera a ellos. En el momento que me junté con mis camaradas, uno de los proyectiles de largo alcance de la artillería soviética cayó a un centenar de metros detrás de nosotros. La deflagración sacudió a nuestro grupo que echó a correr de nuevo. No hice preguntas, pero busqué vanamente los anchos hombros de Halls.

Otros proyectiles caían sobre el campamento. La tierra se iluminaba de un extremo a otro. De vez en cuando, nuestro grupo echaba cuerpo a tierra y se incorporaba seguidamente, cubierto de barro.

—No os echéis en la mierda, así, siempre con retraso —gruñó el sargento—. Haced lo que haga yo. Fijaos en mí. ¿Entendido?

Un aullido muy significativo llegó a nosotros. Nuestra docena de *feldgrauen* se zambulló con delicia, incluido el sargento, en una charca líquida. Una deflagración gigantesca vació el aire de nuestros pechos, al tiempo que una ola de barro nos sumergía.

Horrendamente asquerosos, nos incorporamos con una sonrisa afectada en el rostro, como unos paisanos que salen indemnes de un grave accidente de coche. Tres o cuatro proyectiles cayeron a nuestro alrededor y nos obligaron a seguir en la misma postura. Detrás de nosotros ardía algo. Por

fin, pudimos reanudar la marcha y nos apresuramos hacia un depósito bastante importante de municiones.

¡A la vista de aquel montículo de cajas cubiertas con lonas, nos dieron cólicos! Si caía allí un pepinazo, no quedaría alma viviente en cien metros a la redonda.

—¡Maldita sea! —juró el sargento—. No hay nadie de guardia aquí. ¡Es increíble!

Con una perfecta inconsciencia, se encaramó sobre aquel montón de dinamita y buscó los números de las cajas que había que transportar a los puntos previstos, al parecer, en caso de repliegue de la infantería. Petrificados como unos condenados a muerte ante la silla eléctrica, estábamos allí, plantados en el barro, con la mente vacía, esperando órdenes. Dos tipos, empapados como nosotros, llegaron a paso ligero. De pie sobre las cajas, el sargento, con voz estentórea, se dirigió a los dos individuos que, a pesar de la tronada, acababan de ponerse en posición de firmes.

—¿Sois vosotros los que estáis de guardia aquí?

—Sí, *Herr* sargento —gritaron los dos con una sola voz y en tono reglamentario.

—¿Dónde estabais? —chilló el suboficial.

—Una obligación muy natural nos ha obligado a apartarnos un instante —continuó uno de ellos.

—¡Y os habéis ido a cagar juntos así por las buenas, marranos!

Nosotros teníamos demasiado miedo para reírnos.

—Vuestros nombres y destinos —dijo el sargento, encaramado aún en su diabólico montículo.

Maldije por dentro a aquel animal que, cuidadoso de la disciplina, no pensaba en lo que podía ocurrirnos y empezaba a redactar un parte. Unas explosiones muy cercanas nos hicieron echar cuerpo a tierra otra vez. Y el berzotas del sargento siempre de pie sobre las cajas, insistía en tentar a la suerte.

—Barren nuestra retaguardia —apreció—. Seguramente han lanzado su infantería. ¡Vamos, partida de cagones, venid a ayudarme!

Medio paralizados por el miedo, nos encaramamos a nuestra vez sobre el volcán. Los relámpagos arrojaban reflejos trágicos sobre nuestras siluetas. Unos instantes más tarde, corríamos en otra dirección, sin sentir el peso de la caja y del fusil, tanto la idea de alejarnos de aquel montón amenazador había decuplicado nuestras fuerzas.

El día, que se había levantado ya, nos privaba de una parte del espectáculo. Los relámpagos eran poco visibles. En todas partes una humareda bastante densa tapaba el horizonte. Géiseres más oscuros se elevaban aquí y allá. Hacia el mediodía, cuando seguíamos corriendo de una parte a otra, nuestra artillería se volvió loca. No sé a qué obedecía aquello en el plan militar. Sentado en un vasto embudo que una explosión había desecado, contemplé el largo tubo de un 155 que escupía a un ritmo regular.

Por fin encontré a Halls y a Lensen. Con los puños en los oídos mirábamos la pieza. Sonriente, Halls contaba los disparos con una pequeña inclinación de la cabeza.

Durante dos días no nos tomamos prácticamente ningún descanso. El vals de la muerte continuó. Transportábamos a los heridos que fluían hacia los refugios más o menos llenos de agua. Allí, los sanitarios hacían las primeras curas a los cascados que dejábamos en angarillas de ramajes. Sus gemidos llenaban la enfermería improvisada. Pronto tuvimos que dejarlos fuera, en el lodo, pues la enfermería quedó abarrotada. Los cirujanos iban y venían y operaban a los moribundos en el mismo lugar donde los encontraban. Allí vi cosas horrendas, troncos vagamente humanos cuyo conjunto no era más que una mezcla de barro y de sangre.

La mañana del tercer día, la batalla arreció. Estábamos lívidos de fatiga. Aquello duró hasta la noche. Después, en una hora, todo cesó por fin. En el frente del Don, martirizado, se elevaba humo de todas partes. La muerte tenía como un olor. Efectivamente, se concede un olor a la muerte cuando alcanza una escala tan importante. Los que han vivido la atmósfera de los campos de batalla me comprenderán. No hablo de la descomposición. No, es otra cosa. Una cosa indefinible y que es imposible expresar mejor.

Dos de los ocho barracones que formaban nuestro campamento habían sido reducidos a cenizas. Los que quedaban de pie estaban invadidos por

una multitud de heridos. Viendo que íbamos a desfallecer, tan agotados estábamos, Laus, que, a fin de cuentas, era una buena persona, nos concedía de vez en cuando una hora o dos de reposo. Donde estuviésemos, nos desplomábamos, vencidos por un sueño mortal. Cuando, al cabo de dos horas, nos despertaban, nos incorporábamos, extraviados, con la impresión de no haber dormido más que unos minutos.

Invadidos de nuevo por la fatiga, reanudábamos nuestra labor de pesadilla que consistía en transportar hombres mutilados y quejumbrosos, o bien en alinear muertos calcinados que debíamos registrar para desprender una parte de la chapa de identidad destinada a ser enviada a la familia con la mención «caído heroicamente en el campo del honor por Alemania y por el Führer».

El día siguiente de la última batalla que el Ejército alemán libró en el Don, se celebraron unos festejos a pesar de los millares de muertos y heridos. Entreabrieron la boca de los moribundos para hacerles tragar vodka y festejar una victoria que, al fin y al cabo, no lo era. En un frente de casi sesenta y cinco kilómetros, el general Zhúkov, con la ayuda del maldito Ejército de Siberia, que acababa de contribuir al aplastamiento del VI Ejército en Stalingrado, había intentado durante tres días romper el frente del Don al sur de Voronez. Los furiosos asaltos rojos se aplastaron efectivamente sobre nuestras posiciones sólidamente defendidas. Miles de soldados soviéticos habían pagado con su vida aquel esfuerzo que no había dado resultado, aunque costó muy caro a nuestras tropas.

Las tres cuartas partes de mi compañía se fueron aquella misma noche, llevando en sus camiones muchos heridos, casi unos encima de otros. Quedé, al mismo tiempo, separado momentáneamente de Halls y de Lensen. No me gustaba, en verdad, sentirme alejado de mis dos buenos compañeros. La amistad cuenta mucho durante la guerra. Esto es, por otra parte, muy curioso. En esta época de odio generalizado, los hombres del mismo campo están unidos a menudo por una sólida amistad mientras que en tiempos de paz las puertas se cierran sobre la mediocridad de cada cual.

Me encontré, pues, solo con unos tipos más o menos interesantes con los cuales no había tenido demasiadas ocasiones de hablar. Por esto los

abandoné precipitadamente para pasar la noche en la banqueta de un camión y recuperar algunas fuerzas.

Los silbidos de la llamada a formar horadaron mis tímpanos muy temprano. Entreabrí los ojos. La cabina del camión que ocupaba hacía una cama perfecta y, más o menos, de mi talla. Por fin tuve la impresión de haber dormido. A pesar de todo, la fatiga me había agarrotado los músculos y me costó mucho salir de aquel lugar de descanso. A las filas iban llegando tipos ajados y desgredados carraspeando.

Laus, que, como todos nosotros, había dormido con su equipo puesto, no estaba muy despejado. Nos anunció que íbamos a dejar aquel paraje y remontar hacia el oeste. Previamente, tendríamos que quedarnos junto a la sección de ingenieros para ayudarla a reembarcar o a destruir todo lo que quedaba. Pasamos por delante de la marmita de la que sacaron un líquido hirviente que no podía aspirar demasiado a ser café. Después nos unimos a los ingenieros.

Fuimos bastante lejos con nuestros borriquillos, sobre los que teníamos que cargar todas las municiones que encontrásemos a fin de que no cayesen en manos del enemigo después de nuestra partida, pues la marcha era general. Largas filas de infantes, increíblemente mugrientos, salían de aquel mar de barro y se dirigían hacia el oeste. Creí por un instante que se trataba de un relevo. No era en absoluto el caso: toda la Wehrmacht de la orilla oeste del Don había recibido orden de replegarse. No comprendíamos en verdad de qué podía haber servido resistir tan heroicamente durante tres días para batirnos luego en retirada una vez descartado el peligro.

Ignorábamos, desde luego, que el Frente del Este había cambiado seriamente de aspecto desde enero. Después de la catástrofe de Stalingrado, una fuerte presión soviética había ganado los alrededores de Jarkov, cruzando otra vez el Donetz y al llegar a Rostov, había cortado casi el repliegue de las tropas alemanes del Cáucaso. Estas tuvieron que volver a Crimea a través del mar de Azov a costa de enormes pérdidas. En Jarkov, en Kuban y hasta en Iánapa tenían lugar violentos combates, según declaraba nuestro periódico *Ost Front y Panzer Wolfram*.

En ningún momento se habló francamente de repliegue y como nosotros, insignificantes *feldgrauen*, no teníamos ocasión de estudiar la

geografía rusa, no sabíamos muy bien dónde estábamos. No obstante, basta mirar una vez un mapa de la región para darse cuenta de que nuestra posición en la orilla oeste del Don constituía la última punta alemana en territorio soviético. Afortunadamente para nosotros, el Alto Mando ordenó nuestra retirada, antes de que el cerco procedente del norte y del sur nos separara definitivamente de nuestras bases situadas en Bielgorod y en Jarkov. El Don ya no nos servía de baluarte. Había sido franqueado tanto en el norte como en el sur.

¡Todavía me estremezco al pensar que pudimos haber corrido la misma suerte que los combatientes de Stalingrado! Afortunadamente, en aquella época no estábamos muy al corriente del peligro. De todos modos, la palabra «retirada» había despertado en nosotros un eco siniestro.

Tan sólo una precipitación más acrecentada que nunca hubiese debido hacernos presentir aquel nuevo peligro. Hacía dos días que la evacuación estaba en su apogeo. Hacía dos días que los *landser*, a pie o arracimados en vehículos, nos abandonaban. Pronto, únicamente quedó una pequeña sección del *Panzergruppe* en nuestro acantonamiento desierto. El paso de vehículos y de hombres debido al reflujo de nuestras tropas había transformado esta vez el terreno de la Luftwaffe en un espantoso lodazal. Imagínese miles de camiones, tanques, camionetas-orugas, caballos y soldados de infantería desfilando durante dos días y dos noches por un terreno machacado y surcado por arroyos de fango.

Me encontré, pues, en medio de aquella melaza, reagrupando todo lo que no había podido ser evacuado. Los ingenieros trabajaban con nosotros y se disponían a dinamitar un importante montón de municiones que habíamos reunido junto a los barracones, en los esqueletos de ocho camiones desmantelados. A mediodía, hicimos unos fuegos artificiales que cualquier municipalidad nos hubiese envidiado. Trineos, carretas, edificaciones, todo fue dinamitado e incendiado. Esto nos exaltó mucho. Dos grandes obuses, que los tractores no habían logrado arrancar del barro, fueron cargados con un proyectil que no correspondía a su calibre. En el cañón se metieron toda clase de cosas más o menos explosivas y luego se ajustó como se pudo el cierre. Al desfilar, las piezas se partieron por la mitad, proyectando en torno una granizada de chatarra mortal.

No sé cómo no nos matamos todos durante aquella limpieza. Nos animaba una alegría sádica. Por la noche, las *spandau* detuvieron a algunas patrullas soviéticas que sin duda acudían a informarse. Una hora antes de desalojar definitivamente los parajes, sufrimos un leve tiro de artillería que nos causó cierta zozobra. Después nos fuimos.

Durante el camino, perdí a mi primer amigo verdadero, Ernst Neubach, de una manera estúpida.

Tras un ligero tiro de artillería, las tropas de cobertura del *Panzergruppe* señalaron numerosas penetraciones enemigas en nuestras antiguas posiciones. La orden de una marcha precipitada fue dada, pues. No estábamos ya en condiciones de contener a los rusos más tiempo. Mientras yo daba vueltas arrastrando mi miserable impedimenta de un charco a otro y preguntándome dónde me metería, el *feld* de nuestro grupo me designó la cabina de un camión cogido al enemigo.

—¡Ponte al volante! —vociferó—. ¡Nos largamos!

A todo soldado de la *Rollbahn* se le suponía que sabía conducir. Por mi parte, era en verdad un novato, si bien adquirí ciertas nociones de conducción mientras hacía la instrucción en Polonia, pero con máquinas completamente distintas.

Sin embargo, no se podían discutir las órdenes, en la Wehrmacht. Salté, pues, a la cabina del *Tatra*. Un tablero gris presentaba unas pequeñas esferas cuyas saetas pendían lamentablemente hacia abajo, unos botones y unas inscripciones redactadas en caracteres desconocidos. Los ingenieros acababan de amarrar la pesada silla a la parte trasera del Mark-IV. Un instante después íbamos a arrancar. Yo tenía que poner en marcha, a toda costa, aquel maldito mecanismo. Por un segundo, pensé en abandonar el asiento y confesar mi incapacidad. Me rehíce pensando que serían muy capaces de endilgarme una tarea más difícil, o hacerme ir a pie, si no me abandonaban allí.

Quedarme era caer en poder de los bolcheviques. Aquella idea me dejó helado y me puse a manejar febrilmente y al azar los botones de mando. En aquel momento se produjo el milagro. Eché una ojeada desesperada al exterior y mi mirada se cruzó con la de Ernst, que buscaba visiblemente un sitio entre los vehículos atestados. Yo estaba salvado.

—¡Ernst! —grité—. ¡Ven aquí! ¡Hay sitio!

El buen muchacho subió muy contento.

—Estaba a punto de encaramarme con los compañeros en la trasera del carro —dijo. Gracias por ofrecerme este asiento.

—Ernst, ¿conoces estos artefactos? —le pregunté como en una plegaria.

—Pillo, te has embarcado sin saber nada de esto —dijo él sonriendo.

No tuve tiempo de darle explicaciones. El potente motor del carro al que estábamos enganchados roncaba. Apresuradamente manejamos las palancas. El tanquista de la torreta me hacía señas para que embragara al mismo tiempo que el carro de combate a fin de evitar sacudidas a los heridos que transportábamos.

Ya sentía las bofetadas que iba a propinarme el suboficial que estaba allí, plantado, observando la maniobra, cuando me viese obligado a abandonar el vehículo que él me había confiado. Neubach acababa de tirar de una palanca bajo el tablero cuando me pareció que algo zumbaba bajo el capó. Pisé a fondo el acelerador. El motor se puso en marcha por fin.

—¡Despacio! —gritó el *feld* dirigiéndose a mí.

Sonriendo, asentí con la cabeza y solté el pedal. La cadena se atirantó. Puse una velocidad. ¿Cuál?, no lo sé, en cualquier caso no era la marcha atrás.

El pesado camión arrancó con una brusca sacudida, que hizo elevarse una andanada de tacos y de quejidos detrás de mí. Estos fueron mis primeros pasos en el terreno automovilístico.

¡Cuando pienso que, más tarde, en Francia, un estúpido pretencioso me dio lecciones en un miserable Renault 4 CV, con aires de comandante de Liberty Ship! Tuve que someterme a una serie de lastimosas demostraciones para obtener un boleto rosa que me declaraba apto para conducir automóviles. No perdí tiempo en explicar a mi pobre pederasta de profesor que había seguido, por una pista que pudiera haberse calificado de arroyo, a un monstruo con cadenas cuyas fuertes sacudidas amenazaban a cada instante arrancar la delantera del Tatra.

No me habría creído, desde luego, porque formaba parte de los Aliados vencedores. Era un héroe como los que he encontrado después de la guerra en el Ejército francés. Únicamente los vencedores tienen una historia.

Nosotros, los puercos vencidos, no éramos más que unos cobardes débiles, y nuestros recuerdos, nuestros miedos, así como nuestros entusiasmos, no tienen por qué ser relatados.

Una lluvia fina amenizó nuestra primera noche de retirada. Con proezas acrobáticas, logramos, Ernst y yo, mantener el camión ruso en la trayectoria del Marlc-IV. Sin el carro de combate, nunca habríamos salido de aquel atolladero. De vez en cuando, el conductor del carro, nervioso, aceleraba, arrastrando el Trata que amenazaba desarticularse. Las orugas del tanque nos enviaban una mermelada que la lluvia desleía aún más. El parabrisas se ponía entonces completamente opaco. Neubach se asomaba por la cabina, agarrándose, y quitaba, a manos llenas, la tierra amontonada sobre el cristal.

Los faros camuflados sólo disponían de una simple hendidura por la que debía filtrarse la luz. Aquellas hendiduras estaban, desde luego, herméticamente taponadas por el barro que anulaba así el sistema de alumbrado. A cada momento, la falta de visibilidad me impedía distinguir incluso la trasera del tanque que, sin embargo, sólo estaba a cinco metros. Entonces, el camión se ponía más o menos oblicuo a su tractor. Una violenta tensión de la cadena nos situaba otra vez en línea. Cada vez, yo tenía la impresión de haber perdido las ruedas delanteras.

Detrás, debajo del toldo, los heridos exhaustos habían dejado de berrear. Tal vez habían muerto. ¡Qué importa! El convoy avanzaba, mezclado con el barro del que ya no se distinguía. El día saludó nuestras caras de pordioseros chupadas por el insomnio, ¿íbamos adelantados o, por el contrario, retrasados? Esto ya no tenía importancia. El conductor del panzer torció hacia la derecha, dejando así la pista que se había hecho impracticable incluso para un carro. El tipo no se anduvo con chiquitas y encaminó el tanque por un montículo boscoso. Con toda la potencia de su motor, doblegó bajo sus orugas unos abedules retorcidos y empapados.

Nuestro camión, cuyas ruedas ya no eran más que bolas de barro, fue izado en un estertor de su motor en seguimiento del carro. Todo se inmovilizó por fin. Era el segundo alto después de nuestra salida. Nos detuvimos en plena noche para llenar los depósitos. Los pobres diablos que habían pasado la noche en la trasera del Marlc-IV, con las nalgas quemadas por la chapa de protección del motor y el resto del cuerpo aterido de frío y

lluvia, saltaron del vehículo sobre los ramajes destrozados. Hubo una pelea entre un suboficial de Ingenieros y el Panzerführer que nos había metido entre los matorrales. Todo el mundo aprovechó aquella parada para ir a cagar. Luego, sacamos ávidamente las escasas provisiones que poseíamos.

¡Una hora de descanso! —anunció el suboficial que se había arrogado el mando del grupo—. ¡Aprovechadla!

—¡Mierda! —refunfuñó el Panzerführer, que no estaba dispuesto a dejarse mandar por un bombero de Ingenieros—. Saldremos cuando yo haya dormido suficientemente.

—Tenemos que estar en Bielgorod esta mañana —dijo el suboficial, que sin duda soñaba con ser oficial.

Después añadió poniendo la mano sobre la pistola que le colgaba del cinto:

—Saldremos cuando yo lo ordene. Soy el superior aquí y vosotros me obedeceréis.

—Puedes fusilarme enseguida —repuso sencillamente el tanquista—, pero después tú conducirás el carro. Hace dos días que no duermo, así es que déjame en paz.

El otro se puso muy colorado, pero no añadió nada.

—Vosotros dos, en vez de dormir de pie, subid al camión y ayudad a los heridos a hacer sus necesidades.

—Eso es —continuó el tanquista, que decididamente buscaba hacerse destinar a un batallón disciplinario—, y después el señor suboficial irá a limpiarles el culo.

—¡Cuidado con el parte! —silbó el suboficial—. ¡Cuidado con el parte! Ahora estaba pálido de cólera.

En el interior del camión, los heridos, hacinados, no habían muerto a pesar de las peripecias del viaje. Los pobres no decían esta boca es mía. Sus sórdidos vendajes señalaban las huellas de nuevas hemorragias. Como pudimos, a pesar de la fatiga que aceleraba nuestras pulsaciones, los hicimos bajar y volver a subir, excepto uno de ellos al que le faltaba una parte de las dos piernas. Solamente pidieron que les diéramos algo de beber. Sin saber si aquello les estaba permitido, les dimos tanta agua y tanto

aguardiente como quisieron. Seguramente hicimos mal. Más adelante, dos de aquellos moribundos se murieron.

Los hundimos en el barro simplemente con una estaca en la que se colgaron sus cascos para indicar sus sepulturas. Ernst y yo intentamos entonces conciliar un poco el sueño. Encogidos en la cabina, con las sienes que nos estallaban, no lo conseguimos.

Durante dos largas horas, evocamos así los recuerdos de paz. Fue el conductor del tanque quien, como había previsto, dio la orden de marcha. El sol estaba ahora en su cénit. Hacía bonanza y grandes bloques de nieve todavía suspendidos en las horcas de las ramas se derretían lentamente.

—¡Vaya! —murmuró el tanquista—. Nuestro general nos ha dado esquinazo mientras dormíamos. El señor quiere sin duda continuar a pata.

Efectivamente, el suboficial se había ido. Tal vez se había metido en alguno de los vehículos que nos habían adelantado durante nuestro reposo.

—El muy cerdo ha ido a dar parte —tronó el tanquista—. Si me cruzo en su camino, lo aplasto con mis orugas como a un vulgar bolchevique.

Tardamos bastante en desatascar nuestros dos vehículos del socavón donde los habíamos metido. Sin embargo, dos horas más tarde llegamos a una aldea cuyo nombre he olvidado, pero que estaba aún a diez kilómetros de Bielgorod. Estaba atestada de soldados de todas las armas. Las pocas calles, muy perpendiculares, bordeadas de casas bajas que hacían pensar en una cabeza sin frente y cuyos cabellos se confundiesen con las cejas, verdeaban de *feldgrauen*. Una gran cantidad de material rodante, cubierto de barro, avanzaba por entre unos *landser* chillones, la mayoría de los cuales buscaban su regimiento. La carretera se había hecho más practicable, porque contaba con un ligero revestimiento.

El carro nos desenganchó y nuestro Tatra tuvo que cargar con los ocho o diez muchachos de Ingenieros que antes viajaban en el Mark-IV. Extraviado en aquella marea de militares, detuve el camión y busqué con la mirada mi compañía. Dos *feldgendarmes* me indicaron que había continuado en dirección a Jarkov. Pero no estaban muy seguros y me encarrilaron hacia el centro de reagrupamiento instalado a bordo de un semioruga ocupado por tres oficiales que se tiraban de los pelos. A fuerza

de gesticular, logré acercarme a los tres graduados y hacerles mi pregunta a través de otras mil.

Por toda contestación, me hice regañar y tratar de rezagado. Sigo persuadido de que, si aquellos bárbaros hubiesen tenido tiempo, me habrían mandado a un consejo de guerra por haberme separado de mi grupo. Reinaba un barullo increíble. Los *landser*, medio furiosos, medio burlones, invadían las barracas de los popov.

—Vámonos a dormir mientras eso se calma —decían.

No pedían más que un rincón seco donde tumbarse. Desgraciadamente, éramos tantos en cada isba que los rusos tenían que salir para permitir que un centenar de infantes se tumbasen en el mero suelo.

No sabiendo qué hacer, me reuní con Ernst, que, por su lado, había ido en busca de información. Solamente logró dar con la enfermería volante, y volvió al Tatra con un sanitario que había venido a visitar nuestro cargamento de heridos.

—Pueden continuar así —dijo.

—¡Cómo! —protestó Ernst—. Ya hemos enterrado a dos. Hay que renovarles los vendajes. —No os pongáis pesados estúpidamente— dijo el sanitario. —Si los señalo como «urgencia», tendrán que esperar su turno sentados en la calle. En menos tiempo habréis llegado a Bielgorod. Y así escaparéis a la tenaza que se cierra sobre nosotros.

—Pero quizás algunos también se mueran —dijo Ernst bajando la voz para que los heridos no lo oyesen.

—¡Bah! ¿Quién sabe dónde vamos a morir unos y otros? Creedme, largaos con vuestros heridos y así pasaréis más fácilmente.

—Pero ¿tan grave es la situación? —preguntó Ernst.

—Sí, lo es —dijo sencillamente el sanitario alejándose.

Ernst y yo nos quedamos consternados, con la grave responsabilidad de una veintena de heridos que llevaban varios días esperando que se les atendiera. A las preguntas de los infelices, que querían saber, entre dos muecas de dolor, si íbamos pronto a hospitalizarlos, no sabíamos qué contestar.

—¡En marcha! —decidió Ernst, con expresión preocupada—. Tal vez tenga razón. Si llego a saber que acabaríamos así...

Estuve dos minutos al volante. Ernst me dio un golpe en el hombro.

—Para, pequeño, que vas a cargarte a alguien, si eso sigue así... Dame el volante.

—Pero es que me toca a mí conducir, Ernst. Formo parte del tren automóvil.

—No importa, trae eso. Tú nunca saldrás del paso.

Efectivamente, por mucho que me aplicase aquel maldito camión circulaba a sacudidas y en zigzag.

Llegamos a la salida del poblado. Una fila interminable de vehículos de todas clases hacían cola para conseguir carburante. A nuestro alrededor, miles de soldados pateaban junto a la fila. Un *feldgendarme* se precipitó para detenemos.

—¿Por qué no os ponéis a la cola como todo el mundo? —ordenó.

—Tenemos prioridad, *Herr* Gendarm. Transportamos heridos. Eso nos han dicho en la enfermería.

—¿Heridos, heridos graves? —preguntó el policía con el tono receloso de todos los policías del mundo.

—Evidentemente —dijo Ernst que no exageraba nada.

Aquel memo fue, a pesar de todo, a echar un vistazo a nuestro vehículo.

—No parecen muy enfermos —murmuró.

Un furioso rumor se elevó de bajo el toldo, acompañado de una andanada de tacos.

—¡Asqueroso aborto de vaca! —rugió un herido al que le faltaba una parte de un hombro—. Son los podridos como tú los que deberían ser enviados sin parar a primera línea. Déjanos pasar o te estrangulo con la única mano buena que me queda.

El *landser* febril se había erguido a pesar del dolor que entorpecía sus movimientos. Hubiera sido muy capaz de llevar a cabo su amenaza.

El imbécil enrojeció y sintió faltarle el valor ante aquella veintena de lisiados. Hay mucha distancia entre el fanfarrón, sea schupo o flic^[6] parisino, londinense o belga, que impone una multa a un pequeño burgués atemorizado porque no ha respetado una luz roja, y el imbécil, incluso en la retaguardia de un campo de batalla, que trata con tipos que se sostienen las tripas con ambas manos o que han sacado las de otro con una punta de

chatarra llamada bayoneta. Su rabia se transformó en una sonrisita estereotipada.

—¡Largaos de aquí! —dijo como si aquello no le importase nada. A los policías todo les importa mucho siempre, a menos que tengan miedo, y este era su caso.

Cuando el camión había dado ya una vuelta de rueda, soltó por fin su hiel.

—¡Id a reventar a otra parte! —gritó.

Tuvimos dificultad en hacernos entregar treinta litros de gasolina. El camión los consumía fácilmente en una hora. Sin embargo, nos alegramos mucho de recibirlos y de dejar aquel tumulto. La carretera cenagosa tenía, de todos modos, un delgado revestimiento que, por lo demás, faltaba a trechos en decenas de metros cuadrados. Los baches de profundidades imprevisibles habían de ser evitados. Circulábamos tan pronto por aquella famosa vía soviética, como por la cuneta o por el prado contiguo.

Lejos, a nuestra derecha, un convoy intentaba avanzar por una carretera paralela.

Diez kilómetros más lejos, topamos con una tropa de infantería motorizada. Aquellos tipos estaban en pie de guerra y parecían esperar a los soviets más que a sus compañeros de armas. Una barrera de policías volvió a detenernos. Como unos imbéciles, en búsqueda de algún error que hubiésemos podido cometer, inspeccionaron todo el camión, comprobaron nuestras cartillas militares, se cercioraron de nuestro destino..., pero entonces tuvieron que informarnos ellos. Uno de aquellos quisquillosos se vio obligado a compulsar el registro que llevaba colgado del cuello. Con un tono de perro ladrador, nos indicó que debíamos bifurcar a cien metros y dirigirnos hacia Jarkov. Lo hicimos de mala gana, pues la carretera volvía a ser en aquella dirección un infecto lodazal.

Avanzando a treinta por hora, pronto agotaríamos nuestro escaso depósito de gasolina. Angustiados, adelantábamos sin parar vehículos abandonados en el barro por avería o por falta de gasolina. Pronto fuimos detenidos por unos cincuenta *landser* a pie, increíblemente enlodados. Tomaron por asalto el camión. Entre ellos, había heridos. Algunos se habían quitado los vendajes putrefactos.

—¡Un sitio, muchachos! —pedían todos, encaramándose a la fuerza.

—Pero ¿no estáis viendo que vamos hasta los topes? ¡Vamos, despejad!
—insistió Ernst.

Imposible desembarazarnos de ellos. Los tipos se colaban por la plataforma trasera y pisoteaban a nuestros heridos para hacerse sitio. Ernst y yo nos pusimos a chillar. No sirvió de nada. Se apilaban en todas partes.

—¡Llévame! —lloriqueaba un pobre diablo cuyas manos sanguinolentas se aferraban a mi portezuela.

Otro agitaba un permiso casi caducado ya. La llegada de un steiner, seguido por dos camiones, restableció el orden. Un capitán SS se apeó del steiner.

—¡Pero qué es ese barullo! Habéis tenido avería, ¿eh? ¡Era fatal! Sois un centenar ahí dentro.

Los cochambrosos se dispersaban sin esperar el resto. Ernst se acercó al oficial y se cuadró. Después explicó la situación al capitán.

—Está bien —dijo este—. Tomad cinco soldados más entre los heridos. Nosotros cogeremos otros cinco. Los demás seguirán a pie y serán recogidos por los convoyes siguientes. ¡Vamos, en marcha!

—*Herr Hauptmann* —repuso Ernst—, dentro de unos minutos nos quedaremos sin gasolina.

El capitán ordenó a uno de los soldados del steiner que nos trajese un bidón de veinticinco litros. Vaciamos el contenido en nuestro depósito y reanudamos la marcha siguiendo al benévolo oficial.

Más lejos, volvimos a encontrar numerosos desdichados que chapoteaban en el cieno. A pesar de sus súplicas, continuamos sin pararnos. A mediodía, llegamos, con nuestra última gota de gasolina, a un burgo donde se estaba reagrupando una unidad para entrar en línea. Estuve a punto de ser infante antes de hora. Tuvimos que esperar el día siguiente para recibir, gracias a una combinación que hizo Neubach, veinte litros de carburante. Nos disponíamos a salir cuando nuestro oído quedó desagradablemente sorprendido. A lo lejos, muy lejos desde luego, se oía retumbar el cañón. Como creíamos habernos distanciado bastante del frente, nos quedamos muy extrañados a la vez que muy inquietos. Ignorábamos

que íbamos siguiendo una línea paralela a la línea del frente: Bielgorod, Jarkov. Yo no debía saberlo hasta mucho más tarde.

No obstante, reanudamos la marcha sin tardanza. Previamente tuvimos que bajar a dos moribundos del camión para recoger a otros tres heridos. Fue a partir de las tres o las cuatro de la tarde cuando todo volvió a estropearse.

Formábamos una pequeña columna de una decena de vehículos. El camión en el que yo viajaba estaba casi en el centro de la columna. Acabábamos de cruzarnos con una sección blindada cuyos carros avanzaban a la manera de los bichos enlodados que el mar descubre en las mareas bajas. Con toda evidencia, iban al encuentro de un enemigo indudablemente muy próximo. A pesar del ruidoso escape de nuestros camiones, el rugido de la artillería nos llegaba desde nuestra izquierda. Ernst y yo cruzamos unas miradas que decían mucho sobre nuestra inquietud. Fuimos detenidos por unos muchachos que emplazaban un cañón antitanque.

—¡Daos prisa, muchachos! —gritó un oficial cuando hubimos frenado—. Los Ivanes no andan muy lejos.

Esta vez estábamos informados. Me pregunté cómo era posible que los rusos, a los que habíamos dejado por lo menos cincuenta kilómetros atrás, pudieran encontrarse en aquellos parajes. Ernst, que conducía sin cesar, forzó la marcha del Tatra. Delante de nosotros, los otros cinco o seis cacharros habían hecho otro tanto. De pronto, aparecieron en el cielo cinco aviones a una altura regular. Los hice observar inmediatamente a mi amigo.

—*Son Yak!* —gritó Ernst—. Tenemos que buscar un refugio.

En todas partes, a nuestro alrededor, no había más que barro y, de vez en cuando, un bosquecillo ralo e irrisorio. En el cielo sonó un tableteo. La columna corrió hacia un relieve mediocre del terreno donde pensaba escapar al vuelo rasante de los aviones soviéticos. A través de las detonaciones y de los proyectiles de barro, me asomé a la portezuela para ver mejor. Arriba, se desarrollaba un combate aéreo. Dos Focke Wulf habían surgido y derribaron a dos Yak que se estrellaron en el suelo.

Casi hasta el fin de la guerra, la aviación rusa nunca logró tener a raya a la Luftwaffe. Incluso en Prusia, donde fue más activa, la aparición de un

solo Messerschmitt-109, o de un Focke Wulf, ponía en fuga a una decena de Ilyuchin blindados. Vale decir que en aquella época, cuándo la aviación alemana poseía aún importantes reservas, los pobres pilotos mujiks no se divertían mucho.

Dos de los tres últimos Yak acababan de emprender la huida, perseguidos por los nuestros, cuando el último picó recto sobre el convoy. En su seguimiento, uno de los Focke Wulf acababa de despegarse y trataba visiblemente de poner al popov en su visor.

Llegamos al leve repliegue, cuando ya el soviético se alineaba en vuelo rasante para su ametrallamiento. Delante de nosotros, los camiones pararon en seco y, por todas las aberturas, los hombres más válidos saltaban al barro. Como hacía unos segundos que yo tenía entreabierta la portezuela del Tatra, no tuve ninguna dificultad para saltar con los pies juntos a aquella melaza, y me estiré en el mismo tiempo que el tableteo repercutía en el espacio.

Con la nariz en el barro, las manos a la cabeza y los ojos instintivamente cerrados, oí pasar la metralla y los dos aviones con un ronquido infernal. Un gran ruido de motor embalado fue seguido de una explosión sorda. Levanté la cabeza y vi que el avión de las cruces negras tomaba altura. A tres o cuatrocientos metros, se desprendía del Yak destruido una negra columna de humo. A mi alrededor todo el mundo se reincorporaba. ¡Qué sucios estábamos!

—Otro que no volverá a fastidiarnos —exclamó un gordo cabo, muy contento de estar todavía con vida.

—¡Viva la Luftwaffe! —gritaron varias voces.

—¿Hay algún herido? —preguntó un *feld*—. Pues en marcha...

Me acerqué al Tatra, mientras me esforzaba en quitarme lo más gordo del lodo que se me había pegado al uniforme. Al acercarme, noté dos agujeros, en la portezuela que yo había abierto precipitadamente y que había vuelto a cerrarse sola. Dos agujeros redondos rodeados de una rebaba metálica cuya pintura se había cuarteado. Sin decir palabra, abrí nerviosamente la portezuela. Allí vi un hombre que no olvidaré jamás. Un hombre adosado mortalmente al respaldo del asiento. Un hombre la mitad de cuyo rostro no era más que una masa sanguinolenta.

—¡Ernst! —grité con voz ahogada—. ¡Ernst! Me precipité sobre él.

—¡Ernst! ¡Ernst! ¿Qué te ha ocurrido? Contesta... ¡Ernst!

Con los ojos extraviados, buscaba los rasgos del rostro de mi infeliz camarada.

—¡Ernst! —balbuceé casi llorando.

Fuera, la columna se ponía en marcha. Salí precipitadamente de la cabina.

—¡Alto! ¡Alto! Deteneos.

Los camiones de cabeza se alejaban. Detrás, los otros dos tocaban el claxon y se impacientaban.

—¡Eh, vosotros! —dije corriendo hacia los dos siguientes—. Deteneos, venid... Tengo un herido.

Estaba trastornado. Las puertas del camión que me seguía directamente se entreabrieron. Dos soldados se asomaron.

—Bueno, jovenzuelo, ¿avanzas, o qué?

—Deteneos —grité más fuerte—. Tengo un herido...

—Nosotros tenemos treinta —chillaron los chicos—. Arrea, que el hospital no queda lejos.

—Pero es que se trata de Ernst Neubach. ¡Venid, por Dios! —Gritaba como un loco.

—Entonces, sigue para adelante —vociferaron ellos—, o tendrás que enterrar a tu herido en ese barro.

Sus voces cubrieron la mía. El ruido de sus camiones, que me adelantaron, ahogó mis lamentos. Yo me quedaba solo con un camión ruso atestado de heridos y con Neubach muerto o moribundo.

—¡Cerdos, esperadme! ¡Esperadme...! ¡No os vayáis!

Desamparado, rompí a llorar. Luego se me ocurrió una idea loca. Pensé en mi mauser, que se había quedado en la cabina. Mis ojos arrasados de lágrimas me turbaban la vista. A tientas, busqué el arma y la apunté al cielo. Disparé sucesivamente las cinco balas del cargador esperando que las detonaciones les llegaran como una llamada de socorro. Los camiones siguieron alejándose levantando a cada lado de sus ruedas un surco viscoso. Desesperado, volví a la cabina. Hurgué apresuradamente en mi macuto, en busca de una venda.

—Ernst —murmuré—, voy a curarte. No llores más.

Me había vuelto loco. Ernst no lloraba, tenía la respiración ronca y jadeante de los moribundos, nada más. Era yo quien lloraba. La sangre había salpicado todo su capote. Con la venda en la mano, me puse a mirar a mi camarada. Una bala debió de haberle alcanzado la mandíbula inferior, pues la tenía destrozada. La herida le hacía un semblante horrible: los dientes se mezclaban con fragmentos de hueso y los músculos del rostro se le contraían y agitaban aquella papilla sangrienta.

Aterrado, intenté vanamente colocar el vendaje sobre aquella vasta herida. Al no conseguirlo, ajusté febrilmente la aguja a la ampolla de morfina y la hincé de un golpe seco a través del espesor del pantalón. Llorando como un chiquillo, empujé a mi pobre amigo al otro extremo de la banqueta. Para ello, tuve que cogerlo por la cintura y me manché las ropas de sangre. En lo que quedaba de su rostro, dos ojos brillantes de dolor me miraban.

—¡Ernst! —dije sonriendo a través de mis lágrimas—. ¡Ernst!

Su mano se alzó lentamente y se posó sobre mi antebrazo. Medio sofocado de emoción, puse el motor en marcha y arranqué sin demasiadas sacudidas.

Durante un cuarto de hora, conduje el vehículo por aquel enmarañamiento de profundas rodadas, sin dejar de echar frecuentes ojeadas a mi compañero.

Al ritmo de su dolor, su mano apretaba o soltaba mi antebrazo. Su estertor que yo ya no podía oír, dominaba a veces el ruido del motor.

Sin reprimir las lágrimas, recé de una manera insensata diciendo todo lo que pasaba por la cabeza.

—¡Sálvalo, sálvalo! —repetía sin cesar—. Si hay un Dios, que haga algo. ¡Dios, salva a Ernst, manifiéstate! Él creía en ti. ¡Sálvalo! —gritaba, furioso.

En la cabina de un camión gris, perdido en plena Rusia, un hombre y un adolescente luchaban desesperadamente. El hombre luchaba con la muerte y el adolescente contra la desesperación que tan cerca está de la muerte. Estaban los dos solos con su enemigo implacable, y Dios, que vela sobre todo, no hizo un gesto. Por la horrible herida, la respiración del moribundo

se filtraba con dificultad, haciendo estallar de una manera repugnante grandes burbujas mezcla de sangre y saliva. Mil ideas cruzaron mi mente. Lo consideré todo: volver atrás, buscar auxilio donde lo había visto, obligar a los muchachos que transportaba a cuidar de Ernst a toda costa, incluso amenazándolos con mi fusil. Consideré también si debía matar a Neubach para abreviar sus sufrimientos. Sabía perfectamente que era incapaz de ello. Aún no había disparado directamente contra un hombre.

Mis lágrimas se habían secado. Al resbalar por mi cara mugrienta, trazaron dos surcos que denotaban mi debilidad reciente. Ya no lloraba, y mi mirada febril estaba fija en el radiador que, a dos metros delante de mí, parecía horadar interminablemente el interminable horizonte. A veces, la mano de Ernst se contraía sobre mi antebrazo. Y cada vez era mayor mi pánico. Ya no podía mirar aquel rostro que me causaba espanto. Por el cielo encapotado pasaron algunos aviones alemanes. Todo mi cuerpo se puso tenso para llamarles. Cuando el pánico invade la mente se llega a confiar en la telepatía. Podían ser aviones rusos. ¡No importaba! No tenía nada que perder. Aquella expresión cobraba todo su sentido. La guerra permite dar a las palabras su verdadero significado.

La mano de mi camarada me oprimió convulsamente el brazo. Después la presión duró, duró..., duró tanto tiempo que dejé de pisar el acelerador. Incluso paré, presa de la peor inquietud. Me atreví a mirar el rostro mutilado cuya mirada turbia había quedado fija como en algo que los vivos no pueden ver. Los ojos de Neubach parecieron velarse con una película extraña. Con el corazón que me palpitaba hasta dolerme, me negué a aceptar lo que adivinaba sin dificultad.

—¡Ernst! —volví a gritar.

Detrás de mí, en el camión se elevaron voces. Empujé a mi compañero. Imploré al cielo que tuviese una reacción. Su torso basculó lentamente contra la portezuela opuesta a la mía.

—¡Muerto! ¡ERNST! ¡MUERTO! ¡Muerto! ¡Muerto! ¡Ernst! ¡Mamá! ¡Socorro! Muerto...

Un temblor nervioso se apoderó de mí. Atemorizado por lo que me sucedía, me arrimé a la otra portezuela con la mente extraviada. Luego me apeé tambaleándome y me dejé caer en el estribo. Con la cabeza entre las

manos, intenté con fuerza imaginarme que todo aquello carecía de sentido, que sufría una pesadilla y que iba a despertar ante otro horizonte donde ya no habría un cielo tan denso y tan grande, donde el barro sólo sería un charco de agua ante la puerta de mi casa y no un mar inmenso, donde por fin habría alguien que acudiría en mi auxilio, donde cerca de mí se encontrarían hombres de mi edad que no vestirían de soldado, con unas caras en las que leería otra cosa que el miedo y el sufrimiento. Imaginaba seres sonrientes y leales, idealizados. Idealizados como puede concebirlos un muchacho de diecisiete años, a quien hacen vivir una vida con la que muchos hombres maduros no se acomodan. Yo que prácticamente no conocía la paz de los hombres, al salir de una infancia sin opinión, todavía me hacía un montón de ilusiones.

Sabía que debíamos pasar por aquellos malos momentos para conocer después una Humanidad bondadosa. Por lo menos era lo que nos había dicho nuestro Führer Adolf Hitler. Nada de esto existe. Que descanse en paz. No le guardo rencor como tampoco a los demás grandes dirigentes de este mundo. Por lo menos él nos ha beneficiado con la duda, puesto que no ha tenido ocasión de establecer esos días siguientes de victoria. En tanto que los otros, que han organizado su pequeña paz temblorosa en los cuatro rincones del mundo, los otros que, estúpidamente obsesionados por un pánico injustificado y en nombre de una evolución educadora, han dejado a los primates del mundo la ocasión de encender un poco en todas partes amenazadores incendios, esos otros pueden ser juzgados.

Comerciantes dignos de la horca. Comerciantes que no pudiendo vender negros, han encontrado un negocio casi tan rentable y venden en la actualidad los blancos a los negros. Todo ello arropado en una pequeña política melosa de mujer vieja. Una política que no toma posición.

¿Quién sabe? El viento puede cambiar. Evidentemente, en la actitud de Hitler o de Mussolini había otro estilo. Estos se permitieron decir no a los viejos convencionalismos. A todos los potentados, industriales, masones, judíos o culos benditos. En aquella época, todos esos indolentes callaban como muertos, locos de inquietud ante sus huchas en las cuales el director de orquesta Hitler se surtía a manos llenas. Esto, evidentemente, les hacía palidecer viendo derrochar todo aquel dinero para realizar una gran ópera.

Entonces, los espectadores cagones y atemorizados subieron al escenario y estrangularon al director de escena pródigo. Pero no conocen la paz. Los cólicos los torturan sin parar. Están a merced del primer músico, negro o amarillo, que se arriesgue a hacerles bailar otro baile. Pero ese baile no será europeo y eso no lo entienden.

Con la cabeza entre las manos, todavía no pensaba en todos esos males sin remedio. Imaginaba lo que sería mi despertar, cuando saliera de la horrenda pesadilla en la que mi pobre amigo Neubach acababa de perder la vida. ¡Ay de mí! Mis ojos desorbitados contemplaban una sórdida charca cenagosa en la que descasaban mis dos botas embarradas. Un soplo de viento rizaba de vez en cuando aquel espejo turbio. Aquellos rizos parecían un rictus y simbolizaban ya para mí, por primera vez, la risa del mundo, una risa muy a menudo necia y carente de sentido, una risa falsa. Yo estaba muy despierto.

Mi pesadilla no era más que la realidad.

Por la tabla trasera asomaron dos cabezas y me hicieron una pregunta que no oí. Me levanté y volví la espalda. Di unos cuantos pasos. Necesitaba sentir el rudo contacto del paño y del cuero en mis piernas y mis pies y, sobre todo, sacudirme el entorpecimiento que me invadía.

Aquel breve ejercicio físico reanimó en mí un poco de esperanza en la vida. Me puse a pensar que todo aquello no era muy grave, que era un mal momento, que era necesario sonreír y olvidar. Me aferré a esta idea. En mi semblante, demacrado por la fatiga y el asco, intenté poner una mezquina sonrisa. Dos heridos saltaron del camión y fueron a satisfacer una necesidad natural. Yo los miraba sin verlos.

La vida expulsaba de mí las nubes sombrías que acababan de enlutar mi existencia. Me puse a esperar, duro como el hierro, que todos los *landser* del frente ruso volaran en nuestro socorro. Que algo iba a acudir en nuestra ayuda. ¡Bruscamente, me puse a pensar en Francia! ¡En los franceses! Sí, los franceses llegaban en nuestra ayuda. La Prensa del frente hablaba de ello: los primeros legionarios franceses acudían en nuestra ayuda. ¡Estaba seguro de ello! Yo había visto sus fotos.

Me invadió un soplo cálido. Ernst sería vengado. Ernst, aquel pobre diablo incapaz de matar una mosca. Se había pasado todo el tiempo

haciendo unos refugios muy secos para acoger a los muchachos ateridos de frío. ¡Y su sistema de ducha caliente! Los franceses llegaban y yo me echaría en sus brazos. Ernst, tú querías a los franceses como a tus propios compatriotas. Afortunadamente, aquel impulso de alegría que me henchía, no fue estropeado por la realidad que ignoraba. Ignoraba, en efecto, que los franceses habían escogido un juego muy distinto.

—¿Qué pasa? —preguntó un tipo con un vendaje gris que le caía sobre los ojos—. ¿No tenemos gasolina?

—No —dije—. Acaban de matar a mi compañero.

Los dos tipos se acercaron a la cabina.

—¡Mierda! Esto no es muy agradable. No ha tenido tiempo de sufrir.

Yo sabía que Ernst había agonizado veinte minutos.

—Hay que enterrarlo —dijo el otro.

Entre los tres bajamos el cadáver casi tieso ya. Yo me movía como un autómeta. Mi cara no denotaba seguramente ninguna emoción. Descubrí un pequeño montículo donde la tierra me parecía menos empapada. Conduje el grupo fúnebre hacia aquel paraje.

—¡Eh! ¿Adonde nos llevas?

—¡Ahí! —repuse nervioso.

No habíamos encontrado ninguna pala en el maldito camión. Excavamos la tierra blanda con los cascos, la culata del fusil y las manos.... La fosa fue poco profunda, cuarenta centímetros apenas. Yo mismo recuperé los objetos y las piezas de identidad que Ernst Neubach llevaba encima. Los dos hombres repusieron la tierra empujándola con sus botas. Eché una última ojeada al rostro atrozmente mutilado.

Algo se contrajo en mí y pareció quedarse fijo. No conoceré nada que pueda ser peor. Un simple palo fue plantado sobre la tumba, como en todas las demás, y el casco colgado en él. Con la bayoneta conseguí hacer una muesca en el palo y meter en ella una hoja de papel arrancada de la libreta que perteneció a Ernst. Con un trozo de lápiz escribí en francés este ingenuo epitafio:

Ici j'ai enterré mon ami Ernst Neubach.

Después, para no sucumbir a una nueva emoción, me volví bruscamente y corrí hasta el camión.

Reanudamos la marcha. Uno de los heridos ocupó el sitio de Ernst. Era un tipo con aspecto de tonto que se durmió casi enseguida. Diez minutos después, el motor empezó a carraspear y luego se caló sin remedio. La sacudida despertó al otro cerdo.

—¿El mecanismo está kaputt? —preguntó.

—No —dije con guasa—. Nos hemos quedado sin gasolina.

—¡Mierda! ¿Qué vamos a hacer?

—Seguiremos a pie. Con este hermoso sol, será delicioso. Los más válidos sostendrán a los heridos graves.

La muerte de mi camarada me había vuelto bruscamente cínico. Casi me alegraba que otros pudiesen sufrir igualmente. El otro volvió su hocico hacia mí y me miró de arriba abajo.

—¡Ni lo pienses! ¡Estamos todos tiritando de fiebre!

Era sobre todo su jeta la que me ponía furioso. Aquel berzotas nunca se había hecho preguntas, seguro. Lo habían mandado a la guerra y debía haberla hecho sin pensar en ella. Después un obús popov le había estallado en las narices y se había sentido agujereado por la metralla. Estoy seguro de que esto es todo lo que era capaz de sacar de aquel gigantesco acontecimiento. Después, dormía y se tragaba las sulfamidas que le habían distribuido.

—Entonces, os quedaréis aquí en espera de socorro o de los Ivones. Yo me las piro.

Corrí a la tabla trasera y la bajé de golpe. En dos palabras, expliqué la situación. Olía mal allí dentro. Los pobres heridos estaban en un estado deplorable. Algunos ni siquiera oyeron mis palabras. Por un momento sentí vergüenza de mi rudeza. Pero ¿qué podía hacer, si no? Seis o siete soldados macilentos se incorporaron. Estaban increíblemente demacrados. Una barba hirsuta les cubría las chupadas mejillas. Los ojos les brillaban encendidos por una fuerte fiebre. Desalentado una vez más, no me atreví a insistir para que siguiesen a pie. Cuando se hubieron apeado del camión, hablaron de la muerte de los demás.

—Es inútil intentar que se pongan de pie —murmuró uno de ellos—. Vámonos sin prevenirlos, será menos penoso. Tal vez les llegue algún socorro. Todavía queda gente detrás de nosotros.

Nuestra lamentable caravana se puso en camino. Mi ánimo estaba obsesionado por la idea de los moribundos que habíamos abandonado en el Tatra. Dios mío, ¿qué otra cosa podíamos hacer?

Yo era el único que podía valerme y el único que iba armado. Había ofrecido el fusil de Neubach, pero nadie quiso cargar con él. Un rato después, fuimos alcanzados por un sidecar fangoso. Dos soldados pertenecientes a una unidad blindada lo montaban. Se detuvo a nuestra altura sin que lo hubiésemos llamado. Buenos chicos. Uno de ellos cedió su sitio a uno de nuestros heridos, recogió su impedimenta y decidió continuar a pie con nosotros. Finalmente, el sidecar cargó, unos sobre otros, tres heridos.

Por fin un muchacho vigoroso y simpático, aunque sólo fuese por su gesto humano, caminaba a mi lado. No supe su nombre. Desde luego sostuve con él una larga conversación. Por él me enteré de que la ofensiva rusa se había desatado bruscamente y que, en aquella vasta región, podíamos en cualquier momento tropezar con alguna unidad motorizada soviética. ¡Volví a tragar saliva! Aquel grandullón parecía estar seguro de sí mismo y de todo nuestro Ejército.

—Nuestra ofensiva va a reanudarse inmediatamente. La primavera ha venido y ahora rechazaremos a los bolcheviques al otro lado del Don y del Volga.

Es increíble lo agradable que puede resultar oír a alguien entusiasta y confiado cuando uno se ha creído perdido. El cielo, a buen seguro, me mandaba aquel alto *feldgrau* para elevarme la moral. Evidentemente, habría preferido que Neubach viviese. Pero hay que ser humilde, arrepentido y agradecido para con el más allá. ¡Además, era yo quien debía haber llevado el volante en lugar de Ernst!

Al anochecer, llegamos a una granja aislada en pleno campo. Titubeamos un poco antes de dirigirnos hacia allá, pues los guerrilleros solían cobijarse en edificaciones de aquel tipo. Por lo demás, sólo podían

elegir los mismos sitios que nosotros. Para todo combatiente, la vista de un techado siempre es un refugio.

Deliberadamente, el alto alemán salió delante de nosotros empuñando el subfusil. Se perdió entre las construcciones y tuvimos un momento de ansiedad. Después su elevada silueta reapareció y nos hizo una seña. La granja estaba ocupada por unos rusos que pusieron todo a nuestra disposición para acostar cómodamente a nuestros heridos exhaustos. Las mujeres nos sirvieron comida caliente. Todos aquellos rusos se decían enemigos del comunismo. Habían sido deportados de la pequeña finca que poseían cerca de Vitebsk, y según el plan común, administraban con los «camaradas» del vecindario el gran koljoz en que nos hallábamos. Dijeron que habían acogido muchas veces soldados alemanes. Por otra parte, allí había, bajo un cobertizo, un VW anfíbio, supuestamente averiado, abandonado por una sección. Los guerrilleros no se habían aventurado nunca, parece ser, a ir a su casa. Sabían que a menudo paraban en ella tropas de la Wehrmacht. El mozallón que me acompañaba tuvo sus dudas a propósito del VW anfíbio. Los rusos tal vez nos mentían. Pudiera muy bien ser que lo hubiesen robado al Ejército. Intentamos poner en marcha el vehículo. El motor funcionaba, pero no podíamos poner ninguna velocidad.

—Lo repararemos mañana por la mañana —dijo el hombretón—. Necesitamos tomar un descanso. Yo haré la primera guardia. Tú me relevarás a medianoche.

—¿Vamos a montar la guardia? —pregunté, sorprendido.

—Por supuesto, no podemos fiarnos de ellos. Todos los rusos son unos mentirosos.

Aquello prometía, íbamos a pasar otra noche en completa incertidumbre.

Me dirigí, pues, hacia el fondo del cobertizo a oscuras ya. Un batiburrillo de sacos, de gavillas de paja tiesa, como la que producen los girasoles, cuerdas, tablas... Lo arreglé todo para hacerme una yacija. Iba a quitarme las botas, cuando mi compañero me contuvo:

—No hagas eso. Mañana por la mañana no podrías ponértelas. Tienen que secarse en tus pies.

Iba a exponer mi opinión afirmando que el cuero empapado no permitía que los pies se secaran..., pero me callé. ¿Qué más daba que mis botas o mis pies estuviesen mojados? ¿Qué más daba? Todo yo estaba empapado, sucio y cansado...

—Puedes lavarte los pies. Es un buen consejo. Mañana estarás fresco y dispuesto.

¿Qué tenía, pues, aquel tipo? Efectivamente, iba sucio y embarrado, pero todo su ser reflejaba un ardor lleno de una increíble voluntad. No parecía haberle afectado profundamente.

—Estoy demasiado reventado —le contesté.

Tuvo una sonrisa de comprensión.

Me tumbé de espaldas bruscamente, dominado por un cansancio que me hacía dolorosos los músculos del cuello y de los hombros. Mantuve un rato los ojos abiertos, con una fijeza inquietante. Un miedo indefinible me oprimía. Sobre mí, las vigas polvorientas se perdían en las tinieblas. Un universo nudoso se agitó y se extravió de golpe en mi sueño de plomo. Abrumado, dormí así, sin duda mucho tiempo, sin ninguna agitación, sin ningún mal sueño. Únicamente tienen pesadillas las personas demasiado felices cuando han comido demasiado bien. Para aquellos cuya realidad ya es de pesadilla, el sueño no es más que un hoyo opaco y negro perdido en el tiempo, un poco como la muerte.

Unas corrientes de aire azotaron mi cabeza entorpecida. Me incorporé lentamente. ¡Dios mío, era ya de día! En el ancho marco del portal, la luz celeste entraba e inundaba el cobertizo. Allí, junto a la entrada, al pie de un gran arcón, mi compañero de vigilancia dormía como un tronco. Me puse de pie como movido por un resorte, y se me ocurrió que quizás estaba muerto. Había aprendido que la vida y la muerte estaban tan cerca la una de la otra que una nadería bastaba para hacerle pasar a uno de aquella a esta sin que casi nadie se diese cuenta de ello. Unas detonaciones conmovieron el aire fresco de la mañana.

Me acerqué al muchacho y lo zarandeeé enérgicamente.

—¿Qué pasa? —farfulló como un borracho al que se le hace una pregunta.

—Despierta —le grité.

Esta vez, se espabiló de golpe. Su sueño había estallado como un petardo. Con unos gestos desordenados, buscó su subfusil. Casi tuvo miedo.

—Sí, ¿qué pasa? —volvió a preguntar—. ¡Teufel, si ya es de día! Me he quedado dormido haciendo la guardia. ¡Dios mío!

Tenía el aire tan furioso que no me atreví a reír. Aquella falta de vigilancia nos había permitido a los dos dormir hasta la saciedad. De repente apuntó su subfusil hacia la puerta. Antes de que yo me hubiera vuelto, oí un kamarad. Un ruso, uno de los que nos habían acogido la víspera, acababa de aparecer en el portal.

—Kamarad! —repitió en alemán—. Esta mañana no buena. Bum, bum, no muy lejos.

Salimos del cobertizo. Todos los rusos del koljoz habían subido al edificio bajo de enfrente y escrutaban el horizonte. Un estallido enorme. Otras explosiones retumbaban prolongadamente.

—Bolcheviques no lejos —añadió otro ucraniano, volviéndose hacia nosotros—. Nosotros marchar con kamarad soldat Germán.

—¿Dónde están nuestros heridos? —gruñó mi compañero, molesto por haber sido sorprendido roncando.

—Mismo sitio tener anoche —respondió sonriendo el popov que nos acompañaba—. Dos kamarad soldat Germán muertos.

Lo miramos, perplejos.

—Venid a ayudarnos —dijo el infante.

Efectivamente, otros dos desgraciados heridos habían sucumbido. Sólo quedaban cuatro, muy maltrechos. Uno de ellos agitaba, gimiendo, su brazo derecho en el que faltaba la mano.

El vendaje, manchado de pus, rezumaba y denotaba la gangrena que invadía ya la herida.

—Cavad dos fosas ahí dentro —ordenó el alto alemán—. Debemos enterrar a esos pobres camaradas.

—Nosotros no militares —replicó sin dejar de sonreír el popov que teníamos al lado.

—Vosotros, cavad tumba... Cavad dos fosas —insistió el alemán apuntando bruscamente al popov. —¡Cavad dos fosas, deprisa!

La mirada del ruso brilló ferozmente, fija en el ojo negro del cañón del arma. Dijo algunas palabras en ruso y todos pusieron manos a la obra.

Habíamos empezado a deshacer los vendajes de nuestros camaradas cuando el ronquido de un motor llenó el patio. Sin segundas intenciones, salimos corriendo. Acababan de llegar unos vehículos blindados de los que saltaron numerosos soldados alemanes que se precipitaron sobre un gran abrevadero. Cuatro o cinco Marlc-IV llegaron en su seguimiento. Un oficial bajó de un steiner y se dirigió al lugar donde estábamos curando a los heridos. Fuimos corriendo a su encuentro y nos presentamos.

—Alles gut —respondió el hauptmann—. Ayudad al aprovisionamiento. Vendréis con nosotros.

Intentamos poner el VW en marcha. Nada que hacer. El embrague estaba, sin duda, estropeado. Lo sacamos del cobertizo y uno de los *landser* metió una granada en el motor. Un instante después saltaba hecho añicos. Llegaron más vehículos. Otros se volvieron por donde habían venido. Yo no comprendía nada. No muy lejos, en el sudeste, seguían oyéndose explosiones sin cesar. Después, una riada de camiones y de vehículos de todas clases pasó por la carretera, cerca del koljoz. Algunos se detuvieron. Pregunté por mi unidad. Nadie había oído hablar de ella. Con toda seguridad, mis compañeros de la 9.^a Rollebahn debían hallarse lejos, al oeste. Lejos del frente al que yo iba a ser enviado.

Poco después, tomé la dirección del oeste en compañía de unos soldados procedentes de diferentes unidades de Infantería. El hecho de estar integrado en aquel grupo de combatientes me produjo unas treinta horas más tarde numerosos disgustos. Evidentemente, seguíamos una línea paralela al frente, o sea que la presión rusa se efectuaba perpendicularmente a nuestro trayecto. Al norte, muy lejos aún, se ejercía otra presión hacia el sur, a fin de rodear las fuerzas alemanas que todavía se encontraban en el triángulo Voronez-Kurslc-Jarkov.

Nuestra ruta continuó, pues, durante una jornada y media por un camino de melaza en el que sólo tuvimos pegas mecánicas. El material que usábamos estaba en Rusia desde el avance alemán de 1941 y había sufrido cruelmente. El número de camiones, tractores y carros que tuvimos que abandonar en aquella región fue considerable.

Los carros, en particular, sufrieron un desgaste excesivo por razón de los servicios que les exigíamos y para los cuales no habían sido concebidos. Durante todo el período invernal, fueron casi los únicos vehículos que podían circular normalmente. No fue raro ver aquellos tanques arrastrar hasta cinco camiones por unos caminos apenas practicables para mulos. Por esto, cuando tuvieron que enfrentarse con la contraofensiva rusa, su desgaste y su ligereza, que tanto nos habían servido hasta entonces, no pudieron nada contra los famosos T-34, incontestablemente superiores a los Mark-II y III. Más tarde, los carros Tiger y Panther hicieron cara a los blindados soviéticos y se burlaron de los T-34 y de los KV-85.

Desgraciadamente, su reducido número, lo mismo que en la aviación, tuvo que inclinarse ante una multitud enemiga desplegada en dos frentes, que representaban una fortaleza que sostener de tres mil quinientos kilómetros de fachada. Para no citar más que un ejemplo, los combates que tuvieron lugar en el Vístula, al norte de Cracovia, enfrentaron veintiocho mil combatientes alemanes apoyados por treinta y seis carros Tiger y una veintena de Panther con dos ejércitos soviéticos formados por seiscientos mil hombres y siete regimientos blindados provistos de mil cien tanques de diferentes marcas.

Llegamos, pues, el día siguiente a las doce, a la vista de una pequeña localidad situada aproximadamente a ochenta kilómetros al norte de Jarkov. Su nombre debía de ser algo así como Ubtenni o Utcheni. He guardado en la memoria mucho tiempo la grafía rusa de aquel nombre, pero hoy se borra en mi mente sin poder remediarlo. El caso es que aquel paraje me recuerda una masa de humo iluminada por numerosos incendios. Allí se había librado un combate y debía de seguir librándose aún, a juzgar por el estruendo que nos llegaba.

El steiner del oficial, que se había reunido con nosotros en el koljoz, salió delante mientras los demás saltábamos de nuestros transportes. Al sur, a dos kilómetros tal vez, una hilera de resplandores furtivos señalaba la línea de fuego. Nos pareció que al sudeste, detrás de nosotros, se habían librado igualmente otros combates. Los soldados que iban conmigo meaban junto a los bosquecillos, o mordisqueaban algo con aire resignado e indiferente. Yo que no cesé de observar a los demás durante todos aquellos

años de guerra, no conseguí nunca sentir aquella indiferencia ante un peligro tan inminente. Sin embargo, trataba de adoptar la misma actitud para disimular mi angustia nerviosa. ¿Acaso les ocurría lo mismo a los demás? El steiner volvió y dos suboficiales anotaron nuestros nombres en unas fichas. Después nos formaron por grupos de a quince. Al frente de cada grupo pusieron a un suboficial o un ohergefreiter. Luego el hauptmann se puso en pie sobre el asiento del steiner y nos dirigió una corta alocución a través de las detonaciones circundantes.

No se anduvo por las ramas:

—El enemigo corta el camino de nuestra retirada. Bornearlo nos obligaría a progresar hacia el norte a través de la estepa empapada donde no hay ningún camino trazado. Esta desorganización podría sernos fatal. Debemos, por lo tanto, forzar esta barrera y llegar a nuestras nuevas posiciones que ahora están muy cerca. A medida que los elementos de nuestro Ejército del Don vayan llegando, intervendrán para defender el paso que a estas horas ya está abierto y que permitirá a todos los soldados sustraerse al cerco soviético. Vais a ir, pues, con orden a los puntos que os serán señalados y que deberéis defender hasta nueva orden. ¡Buena suerte! Heil Hitler!

Esto es, poco más o menos, lo que comprendí. Iba, evidentemente, a declarar que formaba parte del servicio de transporte, pero de pronto me avergoncé de aquella idea. Despanzurraron cajas de municiones y nos distribuyeron su contenido con profusión. Me llené los bolsillos y las cartucheras y hasta me dieron dos granadas defensivas cuyo manejo yo ignoraba. En fila india ganamos los alrededores de la aldea que, de vez en cuando, una ráfaga de obuses enemigos incendiaba aquí y allá.

A través de los escombros circulaban grupos. Otros se atareaban en torno a numerosos heridos. Vehículos alemanes carbonizados humeaban todavía amontonados. No se veía ningún paisano. Nos tomó a su cargo un teniente, que nos rogó a los cinco o seis grupos que lo siguiéramos. Bajamos por una larga calle casi intacta. Una andanada pasó silbando y nos hizo echar cuerpo a tierra. Se abatió sobre el centro del pequeño burgo en alguna parte a siete u ochocientos metros detrás de nosotros.

Los proyectiles enemigos habían cavado numerosos cráteres en la calzada de tierra que se extendía entre dos alineaciones de edificios sin acera. De vez en cuando, el cadáver mutilado de un *landser* jalonaba la calle. Caminamos así, arrimados a los muros, durante un cuarto de hora. Hasta que el ruido de las armas automáticas nos llegó claramente. Una ráfaga de mortero barrió la calle a ciento cincuenta metros delante de nosotros. Tuvimos un momento de titubeo. De la muralla de polvo que había levantado el tiro enemigo surgieron corriendo unas siluetas.

—Achtung! —chilló el teniente. Instantáneamente nos agachamos o nos estiramos entre los cascotes, dispuestos a abrir fuego. Aparecieron unos uniformes de *feldgrau*. Nos incorporamos un poco. Los tipos llegaron junto a nosotros y se tumbaron a nuestro lado. A través de la polvareda arremolinada, llegaban otros más. Algunos de ellos gritaban hasta desgañitarse. Aquellos gritos eran indescriptibles. Expresaban miedo, cólera y el dolor de los heridos.

Mi mirada siguió a un soldado desarmado que intentaba correr apretándose el muslo derecho con las dos manos crispadas. Se cayó, se levantó y volvió a caerse. Otros dos avanzaban despacio tambaleándose. Oí un grito: «¡A mí!», en francés. De pronto, abrí los ojos desmesuradamente para atravesar el tumulto y conocer al infeliz que hablaba la misma lengua que yo. Una nueva descarga cayó en medio de los fugitivos dispersando a una docena de ellos.

Dos siguieron corriendo hasta nosotros, pese al peligro que había en permanecer de pie. Se abalanzaron a una puerta hundiéndola en el acto. Permanecieron en el quicio gritando imprecaciones en francés.

Estupefacto, inconsciente de lo que podía ocurrirme, me lancé a través de la calle en dirección de ellos. Llegué como una tromba, atropellándolos casi, sin que se fijasen en mí.

—¡Eh! —dije zarandeando a uno por su correa— ¿Es usted francés?

Se volvieron todos a la vez y sólo me concedieron una breve mirada. Sus ojos no podían apartarse del extremo de la calle donde una nube de polvo se mezclaba con la humareda del principio de incendio de una de las casas.

—¡No... División Wallonie! —contestó el que estaba más cerca de mí, sin desviar la mirada del horizonte humeante.

Una serie de explosiones nos hizo cerrar los párpados y encoger la cabeza dentro del cuello del capote.

—Esos cochinos nos tiran como si fuéramos conejos. No hacen ningún prisionero. ¡Cerdos! —exclamó.

—Soy francés —dije con una sonrisa insegura.

—Entonces, ándate con cuidado. No hacen prisioneros entre los voluntarios.

—¡Es que yo no soy voluntario!

Una nueva descarga de obuses de mortero cruzó la calle en nuestra dirección. Un techado se desintegró a veinte metros delante de nosotros. El silbato de retirada me obligó a cortar la conversación con los dos belgas. A todo correr, rehicimos en sentido inverso el camino que acabábamos de recorrer. Una ráfaga de ametralladora restalló detrás de nosotros. Dos o tres *landser* giraron sobre sí mismos berreando como bestias en el matadero. Pisoteamos casi a los dos sirvientes de una spandau que no lograba rectificar el tiro a causa de nuestro grupo que le tapaba la vista.

Los grupos acababan de alcanzar la calle perpendicular y se dispersaban entre las ruinas. El teniente ordenó formar. En aquel momento surgieron dos siluetas grises de Mark-III. Avanzaron hasta el teniente, que, plantado en mitad de la calle, les hacía grandes señas. Tras un breve contacto, torcieron por la calle que acabábamos de abandonar y fueron al encuentro de los bolcheviques. El teniente intentaba reagruparnos con grandes gestos furiosos. Lo consiguió por fin y nos pusimos en seguimiento de los monstruos de acero que avanzaban en el caos de la calle con un estrépito infernal. Sus cañones y sus ametralladoras cortaban el aire con sus chasquidos. Es imposible decir el miedo que se apoderó de mí. Saltando del quicio de una puerta a un montón de cascotes, seguí el avance a través de aquel infierno sin comprender por qué me encontraba allí, con la mente extraviada, incapaz de distinguir contra quien debía disparar.

De vez en cuando, nuestros carros desaparecían en un volcán de polvo, de humo y de fuego, y reaparecían escupiendo sus proyectiles. Pronto rebasamos el sitio hasta donde habíamos llegado poco antes.

Desembocamos, a paso de carga, en una explanada bordeada de casas de madera. En el centro había una laguna. Los carros la bordeaban y lo pulverizaron todo a su paso. Al otro lado, unas siluetas muy visibles corrían en todas direcciones. En un santiamén, tomamos posición al borde de la laguna y abrimos fuego graneado sobre el enemigo en fuga. Otra compañía alemana desembocó por la derecha y atacó, con lanzagranadas, una casa donde el enemigo parecía haberse atrincherado.

Los carros estaban ya al otro lado de la laguna y pasaron por el tamiz la posición tomada a los rusos. Por fin tuve ocasión de tirar, a treinta metros, al grupo de *popov* que desalojaban la casa atacada con lanzagranadas. Una decena de fusiles entraron en acción. Ni uno de los rusos quedó en pie. El hecho de avanzar y de sentirnos de pronto dueños de la situación nos había estimulado. Acabábamos de arrollar al enemigo, como por todas partes en Rusia, y nos sentíamos con alas.

El estruendo de las explosiones y los gemidos de los heridos, nos incitaban a exterminar a aquellos Ivones responsables de tantas heridas abiertas aún. Un ejército que ataca siempre está más abocado al entusiasmo y logra por esta causa hacer prodigios. Así ocurría sobre todo con el Ejército alemán, creado para la ofensiva y cuyo sistema de defensa consistía en frenar al enemigo con contraofensivas. Algunos *landser* se acercaron con un cañón de pulgada y media tomado al enemigo y se apresuraban a emplazarlo. Un rápido enlace quedó establecido entre nuestros dos carros y los artilleros improvisados, que arrojaron la totalidad de los proyectiles cogidos a los rusos sobre puntos bien precisos.

Después, los carros se situaron detrás y nos dejaron la defensa del estanque. Avivados por las órdenes de nuestro teniente, establecimos posiciones precarias para hacer frente a una posible nueva sorpresa. A nuestro alrededor, los cañonazos continuaban. Indiferente a nuestra exaltación, la Naturaleza hizo caer encima de nosotros una fina y suave lluvia que volvió muy agradables nuestras madrigueras.

Llegó la noche cuando cruzábamos tiros con el enemigo que se había enardecido y se acercaba de nuevo al estanque. Con la noche, el terror volvió a adueñarse de nosotros. El tiroteo había cesado prácticamente. Nuestro teniente mandó a alguien para aprovisionarse de bengalas. Al

sudeste, el horizonte se iluminaba de vez en cuando al mismo tiempo que nos llegaban los sordos rugidos de la artillería. Efectivamente, la tercera batalla por Jarkov estaba en su apogeo, y nosotros, sin saberlo, formábamos parte de la gigantesca hoguera cuyo frente se extendía en trescientos kilómetros alrededor de aquella ciudad. Con la noche que se había tornado total y lluviosa, el combate cesó prácticamente para nuestro grupo. Detrás de nosotros, se luchaba con armas automáticas. El estrépito nos llegaba a través del ronquido de los motores de nuestros vehículos que debían apresurarse por atravesar la barrera rusa a favor de la noche. Ninguno de nosotros tenía posibilidad de dormir. Estábamos expuestos en cualquier momento a ver surgir los rusos a través de la oscuridad. Con todas las luces apagadas, un VW desembocó detrás de nosotros. Hubo una breve explicación con nuestro jefe de grupo. Desde el VW distribuyeron a cuatro tipos algunas escudillas llanas. Eran minas.

Los cuatro muchachos, muy pálidos, recibieron orden de ir a colocarlas a ambos lados del estanque para prevenir un cerco. Se hundieron en la noche y les perdimos de vista.

Cinco minutos más tarde, se oyó un grito ronco a la izquierda. Tuvimos que esperar un buen rato, antes de ver reaparecer a los dos muchachos de la derecha. Media hora después, dedujimos que los dos minadores de la izquierda debían de haber acabado acuchillados por los rusos.

Avanzada la noche, cuando el sueño nos aplastaba, fui testigo de una tragedia que me heló la sangre. Acabábamos de arrojar una docena de granadas al azar para prevenir un peligro cualquiera, cuando un grito desgarrador y prolongado se elevó de un hoyo a mi izquierda. Persistía, como lanzado por alguien que se debatiese furiosamente. Hubo una llamada de socorro que nos hizo salir de nuestros cubiles. Nos abalanzamos hacia el sitio de donde subía la llamada. Los relámpagos blancos de varios disparos horadaron la noche en nuestra dirección. Afortunadamente, llegamos al hoyo sin que nadie fuese alcanzado.

En el borde, un popov acababa de tirar a sus pies un revólver y «hacía camarada». En el fondo de la madriguera, dos hombres luchaban ferozmente como en los *western*. Uno de ellos, el ruso, esgrimía un largo cuchillo y sujetaba debajo de él a un muchacho de nuestro grupo que se

debatía con furia. Dos de los nuestros agarraron al ruso que había levantado los brazos mientras un joven obergefreiter saltaba al hoyo y asestaba un golpe de pala de trinchera en la nuca del otro ruso que soltó prenda inmediatamente. Como un loco, el infante cubierto de sangre que había estado a punto de ser degollado, saltó fuera del hoyo. En una mano blandía como un demente el cuchillo del ruso mientras con la otra intentaba contener la sangre que le manaba del cuello.

—¿Dónde está? —gritó furioso—, ¿dónde está el otro?

Con unas zancadas alcanzó a nuestros dos compañeros y a su prisionero. Antes de que los *landser* pudiesen intervenir, la blanca hoja desapareció totalmente en el pecho del ruso, sobrecoído de espanto.

—¡Asesino! ¡Granuja! —vociferó buscando con ojos desorbitados otra panza que rajar.

Tuvimos que sujetarlo para que no se aventurase más allá de nuestra línea.

—¡Dejadme pasar! —gritó cada vez más enloquecido—. ¡Voy a enseñar a esos salvajes cómo se usa un cuchillo!

—¡A callar! —ordenó el teniente, exasperado por mandar una tropa tan descabalada—. ¡Bajad a vuestros refugios antes de que Iván os barra con su ametralladora, hatajo de estúpidos!

El loco furioso fue arrastrado a la retaguardia por dos camaradas, pues estaba perdiendo mucha sangre. Yo me volví al agujero que compartíamos entre cinco. De buena gana me habría abandonado al sueño, pero la fatiga nerviosa que sentía no me dejaba cerrar los ojos. Todavía no había asimilado completamente las emociones de toda aquella jornada y, aunque con retraso, me atenazaba un pánico intenso.

La lluvia caía con intermitencias y comenzaba a hacer pesados nuestros uniformes. Un olor empalagoso se elevaba del estanque que se extendía delante de nosotros. Dos camaradas se pusieron a roncar. Durante toda aquella noche interminable, sostuve conversaciones sin interés con mis compañeros de infortunio para no sucumbir a la neurastenia. A lo lejos, el zumbido de nuestros camiones en retirada no cesaba. Mucho antes de la aurora, la actividad enemiga se reanudó. Sobre nuestras posiciones se elevaron bengalas que nos cegaban con sus resplandores blancos e

inesperados. Nos mirábamos, perplejos, sin pronunciar palabra. La intensidad de aquella luz diabólica iluminaba, de una manera siniestra e indecorosa nuestros rostros fantasmales, proyectando igualmente un resplandor indiscreto hasta el fondo de nuestros nidos de rata.

Al despuntar el día, la artillería enemiga despertó e hizo llover sobre la carretera que seguían nuestros convoyes, a ochocientos metros detrás de nosotros, una granizada de proyectiles de todos los calibres. Fuera de mi agujero, donde arriesgué una ojeada, cascos del mismo color que el decorado surgían por todas partes. Bajo el acero, ojos brillantes de fatiga intentaban descubrir cual sería nuestro porvenir escrutando la orilla opuesta e imprecisa del estanque.

Apuré las migas que quedaban en un paquete de galletas vitaminadas, últimos víveres en mi poder. El insomnio y la fatiga nos hacían incapaces de considerar la situación claramente. Estábamos allí, congelados, y sigo convencido de que si un grupo poco importante de rusos se hubiese presentado, habríamos sido incapaces de contenerlo.

Afortunadamente no nos atacó ningún soviético. Sólo tuvimos que soportar un tiro de mortero, que, de todos modos, mutiló a nueve de los nuestros. El sol se levantó por fin y sus rayos bienhechores nos reanimaron un poco. Alcanzó el cenit mientras permanecíamos aún en nuestros agujeros que el calor primaveral no había conseguido secar... No nos había sido distribuido ningún alimento. Nuestros sufrimientos no tenían importancia. Los soldados del Reich debíamos resistir el frío, el calor, la lluvia, el hambre, el miedo. Nuestros estómagos protestaban y la sangre protestaba igualmente en nuestras sienes y todas las articulaciones. ¡Qué importaba! También protestaban el aire y la tierra y el Universo entero. A fuerza de oírnos reprochar toda clase de cosas, estábamos casi persuadidos de que podíamos vivir así. Lo más extraordinario es que muchos lo lograron. Conozco a este propósito mil y una historias que podría contar. Yo mismo las encuentro tan inverosímiles que no me atrevo a hablar de ellas. Nadie me creería.

Por la tarde, a eso de las seis, se nos dio la orden de abandonar nuestras posiciones. Tuvimos que dejarlas con mil precauciones. Nos vimos obligados a arrastrarnos con todo el equipo en una distancia muy larga.

Detrás de nosotros, dos minadores preparaban en silencio el terreno para el enemigo. Cuando llegamos a los escombros de las casas más próximas, pudimos, por fin, ponernos de pie. No había que perder tiempo. Sin embargo, cada vez que era posible, no titubeábamos en entrar en una casa medio destruida a fin de descubrir en ella algo que comer. Recuerdo haber devorado, encontrándolas deliciosas, tres patatas crudas.

Llegamos a la encrucijada de donde habían partido nuestras agrupaciones veinticuatro horas antes. Un increíble revoltijo de tierras sustituía a las dos carreteras ya mutiladas que habíamos recorrido la víspera. Hasta donde alcanzaba mi mirada, a través de lo que debieron de haber sido viviendas, esqueletos desmantelados de vehículos pertenecientes a la Wehrmacht yacían entre torbellinos de humo. Muy a menudo, junto a los restos de aquellos coches, el cadáver lleno de barro de un *feldgrau*, confundido ya con la tierra, esperaba, en una fijeza mórbida, la compañía del servicio de inhumación.

Soldados de Ingenieros incendiaban los vehículos atascados en el camino convertido en infranqueable tanto en un sentido como en el otro. Anduvimos un buen rato con nuestros heridos por aquel inverosímil caos. A cien metros, otro grupo más importante que el nuestro se replegaba, a su vez, con armas y bagajes.

Seguimos al teniente hasta el puesto de mando de reagrupamiento que los oficiales habían abandonado, por lo visto, dos horas antes de nuestra orden de repliegue. No quedaba ya un alma viviente en la edificación acribillada de metralla que el comandante de la defensa de Utcheni había escogido como refugio. Solo ante el barracón, un sargento montado en su moto parecía esperar con impaciencia a los rezagados para darles instrucciones. El teniente parecía furioso por las decisiones que tenía que tomar. Sin embargo, hizo que lo siguiéramos hacia el oeste.

Nos tragamos una veintena de kilómetros a pie, bajo la amenaza constante de los observadores soviéticos que no vacilaban en desencadenar un fuego graneado de artillería sobre la silueta de un simple *landser* hambriento. Después de una treintena de estiradas en la tierra reblandecida para evitar los trozos de metralla que silbaban en el aire, llegamos a un campo de aviación abandonado ya por los caballeros encorbatados de la

Luftwaffe. Como, de todos modos, no teníamos intención de recibir un bautismo del aire, no les echamos nada en cara a los aviadores, que bien merecieron el respeto de la gran patria alemana.

Nuestro único objetivo fueron las construcciones de madera, las mismas que ocupábamos a orillas del Don, que podían ocultar todavía algunas vituallas. Transportando siempre cuatro heridos en camillas improvisadas, nuestra heroica escuadra se dirigió tropezando, pues ya no estábamos en condiciones de correr de tan derrengados, hacia el objeto de nuestra esperanza. No llegamos nunca, pues sobrevino un golpe de teatro, que segó a seis o siete de los nuestros.

Acabábamos de pasar cerca de un bunker individual y, al echar una ojeada, mi compañero y yo vimos el cadáver de un soldado de aviación en el fondo del hoyo. Dos gatos descarnados se le estaban comiendo una mano. Aquello nos dio náuseas.

—¡Malditos gatos! —chilló mi compañero.

Todo el pelotón se acercó a ver. Asqueado también, el teniente quitó el seguro de una granada y la arrojó al hoyo. Los dos gatos saltaron fuera del bunker y escaparon hacia el campo mientras la explosión proyectaba recto como una chimenea una multitud de restos más o menos humanos.

—Si los gatos se comen los muertos —observó un *landser*—, poco debe de quedar en la despensa de la Luftwaffe.

Dos bimotores, sin duda inservibles, erguían aún sus siluetas de cruz de Malta en medio de aquel desierto. En el cielo, un ronroneo empezó a aumentar de una manera inquietante. Todas nuestras miradas diáfanas se volvieron hacia la misma dirección. Nos percatamos, al mismo tiempo, de que estábamos en el centro de una vasta pista llana, alrededor de dos aviones inmóviles que no dejarían de llamar la atención.

Antes de que nos lo hubiesen ordenado, nos dispersamos cuerpo a tierra, reuniendo todo lo que nos quedaba de energía para escapar a los seis puntos negros que ya caían sobre nosotros, como el rayo. Inmediatamente pensé en el pequeño búnker a ras del suelo donde los gatos se daban aquella comilona. Seis camaradas tuvieron la misma idea. Cuando se es joven, no se deberían descuidar las carreras a pie, pues a veces sirven en la vida.

Como nunca había participado en una, llegué penúltimo al borde del hoyo donde cuatro soldados se pisoteaban sobre lo que quedaba de un cadáver.

Alarmado, dirigí una mirada implorante al grupo que pataleaba en el hoyo de hormigón, esperando que un milagro lo hiciera más espacioso. Dos tipos más se encontraban enloquecidos, en la misma situación que yo. Quise creer que nos habíamos equivocado y que se trataba de aviones nuestros... No, no era posible, su zumbido era característico.

El ruido aumentó, aumentó. Nos echamos al suelo, sabiendo el peligro que corríamos en aquella extensión absolutamente llana. Con la cabeza entre las manos rígidas, cerré los ojos. Una serie de detonaciones, a través del aullido de los motores, llegó a mis oídos que en vano intentaba tapar herméticamente. El infierno entero pasó a ras de mi cabeza. Los disparos golpearon la tierra y repercutieron en lo más profundo de mi ser. Tuve la impresión de que iba a morir. El huracán se alejó tan rápidamente como había venido. Extraviado, levanté la cabeza y vi el grupo enemigo que trepaba en el azul pálido del cielo y rompía su formación. Aquí y allá, se erguían siluetas de camaradas que corrían alocadamente a la búsqueda de un refugio cualquiera. Los aviones rusos giraban todo lo ceñidamente que podían. Con toda evidencia, iban a echársenos encima. Un amargo presentimiento me heló la sangre. Eché a correr como un loco, sintiendo que los costados me punzaban. Intenté forzar la carrera, pero la fatiga de los días anteriores inutilizó mis esfuerzos. Nunca llegaría al camino por el que habíamos venido. Me pareció ver unos baches que podrían servir para acurrucarse. Mis pesadas botas tropezaron repetidas veces.

Desesperado, caí a pesar mío en la hierba mojada de la pista. Instintivamente, supe que los aviones volvían a estar encima. Las primeras detonaciones sacudieron el suelo. Me dominaba un miedo frenético. Con mis sucias uñas, me puse a rascar la tierra como un conejo perseguido que no tiene más salida que enterrarse. Unos silbidos singulares taladraron mis oídos. El ruido de la tierra machacada a nuestro alrededor me llegó repetidas veces. Unos gritos terribles se elevaron asimismo. A través de mis dedos pegados a los ojos, brillaron unos blancos resplandores. Estuve tal vez dos o tres minutos en aquella postura, sumamente tensa. Aquellos minutos me parecieron increíblemente largos.

Cuando, por fin, me atreví a mirar a mi alrededor, los dos bimotores desmantelados ardían como antorchas. Los aviones rusos volaban a lo lejos para ponerse de nuevo en línea de tiro, pues se habían repartido por los cuatro puntos cardinales. Una vez más, recurrí a mis reservas físicas para lanzarme en una dirección opuesta a la que había tomado antes. No sabría decir por qué, pero, en mi pánico, las construcciones de madera se habían convertido, a mis ojos, en refugios seguros. No había logrado recorrer siquiera una tercera parte del camino cuando ya los popov atacaban los barracones. Antes de estirarme de nuevo en el prado empapado, los vi desintegrarse. Pasaron unos instantes más de terror y después el ruido de los motores se alejó definitivamente. Aturdidos, los que todavía se pusieron en pie no podían hablar. Nuestras miradas iban de los incendios al cielo del que habían surgido nuestros agresores.

Indiferente, pasé junto a un montón de carne humana deshilachada y rojiza hecha por lo menos de dos soldados. Nuestro teniente, que parecía indemne, pero loco, corría de un montón de carne a otro. Poco a poco, nos fuimos recobrando.

—¡Mierda de mierda! —bramó alguien—, otro ataque de ese tipo y ya no quedará nada de la sección improvisada que formamos. Esto empieza a ponerse bueno. Nos han abandonado aquí. No volveremos nunca a casa...

—¡Silencio! —vociferó el teniente que sostenía a un herido—. La guerra no es una merienda en el campo.

¡A quién se lo decía! Nos acercamos a él. Había levantado los hombros de un pobre tipo todo salpicado de barro y de sangre. Lo más sorprendente era que el moribundo se partía de risa. De una risa atropellada. Una risa asombrosa y horrenda. Por un instante, creía que gritaba de dolor. No, era en realidad una risa demoníaca lo que brotaba de aquella cara tumefacta.

—*Das ist der Philosoph* —murmuró alguien.

Nunca me había fijado en aquel hombre. Sus camaradas dijeron que él siempre había estado convencido de que volvería sano y salvo a su casa. Evidentemente, mal podía mantener en aquellos momentos esta afirmación.

Entre tres intentamos ponerlo en pie, pero enseguida nos dimos cuenta de que era imposible. Su risa se entreveraba con palabras que comprendí muy bien y me dieron que pensar mucho tiempo. Todavía hoy me

conturban. Su risa, por lo que recuerdo, no tenía nada de loca, nada de delirante. Tenía una resonancia particular, un poco como la de alguien a quien se le ha gastado una broma pesada, que la ha creído, y que bruscamente se da cuenta de su error. Nadie preguntó nada al filósofo. Deliberadamente, a través de su hilaridad y de su agonía, se expresó repetidas veces en estos términos:

—Ahora sé por qué... sé por qué... Es demasiado idiota..., es demasiado simple.

Quizás hubiéramos sabido el sentido de aquellas palabras si un chorro de sangre no hubiese brotado brutalmente de la boca del filósofo llevándose al hombre, su alma y quizá la clave de la sabiduría. Mucho tiempo más hube de reflexionar acerca de aquellas palabras. Cavamos seis o siete fosas para las víctimas de esta incursión enemiga y luego, exhaustos, nos tumbamos en el lecho de cenizas calientes que señalaba el emplazamiento de los barracones de la Luftwaffe. Nos despertó, al anochecer, el ruido del cañoneo que, decididamente, nos perseguía. Esta vez, el hambre y la sed que nos atenazaban cobraron una intensidad alarmante. A pesar del reposo que nos habíamos ofrecido, no habíamos recuperado las fuerzas y dábamos lástima de ver.

Dirigimos miradas recelosas a uno y a otro. Empezábamos a pensar mutuamente que el compañero de al lado tenía probablemente una o dos galletas de reserva y que el muy canalla se las comía a hurtadillas, olvidando así las lecciones de camaradería que nos habían dado en Polonia.

Desgraciadamente, todos estábamos igualmente desprovistos de víveres y si, por azar, uno de nosotros hubiese comido algo a hurtadillas, nadie habría podido echárselo en cara. Todos podíamos ser el mal compañero. Por la noche, cuando seguíamos huyendo de la cortina de relámpagos que nos perseguía desde el principio de la retirada en las orillas del Don, el ruido de una columna en marcha vino, una vez más, a sembrar el pánico en nuestro grupo derrengado. La noche era horriblemente oscura y una llovizna lancinante caía sin parar. Seguimos al teniente jefe del grupo que se orientaba Dios sabe cómo. Nadie hablaba. Las fuerzas que aún nos quedaban servían únicamente para mover las piernas entorpecidas de fatiga y de barro y avanzar por aquella tierra reblandecida.

El ruido de motores aumentó, pero no se veía nada. Todo el grupo se detuvo prestando atención. La idea de que una sección motorizada enemiga podía sorprendernos así, de noche, en la estepa empapada, hizo perder su control a un herido que nos seguía cojeando. El infeliz, agotado, se puso a temblar y a lloriquear. Los ojos escrutaban la oscuridad hasta quedar doloridos, pues cada uno intentaba descubrir el nuevo peligro que se acercaba rápidamente. Por fin, el teniente, que ya no sabía qué hacer, habló:

—Es posible que pase sin vernos. ¿Hay algún panzerjager entre vosotros?

Rápidamente, la única spandau que poseía nuestro pequeño grupo fue emplazada para una postrera tentativa de defensa. Afortunadamente, la fatiga, que bombardeaba mis sienes bajo el casco que parecía de plomo, me impedía juzgar lúcidamente la gravedad de la situación. El hecho de que nos hubiésemos parado significaba, para mi cuerpo molido y hambriento, un instante de reposo del que debía aprovecharme al máximo. Sabía que el miedo vendría al recobrar aliento y que, al mismo tiempo, no me perdería nada del espectáculo.

La primera masa negra que se presentó, con todas las luces apagadas, parecía un coche ligero. A pesar de nuestros esfuerzos, no nos fue posible distinguir de qué se trataba. Después se oyeron muchos ruidos de orugas. Ruidos precisos, netos, más espantosos que cualquier otra cosa. Únicamente los que hayan oído el rugido de un tanque, que acrecienta el pánico del desventurado infante en el frente, únicamente esos comprenderán y no tendrán dificultad alguna para meterse en situación. ¡Nada que ver con un desfile del 14 de julio!

Con aquel ruido, el terror se apoderó de nuestro grupo. Mientras algunos intentaban ver de dónde iban a surgir los monstruos, otros, y yo entre ellos, permanecían con la cara pegada a la tierra podrida y temblaban nerviosamente. Dos masas oscuras aparecieron ante nosotros, a treinta metros, balanceándose. Otra hizo retemblar la tierra y erizarse nuestros cabellos a unos diez metros. Resonó un grito:

—Die Maltakreuze, mein Gott...! Kamaraden...! Hilfe! Hilfe!

Para mí, que hablaba tan mal el alemán y lo comprendía aún menos, fue un grito de pánico, de sálvese quien pueda. De pronto, me encontré en pie y,

aterrorizado, eché a correr en la noche.

Era, evidentemente, lo único que no debía hacerse en cualquiera de los casos. Blasfemias e imprecaciones inciertas se elevaron en medio del potente ruido de los blindados. Inconscientemente acababa de dar la señal de salida a todo el grupo. Ahora todo el mundo estaba de pie y vociferaba corriendo hacia los carros. Sin embargo, algunos más prudentes permanecieron tendidos y, entre ellos, el teniente que nos mandaba. Comprendí un poco tarde que también los carros alemanes que pasaban junto a nosotros podían habernos ametrallado, tomándonos por ruskis. Con mayor motivo, si se hubiese tratado de carros bolcheviques.

No obstante, algunos camaradas lograron darse a conocer y un monstruo de acero acababa a detenerse. Así fuimos recogidos por un destacamento de la 25.^a División Panzer que mandaba el general Guderian.

Todos aquellos hombres iban equipados estupendamente y, por lo visto, no habían vivido la retirada que acabábamos de efectuar nosotros. Nos cargaron de cualquier modo en la trasera de los tanques, en el lugar donde el motor desprende un calor tal que no se sabe dónde poner las nalgas. Nadie, entre nuestros salvadores, se preocupó por saber si habíamos «cenado», y sólo fue unas cuantas horas más, tarde, bajo el fuego graneado de la artillería rusa, que asolaba los arrabales de Jarkov, cuando se nos sirvió una sopa grasa, pero hirviendo, que recibimos como una bendición.

Vi por primera vez un ejemplar del enorme carro Tiger así como dos o tres Panther. Unas horas después vi también la espantosa avalancha de los famosos «órganos de Stalin» que derramaron, durante unas horas, un fuego devastador sobre la infantería alemana que avanzaba a costa de sacrificios inhumanos en el apocalipsis del arrabal de Slaviansk-Kiniskov. Así, los blindados de Guderian nos condujeron de nuevo a la región inmediata a Jarkov, allí donde los combates del Donetz se libraban hacía casi una semana. Una vez más, la Wehrmacht recuperaba la ciudad triturada de Jarkov, antes de volver a perderla definitivamente en septiembre, inmediatamente después del fracaso de la contraofensiva contra Bielgorod.

La aurora nos sorprendió en los arenales al noroeste de la ciudad, mientras pasábamos por el tamiz de los Kommandos que se empeñaron en reexpedir los hombres a sus unidades de origen. Como que, pese a toda su

buena voluntad y organización, no sabían las tres cuartas partes de las veces dónde se hallaban aquellas unidades, reformaban grupos de combate con los extraviados, entre los cuales no era de desear encontrarse. En efecto, al no tener los nuevos grupos ningún destino oficial, pasaban a engrosar, o simplemente a colmar, efectivos existentes en los registros militares de los que se conocía la situación en los mapas del Estado Mayor. Aquellos hombres, bruscamente destinados a grupos indistintos de efectivos variables, no entraban, pues, en la organización lógica del Ejército. Señalados ya por su regimiento de origen como desaparecidos o muertos, eran considerados entonces como muertos. La suerte quiso que, a fin de cuentas, existieran aún. Cabía, pues, aprovechar aquellos refuerzos inesperados, y no había razón alguna para ahorrarlos, puesto que práctica y administrativamente ya no existían.

Largas filas de soldados, tumbados, despiertos o dormidos, esperaban así la orden de ser conducidos a un punto cualquiera de la ofensiva contra Jarkov.

Vuelvo a ver el valle del Donetz, que extendía sus abedules de arena hasta doce o quince kilómetros del lecho del río. El estruendo de la gigantesca batalla cuyo frente se situaba a treinta kilómetros al sur, nos llegaba como un rugido ininterrumpido. El ataque alemán embestía por el norte y el oeste. Protegidos así en su ala izquierda por el Donetz, los panzer hincaban una cuña temible en las defensas de artillería enemigas que habían cruzado el río apresuradamente para proseguir su contraofensiva. Ahora, aquellas baterías se encontraban acorraladas de espaldas al Donetz que no podían volver a cruzar, por estar destruidos los puentes por enésima vez... En realidad, los rusos acababan de cometer el mismo error que Alemania en Stalingrado. En su precipitación por querer arrojarnos fuera de sus fronteras, los bolcheviques habían extendido sus efectivos y habían subestimado las fuerzas que creían haber rechazado definitivamente más allá de Jarkov. Lo que les ocurrió no tuvo evidentemente la magnitud de Stalingrado, pero en una semana cien mil rusos conocieron el infierno en la bolsa Slaviansk-Kinislcov, y cincuenta mil de ellos murieron.

Entonces yo no estaba en condiciones de hacer todos estos análisis. Todo esto el soldado no lo sabe hasta unos meses después. Para mí, la

Batalla del Donetz era, igual que las de Ucheni y del Don, un caos humeante, un motivo de miedo perpetuo y de sobresaltos alarmantes y un ruido intenso entrecortado de miles de explosiones.

Después de haber sido reagrupado por el Kommando especializado esperé con un puñado de infelices más, sucios y andrajosos, a que nos diesen instrucciones. Al cabo de un rato, un gendarme —aquellos imbéciles estaban igualmente al lado de los Kommandos, dispuestos a pasar por las armas a quienquiera que fuese— me entregó, así como a los otros muchachos cuyas caras no me eran desconocidas, un papel sucio con unos garabatos, acompañado de algunas explicaciones breves e incomprensibles. Era el itinerario que teníamos que seguir para regresar a nuestra compañía que operaba, sin duda, en la región. Los tres muchachos, en efecto, formaban parte de la misma compañía que yo.

Provistos de aquel valioso documento, nos despedimos rápidamente del «centro de acogida». El miedo a ser incorporados a un batallón improvisado nos dio alas. Nunca tuve un sentido de la orientación muy desarrollado, pero allí, en aquel vacío de ruinas y de barro, hasta un ave migratoria hubiese perdido el norte. El papel sólo indicaba los puntos principales, reconocibles para regimientos que hubiesen estado en aquellos parajes. Cualquiera podía orientarse, pues, en un poblacho en el que difícilmente se distinguía una A de una Z, y donde, por caminos destrozados y calles soladas, los pocos rótulos que subsistían habían sido revueltos en todos sentidos por combates recientes.

Después de habernos ocupado en multitud de pequeñas tareas y después de mil indicaciones, nos dirigimos hacia un cruce bordeado de restos de edificaciones que debieron de haber sido muy importantes. Nuestra compañía se encontraba, por lo visto, en los alrededores. Dimos con ella por casualidad, dos días después, cuando nos vimos obligados a tender unas líneas telefónicas para un regimiento de SS que iba al asalto al son de un silbato. Todavía me acuerdo de un talud de ferrocarril que los jóvenes SS escalaron bajo la metralla.

Acurrucados en una galería de alcantarillado puesta al descubierto por los bombardeos, esperamos, crispados, apretujándonos, que los SS despejasen el paraje a costa de importantes pérdidas. A los dos lados de los

muros de cemento, la metralla de los lanzabombas al rojo, y cortante hasta el punto que en verano siega la hierba, surcaba el aire. Después el mismo regimiento nos empleó en aprovisionar una batería de Hautbitz que estaba sosteniendo hacía varios días un duelo artillero con las piezas soviéticas situadas en la orilla este del Donetz. El transporte de los pesados proyectiles del «105» desde un depósito bastante lejano fue para nosotros una prueba muy dura. Fue entonces cuando encontramos a los muchachos de nuestra compañía ocupados en reparar una casamata destruida.

La primera cara conocida que vi fue la de Olensheim.

—¡Aquí están los nuestros! —exclamé corriendo hacia mi compañero.

Los tres otros tipejos me siguieron. Olensheim me miró, pasmado.

—Dios está con nosotros —gritó—. Cuatro más, que vuelven. Hace ya mucho tiempo que Laus debe haberos borrado de la lista. Faltan aún unos treinta en la compañía. Pensábamos que tal vez estaríais incorporados en los batallones de reagrupamiento.

—No llames al mal tiempo —le dije—. ¿Dónde está Halls?

—¡Ah, lo que es ese tiene mucha suerte! Actualmente está en Trevda haciéndose cuidar. Mientras tanto, nosotros dándole con el pico a esta maldita tierra.

—¿Está herido?

—¡Oh! Una esquirra en el cuello, tres veces nada. Tuvo la suerte de ser recogido entre los heridos graves. Nos dijo que había estado dos horas sin sentido. Seguramente exagera.

—¿Y Lensen?

—En plena forma. Está cambiando una oruga, allá abajo —dijo Olensheim.

Llegó Laus. Instintivamente nos cuadramos.

—Muy contento de veros, hijos míos, sí, de veras contento.

El viejo zorro nos estrechó la mano. Visiblemente su cara de viejo militar estaba animada de una sincera satisfacción. Después retrocedió tres pasos:

—Nombraos en voz alta e inteligible, como os he enseñado.

Nos sometimos al reglamento con buen humor. Buen humor debido únicamente a la profunda camaradería que existía ya entre nosotros. Esto

aparte, todo lo demás seguía siendo gris. El cielo arrastraba nubes oscuras que amenazaban lluvia y, en los cuatro puntos cardinales, blancos resplandores precedían, una milésima de segundo, géiseres de tierra blanda y de cascotes.

Un poco más tarde, Lensen, que era mucho más fuerte que yo, me levantaba en vilo vociferando la alegría de nuestro reencuentro. Pese al servicio que hubimos de prestar todo el resto de la jornada, esta transcurrió con la alegría de estar juntos y con el relato de mil anécdotas. Dos días después logré ir a Trevda, situado a unos cuarenta kilómetros del frente. Un camarada me cedió su sitio a bordo de un DKW que él debía escoltar. Así fue como encontré al gran gamberro de Halls, que berreaba a más no poder canciones de marcha, en medio de una multitud de lisiados. La primavera había decidido asomarse y aquellos enfermos se pavoneaban entre dos avenidas de perales silvestres.

Halls no escatimó sus demostraciones de alegría. Fui llevado en volandas por medio mancos espolvoreados de sulfamida y untados de ungüento gris. Aquel gran vocerío me hizo tragar todo lo que quedaba en el fondo de las botellas que ellos habían liquidado los últimos tiempos. Las exclamaciones se prolongaron tanto que no pude acudir a la hora fijada por el caritativo muchacho del camión. Cansado de esperar, se fue sin mí, por supuesto. Muy avanzada la noche, un motorista de servicio me llevó a mi acantonamiento, a algún sitio en la mierda alrededor de Jarkov. Halls me había hecho jurar que volvería. Desgraciadamente, no se me presentó ninguna ocasión más y fue él quien, algunos días después, se reunió con nosotros. El médico militar lo había encontrado repentinamente apto para el servicio y lo mandó a probar suerte de nuevo a través de los últimos cañonazos que clausuraban la tercera batalla de Jarkov.

Halls no apreció demasiado la sórdida cueva donde habíamos establecido nuestros cuarteles. Así fue como, en su seguimiento, ingresé voluntario en la Infantería motorizada. Estábamos tan asqueados de manejar la pala y de hacer de fregonas que aquella perspectiva nos pareció un buen filón. Aquella decisión estuvo a punto de costarnos la vida tan a menudo más adelante que no tendría tiempo de contarlo todo. El caso es que, ahora que he salido de ello, puedo decir que no me arrepiento de haber servido en

aquella unidad combatiente en la que, a pesar de todo, encontré una asombrosa camaradería que no volvería a encontrar nunca en ninguna otra parte. Es una cosa inexplicable que depende de todo, en el menor instante.

SEGUNDA PARTE: LA GROSS DEUTSCHLAND

(Primavera de 1943-Verano de 1943)

Capítulo VI

EL PERMISO

Berlín. Paula

Una hermosa mañana de la primavera ucraniana nos agruparon en Trevda, donde Halls había pasado días tan felices. Otras dos compañías se unieron a nosotros en una colina cubierta de hierba corta y musgosa, esa hierba rasa y tupida hasta el punto que cada tallo parece querer apartar al otro, tan vigorosa que se convierte en una sabana al cabo de un mes. Éramos cerca de unos novecientos. En la cima de la colina, subidos a la caja de un vehículo destrozado, algunos oficiales de Infantería pronunciaron discursos. Alrededor de ellos, una veintena de hombres enarbolaban banderas así como los guiones de sus regimientos. Los discursos fueron muy corteses. Aquellos caballeros nos felicitaron incluso por nuestra actitud pasada, actitud que, paradójicamente, la más insignificante reseña del frente nos echaba en cara todos los días. Pusimos unos ojos muy abiertos. Era a causa de aquella actitud ejemplar que, aquel día, se les hacía el honor a quienes lo desearan de incorporarlos a las tropas combatientes. Hubo voluntarios enseguida, aproximadamente una veintena. Los oficiales que conocían nuestra «timidez», quisieron ponernos más a nuestras anchas. Los discursos se prolongaron por el mismo estilo. Algunos hechos destacados fueron incluso relatados detalladamente. Quince voluntarios más salieron de las filas. Entre ellos, Lensen que, de una manera evidente, había nacido para el jaleo.

Después, nuestros salvadores nos hablaron de quince días de permiso. Hubo al menos trescientos voluntarios. Entonces bajaron de la plataforma

unos tenientes y recorrieron nuestras filas. Un capitán siguió arengando a las tropas de la Rollbahn y luego los tenientes designaron e invitaron a muchos de nosotros a dar los tres pasos fatídicos al frente.

Su elección había recaído, sobre todo, entre los más altos, entre los que tenían mejor semblante, entre los más fuertes. Un índice, enguantado de piel negra, apuntó súbitamente, recto como el cañón de un mauser, a la frente de mi mejor compañero, de mi hermano en toda aquella guerra. Como hipnotizado, Halls avanzó tres pasos y el taconazo que dio al cuadrarse, pareció un portazo, una puerta amenazadora que quizá me separaría para siempre del único amigo de verdad que había tenido, de la única razón de vivir que, finalmente, me interesaba en medio de la desesperación por que había pasado ya.

Después de un corto instante de vacilación, estuve en la fila de los voluntarios sin haber sido obligado a ello. Mi mirada, atontada y confusa, se cruzó un instante con la de Halls, cuyas mejillas enrojecieron como las de un chiquillo al que acaban de dar un gusto y no sabe cómo agradecerlo. En lo sucesivo mi filiación sería la siguiente:

Gefreiter Sajer. G
100/1010 G4. Siebzehntes Bataillon Leichtinfanterie Gross
Deutschland División SÜD. G

Al anochecer estábamos de regreso en los sórdidos refugios que habíamos ocupado antes. Nada había cambiado, aparentemente. Tan sólo sabíamos que nuestros nombres habían quedado registrados en las listas de reclutamiento de Infantería. Era, por el momento, la única diferencia entre la vida que llevábamos ayer como transportistas y la que llevaríamos desde hoy como infantes. Nos quedamos algo perplejos acerca de la actitud que deberíamos adoptar. Los suboficiales no nos dejaron mucho tiempo para meditar sobre nuestra situación. Durante varios días estuvimos metidos en la limpieza y reparación del material deteriorado en la última batalla. La situación parecía haberse calmado, aunque vigorosos contraataques soviéticos provocaban a veces numerosos incendios al nordeste de la

ciudad, en Slaviansk. Nos emplearon asimismo en el repugnante trabajo de enterrar a los miles de muertos que había costado la batalla de Jarkov.

Efectivamente, una mañana, por no decir en plena noche, tan pálida era el alba, fuimos constituidos en «sección de inhumación».

Fue Laus quien nos dio, naturalmente, la buena noticia en vez de los quince días de permiso prometidos y tan esperados. Era, sobre todo, a los prisioneros rusos a quienes incumbía el trabajo de recoger los cadáveres. Desgraciadamente, saqueaban, por lo visto, los cadáveres de los *landser* y robaban los anillos y otras fruslerías.

En realidad, creo más bien que los pobres diablos, muchos de los cuales estaban heridos, pero habían sido reconocidos aptos para el trabajo, buscaban en las mochilas y en los bolsillos de los cadáveres de sus propios compañeros o en los de los soldados del Reich algún alimento. Las raciones que nosotros les distribuíamos eran verdaderamente ridículas. Por ejemplo, una escudilla que contenía aproximadamente tres litros de una sopa insípida para cuatro prisioneros y para veinticuatro horas. Algunos días, sólo recibían agua.

Todo prisionero sorprendido desvalijando un cadáver alemán, era pasado inmediatamente por las armas. Ningún pelotón reglamentario se formaba, por lo demás, a este efecto. A bulto, un oficial tumbaba al delincuente de dos o tres tiros de pistola o, a veces, como tuve ocasión de comprobar durante aquella época, se entregaba el prisionero a dos o tres desalmados a los que este cometido era encargado regularmente. Aquellos malvados ataron una vez, ante mis ojos escandalizados, las manos de tres prisioneros a la verja de un portal. Después, una vez inmovilizadas sus víctimas, metieron una granada en uno de los bolsillos de sus capotes, o bien en un ojal, que forzaron con el mango del artefacto. El tiempo de quitar el seguro, y los miserables corrieron a ponerse a salvo, mientras la explosión despanzurraba a los ruskis que, hasta el último momento, imploraban perdón aullando desesperadamente.

Habíamos visto ya toda clase de atrocidades, pero aquellos procedimientos nos asqueaban cada vez hasta el punto que estallaban vivos altercados entre aquellos criminales y nosotros. Ellos se encolerizaban de mala manera y nos insultaban groseramente. Se habían evadido, según

decían ellos, del campo de Tomvos, donde los rusos tenían concentrados numerosos prisioneros alemanes y nos relataban cómo los rusos suprimían a nuestros compatriotas. Según ellos, el conocido campo de Tomvos, a noventa y cinco kilómetros al este de Moscú, era un campo de exterminio. Cada día se repartía una comida tan irrisoria como la que servíamos en Jarkov a los prisioneros rusos, entre los hombres que hacían una faena cualquiera, pues los soldados alemanes sólo recibían alimento cuando trabajaban. Distribuían un bol de mijo, como nosotros en Jarkov una escudilla, para cuatro hombres. Nunca había suficientes raciones, ni siquiera para los prisioneros de trabajo. Sin embargo, un bol tenía que alimentar a cuatro hombres y no a cinco, según el reglamento. Entonces se mataba a los soldados que sobraban hincándoles, a martillazos, un casquillo de bala de fusil en la nuca. Los rusos se divertían mucho, al parecer, con aquel género de ejercicio.

Creí a los rusos muy capaces de una crueldad semejante, después que los hube visto actuar entre las lastimosas columnas de refugiados en Prusia Oriental. Pero ello no excusaba la actitud de nuestros compañeros de armas que se hacían culpables de aquellas salvajadas para vengar otras. La guerra alcanza así su paroxismo de horror a causa de unos imbéciles que, con el pretexto de un venganza lógica, perpetúan el espanto de generación en generación a través de la Historia...

Durante largas horas, tuvimos que limpiar un largo pasillo subterráneo que había sido transformado en hospital de primera urgencia durante la lucha. Los cirujanos tenían tanto trabajo que, a buen seguro, aquel largo sótano fue dejado de cuenta. A todo lo largo del interminable pasillo, una sucesión de toscas literas de tres pisos se prolongaban en un centenar de metros. En cada una había tres cadáveres mutilados, ennegrecidos y tiesos. De trecho en trecho, un vacío insólito en aquel silo pestilente señalaba el lecho desocupado que un moribundo había logrado abandonar antes de su último suspiro.

Ninguna luz alumbraba aquel osario del que sólo cabía tapiar la entrada. Únicamente las lámparas de bolsillo que algunos de los nuestros llevaban colgadas de la guerrera arrojaban resplandores terroríficos sobre los rostros

demacrados y tumefactos de los cadáveres que con dificultad sacábamos de allí.

Por fin, un buen día, cuando una deliciosa primavera intentaba disculparse con el triste paisaje de las ruinas de Deptroia, un arrabal sudoeste de Jarkov, un camión del mismo color que el decorado llegó por la carretera terrosa que conducía a los nuevos barracones que ocupábamos desde la víspera.

Después de un brusco giro sobre sí mismo, retrocedió hasta unos diez metros del primer edificio, donde un grupo, del que yo formaba parte, se atareaba en quitar un montón de cascotes y pedruscos que invadían los alrededores de nuestro nuevo campamento.

La tabla trasera cayó de golpe y un pequeño cabo se apeó de un salto dando un taconazo. Sin saludarnos, sin dirigirnos palabra, hurgó en el bolsillo superior derecho de su guerrera, donde deben estar reglamentariamente las instrucciones militares, y sacó una hoja de papel cuidadosamente doblada. Luego inició, sin más formalidad, la lectura de una lista de nombres bastante larga por cierto.

Al mismo tiempo que gritaba nuestros nombres, siempre con el tono reglamentario, con la mano nos hacía una seña para que nos pusiésemos a su derecha. Los nombres se sucedieron, hasta un centenar aproximadamente, entre ellos Olenheim, Lensen, Halls, Sajer... Un poco preocupado, me uní a los nombrados. Después, el cabo nos concedió tres minutos para instalarnos con armas y bagajes completos en el camión. Dio un taconazo, y esta vez saludó. Sin añadir palabra nos volvió la espalda y se alejó como para dar un paseo. Sin embargo, hizo un gesto con el brazo para descubrir su reloj de pulsera y cronometrar el tiempo que nos concedía.

Nosotros nos apresuramos a recoger nuestros trastos. No tuvimos tiempo en absoluto de cambiar ninguna impresión. Tres minutos más tarde, un centenar de *feldgmuen* jadeantes se apretujaban a bordo del camión cuyas tablas amenazaban ceder por exceso de carga. El cabo también fue puntual. Echó una ojeada de asco sobre los paquetes heteróclitos que algunos habían cargado, pero no dijo nada. Después se agachó para mirar algo debajo del camión.

—Cuarenta y cinco hombres a bordo solamente —dijo, silabeando—. ¡Salida dentro de treinta segundos!

Y se puso a pasear otra vez.

Unos gruñidos silenciosos iban del uno al otro. Nadie quería bajar. Cada uno tenía sus motivos para quedarse. Dos o tres fueron proyectados al exterior. Como yo me encontraba en el centro, apretado como una sardina en una lata, no tuve posibilidad de moverme. Laus se encargó del asunto. Hizo apearse a la mitad del camión; los que quedaron se numeraron hasta llegar a cuarenta y cinco. El cabo subió junto al chófer y dio la señal de marcha. Laus nos dijo adiós amistosamente con la mano. Fue la última vez que recibimos una orden del *feldwebel* de Bialystok. La última sonrisa que nos dirigió le disculpó a nuestros ojos de todas las servidumbres que nos había impuesto. Junto a él, la mitad del grupo nombrado miró, asombrado, cómo nos alejábamos en un torbellino de polvo.

Aquella parte del grupo se reunió con nosotros cuatro días más tarde a ciento cincuenta kilómetros detrás del frente, en el acuartelamiento de reposo de la famosa División Gross Deutschland. Otra parte de la división ocupaba, además, el campamento de Aktyrkha. Sobre todo heridos en vías de curación. La propia división tenía un sector móvil en la vasta región de Kursk-Bielgorod. Allí, todo era limpio, claro y agradablemente organizado, a la manera de los exploradores, pero con muchos más medios. Aktyrkha era algo así como un oasis en medio de la inmensa estepa que se extendía por todas partes alrededor.

Por orden del cabo saltamos del camión para alinearnos en una fila de dos en fondo. Un grupo de oficiales formado por un capitán, un teniente primero y un *feldwebel* se acercó a nosotros. El cabo bajito y mofletudo dio la voz de firmes. Aquellos oficiales vestían de un modo notable. El *hauptmann*, con uniforme de fantasía, es decir guerrera de fino paño gris verde pálido, con las bocamangas coloradas de las unidades en línea de fuego, pantalón de montar verde oscuro con badana, botas de caballería increíblemente lustradas, nos hizo un leve gesto con la mano. Luego, se dirigió en voz baja al *feldwebel* tan bien arreglado como él. Después de una breve conversación, el *feld* se nos acercó, dio un taconazo y nos dirigió la

palabra en nombre del capitán con un tono más jovial, de todos modos, que el cabo que había venido a buscarnos:

—¡Bienvenidos todos a la División Gross Deutschland! Aquí vais a conocer la verdadera vida de soldados, la única que permite acercar a los hombres por los lazos más sinceros. Aquí, la camaradería existe entre cada uno de nosotros y, en todo momento, puede ser puesta a prueba. Los malos camaradas, las ovejas negras no se quedan en la División Gross Deutschland. Aquí, cada cual debe poder contar con su hermano de combate sin ninguna limitación. El más pequeño error entraña la responsabilidad de una sección al menos. Ni gandules, ni remolones, todo el mundo obedece o se hace obedecer ciegamente. Vuestros oficiales piensan por vosotros. Mostraos dignos de vuestros superiores. Pasaréis por el almacén vestuario y dejaréis vuestros harapos mal olientes. Es necesaria una higiene absoluta para un buen estado de ánimo. Ningún uniforme descuidado será tolerado.

El *feld* respiró un poco, y luego prosiguió:

—Después de haber cumplido esas últimas condiciones, los voluntarios aquí presentes recibirán un boleto de permiso de quince días. Este permiso entrará en vigor dentro de cinco días, cuando salga el convoy para Nedrigailov, salvo contraorden. Podéis retiraros. Heil Hitler!

Hacía un tiempo espléndido. Todo parecía estar en orden. Según lo que acabábamos de oír, no se podían hacer bromas con las órdenes, pero qué agradable resultaba aquello comparado con el universo de mierda, de sufrimientos y de pánico por el que acabábamos de pasar. ¡Además, el permiso que nos iban a dar! Halls saltaba como una cabra loca. Todo el mundo, sin excepción, estaba contento.

El pequeño cabo nos hizo una mala jugada, sin embargo, pero estábamos de tan buen humor que todo transcurrió en un concierto de risotadas. El tuno exigió que nos laváramos los cochambrosos uniformes antes de devolverlos al almacén para recibir los nuevos. Nos vimos todos en cueros, transformados en lavanderas ante unos largos abrevaderos. Nuestra ropa interior estaba tan pringosa que nadie pensó en lavarla. Por mi parte, mandé al diablo los calzoncillos que rezumaban mugre y la camisa irrecuperable. Mi último par de calcetines, que llevaba en los pies desde el

principio de la retirada y no formaba más que una sucesión de agujeros, fue a parar con mis otras prendas. Después, andando desnudos por el césped, fuimos a entregar nuestros viejos uniformes mojados, pero cuidadosamente doblados, al almacén que debía darnos los limpios. Dos mujeres soldados de Intendencia se partieron de risa cuando nos vieron entrar desvestidos en el local del vestuario.

—¡Conservad las botas! —gritó un sargento a quien la visión de los muchachos en cueros no le hacía ninguna gracia—. No hay distribución de calzado.

Nos lo dieron todo nuevo, desde la gorra hasta el paquete botiquín pasando por la manta impermeable. Sin embargo, algunos objetos indispensables faltaban en el suministro. Por ejemplo, calzoncillos y calcetines. Más adelante, estos dos elementos los echamos realmente de menos, pero entonces estábamos demasiado regocijados para preocuparnos de nada. Una vez vestidos, fuimos a una vasta construcción en madera del Ejército. Encima de la puerta, un letrero muy visible recordaba a cada uno la higiene reglamentaria que debían observar. Eine Laus, der Tod! (Un piojo es la muerte). El pequeño cabo gordezuelo que no nos había dejado desde Jarkov nos hizo una seña para que entrásemos. Ya hacíamos comentarios sobre nuestro nuevo alojamiento, rústico, pero impecablemente ordenado.

—Ruhe, Mensch! —vociferó el cabo.

El silencio se hizo instantáneamente.

—Puesto que no hay siquiera un ohergefreiter entre vosotros, voy a nombrar un jefe de cuarto.

Entonces se metió entre nuestros grupos, con los ojos entornados, como si se tratase de sorprender a quien no deseaba en absoluto aquel título, o como si tuviera que tomar una decisión importante. Finalmente designó con un grito seco como un pistoletazo a un tipo canijo que no podía envidiarme nada.

—¡Tu!

El llamado dio un paso al frente.

—¿Nombre?

—¡Wiederbeck!

—Wiederbeck, hasta nueva orden eres responsable de este cuarto. Irás a buscar en el Warenlager las cintas con el nombre de la división que cada cual deberá coserse en la manga de la guerrera. Luego, deberán... bla... bla...

Enumeró una serie de responsabilidades que hicieron meter cada vez la cabeza del pobre Wiederbeck un poco más entre los hombros.

Tuvimos, pues, unos instantes más tarde las famosas cintas que en letras góticas de plata sobre fondo negro llevaban la inscripción División Gross Deutschland. Aquella tira la llevaría yo en la manga izquierda de mi guerrera hasta 1945, cuando cundió el rumor, en nuestras filas deshechas y diezmadas, que los americanos fusilaban a todos los hombres pertenecientes a divisiones que llevasen nombres en vez de números. En sus juicios precipitados, eran, en efecto, muy capaces de pasar por las armas a un desventurado soldado de la Gross Deutschland o de la Brandenburg, igual que a un héroe de la Leibstandarte o de la Totenkopf. Pero aquellos momentos todavía se encontraban muy lejos. Estábamos en la primavera del año 1943, en país conquistado. Hacía, como he dicho, un tiempo maravilloso y para colmo teníamos un permiso en el bolsillo. Después de lo que habíamos soportado, la vida nos parecía un sueño.

Aparte de la lista de la mañana y la noche, estábamos, francos de servicio y podíamos corretear por aquella extraña localidad que era Aktyrkha. Entre cada casa, o más bien entre cada grupo de casas de un estilo campesino ruso muy curioso y muy bonito, la estepa, rozagante en aquella estación, formaba una espesa alfombra de hierba que alcanzaba ochenta centímetros de altura.

Estas hierbas, que se vuelven pardas a fines de verano, estaban sembradas de enormes margaritas. De esta fauna vegetal los rusos extraen una infinidad de plantas olorosas y aromáticas que usan para aderezar sus manjares y preparar numerosas bebidas.

Campos de pepinillos granosos y verde claro alternaban con los imponentes girasoles. Cada grupo de casas reunía a los miembros de una familia, o a sus amigos, que habían preferido edificar su domicilio cerca del drugy^[7], lo cual, inteligentemente, les ahorra camino cuando querían visitarse.

El ruso, en particular el ucraniano, es muy alegre y hospitalario. Un poco como los orientales, siempre está dispuesto a festejar algo. Guardo un recuerdo agradable de algunas recepciones en casa de aquellas gentes muy entusiastas, donde unos y otros olvidaban completamente las rivalidades de la guerra. Me acuerdo también de las muchachas que se reían a carcajadas siendo así que tenían buenos motivos para odiarnos. No podían compararse con las melindrosas parisienses que no deben su atractivo, por lo general, más que a la importancia del esmero y de la grasa denominada producto de belleza que suelen emplear.

Cada grupo de casas tenía también su pequeño cementerio. No un cementerio triste e impresionante, sino un cementerio florido con mesas de madera en torno a las cuales se reunía a menudo gente a beber. Aquellos caseríos lucían igualmente un letrero con un calificativo amable unido al nombre de la localidad. Por ejemplo, la muy bella Aktyrkha, o bien Aktyrkha querida, o asimismo nuestra ciudad Aktyrkha y también dulce Aktyrkha.

Cuatro días después de nuestra llegada, la segunda parte de la agrupación de voluntarios estuvo con nosotros. Habían sudado lo suyo, por lo visto, para venir hasta aquí. Prácticamente, todo a pie.

El día siguiente, por fin, nos agregamos a un convoy hacia Nedrigailov. Nuestros permisos sólo serían taladrados en Poznan, o sea a mil ochocientos kilómetros. Después, quizá mil más para ir a casa de mis padres en Wissembourg. Había emprendido, pues, un viaje de varios días. Cruzamos una inmensa región íntegramente llana sin la menor ondulación. Ingenios con orugas del Ejército ayudaban, aquí y allá, a las labores del campo de Ucrania. Recorrimos a bastante velocidad hasta Nedrigailov una carretera reparada por el cuerpo de Ingenieros alemán. A cada cinco o seis kilómetros, los esqueletos innumerables del material soviético abandonado precipitadamente, jalonaban la pista. Llevábamos recorridos aproximadamente doscientos kilómetros, cuando nos llamaron la atención unas siluetas minúsculas, lejos, delante del convoy. De vez en cuando eran enmarcadas por unas nubes pequeñas blancas acompañadas casi inmediatamente de detonaciones.

Los dos vehículos que nos precedían aminoraron seriamente la marcha. Pronto se detuvieron. Como de costumbre, el *feld* responsable del convoy saltó del primer vehículo y miró con los gemelos en dirección de nuestra preocupación. Como éramos disciplinados, esperamos la orden de apearnos. Los bullangueros se callaron y todos aguzamos el oído para captar las impresiones de nuestro jefe de convoy. ¡Precaución inútil!, únicamente el ruido de los motores a marcha lenta turbaba el silencio. Poco a poco, la alegría que había transformado nuestros semblantes se esfumaba.

Una vaga inquietud se apoderó de nosotros. Se elevaron imprecaciones.

—¡Yo creía que estábamos lejos del follón!

—Sí, una mierda... —¿Qué puede ser?

—Partisanos —dijo Halls que ya había participado en una caza del hombre.

Otras muchas suposiciones salieron a relucir.

—De todos modos, no van a ser esos granujas los que nos impidan ir de permiso.

—¿Qué esperan para darnos la orden de ir a romperles la crisma?

Ya cada uno echaba mano al mauser que los permisionarios nunca abandonaban en país conquistado. La idea de que algo o alguien pudiera impedirnos volver a nuestras casas, nos volvía salvajemente agresivos. Estábamos todos dispuestos a pegar tiros bajo aquel hermoso sol, pero era preciso ir hacia el oeste a toda costa. Finalmente, la orden de combate no vino. El *feld* volvió a subir a su coche y el convoy arrancó de nuevo. Nos miramos, perplejos.

Cuando, quinientos metros más lejos, nos cruzamos con un grupo de unos veinte oficiales alemanes, con escopetas de caza al brazo, nos quedamos tan sorprendidos y contentos de habernos equivocado que los aclamamos como si hubieran sido el Führer. Después llegamos a Nedrigailov, Abandonamos el convoy que iba hacia el sur y nos dirigimos a Romny, el paraíso de los gitanos, donde otro convoy se encargaría de llevarnos hacia el oeste. En Nedrigailov, nuestro grupo, engrosado por unos soldados de permiso procedentes de varios puntos, adquirió unas proporciones importantes. Formábamos ya una nube de un millar de hombres. Pero los medios de transporte tenían otra cosa que hacer que

pasear soldados con permiso. Los escasos vehículos que se dirigían a Romny cargaron una veintena de privilegiados y todos los demás siguieron atropellándose frente a una cocina de campaña cuyos calderos no contenían comida más que para alimentar a la cuarta parte de nosotros. Con la tripa casi vacía, tuvimos que decidirnos a hacer a pie los cincuenta kilómetros que nos separaban de Romny. A pesar de la hora tardía, nos pusimos en camino sin haber perdido nada de nuestra alegría. Una veintena de mozalbetes mayores que nosotros pertenecientes a la Gross Deutschland se unieron a nuestro grupo. Entre ellos, siete u ocho SS cantaban hasta desgañitarse. Los otros iban vaciando una botella de licor que volaba de mano en mano. Nuestros compañeros veteranos debían de haber vaciado algunas bodegas. Numerosas botellas formaban parte de sus bagajes.

Instintivamente habían formado una fila de tres en fondo como para subir en línea y, al paso, íbamos reduciendo concienzudamente la distancia que nos separaba de Romny. Caía la noche lentamente sobre el campo de verdes e interminables prados. Nuestros uniformes espléndidamente adaptados a la Naturaleza adquirían, como los camaleones, el matiz del paisaje que nos rodeaba. Calmados nuestros ánimos por el peso de los quince primeros kilómetros, estuvimos en mejores condiciones para contemplar el inmenso panorama ucraniano. La tierra, a vueltas con la germinación primaveral, desprendía un olor sutil y, sin embargo, enorme, y el horizonte se confundía ya con la magnitud desmesurada del vacío celeste que comenzaba a oscurecerse.

El suelo adquirió un tinte más pardo y el uniforme siguió adaptándose milagrosamente al crepúsculo.

Tan sólo el martilleo de nuestros pasos parecía seguir el ritmo del colosal misterio del Universo. Detrás de nosotros, el manto de la noche se iba elevando. Las voces habían callado ante la inmensidad que impone a los hombres sencillos un ineluctable respeto. Una emoción indefinible se apoderó de aquel medio millar de soldados odiados por el mundo. Del mismo modo que a veces se bromea para ocultar la tristeza, unas voces entonaron un canto para no pensar. Creciendo, la canción preferida de la SS se amplificó y se elevó como un himno a la tierra ofrecida a los hombres:

*So weit die braune Heide geht.
Por todas partes se extiende la landa parda.
Gehort das alles mir.
Todo esto me pertenece...*

Después la noche nos envolvió. Una noche que, por primera vez desde hacía meses, parecía por fin no estar hecha más que para velarnos a nosotros. La fatiga nos vencía. Nadie, sin embargo, pensaba en hacer un alto. El camino hacia la madre patria era muy largo y no era cuestión de perder tiempo. Para mí, que tenía que llegar a mi segunda patria, todavía era más largo. Ciertamente que nuestros permisos no entrarían en vigor hasta Poznan, pero la sola idea de volver a casa eliminaba todas las formalidades. Aquella perspectiva me hacía aguantar más fácilmente el doloroso estado de mis pies desnudos dentro de las botas.

Halls, que estaba en el mismo caso, maldecía al almacenero de Aktyrkha que no nos había distribuido calcetines. Al cabo de treinta kilómetros, los pies ensangrentados nos obligaron a reducir la marcha forzada que habíamos efectuado. Por supuesto, los veteranos que se habían unido a nosotros y que, por estar acostumbrados, debían de tener los pies de hierro, nos trataron de quejumbrosos. Sin embargo, se quitaron sus calcetines y nos los ofrecieron para que pudiésemos continuar. Aquello sólo les valió a unos pocos de los nuestros. Teníamos los pies demasiado lastimados y, a pesar de la nueva protección, los cinco kilómetros más que conseguimos recorrer nos causaron dolores demasiado vivos. Dolores acrecentados para mí por el principio de congelación que tuve en un pie aquel invierno. Como el grupo seguía avanzando a pesar de los que gemían y reclamaban un alto, tomamos la iniciativa de proseguir descalzos. Anduvimos, pues, por la hierba húmeda de rocío y, al principio, todo pareció ir mejor. Algunos pensaron en envolverse los pies con la ropa interior nueva que habíamos recibido, pero el temor de una inspección les hizo titubear. Los últimos kilómetros, que hicimos a la pata coja, con el día que había vuelto a despuntar, fueron un calvario. Encima, en el primer puesto de la *Feldgendarmarie* que encontramos en las cercanías de Romny nos obligaron a calzarnos bajo la amenaza de romper nuestros permisos. No

era cosa, según ellos, de entrar como pordioseros en la ciudad. Nos dieron ganas de matarlos. Más lejos, pedimos a un grupo de gitanos que transportasen a los más perjudicados hasta la Kommandantur de Romny. Se guardaron muy bien de negarse.

La enfermería estaba en el mismo edificio que la Kommandantur. Incluso tuvimos que habérnoslas con el kommandant de la plaza, que se indignó ante la idea que se dejase andar sin calcetines a los soldados de la División Gross Deutschland. Dio parte del campamento de Aktyrkha por no haber tomado las disposiciones debidas antes de la incorporación de nuevas tropas. Con aquellas buenas palabras, los que lo desearon fueron remitidos a los cuidados de los sanitarios que nos trajeron grandes palanganas de agua caliente con cloroformo.

Aquel baño produjo un efecto extraordinario. En un abrir y cerrar de ojos, nuestros pies doloridos se calmaron. Nos dieron a cada uno una cajita de hojalata color rojo. No recuerdo ya lo que ponía la tapa, pero se trataba de una pomada con la cual había que untarse los pies antes de ponerse los calcetines. Los que no habían ido a curarse estaban preocupados por la continuación del viaje. En Romny, el ferrocarril Jarkov-Kiev ofrecía muchas posibilidades, pues circulaban trenes diariamente en ambos sentidos. El problema del transporte iba a ser resuelto. Por esto fue enorme nuestra decepción cuando, al volver, los dos *feldwebel* nos notificaron que no habría salida para nosotros antes de dos días. El tráfico estaba reservado enteramente al transporte de lo necesario para el frente y los trenes que iban hacia allá transportaban los envíos urgentes antes que los soldados de permiso. Se elevaron rumores entre los casi quinientos descontentos para quienes cada hora contaba. Se habló de dispersarnos y salir hacia Kiev por nuestros propios medios. Se aprovecharían los convoyes por carretera, se llamaría a los conductores, se subiría a hurtadillas en los trenes que saliesen. ¡Bien habría un medio, qué demonios! Algunos pensaron en robar caballos a los rusos. Incluso se consideró la posibilidad de ir a pie. ¡Doscientos cincuenta kilómetros! Incluso a marchas forzadas, necesitaríamos cinco días. No había caso. Valía más aguardar dos días allí. Unos veteranos vociferaban:

—Os digo que acabaremos por ver anulados los permisos. Hay que irse de aquí. ¿Y quién nos dice que embarcaremos dentro de dos días? Tal vez estaremos aquí todavía dentro de una semana. ¡Mierda! ¡Yo me las piro!

Me dolían todavía demasiado los pies para poder pensar en emprender una marcha, aunque hubiese sido cinco veces menos importante. Los de Halls y de Lensen igualmente. De buen o mal grado, tuvimos que esperar un par de días más sin saber qué hacer ni dónde dormir en Romny. Los malditos policías militares nos perseguían sin tregua, rogándonos violentamente que circulásemos. Era inútil explicarles la situación. Aquellos cernícalos no atendían a razones. Aquellos canallas habían vuelto a encontrar en el paraíso ucraniano para las tropas en reposo toda su exasperante autoridad de los tiempos de paz. Plantarles cara era exponerse a que le rasgasen a uno el permiso ante las narices, como le ocurrió a un pobre diablo de unos cuarenta años. Los señores gendarmes habían jugado al fútbol con su mochila. Furioso, el desventurado hizo observar que acababa de luchar seis meses junto a las tropas del Cáucaso y que consideraba tener derecho a cierta consideración.

—¡Unos vendidos! —escupieron a coro los dos horribles *feldgendarmes*—. ¡Unos vendidos que han huido ante los rusos y han perdido Rostov! ¡Esto es lo que han hecho unos vendidos como tú! ¡Que vuelvan al frente, que no debían haber abandonado nunca!

Y rasgaron su permiso ante los ojos desencajados de estupor del infeliz *feldgrau*. Creímos que iba a llorar de desesperación. Pero se abalanzó sobre los dos miserables y les mandó a rodar al suelo uno encima de otro. Todavía no habíamos salido de nuestra sorpresa cuando se alejaba ya a grandes zancadas. Furiosos, los gendarmes se pusieron en pie jurando hacerle fusilar.

No quisimos más explicaciones y nos largamos rápidamente, antes de que los dos gendarmes descargasen sus subfusiles sobre nosotros. Dos días más tarde, embarcábamos a pesar de todo para Kiev. Nos metieron, por lo demás, entre un rebaño de ganado requisado para el suministro. No importaban las condiciones en que éramos transportados. Cinco horas después, estábamos en Kiev. Kiev, espléndida ciudad algunos meses antes de su destrucción. Allí estábamos salvados. La guerra parecía no existir ya.

La ciudad era hermosa y florida. Las gentes iban tranquilamente a sus ocupaciones. Los blancos tranvías con listas rojas paseaban, a través de la agradable ciudad, multitud de gentes vestidas de vivos colores. En todas partes, militares, en *feldgrauen*, muy limpios, caminaban alegremente al lado de jóvenes ucranianas. Cuando había pasado por aquella ciudad en pleno invierno ya me había parecido bonita. Ahora, aquella impresión se confirmaba.

En Kiev no tuvimos ninguna dificultad en coger un tren que salía para Polonia. Nuestro viaje fue muy pintoresco. Instalados en un tren civil, mezclados con la muchedumbre, trabamos un conocimiento más amplio con el pueblo ruso que en toda la guerra. Durante muchas horas nuestro tren de vagones descabalados circuló por una vía única a través de la extensión pantanosa y desierta del Pripet. Los rusos cantaban y bebían sin cesar, y convidaban a todos los militares presentes. Hubo un alboroto increíble durante todo el viaje. En las pocas estaciones donde parábamos, los viajeros subían y bajaban. Las bromas más extemporáneas eran lanzadas en medio de risotadas. Las mujeres alborotaban más aún que los hombres. Halls se quitó un momento el uniforme para ponerse una *gurbarichka*^[8]. Pasamos de Ucrania a Polonia sin darnos cuenta. Al cabo de dos días de viaje, el tren se detuvo definitivamente en Lublin. Tuvimos que cambiar de vagón después de un control de policía muy severo. Aquellos granujas nos mandaron al campamento de reagrupamiento y exigieron que pasáramos por el barbero del campamento. El miedo de perder el tren para Poznan nos hizo arriesgar una barrabasada. Lensen, Halls y yo logramos escabullimos ante las narices de los *feldgendarmes* sin haber pasado por las manos del barbero. Afortunadamente, por lo demás, pues de lo contrario habríamos perdido aquel tren.

Llegamos en plena noche a Poznan. Allí, el centro de reagrupamiento nos recibió muy bien. Nos dieron un tíquet para presentarnos en la cantina y otro para el dormitorio. Los permisos serían revalidados el día siguiente, pues la oficina abría todos los días de las siete a las once. Nos aconsejaron que nos presentáramos a las seis, pues a veces había cola.

Aquello nos pareció extraño. En realidad, el tipo que llegaba a Poznan a las once y cinco debía esperar a la mañana siguiente para seguir el viaje.

Pienso que aquella decisión obedecía al afán de mantener a los soldados bajo la férula militar incluso en los momentos supuestamente libres.

Mientras el pobre *feldgmuen* se mordía las uñas esperando, una orden de anulación podía reexpedirlo hacia el Este. Por el contrario, para el regreso, la oficina estaba abierta día y noche. Pasamos, pues, lo que restaba de la noche en un confortable dormitorio que recordaba un poco el cuartel de Chemnitz, y el día siguiente, a las seis, estábamos frente a la oficina de permisos, detrás de una veintena de individuos que probablemente habían dormido allí. A las siete, éramos trescientos. Sin darse prisa, aquellos burócratas en uniforme iban comprobando certificados, cartillas, etc. Detrás, nos impacientábamos en silencio. Dos gendarmes, junto a la entrada, estaban dispuestos a anular los permisos de quienes tomaran la iniciativa de protestar. Luego atravesamos un patio en cuyo extremo había un vestíbulo de inspección de vestimenta. Nos dieron la posibilidad de lustrarnos las botas y de cepillarnos el uniforme. ¡Llegamos a preguntarnos si el barro de la estepa rusa había existido! Después, detalle encantador, unas mujeres-soldados nos distribuyeron un paquete de productos escogidos cuyo envoltorio cuajado de cruces gamadas llevaba la inscripción: «Feliz estancia a nuestros soldados de permiso». ¡Dulce y delicada Alemania!

Halls, que se hubiera hecho matar por una sopa espesa, ponía unos ojos asombrados.

—¡Vaya, si hubiésemos tenido esto en Jarkov! —no pudo por menos que exclamar.

¡Y es que estábamos satisfechos!

Ahora ironizo, desde luego, pero en aquella época nos conmovía mucho lo que nos ocurría. Un simple paquete de charcutería, confitura y cigarrillos nos compensaba de las noches incontables pasadas al raso con un frío que hacía estallar las piedras y los millones de pasos por el indescriptible barro del valle del Don. Provistos de aquellos regalos, Halls y yo proseguimos viaje hacia Berlín. Lensen nos había dejado para volver a su Prusia natal. Fue en Berlín donde tomamos nuevamente consciencia de la existencia de la guerra. En la estación de Silesia y en el barrio de Weissensee y de Pankow, numerosas casas derrumbadas señalaban aquí y allá los primeros

síntomas de la desolación. Esto aparte, una vida activa, como pueden tenerla todas las grandes capitales, seguía su curso.

En Berlín, que yo veía por primera vez, el recuerdo de una promesa que le hice a Ernst Neubach me volvió a la mente. Ernst me había hecho prometer que visitaría a su mujer, que vivía con sus padres en el sur de Berlín. Expuse mi propósito a Halls, que me aconsejó que sería mejor ir al regreso. Pero yo me daba perfecta cuenta de que no podría marcharme un día antes de mi casa donde me retendrían hasta el último minuto. Por esto valía más cumplir inmediatamente la promesa hecha a un hombre que había muerto. Halls lo comprendió, aunque insistió en que yo hacía mal. Por su parte, no quería perder un instante y decidió largarse a su casa de Dortmund. Mi gran camarada me hizo prometer, sin embargo, que pasaría por su casa, puesto que no me decidía a ir entonces.

Hube de lamentarlo. ¡Cuánto mejor habría hecho escuchando la voz de la prudencia que hablaba por boca de Halls! El día siguiente mi permiso se acabó ante la ciudad de Magdeburgo, que estaba en llamas.

Me quedé solo, pues, en Berlín, en aquella ciudad que no conocía y con dificultades para expresarme correctamente.

Cargado con mi mochila y mi fusil, que comenzaba a pesarme, me puse en camino para buscar la morada de Neubach. La dirección que mi pobre camarada me había escrito en un trozo de papel todavía era, afortunadamente, legible. ¿Utilizaría el ferrocarril subterráneo o los servicios de autobuses? Como no sabía exactamente adonde dirigirme, decidí finalmente ir a pie a través de la ciudad. Sería la ocasión de conocer un poco Berlín, y la idea de cruzar una ciudad a pie no me asustaba en absoluto, en aquella época; por el contrario, me parecía normal. No obstante, debía procurar no extraviarme, o sencillamente no andar hacia el oeste de la ciudad en lugar de hacia el sur. Vi un rótulo «BERLIN SÜD», y pensé que seguía la dirección buena. Me crucé con dos schupos que, al ver mi espectacular atuendo de permiso ario, me miraron largo rato. Los saludé reglamentariamente —también había que saludar a aquellos imbéciles como a los oficiales del Ejército— y seguí mi camino un poco intranquilo.

La ciudad era muy bonita, seria, limpia y ordenada. Los bombardeos no habían hecho más que comenzar y prácticamente sólo habían destruido los alrededores de las estaciones, por lo menos en Berlín. En aquella imponente ciudad, con sus suntuosas verjas, de un estilo atormentado pero muy bello, que protegían austeras moradas, todo parecía moverse a un ritmo organizado y preciso. Ni grupos ociosos charlando, ni gentes sacando a mear a sus chuchos. Mujeres, hombres, niños, bicicletas y coches parecían dirigirse hacia una meta segura a una cadencia regular, muy diferente de la precipitación de París, por ejemplo. Aquel ritmo parecía consciente, afianzado y en ningún momento hacía pensar en un despilfarro de energía. Correr o pasear seguramente habría parecido insólito en aquella ciudad, hasta el punto que me pareció marchar al paso con ella. Mis piernas se oponían instintivamente aquella sorda e ineluctable cadencia.

Pararse sin motivo parecía extraño. La enorme máquina que el régimen había puesto en marcha para las necesidades de la causa funcionaba perfectamente, y esto se notaba hasta en el pequeño trote de la anciana que caminaba delante de mí y a la que me decidí a pedirle que me informase. Con su pelo blanco bien peinado, impecable como la calle, las verjas y los bordillos de las aceras, pareció salir de un sueño cuando mis palabras le llegaron al oído.

—Por favor, señora —dije cohibido, como quien se ve obligado a hacer una pregunta en la sala de un espectáculo que ya ha empezado—, ¿podría usted indicarme el camino? Voy a esta dirección.

Le enseñé el papel, que me pareció entonces acabado de sacar de un cubo de basura.

La buena anciana sonrió como si hubiese visto un ángel.

—Está muy lejos, hijo mío —dijo con una voz tan dulce que todos los recuerdos de infancia resurgieron bruscamente en mí—. Está muy lejos. Tiene usted que dirigirse hacia el aeropuerto de Tempelhof. Queda muy lejos.

—No importa, señora —contesté por toda respuesta inteligente—. Debería usted tomar un vehículo de transporte. Esto le ahorraría fatiga.

—No importa —repetí como alelado.

En realidad, no se me ocurría otra cosa. La dulzura de aquella buena anciana, después de tantas regañinas y de tantos infortunios, me conmovía más que todos los muertos de Utcheni.

—No importa, señora... Soy de Infantería —logré decir sonriendo.

—Sí, ya sé —repuso ella, enternecida—. Debe de estar usted acostumbrado a andar. Venga, lo acompañaré hasta el Schloss von Kaiser Wilhelm. Allí le explicaré el camino...

Se puso a andar a mi lado. Como yo no encontraba nada que decirle, fue ella quien inició la conversación.

—¿De dónde viene usted, hijo mío?

—De Rusia, señora. —Es grande Rusia. ¿De qué sitio?

—Sí, es muy grande Rusia, señora. Vengo del sector de Jarkov, señora.

—¿De Jarkov! —exclamó pronunciando el nombre a la alemana—. Ya sé. Es una ciudad muy grande, ¿verdad?

Para la buena señora, Jarkov no representaba evidentemente más que un nombre.

—Sí, señora, es una ciudad muy grande.

Para mí, que había visto Jarkov, era la palabra ciudad lo que perdía importancia. Jarkov, si había sido una gran ciudad, era a mis ojos un gran montón de escombros rematado por una nube de polvo, de humo y de fuego. Era también unos gritos que no pueden ser oídos en una ciudad. Era un largo pasillo lleno de cadáveres rígidos que habíamos tenido que sacar. Era asimismo tres bolcheviques atados a una verja con el vientre abierto.

—Mi hijo está en Briansk —añadió la anciana que, por lo visto, quería tener noticias del frente.

—Briansk —dije, pensativo—. Creo que está en el sector centro. No lo conozco.

—Él me dice que todo va bien. Es teniente primero de carros blindados.

¡Un teniente! «¡Mierda! —pensé—. ¡Un oficial!»». Yo, que era soldado raso, tenía un aire fino.

—¿Ha sido duro en vuestro sector?

—Ha sido duro, señora, pero ya va mejor. Estoy de permiso —dije sonriendo.

—Me alegro mucho por usted, hijo mío —repuso ella con acento sincero—. ¿Y va usted a ver a su familia, en Berlín?

—No, señora. Voy a ver a los padres de un amigo.

Un amigo. ¡Ernst! ¡Un muerto...! ¿Por qué amigo caminaba así? La anciana empezaba a darme la lata.

—Un camarada de regimiento, ¿eh? —prosiguió, contenta de mi permiso.

Me dieron ganas de mandarla a la porra. Como no contesté, se puso a hablar de otra cosa.

—¿De dónde son sus padres? —preguntó, curiosa.

—De Wissembourg, Alsacia. Me miró asombrada.

—Es usted alsaciano, hijo mío. Conozco bien ese país. Tuve ganas de contestarle que ella lo conocía seguramente mejor que yo.

—Sí, soy alsaciano —dije para estar tranquilo.

La viejecita me habló de un viaje que había hecho a Estrasburgo. Yo ya no la escuchaba. Me había irritado al recordarme a Neubach. Tenía otra cosa que hacer que oír el viaje organizado de aquella anciana. Hacía buen tiempo, estaba de permiso, necesitaba ver cosas alegres. Al recordármelo, la idea de la actitud que debería adoptar cuando llegase a casa de los Neubach me dejó perplejo. Aquellos padres acababan de perder un hijo y sin duda eran presa del más profundo dolor. Además, tal vez todavía no lo sabían... ¡Maldita sea! Si era así, ¿cómo se lo diría?

No, visitaría a los padres de mi amigo al regreso. Entretanto, probablemente se enterarían. Halls tenía razón. Debí haberlo seguido. Él, Dios mío, ¡todavía estaba vivo!

La buena viejecita y yo desembocamos en una gran encrucijada que daba a un puente que cruzaba un río. ¡Tal vez era un gran río! Sé que en París discurre el Sena, ignoro si en Berlín se trata del Elba o del Oder. A mi derecha, un enorme conjunto de edificaciones. Es el Schloss von Kaiser Wilhelm. Enfrente, al otro lado de la avenida se yergue, impresionante, el muro de los héroes de la guerra del 14-18. Increíble de grandiosidad: mil doscientos cascos de la otra guerra, empotrados en el atrio, dan una idea del sacrificio. Al pie del monumento, en una explanada de cemento, dos centinelas de la guardia de Hitler marchan sin cesar con un paso igual y

lento que simboliza extrañamente la marcha hacia la eternidad. Con una regularidad como para desconcertar a un maestro relojero, los dos hombres, en un media vuelta impecable e increíblemente sincronizada, se encaran a treinta metros uno de otro, reanudan su marcha formidable, se cruzan y vuelven a empezar. Este espectáculo me oprime un poco.

—Ya hemos llegado, hijo mío —indica la señora—. Cruce usted el puente y siga por esa avenida.

Me muestra con el dedo el conjunto pétreo y enorme de la ciudad donde debo buscar.

Ya no la escucho. Sé que no iré a casa de los Neubach y que sus explicaciones son superfluas. Sin embargo, le doy las gracias y le estrecho jovialmente la mano. Ella se aleja repitiendo sus buenos deseos. No puedo menos que sonreír. Cuando ha desaparecido, echo a andar con furia para recuperar el tiempo perdido y encontrar rápidamente la estación del Oeste.

Camino como un poseso por el muelle que bordea el río. Una música militar invade súbitamente la atmósfera. Desembocando de un alto portal, una tropa reluciente como para asquear a todo el servicio sanitario, tuerce en la calle y se dirige hacia el puente. Afortunadamente, no he olvidado las lecciones de Bialystok. En una posición de firmes impecable, presento armas a la tropa indiferente. Una hora y media más tarde, a fuerza de preguntar, llego a la estación donde debo encontrar un tren que me llevará a Francia. En el andén, verde de soldados, busco con angustia a mi amigo Halls, que no puede coger más que este tren. Dispongo de muy pocos minutos y no consigo encontrarlo. ¡Mala suerte! Subo a un vagón. Mientras respiro un poco después de tantas prisas, la capital alemana se va esfumando al ritmo lento del convoy lleno. Nada que ver con el tren de Rusia. Aquí, hasta los soldados tienen una expresión seria, de acuerdo con la vida civilizada y organizada de todos los grandes países europeos. El contraste es tan grande que me pregunto si lo que he conocido en Rusia no era más que un mal sueño.

Cae la noche, el tren rueda. Hace tres horas que andamos y durante todo este tiempo tengo la impresión que el tren circula por una ciudad. No se ve campo, sino solamente edificios. Bruscamente, el tren se detiene. Sin embargo, ninguna estación justifica el alto. Todos nos asomamos para ver

qué pasa. Es de noche, pero a lo lejos, un resplandor rojo enciende el cielo. Se oye un estruendo sordo, cortado por fuertes detonaciones. Encima de nosotros, el ronquido de una masa aérea hace vibrar las ventanillas del vagón.

—Parece que hay jaleo sobre Magdeburgo —me dice un *feldgrau* que se ha colado junto a mí en el marco de la ventanilla.

—¿Qué jaleo? —pregunto sorprendido. Me mira, desconcertado.

—Esos asquerosos de yanquis, caramba —exclama mirándome fijamente. No se está mucho más tranquilo aquí que en el frente.

No puedo apartar la mirada de Magdeburgo en llamas. Creía haber dejado la guerra atrás, lejos. Un cuarto de hora después, el tren, que había reanudado su lenta marcha, vuelve a detenerse. Unos militares corren por el balasto y piden a todo el mundo que se apee. Circula el rumor de que la vía está cortada. Los militares de servicio o con permiso deben ponerse a disposición de los equipos de desescombro. Así, con mi bonito uniforme nuevo y mi paquete «feliz estancia», sigo los pasos de un centenar de *feldgrauen* resignados.

Después de media hora de marcha, nos encontramos quitando vigas y ladrillos, cegados por la humareda acre de múltiples incendios. Las explosiones retardadas siguen pulverizando lo que queda de una población burguesa. Grupos de paisanos llorosos son enrolados a gritos para el desescombro. Todo el mundo se ajetea. Es de noche, y únicamente los incendios nos alumbran. Entre los montones de piedras, maderos, vidrios, muebles, brazos y piernas, unas tuberías del gas arrancadas arden rugiendo como sopletes.

Un equipo de reservistas nos distribuye picos. Para estar más cómodos nos hemos desembarazado de la impedimenta que apilamos al lado de un coche de bomberos. A toda prisa hay que excavar las ruinas. Los gemidos de los paisanos bloqueados en los sótanos llegan hasta nosotros. Mujeres y niños asustados transportan llorando ladrillos, piedras y despejan así grandes espacios. Las órdenes se suceden, se entrecruzan. «¡Por aquí! ¡Aquí!». «¡Vamos, gente aquí!». «¡Pronto! Las cañerías del agua reventadas inundan los sótanos. ¡Pronto!». A los militares nos mandan a los lugares más peligrosos, amenazados de derrumbamientos. Por unos pozos de

profundidad llegamos a los sótanos. Atacamos con ardor una pared de ladrillos que debe tapar el acceso a un subterráneo del que ascienden prolongados quejidos. Ayudados por la débil luz de una o dos lámparas de bolsillo, avanzamos a través aquel fárrago. Mi pico se hunde en algo blando. Probablemente el vientre de un infeliz aplastado bajo toneladas de ruinas. ¡Y yo estoy con permiso! ¡Esto me retrasa, Dios mío! Un sordo estampido hace retremblar el sótano donde nos encontramos. Otro de esos ingeniosos torpedos americanos que estallan retardados. Nuestros esfuerzos son recompensados, de todos modos. La última pared de ladrillos cae bajo nuestros golpes repetidos. Del agujero negro abierto, por el que se escapa una polvareda inverosímil, surge una cohorte de gentes extraviadas y ennegrecidas. Unos nos abrazan llorando de gratitud, otros huyen como locos. Todos están más o menos heridos o lastimados. Tenemos que meternos tosiendo en el agujero para sacar a las mujeres petrificadas que estrechan, hasta asfixiarlos, a sus niños en brazos.

Recojo el primer niño que encuentro. Un chiquillo de cinco o seis años que se agarra a mi pantalón hasta el punto de sacármelo de la bota y me arrastra llorando tanto que la recuperación de su aliento, entre dos sollozos, dura el tiempo de un silencio desmesurado. Me lleva a un rincón donde una estantería aplastada sostiene la base de la bóveda a punto de ceder. Al pie, mezclada con el fárrago, yace una forma humana, indistinta. El chiquillo sigue llorando con una congoja sin remedio. Me pongo a vociferar:

—*Licht aus! Schnell...!*

Alguien se acerca con una vela. Veo entonces el cuerpo de una mujer aplastado por los hierros retorcidos de la estantería hundida por treinta o cuarenta toneladas de mampostería desmoronada. El cadáver de un niño está medio empotrado debajo de aquel montón de chatarra. Tirando de los harapos húmedos y polvorientos de la muerta, arranco brutalmente, como si se tratase de una piedra entre muchas, el cuerpo inerte del chiquillo. No tan inerte, pues parece moverse. A toda prisa, cargado con los dos niños, llego a la entrada del sótano. Dejo el que se mantiene en silencio en brazos de los socorristas y me llevo el del rostro bañado en lágrimas un poco más lejos, donde lo abandono. ¡Qué se espabile, Dios mío! En Alemania hay que aprender a vivir muy pronto. Ya nos requieren otras tareas.

De nuevo aúllan las sirenas. Fieles a sus buenas costumbres, los angloamericanos acaban de servir la segunda ración para estar seguros de que no tendremos tiempo de socorrer a las víctimas de la primera. Los silbatos de los jefes de equipo tocan frenéticamente a retreta.

—¡Todos a los refugios! —se vocifera a nuestro alrededor.

¿Qué refugios? A cuatrocientos metros a la redonda no podría distinguirse un hotel de una pila de carbón. Los habitantes del barrio corren en direcciones que creen buenas. Niños extraviados lanzan gritos penetrantes. Arriba, el siniestro rugido de los tetramotores aumenta. Corro a mi vez y sé lo que busco. Ahí está. El coche de los bomberos ha desaparecido, pero el montón de bultos sigue allí. Los soldados los revuelven, cogen uno y escapan. Aquí está el mío. Lo reconozco por la pequeña flor de edelweiss metálica que cosí en el pedazo de piel de ternero que sirve de almohada. Lo recojo todo, incluso el fusil,... ¡Mierda, mi paquete!

—¡Eh! ¡Vosotros, mi paquete!

A través del tumulto, alguien me tira un paquete. Todo el mundo se larga.

—¡Eh, no es este! ¡Esperad! ¡Mierda de mierda! Al otro extremo de la ciudad, el granizo empieza a caer. ¡Mierda de mierda! ¡Mierda de mierda!

Atravieso en tromba un espacio libre donde un cacharro con tanta prisa como yo me esquivo. El alquitrán de la calle parece moverse. El ruido de millares de cristales haciéndose añicos a la vez aporta una nota argentina al enorme choque provocado por la explosión de los torpedos de cuatro o cinco kilos.

Cada vez hay menos gente fuera. Únicamente algunos inadaptados como yo corren todavía en busca de un refugio. Con intermitencias, blancos resplandores ofrecen a mis ojos doloridos por el polvo arremolinado las siluetas de las casas que bordean una calle.

Ah, aquí, sí... Un cartel blanco con letras negras... «Refugio treinta personas». No importa que haya cien o más. Bajo la escalera de caracol que serpentea por entre los dos únicos muros intactos del edificio en el que acabo de precipitarme.

Una vuelta, dos vueltas y una linterna sorda colgada de la pared por una mano bondadosa ilumina el laberinto. ¡Algo corta el camino! ¡Un gran cilindro gris más alto que yo! ¡Taponar el paso! Intento pasar por entre aquel objeto y el muro. Pero, al mirarlo mejor, hago un descubrimiento que me paraliza... Es una bomba, una bomba enorme cuyas aletas destrozadas prueban que acaba de atravesar todo el edificio de arriba abajo. Una bomba de cuatro toneladas por lo menos que sin duda estallará de un momento a otro. *Zurück bleiben!* Doy media vuelta y subo de dos en dos los peldaños que me hacen pasar de un tormento al otro. Empapado en sudor, surjo del refugio y me hundo en la noche oscura alumbrada violentamente, con intermitencias, como por un gigantesco anuncio de neón. Finalmente, sin resuello, me desplomo junto a un banco en una plazoleta donde espero lo menos veinte minutos que las sirenas anuncien el fin de la alarma. Al volver la calma, reanudo los trabajos, de desescombros que terminan, para mí al menos, al final de la mañana. Entonces es cuando me entero de la más deprimente de las noticias.

Después de aquella noche espantosa, me disponía a proseguir mi camino. Dos días de permiso habían sido malgastados y no podía perder un segundo. Me dirigí, pues, a un reservista para preguntarle dónde podría encontrar un medio de transporte para Kassel y Frankfurt. El tipo me pidió el permiso y, una vez leído, me rogó que le siguiera. Me llevó hasta un puesto de gendarmería militar donde vi desaparecer mi certificado de mano en mano. Sin embargo, a través de las ventanillas de cristales, yo no le quitaba ojo. Vi que estampaban varios sellos en el documento que llevaba conmigo desde Aktyrkha. Luego me fue devuelto. Un gendarme, con tono administrativo, me notificó que no podía rebasar el sector de Magdeburgo. Habida cuenta de la situación de mi cuerpo de Ejército, había llegado al extremo límite de mi alejamiento.

Me sentí completamente abrumado. Mi mirada corrió de un gendarme al otro. Ningún sonido salía de mi boca. Mi desengaño era tan grande que la sorpresa que había experimentado lo hacía momentáneamente insensible.

—Sí, comprendemos su decepción —dijo, de todos modos, uno de ellos que se dio cuenta de mi emoción—. Usted será bien recibido en el centro de acogida de la ciudad.

Sin decir palabra, con unas ganas enormes de llorar, recogí el documento que el gendarme, cansado de tendérmelo, había dejado sobre la repisa, y me fui hacia la puerta.

En la calle donde el sol seguía brillando, continué, con los ojos abiertos sobre mi decepción. Me crucé con gentes cuyas miradas sentí caer sobre mí como sobre un borracho. De pronto, sentí vergüenza. Temblando de desamparo, me puse a buscar un sitio donde ocultar mi tristeza. Un poco más lejos, las ruinas de un edificio destruido me brindaron asilo. Me refugié en el rincón más escondido y me derrumbé sobre una piedra. Miré el trozo de papel blanco maculado de timbres con mis ojos empañados. Entonces rompí a llorar como un niño. Un rumor me hizo levantar la cabeza. Alguien me había visto entrar en las ruinas y me había seguido, pensando, sin duda, que era un saqueador. Cuando el hombre vio que lloraba, continuó, tranquilizado, su camino. Afortunadamente, en aquella época se daba menos importancia a las lágrimas del prójimo que a unos cuantos cupones de racionamiento. Tuve, pues, por lo menos la suerte de estar a solas con mi pesadumbre.

Por la noche, cogí de nuevo el tren para Berlín, decidido por la fuerza de las cosas a ponerme en contacto con la familia Neubach. No sabía la dirección de mi familia alemana que, sin embargo, vivía cerca de Berlín en aquella época. No me quedaba, pues, más que el centro de acogida, o los Neubach. Durante todo el trayecto fui rumiando mi decepción. Había esperado mucho aquel permiso, y lo había merecido, además. Había ingresado en Infantería para obtenerlo y ahora me encontraba con que era un pedazo de papel inútil en un mundo lleno de preocupaciones. No me quedaba siquiera el famoso paquete que me habían quitado en aquella maldita ciudad de Magdeburgo. El que me dieron en su lugar contenía la ropa sucia de un *feldgrau*. Me iba a presentar, pues, con las manos vacías en la casa de unas personas que no conocía. La pequeña cantidad de dinero que poseía no me permitía hacerles ningún regalo.

Llegué a Berlín aquella misma noche, al centro de acogida, donde, de todos modos, me alegré mucho de encontrar una escudilla y una cama. Hice, además, y por consejo de un soldado mayor nuevo, una declaración de lo que me ocurría a un suboficial que estaba en recepción. Este, bastante

simpático, tomó nota de mi caso y me rogó que volviera veinticuatro horas después.

El día siguiente, a primera hora, me puse a la búsqueda de la casa de Neubach. Tras largo rato de indicaciones y de deducciones, me encontré delante del número 112 de la Killeringstrasse. Era una casa de tres pisos, muy sencilla, con un pequeño sendero de gravilla cerrado por una verja baja. Una muchacha, que parecía de mi edad, se apoyaba en el quicio de la puerta. Después de una breve vacilación, me acerqué a ella y volví a preguntar si vivían allí los Neubach.

—Aquí es, en efecto, señor —dijo la chica muy sonriente.

—Viven en el primer piso. Pero a estas horas, los dos están en su trabajo.

—Gracias, señorita. ¿Sabe usted cuándo podré verlos?

—Sin duda esta tarde, a partir de las siete.

—¡Ah, bueno! —exclamé pensando ya en las horas que tendría que estar esperando.

Di las gracias y desanduve lentamente lo andado.

¿Qué iba a hacer durante todo aquel tiempo? Mientras cerraba la pequeña verja, di las gracias una última vez a la muchacha, que esbozó un gesto de adiós. ¿Qué estaría esperando? Desde luego, no esperaba a los Neubach.

Había dado ya unos cuantos pasos por la Killeringstrasse cuando se me ocurrió la idea que al menos debía haber hablado más extensamente con ella. Después de unos titubeos, di media vuelta esperando que ella no se hubiera ido. Aunque solamente fuesen unos minutos ganados a la interminable jornada que debía esperar, valía la pena intentarlo. A menos que se riese francamente en mis narices, estaba dispuesto a soportar todos los sarcasmos. Pronto estuve de nuevo ante el 112. Ella seguía aún allí.

—¿Cree usted que ya han vuelto? —dijo, risueña.

Me pareció muy bien que hubiese tenido la idea de ser la primera en hablar.

—No, por cierto, pero estoy tan perdido en esta ciudad que prefiero esperar aquí a tener que andar otra vez muchas horas.

—¡Va usted a esperar aquí todo ese tiempo! —exclamó ella realmente asombrada.

—Me temo que sí.

—Pero tiene usted que ver Berlín... Es muy interesante.

—Pienso como usted, pero ando perdido por aquí y corro el riesgo de dar vueltas sin ver nada. Además, ayer tuve una decepción tan grande que no tengo todavía sanas de retozar por ahí.

—¿Está usted de permiso?

—Sí, y todavía me quedan doce días. No tengo derecho a rebasar el sector de Berlín.

—¿Está usted en el Frente del Este?

—¡Sí!

—Habrá sido usted desgraciado, se nota.

La miré desconcertado. Me daba perfectamente cuenta de que tenía aspecto de enterrador, pero me dolió que una chica a cuyo lado yo quería presumir me lo hiciera observar.

Después me habló de los vecinos del tercer piso, pero yo no oía ya nada, dominado por una idea fija. Sí ella me encontraba aspecto de enterrador, la pequeña conversación que me devolvía un poco a la vida normal iba a terminar de un momento a otro. Aquello me causó pavor. Hubiera hecho cualquier cosa para que aquel momento durase mucho.

Intenté estúpidamente cambiar de actitud y de aspecto a fuerza de sonrisas, muecas y mohines. Ingenuamente me esforcé en hacerme agradable. Después, torpemente, le pregunté si conocía la ciudad.

—¡Oh, sí! —exclamó sin darse cuenta de mi trampa—. Estaba en Berlín mucho antes de declararse la guerra.

Después me contó una infinidad de historias. Estudiaba parte del día y durante ocho horas era socorrista. Estudiaba para maestra. Seguí escuchando sólo a medias. El placer solamente de oír cualquier cosa que pudiese contarme la muchacha me acunaba tiernamente. Contento de aquella charla femenina, seguí esforzándome en parecer atractivo. Cuando ella hubo agotado el tema, planteé la cuestión de confianza como un *feldwebel*:

—Puesto que no empiece su labor de socorrista hasta las cinco, ¿no podría enseñarme un poco Berlín, por favor? Desde luego, si no tiene otro quehacer...

Se ruborizó un poco.

—Con mucho gusto —dijo bajando los ojos—. Pero antes tengo que ver a la señora... (No me acuerdo ya del nombre).

—¡Oh, yo tengo tiempo de sobra! Dispongo de doce días.

Aquello la hizo reír. «Buena señal», pensé.

Charlamos lo menos una hora más antes de que llegase la señora en cuestión. Me vi obligado a hablar de la guerra, yo que hacía lo imposible por pensar en otra cosa. Le eché teatro, por supuesto. Conté hechos audaces que no había llevado a cabo. De todos modos, hablar a la chica de la mierda de la estepa sin duda no le hubiese interesado. Además, yo tenía miedo de expresar demasiado bien nuestras desdichas. Tenía miedo de que, a través de mis explicaciones, ella sintiese conmigo el olor insípido a barro y a sangre. Tenía miedo de que, a través de mí, entreviese el inmenso horizonte gris que todavía se reflejaba en mi mirada. Tenía miedo de que se asustara y sintiera asco y que me guardase rencor por ello. Bordé e inventé, sobre la marcha, hazañas como las que pueden hallarse en las películas americanas. Así conseguí mantener su alegría, arrancarle exclamaciones de sorpresa y carcajadas. Así nuestro dúo, que tanto me importaba, pudo continuar.

Por fin llegó la señora... Nos miró primero severamente. Paula, que así se llamaba la joven, me presentó como amigo de los Neubach.

—A decir verdad, señora, yo era camarada de Ernst, que me rogó que visitara a sus padres.

—Lo comprendo, joven. Entre en mi casa, estará usted mejor para esperarlos. Esos pobres Neubach dan pruebas de un valor insensato. ¡Perder dos hijos a diez días de intervalo, es en verdad demasiado espantoso! ¡Dios mío, que se acabe esta guerra antes de que le ocurra una desgracia a uno de los míos!

¡Entonces, los Neubach lo sabían! No solamente habían perdido a Ernst, sino también otro hijo...! Yo no sabía que Ernst tuviese un hermano. De golpe, todo me volvió a la mente, Ernst, el Don, el *Tatm*... «¡Ernst! ¡Te salvaré, no llores, Ernst!». Solamente la visión de Paula me arrancó a

aquellos espantosos recuerdos. No debía recordar. No. Paula estaba allí, sonriente. ¡No! Solamente existía Paula... Olvido, olvido, olvido... ¡Qué duro es!

—Se quedará usted en mi casa o en la de los Neubach, como guste, querido señor —dijo la bondadosa dama a los diecisiete años que representaba el «querido señor».

Y mirándome fijamente me preguntó:

—¿Cómo murió Ernst?

—Permítame que no hable de ello —dije bajando la cabeza.

Pero de nada valía bajar la cabeza. Mis ojos se posaron en mis botas, aquellas que habían empujado la tierra sobre la tumba de Ernst Neubach. Todo me recordaría a cada instante el drama, todo excepto Paula y su sonrisa.

—Invente algo sobre el fin de su infeliz camarada —dijo la buena señora—. No les cuente a esos pobres padres todo el horror que adivino en su silencio.

—Cuenta conmigo, señora, he aprendido ya a inventar.

La señora cambió de conversación, visiblemente apenada, a tiempo y nos sirvió a Paula y a mí un gran bol de cacao con leche. Después habló con Paula. En realidad, la chica ayudaba a la señora en labores de costura.

—Espero, Paula, que harás compañía a nuestro amigo Sajer y que le harás ver Unter den Linden y la Siegesallee. Este joven necesita distracción y tienes que distraerlo, Paula.

De buena gana hubiera abrazado a la buena mujer.

—Pero, señora, tenemos que terminar esto y...

—Bueno, vas a hacer que visite nuestra capital, no hay nada más urgente.

Di las gracias calurosamente a la señora. Pero ¿estaría contenta, al menos, Paula de quedar libre? ¡Qué más daba! Yo me sentía demasiado feliz para analizar.

Salimos, pues, de paseo con la promesa de estar de vuelta para la comida. Caminaba al lado de Paula, mudo de contento. De vez en cuando, ella trataba de seguir mi paso, es decir, al paso militar. Imitaba el paso de la oca, sin duda para burlarse de mí, pero nada podía empañar mi dicha. Sólo

sabía reír sin contestar. En una pequeña tienda pintada de rojo vendían pescado frito. Se me ocurrió la idea de ofrecerle una ración a Paula. Personalmente, yo era más sensible a las cosas serias como la comida que a los ramilletes delicadamente ofrecidos. Paula me siguió, siempre deliciosa y sonriente. El vendedor preparaba ya dos raciones sobre dos rebanadas de pan moreno untado, sin duda, con algún sucedáneo cuando nos pidió los cupones de racionamiento.

—¿Cupones? No tengo cupones... Estoy de permiso.

—Todas las familias con soldados de permiso pueden conseguir cupones en la oficina del *bürgermeister* para la estancia de los suyos. Conozco el truco. Hay quien coge cupones por los muertos —dijo aquel tipo grosero para quien nuestra alegría no había resultado comunicativa.

Por mi parte me habría comido de buena gana el pescado sin pan, pero delante de Paula no me atreví.

—Estoy de paso —dije sonriente intentando granjearme la simpatía del comerciante.

No hubo nada que hacer. Paula se reía a carcajadas. Tuve la sensación de estar haciendo el ridículo.

—*J'aurai tapeau, vermine* —murmuré en francés.

El otro no me entendió y siguió ocupándose de sus fogones. Sin fritura continuamos nuestro paseo. La comida en casa de la señora vino a colmar mi dicha. A pesar de las serias restricciones, la bondadosa dama logró preparar unos platos muy apetitosos. No sé si fue la falta de costumbre a los licores deliciosos con que me obsequió mi anfitriona, el caso es que me levanté de la mesa con una excitación poco común. A voz en grito entoné unas canciones que mis dos compañeras no podían en absoluto cantar conmigo. Después, al darme cuenta de mis berridos, me excusé atropelladamente e inicié otro estribillo igualmente ruidoso.

La buena señora parecía divertida, pero no muy tranquila. Paula se retorció de risa y me miraba como si yo fuese un polichinela. La señora se daba cuenta de mi borrachera y temiendo por su vajilla sugirió a Paula que me llevase a tomar el aire. La joven me arrastró hacia la calle, no muy contenta de salir con un *feldgrau* dispuesto a las peores barbaridades.

En la escalera, vencida súbitamente mi timidez por un descaro fenomenal, agarré a Paula del talle y me puse a remedar un baile al son de mis pesadas botas claveteadas. La joven frunció el entrecejo y se desasíó bruscamente haciéndome tambalear.

—¡Estése quieto o no le acompaño! —precisó.

De repente me despejé. El solo hecho que la sonrisa de Paula hubiese desaparecido, me consternó. Entre su mirada endurecida y la mía momentáneamente trastornada por un buen yantar parecía haberse elevado una bruma, una bruma como la que un día se había cernido sobre el Don. Tuve bruscamente la impresión de estar en un hoyo del frente y de volver a ver en sueños lo que durante algunas horas había sido una luz para mi juventud. Un gran escalofrío me recorrió: por mi estupidez de unos segundos, tal vez había perdido a Paula.

—¡Paula! —grité como un desesperado.

Me quedé clavado en los peldaños. Paula estaba ya al final de la escalera, en el portal inundado de sol.

—Está bien, venga —dijo, encolerizada aún—, pero pórtese bien. Aturdido, sentí que recobraba mi felicidad empañada.

—¿Qué quiere usted ver?

—No sé, Paula, lo que usted quiera.

—Pero si yo no sé lo que quiere usted ver... El pánico se apoderó de mí. Visiblemente, Paula estaba exasperada de llevar agarrado a sus faldones un *feldgrau* borracho.

Tendré que llegar a oficial, pensé en mi zozobra. Paula me intimaba a tomar una decisión sobre lo que yo no conocía. En mi cabeza se mezclaban las órdenes de los suboficiales con la voz irritada de Paula, y me instaban a ejecutar lo que no tenía ninguna posibilidad de lograr. «¡Soldado, póngase al volante del *Tatra*!». «Vamos, decídase... ¿Dónde quiere ir?». «¡Contacto, atención a la cadena!». «¡Lleve usted el uniforme manchado, ponga más cuidado! ¡Contacto!». «¿Se decide o qué...?». «Sí, *Herr Leutnant*, jawohl!». «¡Sí, Paula, conforme!».

De pronto, me tiró de una manga y me sacó de mi letargo. Alcé hacia ella unos ojos sin duda tan tristes que sus labios se redondearon como para un «¡Oh!» de sorpresa.

—De todos modos, vamos hasta la plaza —dijo—. Luego decidiremos.

Me cogió del brazo. Me dejó llevar sabiendo que si un oficial o un *feldgendarme* se cruzaba con nosotros, terminaría mi permiso en un Arbeitslager por haberme dejado coger del brazo en plena calle. Más lejos, se lo hice observar a Paula:

—¡Oh, no se preocupe! —repuso—. Yo no estoy mareada, los veré venir de lejos.

Finalmente, como me quedé casi mudo, Paula tomó la iniciativa y me paseó por mil sitios que recorrí sin verlos. No conseguía salir de mi tormento. Seguía persuadido de que la muchacha únicamente cumplía con su deber paseándome de aquella manera, nada más. Me hubiese gustado que estuviese tan contenta como yo por ello. No era posible. Paula no tenía motivo alguno de hacerme concesiones. No había ningún motivo para que yo no me portara bien o gesticulase torpemente en la calle limpia y organizada. No había ningún motivo para que ella se aviniese a pagar su tributo de paciencia a un pobre imbécil de *gefreiter* porque él había chapoteado unos meses en la nieve y el terror. No había ningún motivo, sobre todo porque las gentes tranquilas ignoran que las que no están acostumbradas a la felicidad chillan hasta desgañitarse ante una alegría que no pueden reprimir. A mí me tocaba comprender. A mí me tocaba no molestar a nadie, quedarme en una sonrisa suave, ni demasiado ancha ni demasiado crispada. So pena de pasar por un exaltado o un personaje muy antipático, como tan a menudo lo he experimentado en Francia después de la guerra, a mí me correspondía hacer el esfuerzo, improvisar, no molestar a la gente con mis relatos sin interés de la guerra —con frecuencia he tenido ganas de aplastar a los que me acusaban de mentir, pues resulta fácil matar, sobre todo cuando no se tiene demasiado apego a la existencia—, a mí me tocaba, estúpido *gefreiter*, que me había equivocado de Ejército, a mí, imbécil *gefreiter*, me tocaba aprender a vivir, puesto que no había sabido morir. Y tú, Paula, ¿por qué me haces notar esta mancha en mi guerrera? ¿Por qué? ¿Por qué una simple mancha puede borrar tu sonrisa? ¿Por qué? ¿Por qué me gusta aún tu sonrisa, yo que ya he visto un océano de manchas inmundas? Esta noche, los Neubach quizá se reirán, Paula, y yo, Paula, intentaré reír como tú.

A las cinco, Paula me dejó cerca del Oder Brücke. Me hizo numerosas recomendaciones sobre el camino que debía tomar para llegar a la Killeringstrasse. Me estrechó la mano largo rato y tuvo una sonrisa de compasión. Yo sonreí como si fuera feliz.

—Esta noche pasaré un momento por casa de los Neubach —dijo ella—. De todos modos, mañana nos veremos. Buenas tardes.

—*Gute Nacht, Paula.*

Por la noche, vi a los Neubach. Reconocí en los rasgos de la señora Neubach los de Ernst. Aquellos desventurados no se entretuvieron en la doble desgracia que, en diez días, había aniquilado todas sus esperanzas. Para ellos, la Europa del mañana carecía ya de sentido, puesto que los que hubieran debido conocerla habían desaparecido. Pese a la insuperable tristeza que no podían disimular, los esposos Neubach fueron heroicos y trataron de celebrar mi visita. La buena señora que tan amablemente me hizo emborracharme a mediodía, se había reunido con nosotros. A eso de las once, Paula, en el transcurso de una ronda de servicio, entró a vernos. Nuestras miradas se cruzaron y a Paula le pareció gracioso explicar el altercado que tuvimos aquella tarde.

—¿Saben ustedes, me he visto obligada a sermonear a nuestro permisionario esta tarde? Bailaba y brincaba en plena calle.

Aceché las expresiones de todos los rostros, no sabiendo si me ganaría una regañina o si todos se echarían a reír. Afortunadamente, pude reírme con los comensales.

—Esto no está bien, Paula —dijo la cara, la dulce, la perfecta buena señora del tercer piso—, tienes que hacerte perdonar.

En medio de las risas, Paula, ruborizada y sonriente, dio la vuelta a la mesa y puso un beso en mi frente angustiada. Igual que un condenado a muerte en la silla eléctrica, recibí los labios de la muchacha como María la Anunciación. Absolutamente sin ninguna reacción, me sentí enrojecer. Ante mi emoción, todos los circunstantes exclamaron:

—¡Todo queda perdonado!

Paula se despidió alegremente de todos y desapareció detrás de la puerta.

¡Paula! ¡Paula! ¡Yo hubiera querido...! ¡Yo hubiera querido...! Yo hubiera querido no sé qué. Me quedé clavado en la silla. Hipnotizado, no prestaba ninguna atención a la conversación que se había reanudado.

Me preguntaron por mis padres, mi vida de antes... ¡Nada sobre la guerra, a Dios gracias! Contesté evasivamente. El beso de Paula quemaba todavía mi frente como el casquillo caliente de un proyectil de *palc*. ¡Paula, Dios mío! Debí de haber ido de patrulla con ella, que no todos los días se puede ir de patrulla con una chica en vez de cinco o seis *feldgrauen*. ¡Qué mierda! ¡Seré imbécil!

Podía haber encontrado un pretexto para dejar la mesa. Era demasiado tarde, tenía que esperar con aquellas buenas gentes. Media hora después, cada uno pensaba en dormir, y los Neubach me ofrecieron el cuarto reservado a su hijo. Me deshice en dar las gracias y en excusarme alegando que debía regresar al centro de acogida por razones militares. En realidad, no soportaba la idea de dormir en la cama de mi difunto amigo. Además, tenía ganas de andar. Inconscientemente, esperaba encontrar a Paula en la calle.

Las excelentes personas, que conocían las obligaciones militares, no insistieron. Me encontré, pues, en la calle silbando alegremente, presa de una súbita felicidad. Me había hecho explicar el camino que debía seguir, y encontré el gran edificio destinado a centro de acogida sin mucha dificultad. Por el contrario, no tuve la suerte de encontrar a Paula. Franqueé el puesto de recepción donde dos paisanos jugaban a cartas con dos militares, uno de los cuales era el *feld* que me había tomado declaración.

—¡Eh, usted! —llamó.

Instintivamente, me volví y me cuadré.

—Es usted el *gefreiter* Sajer, ¿verdad?

—*Ja, Herr Feldwebel*. —Bueno, hay una buena noticia para usted. Un familiar suyo vendrá a verlo aquí dentro de dos días. He logrado obtener una autorización especial para un miembro de su familia.

Puse unos ojos muy grandes.

—Muchísimas gracias, *Herr Feldwebel*. Estoy muy contento.

—Esto se ve, muchacho. ¡Y vuelve muy tarde!

Di un taconazo y di media vuelta, mientras el cuarteto bromeaba a propósito de mí.

—Hemos dado una vuelta por el Hotel Fantasio, ¿eh? Debía de ser un burdel. Pasé una noche agitada sin poder olvidar a Paula un instante.

Pasaron dos días, colmados de delicias y de diversiones. No dejaba a Paula ni a sol ni a sombra. Comía en casa de la señora..., y cenaba en casa del matrimonio Neubach. La señora..., que era muy lista, se había dado cuenta de los sentimientos desbordados que me inspiraba Paula y estaba asustada de ello. Repetidas veces intentó demostrarme que la guerra no había terminado y que hacía mal en encapricharme. Todo terminaría bien algún día, entonces podría dar libre curso a mis sentimientos con toda esperanza, pero por el momento... aquello le parecía demasiado precipitado.

En mi opinión de adolescente, la guerra no podía nada contra el amor que yo sentía por aquella mujer y no había por qué refrenarlo. No tendría más límites que los de mi tiempo de permiso contra el cual desgraciadamente no podía hacer nada.

Alguien de mi casa debía venir a verme y no pude alejarme del centro donde pasaba las noches. Aquello me ponía un poco nervioso, pues perdía instantes preciosos que hubiese podido pasar en compañía de Paula. El día que debía recibir la visita, hice desde por la mañana lo menos cinco apariciones en el puesto de recepción para saber si las personas que esperaba habían llegado. Por fin, a media tarde, el complaciente *feld* me dio la respuesta antes de que le hubiese hecho la pregunta.

—Le esperan en su dormitorio, Sajer.

—¡Ah! —exclamé como si no lo hubiese esperado en absoluto—. Gracias, *Herr Feldwebel*.

Subí precipitadamente y empujé la puerta del gran dormitorio donde ya había pasado algunas noches. A través de las dos hileras de camas, vi inmediatamente a un señor en pie, con una gabardina azul gris: mi padre.

No me reconoció enseguida. Dos o tres soldados roncaban vestidos sobre su camastro y descansaban de las fatigas de la noche o de la guerra. Con paso decidido, me acerqué a mi padre a quien, aun hoy, nunca falté al respeto.

—Buenos días, papá —dije simplemente.

—Pareces todo un hombre —me dijo, con la eterna timidez que le caracteriza—. ¿Cómo estás? No nos has escrito mucho. Tu madre ha estado muy preocupada desde que te fuiste.

Yo lo escuchaba, como siempre que hablaba. Lo notaba muy desazonado en el corazón de Germania, en aquel dormitorio donde todo hacía sentir la implacable disciplina militar alemana.

—¿Quieres que salgamos, papá?

—Si quieres... Te he traído un pequeño paquete de cosas que tu madre y yo hemos tenido mucha dificultad en reunir. Los alemanes —dijo quedamente, como si hubiese hablado de unos caníbales— se han quedado con él abajo.

Mi padre, aunque casado con una alemana, soportaba mal todo lo que venía de ese país. Todavía conservaba la vieja inquina del 14-18 y de su cautiverio del cual, al parecer, no pudo quejarse. Por esto, el hecho que le hubiesen alistado un hijo en el Ejército del Reich le impedía escuchar tranquilamente la radio de Londres. Abajo, pedí mi paquete al *feldwebel*.

Me lo entregó, diciendo a mi padre, en un francés casi correcto:

—Lo siento, señor, pero está prohibido a los ocupantes del dormitorio transformarlo en refectorio. Le devuelvo sus golosinas.

—Gracias, señor —dijo mi padre, intimidado.

Mientras andaba por la calle y charlaba con él, hice el inventario del regalo. Revolví la caja de cartón. Debajo de una pastilla de chocolate y un paquete de pastas secas, encontré, ¡oh felicidad!, un par de calcetines hechos por mi abuela materna.

—Esto me será muy útil —dije.

—Creí que te llamarían más la atención los cigarrillos o el chocolate. En realidad, no carecéis de todo eso —dijo mi padre siguiendo su idea y convencido de que estábamos de juerga desde la mañana hasta la noche—. Los alemanes se lo llevan todo.

—Todo va bien —cometí el error de decirle, por haber aprendido a disfrutar del momento presente y olvidar por completo la víspera.

—Bueno, mejor para ti, pero para nosotros no es igual. Tu madre tiene muchas dificultades para conseguir hacer las comidas. Las cosas no van

demasiado bien.

Me quedé sin saber qué contestar. Pensé un instante en devolver el paquete.

—En fin, esperemos que esto termine pronto. Los alemanes están en un mal momento. Americanos por aquí, americanos por allá..., la radio Londres ha dicho... Italia, los aliados...

¡Cuántas cosas supe! Un grupo de la Kriegsmarine pasó cantando. Levanté reglamentariamente el brazo derecho en un amplio saludo al grupo. Mi padre me miró verdaderamente como al ocupante. Francia se hallaba, según él, en un caos tal que hube de elevarle la moral.

Así, durante veinticuatro horas, oí hablar de la Francia doliente. Aquellas explicaciones me eran dadas como si yo hubiese sido un soldado canadiense o inglés. Mi padre me ponía en un aprieto y no supe qué actitud tomar. Siempre sumiso, me conformé con contestar: «Sí, papá». «¡En efecto, papá!». Sin embargo, me hubiera gustado hablar de otra cosa, y sobre todo de lo que me pasaba. Me hubiese gustado mucho decirle que quería a Paula. Pero tuve miedo de que no me comprendiera y se enfadase conmigo.

El día siguiente, acompañé a mi padre, muy acongojado, a la estación. Cometí la tontería de cuadrarme para saludarlo por última vez. No creo que le gustara. Así, una cálida tarde de junio, vi alejarse a mi padre, con mirada inquieta, para una ausencia de dos años. ¡Dos años o un siglo! Dos años llenos de importancia que representan el setenta y cinco por ciento de mi vida.

Mi primer cuidado fue correr a casa de los Neubach. Me disculpé por no haberles presentado a mi padre y dije que habíamos dispuesto de muy poco tiempo. Los Neubach comprendieron perfectamente y no me lo reprocharon. Yo demostraba tanta impaciencia, que la señora Neubach me dio noticias de Paula. Supe con decepción que no vendría hasta el día siguiente, a las doce. Era demasiado estúpido. Veinticuatro horas perdidas ya, más una noche y una mañana. En los siete u ocho días que me quedaban, aquello me apenaba enormemente. Cené sin mucha alegría con el matrimonio Neubach, que respetó mi silencio. Luego me fui y bajé a la calle decidido a recorrer toda la ciudad en busca de mi pueril amor. Y lo

hice hasta que las sirenas vinieron a sustituir el toque de los campanarios que hubiesen debido dar las once. Los prolongados mugidos se elevaban en la ciudad. En las calles, cegadas ya por las medidas de oscurecimiento, desaparecían las escasas luces. Los cazas nocturnos habían despegado ya de Tempelhof, seguramente tan oscuro como el cielo, y volaban a ras de los techos en el gran ronquido de sus motores. De vez en cuando, el escape de estos trazaba un resplandor rosado en la oscuridad. Los sidecar de la Defensa Territorial recorrían las calles a la luz de su débil alumbrado e incitaban a los raros transeúntes a ganar los refugios. Todo estaba aún en calma y me sobraba tiempo para hacerlo. Todos los edificios, por lo demás, ponían sus sótanos a disposición de todo el mundo. Por esto, yo seguía pisando el asfalto con una sola idea en la mente, cuando el sordo ronquido de los bombarderos enemigos se acercó.

Sabía que los equipos de socorristas llegarían con las primeras bombas y que quizá vería a Paula. Me metí en el quicio de un portal, frente a la pequeña entrada del refugio de una casa baja. Tenía una extensa vista, sobre una especie de canal que dejaba al descubierto un vasto horizonte bañado por una ligera bruma. La cortina de fuego se elevó desde el nordeste como un incendio irreal. Sin duda, el Apocalipsis estaba reservado para las grandes fábricas de Spandau. En todas partes, en el cielo, miles de puntitos luminosos restallaban como lanzados por un fuego de artificio lejano. Las numerosas piezas de artillería antiaérea de la capital, algunas de las cuales estaban emplazadas incluso en las azoteas de los edificios, oponían a la cortina de fuego que avanzaba, una apretada muralla de mortales estallidos. Amplios resplandores aparecían y se prolongaban hasta el suelo, marcando cada vez la destrucción de un tetramotor. Un machaqueo de increíble potencia hacía vibrar el pilón de piedras macizas en que yo me apoyaba. Con los ojos sometidos a un contraste brutal entre las tinieblas y los relámpagos blancos, escruté sucesivamente la calle y los muelles donde algunos rezagados corrían hacia los refugios. Después, la sinfonía de los cristales rotos se elevó al mismo tiempo que una cortina de bombas barría un barrio de Berlín a un kilómetro delante de mí. El huracán del desplazamiento de aire corrió sobre el espacio del canal cuyas aguas se rizaron desagradablemente.

A mi alrededor, mil cosas se desplomaban. Pese a mi deseo de guardar contacto con la calle, un miedo irresistible me hizo cruzarla en dirección del refugio. Bajo mis pies, el empedrado temblaba como la chapa mal ajustada del capó de un camión pesado en marcha. En un santiamén me encontré en medio de una multitud de mirada angustiada. El aire era irrespirable. Sin interrupción, un potente rugido, que parecía venir tanto de arriba como de abajo, hacía desprender el revestimiento de la bóveda. Las gentes solicitaban con la mirada un poco de confianza en otros rostros tan crispados como el propio. Niños inconscientes hacían preguntas ingenuas: «¿Quién hace eso, mamá?». La madre apurada acariciaba con dedos temblorosos la carita enmarcada de rubios cabellos. Los que tenían la suerte de creer en algo, rezaban. Yo estaba apoyado en una gran tubería metálica que me transmitía directamente las vibraciones de nuestro alrededor. El rugido se amplificaba esta vez y aplastaba el aire contenido en nuestros pechos. De pronto, se elevaron gritos de angustia. Como mil trenes expresos que cruzaban el sótano, un estrépito que ahogó llantos y exclamaciones invadió el refugio y pareció permanecer en él largo rato. Las velas oscilaron y se apagaron. Unos gritos espantosos de la multitud aterrorizada se elevaron como si viniesen del infierno. Se encendieron lámparas eléctricas. El refugio entero pareció hundirse. Una polvareda opaca llegaba del exterior y se sumía en nuestro refugio.

—¡Cerrad la puerta! —gritaron unos hombres.

Se oyó un portazo y tuvimos la impresión de estar en una fosa común. Hubo mujeres que empezaron a sufrir ataques de nervios y que gesticulaban gritando. Cinco o seis veces tembló el sótano, sacudido por una fuerza irresistible. Toda la gente, petrificada, y yo con ella, se apretaba entre sí, pese a la horrible sensación de ahogo debida a la insuficiencia de ventilación. Una hora después de haber entrado en él, calmada la tormenta, salí del malsano refugio para descubrir, al resplandor de los incendios, un paisaje dantesco. El canal reflejaba en sus aguas súbitamente iluminadas, la imagen de una decena de incendios que asolaban lo que hasta entonces habían dado un sentido a sus orillas. Heteróclitos escombros sembraban, entre dos gigantescas grietas, los restos de una calle limpia, de aceras con bordillo pintado de blanco. Una humareda acre y asfixiante elevaba una

constelación de chispas que se perdían en el cielo de una noche de verano. Por todas partes había gente que corría y, como en Magdeburgo, fui requisado inmediatamente para los trabajos de desescombro.

Después de una noche agotadora y una buena parte de la mañana, encontré por fin a Paula, tan exhausta como yo. La alegría que me dio al decirme que había temido por mí durante el bombardeo, borró de golpe todo el recuerdo de aquella penosa noche.

—Yo también he pensado en ti, Paula, te he buscado toda la noche.

—¿Es verdad? —preguntó ella con una vocecita que me demostraba que ella también estaba ganada a mis sentimientos.

Me sentí derretir de emoción. Mi mirada quedó fija largo rato en la muchacha. Unas ganas locas de cogerla en mis brazos me hizo ruborizar, sin duda. Ella rompió el silencio. —Estoy molida— dijo. —¿Y si fuésemos al campo de Tempelhof? Esto nos sentaría bien.

—Creo que es una buena idea, Paula. Vamos allá.

«¡Todo lo que quieras, Paula, todo lo que quieras!».

En compañía de mi primer amor, me dirigí montado en una divertida moto-taxi hacia la llanura arenosa que rodea el gran campo de aviación civil y militar de Tempelhof. Dejamos la autopista para llegar a una pequeña explanada cubierta de una especie de liquen donde nos dejamos caer satisfechos. Estábamos los dos realmente reventados. Hacía un tiempo increíblemente bueno. A dos kilómetros, las numerosas pistas de vuelo de Tempelhof cubrían la campiña. De vez en cuando, un *Focke Wulf* de entrenamiento despegaba y emprendía el asalto del cielo con una rapidez fulminante. Tendida de espaldas, Paula, con los ojos entornados, parecía a punto de quedarse dormida. Yo, apoyado en un codo, la contemplaba como si el resto del mundo no hubiese existido nunca.

Mil discursos amorosos cruzaban mi mente. Mil cosas que necesitaba decir a Paula. Mil cosas..., pero mi boca permanecía ridículamente muda. No obstante, era necesario, era necesario que se lo dijera hoy. Era necesario aprovechar aquel instante ideal, que se lo hiciese comprender, por lo menos. ¡Qué estupidez ser tan tímido! El tiempo pasaba. Paula tal vez callaba para permitirme justamente hablar. El tiempo pasaba, y sobre todo el de mi

permiso, pero a pesar de todas estas razones, el amor que sentía por Paula me imponía silencio. Ella murmuró:

—La verdad es que el sol reconforta.

Balbué algunas tonterías. Finalmente, en un arranque de valor, mi mano se deslizó hacia la de ella. Sentí la punta de sus dedos y tuve un breve titubeo ante aquel delicioso contacto. Luego, redoblando mi valor hasta el punto que mi respiración parecía haberse cortado, la mano entera de Paula estuvo en la mía. La estreché fervorosamente y ella no se desasíó.

Por haber tenido tantas dificultades para vencer mi timidez como para atravesar un campo de minas, me quedé un momento tumbado de espaldas para reanimarme. Rebosante de felicidad, permanecí con los ojos fijos en el firmamento, indiferente al resto del mundo.

Paula volvió hacia mí su cara con los ojos entornados. Su mano apretó la mía. Me pareció que iba a desmayarme. En la emoción que me embargaba, creí haber murmurado: «Te quiero». Me rehíce rápidamente, sin saber ya si lo había dicho verdaderamente o no. Paula no se movía. Debí de haber soñado.

Algo nos hizo levantar la cabeza, sin embargo. Al unísono desde el aeródromo, hasta las cercanas afueras berlinesas, el siniestro mugido de las sirenas invadía una vez más la atmósfera. Nos miramos, estupefactos.

—¡Otra alarma!

Parecía poco probable. En aquella época la incursiones diurnas enemigas todavía eran muy raras, al menos en aquella región. No era posible, sin embargo, engañarse: era la señal de principio de alarma. No tardamos en convencernos. En todas partes, por las pistas, rodaban aviones tomando velocidad.

—Los cazas salen, Paula. ¡Es una alarma!

—Sí, tienes razón. Mira allí, me parece que la gente corre hacia aquel refugio de hormigón.

Ya no cabía duda.

—Tenemos que ponernos a resguardo, Paula.

—¡Oh, aquí no corremos peligro! Esto es el campo y ellos lo que quieren es bombardear Berlín.

—Sí, después de todo, tienes razón. Estaremos tan bien aquí como en un sótano sin ventilación. Sobre nosotros, la caza alemana pasaba aullando.

—Diez, doce..., trece..., catorce... —gritaba Paula, saludando a los *Focke Wulf* que taladraban el aire rasando nuestras cabezas—. ¡Viva nuestros aviadores! ¡Hurra!

—¡Venga, muchachos! —vociferé a mi vez para seguir el impulso.

—¡Venga! —repetía Paula—. Y ahora van a verlo, no es como de noche... Veintidós..., veintitrés..., veinticuatro... ¡Cuántos hay! ¡Hurra!

Unos treinta cazas habían despegado y trepaban hacia el cielo. La táctica consistía en tomar la máxima altura posible para lanzarse en picado sobre el lomo de los bombarderos. Es por esto que la Luftwaffe había puesto a punto aquellos formidables *Focke Wulf*-190 y 195 que con tanta facilidad trepaban verticalmente. El ruido de una defensa antiaérea muy distante llegó a nuestros oídos.

—A lo mejor, ni siquiera vienen sobre Berlín.

—Es de desear, Paula.

Yo había olvidado ya aquella maldita alarma que me había hecho soltar la mano de mi bien amada y, dejando a los cazas en su tarea, preparé mi segundo ataque. Ya me había acercado mucho a Paula cuando, a través del rumor de la ciudad próxima, se agrandó el enorme ruido de los bombarderos enemigos.

—¡Oh! Mira, Guille —dijo ella pronunciando mi nombre muy mal, como siempre—. ¡Vienen de allí, fíjate!

Con su delicada mano, señalaba una enorme masa de puntos negros que se agrandaban en el cielo azul.

—¡Qué alto van! —dijo—. ¡Mira! Hay más allá abajo.

Esta vez me quedé con la mirada fija en la doble aparición que se dirigía sobre la ciudad y sobre nosotros.

—¡Dios mío, cuántos hay!

El ruido aumentaba, aumentaba.

—Sí, los hay a cientos.

—No se pueden contar —dijo Paula, cándida—. Están demasiado lejos.

Empecé a tener miedo, miedo por nosotros, por ella, por mi felicidad.

—Tenemos que huir, Paula, esto puede ser muy peligroso.

—¡Oh, no! —repuso ella con desenvoltura—. ¿Qué quieres que nos pase aquí?

—Pueden despedazarnos, Paula. Tenemos que ir a un lugar seguro. Intenté llevármela de allí.

—¡Mira! —exclamó ella, interesada todavía por el peligro que aumentaba a ojos vistas—. Ahora vienen realmente hacia nosotros. Mira, dejan unas estelas blancas detrás de ellos. Es muy curioso.

Esta vez la *Flak* acababa de entrar en acción. Desde todas partes, miles de cañones escupían acero sobre los asaltantes.

—Ven, deprisa —le dije a Paula, cogiéndola con fuerza de la mano—. Tenemos que resguardarnos, te lo aseguro. Los refugios del campo de aviación estaban demasiado lejos para que pudiésemos llegar a ellos ya. Corriendo, llevé a Paula hacia un hoyo, junto a un matorral.

—¿Dónde están nuestros cazas? —gritó Paula, jadeante.

—Quizás han huido ante la superioridad numérica.

—¡Oh, eso que dices no está bien! Los soldados alemanes no huyen nunca ante el peligro.

—Pero ¿qué pueden hacer, Paula? ¡Los otros son, por lo menos, mil!

—No tienes derecho a decir esto de nuestros valientes aviadores.

—Perdóname, Paula, es verdad... Me extrañaría que hubiesen huido.

El rayo se abatía de nuevo sobre la ciudad mártir. Los soldados alemanes no huyen nunca. Yo, que había corrido desde el Don hasta Jarkov, lo sabía muy bien. En su descargo cabía admitir, de todos modos, que el soldado alemán se batía, a veces, en una proporción de uno contra treinta, como en Rusia por ejemplo. Del hoyo donde había obligado a Paula a meterse, pude asistir a la avalancha que asoló una tercera parte del aeródromo y el noventa por ciento de Tempelhof.

Las masas diurnas de bombarderos siempre eran más poderosas que las de noche. Aquel día, mil cien aparatos angloamericanos atacaron Berlín y sus alrededores. Aproximadamente sesenta cazas se opusieron a ellos. Los americanos sufrieron graves pérdidas debidas tanto a la *Flak* como a la caza. Un centenar de aviones enemigos fueron con seguridad derribados, pero no se salvó ningún avión alemán. Los pilotos no habían huido.

Vi, pues, muy claramente los racimos silbantes descender desde siete u ocho mil metros sobre Tempelhof y sobre las pistas del campo. Vi temblar la llanura bajo aquel machaqueo titánico. Vi abrirse la tierra, volatilizarse las casas, las reservas de carburante del campo de aviación extender sus llamas que chamuscaron la tierra en centenares de metros. Vi una barriada de ciento cincuenta mil habitantes desaparecer en una cortina impenetrable de humo. Vi, con los ojos involuntariamente abiertos sobre el seísmo, árboles en paquetes de diez elevarse del suelo con un ruido espantoso. Oí los aviones en perdición aullar con toda la potencia de sus motores. Vi sus cabriolas, sus explosiones, sus caídas. Vi, entre otros, un *Focke Wulf* soltar su depósito auxiliar, que cayó a cinco o seis metros de nuestro refugio, rociándonos de gasolina antes de estrellarse en la autopista. Sentí en el rostro el soplo ardiente de las explosiones. Vi también el terror en los ojos de Paula, que se había arrimado a mí. Restos incandescentes surcaban el aire y nos obligaban a hacernos diminutos en el fondo de nuestro agujero. Paula había escondido la cabeza entre mi hombro y mi mejilla, y su temblor se añadía al de las explosiones.

Acurrucados uno contra el otro, como dos niños extraviados, asistíamos impotentes al cataclismo. Hacía rato que los aviones habían desaparecido y las explosiones retardadas acababan de asolar Tempelhof donde se contaron, en una sola incursión, veintidós mil muertos. Berlín, a su vez, había sido rociado y los servicios de socorro estaban absolutamente desbordados. Los escombros de la noche obstruían todavía las calles. Spandau seguía ardiendo. En el barrio sudoeste, las bombas retardadas seguían estallando quince horas más tarde. Tempelhof lanzaba alaridos de dolor.

Cuando, extraviados, salimos del hoyo, Paula, con los nervios rotos por la fatiga de la víspera y aquella nueva prueba, se aferraba a mi brazo y no dejaba de temblar.

—Guille —dijo—, me encuentro mal. Mira, estoy toda sucia. Parecía haber perdido la razón. Su cabeza se reclinaba cada vez más en mi hombro.

Casi sin pensarlo, me puse a besarle la frente ansiosamente. Paula se dejaba hacer.

Los pensamientos que había tenido al principio de nuestro paseo ya no podían agruparse. No me causaba ningún apuro besar a mi amiga. Mi amor parecía haber superado la fase del flirteo infantil. Besaba el pelo de Paula como hubiese consolado a un chiquillo acongojado. A través de Paula, volvía a ver el de Magdeburgo estremecido de sollozos. Pensaba también en Ernst, pensaba en todas aquellas lágrimas, en todas aquellas angustias. Intentaba tener yo también un poco de piedad y transmitirla. Mi felicidad estaba mezclada con demasiados sufrimientos para que yo pudiese aceptarla así olvidando todo lo demás. Mi amor por Paula tenía algo de imposible en medio de aquel caos permanente. Jamás podría gozar de aquel amor mientras a mi alrededor lloraban niños hasta ahogarse en el polvo de las casas que se derrumbaban. Nada parecía seguro, nada aparentaba poder superar todos los días de aquella hermosa primavera, salvo quizá mi amor por Paula que no sabía cómo establecer.

El cielo estaba cubierto en sus tres cuartas partes por la humareda de los millares de incendios que asolaban Tempelhof, las estaciones de gasolina de la autopista y Berlín. Y mi mirada iba de los rubios cabellos de Paula al paisaje descompuesto.

Una vez más, nos dejamos caer sobre la hierba. Yo no sabía qué decir para consolar a Paula. Cuando hubimos recobrado un poco el aliento, descendimos despacio hacia la autopista. Allí, camiones atestados de gente corrían en socorro de Tempelhof. Sin que les hiciésemos ninguna seña, se detuvieron a nuestra altura.

—¡Subid, jovencitos! Os necesitaremos allá abajo. Nos miramos.

—Sí, desde luego, vamos allá.

—Ven, Paula, te ayudaré a subir.

Los camiones recogían a todo el mundo en su recorrido. Se dejó una parte de la ciudad abandonada a su suerte para tener la seguridad de poder al menos salvar la otra. Durante muchas horas trabajamos sin tregua para rescatar heridos. Todos los *Hitlerjugend* de un cuartel vecino, en una pugna de heroísmo, se dedicaron a los salvamentos más peligrosos. Algunos de ellos pagaron con su vida aquel exceso de abnegación y desaparecieron en medio de las vigas incandescentes.

Avanzada la noche, logramos refugiarnos, Paula y yo, en una vivienda medio destruida. Con la mente aturdida de fatiga, nos desplomamos sobre una cama. Agotados, estábamos los dos sin decir palabra, con los ojos muy abiertos en la oscuridad de la habitación. Producidas por la fatiga, miles de mariposas luminosas danzaban ante nosotros, y parecían ser más que efímeras. Impreso en mi retina, el resplandor de los incendios seguía iluminando en sueños mi mente. Una mano arañada de Paula jugueteaba con un botón de mi guerrera polvorienta.

—¿Crees que tenemos derecho a dormir aquí? —preguntó ella.

—No lo sé, pero de todos modos...

—Si alguien nos ve aquí, tendremos dificultades.

¿En qué pensaría Paula?

—Me importa un comino. Estoy demasiado reventado.

Paula se chupaba uno de sus dedos dolorido y no contestó nada. Pasé el brazo bajo la cabeza de mi amiga y, sin titubear, me puse a besarla hasta perder el aliento. Sus manos, lastimadas por el desescombros, se posaron en mi cabellera. Durante un rato, tratamos de recuperar lo que la vida nos había quitado por la tarde. Pero, pronto, abrumados por la fatiga, nos sumimos los dos en un profundo sueño.

Al día siguiente, volvimos al desescombros, que duró una semana. Sin embargo, al atardecer fuimos relevados por otros voluntarios. Esto era para permitir a la gente reanudar sus ocupaciones. Por mi parte, escapé afortunadamente al servicio obligatorio de desescombros. Sin actividad entonces, hubiese debido quedarme a reconstruir las ruinas de Tempelhof.

Pasaron dos días más. Dos días durante los cuales no me separé de Paula. Yo había guardado el paquete paterno y, cada día, traía chocolate y cigarrillos que consumíamos entre nuestras efusiones. La capital curaba sus heridas y enterraba a sus muertos en largos cortejos fúnebres que surcaban las calles. La heroica ciudad recobraba, con la sonrisa, su ritmo productivo.

Sólo me quedaban cinco días de permiso y la angustia de mi próxima partida me oprimía. Paula temía, asimismo, aquel momento y se esforzaba con su gentileza en hacérmelo olvidar. La casa de los Neubach quedó sin cristales y parte de las tejas debían cambiarse. Tres bombas habían caído a

ciento cincuenta metros, en la plaza, cuyo aspecto recordaba el de las calles de Minsk.

La madre de Paula, a quien conocí, empezaba a extrañarse de que su hija no me dejara nunca. Cada noche, además de todo el día, siempre encontrábamos una buena ocasión para dar una vuelta. La buena señora, dándose cuenta de la vida perturbada de la juventud de la época, no era severa y aceptaba más o menos nuestras escapadas. Paula, que disponía de más dinero que yo, me invitó una noche a ir al cine. Vi con ella un filme muy bueno titulado *Immen See*. Se trataba de un poema sobre los nenúfares de un lago.

En compañía de mi adorable compañera, viví así hasta el día que hube de preparar mis asuntos para coger el tren de las siete de la tarde en la estación de Silesia. Los Neubach se despidieron de mí conmovidos y comprendieron que deseaba pasar mis últimos momentos de permiso al lado de aquella a quien ellos consideraban mi novia. La señora Neubach se empeñó en entregarme una camisa y un grueso jersey que habían pertenecido a Ernst. El señor Neubach añadió unos cigarros, jabón y dos latas de conservas. Me abrazaron y me hicieron jurar que volvería a verles cuando tuviera otro permiso. Prometí enviarles noticias mías de vez en cuando y les pedí que cuidasen de Paula.

—Creo que os queréis, hijo mío —me dijo la señora Neubach—. ¿Es cierto?

—¡Oh, sí, señora! —pude contestar únicamente.

Saludé así a mis bienhechores, y me despedí. Paula recibió incluso del *feld* la autorización de acompañarme hasta el dormitorio a fin de preparar mi equipaje.

La angustia me hacía un nudo en la garganta. ¿Cuánto tardaría en volver a ver a mi pequeña Paula? ¿Cuánto tiempo...? Finalmente, a fuerza de repetirnos promesas, acabamos los dos por recobrar confianza. No había por qué preocuparse: con seguridad yo tendría otro permiso dentro de tres o cuatro meses y Paula, mi amor, me esperaría, me lo había jurado. Me había jurado que me escribiría todos los días. Me había jurado que pronto sería mía y que nos casaríamos. Sus cálidos labios me lo habían murmurado mil veces rozando los míos. Paula, amor mío, la guerra terminará. No es posible

que volvámos a pasar un invierno tan horrible como el anterior. Visiblemente, el vaso estaba colmado y los hombres cansados dejarían de batirse: lo presentíamos.

Llegamos a la estación de Silesia donde, por razón de las destrucciones, el andén de embarque para el Este había sido instalado un kilómetro más lejos. Paula caminaba, sonriente, a pesar de su emoción. Llevaba un pequeño paquete que debía entregarme al salir. Banderitas en homenaje a los combatientes del Este se sucedían en guirnalda a lo largo de todo el andén. Nos detuvimos ante el primer vagón para Poznan. Subí a él mi abultada mochila y volví a bajar al lado de Paula. Un instante, sorprendí en su cara tristeza. No, no debía, no debía estar triste. ¡Te quiero tanto, Paula! Estuve largo rato con sus dos pequeñas manos en las mías sin saber qué más decir. Unas ganas locas de abrazarla me atormentaban. Pero estaba prohibido hacerlo en público. A nuestro alrededor pasaban personas discutiendo en voz alta. El ruido de las botas claveteadas de los muchachos en la misma situación que yo resonaba sobre el cemento del andén. Con mis ojos fijos en los de Paula permanecí indiferente a los sufrimientos de los demás.

Se acercaba la hora. Un largo escalofrío, que hacía temblar mis manos, me recorrió. Un ferroviario, con gorra color frambuesa, avanzaba por el andén enumerando, por medio de un portavoz, los destinos de nuestro convoy: Poznan, Varsovia, Lublin, Lvov y Rusia. Estas palabras ensombrecían mi dicha. Temía al silbato que iba a interrumpir nuestro último momento.

—Paula...

El ferroviario seguía hablando de cosas lejanas.

—Paula..., ¿qué hubiera sido mi permiso, sin ti?

—*Auf Wiedersehen, mein Lieber* —murmuró Paula llorando.

—No, Paula querida, eso no... Aquí no, te lo ruego... Sabes bien que pronto estaré aquí otra vez.

—*Ich weiss, mein Lieber, auf Morgen, Guille.*

Allá, al otro lado de las vías, una sección pasaba cantando alegremente:

Erika te queremos.

*Erika te queremos.
Por esto volveremos.
Jamás te olvidaremos.*

—¿Lo ves, Paula?, ellos también lo dicen. Escucha.

La canción me conmovía, y yo volvería por ti, Paula. Sin duda era esto lo que quería decir la canción. Después, el silbido abofeteó mi dicha. Por todas partes se elevaban adioses. Estreché locamente a Paula y la besé largamente.

—*Einsteigen! Los! Los! Reisende eisnteigen! Achtung! Passagiere einsteigen! Achtung! Achtung!*

—Te quiero, Paula. Hasta pronto. No hay que estar tristes. Mira que buen tiempo hace. Nosotros no podemos estar tristes.

Paula seguía inconsolable. Sentí que me echaría a llorar yo también. Por última vez besé a Paula. Los topes de los vagones chocaron entre sí: era la salida. Apresuradamente, salté al estribo. Paula me tenía cogida la mano aún. El tren se puso en marcha lentamente. Muchas personas lloraban en el andén. *Feldgrauen* con medio cuerpo asomado a las ventanillas, seguían estrechando una mano, besando a un niño. Paula trotaba junto al tren que iba adquiriendo velocidad. Después se vio obligada a soltarme.

Hasta pronto, amor mío.

Hacía buen tiempo y yo parecía partir a una jira campestre. Estuve un rato en el estribo contemplando la silueta de mi amiga que disminuía, disminuía, y desapareció para siempre. Pronto estaré de regreso, Paula querida. Nunca estuve de regreso. No volví a ver a Paula, ni Berlín, ni la Killeringstrasse, ni al matrimonio Neubach... Paula, nos casaremos. Te lo juro. Perdón, Paula... La guerra me ha impedido cumplir mi promesa. La paz le ha hecho perder todo crédito. Francia me lo ha hecho observar severamente. Perdón, Paula, no soy enteramente responsable. Paula, mi amor, igual que yo has conocido la miseria de la guerra, hasta conocido el miedo y la angustia, y quizá, lo deseo con toda la fuerza de mi alma, te has salvado. Tan sólo esto cuenta, Paula. Nos permite recordar, acuérdate... La guerra arrasó Berlín y Alemania, la Killeringstrasse y los Neubach quizá también, pero tú no, Paula, no, sería demasiado horroroso..., tú no... No

debe ser. No he olvidado nada: no tengo más que cerrar los ojos para revivir nuestros maravillosos momentos. Oigo el timbre de tu voz..., siento el olor de tu piel... Tengo todavía el peso de tu mano en la mía...

Capítulo V

ADiestramiento para un cuerpo de Élite

Auf, Marsch! Marsch!

En el tren lleno a rebosar, me quedé en el pasillo y abrí rápidamente la cajita que Paula me dio al despedirnos. Dentro, encontré los dos paquetes de cigarrillos que le había ofrecido. Aquellos paquetes yo los había recibido en el paquete que me había traído mi padre. Como él no fumaba, me había guardado varios racionamientos suyos. En una carta encantadora que acompañaba al minúsculo paquete, Paula me explicaba que aquellos cigarrillos me ayudarían en los momentos de privación que pudiera pasar. Una foto de mi muy amada completaba el total. Releí lo menos diez veces la carta antes de meterla cuidadosamente con la foto en mi cartilla militar.

El tren se bamboleaba y cada uno permanecía refugiado en su melancolía. Intenté hallar en el reborde de la ventanilla un sitio para empezar inmediatamente una carta para Paula. Un corpulento imbécil del cuerpo alpino no pudo por menos que dirigirme la palabra:

—Permiso terminado, ¿eh, jovencito? Siempre son cortos los permisos, ¿no es así? Para mí también se acabó, y ahora en marcha hacia el «¡pim, pam, pum!».

Lo miré sin contestar. Me estaba fastidiando.

—Y con el buen tiempo que hace, debe de haber follón por allí.

Me acuerdo del verano pasado. Figúrate que un día...

—Dispensa, camarada, tengo que escribir.

—¡Ah! Conque una chica, ¿eh? ¡Ja!, ¡ja! Siempre las chicas. No tienes que tomarlo en serio, hombre.

Me dieron ganas de clavarle mi bayoneta en la barriga.

—En todas partes hay chicas. ¡Ja, ja! En Austria, fíjate, resulta que...

Le volví la espalda, furioso. Intenté en vano escribir, pues el tumulto general adquiriría el aspecto de una indiscreción. Dejé para más tarde mi decisión... Con la frente apoyada en el cristal, estuve mucho rato mirando sin verlo el paisaje que desfilaba ante mí. En el vagón se elevaban conversaciones mezcladas con risas. Algunos intentaron bromear para olvidar la realidad. La realidad horrenda de un frente que iba de Murmansk al mar de Azov. La realidad siniestra en la que dos millones de hombres habían dejado el pellejo. El tren iba despacio y paraba en muchos sitios. Paisanos y militares subían y bajaban en cada estación, pero en el tren viajaban muchos más soldados en dirección al este que paisanos. Por la noche llegamos a Poznan. Corrí al centro de reagrupamiento donde tenía que hacerme sellar el permiso que expiraba a medianoche. Después me propuse ir al dormitorio donde pasé una noche cuando salí de permiso. El bullicio que reinaba por todas partes mientras me dirigía a la oficina de la gendarmería de campaña, me impedía pensar un instante en la que consideraba mi novia. Todo se resolvió más deprisa que a la ida. Dos filas de soldados avanzaban paso a paso, haciendo cola, y parecían ser tragados por una máquina diabólica dotada de un apetito de gigante. En diez minutos mi extinguido permiso fue visado, sellado, registrado. Luego me indicaron el tren n.º 50 para Korostenva.

—¡Está bien! —repuse, sorprendido, a los gendarmes—. ¿Y cuándo sale?

—Dentro de una hora y media. Tiene usted tiempo.

«Una hora y media —pensé—. Entonces vamos a viajar esta noche». Seguí al rebaño de *feldgrauen* que avanzaba por una galería de tablas en dirección al tren n.º 50.

Era interminable. Estaba formado por vagones de viajeros y vagones de mercancías, en los que los soldados estaban ya hacinados.

Avancé a través de un barullo indescriptible en busca de un sitio donde instalarme más o menos cómodamente. Descubrí un vagón de cola cargado

de paja, siguiendo con esto los consejos de mi padre, pues, en caso de descarrilamiento, los vagones de cola tenían más posibilidades de quedarse en los raíles.

—¡Al tren, jovencito! —gritaron los *landser*—. ¡Al tren para el paraíso!

—Entonces, muchacho, ¿vienes con nosotros a cazar el ruski?

—Querrá usted decir que vuelvo a ir, camarada.

—¡Ah, caramba! Así, pues, la primera vez fuiste en pañales. De todos modos, se encontraba la manera de reírse. En medio de la cohorte verde que desfilaba ante mis ojos, vi al rechoncho Lensen.

—¡Lensen! —grité—. ¡Aquí, ven!

—¡Vaya! —exclamó Lensen, pasando por encima de los idiotas que obstruían la puerta—. No has desertado.

—Tú tampoco —dije—. Vas allá otra vez.

—Yo no es lo mismo. Soy prusiano y no tengo nada que ver con los cabellos negros que están al otro lado de Berlín.

—¡Bien contestado! —bramaron los muchachos de la puerta con tono burlón.

¡Ya podía reírse Lensen! De todos modos, no se andaba con chiquitas.

—¡Vaya! —exclamó con el mismo tono—. ¡Ahí va otro!

—¿Dónde? —Allí, el grandullón que se cree fuerte.

¡Halls, Dios mío!

Inmediatamente salté del vagón.

—Quien deja el nido, lo pierde —vociferó alguien.

—¡Eh, Halls! —grité alegremente, corriendo hacia él.

La gran figura de Halls se animó.

—¡Ja! ¡Ja! Sajer, me preguntaba si llegaría a dar contigo en esta multitud.

—Lensen ha sido quien te ha visto.

—¡Ah, bueno! ¿Está también aquí?

Volvimos al vagón.

—Demasiado tarde, hijos míos. ¡Aquí está completo!

—¡Que te crees tú eso! —berreó Halls, agarrando fuertemente la pierna de uno de aquellos bribones y haciéndolo caer de culo en el andén.

Todo el mundo se echó a reír. De un salto estuvimos en el vagón.

—¡Bueno, ya está! —dijo el muchacho que se había ido a la porra, frotándose las nalgas—. Si eso sigue así, estaremos como salchichas de Frankfurt en lata y dentro de poco no podremos roncar.

—Oye, tú, sinvergüenza —dijo Halls mirándome fijamente—. Te he estado esperando quince días, ¿sabes?

—¡Pobrecito mío! Cuando te haya explicado lo que ha pasado, dejarás de reñirme.

—Entonces, explícate. Yo ya no sabía qué decirles a mis padres.

Entonces conté a mi gran camarada mis desventuras.

—¡Vaya mierda! —comentó Lensen—. Esto es lo que se dice un permiso fallido. Si me hubieras hecho caso, habríamos ido juntos a Dortmund. Allí hemos tenido también alarmas, pero los aviones no hicieron más que pasar. ¡Pobre viejo, la verdad es que no has tenido suerte!

—¡Bah, qué le vamos a hacer! —dije, melancólico.

En realidad, no me arrepentía de nada. Si hubiese seguido a Halls, no habría conocido a Paula. Y Paula me hacía olvidar el terrible espectáculo de Tempelhof en llamas.

—Comprendo que pongas esa cara —dijo Halls, compasivo.

Yo no tenía muchas ganas de hablar y Halls lo notó y me dejó en paz. Estábamos retrepados en la paja como bestias, intentando dormir. El tren corría, corría, y el ruido lancinante que hacen las ruedas al pasar por las juntas de raíl parecía acumular los obstáculos entre Paula y yo. ¡Y la de aldeas, ciudades, bosques tan oscuros como la noche, extensiones sin fin que atravesamos! El tren corría, corría infatigable, irremediablemente. Corría aún al despuntar el día. Seguía corriendo tres horas después por la baja Polonia, por las marismas de Pinsk. Corría paralelamente a unas miserables carreteras marcadas por la guerra, desvaídas de tristeza y por el sudor de los ejércitos que las habían recorrido. Corría bajo un cielo desmesurado que parecía guardar en lo alto su verano sin hacerlo aprovechar a la tierra. Me quedé dormido varias veces y, cada vez que me despertaba, las ruedas perpetuaban su música en dos notas, glang, glang..., glang, glang.

Por fin el convoy, que parecía haber llegado al extremo de la Tierra, frenó y se quedó parado. La locomotora se repostaba de agua y carbón en

un puesto ferroviario irrisorio. Todos saltamos al balasto que parecía hecho con cualquier cosa y, a coro, centenares de necesidades se satisficieron. Como en todos los transportes de tropas alemanas, en aquella época, los hombres en tránsito no tenían necesidad de comer. No nos fue distribuido alimento alguno antes de Korostenva. Afortunadamente, casi todos teníamos provisiones de boca. Sin duda, el Cuartel General había contado con ello.

El tren se puso en marcha otra vez y Halls intentó en varias ocasiones entablar conversación. Al ver que no podía sacarme nada, lo iba aplazando para más tarde. Yo tenía muchas ganas de confiarle mi historia con Paula. Pero temí que se burlara.

Llegamos a Korostenva de noche. Nos invitaron a bajar del tren y a hacer cola ante un vagón-cocina donde nos fue servido un rancho verdaderamente repugnante. ¡Qué lejos me sentí de la excelente cocina de la señora...! Después fuimos todos a lavarlas tarteras y a beber en el depósito de agua para las locomotoras.

Embarcamos entonces en un tren ruso, tan poco confortable como el de Poznan. ¡Y dale otra vez! A correr otra eternidad. Tanto de día como de noche, los trenes en dirección al frente tenían prioridad y quemaban las etapas. En menos de tres días estuvimos prácticamente en el sector de las operaciones. Si bien el frente había cambiado de sitio en el sur, donde se desarrollaban enconados combates a aquellas horas en Krementchug, nuestro sector no parecía haberse movido mucho. El agotador viaje en tren terminó en Romny, donde tantas dificultades tuvimos el día de nuestra partida. Al bajar del tren fuimos conducidos en rebaño a la cantina donde, igual que calman la sed a los borregos febriles que llegan al matadero, nos dieron de beber y de comer. Luego, con una precipitación que no nos dio tiempo de reflexionar, los *feldgendarmes* seleccionaron un grupo para cada unidad. Hacía mucho calor y con gusto hubiéramos hecho una pequeña siesta. Muchos rusos desocupados asistían a aquella clasificación exactamente como se contempla la animación de un recinto de feria. Cuando nuestro grupo para la *Gross Deutschland* quedó formado, seguimos, por orden del suboficial, a un sidecar que nos condujo a las afueras de la ciudad. Aquel bestia, en vez de quedarse en primera o

mantener el ritmo, nos obligó a ir a paso ligero. Cargados como íbamos, y con aquel calor, llegamos a las afueras de la ciudad sofocados.

El *stabfeldwebel* bajó entonces del sidecar, llamó a los suboficiales, les distribuyó el orden de marcha e hizo formar grupos con nuestra tropa. Entonces, a fin de rehacernos, emprendimos el camino al paso en grupos de cuarenta o cincuenta, en dirección de nuestro nuevo campamento.

Como íbamos al mando de muchachos que, igual que nosotros, llegaban de permiso y no estaban muy contentos de ir otra vez al «pim, pam, pum», hicimos numerosos altos antes de llegar al campamento F de la División *Gross Deutschland*, situada a unos treinta y cinco kilómetros de Romny y a doscientos cincuenta de Bielgorod, en plena naturaleza, lo mismo que Aktyrkha.

En aquel campo de adiestramiento intensivo para tropas de élite —todas las divisiones que llevaban un nombre estaban consideradas como tropas de élite—, se sudaba sangre y agua. O se estaba hospitalizado al cabo de siete días de esfuerzos insensatos, o definitivamente incorporado a la división y se podía ir a la guerra, lo que era un poco peor.

Pasamos por un gran portal simbólico tallado en los árboles del bosque que se espesaba al nordeste. Marchando al paso como nos habían aconsejado los suboficiales y cantando hasta desgañitarnos *Die Wolken ziehn*, pudimos leer la divisa, escrita en gruesas letras negras sobre fondo blanco que adornaba el frontis del impresionante portal:

«HEMOS NACIDO PARA MORIR».

No sé de nadie que no hubiese tragado saliva al franquear aquella entrada. Más lejos, otro cartel con estas palabras:

ICH DIENE^[9]

Después de haber llegado con un orden impecable al lado derecho del patio campestre, los suboficiales dieron la voz de firmes. Dos *feldwebel* que encuadraban a un *hauptmann* gigantesco se acercaron a nuestro grupo.

—*Stillgestanden!* —gritó nuestro jefe.

El coloso, el capitán, saludó con un gesto lento, pero firme. Luego se nos acercó y recorrió el grupo mirando fijamente a cada uno de nosotros. Nos llevaba una cabeza a todos. Ni siquiera Halls llegaba a aquel impresionante personaje. Cuando nos tuvo petrificados con su mirada increíblemente dura, retrocedió y se juntó con los dos *felds*, que permanecían más quietos que el tronco del cedro de Jussieu.

—BUENOS DÍAS, CABALLEROS. (Estas palabras tenían una resonancia de postes que se fueran hincando en la tierra). VEO EN VUESTROS SEMBLANTES QUE HABÉIS PASADO UN EXCELENTE PERMISO. ME ALEGRO POR VOSOTROS. (Hasta los pájaros parecían haberse callado ante aquella voz estentórea). PERO MAÑANA DEBERÉIS PENSAR EN LA TAREA QUE NOS PREOCUPA A TODOS.

Una compañía polvorienta llegaba del exterior. —A un gesto de su jefe de grupo, se detuvo bajo el portal para no interrumpir el discurso del *hauptmann*.

—A partir de mañana, el gran adiestramiento, que hará de vosotros los mejores combatientes del mundo, empezará. *Feldwebel* —prosiguió más alto aún—. Diana al salir el sol mañana para la nueva sección.

—*Jawohl, Herr Hauptmann.*

Yo sirvo.

—Buenas noches, caballeros.

Iba a dar media vuelta cuando cambió de parecer. Con un simple gesto con un dedo hizo avanzar a la compañía polvorienta que seguía esperando. Cuando los recién llegados, con los torsos desnudos grises de polvo, estuvieron a nuestra altura, los hizo detenerse con otro pequeño gesto.

—He aquí nuevos amigos —dijo dirigiéndose tanto a unos como a otros—. Saludaos, por favor.

Trescientos tipos, con unas caras demacradas por la fatiga, de la marcha, hicieron media vuelta a la derecha y nos saludaron a los gritos de:

—¡Gracias, camaradas, por haber venido vosotros también!

Les presentamos armas y el capitán se fue después de haber hecho un pequeño gesto de satisfacción con la cabeza. Apenas se había alejado cuando los *feldwebel* que lo acompañaban nos empujaron hacia nuestros barracones, como si de repente se hubieran vuelto rabiosos.

—Cuatro minutos para instalarlos —gritaron.

Olvidando las fatigas de la marcha, estábamos otra vez cuadrados al pie de nuestras literas de dos pisos. Nuestros suboficiales, aterrorizados, pasaron lista ante los ojos de los dos *feld* del campamento. Estos nos dieron entonces unas explicaciones referentes a la limpieza y a la disciplina que esperaban de nosotros. Después nos aconsejaron dormir, aunque todavía fuese temprano, pues al día siguiente necesitaríamos todas nuestras fuerzas. Sabíamos que, en el Ejército alemán, aquellas palabras tenían un significado con frecuencia superado por la realidad. La palabra fatiga, allí, no tenía nada que ver con la fatiga de las gentes que he conocido después de la guerra. Podía consumir a un hombre de buen peso —setenta kilos— hasta reducirlo a cincuenta y cinco en algunos días. Cuando los dos cocos hubieron desaparecido dando un portazo, nos miramos, perplejos.

—Esto no parece muy divertido —dijo Halls que ocupaba la cama de abajo.

—¡Vaya que no! ¿Has visto el *hauptmann*?

—Sólo le he visto a él —prosiguió mi amigo—, y ya temo el día que tendré que recibir su pie en el culo.

Fuera, una sección con uniforme camuflado de combate salía, sin duda, para un ejercicio nocturno.

—Dispénsame, Halls, pero tengo que escribir a alguien. Lo haré mientras no sea aún de noche.

El *feld* nos había avisado que no debíamos encender velas sin motivo después del toque de queda.

—Bueno —contestó Halls—, te dejo con tus preocupaciones.

Apresuradamente saqué el pedazo de papel que no había logrado llenar durante todo el trayecto, y empecé febrilmente una carta para Paula.

Mi querido amor...

Conté a Paula el viaje y nuestra llegada al campamento F.

Todo va bien, Paula, y no pienso más que en ti. Aquí, todo está en calma.

No olvido ninguno de nuestros momentos y ardo en impaciencia ante la idea de volver a verte.

Te quiero intensamente.

El sol enrojecía levemente la copa de los árboles cuando la puerta giró contra el tabique del dormitorio, como si los soviets hubiesen estado detrás. Un *feldwebel* sacaba de un silbato unos sonidos agudos que nos sobresaltaron.

—Treinta segundos para ir a los abrevaderos —gritó—, y todos en cueros delante del barracón para la gimnasia.

Ciento cincuenta tíos se abalanzaron al agua fresca de los abrevaderos situados al otro lado de las construcciones. Más lejos, a la luz del día apenas levantado, se arrastraban unos soldados a las órdenes de otro perro de presa.

En un santiamén estuvimos limpios y alineados delante del barracón. Afortunadamente estábamos a primeros de julio, y no teníamos que padecer frío. Entonces, el *feld* designó a uno de nosotros y le ordenó que nos hiciera ejecutar un movimiento de cultura física hasta su regreso. El movimiento consistía en abrir los brazos en varios sentidos, en tocarse la punta de los pies, en tocar luego el suelo a derecha e izquierda lo más lejos posible y en volver a empezar.

—¡Vamos! —dijo antes de alejarse—. ¡Prohibido pararse!

Durante largos e interminables minutos, tal vez quince, azotamos el aire así.

Cuando el *feldwebel* reapareció y nos mandó parar, la cabeza nos daba vueltas.

—Tenéis cuarenta y cinco segundos para estar otra vez aquí con el uniforme de combate. *Raus!*

Y cuarenta y cinco segundos más tarde, ciento cincuenta cascos de acero sobre las cabezas de ciento cincuenta muchachos, cuyo pulso latía hasta estallar, estaban alineados frente a la bandera. Entonces trabamos conocimiento con *Herr Hauptmann* Frink y sus temibles métodos de

adiestramiento. Llegó con pantalón de montar con badana y *schlague* bajo el brazo.

—*Stillgestanden!* —ordenó el *feld*.

El capitán se detuvo a la distancia conveniente, dio media vuelta despacio y saludó a la bandera. Sonó la voz de «¡Presenten armas!».

—En su lugar, descanso —dijo pausadamente el gigante volviéndose hacia nosotros.

—*Feldwebel*, hoy no hará usted más que acompañarme. En honor de la nueva sección, yo mandaré el ejercicio.

Cambió lentamente de posición y miró un instante el suelo iluminado de sol. Luego irguió violentamente la cabeza:

—¡Firmes!

Obedecemos en una centésima de segundo.

—Muy bien —dijo melosamente acercándose perezosamente a la primera fila—. Caballeros... tengo la impresión que han escogido ustedes demasiado pronto su carrera de infante. Seguramente no saben que aquí, en la infantería especializada, no existe ninguna relación con lo que han aprendido en los servicios auxiliares que han dejado voluntariamente. Ninguno de ustedes parece estar constituido para esta tarea. Espero equivocarme y que demuestren ustedes lo contrario. Espero que no me obligarán a mandarlos a una unidad disciplinaria para enseñarles que se han equivocado en su juicio.

Nosotros escuchábamos, impresionados, con la cabeza vacía. Él prosiguió con voz más fuerte:

—La tarea que todos ustedes deberán asumir tarde o temprano exige más de lo que seguramente habrán supuesto. No se trata de saber manejar simplemente un arma y tener una moral elevada, sino que hace falta mucho valor, arrojo, perseverancia, aguante, resistencia en cualquier situación. Nosotros, los de la *Gross Deutschland*, tenemos derecho al parte oficial publicado en todo el Reich, y eso no es otorgado a todo el mundo. Para hacerle honor, necesitamos hombres y no cabezas de enterrador como vosotros. Os prevengo que aquí todo es difícil, que no se perdona nada y que cada uno ha de tener sus reflejos en consecuencia.

No sabíamos ya qué cara poner.

—¡*Firmes!* —prosiguió—. ¡*Cuerpo a tierra!*

Sin reflexionar un instante, nos echamos todos en el suelo arenoso. Entonces el capitán Fink se acercó, como un paseante en la playa, y caminó sobre el piso humano. Mientras continuaba su discurso, sus botas, con la carga de sus ciento veinte kilos por lo menos, pisaban los cuerpos paralizados de terror de los muchachos de nuestra sección. Los tacones del oficial se posaban despacito sobre una espalda, una nalga o una mano, y nadie rechistaba.

—Hoy —prosiguió—, voy a acompañarles a un pequeño paseo y juzgaré sus aptitudes. Después mandó formar un grupo de cien y otro de cincuenta. —Hoy, caballeros— dijo finamente, dirigiéndose al grupo de cincuenta del que ni Halls ni yo formábamos parte, —tienen ustedes el privilegio de ser supuestos heridos. Mañana les tocará a ustedes ocuparse de sus camaradas. Sección de heridos. ¡*Cuerpo a tierra!*

Después se volvió hacia nosotros:

—En grupos de a dos, cargad con los heridos.

Halls y yo cargamos, por el procedimiento de la silla de la reina, con un mozarrón crispado de ochenta kilos por lo menos. Luego el capitán Fink nos guio hacia la salida. Caminamos así hasta una pequeña ondulación que nos parecía distar un kilómetro. Empezábamos a tener los brazos segados por el compañero que poco a poco se acostumbraba a aquella situación. Al llegar a lo alto del montículo, tuvimos que bajar por el otro lado. Nuestras botas chirriaban y tropezábamos a cada momento en la pendiente bastante escarpada. «¿Cuándo terminará este juego?», pensábamos. El calor había llegado y chorreábamos sudor sobre los uniformes. Algunos soldados agotados soltaban su carga y dejaban caer a la pretendida víctima. Cada vez, Fink, ayudado por su *feld*, hacía salir al grupo debilitado y lo dividía para un servicio más rudo aún: un hombre solo se cargaba otro a la espalda. Al final de la pendiente, sentí que me tocaría el turno.

—No puedo más, Halls, me duelen las muñecas, voy a soltarlo —murmuré.

—¡Estás loco! Hay que aguantar, ¿o prefieres llevar uno tú solo?

—Ya lo sé, Halls, pero es más fuerte que yo —dije verdaderamente derrengado.

—¡Vamos, adelante! —proseguía el capitán—. *Los, los!*

Halls me trituraba las muñecas en sus manos robustas para evitar que me desasiese. Detrás, unos soldados jadeantes tropezaban en el suelo pedregoso transportando a un camarada además de todo el equipo.

El *feld*, gritando como un condenado, intentaba reanimarlos. Halls, a pesar de que era mucho más fuerte que yo, rechinaba los dientes, y ríos de sudor le corrían por todos los pliegues de la cara.

—Lo siento, muchachos —murmuró el tipo que transportábamos—. Me gustaría más andar solo.

Pese a nuestras dificultades, llegamos a otra colina boscosa que tuvimos que escalar a costa de unos esfuerzos insoportables. Detrás, un poco más lejos, los desgraciados que llevaban solos la carga, se tambaleaban lamentablemente, perseguidos siempre por el *feld*. El capitán nos observaba sin quitarnos ojo de encima. A cada momento esperábamos que por fin nos llegase la orden de alto, pero cada momento era seguido de otro más doloroso aún. La sangre ya no circulaba por mis manos trituradas bajo el peso.

—No puedo más... Suéltame.

Halls, suéltame. Halls no contestó y apretó los dientes. El dolor se había vuelto insoportable y solté la presa que Halls mantenía haciéndome sufrir horriblemente. Los grupos deshechos soltaban la carga un poco en todas partes. El capitán hacía reformar grupos de a dos.

Y nos tocó a nosotros.

Agité mis manos vacías de sangre exhalando un prolongado quejido. La sombra gigantesca del *hauptmann* se acercó a mí y tuve que cargar sobre mi frágil espalda con un muchacho más pesado que yo. El cambio de postura mejoró, sin embargo, la situación. Con un zumbido que me taladraba la cabeza, reanudé la marcha.

Cerca de una hora continuó el suplicio hasta que todos estuvimos a punto de perder el conocimiento, hasta el extremo límite de nuestras fuerzas que el capitán Fink seguía suponiendo un poco más lejos. Después, por fin, decidió adiestrarnos en otro ejercicio.

—Puesto que me parecéis fatigados, voy a proponeros un ejercicio tendido en el suelo a fin de que descanséis. Imaginad —dijo sintiéndose

poeta— que allá, detrás de aquel montículo, casi a un kilómetro, se halla emplazado un nido de resistencia bolchevique. Imaginad, además, que tenemos buenas razones para apoderarnos de él, e imaginad que si vais de pie los bolcheviques se encargarán de tumbaros. Entonces, vais a tenderos en el suelo y arrastraros hasta allí. Yo saldré delante y dispararé sobre todo lo que vea. ¿Entendido? Lo miramos, estupefactos.

El alto *hauptmann* se adelantó y desenfundó la pistola que llevaba al cinto. El tiempo que invirtió en llegar al montículo fue uno de los raros momentos que tuvimos para respirar un poco durante aquellas tres semanas de adiestramiento. Sin quitar ojo al *hauptmann*, que iba a ponerse en posición, una idea fija obsesionaba nuestras mentes. ¿Habíamos oído bien?

A una orden del *feld* echamos cuerpo a tierra y la ruda ascensión comenzó. El *feld* salió corriendo a reunirse con el capitán. Halls se arrastraba a mi izquierda. El punto al que teníamos que llegar nos parecía, una vez tumbados, más distante aún. Cuando hubimos recorrido aproximadamente las cuatro quintas partes del terreno, se nos apareció la silueta todavía pequeña del capitán.

Y enseguida comenzó su tiroteo. Preguntándonos lo que nos pasaba, tuvimos un momento de vacilación antes de continuar. Pero el silbato del *feld* seguía recordándonos que debíamos avanzar. El capitán, sin duda, había recibido órdenes de no cascar a sus soldados, si no, creo que no habría titubeado en hacer blanco.

Las balas de su pistola silbaron entre nosotros hasta que hubimos llegado al sitio fijado. Aquel juego, por supuesto, no carecía de peligro. En el transcurso de los veinte y pico de días de adiestramiento, enterramos, al son de *Yo tenía un camarada*, cuatro de nuestros compañeros, víctimas de accidentes denominados de formación. Hubo también una veintena de heridos, que sufrían un gran rasguño infectado a consecuencia de haber atravesado una red de alambradas, o haber recibido un balazo en el cuerpo y hasta haberse triturado un miembro entre los rodillos de un carro de adiestramiento. Reanimamos asimismo a los dos ahogados en la travesía de un estanque en balsas hechas con viejas traviesas de ferrocarril que apenas flotaban. También hicimos marchas interminables, por supuesto. Especialmente un día, tuvimos que seguir la orilla de un gran estanque

durante unas horas, mientras una sección en posición de tiro disparaba contra la orilla obligándonos a chapotear hasta la barbilla. No me cuesta nada decir que en aquel juego todos agachábamos la cabeza. Nos adiestraron en el lanzamiento de granadas ofensivas y defensivas sobre un terreno cuidadosamente preparado. Hubo adiestramientos de bayoneta, ejercicios de equilibrio, en los que uno de cada cinco se rompía la crisma, y de aguante en determinada postura, que duraban un tiempo horroroso. Por ejemplo, un día nos hicieron entrar en una tubería que debió de haber servido para canalizar gas en alguna gran ciudad. Formaba dos codos, y los muchachos que ocuparon el centro conocieron las angustias de la claustrofobia. Y mil pruebas más. Había que tener en cuenta, además, el tiempo previsto para el adiestramiento. Este, que prácticamente no acababa nunca, duraba treinta y seis horas, con interrupciones de tres medias horas para engullir el contenido de nuestras escudillas y volver a presentarnos limpios y ordenadamente a las filas. Al cabo de las treinta y seis horas, podíamos disfrutar de ocho de descanso. Después nos esperaban otras treinta y seis, y todo volvía a empezar. A veces, una falsa alarma venía a arrancarnos de nuestro sueño de plomo, obligándonos a presentarnos en el patio completamente equipados en un tiempo récord para ser enviados nuevamente a nuestros incómodos camastros. Durante los primeros días sufrimos un verdadero martirio. Nadie tenía derecho a hablar. A veces, algunos muchachos caían agotados y ello añadía una carga a la sección, que debía, a bofetadas o rociándolo, hacer poner en pie al desfallecido camarada.

Algunas veces, un soldado volvía al campamento en un estado de fatiga extrema, sostenido por otros dos. En principio, a quinientos metros del campamento, debíamos formar correctamente y entrar al paso cantando como si volviéramos de un paseo bienhechor. Una noche, a pesar de las regañinas, a pesar del miedo de los castigados al calabozo, nos resultó imposible adoptar la actitud que el *feld* exigía. Furioso, se vio obligado a arrastrar una larga fila de tipos medio dormidos hasta delante de la bandera, antes de perseguirnos en los barracones donde nos desplomamos con el equipo puesto, la boca seca, la cabeza traspasada de dolor. Nada hacía parar nada en el campamento F. El capitán Fink iba hasta el fin. Hasta que las

enciás sangran por sí solas, hasta que la fatiga os pellizca la nariz y desfigura el rostro. Hasta que las punzadas que sentís en la cabeza os hacen olvidar las enormes ampollas de los pies que anuncian el calvario del día siguiente. ¡No habría servido de nada pedir clemencia! No se habría recibido más que una sola respuesta: *Auf marsch! marsch!*

Hubo el calor tórrido de ese verano ruso que sucede al invierno casi sin primavera. Hubo las tormentas y sus cataratas de lluvia como para ahogarnos. Hubo hombros menos fuertes que los vuestros que soportaron la lluvia, las lastimaduras del correa, el punto doloroso y preciso que sostiene el fusil. Hubo los golpes, el *schlague* para muchos. Las escudillas medio colmadas de una comida desabrida. Hubo el miedo de no quedar bien y el batallón disciplinario. Hubo la obsesión de quedar bien y ser un héroe muerto. Hubo las mentes vacías de todo pensamiento, los ojos extraviados de los camaradas que no veían más que la tierra por la que se debía andar sin descanso. Hubo asimismo dos cartas de Paula que mis ojos cargados de fatiga no pudieron leer de una manera inteligible. Y además, la mordedura de mis remordimientos por no haber logrado, a pesar de todo, encontrar la fuerza de contestar durante mis ocho horas de reposo.

A tres mil kilómetros al oeste, había seres que lloriqueaban, según parece, porque no podían beber alcohol en las tabernas parisienses a ciertas horas y, por mi desgracia, esto me hizo reír cinco años más tarde. Entonces, los tipos que habían padecido aquella abstinencia me cayeron encima a brazo partido y volcaron su rencor una noche en el castillo de Vincennes.

Los alemanes cometieron un gran error durante toda aquella guerra. Fue hacer que sus soldados llevasen una vida peor que la de los prisioneros en vez de concedernos el derecho de violación y de saqueo por los que hemos sido juzgados en fin de cuentas.

Un día hubo un ejercicio de defensa y de contraataque anticarros. Como ya nos habían enseñado a cavar refugios individuales en un tiempo limitado, no tuvimos ninguna dificultad para abrir en la tierra blanda una trinchera de ciento cincuenta metros de longitud por cuarenta y cinco o cincuenta centímetros de anchura y un metro de profundidad. Después, a una voz de mando, bajamos a ella en apretadas filas con prohibición de salir bajo ningún pretexto. Entonces, cuatro o cinco Mark III avanzaron

perpendicularmente a nuestra obra y lo cruzaron a diferentes velocidades. Por el propio peso, los ingenios se hundían naturalmente de diez a doce centímetros en la tierra desmenuzable. Cuando sus monstruosas orugas araban el borde de la trinchera, a pocos centímetros de nuestras cabezas, gritos de espanto se nos escapaban a cualquiera de nosotros. Todavía hoy, mi mirada queda fascinada por las orugas de un plácido *bulldozer* al recordar aquellos impresionantes momentos. También nos adiestraron en el manejo de los peligrosos *panzerfaust* y en el ataque a carros con minas magnéticas. Para esto, bastaba con esconderse en un hoyo y esperar que el carro pasara cerca para meter entre el armazón y la torreta un artefacto sin espoleta por si acaso. Cuando el carro llegaba de cara sólo podíamos salir del hoyo cuando se encontraba a cinco metros. Entonces, con una precipitación de desesperado había que saltar frente al terrorífico ingenio, agarrar el gancho de remolque de la derecha, izarse sobre el capó, colocar la mina en la juntura del armazón y la torreta, y dejarse caer a la derecha del carro en un revolcón magistral. Yo no tuve que minar ningún tanque de frente, a Dios gracias. Pero Lensen, que, un poco a causa de esto, fue nombrado *ober* y después sargento, nos hizo una demostración que ningún filme de suspense había igualado hasta entonces. Aquel aplomo le valió, por otra parte, un fin horrible un año y medio más tarde.

Para aquellos que hubiesen tenido alguna veleidad de individualismo o de desobediencia, había en el patio una especie de cabaña hecha solamente de un techo sostenido por unos grandes postes. Unas cajas vacías servían de banquillos. Era el refugio de los castigados, familiarmente denominado: *Die Hundehütte*. No tuve ocasión de ver ni un solo castigado, pero supe, de todos modos, en qué consistía la prueba. Nada que ver con los tabucos en Francia donde el preso ronca a sus anchas durante días en un jergón de paja. Allí, los castigados se pasaban los días de maniobras como los demás; sólo que, al cabo de treinta y seis horas de ejercicio, les conducían a la *Hundehütte*. Los encadenaban, con las muñecas a la espalda, a una gruesa viga transversal y tenían que pasar sus horas de reposo con el culo sobre una caja. El rancho les era servido en una gran escudilla para ocho en la que tenían que comer lamiendo como los perros, por tener las manos trabadas. Vale decir que al cabo de dos o tres estancias en aquel chalet, el desdichado,

aplastado ya de fatiga a quien negaban un reposo absolutamente necesario, acababa en un estado de coma que por fin ponía término a sus sufrimientos. Entonces era hospitalizado. Una historia horrible circulaba por el campamento. Se trataba de un tal Knutke que se había rebelado. Había pasado, según parece, seis veces su descanso en la choza y se negaba, a pesar de los golpes, a seguir a su sección durante el adiestramiento. Un día llevaron el moribundo al pie de un árbol y lo fusilaron. «La choza conduce a eso —decían los soldados—, así es que hay que evitar la choza». Y a pesar de los gemidos, todo el mundo obedecía.

Lo más sorprendente es que en aquella época estábamos persuadidos de ser unos inútiles y de que nunca seríamos buenos soldados de verdad. A pesar de nuestra vida imposible, procurábamos, llenos de buena voluntad, superarnos. Pero *Herr Hauptmann* Fink tenía un concepto de la superación que le exponía a uno a llevarlo al umbral de la muerte.

A mediados de julio, precisamente unos días antes de la batalla de Bielgorod, el capitán comandante del campamento F nos consagró infantes. Entonces tuvimos, en el curso de una ceremonia al aire libre, que prestar juramento al Führer. La sección estaba formada en posición de firmes ante un estrado de troncos, empavesado con banderas, donde se hallaban los oficiales del campamento. Uno tras otro, debíamos salir de la fila, caminar al paso de la oca hasta la altura del estrado, dar frente y avanzar hacia este. Llegados a una distancia reglamentaria, es decir a siete u ocho metros aproximadamente, debíamos cuadrarnos otra vez y pronunciar en voz alta e inteligible:

Juro servir a Alemania y al Führer hasta la victoria o la muerte.

Después, tras haber hecho izquierda, debíamos volver a la fila de los que habían prestado juramento y que, muy emocionados, se aprestaban, como caballeros cristianos ante Jerusalén, a convertir bolcheviques.

Para mí, que sólo soy medio alemán, la ceremonia tuvo más importancia aún. A pesar de las pruebas que nos habían impuesto, mi vanidad se sentía halagada de haber sido, igual que los otros, consagrado alemán y verdaderamente digno de llevar armas.

Después, ¡oh milagro!, Fink mandó distribuir a cada uno un vaso de vino muy bueno. El digno *hauptmann* levantó luego su vaso con nosotros en medio de los *Sieg Heil*. Después, pasando entre nosotros, nos estrechó la mano, nos dio las gracias y proclamó que también estaba contento de sí mismo. Mandaba buenos soldados a la división. No sé si seríamos buenos soldados, pero la verdad es que habíamos pasado horas muy amargas. Habíamos perdido muchos kilos y esto se notaba en nuestros ojos hundidos y en nuestras mejillas chupadas. Pero todo estaba previsto. Antes de abandonar el campamento, nos concedieron dos días de reposo completo que aprovechamos bien. Apenas parecerá creíble que, cuando abandonamos el campamento, cada uno de nosotros sentía en el fondo de sí mismo cierta admiración por *Herr* Hauptmann. Todos nosotros, en realidad, soñábamos con ser algún día un oficial del mismo temple.

Capítulo VI

Y ESTO FUE BIELGOROD

Una calurosa noche del verano 1943 nos encontramos en los alrededores inmediatos del frente. Bielgorod había vuelto a caer, hacía poco, en manos de los rojos que, desde entonces, instalaron sus avanzadillas más allá de los arrabales de la ciudad, en nuestras propias fortificaciones. La calma del frente era casi general, desde Jarkov a Kursk, pasando por Bielgorod. Los rusos, después de una agotadora campaña que prácticamente no había cesado desde que nos vimos obligados a evacuar el triángulo Bielgorod-Voronez-Jarkov, recobraban aliento y rescataban sus muertos incontables, antes de desbordar una vez más nuestras posiciones en septiembre. Jarkov seguía en poder nuestro a resultas de la carnicería de Slaviansk, y la penetración por el frente del extremo sur había sido detenida, por fin, en un inmenso encuentro alrededor de Krementchug y el mar de Azov.

Los soviéticos habían remontado la pendiente y habían obligado a las tropas rumanas y alemanas a retirarse de la estepa de los kalmukos y del Cáucaso. Nos habían rechazado al otro lado del Donetz, pero la situación no estaba todavía en sus manos y nuestros contraataques rotundos pulverizaron muchas veces sus esfuerzos insensatos. En la historia de aquellos contraataques del Ejército del Reich, figura el de Bielgorod que sigue a los de Jarkov y de Stalino. Sesenta mil *feldgrauen* participaron en la batalla de Bielgorod en la que me vi envuelto. Dieciocho mil *Hitlerjugend* habían acudido especialmente de los acuartelamientos de Silesia para recibir su bautismo de fuego en aquel desigual combate donde pereció un tercio de ellos. Me acuerdo de su llegada en columnas rozagantes, dispuestos a todo.

Algunas unidades enarbolaban banderines en los que se podía leer, bordada en letras de oro, la inscripción «JUNGE LÖWEN», o «EL

MUNDO NOS PERTENECE». Vimos llegar secciones de ametralladores, regimientos de Infantería con los pechos cargados de cartucheras y granadas y motorizados con sus pesados atalajes. La llanura estaba cubierta de *feldgrauen*, y durante tres o cuatro días siguieron llegando más, y más...

Después, todo se calmó. Regimientos, secciones y grupos fueron encaminados hacia puntos precisos. Y fue la instalación y la vela de armas. Una vez más, hablo como si nosotros hubiésemos estado al corriente del futuro ataque. En realidad, asistíamos a todos aquellos preparativos como si se hubiera tratado simplemente de la agitación normal y cotidiana del frente.

Con mis compañeros, seguía siendo empleado regularmente, como en el pasado, en treinta y seis mil tareas que nos recordaban un poco los tiempos de la Rollbahn. Hacía un calor insoportable, y la hierba amarilla y reseca de la estepa no lograba fijar las nubes de polvo que el menor desplazamiento provocaba.

Por la noche, nos reuníamos alrededor de grandes fogatas para discutir o cantar. El frente estaba a unos veinticinco kilómetros, y nadie nos prohibía encender fuego. En aquella época tuve ocasión de mantener una correspondencia abundante con mi pequeña Paula a la que de ningún modo había olvidado.

Después, una tarde, hubo una gran formación para nuestro grupo. Nos distribuyeron ciento veinte cartuchos por fusil y cuatro granadas ofensivas. Fuimos constituidos en grupos de choque y de protección con ocho camaradas más y un suboficial. Halls, pues hacíamos todo lo posible para seguir juntos, fue nombrado ametrallador. Nuestro grupo estaba formado, pues, por dos ametralladoras *spandau*, tres fusiles entre los cuales había el mío, dos granaderos armados de subfusil y de un pesado paquete de granadas, y un suboficial. Fuimos conducidos en silencio y con mil precauciones a uno de los numerosos refugios que había junto a una granja, muy cerca de la línea del frente. Una sección blindada de la *Gross Deutschland* se encontraba también allí. Tanques pesados *Tiger* y grandes obuses remolcados por tractores, admirablemente camuflados, estaban allí, inmóviles bajo unos follajes reales o artificiales. Pasamos ante una mesa instalada al lado de las edificaciones, donde un chupatintas de uniforme

anotaba nuestras filiaciones en un gran libro. En otra mesa, un *oberleutnant* de Caballería estudiaba un mapa, rodeado de sus oficiales de fuerzas *panzer* y de algunos suboficiales en posición de firmes. Siempre con precisión, y según lo indicaba el papel en el cual nuestro destino había sido trazado, fuimos conducidos fuera de la granja. Inmediatamente después del límite de un bosque, reconocí las anchas trincheras de comunicación que conducían a los blocaos de primera línea. Cada uno de nosotros pensó, sin duda, lo mismo: «¡Esta vez ya estamos!». Por todas partes iban grupos a tomar posiciones.

Formábamos la 5.^a compañía. En ángulo recto nos encaminamos por una trinchera de comunicación que nos condujo al bosque. Los muchachos de ingenieros debían de haber sudado para abrir aquella trocha a través de las raíces. En todas partes, nos cruzábamos con secciones estacionadas en un refugio cualquiera que ellas mismas estaban perfeccionando. Eran aproximadamente las seis de la tarde y el calor agotador de la jornada comenzaba a atenuarse.

Seguimos la trinchera que salía del bosque y zigzagueaba a través de una leve ondulación en cuya cima se alzaban otros matorrales. Un oficial, sumido en la contemplación de un mapa, nos indicó nuestro camino. Torcimos a la izquierda, y nos encontramos de nuevo bajo la cobertura de los bosques. Allí hacía un calor peor todavía que en terreno descubierto. En todas partes, muchachos sudorosos se atropellaban y buscaban sus posiciones respectivas. Llegamos, por fin, a un gran refugio medio cubierto, atestado de jóvenes soldados de las juventudes hitlerianas.

—¡Alto! —ordenó el suboficial que nos guiaba—. Repartíos por ahí, iréis a ocupar vuestras posiciones cuando se os dé la orden. Vuestro *feldwebel* os explicará vuestro cometido.

Nos saludó y nos dejó con los *Hitlerjugend*. Estos, apretujados unos contra otros, sentados en el suelo o en cuclillas, conversaban alegremente. Me uní con Halls que acababa de dejar su MG-42 y se secaba el sudor de la frente.

—¡Vaya! —dijo—. El mauser me fastidiaba menos. Este demonio de artefacto pesa lo suyo.

—Me quedo contigo, Halls. Formamos parte del mismo grupo.

Y comparamos nuestras dos manos izquierdas en las que había sido marcado con tampón el mismo «5 K. 8».

—¿Qué quiere decir esto? —preguntó Olensheim, que acababa de acercarse.

—Número de grupo, *gefreiter* —bromeó Halls—. Si no eres del octavo no te conocemos.

Inquieto, Olensheim se miró la mano.

—Número 11, gran cerdo... ¿Tú estás en el secreto militar?

—Yo, no —dijo Halls con igual tono guasón—, pero pregúntaselo al cabo Lensen, que debe de estar al corriente.

—Vamos de merienda —se burló Lensen, descontento en el fondo de que su grado no le permitiese estar en el secreto de los dioses.

Un joven hitleriano, bello como una chica (como una chica bella, por supuesto), se acercó.

—¿Son leales en el combate los soviéticos? —preguntó como un futbolista que se informa acerca del equipo adversario.

—¡Mucho! —exclamó Halls con el tono de una anciana señora en un salón de té.

—Os lo pregunto porque pienso que sois veteranos —dijo, a pesar de que estaba claro que teníamos la misma edad que él.

—Un buen consejo, joven —dijo Lensen a fin de que su minúsculo grado le sirviese de todos modos para algo—. Dispare usted sobre todo lo que sea ruso, sin reflexionar. Los rusos son los peores canallas que la tierra ha aguantado nunca.

—Entonces, ¿los rusos atacarán? —preguntó Olensheim, pálido.

—Nosotros atacaremos antes —contestó el guapo joven sin que lograra endurecer su rostro de madona.

Y se volvió hacia sus camaradas.

—¿Es que alguien nos pondrá al corriente, por fin? —preguntó Lensen con la intención de ser oído por el *feldwebel*.

—¡Cierra el pico ya! —gruñó un veterano de veras, que estaba tumbado cuan largo era—. Pronto sabrás en qué rincón la vas a palmar.

—¡Fuera! —gritaron los *Hitlerjugend* que estaban más cerca—. ¿Quién es el cagón que habla así?

—¡Que os zurzan a vosotros, mequetrefes! —continuó el veterano, un robusto mozarrón de unos treinta años que debía de llevar varios años de servicio auestas—. Ya os oiremos gimotear al primer rasguño.

Uno de los *Juger Löwen* se puso en pie y se acercó al veterano.

—Caballero —dijo con el tono de suficiencia que suelen tener los estudiantes de medicina o de leyes—, explíquese sobre esa actitud derrotista que mina la moral de todos.

—Déjame roncar —gruñó el otro, a quien la fina verborrea del guapo no parecía haber impresionado mucho.

—Le ruego una vez más que se explique —insistió el muchacho.

—Digo que sois unos mequetrefes y que cuando hayáis recibido un morrón empezaréis a reflexionar.

Otro de los jóvenes hitlerianos se puso de pie como impulsado por un resorte. Su semblante era regular y firme y sus ojos grises reflejaban una determinación inquebrantable. Creí que iba a abalanzarse sobre el veterano que no miraba a nadie.

—¿Cree usted que salimos de las faldas de nuestras madres? —dijo con una voz que no correspondía a su mirada—. Hemos aprendido a endurecernos por lo menos tanto como usted en nuestros campamentos. Todos hemos formado pelotones de aguante.

Y dirigiéndose a uno de sus camaradas, le dijo:

—Rümmer, pégame en la cara.

De un salto, Rümmer estuvo en pie. Su puño nervioso y robusto alcanzó la boca de su camarada. Este se tambaleó por el choque, y luego se plantó delante del veterano que se había decidido a mirarle. Dos hilillos de sangre clara resbalaban rápidamente de la boca a la barbilla del *Juger Löwen*.

—Los mequetrefes encajan tan bien como los burgueses cagones de vuestra clase.

—Ya está bien —dijo el viejo que no estaba dispuesto a recibir golpes antes de la hora H—. Sois unos héroes. Se volvió y trató de dormir.

—En vez de pelearos —dijo el *feld* de nuestro grupo—, escribid a la familia. El correo será recogido dentro de poco.

—Eso es verdad —dijo Halls—. Voy a escribir una carta para mis padres.

Hacía dos días que había empezado una carta para Paula que no había encontrado medio de acabar. Añadí algunas frases cariñosas y cerré el sobre. Cuando se tiene pánico, se piensa ante todo en la madre, y aquel pánico iba aumentando en mí aquella víspera de ataque. Como cada vez sentía más, decidí ponerle algunas letras a mi familia, a mi madre en particular, a la que tenía ganas de confiar mi angustia. Por escrito me resultaba más fácil. Cara a cara siempre me dio vergüenza confesar, incluso los pecadillos, a mis padres. A menudo les he reprochado no haberme ayudado nunca a hacerlo. Aquel día, por escrito, me atreví a expresarme.

Queridos padres y tú mamá:

Sé que me guardáis un poco de rencor por no daros más a menudo noticias mías. Ya expliqué a papá que la vida activa que llevamos aquí no nos dejaba mucho tiempo para escribir.

(Mentía, pues desde mi regreso de permiso había escrito lo menos veinte cartas a Paula y una sola a mi familia).

En fin, voy a intentar hacerme perdonar dándoos hoy explicaciones sobre mis actividades. Hubiese podido escribirte en alemán, mamá, pues hago auténticos progresos en esa lengua, pero pensar en francés me descansa un poco. Aquí todo va bien, hemos terminado el adiestramiento y ahora soy un soldado de verdad.

Me gustaría que vieras Rusia. No puedes imaginarte lo enorme que es. Cuando pienso en los trigales de la región parisina, me parecen un pequeño huerto al lado de lo que hemos cruzado.

Hace tanto calor como frío hizo este invierno. Deseo no tener que pasar otro igual. No podrías creer lo que aguantamos. Hoy acabamos de entrar en línea. Todo está en calma, y pienso que hemos venido simplemente a relevar a los camaradas.

Halls sigue siendo mi mejor amigo. Con él, el tiempo pasa alegremente. Te gustará mucho conocerle el próximo permiso, a menos que sea el final de la guerra. Todo el mundo piensa que va a terminar, porque es imposible que pasemos otro invierno como el anterior.

Espero que mis hermanos y mi hermana estén bien y que el pequeño no estropee demasiado mis cosas.

Papá me dijo que la vida era bastante difícil para vosotros. Espero que eso esté resuelto y que no os falte nada. No os privéis de lo vuestro para mandarme paquetes, que aquí eso marcha casi bien.

Querida mamá, te pondré al corriente tal vez de algo delicioso que me ocurrió en Berlín: ya hablaremos de ello.

Os reitero mis afectuosos pensamientos y os beso a todos.

Cerré mi carta rosa y la deposité con la de Paula en el saco del cartero militar, imitado por Halls, Olensheim, Kraus, Lensen...

Todo estaba efectivamente en calma aquella tarde del verano de 1943. Por la noche habría, desde luego, escaramuzas entre patrullas, y nada más.

¡Era la guerra!

Algunos de los nuestros fueron requeridos para el servicio de rancho, que tomamos tardíamente. Teníamos prohibido tocar las escasas latas de conserva que habíamos recibido y que constituían nuestra reserva.

El crepúsculo comenzaba a invadirnos cuando el *feld* responsable de nuestra sección nos hizo una seña para que nos acercáramos. Enseguida formamos a su alrededor un grupo atento. Entonces, el *feld* nos habló de lo que deberíamos hacer. Nos indicó en un mapa del lugar, a escala poco reducida, varios puntos del paraje que deberíamos alcanzar con mil precauciones cuando nos los ordenasen. Después tendríamos que ponernos en posición de tiro y proteger a la infantería que no tardaría en unirse a nosotros y a rebasarnos. Luego se trató de puntos de enlace y de otras precisiones que sólo comprendí en parte. Finalmente nos aconsejó descansar, pues no nos llamaría hasta mediada la noche.

Nos quedamos mirándonos unos a otros. Aquella vez estábamos informados, íbamos a participar de veras en un combate. Un sordo presentimiento pasó por nuestras mentes, aquel cálido anochecer de verano, acompañado de la certidumbre de que algunos de nosotros morirían pronto. También un ejército victorioso tiene sus muertos y sus heridos: el propio Hitler lo había dicho. En realidad, nadie podía imaginar su propio fin. De acuerdo, habría muertos, con seguridad, pero «yo los enterraría». Nadie, a

pesar del peligro, podía imaginarse en serio mortalmente herido. No, había ocurrido a miles de otros, pero no me ocurriría a mí.

Y cada cual, pese al miedo y a la duda, se aferraba a aquella idea de conservación. Hasta los *Hitlerjugend*, que habían cultivado, durante años, la idea del sacrificio, no podían considerar a sabiendas su fin unas horas después. ¡No, no puedo creerlo! Podemos exaltarnos por una idea edificada sobre un razonamiento, estamos dispuestos a jugar fuerte, pero no podemos creer en lo peor. Si no, huimos, huimos a todo correr, porque la certeza de ser alcanzados no impide correr. Este mal cruel fue el que aquejó al Ejército alemán cuando los rusos cruzaron las fronteras rumanas, polacas, lituanas y arremetieron contra Prusia. Fue de esta certeza y de este miedo horrible que surgieron millares de héroes que, por no poder hacer nada más, tuvieron que aceptar, resignados por fuerza, morir por Alemania, por Europa, por la familia, por muchas esperanzas irrealizables y quizá también por el Führer. Así se comportaron heroicamente cuando, sin aliento, al no ser ya una solución la huida, tuvieron que aceptar el resistir a uno contra cien, sin otra perspectiva que la muerte, pues ni siquiera cabía esperar un cautiverio.

Y llegó la noche. Una suave noche de verano como todo el mundo las ha conocido. Una noche bienhechora que aportaba un poco de frescor después de una jornada tórrida. En todas partes, en los países no azotados por la guerra, las gentes debían de acomodarse frente a sus puertas y disfrutar, con algunos amigos, la dulzura de la estación. De chiquillo, con mis padres, me gustaba pasear un poco antes de acostarme. Mi padre solía decir que nunca se debía dejar pasar aquellas veladas de verano sin aprovecharlas hasta el máximo, hasta que el sueño cerrara verdaderamente los párpados. Halls me sacó de mis pensamientos.

—Mi viejo Sajer, tendremos que poner atención a nuestras cabezas, dentro de poco. Sería en verdad demasiado tonto hacernos cascar poco tiempo antes del fin de la guerra.

Todos estábamos persuadidos de que la guerra terminaría antes del invierno.

—Sí —le contesté—. Sería realmente idiota.

Tantas reflexiones obsesionaban las mentes de unos y otros de modo que no quedaba mucho espacio para las conversaciones. Cada uno se hacía

la pregunta crucial: «¿Cómo escaparé yo?».

En el fondo del refugio cubierto, un *Junger Löwen* tocaba su armónica con sordina. Las voces melancólicas de sus camaradas tarareaban quedamente la tonada. Algunas detonaciones nos sobresaltaron.

—¡Ya está! —dijimos todos.

Pero no era más que una escaramuza entre patrullas. Se elevaron unas bengalas y hubo explosiones de granadas. Después todo se calmó otra vez.

Lensen se nos acercó.

—Las primeras líneas soviéticas están aproximadamente a cuatrocientos metros —dijo—. El *feld* acaba de decírmelo. ¿Os dais cuenta? ¡Ahí al lado!

—Entonces va bien —dijo el veterano de antes—. En Smolensko los hoyos de los *popov* estaban al alcance de tiro de granada. Podemos dormir tranquilos.

Nadie le contestó.

—Yo mando el grupo 6 —continuó Lensen—. Tengo que ir hasta las narices de los Ivanos para impedirles que reaccionen cuando las oleadas de asalto ataquen. ¿Os dais cuenta?

—Igual que nosotros —dijo el sargento que debía conducirnos—. Por lo que he comprendido, tenemos que situarnos en la línea de una de sus posiciones.

Todos escuchábamos con atención, esperando que nuestra misión no entrañase mucho peligro.

—Pero los centinelas rusos nos verán —exclamó, aterrorizado, un joven llamado Lindberg—. ¡Es una locura!

—Evidentemente, será lo más difícil. Esperemos que la noche siga oscura. Además, nos han recomendado no disparar antes del asalto. Hemos de tomar posición en silencio.

—Y os olvidáis de las minas —observó el veterano que, desde luego, no dormía.

—El terreno ha sido limpiado de minas en la medida de lo posible por los disciplinarios —replicó nuestro suboficial.

—¡En la medida de lo posible! —se burló el otro—. ¡Esto me gusta! De todos modos, desconfiad, y si veis un hilo ante vuestras narices, no tiréis.

—Si sigues haciéndonos la puñeta —gruñó Lensen amenazador—, te hago dormir hasta el ataque.

Le blandió el puño ante la nariz. El veterano sonrió y no rechistó.

—Y si nos tropezamos con los Ivanos —preguntó el granadero Kraus—, ¿no nos veremos obligados a hacer uso de nuestras armas?

—En último extremo, sí —repuso el suboficial—. Pero en principio, deberemos sorprenderlos antes de que nos hayan visto y liquidarlos silenciosamente.

¿Silenciosamente? ¿Qué quería decir?

—¿Con la culata o con la pala? —preguntó Halls, con una mirada inquieta.

—Pala, bayoneta o lo que sea. Tendremos que andar listos, pero evitando dar la alarma.

—Los haremos prisioneros —murmuró el joven Lindberg.

—¡Estás loco! —protestó el suboficial—. Un grupo de choque no tiene que cargar con prisioneros durante una misión. ¿Qué haríamos con ellos?

—¡Mierda! —murmuró Halls—. ¿Habrá que apiolarlos?

—¿Tienes miedo? —preguntó Lensen.

—¡Oh, no! —respondió Halls para probar que era un hombre, pero pálido como un muerto.

Mi mirada se quedó fija en el zapapico plegable que colgaba del costado de mi alto camarada. Un *hauptmann* y su escolta nos obligaron a ponernos de pie y ceder el paso.

—¿Dónde estamos, en definitiva? —preguntó ingenuamente el pequeño Lindberg.

—En Rusia —se burló el veterano.

Nadie subrayó la broma con una sonrisa, pero el suboficial trató de situar nuestra posición. Estábamos a cuatro kilómetros al nordeste de Bielgorod.

—Voy a intentar dormir —farfulló Halls, afectado por todos aquellos preparativos.

Sin desdoblar las mantas, nos tendimos unos al lado de otros. Un brillo casi mate refulgía sobre el acero de la *spandau* que Halls había montado a lo largo de la trinchera. Con todos los arreos puestos intentamos, durante

unas horas, conciliar el sueño. No era la incomodidad de una noche al raso lo que nos impedía dormir, pues habíamos conocido muchas, sino la preocupación de lo que nos esperaba.

—¡Bah! Ya tendré tiempo de dormir cuando esté muerto —dijo en voz alta el granadero Kraus.

Se levantó y se puso a orinar contra el muro opuesto.

Mil pensamientos se arremolinaron algún tiempo más en mi mente. Finalmente logré dormirme, o mejor dormitar tal vez tres horas, hasta el momento en que desperté sobresaltado al oír el ruido lejano de un motor. Enseguida llamé a Halls y a Grumpers, el otro granadero, que dormía casi en el hueco de mi hombro.

—¿Qué pasa? —gimió, con el rostro bañado en sudor, como el mío.

—No lo sé. He creído que nos llamaban.

—¿Qué hora es? —preguntó Halls.

Eché una ojeada a mi reloj de colegial.

—Las dos y veinte.

—¿A qué hora sale el sol? —preguntó el pequeño Lindberg, que no había conseguido pegar ojo.

—Sin duda sale muy temprano en esta estación —contestó alguien.

Ruidos de motor seguían oyéndose en nuestro lado.

—¡Si esos imbéciles de motorizados siguen así, van a despertar a los ruskis!

Intentamos en vano volver a conciliar el sueño. Media hora después, hubo un ruido confuso más allá del refugio cubierto. En la oscuridad columbramos que eran unos muchachos que estaban recogiendo su material. Con las caras contraídas, intentábamos comprender lo que pasaba a veinte metros de nosotros en la prolongación de nuestra trinchera. Después se acercó un *feld* con uniforme camuflado.

—¡Grupos 8 y 9! —llamó en voz baja.

—¡Presentes! —contestaron los dos jefes de grupo.

—Dentro de cinco minutos vais a salir por el acceso C, y ocuparéis vuestras posiciones respectivas. ¡Buena suerte!

Con el índice señalaba un pequeño cartel casi invisible que, efectivamente, llevaba la letra C. Todas nuestras reflexiones pararon en

seco, y por nuestras mentes, como bajo los efectos de una anestesia, ya no pasaba nada. Cada uno empuñó sus armas y comprobó el equipo, principalmente el barboquejo del casco, como nos había enseñado el *hauptmann* Fink. Mi gran compañero se cargó su pesada ametralladora al hombro. Lindberg, que era su proveedor, arrimó su frágil figura al soldado que había de servir. Únicamente el veterano actuaba como si hubiese olvidado las instrucciones del ejercicio. Era nuestro segundo ametrallador, y en sus preparativos no había febril precipitación. Una sonrisa de resignación vagaba por sus labios. El veterano sabía bastante más que nosotros. Apoyó la ametralladora en su pierna y esperó la orden de salir.

—Quiero creer que no vas a tener deficiencias mecánicas —bromeó dirigiéndose a su arma.

—¡Grupo 8! —llamó nuestro sargento que parecía recorrido por una corriente eléctrica—. ¡Adelante! ¡Detrás de mí y en silencio!

Dimos nuestros primeros pasos hacia el campo del honor. Nos encaminamos por el acceso C y seguimos, en fila india, la zanja que conducía a los puestos avanzados.

Nuestro suboficial iba en cabeza. Detrás de él, iban Grumpers el granadero, de unos veintidós años; después Halls, dieciocho años cumplidos, y su proveedor Lindberg, que se llamaba como un héroe de la aviación y tenía casi diecisiete años, y a continuación, nuestros tres fusileros, un checo de nombre incomprensible y edad indefinible, un joven sudete cuyo nombre terminaba en «a», y yo. Detrás de mí, el veterano y su proveedor, otro muchacho asustado. El granadero Kraus, seguramente mayor, cerraba la marcha del 8.º Grupo, 5.ª Compañía, de uno de los regimientos de la División de élite *Gross Deutschland*. Avanzábamos con orden, exactamente igual que donde tanto habíamos sudado.

Ruidos indefinibles, que venían de las líneas rusas o alemanas, llegaban a nuestros oídos aguzados. Pasamos a través de las trincheras repletas de infantes que dormían bajo aquella tibia noche de verano. Luego trepamos, siguiendo a nuestro suboficial, fuera de la trinchera, en pleno bosque. El joven Lindberg, cargado como una mula, resbaló en la pared de tierra, y los cargadores de la *spelnclau* que llevaban entrechocaron. El suboficial lo agarró por el correa y le ayudó a trepar. Luego le arreó una patada en la

espinilla y lo fusiló con la mirada. Siempre en fila india, llegamos al límite del bosque. El suboficial paró en seco y nos echamos más o menos unos encima de los otros.

—¡Qué oscuro está esto! —murmuró el veterano a mi oído.

Me pareció que nuestro guía, tras habernos hecho una seña de alto, seguía adelante. Nos quedamos allí un momento, agachados, en espera de la orden de avanzar. A pesar de nuestros esfuerzos para no hacer ruido, no conseguíamos evitar los choques de toda la chatarra que transportábamos.

El suboficial volvió y reanudamos la marcha durante unos breves instantes. En la linde del bosque había vigías en hoyos individuales, silenciosos como reptiles.

Nos dejamos caer en la cavidad de la corta zanja.

—¡Cuerpo a tierra! —murmuró el sudete, que en principio iba delante de mí—. Repite.

Uno tras otro salimos de las últimas posiciones alemanas reptando por la tierra caldeada del *no man's land*. Con los ojos fijos en las suelas claveteadas del sudete, intenté nerviosamente no perder de vista lo que podía distinguir de mi camarada. De vez en cuando, unas formas negras y reptantes se me aparecían, cuando los compañeros de delante se veían obligados a salvar un accidente del terreno. En otros momentos, las suelas del que me precedía se paraban a veinte centímetros de mi nariz. Entonces una horrible ansiedad me oprimía, ¿acaso el sudete había perdido de vista al compañero de delante? Un minuto después, proseguíamos la marcha y la confianza que instintivamente sentía en el grupo aliviaba mi garganta oprimida.

En estos momentos, hasta los tipos de un natural reflexivo sienten bruscamente vacía la cabeza y sólo cuenta la rama seca y crujiente que hay que aplastar bajo el vientre sin hacer ruido. Una acuidad inaudita e insospechada de los sentidos se produce en cada uno. La tensión es tal que se cree poder sofocar los latidos del corazón.

Lentamente, progresivamente, en un silencio apenas turbado por lejanos ruidos, avanzábamos con infinitas precauciones por aquella maldita tierra rusa que habíamos pisado ya tanto.

Tuvimos que bordear una pequeña extensión de arena clara para evitar que nos localizaran. Para ello, hubimos de aplastar con nuestros cuerpos una sucesión de zarzales que de momento tomamos por alambradas enemigas. Después, llegamos a través de la oscuridad a una hondonada musgosa donde hicimos una breve parada. Nuestro sargento, que poseía un innegable sentido de la orientación, iba mentalmente de deducción en deducción, y trataba de situarse. Un olor pestilente se elevaba de aquella hondonada arenosa. Cuando nos pusimos a reptar de nuevo, me sorprendió muchísimo ver a mi derecha, a dos metros, dos soldados inmóviles. Con un gesto se los indiqué al veterano que me seguía. Este me contestó sencillamente pellizcándose la nariz. Comprendí, con espanto, que acabábamos de tropezar con dos cadáveres que se estaban pudriendo tranquilamente en espera de la fosa común.

Me pareció reptar hasta China. Media hora aproximadamente después de haber salido, llegamos a las alambradas rusas. Con el corazón palpitante, mis camaradas de cabeza abrieron un precario paso a través de la red. A cada golpe de tenaza esperábamos ver el suelo levantado por la explosión de las minas. El sudor chorreaba de nuestras caras, que nos habían obligado a tizar con el hollín del humo de los bidones de cantina. No sabría expresar la extrema tensión que a buen seguro nos hizo envejecer varios años en algunos minutos mientras nos escurríamos a razón de quince metros por hora entre la maraña de alambres de espino soviéticos.

Cuando todos nos hubimos desprendido, nos detuvimos apretujados y temblando involuntariamente. Ruidos casi distintos nos llegaron de las avanzadillas rojas. Nuestras miradas desorbitadas se cruzaron y asintieron. Ya habíamos aprendido a entendernos sin hablar. Avanzamos veinte metros más y llegamos a un montículo bajo con altas hierbas. Un rumor de conversación llegaba hasta nosotros. Las primeras líneas estaban allí, al alcance de nuestras manos, ya no cabía duda.

De repente, ante nuestros ojos incrédulos, apareció una silueta apenas clara. A quince metros aproximadamente, un patrullero soviético acababa de perfilarse y se inclinaba sobre un hoyo en el que sin duda, se encontraba uno de sus semejantes. Nuestras respiraciones se quedaron cortadas y, lentamente, con precauciones inauditas, las armas se levantaban en nuestras

manos. Dirigimos una mirada a nuestro jefe, que parecía petrificado. El ruso avanzó sin inquietud hacia nosotros y en nuestras miradas hubo una fijeza indecible.

El imprudente *popov* se contoneó sobre sus cortas botas y volvió hacia su colega. Entonces el sargento se sacó del cinto un cuchillo cuya hoja brilló el espacio de un relámpago. Lo hincó despacio en el yermo ante la nariz de Grumpers y le señaló el ruso con un dedo.

Nuestro granadero abrió desmesuradamente los ojos. Su mirada enloquecida corrió del ruso al cuchillo y al sargento. Este le incitó con el gesto, y la temblorosa mano del *landser* apretó el mango del puñal. Dirigió una postrer mirada de súplica al grupo enmudecido y se puso a reptar hacia delante. Con una ansiedad que nos obligaba a apretar los dientes para no gritar, seguimos con la mirada la oscura forma de nuestro camarada que se esfumó en la maleza.

El ruso seguía conversando, como si la guerra estuviese a mil kilómetros de él. Después dio unos cuantos pasos. Más lejos, se dejaban oír otras voces.

Fueron unos segundos desmesurados durante los cuales cada uno de nosotros olvidó su propia existencia. Y la patrulla del ruski dirigió sus pasos hacia la maleza donde debía ocultarse Grumpers. El ruso se volvió por donde vino, pero una silueta se irguió en su seguimiento. Grumpers recorrió de un salto los tres o cuatro metros que le separaban del soldado rojo. Este se volvió, sin embargo. Hubo gritos roncoss y un altercado. Desde el hoyo más distante, otros gritos rusos se elevaron. Entonces vimos distintamente la silueta de nuestro granadero rodar por el suelo.

Grumpers gritó en su desesperación:

—¡A mí, camaradas!

El ruso dio un salto de costado. El tableteo de su subfusil restalló al mismo tiempo que los relámpagos del arma rasgaban la noche. A mi izquierda, otra crepitación volvió a romper el silencio. Las balas del subfusil de Kraus persiguieron al ruso que corría aullando, hasta el montón de tierra de un refugio donde por último se desplomó.

De aquel hoyo se elevaron gritos:

—*Germanski! Germanski!*

De un salto del que no se le hubiera creído capaz, el veterano se echó hacia delante, al mismo tiempo que una granada de mango abandonaba su puño derecho. El objeto se perdió en la noche por espacio de dos o tres segundos. Luego un resplandor blanco iluminó el hoyo del que salían los gritos. Todo calló, por un instante.

A todo correr, nos replegamos paralelamente a las alambradas, mientras se elevaba un rumor. A riesgo de acabar sobre una mina o de tropezar con un tirador mujik, nos precipitamos detrás de un montículo. Jadeantes y aterrorizados, nos hundimos en una posición de defensa entre los ramajes.

—¡Brutos! —gruñó el sargento dirigiéndose a Kraus y al veterano—. Yo no he dado orden de disparar. Ahora no saldremos nunca del atolladero.

Se cagaba en los calzones igual que nosotros.

—Estábamos descubiertos, sargento —contestó Kraus—. Ese pobre Grumpers ha fallado el golpe.

En un abrir y cerrar de ojos, una decena de cohetes iluminaron aquel paraje como si fuera pleno día. Una descarga cerrada rusa taladró el aire por todas partes. Los *popov* arrojaron granadas al azar a su alrededor, igual que hubiésemos hecho nosotros.

—Estamos perdidos —lloriqueó el joven Lindberg.

—Pronto, una pala —reclamó el sudete—. Tenemos que prepararnos una posición. Van a degollarnos.

—No os mováis, partida de cagones —vociferó enérgicamente el veterano.

En nuestro desconcierto nos pusimos a obedecer al veterano cuya voz nos pareció tener más autoridad que la del sargento. Cada uno procuró estarse quieto hasta las cejas. Una bengala blanca se encendió encima de nosotros. Petrificados, aquellos cuya nariz no hurgaba el *humus* ucraniano distinguieron de golpe todo el decorado. Al fondo, el cadáver del ruso y el de Grumpers, cinco o seis hoyos antes de una posición de infantería en forma de V. Otras bengalas iluminaban igualmente los aledaños del bosque por donde habíamos empezado a reptar. Afortunadamente, un plano del montículo detrás del que estábamos refugiados escapaba a la mirada de los infantes soviéticos que se encontraban frente a nosotros. Por contra, desde

las líneas más distantes, que habíamos vislumbrado al resplandor de las bengalas, podían vernos.

Esta vez, los rusos arrojaron granadas por medio de su incomparable lanzagranadas.

—¡Dios mío! —exclamó el veterano—. Si emplean eso, estamos listos.

—Tenemos que enterrarnos —gimió Lindberg.

—¡Vete a la porra! Excava con tu tripa, pero no hagas gestos. Si no nos movemos, nos tomarán por árboles muertos.

Algo cayó con un ruido sordo a cuatro metros delante de nosotros, al otro lado del montículo. Un resplandor recortó la cresta de nuestra defensa y la tierra llovió sobre nosotros.

Los rusos ya no tiraban bengalas y las que todavía se cernían sobre nuestras cabezas se iban apagando. La infantería soviética, como de costumbre, vociferaba imprecaciones contra los soldados germánicos.

Otra granada cayó a la izquierda, muy cerca de nosotros. En medio del ruido de su explosión, percibimos el silbido de la metralla. Alguien gruñó al lado del veterano.

—¡No chilles! ¡No chilles! ¡Aguántate! —susurró el veterano con los dientes apretados—. ¡Si no callas, estamos perdidos!

Se dirigía al chiquillo que le servía de proveedor. Este se arañaba las mejillas y sus manos le temblaban. Todo su rostro se contraía de dolor.

—¡No chilles! —prosiguió el veterano agarrando el antebrazo del niño—. ¡Ánimo!

Las granadas seguían lloviendo. El chiquillo se mordía los puños y los ojos le brillaban de lágrimas.

—¡Cállate! —insistió el veterano.

Las bengalas se apagaron y volvió a reinar una oscuridad opaca.

Más lejos, al norte, otro grupo habría debido de hacerse localizar, pues había un jaleo de mil demonios. Tuvimos un instante de tregua. Luego, ruidos diversos se elevaron frente a nosotros. A fuerza de dilatar las pupilas, acabamos por distinguir algunos hombres que avanzaban paralelamente a nuestra posición. Un sudor frío resbaló por nuestros espinazos. El veterano apretaba en el puño, a diez centímetros de mi nariz, una gran granada

estriada. Una vez más, nos convertimos en estatuas de piedra. Las siluetas agachadas avanzaron hasta las alambradas y luego dieron media vuelta.

Empezamos a respirar otra vez. El chiquillo herido había hundido la cara en el suelo y procuraba sollozar lo más quedamente posible.

—Tienen tanto miedo como nosotros —murmuró el veterano—. Les obligan a ir a ver lo que ocurre, dan algunos pasos y se vuelven precipitadamente diciendo que no han visto nada.

—Despunta el día —musitó el suboficial—. Creo que podemos quedarnos aquí. La posición es buena.

—No, sargento, es mejor dispersarnos.

—Puede que sí. Tú —dijo designando a Halls— tomarás posición al ras de los alambres de espino. Allí, a veinte metros hay un refugio.

Halls y Lindberg se alejaron como serpientes.

—¿Qué tienes? —preguntó el veterano al chiquillo herido tocándole el hombro.

El muchacho levantó la cara manchada de tierra que sus lágrimas habían diluido.

—No puedo moverme —gimió—. Algo me duele mucho, aquí, en la cadera.

—¡Metralla, caramba! No te muevas, los nuestros vendrán y te curarán.

—Sí —dijo el chiquillo hundiendo otra vez la nariz en la tierra.

—Nuestras tropas de asalto estarán allí dentro de un cuarto de hora —siguió murmurando el suboficial, que acababa de echar una ojeada a su reloj—, si todo va bien.

La aurora surgía y enrojecía el horizonte. Era la hora del golpe de mano. Esperamos, febriles.

—Pero ¿no hay preparación artillera? —preguntó Kraus.

—Afortunadamente, no —dijo el veterano—. Las engancharíamos a dos carrillos tanto como los *popov*.

—No —precisó el sargento—. Las primeras oleadas deben tomar las primeras líneas por sorpresa. Estamos aquí para neutralizar la defensa enemiga.

—Pero nuestros compañeros pueden cargársenos si nos toman por rusos —se inquietó el sudete.

—Es un riesgo que hay que correr —se burló el veterano.

El vocerío de los rojos llegaba hasta nosotros como si estuviésemos en su propia trinchera.

—Por lo menos, no parecen preocuparse —comentó el checo—. ¿Para qué preocuparse cuando se habrá muerto dentro de una hora? —pensó en voz alta el veterano.

Rápidamente iba haciéndose de día. Todo era gris todavía, pero se distinguía perfectamente una parte de la posición en V rusa, que estaba recta en la alineación de la *spandau* del veterano.

A la izquierda, más abajo, una masa inmóvil: Halls, Lindberg y la ametralladora mediana.

—Oye tú, jovenzuelo —propuso el veterano, mirándome—, vas a sustituir al proveedor. Ponte a mi izquierda.

—De acuerdo —contesté escurriéndome.

Un instante después, tenía la nariz junto a la cinta de la ametralladora.

A cien metros delante de nosotros, la posición rusa comenzaba a dibujarse claramente. Desde el montículo que dominaba ligeramente el enemigo, veíamos de vez en cuando, como en una alucinación, la mancha blanca de un rostro. A mí me parecía imposible que los rusos no hubiesen ocupado aquella elevación. Es cierto que a nuestro alrededor se elevaban montículos en todas partes y los *popov* no podían acapararlo todo. Seguíamos vigilando, cuando la mano de nuestro jefe indicó una dirección a nuestra retaguardia izquierda.

—¡Mirad! —dijo, casi en voz alta.

Siempre con precaución, volvimos la cara hacia el sitio indicado. Unos hombres se arrastraban y trasponían la red de protección rusa. A lo lejos, en todas partes, por lo menos hasta donde alcanzaba la vista, el suelo hormigueaba le soldados que avanzaban a rastras.

—¡Son los nuestros! —dijo el veterano esbozando una sonrisa—. ¡Aquí están!

—Dispuestos a hacer fuego, si algo se mueve en el sector de Iván —continuó el jefe.

Me eché a temblar de una manera inquietante. No era especialmente de miedo, pero en el momento de culminación de nuestra misión, todo el

nerviosismo y la inquietud que hasta entonces había dominado me agitaban el cuerpo de un modo incontrolable. Intenté cambiar ligeramente de postura, temiendo una anquilosis, pero no sirvió de nada. Con dificultad, pude abrir el cargador y ajusté nerviosamente el primer cartucho en el cerrojo del arma que el veterano mantenía abierto. No lo cerró completamente para evitar, todavía, hacer ruido.

Lejos, a la izquierda, empezó el baile. Un baile que sin duda hubiese inspirado a Saint-Säens y que duró días. Inmediatamente, entre las tropas alemanas que podían vislumbrarse, un muchacho tuvo sin duda la mala suerte de tirar de un cable atado a una sucesión de minas. Seis o siete explosiones increíbles hicieron temblar los alrededores, la posición rusa, los cadáveres de Grumpers y de su adversario, el montículo y nuestros corazones de *feldgrauen*. Creímos, por un instante, que toda la masa reptante que habíamos visto el minuto antes, había quedado volatilizada. Afortunadamente, aunque increíblemente mortífera, la guerra hace, a veces, más ruido que muertes. Por todas partes, los jóvenes *Hitlerjugend*, pues eran ellos, se pusieron de pie e intentaron arremeter a través de la inextricable alambrada de espino. Halls acababa de abrir fuego. El veterano hizo restallar el cerrojo y se ajustó el arma en el hombro.

—¡Fuego! —gritó el suboficial—. ¡Destruílos!

Los rusos corrieron a ocupar sus puestos. Brutalmente, las balas del 7,7 se pusieron a desfilar por mis manos al mismo tiempo que sus explosiones me destrozaban los oídos.

Apenas podía distinguir nada. La *spandau* rebotaba sobre sus dos patas y sacudía furiosamente al veterano que rectificaba sin parar su postura. Los ladridos de nuestra arma remataban el enorme estrépito que acababa de desatarse al unísono. A través de las vibraciones y del humo, podíamos presenciar los horribles impactos que hacían nuestros proyectiles entre el tropel alocado de los soldados rojos en la trinchera, frente a nosotros. Sobre el frenesí general, salía el sol lentamente. Lejos, detrás de nosotros, la artillería alemana bramaba con todas sus bocas de fuego y machacaba las segundas posiciones enemigas. Los rusos, sorprendidos, intentaban una defensa desesperada, pero por todas partes los *Junge Lowen*, como surgidos de la noche, rompían sus oleadas en los atrincheramientos, pulverizando

hombres y material. Un ruido insensato cubría la llanura cuajada de millones de explosiones.

Enfrente, a lo lejos, un burgo importante sufría el fuego de los *hautsbitz*. En densos paquetes de cincuenta metros, lentas volutas de humo giraban sobre el suelo, señalando vastos incendios. Un segundo cargador fue metido en nuestra máquina infernal, que seguía vomitando sus balas sobre los muertos y los vivos que abarrotaban la posición avanzada soviética. Pese al inimaginable estruendo, nos llegó el poderoso ruido de los blindados.

—¡Nuestros *panzer*! —gritó el checo con una risa demoníaca.

Halls abandonó su emplazamiento y corrió hacia nosotros haciendo una cabriola que nos hizo pensar que lo habían tocado. Halls y Lindberg se apartaron a tiempo para dejar que pasara un tanque que embestía deliberadamente las alambradas. La tierra removida seguía estremeciéndose por la explosión de las minas que, aquí y allá, inmovilizaban un pesado ingenio blindado o hacían voltear, a quince metros, un *landser*. El tanque, seguido por dos más, pasó cerca de nosotros y atacó a la defensa enemiga que nosotros rociábamos hacía unos minutos. En un momento, la zanja, casi colmada de cuerpos de los soldados rusos, fue franqueada. El segundo y tercer blindados se hundieron en el sangriento amasijo y siguieron hacia delante con unos restos horribles enganchados en los eslabones de sus cadenas. Nuestro suboficial vomitó involuntariamente. Pronto, los jóvenes soldados, recién salidos de las deportivas alegrías de los cuarteles, chocaron con la realidad inmundada. Hubo un grito de horror, seguido de otro de triunfo, y la oleada de asalto pisoteó aquellas tripas para continuar su progresión. Del bosque que había detrás de nosotros seguían surgiendo blindados. A cada momento, con un gran gemido de árboles quebrados o descuajados, un *panzer* salía del oquedal y embestía, casi encabritado sobre sus orugas, atravesando las compañías de infantería que debían dejarles paso apresuradamente. Desgraciados de los heridos que yacían en el suelo.

El comienzo del ataque tenía que ser efectuado como un relámpago y nada debía entorpecer el avance de los blindados. Un grupo de infantería acababa de unirse a nosotros y su jefe conversaba con el nuestro, cuando un carro llegó a nuestra posición. Todos dimos un salto de costado. Un joven infante se puso de pie y corrió hacia el blindado indicando su derecha con

grandes gestos. Como un animal ciego, el monstruo prosiguió hacia nosotros y giró bruscamente con un gran chirrido de orugas a dos metros del montículo. En mi precipitación, tropecé con la *spandau* y me caí cuan largo era al otro lado del parapeto. La máquina se detuvo al borde de nuestra defensa y las alucinantes piezas de acero de sus orugas desfilaron solamente a dos metros de mis ojos extraviados.

¿Qué ocurrió después? De aquellos momentos terribles sólo guardo unos recuerdos confusos que aparecen bruscamente y de una manera indefinida en mi mente, como aparecen, entre las explosiones, las escenas, las visiones apenas imaginables. Es difícil tratar de acordarse de unos momentos en los que nada es reflexivo, nada está previsto ni comprendido. En esos momentos, cuando bajo el casco de acero sólo hay una cabeza increíblemente vacía con unos ojos que no expresan más que los de un animal que arrostra un peligro de vida o muerte, no hay más que el ritmo de las explosiones más o menos cercanas, más o menos violentas, los gritos de los violentos que después serán calificados, según el resultado del combate, de héroes o de asesinos. Los gritos de los heridos también, de los agonizantes, de los moribundos que todavía gritan contemplando con sus ojos extraviados una parte de su cuerpo destrozado, los gritos de aquellos a los que el choque de la batalla conmociona antes que a todos los demás y huyen en todas direcciones aullando como sirenas. Hay las visiones trágicas, increíbles, que hacen pasar de un sobresalto a otro. Tripas pegadas a la grava, salpicadas de un moribundo a otro. Vehículos llenos de remaches entreabiertos como el vientre de una vaca recién desollada y que arden mugiendo. Árboles destrozados, ventanas abiertas de las que salen torbellinos de polvo que dispersan en el olvido lo que fue la riqueza de un hogar...

Y después, los gritos de los oficiales y de los suboficiales intentando, a través del seísmo, reagrupar sus secciones, sus compañías. Así fue como, al oír que nos llamaban, pudimos tomar parte en el avance y llegar a los arrabales del norte de Bielgorod, siguiendo las nubes de polvo levantadas por nuestros carros. Todo fue rebasado, todo volvió a ser alemán o muerto. Ante los *panzer* y los granaderos *panzer*, una marea de soldados rojos se replegó una vez más en sus extensiones sin fin.

Hubo una mirada de prisioneros. Los proalemanes que inmediatamente pusieron en manos de los indiferentes combatientes las pruebas por escrito de aquellos a quienes debíamos fusilar. Hubo el parque de vehículos rusos en el que se ocultaron dos o tres mil soldados enemigos que decidieron frenarnos. Hubo la *spandau* del veterano, y yo que seguía haciendo cargar cartuchos. El de Halls. Los del grupo 10 diezmado y reformado que dispararon riendo para vengar a sus camaradas. Una lluvia de proyectiles de *Pak* sobre el parque, los alaridos de los soviéticos que no se atrevían ni a moverse, ni a rendirse, ni a atacar, y después el incendio que lo asoló todo y nos obligó a alejarnos, tan intolerable era el calor.

A mediodía, los soviéticos empezaron a reaccionar e hicieron caer sobre las oleadas *de Jungen Lowen* una lluvia devastadora. Pero nada detuvo momentáneamente a los jóvenes leones, y Bielgorod calcinado cayó la segunda noche en manos de los supervivientes.

Nosotros, enloquecidos, sin haber prácticamente tomado descanso, seguíamos ensanchando lateralmente la cuña que habían abierto las tropas alemanas en la masa del frente central soviético: ciento cincuenta mil hombres, según nuestros servicios pretendidos de información. En realidad, fueron cuatrocientos o quinientos mil ruskis los que arrollaron los sesenta mil *feldgrauen* empeñados en la lucha.

La noche del tercer día, cuando en medio del estruendo sólo habíamos logrado, esporádicamente, tomarnos algunas medias horas de sueño, conocimos la rabia de los desesperados. El checo y el sargento faltaban de nuestro grupo, y mientras yacían heridos o muertos en las ruinas, dos granaderos desperdigados se unieron a nosotros. Nuestro grupo, por otra parte, estaba formado por tres. El 11, en el que Alensheim sobrevivía aún, y el 17, que se había unido a nosotros. Un teniente mandaba el conjunto. Tuvimos por misión reducir los nidos de resistencia que se habían visto rebasados, pero que continuaban, muy a pesar suyo, defendiéndose (por no tener probablemente ya mando alguno) en medio de las pavesas de una barriada llamada Deptreoka, según creo. No importa: las ruinas que se consumen no necesitan ya nombre.

En la extensión desierta por la que avanzábamos, agachados, nuestras caras sucias de polvo, mugre y sudor buscaban más bien un rincón donde

dormir en medio de aquel paisaje apocalíptico. Detrás de nosotros, los ecos de la batalla de progresión nos llegaban sin cesar y oprimían sin tregua nuestros pechos debilitados. Nadie hablaba. Únicamente un *Halt!* o un *Achtung!* nos arrojaban sobre la tierra ardiente. Derrengados, nos levantábamos cuando el fuego de nuestras armas automáticas había acabado con algunos hombres aislados que intentaban lo imposible atrincherados en un hoyo. A veces, era uno, dos o varios prisioneros los que salían de un escondrijo levantando los brazos al cielo. Cada vez se repetía la misma tragedia. Kraus derribó cuatro por orden del teniente, el sudete dos y el grupo 17 nueve. El pequeño Lindberg, aterrorizado desde el principio de la ofensiva y que no había dejado de llorar de miedo o de reír de esperanza, cogió el subfusil de Kraus y empujó a dos bolcheviques hacia un embudo de obús. Los dos infelices, bastante mayores, imploraron repetidas veces compasión al chiquillo. Seguiré oyendo mucho tiempo sus *Pomoch! Pomoch!* implorantes. Pero el niño, impulsado por su rabia incontrolada, disparó, disparó, disparó sin parar hasta que los dos moribundos callaron.

Y después, hubo la casa del pan, bautizada así porque en ella recogimos después de la matanza algunas míseras galletas sin sal que devoramos, deseosos de aprovecharnos todo lo posible de aquello que la guerra nos obligaba a hacer.

Estábamos locos, hostigados, fatigados, aniquilados físicamente, y sólo los nervios tensos hasta el límite nos permitían hacer frente a las alarmas sucesivas. Sólo podíamos hacer prisioneros a nuestro regreso. Sabíamos, además, que los rusos tampoco los hacían. Teníamos sueño y sabíamos que no podríamos dormir mientras quedase un bolchevique con vida en aquellos parajes. O ellos o nosotros. Y fue así como mi camarada Halls, yo y el veterano arrojamos granadas por las ventanas de la casa del pan sobre unos rusos que habían intentado enarbolar bandera blanca.

Cuando al final del avance, nos encontramos derrumbados en el fondo de un torrente, nuestras miradas asombradas y lastimosas se cruzaron largo rato antes que algunos de nosotros pudiese emitir un sonido.

Nuestros uniformes estaban deshechos, agujereados, cubiertos de un polvo que los hacía confundir con el suelo, y un olor a quemado flotaba en el aire que seguía retumbando. Cuatro de los nuestros habían caído y

arrastrábamos a cinco o seis heridos entre los cuales estaba Olensheim. En el hoyo gigantesco producido por una explosión, unos veinte soldados aniquilados intentaban ordenar sus pensamientos, pero su mirada alelada seguía errando sobre la tierra quemada y sus mentes permanecían vacías de todo sentimiento.

Los comunicados anunciaron a son de bombo y platillos que la ofensiva sobre Bielgorod había sido coronada por el éxito y señalaba la reanudación de nuestro avance hacia el Este.

El tercer o cuarto día habíamos rebasado, sin saberlo, Bielgorod. Las oleadas de asalto recobraban alientos, e interminables hileras de infantes dormían en la vasta pradera llena de baches. Muy temprano, nos hicieron subir a un vehículo para ser llevados a una posición clave. No sabría decir por qué aquella aldea desmantelada ofrecía un interés estratégico, pero creí comprender que era desde aquel lugar, entre tantos otros, desde donde debía reanudarse la ofensiva. Líneas de defensa o trampolines de asalto se extendían por todas partes a través de los huertos que se dilataban a lo lejos en un terreno relativamente llano. Digo huertos porque los árboles achaparrados parecían los manzanos panzudos que pueden verse en Normandía. Hileras de sauces jalonaban igualmente riachuelos o quizás acequias. La región no era silvestre y evocaba unos rincones de Francia que yo conocía bien.

Nos situamos en medio de unas pobres casas casi destruidas que constituían la aldea y empezamos a habilitar nuestras posiciones. Tuvimos que sacar de entre los cascotes unos treinta cadáveres de bolcheviques que habían vertido su sangre un poco por todas partes en el suelo de su patria, y echarlos, confundidos, en un huerto que sin duda había sido cultivado antes. Hacía bochorno. Un sol tormentoso proyectaba unas sombras recortadas y alumbraba con una luz cruda nuestros rostros demacrados, obligándonos a parpadear. La misma luz inundaba las caras de los muertos rusos cuyos ojos fijos permanecían desmesuradamente abiertos. Era asqueroso.

—¡Tiene gracia! —comprobó apaciblemente el sudete—. Tiene gracia lo deprisa que crece la barba cuando se ha palmado. Fijaos —prosiguió dando la vuelta a un cadáver cuya guerrera estaba agujereada por siete u

ocho impactos parduscos—. Ese seguramente se había afeitado ayer antes de hacerse apiolar... Bueno, pues fijaos, tiene una barba de ocho días.

—Pues ven a ver este —se guaseó otro muchacho, que con la ayuda de un camarada, vaciaba un caserón despanzurrado sin duda por un proyectil de mortero pesado.

Y tiraba de los pies a un soldado comunista que casi no tenía cabeza.

—Sería mejor que te afeitaras enseguida si quieres que mañana te reconozcan cuando la hayas espichado. Me estáis chinchando con vuestras observaciones estúpidas. Se diría que es el primer fiambre que veis.

El veterano se dejó caer sobre un montón de cascotes y abrió su tartera.

Un sótano servía de perfecto puesto de defensa. La ocupamos con nuestros dos ametralladores. Despejamos el tragaluz que el derrumbamiento de la casa había obstruido y además ensanchamos la abertura. Un vuelo de *Stukas* hizo parar un instante nuestros trabajos de arquitecto. No lejos, delante de nosotros, los *Stukas* lanzaron sobre Iván una granizada de bombas.

Halls se había hecho un hueco en la mampostería y estimaba las posibilidades de su tiro y Lindberg se alegraba de aquella protección. Todo lo que parecía ponerse a nuestro favor excitaba en el proveedor de Halls una extraña alegría. Por el contrario, en las callejuelas del arrabal norte había gimoteado y se había orinado y cagado en los pantalones bajo las inaguantables deflagraciones de la artillería roja. A tres metros, el veterano y yo instalábamos tranquilamente los puntales indispensables para sostener el tragaluz que no parecía muy dispuesto a aguantar.

Nuestros cascos rascaban sin parar el techo demasiado bajo del atrincheramiento. Detrás de nosotros, Kraus y dos granaderos improvisados quitaban los guijarros y las porquerías que sembraban el piso del sótano. Entraron una botella. Estaba vacía. Uno de ellos la dejó a un lado junto al muro con un gesto de paisano que prevé la vendimia.

Habíamos perdido, como he dicho, a nuestro suboficial, y el veterano, que poseía el título de *obergefreiter*, mandaba el grupo. Sin embargo, seguíamos a las órdenes de un gran imbécil de *stabsfeldwebel* que dirigía el conjunto de los tres grupos y que, por lo demás, murió el día siguiente. El animal aquel inspeccionaba nuestras posiciones con ínfulas de oficial

superior, obligándonos a mejorar esto o deshacer aquello, ignorante de que solamente le quedaban cuarenta y ocho horas para hacerse el listo. Y el día transcurrió esperando y viendo desfilar compañías de infantería sudorosas. En el aire seguían resonando sordos disparos, estallidos y ruidos de todas clases.

Es precisamente en esos momentos cuando todo se hace más penoso aún. Poco a poco, nos íbamos rehaciendo y empezábamos a darnos cuenta con ansiedad de todo lo que había sucedido. De pronto, descubríamos con interés la ausencia del suboficial, de Grumpers, del checo, del chiquillo herido abandonado a la Providencia. Tratábamos de no volver a ver la trinchera rusa que habíamos ametrallado, los carros hundiéndose pesadamente en la masa de carne humana todavía palpitante, Deptroia, los bolcheviques caídos unos sobre otros, el machaqueo de la artillería enemiga sobre las callejuelas atestadas de *Hitlerjugend*... Demasiados detalles, inexplicables. Bruscamente, algo espantoso revoloteaba en nuestros pensamientos y hacía estremecer las raíces de nuestros cabellos. Ante aquellas evocaciones, mi cuerpo se hacía insensible y estaba dispuesto a admitir un desdoblamiento de mi personalidad. No podía creerlo, sabía que era incapaz de ello, no porque me creyese mejor que otro, sino porque sabía que no se puede hacer todo eso cuando se es un muchacho que ha conocido una vida normal como cualquiera de nosotros. No, no podía creerlo, ¡no es posible, no es posible!, pero mañana habrá que volver a empezar.

Cerca de la escalera, los tres granaderos discutían. El veterano, solo junto al tragaluz por el que entraba a raudales la luz celeste, hacía el inventario de sus bolsillos y extendía sobre una piedra plana miseras chucherías. Halls permanecía en silencio y tenía el corpachón encorvado sobre una especie de banqueta. Lindberg y el sudete miraban por las aberturas, pero su atención parecía estar muy lejos del huerto que contemplaban.

—¿Qué demonios hacemos aquí? —acabó por decir mi gigantesco amigo cuyas facciones se habían endurecido singularmente desde Bialystok.

Me contenté con hacer un gesto de ignorancia.

—Intento dormir, pero no hay manera —prosiguió él.

—Sí, hace tanto calor en este sótano como fuera.

—Salgamos, de todos modos.

Dimos unos cuantos pasos fuera. La luz era cegadora.

—Quizás haya agua fresca por allí —hice observar a mi camarada designando el huerto por el que discurría un arroyo.

—¡Bah! No tengo ni sed ni hambre —respondió él con gran sorpresa por mi parte.

Conocía el apetito gigantesco de mi amigo.

—¿Estás enfermo?

—¡No, sencillamente tengo ganas de vomitar..., y no serán esos imbéciles los que me pongan bueno! —dijo indicando el pequeño huerto donde estaban tendidos los treinta *popov* en marcha hacia la descomposición.

—Siempre serán otros tantos que no volverán a hacernos la puñeta nunca más —respondí con un tono que todavía me sorprende.

—Los nuestros han sido recogidos antes de que llegásemos —continuó Halls—. Hay tierra recién removida a la entrada del poblacho, ¿te das cuenta? ¿Cuántos muertos hemos tenido ya nosotros?

—Sin duda nos relevarán dentro de poco, Halls.

—Sí —dijo él—, eso espero. De todos modos, hemos sido unos grandes canallas por haber apiolado a los *popov* en la barraca del pan.

Halls estaba, evidentemente, atenazado por las mismas angustias que yo.

—No hay solamente la barraca del pan —respondí.

Todavía sentía desfilar los cartuchos entre mis manos. Volvía a ver su entrada en la *spandau*, el metal azulado y humeante del cerrojo y las partículas ardientes que se escapan a cada carga y que punzan dolorosamente las manos y la cara y los alaridos mezclados con el estrépito, los gritos: «¡Compasión! *Pomoch! Pomoch!*!». Algo obsesionaba nuestras mentes, penetraba para siempre en nosotros y nos marcaba irremediabilmente.

Todavía era de día, pero no teníamos ninguna idea de la hora. ¿Era por la mañana? ¿Por la tarde? Poco importaba, cada uno comía lo que podía, dormía cuando podía, empezaba a tratar de reflexionar cuando podía quitarse el casco. El casco impide reflexionar. Es extraño...

Era pleno día cuando un tiro de cortina enemigo asoló los huertos y las tropas de progresión que hacían pausa no muy lejos, delante de nosotros. Bajamos corriendo de nuevo a nuestro sótano-refugio y contemplamos con inquietud el techo que se desmoronaba cada vez más siguiendo la proximidad de las explosiones.

—Habrá que apuntalar todo eso —observó el veterano—. Si nos cae un pepinazo encima, todo esto se vendrá abajo sobre nuestra cabeza con toda seguridad.

El bombardeo duró lo menos dos horas. Algunos obuses soviéticos cayeron muy cerca, pero, en realidad, era a las oleadas de asalto que apuntaban. Los cañones de la Wehrmacht replicaron y, durante dos horas, el cielo perteneció a la artillería. Los proyectiles de los *hautsbitz* pasaban con un gran ruido retumbante por encima de nuestra ruina y contribuían tanto echar abajo nuestro techado como los disparos de los *popov* que a veces estallaban a treinta metros de nuestras troneras.

Mientras duró el bombardeo, estuvimos en una tensión extrema y agotadora. Algunos hacían deducciones que el minuto siguiente contradecía. El veterano fumaba nerviosamente y nos rogaba constantemente que cerrásemos el pico. Kraus, en un rincón, farfullaba solo. Tal vez estaba rezando.

Por la noche recibimos la visita de una unidad de contraataque. En aquella ocasión, instalaron entre las ruinas una pieza anticarro. Un coronel visitó nuestra chabola y palpó los maderos que habíamos agregado para prevenir un derrumbamiento del techo.

—¡Buena organización! —dijo.

Recorrió nuestro pequeño grupo que estaba en posición de firmes y nos ofreció un cigarrillo a cada uno. Después se fue más adelante con su unidad, una unidad de la *Gross Deutschland*.

Llegó la noche. Entre las siluetas destrozadas de lo que quedaba de los árboles del huerto, el horizonte aparecía rojizo del fuego de las explosiones. La batalla no había cesado y la extrema tensión que nos imponía era insoportable. Por turno, tuvimos que montar una guardia apretada en el exterior y nadie pudo dormir tranquilamente. Mucho antes de amanecer, nos

hicieron formar y tuvimos que abandonar nuestro agujero para avanzar en territorio soviético. La progresión continuaba.

Descubrimos al avanzar una espantosa hecatombe de *Hitlerjugend* que el bombardeo del día anterior había mezclado con la tierra. A cada paso, descubríamos con horror lo que podía ser de nuestra mísera piel.

—¿Es que no hay nadie para enterrar todas esas piltrafas? —protestó Halls—. No es un espectáculo para los que todavía están vivos.

Unas risas extrañas se elevaron del grupo, como si se hubiese tratado de una gran broma.

Atravesamos una extensión donde los embudos se encallaban. Los cañonazos parecían haber caído tan abundantemente por allí que resultaba difícil imaginar que alguien hubiese podido salvarse. Cruzamos asimismo, detrás de un talud, un hospital al aire libre del que se elevaban unos berridos como de un matadero de cerdos. Nos quedamos realmente sobrecogidos por ciertas visiones. Sentí que iba a desmayarme. Lindberg lloraba de congoja. Atravesamos el recinto alzando los ojos al cielo y pensando intensamente en nuestras madres. Por esto únicamente vimos como en sueños a unos muchachos que lanzaban unos alaridos por tener los dos antebrazos aplastados. Los heridos en el vientre miraban con espanto e incompreensión el montón de sus intestinos que abultaba la lona sanguinolenta echada apresuradamente sobre su abdomen.

Inmediatamente después cruzamos un canal. El agua fresca nos llegaba al pecho y nos produjo un inmenso bienestar. Al otro lado, rusos tendidos cubrían la hierba. Un carro soviético, renegrido y retorcido por el fuego, estaba inmóvil junto a otra pieza, y sus sirvientes pulverizados. A la izquierda, al nordeste, la batalla arreció. Percibimos, sin embargo, un quejido entre los sirvientes de la pieza rusa. Nos acercamos a un ruski manchado de sangre que jadeaba apoyado en la rueda de un remolque. Uno de nuestros hombres destapó su cantimplora y alzó el rostro del moribundo. Este nos miró con ojos desmesuradamente abiertos por el terror o la estupefacción. Gritó algo y su cabeza cayó hacia atrás haciendo tintinear el metal de la rueda. Había muerto.

Nuestros pasos continuaron hasta hacernos franquear una sucesión de ondulaciones boscosas donde encontramos las primeras tropas en operación

que se reagrupaban y respiraban a la sombra de los árboles. Eran muchos los que llevaban vendajes que habían sido blancos, pero que resaltaban singularmente sobre sus caras grises de polvo. Fuimos reagrupados rápidamente, reformados, llamados y enviados a puntos precisos.

Dos granaderos que se habían juntado con nosotros fueron reexpedidos a otro sitio mientras nuestro 8.º Grupo era completado con dos otros aislados. Por desgracia nuestra, designaron al *stabsfeldwebel* que he nombrado más arriba, y que sólo tenía veinticuatro horas de jefe de grupo. Rápidamente nos agregaron a un grupo blindado que nos transportó, en la trasera de sus artefactos, al límite de una gran meseta que se dilataba hasta el infinito.

Saltamos de la trasera de los *panzer* todavía en marcha para unirnos presurosamente a un grupo de infantes tumbados en una vaga trinchera poco profunda. La artillería enemiga de tiro directo ya hacía llover aquí y allá algunos cañonazos del 50 que enseguida nos hicieron comprender que estábamos en primera línea. Los cinco carros cambiaron de rumbo, y desaparecieron en los oquedales a cincuenta metros detrás de nosotros.

Nos estiramos junto a los muchachos que ya estaban allí y que no parecían tener ganas de reír. El tiro ruso siguió a los carros y se perdió con ellos en la espesura. Nuestro gordo imbécil de *stabsfeldwebel* se preocupaba ya por las distracciones del rincón y discutía con un teniente jovencísimo. Después, el joven oficial hizo un amplio gesto a sus tropas, que lo siguieron corriendo, agachados, hacia el bosque. Los *popov* que debían de estar observando la posición, mandaron otros cinco o seis cañonazos directos, uno de cuyos pepinazos cayó muy cerca.

Volvimos a estar solos. Es decir, nueve tipos en un hoyo frente a las líneas soviéticas y con el sol perpendicular sobre nosotros.

—Ahondad ese agujero —vociferó el *stabs* como si se hubiese encontrado en un campo de maniobras.

Nos pusimos a excavar la tierra polvorienta de Ucrania con nuestros cortos zapapicos. Apenas tuvimos tiempo de cruzar algunas palabras. El sol nos aplastaba y acentuaba más nuestro cansancio.

—Acabaremos por reventar aunque sea de fatiga —refunfuñó Halls—. No puedo más. —Me duele la cabeza— le contesté suspirando.

El otro asqueroso seguía acuciándonos mientras contemplaba con expresión inquieta la llanura sin hierba que se extendía a lo lejos hasta perderse de vista.

Apenas habíamos terminado de emplazar correctamente nuestras dos *spandau* cuando el ruido de los blindados que abandonaban el soto nos hizo estremecer. Aquella hermosa tarde, los carros alemanes abandonaban una vez más las umbrías y corrían hacia el este. Detrás de ellos, regimientos enteros, agachados, nos rebasaron y se alejaron por una muralla de polvo que cubrió la vista. Cinco o seis minutos más tarde, se desencadenó un bombardeo de artillería rusa sin precedente. Todo se tornó opaco hasta el punto que el sol se quedó velado ante nuestros ojos agrandados por el terror. Únicamente los resplandores rojos que se perfilaban en hileras de ochenta o cien metros perforaban sin interrupción la tempestad de polvo. La tierra tembló como nunca. Detrás de nosotros, el soto se encendió en todas partes. Gritos de terror brotaron de nuestras gargantas reseca. Todo fue desplazado. La tierra volaba alrededor de nosotros, mezclada con el hierro y el fuego. Kraus y uno de los nuevos quedaron sepultados sin enterarse. Me hundí en lo más profundo del hoyo y contemplé sin comprender el arroyo de tierra que refluía hacia nuestro refugio. Me puse a gritar como un demente. Creímos que era el fin del mundo. Halls resguardó su sucia cabeza junto a la mía y nuestros dos cascos chocaron como dos escudillas viejas. Su rostro estaba transfigurado.

—Es... el... fin —farfulló.

Las palabras se entrecortaban por detonaciones que nos quitaban el aliento. Asentí, despavorido.

Al mismo tiempo, una forma humana se precipitó en nuestro hoyo. Tuvimos una crispación horrorosa. Una segunda masa, de un salto magistral, siguió a la primera. Tan sólo entonces, nuestros ojos desorbitados reconocieron a dos compañeros. Uno de los nuevos jadeaba y gritaba a pesar de su ahogo.

—Toda mi compañía está destruida. ¡Es espantoso!

Y cuando asomó prudentemente la cabeza por encima del terraplén, una sucesión de explosiones rasgó el aire junto a nosotros. Su casco y parte de su cabeza volaron a diez metros. Con un grito horroroso, se abatió sobre

nosotros y Halls recibió la frente desfondada del infante entre sus manos. Quedamos salpicados de sangre y de fragmentos de carne palpitante. Halls rechazó lejos de sí el espantoso cadáver y volvió bruscamente el rostro hacia el suelo. Los cañonazos eran tan violentos que nos pareció como si la posición cambiase de sitio. Arriba, sobre la llanura trastornada, un motor aullaba sin poder pararse. Hubo una explosión más gigantesca aún, un inmenso relámpago barrió el borde de nuestra trinchera, haciendo recaer dentro nuestras dos *spandau* y una oleada de tierra.

Los que no habían enmudecido de espanto, gritaban como poseídos:

—¡Estamos perdidos!

—¡Mamá, soy yo!

—¡No, no!

—¡Vamos a ser enterrados vivos!

—¡A mí!

Pero ninguna súplica podía poner término al infierno que duró un tiempo interminable...

Una treintena de infantes fugitivos se precipitaron en nuestro refugio. Fuimos pisoteados, atropellados, cada uno quería hundirse en la tierra y todos los que no pudieron entrar fueron irremisiblemente alcanzados. A nuestro alrededor, desde miles de embudos, se elevaban los ruidos de los soldados en retirada que se habían refugiado en ellos. Pero la maldita tierra rusa era removida por nuevas descargas, y los que se creían a salvo seguían muriendo.

Un ronquido de avión taladró el estrépito. Un grito, «¡Viva la Luftwaffe!», se elevó, lanzado por mil pechos desesperados. El bombardeo continuó unos segundos y luego remitió claramente. Los silbatos de los oficiales que aún estaban con vida incitaron a la retirada. De nuestro agujero lleno escaparon los infantes bruscamente como conejos perseguidos por un hurón, íbamos a seguirles, cuando nuestro *stabsfeldwebel*, que todavía no había muerto, nos increpó ruidosamente.

—¡Vosotros, no! —vociferó—. Estamos aquí para detener la contraofensiva rusa. Emplazad vuestros trabucos en batería.

En el fondo de la trinchera, que había cambiado de forma, yacían seis cadáveres de *Hitlerjugend*. A la izquierda del extremo revuelto, las botas de

Kraus asomaban bajo dos metros cúbicos de tierra gris y el otro granadero estaba completamente sepultado.

Con la ayuda del veterano cuya mejilla sangraba, volvimos a emplazar la ametralladora. La llanura estaba desconocida. El suelo aparecía lleno de protuberancias, como si topes gigantes hubieran removido la tierra. Todo humeaba, todo ardía, las siluetas tendidas de los *landser* eran incontables. A lo lejos, a través de las volutas de polvo y de humo, percibíamos los géiseres de fuego que levantaban las bombas soltadas por los ME-110 sobre las posiciones de artillería rusa. Debían de haber alcanzado depósitos de municiones enemigos. El seísmo de sus explosiones invadía tierra y cielo con un resplandor y un desplazamiento de aire fantásticos.

—¡Los muy canallas! —vociferó el *ober*—. Cobran con la misma moneda.

Los ME-110 volvieron a picar al oeste y la artillería rusa inició el segundo acto. Machacaba sobre todo a los *panzer* que refluían desordenadamente. La mitad al menos, por lo demás, había sido aplastada.

Los infantes que se nos habían echado encima me rompieron el brazo izquierdo y si, de momento, no sentí nada, un dolor violento me atenazó después.

Yo sentía este dolor un poco como una presencia suplementaria, pero demasiado preocupado por lo demás, no le hacía mucho caso. El bombardeo continuaba al norte, continuaba al sur, volvía a pasar por encima de nosotros, prodigando sin cesar su calvario de espanto y de desamparo. Nuestro grupo atontado respiraba penosamente como un enfermo sin fuerzas y sin aliento que sale de una larga enfermedad. No teníamos nada que decirnos. Nada que pudiese expresar las horas que acabábamos de vivir. Nada que pudiese ser contado con la intensidad que haría falta. De todo ello, sólo subsiste en quienes lo vivieron un desequilibrio incontrolable. Una sórdida angustia que subsiste al cabo de los años sin menguar, aunque, como yo, se trate de escribirla, sin poder encontrar, por otra parte, las palabras exactas que deberían emplearse. Ahora sé que esa angustia no se escapará a través de estas líneas por las cuales había esperado liberarme. Me doy cuenta, desgraciadamente, de que esa angustia me perseguirá hasta

el borde de la tumba y pido al cielo que me perdone no haber pensado en escribir más que egoístamente en vez de contribuir a la obra colectiva. Por lo demás, me quedo indiferente, a mi vez, a toda manifestación espiritual.

Abandonados por Dios, en quien, sin embargo, muchos de nosotros creíamos, permanecíamos postrados en nuestra especie de tumba, con la mente extraviada. Únicamente, de vez en cuando, uno de nosotros asomaba la cabeza por encima del parapeto y escrutaba la estepa polvorienta hacia el este, desde donde podía surgir la muerte. Ya no había en aquel agujero, en el este de Bielgorod, más que seres enloquecidos que habían olvidado que los hombres están hechos para otra cosa, que existe una noción del tiempo, de la esperanza y unas sensaciones muy distintas de la angustia. Que la amistad puede no ser efímera, que el amor a veces puede existir y que la tierra puede ser fértil y no servir únicamente para cubrir los muertos de los campos de batalla.

En aquel agujero sólo había locos que actuaban sin poder reflexionar ni esperar. Con los miembros entumecidos por las horas que habíamos pasado acurrucados, empujaban al camarada muerto o vivo que ocupaba demasiado espacio. El *stabsfeldwebel* nos repetía maquinalmente que nos mantuviésemos en nuestras posiciones, pero cada vez una serie de explosiones nos mandaba al fondo de la madriguera. La noche nos sorprendió sin que nos hubiésemos dado cuenta del transcurso de las horas. Con ella, el espanto volvió a dominarnos. Lindberg, en un estado nervioso alarmante, tuvo un prolongado desmayo que le permitió ignorar el infierno durante un momento. Lo mismo le ocurrió al sudete, que se puso a temblar como un poseso y a vomitar durante un tiempo interminable. La locura penetraba en nuestro grupo y ganaba terreno rápidamente. Vi, en una especie de delirio, a un gigante, que se había llamado Halls en otra época, saltar sobre su ametralladora y disparar como un insensato hacia el cielo de donde seguían derramándose el hierro y el fuego.

Vi también el *stabs*, presa de una furia demente, golpear el suelo a puñetazos y después apalear deliberadamente al último granadero que creíamos lúcido, que por toda reacción se deshizo en lágrimas. Oí con una precisión infernal un millón de ecos que repercutía la tierra. Sentí también que iba a desvanecerme. Entonces me puse a dar gritos de una manera

diabólica. En un estado de inconsciencia total, me levanté y lancé mil imprecaciones contra el cielo. No podía más, estaba al borde del abismo, como todos mis compañeros. Mi furia quemó como un fuego de paja las últimas fuerzas que me quedaban. La cabeza me dio vueltas y caí de cara sobre el borde de la trinchera. Mi boca muy abierta mordió la tierra, que entró en ella masivamente. Me puse a vomitar y tuve la impresión que así me iba a vaciar completamente. Chapoteando en lo que había vomitado, mis manos temblorosas intentaron agarrarse al muro de tierra que se desmoronaba sobre mí. Algo de color blanco iluminó, como en una pesadilla, la noche que nos había invadido completamente. Y aquel resplandor me salvó quizá del desmayo. Entonces, lentamente, mis ojos enrojecidos se alzaron hacia el reborde para seguir la bengala rusa que declinaba hacia el suelo. De pronto tuve una sensación extraña. Creí encontrarme en casa y que nada de todo aquello existía. Sólo una estrella descendía del firmamento.

Permanecí probablemente mucho rato en aquel amodorramiento. Las explosiones continuaban oprimiéndome el pecho. Transcurrieron más horas durante las cuales, resignados, algunos se adormecieron, pero con los ojos muy abiertos. Por fin, hacia medianoche, todo cesó.

Ninguno de nosotros, sin embargo, se movió. Todos los que quedábamos con vida seguíamos aniquilados hasta el punto de no poder hacer ningún movimiento. De todos modos, el veterano nos pidió que prestásemos atención.

—No os quedéis dormidos, muchachos. Ahora es cuando Iván va a atacar.

El *stabs* lo miró con sus ojos enturbiados y se puso de pie apoyándose en el talud. Cinco minutos después, se le dobló la cabeza hacia delante y se sumió en un sueño próximo al letargo.

El veterano siguió exhortándonos. Pero los seis supervivientes no le contestábamos más que los ocho cadáveres. Amontonados, el sueño nos aplastó como habían intentado hacerlo los cañones. Si los rusos hubiesen atacado en aquel momento, tal vez se habrían ahorrado muchas vidas, pues, entre las avanzadillas de interceptación que formábamos, no hubieran encontrado más que cadáveres u hombres desvanecidos de sueño. Hubo, sin

duda, más cañonazos y más bengalas, pero durante cuatro horas por lo menos nuestros oídos no percibieron los aullidos de la guerra.

El *stabsfeldwebel* fue el primero en despertar. Cuando abrimos los ojos, lo encontramos inclinado sobre el sudete que dormía a su lado. Este acababa de lanzar un grito plañidero. Sin duda el *stabs* lo había despertado bruscamente. Estábamos molidos de fatiga, y los movimientos que hicimos para ponernos de pie nos provocaron muecas de dolor. Una vez más, el día enrojecía el horizonte y la llanura visible nos revelaba el espectáculo de su caos. Recobramos consciencia del paraje en el que nos hallábamos. Todo estaba perfectamente en calma. Ni el menor eco. Nuestras miradas vagaron mucho rato sobre la inmensa extensión llana. La línea del horizonte casi nos rodeaba e iba a perderse, tanto al norte como al sur, en el límite muy nítido del bosque que formaba como una barrera detrás de nosotros. Cruzamos unas palabras y las latas de conserva salieron de nuestros macutos.

—Tomad fuerzas —bromeó el *stabs*, que estaba viviendo sus últimos momentos—. Me extrañaría que esta calma durase mucho tiempo.

—No es seguro —dijo alguien—. El follón de ayer debió de haber consumido bastante gente. Creo, por el contrario, que tendremos dos o tres días de tranquilidad.

—Me chocaría —repuso el *stabs*—. El Führer ha dado orden de marchar hacia el Este, y nuestras tropas ahora ya no se detendrán. La ofensiva va a reanudarse, sin duda, antes de que el sol esté muy alto.

—¿De veras, *stabsfeldwebel*? ¿Usted cree? —preguntó el pequeño Lindberg, alegrándose como siempre cuando algo parecía ponerse a favor nuestro—. ¿Nuestras tropas van a desalojar a esos malditos cañones rusos?

—Si eso vuelve a empezar —me murmuró Halls—, me volveré loco.

—O estaremos muertos —dije yo quedamente—. No es posible que tengamos siempre tanta suerte como ayer. Halls me miró sin dejar de masticar.

El *stabs*, Lindberg, el sudete y el último granadero seguían conversando. Halls y yo cambiábamos impresiones pesimistas. Únicamente el veterano engullía en silencio y sus ojos, enrojecidos por el insomnio, contemplaban la salida del astro.

—Vosotros dos —mandó el *stabs*, designando a Halls y a mí— vigilaréis atentamente durante dos horas, mientras vuestros camaradas y yo intentamos dormir un poco. Pero antes que nada tenemos que sacar de aquí esos fiambres.

Y señaló con una expresión de asco los ocho cadáveres mutilados sobre los cuales empezaban ya a zumbar grandes moscas azules.

Con el rabillo del ojo, asistimos al despojo de los muertos. ¡Por una vez que no jugábamos al enterrador! La guardia nos pareció buena. Siempre se proferían las mismas blasfemias, cuando los vivos se veían obligados a recoger a los compañeros caídos.

—¡Vaya, lo que pesa el tío!

—¡Oh, Dios mío! ¡Más le ha valido reventar enseguida! ¡Mira esto!

Y el ruido metálico de la placa de identidad que se quita del cuello.

—¡Uf, ha cagado en todas partes!

Volvíamos la espalda con indiferencia. El drama de la vida y de la muerte había perdido importancia. Estábamos acostumbrados.

Mientras los otros removían la carne muerta, Halls y yo seguíamos discutiendo acerca de nuestras posibilidades de supervivencia.

—Lo que más duele son las extremidades... En cambio, es menos grave.

—Me pregunto qué le habrá pasado a Olensheim.

—Un brazo roto, según he oído decir.

—¿Y el tuyo?

—El hombro me duele mucho.

Detrás, los otros continuaban su sucia faena.

—Heinz Veller, 1925, soltero... ¡Pobre chico! ¡Mala suerte!

—Enséñame el hombro —prosiguió Halls—. Tal vez tienes una herida seria.

—No creo... Es un porrazo —dije, desabrochándome toda la impedimenta.

Iba a sacar el hombro de la guerrera, cuando un enorme estruendo sacudió el aire puro de la mañana. Casi instantáneamente cayó por todas partes otra granizada de obuses rusos. Una vez más, nos desplomamos en el fondo del agujero, aterrorizados.

—¡Dios mío! —gritó alguien—. ¡Ya vuelven a empezar!

Halls se me acercó mientras una lluvia de terrones caía sobre nuestra posición. Abrió la boca para decirme algo, pero el estrépito de una explosión muy próxima se llevó el sonido de su voz.

—Eso no se acabará nunca —prosiguió—. Valdría más que nos largásemos.

Cayó un proyectil tan cerca que la llamarada rojiza iluminó la tierra gris del otro lado de la trinchera. Una espesa humareda nos envolvió y la tierra se abatió por metros cúbicos. Se oyeron unos gritos de espanto, y después la voz del *stabs*.

¿Algún herido?

—¡Dios mío! —gimió el veterano, tosiendo—. ¿Qué demonios hace nuestra artillería?

El pequeño Lindberg volvía a temblar. De pronto, el fuego ruso paró. Prudentemente, el veterano arriesgó una mirada, y nuestras siete cabezas se asomaron y escrutaron la llanura por la que todavía se arrastraban lentamente unas nubes de polvo. Allá, junto al bosque, alguien berreaba como un novillo degollado.

—Sin duda están cortos de municiones —se burló el *stabs*—. Si no, no habrían parado así de pronto.

El veterano lo miró largamente con aquella mirada resignada que siempre tenía.

—Acababa de pensar lo mismo a propósito de nuestra artillería, *stabsfeldwebel*. Me pregunto por qué no tira.

—Los nuestros preparan la ofensiva y por eso callan. Con seguridad no tardaremos en ver surgir nuestros carros... El veterano contemplaba el horizonte.

—Sigo convencido —continuó el *stabs*— de que nuestra ofensiva va a reanudarse...

Pero nosotros nos fijábamos en el veterano. Sus ojos se agrandaban cada vez más, así como su boca, que parecía pronto a lanzar un alarido. El *stabs* calló también y todos siguieron la dirección de la mirada de nuestro ametrallador.

A lo lejos, muy lejos, una delgada faja negra que iba de un punto del horizonte al otro se desplazaba a la manera de una ola corriendo hacia la orilla. Estuvimos un momento contemplando la faja compacta e inverosímil. Luego el veterano soltó un rugido que nos paralizó de aprensión.

—¡Ya están aquí! —gritó—. ¡Ya están aquí los siberianos! ¡Son un millón!

El veterano agarró la culata de su ametralladora y una risa demente brotó entre sus dientes apretados. A lo lejos, un rumor producido por miles de pechos aumentaba como el viento de una tempestad.

—¡Todo el mundo a su puesto! —gritó el stabs cuya mirada seguía fascinada sobre la marea soviética que avanzaba irresistible.

Con gestos de autómatas, cada uno de nosotros empuñó sus armas y se acodó en el parapeto. Halls temblaba como una hoja y su proveedor, el pequeño Lindberg, no lograba acercar correctamente la cinta de 7,7.

—Acércate más —rugió Halls a su sirviente—. Acércate o te mato.

El semblante de Lindberg se contraía, como si estuviese a punto de llorar. El veterano ya no gritaba. Tenía el arma calada en el hombro, un dedo en el gatillo y los dientes apretados como para romperse.

El rumor seguía aumentando y nos llegaba más distinto de minuto en minuto. Era como un prolongado grito ahogado por su amplitud.

Nos quedamos petrificados ante el peligro por no poder concebir de golpe la importancia del mismo. Nuestro estupor era demasiado grande y estábamos un poco en la actitud de un ratón ante una culebra. Pero alguien dio la señal de desamparo. Fue, naturalmente, Lindberg.

Se echó a llorar y a gritar. Abandonó su puesto y se acurrucó en el fondo de la trinchera.

—¡Nos matarán! ¡Nos matarán! ¡Nos matarán!

—¡De pie! —gritó el stabs—. Vuelve a tu puesto o te mato ahora mismo.

Lo levantó literalmente, pero Lindberg se había vuelto un guiñapo que no paraba de llorar.

—¡Canalla! —gritó Halls—. ¡Revienta! ¡Ya me las compondré solo!

Esta vez, los gritos de los rusos nos llegaban claramente. Un enorme «¡Hurra!» brotaba sin interrupción. Yo murmuré quedamente: «¡Mamá!».

—*Hurre! Hurre pobieda!* —vociferó el veterano—. ¡Acercaos, canallas, acercaos un poco más!

La oleada estaba aproximadamente a cuatrocientos metros. Un ronroneo aumentó progresivamente. Arriba, en el cielo ya luminoso, tres siluetas de aviones eran apenas visibles.

—Hay aviones allá arriba —precisó el sudete cuando los habíamos visto ya todos.

Nuestras miradas ansiosas dejaron un momento la marea rusa que subía. Los motores de los aviones rugían, descendían a toda marcha.

—¡Son *Messerschmitt!* —vociferó el *stabs*—. ¡*Messerschmit!* ¡Ah, muchachos valientes!

—¡Hurra! ¡Hurra! —repitió el grupo—. ¡Viva la Luftwaffe!

Efectivamente, los tres cazas batían en enfilada la enorme cuña rusa, produciendo sin duda una incalculable cantidad de muertos. Fue como una señal. Desde la maleza, unos morteros que habían largado el tiro abrieron fuego. A nuestro alrededor, las *spandau* que habían sobrevivido al bombardeo escupieron su mortífera carga.

Los cazas picaron otra vez, insuflándonos un coraje febril. Las balas de la ametralladora pasaban por mis manos a una cadencia vertiginosa. Agotamos un cargador, metimos otro. Algunas piezas de la Wehrmacht acababan igualmente de abrir fuego y sin duda conseguían impactos espantosos entre las filas bolcheviques que cargaban como en la época de Napoleón.

A pesar de todo, la marea seguía acercándose, haciendo correr un escalofrío horrible por nuestros cabellos sucios que el peso del casco impedía que se erizaran. La idea de la muerte ya no nos asustaba siquiera, y mis ojos sólo miraban el metal humeante de la ametralladora que el veterano manejaba sin cesar. Los cartuchos trepidantes avanzaban en una danza agitada al ritmo de un estruendo titánico.

—¡Preparad las granadas! —gritó el *stabs* que disparaba con su *luger* apoyada en el brazo izquierdo.

—Es inútil —gritó aún más fuerte el veterano—. ¡Es inútil! Todo lo que nos queda de municiones no bastará para detenerles. Ordene la retirada, *stabsfeldwebel*... ¡Pronto, mientras todavía hay tiempo!

Nuestras miradas enloquecidas estaban pendientes de los labios de los dos hombres. El *Hurre* pobieda! rugía furioso y muy cerca. El numeroso enemigo disparaba con el arma apoyada en la cadera sin dejar de correr. Las balas taladraban el aire.

—¡Está usted loco! —rugió el *stabs*—. Nadie puede moverse de aquí. Los nuestros están al llegar... ¡Seguid tirando!

Pero el veterano ya había cargado con su ametralladora y había recogido el último cargador.

—¡Es una locura, *stabs*! Los nuestros llegarán demasiado tarde. Reviente aquí, si usted quiere.

—¡No, no! —gritó el *stabs*.

Pero el veterano acababa de saltar y se arrastraba hacia el bosque, llamándonos. Como locos, recogimos nuestras armas.

—¡Huyamos! —gritó el sudete.

Todo el mundo siguió. Pasamos un momento de terror como para perder el juicio. Con el pecho abrasado, alcanzamos los primeros árboles destrozados en medio del silbido de las balas que los rusos disparaban afortunadamente a bulto. Seguíamos siendo siete y aquello parecía inverosímil. El *stabs* nos siguió, pero persistía en vociferar.

—¡En posición de tiro inmediatamente, partida de cobardes! Os matarán sin que hayáis intentado resistir.

Pero el grupo seguía corriendo por el bosque destrozado.

—¡Alto! —continuaba el jefe—. ¡Alto, miserables!

Alcanzó al veterano que respiraba un poco detrás de lo que quedaba de un árbol. Yo estaba a su lado.

—¡Miserable! —bramó el suboficial—. Le costará a usted caro.

—Ya lo sé —repuso el veterano jadeando—. Usted me hará fusilar, pero prefiero el pelotón a las bayonetas de Iván.

Y echamos a correr otra vez. Trepamos a un montículo arrasado y limpio de malezas.

—¡Ay, ay, ay! —berreó el veterano.

Las balas de los *popov* hacían sordos impactos en la tierra del talud.

—¡Pronto, *stabs*! —gritó el veterano a nuestro jefe que no acababa nunca de escalar—. Verá usted cómo les pararemos cuando hayamos alcanzado las líneas de infantería.

Apenas el veterano había terminado su frase cuando nuestro suboficial se irguió bruscamente profiriendo un grito horrible. Sus brazos agitaban el aire de una manera cómica. Luego bajó otra vez casi corriendo el montículo y al llegar cayó de bruces.

—¡Condenado *stabs*! —dijo el veterano—. ¡Y eso que le dije que se diese prisa!

Sin jefe por segunda vez, el 8.º grupo siguió huyendo entre las malezas. Bajo el peso del material, nos tambaleábamos a cada paso.

—Detengámonos un momento —dije—. No puedo respirar.

Halls se dejó caer y ya no se ocupó más que de controlar su respiración. El follón continuaba detrás de nosotros. De vez en cuando, un proyectil alemán caía hacia el Este.

—Y es con eso que cuentan detener a Iván —dijo el veterano—. ¡Entonces es que no hay nadie ya para explicarles de qué se trata, Dios mío! Vamos, en marcha, muchachos, no debemos entretenernos.

—Afortunadamente, te hemos tenido a ti —dijo Halls al veterano—. Sin ti, a estas horas estaríamos todos muertos.

—Seguro —dijo nuestro salvador—. ¡Hala, daos prisa!

Reanudamos la marcha a pesar del agotamiento que nos impedía, de vez en cuando, comprender la importancia de cada paso que dábamos. Tres *landser* más se unieron a nosotros.

—¡Menudo pánico nos habéis hecho pasar! —no pudieron por menos que decirnos—. Os hemos tomado por bolcheviques.

Desembocamos en un pequeño calvero. En realidad, no se trataba precisamente de un calvero. Los obuses rusos debieron de haber alcanzado el día antes el depósito de municiones de una pieza de *Pak* del que hallamos por casualidad algunos vestigios, por haber sido volatilizado el conjunto, lo cual explicaba la desnudez del bosque en aquel sitio. Sobre un árbol tumbado, carne humana deshilachada colgaba todavía a cuatro metros del suelo. Por fin, llegamos de improviso junto a una compañía entera de

feldgrauen equipados para el ataque. Un espigado teniente se precipitó a nuestro encuentro.

—¿Jefe de grupo? —preguntó sin perder un segundo.

—Caído en combate —replicó el veterano cuadrándose más o menos.

—*Teufel!* —exclamó el oficial—. ¿De dónde salís? ¿Cuál es vuestra compañía?

—8.º Grupo, 5.ª Compañía, Grupo de Interceptación *Gross Deutschland*, *Herr Leutnant*.

—21.º Grupo, 3.ª Compañía —añadieron los tres tíos que acababan de unirse a nosotros—. Somos los únicos supervivientes.

El oficial nos miró y no insistió. Continuaba el jaleo y los ruidos de los siberianos nos llegaban de vez en cuando.

—¿Dónde está el enemigo? —preguntó el teniente.

—En todas partes delante de usted, *Herr Leutnant*. Inundan la llanura: los hay a cientos de miles —afirmó el veterano.

—Seguid replegándoos. No somos de la *Gross Deutschland*. Os reincorporaréis cuando encontréis un regimiento vuestro.

No dejamos que nos lo dijera dos veces. De nuevo, nos hundimos en los matorrales mientras el oficial volvía hacia sus tropas vociferando órdenes. Nos cruzamos con bastantes grupos más que se dirigían al matadero y llegamos, por fin, a la aldea donde habíamos organizado, poco antes, un puesto de defensa en un sótano. Allí nos detuvieron, pues una unidad de nuestra división había ocupado el puesto. Ningún rastro, sin embargo, de la 5.ª Compañía. Nos abrumaron a preguntas, primero el mando, luego la tropa ansiosa. Sin embargo, nuestro pequeño grupo pudo disfrutar de algunos instantes de reposo a la sombra de unas ruinas y nos dieron de beber. En todas partes, los soldados de infantería hostigados cavaban hoyos de defensa, instalaban protecciones, establecían camuflajes y revisaban lo que ya estaba hecho. A mediodía la batata volvió a acercarse. Aguantamos otro tiro de artillería rusa que nos hizo correr al sótano que ya conocíamos. En ella, un soldado gordo, un veterano de la *Gross Deutschland*, saltaba y bailaba cuando las explosiones sacudían el cielo y la tierra. Todos sus camaradas lo miraban con indiferencia.

—Está loco —dijo Halls.

—Está así desde que lo conocemos —dijo un *landser* dirigiéndose a nosotros—. Ese condenado Oldner es nuestro gracioso.

No prestamos atención más tiempo a aquella gran barrica que saltaba imitando el *French-Cancan*. —Me fastidia— murmuró Halls.

Pero el gordo, pese a las miradas de desaprobación, seguía gesticulando.

Por la tarde, cinco o seis carros salieron al encuentro de los rusos. Grupos de granaderos les seguían de muy cerca. Hubo, a lo lejos, un combate que duró una hora larga y luego vimos volver a los granaderos, así como una nube de infantes en retirada. El bosque, allá lejos, al final de los huertos, estaba rojo de fuego. proyectiles espaciados caían un poco en todas partes, y en ninguna nos sentíamos seguros. Por todas partes, retrocedían infantes sin resuello arrastrando con ellos camaradas heridos.

Comprendimos que pronto estaríamos otra vez en el frente de combate. La batalla, con sus explosiones, su crepitar y sus rumores volvía a acercarse de cuarto de hora en cuarto de hora. Con ella, una angustia que debíamos superar sin demora nos oprimía. Los contraataques de los regimientos con los cuales nos habíamos cruzado, así como los de los carros, habían sido engullidos por la irresistible marea rusa para la que las pérdidas más incalculables no parecían contar.

La aldea era ya un verdadero punto estratégico cuajado de nidos de ametralladoras, morteros y había hasta una pieza anticarro. Esto explica, sin duda, el infierno que aún hubimos de soportar durante las treinta y seis horas que siguieron.

Delante de nosotros, a unos sesenta metros, dos hoyos arreglados ocultaban dos *spandau* que precedían en cierto modo a los del veterano y de Halls que habíamos vuelto a emplazar en nuestras posiciones de la antevíspera. A nuestra derecha, protegida por unas ruinas, una gran *geschmütz* estaba emplazada sobre un corto vehículo todoterreno. Alrededor de ella, unos cincuenta fusiles, subfusiles, lanzagranadas y otras armas de infantería estaban diseminadas entre los restos de cuatro o cinco cobertizos, al abrigo de unas pilas de leña y de unos vallados. Más lejos todavía, detrás de una sucesión de muros pequeños, los infantes en retirada acababan de ser reagrupados y preparaban con mucha prisa nuevos atrincheramientos. A nuestra izquierda, en una trinchera pegada a la única construcción todavía

más o menos intacta, una sección de mortero había tomado posición. La sección se había visto engrosada, por otra parte, con la infantería en desbandada que se iba instalando por los alrededores. Detrás de nosotros, a la izquierda, en lo alto del camino que cruzaba la aldea, un anticarro del 50, protegido por una verdadera casamata de tierra, apuntaba su cañón amenazador hacia los huertos.

Detrás, más abajo, una camioneta radio estaba estacionada junto al tractor de la pieza. La habíamos visto al llegar, cuando nos autorizaron a descansar un poco.

Las órdenes nos llegaban sin cesar desde nuestro sótano-refugio. Los oficiales reagrupaban a todos los fugitivos, reorganizaban grupos de urgencia, prolongaban la defensa más allá de la aldea donde debía de haber, sin ningún género de duda, un puesto de mando bajo la autoridad de un oficial superior.

De vez en cuando, un cañonazo, que los rusos tiraban verdaderamente a bulto, obligaba a un grupo a echarse cuerpo a tierra. En realidad, nada de alarmante después de lo que habíamos aguantado la víspera. Únicamente a lo lejos, en el extremo de los huertos, es decir casi a un kilómetro, un conato de fuego persistía entre nuestras últimas líneas en retirada y unos grupos rusos avanzados.

El veterano asentía escuchando el estruendo de allá arriba.

—¡Vaya! Están reconstruyendo la línea Sigfrido. ¡Aquí detendremos al ruski! Oye tú, predicador —dijo dirigiéndose a un *katolischerfeldprediger*, a ver si le pides a tu buen Dios que mande el rayo celeste para sustituir a nuestra artillería que falla.

Todo el mundo se rio, hasta el cura, que estaba menos seguro de sus argumentos desde que, a su vez, había visto a las criaturas del buen Dios despedazarse entre sí frenéticamente y sin el menor remordimiento. Un *feld* vino corriendo a nuestro refugio.

—¿Qué demonio hacéis veinticinco ahí dentro? 8.º Grupo de Interceptación, 5.ª Compañía, *feldwebel* —dijo el veterano designándonos a los seis—. Los demás son invitados para la jira campestre de dentro de un rato.

—Vale —dijo el *feld*—. Que todos los demás salgan de ahí. En otro sitio hay refugios vacíos.

Los hombres se levantaron refunfuñando.

—*Feldwebel*, por favor, déjenos por lo menos a dos o tres individuos para sustituir a nuestros muchachos cuando Iván nos haya metido plomo entre ceja y ceja. Es preciso que el fortín resista.

—Está bien —dijo el *feld*.

No había tenido tiempo de designar a alguno de aquellos hombres cuando el barrigudo se ofreció.

—He sido ametrallador ante Moscú, *Herr Feldwebel*, y no hubo queja de mis servicios.

—Está bien. Quédese aquí, y ese también. Los demás vengan conmigo.

El barrigudo, a quien habíamos bautizado *French-Cancan*, se quedó con nosotros y también se quedó un tipo flaco y moreno.

—Ustedes perdonen —dijo *French-Cancan*, dirigiéndose a nosotros—, ustedes perdonen que ocupe demasiado lugar con mi voluminosa persona. Hubiera tenido que remover demasiada tierra para hacerme un refugio individual.

Y se puso a hablar de otras cosas. De vez en cuando, una explosión le obligaba a entornar sus ojos porcinos, pero, una vez pasado el peligro, seguía hablando tan campante.

—No te preocupes por el hoyo que haré para enterrarte —le espetó el veterano sin reírse—. Algunos cascotes sobre tu gran depósito de cerveza bastarán.

—Bebo cerveza muy de tarde en tarde —replicó *French-Cancan*, pero Halls le interrumpió:

—Hay follón por allá. Veo dos carros nuestros que vuelven.

—*Der Teufel!* —blasfemó el veterano—. ¡Qué me dices! ¿Nuestros carros? ¡Dos T-34! Vaya, con tal de que los muchachos del anticarro los hayan visto.

Nuestros rostros crispados estaban vueltos hacia los dos monstruos que llegaban a treinta o cuarenta por hora a la aldea fortificada.

—¡Maldita sea! —exclamó Halls—. No hay modo de acabar con esos trabucos.

Y agitaba la pesada ametralladora. El ruido distinto de la *geschnauz* se dejó oír. Vimos levantarse pequeños paquetes de tierra a lo largo del camino por el que trepaban los carros. Unos impactos luminosos fueron visibles igualmente sobre el blindaje de los T-34, que no parecieron sufrir en demasía por ellos. Vimos, sobre todo, los largos tubos de sus cañones oscilar y balancearse lentamente recordando un poco a la trompa de un elefante. Una fuerte detonación nos hizo desaparecer de nuestro observatorio, y un proyectil ruso pasó a ras de ruinas antes de ir a perderse detrás de nosotros. Los carros acababan de frenar, y el segundo parecía que iba a dar marcha atrás. La *geschnauz* seguía envolviendo con sus tiros a los dos monstruos que, con un gran aullido de su motor, hacían lentamente marcha atrás a sacudidas. Un segundo proyectil ruso impactó contra la pared a nuestra izquierda, haciendo temblar todo el interior del sótano.

Hubo otras explosiones, pero no nos atrevíamos a mirar por la tronera. Un «hurra» procedente del exterior nos devolvió la confianza. El primer tanque acababa de ser alcanzado por nuestro anticarro y retrocedía zigzagueando. Atropelló al segundo que giró y ofreció el flanco a la *geschnauz*. Una espesa humareda salió pronto del segundo blindado. Los dos T-34 dañados dieron media vuelta y se alejaron. De uno de ellos un penacho de humo negro aumentaba sin cesar. Sin duda no llegó muy lejos. Los «hurra» de los *landser* arreciaron.

—¿Habéis visto, muchachos, cómo se le hace dar media vuelta a Iván?
—clamaba el veterano.

Una risa crispada iluminaba nuestros rostros sucios.

—¿Y tú no te ríes? —preguntó Halls al muchacho sombrío y flaco que se había quedado en el sótano con *Fre nch-Cancan*.

—Estoy enfermo —contestó el interpelado.

—Tienes pánico —dijo el sudete—, consuélate, nosotros también.

—Sí, un miedo raro. Cada vez que he de agacharme en un rincón, es sangre lo que me sale del culo.

—Hazte hospitalizar —aconsejó el veterano.

—Ya lo he intentado —murmuró el muchacho que sin duda arrastraba una fuerte disentería—, pero el médico militar ni siquiera me ha reconocido como enfermo. Eso no se nota, ¿comprendéis?

—Evidentemente, valdría más que tuvieses un brazo menos o un agujero en la tripa... Es más espectacular.

—Procura roncar —sugirió el veterano—. Por el momento no haces falta.

Habían llegado unos calderos de rancho a la aldea y una escudilla colmada fue servida a quienes se atrevieron a salir de su agujero. El hecho de que llegara el suministro nos devolvió la confianza. Nos sentíamos en contacto con la retaguardia. Pero a la caída de la noche volvió el terror.

La lucha se reanudó en lontananza con una violencia acrecentada. No tardamos en ver replegarse lo que quedaba de las tropas alemanas ante la horda rusa. Y esta llegó en persecución de los últimos *landser* que cayeron antes de haber alcanzado la línea de defensa de la aldea.

Por todas partes, por los huertos destrozados, incontables siluetas de mujiks surgieron aullando. Corrían, se echaban al suelo y se incorporaban otra vez sin dejar de vociferar. El estruendo de nuestras armas cubrió sus «hurra» y la más espantosa hecatombe comenzó.

En el sótano, invadido por el humo de nuestras dos *spandau*, el aire apenas era respirable. El estrépito del anticarro, que debía de estar al rojo, desmenuzaba el techo del refugio que caía como lluvia sobre nuestros cascos.

—Disparemos uno después de otro —gritó el veterano a través del estruendo—. Si no, van a fundirse nuestros trabucos.

Lindberg, tan verde como su uniforme, se metió tierra en las orejas para no oír. Los cartuchos de un quinto cargador desfilaban por mis manos doloridas y se sumían en la máquina ardiente que el veterano seguía haciendo rugir.

Uno de los dos nidos de ametralladoras, delante de nosotros, acababa de ser aniquilado por un disparo de lanzagranadas. Del segundo proseguía el tiro y barría a los frenéticos soviéticos que se amontonaban en todas partes. A pesar de sus esfuerzos insensatos, las vociferantes oleadas de rojos venían a morir bajo el fuego de los morteros y de las *spandau*. ¿Qué pasaba más lejos? Delante de nosotros todo reventaba a una cadencia vertiginosa.

Dos o tres «freeee» penetraron por las troneras, pero milagrosamente nadie había sido tocado todavía.

Un sordo fragor atronó de pronto los oídos de los combatientes y dos o tres mil *feldgrauen* agacharon un poco más la cabeza. Frente a nosotros, entre los rusos muertos o vivos, surgieron incontables resplandores. Nos quedamos aterrados un instante.

—¡Es nuestra artillería! —gritó alguien—. ¡Sí, es nuestra artillería!

—¡Dios mío! —exclamaron Halls y el veterano—. Ya no contábamos con ella... ¡Ánimo, muchachos, no pasarán!

Efectivamente, la artillería de la Wehrmacht se había reagrupado por fin y hacía llover sobre los asaltantes un diluvio de hierro. En nuestro sótano, oscuro y lleno de humo, las caras se iluminaban.

—¡Ah, qué bien! —se reía el gordo *French-Cancan*—. Y fijaos que arreean donde conviene. ¡Bravo!

Citó el nombre de un compañero suyo artillero. Delante de nosotros, la tempestad rugía y removía el suelo.

—*Sieg Heil!* —bramaba Lindberg en una crisis epiléptica.

Evidentemente, los rusos no podían aguantar aquella avalancha, igual como la víspera nuestras tropas no resistieron el huracán que ellos habían desatado sobre nuestras oleadas de asalto.

La artillería alemana alargó el tiro y persiguió a los rusos enloquecidos hasta la región boscosa. Los *Hurre pobieda* de los bolcheviques se habían apagado, pero los estertores de sus miles de moribundos llenaban la atmósfera de una lamentación espantosa.

Y los defensores de la aldea se creyeron salvados.

—¡A beber! —vociferó el veterano—. Esto hay que celebrarlo. En toda la campaña no he visto nunca una hecatombe semejante. Vamos a estar tranquilos un rato, muchachos, os lo digo yo. Vete a buscar bebida, tú, en vez de lloriquear —continuó, sacando a Lindberg de su rincón.

Lindberg se había vuelto loco. Era visible. Tan pronto reía como lloraba.

—¡Hala, fuera! —dijo Halls que le tenía ojeriza—. Corre a buscar bebida.

Y le arreó una patada en el culo.

El muchacho se fue cogiéndose la cabeza con las manos.

—¿Dónde queréis que encuentre bebida? —preguntó, atemorizado.

—¡Nos importa un pepino! Ve a ver a los radios. Esos chicos suelen tener botellas escondidas. Espabílate, pero no vuelvas con las manos vacías.

Fuera, otros *landser* clamaban su satisfacción de haber tumbado a tantos *popov*. En nuestro sótano, la alegría aumentaba. *French-Can-can* se puso a bailar y nosotros le imitamos.

—La verdad es que creía que no los detendríamos. Afortunadamente, la retaguardia y sus artilleros no nos han abandonado.

—¡Claro que no! —exclamó risueño el granadero que estaba con nosotros hacía tres días.

Por nuestras mejillas negras de mugre resbalaban lágrimas de alegría de los ojos enrojecidos y doloridos. El veterano cantaba y seguía reclamando bebida. Teníamos confianza en el veterano, pues nos había salvado aquella misma mañana. Si el veterano se alegraba, podíamos alegrarnos nosotros también. Él conocía las manías de los rusos. Había combatido mucho. Teníamos por delante un buen rato de tranquilidad, según nos decía. Pero esta vez se equivocaba. Los tiempos habían cambiado. Las unidades rusas habían engrosado desmesuradamente. Ya no eran aquellas divisiones desamparadas que la Wehrmacht había arrollado desde Polonia en centenares de kilómetros. Los tiempos habían cambiado y el veterano se equivocaba. Más allá del sótano, más allá de la aldea y de las trincheras alemanas en pleno jolgorio, más allá de los miles de cadáveres de mujiks, la masa soviética atacaba otra vez, pisoteando sus propios muertos y los nuestros, más poderosa que nunca con centenares y centenares de cañones ruedas contra ruedas. Y los *Hurre pobieda* ahogaron nuestras risas.

Entretanto, en el sótano medio derrumbado ya no había más que cinco pares de ojos despavoridos que contemplaban el claro oscuro del vergel donde resplandecían mil y un destellos breves. Por tercera vez, la infantería soviética se lanzó al asalto de las líneas alemanas y tres veces seguidas los *landser* la contuvieron a costa de esfuerzos inauditos. Entre cada asalto, los cañones rusos araban nuestras posiciones y las de nuestra artillería que continuaba valientemente y, en la medida de lo posible, disparando sus últimos obuses contra los atacantes. Hacía cuatro o cinco horas ya que nuestras risas habían enmudecido y que los órganos de Stalin se abatían sobre nuestras posiciones, inutilizando buena parte de sus defensores. La

artillería y los lanzabombas mataron o enloquecieron a los demás, y los que, como nosotros, teníamos la suerte de estar en un buen atrincheramiento seguíamos arrojando las municiones que nos quedaban. Nuestro techo había cedido, naturalmente, y una gran abertura a través de los escombros nos hacía de tubo de ventilación que permitía evacuar la densa humareda. El alto muchacho flaco con disentería había sustituido a Halls unos instantes en la *spandau*. Una bala o un trozo de metralla le había alcanzado precisamente debajo de la visera de su casco y ahora descansaba tranquilo, al lado de los otros tres infantes moribundos que nos habían traído al refugio para proteger sus últimos momentos. La ametralladora de Halls se encasquilló y únicamente el veterano, contraído en su fatiga, continuaba, sostenido por *French-Cancan*, el sudete y yo, descargando su arma contra todo lo que parecía moverse delante de él.

Una horrible desesperación se abatió sobre nosotros cuando las bengalas rusas levantaron enfrente y encima de la trinchera de los morteros una cortina de fuego blanco. La *geschmawz* quedó desmantelada y los servidores del antitanque debían de estar fríos hacía rato. Nuestras armas principales estaban destruidas y solamente algunas *spandau*, apoyadas por armas ligeras de infantería, seguían impidiendo a las vociferantes jaurías el acceso a la aldea. En todo momento corríamos el peligro de ser desbordados o cercados. A nuestra izquierda, la infantería libraba un último combate profiriendo gritos inhumanos.

—Vamos a tener que morir —dijo el veterano—. ¡Tanto peor para nosotros! No veo otra solución.

Delante de nosotros, a través de los resplandores, podíamos distinguir, de vez en cuando, el heroico nido de ametralladoras que persistía en sobrevivir.

Los rusos siguieron atacando casi sin descanso y, con las primeras luces del día, aparecieron los carros. Sus proyectiles tocaron a muerto para todo lo que quedaba aún en pie a un metro del suelo. Un proyectil de obús hizo saltar lo que quedaba de nuestra protección y nos mandó a rodar amontonados al fondo. A nuestros alaridos de desamparo se añadieron los del nido de ametralladoras que había frente a nosotros y luego los gritos

vengadores de los hombres del tanque ruso que nivelaron el agujero mezclando los dos héroes con la tierra maldita.

Halls se quedó fascinado un momento ante aquel espectáculo. Era el único de pie todavía que podía ver lo que ocurría. Las orugas patinaron un rato sobre el hoyo, según nos dijo más tarde, y los tanquistas gritaban: *Kaputt soldat germanski*. Logramos abandonar la posición diez minutos antes que los rusos la ocupasen. Era inútil correr, pues nos habían abandonado completamente las fuerzas. Nos arrastramos, Dios sabe cómo, a través de los muertos, del caos y de los resplandores. Nuestros oídos sólo percibían el fragor constante de las detonaciones y el silencio parecía que no debía existir nunca más. Halls caminaba detrás de mí, con la mano roja de sangre, pero aquella sangre le salía del cuello. Lindberg se tambaleaba delante y por fin permanecía callado. El veterano iba detrás, lejos de nosotros, y vociferaba como un poseso refiriéndose a la artillería, a los rusos, a la guerra. El barrigudo andaba a mi lado y no paraba de repetir cosas incomprensibles. El fragor arreció, el cielo se iluminó por todas partes y nosotros nos esforzamos en aligerar el paso.

—Sajer, estamos perdidos —gritó Halls—. Nos atraparán.

Me eché a temblar y a gritar. La cabeza me dolía horrorosamente. Hubo una serie de explosiones y de tiroteos. Nos caímos más que echarnos. Después reanudamos la marcha como fantasmas. De pronto, *French-Cancan* se puso a gritar. Volví hacia él mis ojos cansados y me pareció soñar. Seguí mirando a *French-Cancan* sin cambiar de expresión y poniendo dificultosamente un pie delante del otro.

—¡No me abandones! —suplicó él con una expresión implorante.

Con las manos apretaba el vientre y algo inmundo, como suele verse en el suelo de los mataderos. Salí un instante de mi entorpecimiento y miré a Oldner.

—¿Cómo puedes estar aún de pie con eso? —pregunté medio inconsciente.

French-Cancan profirió un prolongado gemido y se quedó doblado.

—Ven —dijo el sudete como un hombre borracho—. No podemos hacer nada por él.

Proseguimos la marcha como sonámbulos. Oímos el ruido de un motor detrás de nosotros e intentamos ver qué nuevo peligro podía surgir. Una masa oscura, con las luces apagadas, avanzaba rápidamente traqueteando.

Con lo que nos quedaba de voluntad procuramos dispersarnos. Las explosiones a nuestro alrededor arrojaron unos reflejos sobre el camión que ya nos había alcanzado.

—¡Subid, camaradas! —gritó un alma buena.

Nos acercamos tambaleándonos. Tres muchachos de la aldea habían conseguido poner en marcha el vehículo todoterreno de la *geschnauz* y huían en él. Logramos encaramarnos en la exigua plataforma ocupada por la ametralladora pesada desmantelada. El tanque reanudó la marcha y transportó su carga embrutecida por la fatiga a través de mil baches. Acabábamos de llegar, sin duda, al emplazamiento de la artillería. Unos soldados despavoridos, que estaban junto a sus piezas sin municiones, nos hicieron señas.

—¡Atrás! —gritó el chófer de nuestro vehículo—. Iván llega.

Un tractor de artillería acababa de consumirse. ¿Fue aquel resplandor lo que cegó a nuestro chófer? El caso es que el todoterreno se metió en un profundo embudo. Todos fuimos proyectados fuera y yo creí haber atravesado el parabrisas. Sentí un dolor violento en el hombro ya maltrecho y me encontré doblado sobre mí mismo contra una rueda delantera del vehículo.

—¡Mierda! —gruñó alguien—. ¿Dónde nos has metido?

—¡Vete a paseo! —protestó el chófer—. Seguramente me he roto una rodilla.

Me incorporé apretándome el hombro. Mi brazo derecho parecía paralizado.

—Tienes la boca llena de sangre —dijo el sudete mirándome—. Solamente me duele el hombro.

Vi el corpachón de Halls tumbado en lo alto del montículo. Mi pobre compañero, herido ya, había sido proyectado lejos y estaba atontado.

—¡Halls! —exclamé zarandeándolo.

El gigantón se llevó una mano al cuello. Afortunadamente, no había muerto.

Alguien trató de sacar el taxi del pozo donde se había metido. Las ruedas araron la tierra, pero aquel demonio de trasto se mantuvo quieto. Desolados, nos acercamos a una posición de artillería que se disponía a levantar el campo. Los muchachos nos cargaron con todo su material, y por fin partimos para otro punto más tranquilo.

En lontananza, el cielo era rojo.

—¿Venís de esa hoguera? —preguntó un artillero.

Se dirigía al veterano. Ese no contestó. Acababa de sumirse en un sueño anestésico. Nuestro grupo de pordioseros se quedó dormido a pesar de las rudas sacudidas del potente vehículo, únicamente Halls y yo seguíamos más o menos despiertos. El hombro descoyuntado me impedía moverme y me hacía sufrir enormemente. Alguien se inclinó sobre mí. Yo tenía la cara inundada de sangre. El cristal del parabrisas me había hecho mil cortes y mi rostro enrojecido hacía pensar que aquella sangre manaba de una profunda herida.

—Ese va a palmar —dijo el muchacho que me había mirado.

—¡No! —contesté exhalando un suspiro.

Más tarde se preocuparon de hacernos bajar. Cada movimiento me repercutía en el hombro izquierdo y el dolor, a causa de la fatiga, me producía náuseas. Eché el bofe. Dos *feldgrauen* me ayudaron a caminar hasta el pie de una casa donde había tendidos numerosos heridos. Halls, cuyo cuello estaba rojo de sangre, vino a verme, así como el chófer del todoterreno que saltaba sobre una sola pierna.

—¿No te encuentras bien, muchacho? —preguntó Halls al verme vomitar—. No vas a reventar, ¿eh, Sajer?

Las palabras me llegaban lejanas a través de un zumbido.

—Quiero irme a casa —murmuré entre dos hipos.

—A mí también me gustaría mucho —dijo Halls.

Y se tumbó boca arriba y se quedó dormido.

Con el día nos despertó el servicio sanitario que acudía a separar los muertos de los vivos. Un tipo con las manos frías me levantó un párpado y miró mis ojos.

—Eso marcha, amigo —dijo—. ¿Qué te duele?

—El hombro... No puedo moverme.

El enfermero me desabrochó el correaje haciéndome berrear de dolor.

—No hay herida aparente, *Herr* doctor —declaró a un tipo alto con gorra.

—¿Qué tiene en la cabeza?

—No veo nada —prosiguió el otro—. Tiene la cara llena de sangre, eso es todo. Una luxación en el hombro...

El muchacho me removi6 el brazo izquierdo y yo proferí un grito. El médico hizo solamente una seña con la cabeza y el enfermero me prendió un trozo de cartón blanco en el pecho. Lo mismo hizo con Halls y el chófer. Pero al chófer lo metieron en una ambulancia con otros más. Halls y yo nos quedamos en el suelo. A mediodía, dos individuos se ocuparon de los que, como nosotros, nos habíamos quedado durmiendo en la acera. Intentaron ponerme en pie.

—¡Ya está bien, muchachos! Yo puedo andar. Lo que me duele es el hombro.

Los que podíamos sostenernos de pie formamos una fila y todos fuimos conducidos hacia la cantina.

—¡En cueros! —ordenó el *feld*.

Me costó enormemente desnudarme. Dos compañeros me ayudaron y mi hombro hinchado y lastimado quedó al descubierto. A todos nos pusieron una inyección en el muslo. Después los enfermeros lavaron las heridas con éter y pegaron un poco de esparadrapo por todas partes. Junto a la puerta, ponían puntos de sutura a un pobre chico que tenía una condenada herida en la espalda y que berreaba por la mordedura de los instrumentos quirúrgicos. Después, dos tipos con gafas se ocuparon de mí y se aferraron como osos a mi hombro sensible. Por mucho que chillé y les insulté, no hicieron ningún caso de mis gritos. Con un crujido que me hizo daño hasta la punta de los dedos de los pies, pusieron en su sitio mi miembro dislocado y pasaron al caso siguiente.

Fuera encontré a Halls. Acababan de pegarle un trozo grande de esparadrapo y un paquete de algodón a la izquierda del cuello. Mi compañero había recibido un feo trozo de metralla tres centímetros más abajo de la primera herida que había tenido en Jarkov.

—La próxima vez dejaré la cabeza —dijo Halls.

Más lejos encontramos al veterano, al sudete, a Lindberg y al granadero que roncaban ruidosamente sobre la hierba de un talud. Nos tumbamos junto a ellos y nos pusimos a hacer lo mismo.

Así terminó para nosotros la batalla de Bielgorod. Habíamos retrocedido en relación con nuestro punto de partida. La ofensiva alemana había vuelto a perder el terreno tan duramente conquistado durante una decena de días, y aún más. Un tercio de los efectivos empeñados se había hundido en el infierno. Entre ellos, muchos jóvenes leones, los *Hitlerjugend*.

¿Qué habría sido del guapo muchacho con cara de madona, de su amigo el de ojos claros y leales y del estudiante que hablaba tan bien? Probablemente yacían en la tierra mutilada de Rusia, lo mismo que el melancólico tocador de armónica que en su canción decía que querría volver a ver su valle verde y apacible aunque fuese para morir en él.

No hay sepultura para el *feldgrau* caído en Rusia, como decía el veterano. Un día, un mujik removerá nuestros restos y los meterá, con estiércol, en su surco, para sembrar después semillas de girasol.

TERCERA PARTE: LA RETIRADA

Capítulo VII

EL NUEVO FRENTE

En el mes de septiembre, Jarkov cayó de nuevo definitivamente en manos de los soviets. Todo el Frente Sur y Centro fue seriamente quebrantado y brechas importantes fueron practicadas en él. Por aquellas brechas arremetieron los carros enemigos que dismantelaron todo el sistema de defensa. El gran repliegue general comenzó, y los rojos cercaron muy a menudo divisiones enteras. Nuestra unidad fue, a este efecto, empleada en interceptar las penetraciones y fue equipada con material nuevo y rápido. La División *Gross Deutschland* hizo muchas veces prodigios que fueron citados en la orden del día. Allí donde aparecía, los combatientes de las trincheras recobraban esperanzas y, con nuestra ayuda, ponían en fuga al enemigo. Así fue como ocurrió por lo general, pero evidentemente nunca se habló de nuestras dificultades, de nuestro cerco, de la desesperación de los soldados que abandonaron su material en el océano de barro. Tampoco se habló de las sucesivas reformas de la unidad para sustituir a los regimientos aniquilados. No se habló del *steiner* ni del capitán Wesreidau volatilizado, del ayudante y de su sección hechos prisioneros y liberados demasiado tarde por nuestro comando, de la profunda desesperación que se abatió sobre los niños grandes que éramos nosotros y que debieron aprestarse a un segundo invierno de guerra, del puente humano sobre el Dnieper, del abandono de los regimientos de congelados, de la tierra quemada, de la semana pavorosa en Chernigov, de nuestras manos llenas de sabañones y de nuestra funesta resignación ante la idea de la muerte. Los generales han escrito, después, relatos sobre el conjunto de aquellos sucesos. Han situado las catástrofes, han escrito una frase o diez líneas sobre las pérdidas sufridas a consecuencia de enfermedad o de congelación. Pero nunca, que yo sepa,

han expresarlo suficientemente el desamparo del soldado abandonado con frecuencia a una suerte que se procura evitar incluso a un perro tiñoso. Nunca han evocado las horas de zozobra añadidas a las miles de horas de zozobra, el resentimiento evidente del individuo perdido en un gran rebaño donde cada hombre, inmerso en sus propios tormentos, no puede tener en cuenta la desolación del otro. Nunca se ha hablado de estos rebaños tan gloriosos como vencidos y deshechos, abrumados por las reprimendas de los jefes del orden, hostigados por la rabia de otro rebaño de enemigos a los que se ha permitido volcar su odio «justificado» y que se confunde en el homicidio y la abyección, y la desilusión, más tarde, cuando se entera de que la obtención de la victoria no le ha devuelto ni mucho menos su libertad. Pues no hay libertad. No hay en el fondo más que el crimen físico de la guerra, el crimen hipócrita e intelectual de la paz. No se quiere al vecino por un simple impulso del corazón, se le quiere muy a menudo para tener una excusa más tarde cuando fatalmente se tenga que detestarle.

«¡Y yo que le tenía por un buen chico!», se dirá. No hay ya libertad en una sociedad en la que se empiezan a establecer límites. Sólo existe una ley precaria que previene amablemente que la libertad de unos termina donde empieza la de los demás. Puesto en guardia por esta sumaria profecía, el pequeño burgués, con sonrisa bondadosa, acecha con ojos inquietos al vecino que corre el peligro de caer del árbol casi medianero, sobre el seto de evónimo bien cortado que circunda la opulenta libertad. Los hombres de la prehistoria lo comprendían sin saberlo, y la libertad sólo existía para ellos en el radio de acción de su cachiporra. Más allá, siempre está la guerra posible, la asechanza, la vileza.

—Es por eso que os batís —nos dijo un día *Herr Hauptmann* Wesreidau—. No sois más que animales a la defensiva, aunque os veáis obligados a la ofensiva. Vamos, ánimo, que la vida es la guerra y la guerra es la vida. La libertad no puede existir. El capitán Wesreidau nos ayudó muy a menudo a soportar lo peor. Se entendía muy bien con su tropa.

El capitán Wesreidau no era de esos oficiales, imbuidos de sus galones, que miran y tratan al soldado como a un peón sin valor y con el cual se puede jugar sin escrúpulos. ¡Cuántas veces compartió con nosotros las sombrías veladas! ¡Cuántas veces lo encontramos en nuestras casamatas,

donde conversaba extensamente con nosotros y nos hacía olvidar la tempestad de nieve que aullaba fuera! Me parece ver aún su cara delgada, apenas iluminada por un vacilante «Kerze», muy cerca de las nuestras.

«Alemania es un gran país —nos decía—. Hoy nuestras dificultades son inmensas». El orden en el que creemos más o menos, vale tanto como las consignas de enfrente. Aunque no aprobemos siempre lo que nos vemos obligados a hacer, debemos ejecutarlo en nombre de nuestro país, de nuestros camaradas, de nuestras familias sobre las que la otra parte del mundo se ensaña pretendiendo servir a la verdad y al buen derecho. La verdad y el buen derecho son tan relativos como la libertad. Todos sois ya bastante mayores para comprenderlo. He viajado por América del Sur y un día puse los pies en Nueva Zelanda. Después, he hecho la guerra en España, en Polonia, en Francia y hoy en Rusia. Puedo decir que en todas partes he encontrado las mismas hipocresías dominantes. La vida, mi padre, y las lecciones de los antiguos, me enseñaron a preparar mi existencia con rectitud y lealtad. He mantenido estas ideas a pesar de todas las dificultades y todas las canalladas que han sido puestas a través de mi ruta. Allá donde una espada ha sido necesaria, he seguido sonriendo o acusándome a mí mismo, pensando que los males venían de mí.

«Cuando disparé mis primeras ráfagas en España, pensé en suicidarme, pues no me parecía hecho para mí el ejercicio de la guerra. Después, he visto la ferocidad de los otros que, persuadidos de que servían a la buena causa, se ofrecían al homicidio como purificadores. He visto a los franceses frágiles y suaves que nos temían. Después, cuando les dimos confianza y les tendimos la mano, se envalentonaron y empuñaron las armas que no supieron sostener cuando era necesario. El mundo en general no acepta nunca aquello a lo que no está habituado. Un cambio cualquiera le sorprende y le asusta. Entonces acepta batirse para preservar algo de lo que se queja constantemente. A poco que unos brillantes oradores asentados en la blandura de una cómoda situación les hagan creer en la igualdad de los hombres, aunque esos hombres difieran de nosotros tanto como una vaca de un gallo, esos mundos fatigados y postrados en una libertad más que restringida se ponen a vociferar su convicción y avanzan amenazadores. No obstante, es bueno cubrir cuidadosamente a esas gentes y mantenerles la

tripa llena, si se quiere obtener de ellas la décima parte del rendimiento previsto».

«Es un poco lo que ocurre al otro lado, camaradas. En nuestro país, el pueblo tiene la suerte de ser menos indolente, y cuando alguien grita: “Miraos vosotros mismos”, cada uno se atreve a mirarse. Nuestra condición no es absolutamente perfecta, pero aceptamos ver otra cosa. Entonces intentamos la aventura. Es escabrosa, insuficiente de seguridad. Se lanza una idea de unidad: no es rica ni comestible, pero la gran mayoría del pueblo alemán la acepta, se aferra a ella, la forja, la fusiona en un admirable esfuerzo de colectividad. Aquí intentamos la aventura. Procuramos, teniendo en cuenta la idea de sociedad, cambiar la faz del mundo, esperando hacer que vuelvan a surgir las viejas virtudes hundidas en la inmundicia de las villanías de los pueblos y de nuestros padres». «No somos pagados. Somos el Ejército desheredado y odiado. Mañana, si debemos perder la cara, la injusticia de los malos juicios se abatirá sobre los que vivan aún después de haber sufrido tanto. Se les arrastrará por los suelos, se les acusará de más homicidios aún, como si todos los que combaten no cometiesen los mismos actos en tiempo de guerra. Los que tengan mucho interés en ver el fin de nuestro idealismo, ridiculizarán nuestra actitud. Nada nos será ahorrado. Se destruirán incluso las tumbas de los héroes, y sólo serán conservadas, en nombre del respeto de las masas ante la muerte, las sepulturas de los caídos casuales que no se atrevieron a intentar verdaderamente la aventura. Con nosotros desaparecerá todo el heroísmo que debemos prodigar a diario, la memoria de los camaradas muertos o vivos, nuestra comunión de espíritu, nuestros temores y nuestras esperanzas. Nuestra historia no será siquiera narrada. Se hablará solamente de un sacrificio tonto e incalificable. Lo queráis o no, formáis parte de la aventura, y nada, después, corresponderá a los esfuerzos que habéis efectuado si queréis dormir en el cielo sosegado del campo de enfrente. No se os perdonará haber podido sobrevivir a los tiros. Seréis rechazados o bien conservados como animales raros escapados a un cataclismo. No tendréis ya amigos verdaderos. El perro y el gato nunca pueden dormir tranquilos. ¿Deseáis un fin semejante? Los que puedan acomodarse a él pueden cruzar nuestras líneas e irse sin temer nuestra venganza».

«Que aquel de vosotros que sufra de una preocupación semejante me lo diga, y pasaré noches tranquilizándolo. Que los otros se vayan, lo repito. No podemos esperar nada de ellos y nuestra aventura no tolera a los vacilantes. Creed que tengo plena consciencia de vuestras desdichas. Como vosotros tengo frío, como vosotros tengo miedo, como vosotros disparo, pues considero que mi grado de oficial me dicta hacer más que vosotros. Como vosotros anhele vivir, aunque sólo sea para seguir luchando. Quiero que mi compañía tenga una homogeneidad de ideas y de práctica. Ya no soportaré, después, los desfallecientes ni a los que duden. No sufrimos solamente por una victoria final, sufrimos por una victoria cotidiana contra quienes se arrojan sobre nosotros sin descanso y solamente piensan en exterminarnos sin comprender. Podéis contar conmigo en compensación. Yo no os expondré inútilmente».

«Destruiré e incendiaré poblaciones enteras para evitar que uno solo de nosotros muera de hambre. Aquí, perdidos en la estepa, sentiremos mejor nuestra unión. Más allá, sabemos que el odio y la muerte nos buscan, pero a la indisciplina y a la dispersión oponemos cada día nuestra cohesión perfecta. Quiero que no seamos más que uno y que nuestras ideas sean idénticas. Este es vuestro verdadero deber y si lo cumplimos, incluso muertos seremos vencedores».

Las conversaciones con el capitán Wesreidau penetraban profundamente en nuestras mentes. Al contrario de los discursos en los que se apelaba a nuestro sentido del sacrificio y que nos dejaban atónitos e incrédulos, la fe de nuestro oficial era tanta que los más reticentes aceptaban sus palabras. Se sometía a nuestras preguntas y las contestaba con inteligencia y claridad. Cuando el servicio no lo absorbía, estaba entre nosotros. Lo queríamos y lo considerábamos verdaderamente como un jefe y un amigo con el que podíamos contar. *Herr Hauptmann* Wesreidau era terrible para el enemigo y paternal para su compañía. En cada traslado o en cada operación, *sustainer* precedía nuestros vehículos.

Estuvimos a sus órdenes hasta la primavera de 1944. Un día que debíamos ir a un punto de refuerzo, su *steiner* pasó sobre una mina que mató a los cuatro ocupantes. Aterrados, nos precipitamos para socorrer a nuestro jefe que sufría unas veinte fracturas. *Herr Hauptmann* murió,

adosado al talud de un camino de la frontera rumana y, hasta el postrer segundo, nos incitó a permanecer unidos y fieles a nuestra aventura.

Nadie lloró, por supuesto, porque hacía tiempo que no sabíamos llorar ya ante la muerte. Pero la compañía entera saludó y presentó armas a nuestro valeroso jefe cuyo rostro se inmovilizó en una sosegada sonrisa.

El veterano, que tenía sentido común, nos lo había hecho notar el día siguiente de Bielgorod, cuando de reposo en la retaguardia nos recobrábamos y curábamos nuestras heridas.

—He visto a nuestro capitán —nos dijo un día.

Me parece un hombre inteligente y comprensivo.

Entramos en fuego dos veces más antes de cruzar de nuevo el Dnieper a principios de otoño. Para ello hubo que equipar nuevamente a buen número de nosotros. Graves acusaciones se cernían sobre quienes habían regresado sin sus armas. Lindberg, el sudete y Halls, a pesar de estar heridos y reconocidos como a tales, volvieron la famosa noche de la derrota, desarmados, sin equipo y harapientos. Se concibe perfectamente que se deje olvidado el equipaje cuando se abandona precipitadamente un hotel en llamas. Pero allí, el soldado no debía separarse nunca de sus armas: tenía que morir con ellas, o seguir viviendo conservándolas fuese la que fuese la situación. En lo que a mí respectaba, guardé el fusil sin pensar en aquella orden, más bien como un ciego no deja nunca su bastón blanco. El veterano arrastró su pesada *spandau* por costumbre o disciplina. De todos modos, me faltaba el casco, la manta impermeable, el demonio de máscara antigás que nunca servía para nada y, naturalmente, lo que podía quedar de munición de la ametralladora del veterano de la que yo era sirviente.

Encontramos a Lensen que también había salido perfectamente del paso. No obstante, volvió sin lo esencial de su equipo y se tiraba de los pelos al pensar que podía perder su grado de *obergefreiter*.

El veterano, que también era *obergefreiter*, se reía de ello y sugirió a Lensen que la próxima vez procurase ser ascendido a un grado superior a título póstumo. Las cuitas de Lensen y nuestras bromas se ahogaban en la *samahonka* que un soldado listo había encontrado en el sótano de una casa rusa abandonada.

Unos y otros debieron, sin duda, al capitán Wesreidau no tener que presentarse ante el tribunal militar tan temible como los lanzabombas soviéticos.

Así pasamos tres buenas semanas de reposo en la retaguardia, en un poblacho de tristes casas de madera todas idénticas. Afortunadamente, hacía un tiempo espléndido y, aparte las dos breves escaramuzas que ya he mencionado, tuvimos un poco de calma. La aproveché para reanudar una voluminosa correspondencia con Paula, pero nunca le pude contar el miedo que pasé en Bielgorod. Halls había trabado amistad con una rusa y se entregaba con ella a ejercicios prácticos. No era el único, por lo demás, en visitar a la buena mujer. Una noche coincidieron tres; uno de ellos había sobrevivido al infierno y abusaba de los placeres terrenales, en descargo de conciencia, y porque escaseaban y quizás eran perdonados. Aquel gran canalla de Halls contó detalladamente la cama redonda bajo los edredones de la ruski. Fue para partirse de risa.

Todo fue bien hasta una mañana de fin de septiembre en que el ruido lejano del cañón vino a recordarnos de nuevo que no estábamos allí de jolgorio. En, realidad, el frente que nuestras tropas habían conseguido formar al oeste de Bielgorod acababa de derrumbarse y el gran trastorno que he anunciado más arriba comenzaba.

Nuestros generales, convencidos de que nuestras fuerzas podían, si no atacar, por lo menos mantener al ruso en el frente restablecido —me refiero al frente de antes de la tentativa sobre Bielgorod—, se dieron cuenta, un poco tarde, de que los regimientos empeñados estaban en vías de hacerse diezmar sólo para frenar el avance irresistible del formidable Ejército ruso que estaba atacando en todo el sector central.

Lo que debió haberse hecho, aun antes de pensar en reanudar la marcha hacia el Este, aparecía ahora como una realidad a la cual había que aferrarse, mientras ello fuese todavía posible. Entonces se dio la orden tardía del repliegue general a la orilla oeste del Dnieper. El Dnieper era Kiev en el eje central, Cherkassy en el eje meridional y Chernigov en el norte de Desna. Centenares de kilómetros que recorrer, perseguidos por un enemigo más móvil que nosotros, que estaba a punto de alcanzar, a cada instante, las riadas del ejército en retirada y sembrar un desorden

implacable. Lo que todavía era posible antes de Bielgorod no lo era ya prácticamente ahora, si no era al precio de esfuerzos inverosímiles y de combates de retaguardia constantes. La Wehrmacht siguió una vez más las órdenes y pagó aquella retirada, iniciada demasiado tarde, mucho más caro de lo que le había costado su avance en una época anterior. Aquel otoño murieron muchos en la estepa ucraniana, murieron a millares, y los combates, que no fueron anunciados a son de bombo y platillos, como la toma de ciertas ciudades, consumieron héroes ciertamente más valientes. Las tropas del frente, perpetuamente en contacto con un enemigo sin cesar acrecentado, tenían una opinión formada sobre la evolución de las cosas. El más hermético de los soldados se daba cuenta de que, a pesar de toda su buena voluntad y su heroísmo, aunque lograra tumbar a un centenar de ruskis bajo el fuego de su ametralladora, otros cien reanudarían al día siguiente el asalto y así sucesivamente. El más ciego de los soldados sabía entonces que el ruso está animado, de vez en cuando, de un atrevimiento tal que una montaña de compatriotas muertos no le impediría ir a probar suerte a su vez.

Sabe que, en tales condiciones, el combate suele ser más favorable a la fuerza numérica que a la heroica tenacidad del *feldgrau* en batería. Entonces se desespera. ¿Cabe reprochárselo? El *landser* sabe que morirá casi con seguridad. Sabe que es para hacer posibles grandes movimientos de tropas. Sabe que es por la buena causa, y si su valor lo incita a la resignación durante algunas horas, las que seguirán y los días que seguirán lo verán con los ojos llenos de una tristeza sin lágrimas. Entonces el *feldgrau* dispara, dispara, se vuelve loco: no está de acuerdo en morir. Mata, destroza, como para vengarse de antemano de lo que inevitablemente le será infligido. Si muere, es con la rabia de no haberlo hecho pagar bastante caro a la Humanidad. Si se salva, estará loco y no podrá readaptarse nunca al mundo de los tiempos de paz. Entonces, a veces huye. Pero unas consignas, atinadamente lanzadas, lo calman como una inyección de morfina. «En el Dnieper todo será más fácil, el enemigo no podrá forzar la barrera, valor, camaradas, contened a Iván, si queréis que todo el mundo pase. Valor, en el Dnieper la ofensiva rusa se estrellará y nosotros reanudaremos nuestra marcha gloriosa cuando ellos estén agotados».

Entonces, a través del pánico y la desesperación, la orden se convierte en un deber. El valiente soldado alemán resiste con un frenesí que sorprende al adversario. De cien metros en cien metros, retrocede hacia la salvación, hacia el Dnieper. Frena al máximo el enemigo, ve caer a sus camaradas. El esfuerzo insensato se prolonga durante días y más días, en una línea de centenares de kilómetros. Cuando los supervivientes de las unidades de retaguardia llegan por fin a la orilla este del río, un enorme hormiguero humano se les aparece. Ejércitos enteros caminan hacia los pocos puentes que el cuerpo de Ingenieros ha logrado mantener. Chapotean por las orillas arenosas y se hacen sobre todo lo que puede flotar. El ruso está ahí y hostiga la barrera de resistencia que se contrae terriblemente. La Luftwaffe está en todas partes y salva en parte la situación. Pero los *Mig* y los *Jobo* pronto son más numerosos. Lo que no cae bajo los cañonazos de la artillería de largo alcance, sufre el aullido de los cazas bolcheviques que llegan en jaurías cada vez más numerosas.

Entonces, aquellos que no han cruzado el río son reenganchados en las contraofensivas, a razón de uno contra cien. Una vez más, el resorte combativo del Ejército alemán se dispara. Todavía hace buen tiempo y se libran batallas obstinadas. Estas victorias no se celebran. Un Ejército que se bate por su salvaguardia, no puede hablar de victoria.

Sin embargo, son victorias. Más duras que las que se han librado para conquistar. Aquí, en la orilla este del Dnieper, no se lucha ya para tomar una ciudad o una zona petrolífera. Se lucha para evitar una catástrofe. Cada uno lo sabe, cada uno lo siente, y cada uno lucha desesperadamente. Hay horas, días de calma, pero el cerco es angustioso, hasta el punto que se vuelve a la batalla para descubrir al monstruo rojo que se siente en todas partes. Por fin la catástrofe es evitada. El Ejército del Centro ha pasado. Se da orden a los regimientos empeñados aún en replegarse. Por la noche, se destruye casi todo. Únicamente los hombres y las armas ligeras pasarán por los pontones de la muerte que han sido previstos para embarcar a los últimos que queden en el lado este. Al amanecer, los hombres extenuados llegan al río cubierto por la niebla otoñal. Se buscan, se llaman, y es el crepitar apagado de los subfusiles que contesta, pues Iván ya está ahí. En algunos sitios, ha llegado antes que los fugitivos, ha aprisionado a los pontoneros, ha echado a pique

los pontones. Los hombres se arrojan al agua abandonándolo todo. Los ruskis abren fuego y disparan a las cabezas que asoman del agua como se rompen pipas de barro en los barracones de feria. Iván se ríe y bromea ruidosamente. Algunos quizá ganen la orilla oeste donde una sección acaba de reaccionar.

En otros sitios, se hacinan en precarios pontones que sufren también un nutrido fuego tanto desde tierra como desde el aire.

Otros quedan cercados y luchan hasta el fin. Iván bromea y hace pocos prisioneros.

Por fin, ya estamos en el nuevo frente, la salvación, la orilla oeste del Dnieper. Bien afianzados en la orilla. Esta vez, Iván no pasará. Nieva, y el *landser* habilita su casamata. Sabe que está aquí para mucho tiempo. Se adapta, se calma, se organiza de nuevo y espera. Pero llega una noticia, y cunde con la rapidez del relámpago que sigue las bengalas de los soviets. El Estado Mayor lo ha hecho todo para que la tropa no esté al corriente. Pero la noticia es demasiado importante, demasiado fuerte: derriba la barrera de la discreción, rompe en la frágil esperanza de los *feldgrauen* y la barre con su embate tumultuoso.

El Ejército rojo sube desde Cherkassy al este y al oeste del Dnieper. Al norte, el Desna es atravesado, y numerosas tropas quedan cercadas en la confluencia del Dnieper con el Desna.

Llega el invierno. Una profunda angustia descende con los copos de nieve y cubre una vez más a los soldados abatidos. ¿En qué riberas hallaremos la tranquilidad? ¿Dónde habrá que replegarse otra vez? ¿En el Pripet? ¿En el Bug?

—¿En el Oder? —se burla amargamente el veterano.

Esto nos parece espantoso. ¡Inimaginable!

—Dios nos libre de una catástrofe semejante —murmuró Wesreidau—. Sería tan horrible que ninguna imaginación puede concebirlo. Dios se digne a concederme la muerte antes que ver eso.

De todas las líneas anteriores, no se sacará más que una idea general de la situación, pero ningún detalle. No escribo en absoluto para componer mapas de los sucesos de la guerra germano-rusa. Me tiene sin cuidado todo eso, y sólo me preocupa todavía el recuerdo de las increíbles dificultades

que los *landser* tuvimos que superar. No establezco un mapa por una sencilla razón: nunca tuve más que una idea aproximada de nuestros traslados y de nuestros puntos de operación. Sería ciertamente incapaz de trazar una línea del frente con exactitud de cualquier época de la guerra. Eso corresponde a los Estados Mayores disueltos. Por contra, puedo describir, sin olvidar nada, los menores detalles de ciertos momentos. Un simple olor despierta en mí todo un pasado trágico que muy a menudo me deja pensativo durante largos momentos.

Sé lo que significa la consigna «¡Valor!», lo sé por los días y las noches de inquietud y de resignación, por el miedo insuperable que la hace aceptar a pesar de todo, cuando vuestra mente ya no funciona normalmente. Lo sé por la inmovilidad en la tierra helada que os transmite su glacial contacto hasta la médula. Lo sé por el alarido del desconocido que se debate, muy cerca, en un hoyo parecido al vuestro. Sé también que se puede pedir ayuda a todos los santos del cielo aun sin creer en Dios. Es de todo eso que debo hablar, aunque tenga que sumirme de nuevo en la pesadilla durante noches enteras. A esto se limita, en realidad, mi tarea: retransmitir con la mayor intensidad posible los gritos del matadero.

Demasiadas personas traban conocimiento con la guerra sin ser incomodados por ella. Se lee tranquilamente en un sillón o en la cama la historia de Verdún o de Stalingrado, con las nalgas bien caldeadas, sin comprender, y al día siguiente se reanuda el apacible quehacer... No, estos libros hay que leerlos en la incomodidad, forzadamente, considerándose feliz de no verse obligado a escribir a los suyos desde el fondo de una trinchera, con las nalgas en el barro. Hay que leer esto en las peores situaciones, cuando todo parece ir mal, a fin de darse cuenta que los tormentos de la paz no son más que cosas fútiles por las cuales es un error que le salgan a uno cabellos blancos. Nada es verdaderamente grave en la paz confortable y hay que ser muy tonto para preocuparse por una subida de sueldo. La guerra, hay que leerla de pie, velando hasta muy tarde, aunque se tenga sueño. Como la escribo yo, hasta que amanezca y que mi ataque de asma haya soltado su presa antes que yo. Entonces, Dios mío, aunque la fatiga me pese, ¡qué suave me parecerá el trabajo de la paz!

Los que leen Verdún o Stalingrado y de ello sacan una disertación entre amigos en torno a una taza de café, no han comprendido nada. Los que saben leerlo, conservan una sonrisa silenciosa, sonríen al caminar y se consideran felices. Voy, pues, a reanudar el curso de nuestra vida en el poblacho que he citado más arriba, allí donde comenzábamos a revivir y a tranquilizarnos pese al lejano ruido del cañón.

—La vida es demasiado hermosa, aquí —murmuró el sudete, viendo acudir los transportes y otros vehículos que huían hacia veinticuatro horas.

Cada casa, y no eran muy numerosas, se convertía en el refugio temporal de unos grupos de oficiales que deliberaban precipitadamente sobre la suerte de la tropa que debían conducir. Entretanto, la tropa esperaba con toda su impedimenta cuyo volumen hacía diez veces el del edificio.

Para nosotros, que habíamos sido desalojados de nuestros acantonamientos, la espera se hacía bajo los árboles a la salida de la aldea. Toda la compañía estaba allí, agrupada en orden, con su material cargado en automóviles civiles. Un viento muy fuerte barría la estepa reseca y levantaba nubes de polvo que tapaban el horizonte desnudo.

—¡Nos han echado a la calle! —bromearon el veterano y un gran soplador apellidado Woortenbeck—, pero sólo les hemos dejado botellas vacías.

Se referían a las nuevas tropas en retirada que afluían hacia la retaguardia y que nos habían arrojado de las isbas rusas donde nos dábamos la gran vida.

—He metido bajo los asientos todo lo que quedaba de *samahonka*.

—Tienes razón, Woortenbeck —gritó un sargento flacucho—. El *samahonka* es para las unidades de élite como nosotros. Los demás beberán el agua de las *preikas*.

Trabé amistad con un chico de mi edad que hablaba bien francés. Helen Grauer había estado una temporada en Francia, en el 41, cuando estudiaba. Después, el Arbeitsdienst lo había alistado prometiéndole la continuación de sus estudios además de su indispensable presencia en el servicio de trabajo. Igual que a mí, el Ejército lo había entusiasmado y lo mismo que yo marchó al paso cantando *Die Wolken Ziehn dahin, daher* en las impecables formaciones de la Wehrmacht. Luego conoció una parte de Polonia, una

extensión desmesurada de Rusia, Bielgorod y la mochila sobre la que estábamos sentados contemplando pensativamente el mundo en guerra.

Igual que yo, había esperado ser un gran aviador a través de los «JU-87». Y también igual que yo, de aquel ensueño alado sólo conservaba la visión de grandes pájaros bajando del cielo, aullando hacia el suelo. Como no podíamos hablar de humanidades, que no habíamos estudiado juntos, el sueño derrumbado y tan deseado, solía llenar nuestro infortunio.

Halls se dejaba ver poco aquellos últimos tiempos. La *guarbarichka* de la rusa con la que olvidaba que estaba en guerra, le acaparaba totalmente. Sin embargo, acababa de presentarse con un compañero de juerga. Una arruga de preocupación cruzaba su frente, y él no cesaba de rezongar. Nos mezcló, a Grauer y a mí, en sus cuitas.

—Si el capitán Wesreidau se niega a que Emi (era el nombre de la *popov*) nos siga, los rojos la matarán cuando lleguen. Esto no puede permitirse.

—Te comprendo —le dije a Halls. Woortenbeck y el veterano, que se divertían como si estuviésemos invitados a unas bodas bretonas, arreciaron sus risas.

—Si a todos los soldados les da por transportar a las chicas con las que se han acostado, todo el tren de la *Gross Deutschland* no bastaría.

—No se trata de eso, partida de idiotas.

—No llores. Harás «fik, fik» más lejos.

—Sois demasiado imbéciles para comprender.

Hubo una serie de risotadas que no le gustaron nada a Halls.

—¿Estás enamorado, Halls? —pregunté, de pronto, sabiendo a causa de Paula lo que eso significaba. Halls siguió tirando coces.

—Se puede muy bien enamorar de una puta.

—¿Por qué no? —dijo Grauer—, que sin duda estaba tan poco enterado como yo.

Halls se ablandó.

—Venid, muchachos —dijo, cogiéndonos a los dos por el hombro—. Con vosotros quizá sea posible discutir.

Una vez apartados, desembuchó. Incontestablemente, Halls se había enamorado de la «aliviadora» de la Wehrmacht y estaba convencido de que

había de ser ella y no otra, nunca. No se le podía aconsejar nada. De rechazo, yo que tantos escrúpulos había tenido en hablar con alguien de los sentimientos que me inspiraba mi lejana pequeña berlinesa, lo volqué todo a los pies de Grauer y de Halls.

—¿Entonces era por eso por lo que tenías tan mala cara cuando volviste de permiso? —preguntó Halls—. ¿Por qué no me hablaste de ello? Te hubiese comprendido, hombre.

Conversamos largo y tendido de nuestros problemas amorosos y Halls dedujo que yo tenía mucha suerte.

—Tú, al menos, estás seguro de volver a verla —dijo, abriendo su tartera.

Cayó la noche y nuestros ojos henchidos de amor juvenil contemplaron ingenuamente las estrellas.

Al amanecer, nuestra compañía emprendió el camino hacia el oeste. Asistimos, durante la marcha, a un combate aéreo que nos dejó, a Grauer y a mí, atónitos en cuanto a nuestros destinos fallidos de aviadores. Los ME-109 llevaron las de ganar, y siete u ocho *Jabo* giraron en llamas como ruedas de fuegos artificiales.

A mediodía, llegamos a una base importante de la división. Treinta compañías, entre las cuales había la nuestra, fueron reagrupadas y formaban una gran sección motorizada y blindada.

Por primera vez, recibimos «monos» reversibles. Un lado era blanco y el otro camuflado. También pasamos una revisión médica inesperada y recibimos muchas provisiones. Un coronel de tanques mandaba el grupo llamado «autónomo».

Nos sorprendió ver el material nuevo con que se equipaba nuestra sección blindada. En todas partes, conductores y mecánicos ponían a punto sus máquinas y hacían roncar los enormes motores de los carros.

Carros *Tiger* sobre chasis *Porsche* rugían efectuando arranques nerviosos. Parecía la salida de una gran carrera automovilística. Esperamos dos horas antes de recibir la orden de embarque.

Halls, Grauer, yo y otros compañeros subimos a un camión recién salido de fábrica. El vehículo tenía ruedas delante y orugas detrás. Nos pusimos en marcha y llegamos a un bosque en los alrededores del campo de aviación.

Todo era perfecto, excepto la increíble nube de polvo que levantaban los vehículos. Unos enormes filtros de aire habían sido añadidos por esta causa a los motores de los camiones y de los tanques. Algunos de aquellos filtros gigantes eran tan voluminosos que muchos capos no podían cerrarse. Las chapas de protección de los motores de los carros solamente pudieron responder en parte para poder fijar aquellos aparatos.

Bajo el follaje bienhechor, sacudimos nuestros uniformes grises de polvo. En tan poco camino, ya se había infiltrado por todas partes y sobre todo en nuestras sedientas gargantas.

—¡Maldito país! —rezongó alguien—. Ni siquiera el otoño es soportable aquí.

Un segundo grupo tan importante como el nuestro nos alcanzó y llenó la maleza en varias hectáreas. No muy lejos, Wesreidau acababa de reunirse con el grupo de mando que conferenciaba junto a un gran camión-radio cubierto por una gigantesca red camuflada. Era una obra impecable aquella red. No podía distinguirse del follaje. Tiras de telas del color del bosque estaban cosidas en la red y se agitaban al viento como si fuesen hojas.

Formábamos una unidad organizada y potente. Los dos grupos, en realidad sólo formaban uno que totalizaba seis o siete mil hombres y constaba de un centenar de carros, otras tantas autoametralladoras y varios camiones-taller. Tres compañías de caballería ligera, equipadas con sidecar extremadamente móviles, estaban encargadas de descubrir al enemigo y dirigir hacia él el grupo operante. En aquel período, ya harto crítico para el Ejército, el material había sido destinado a grupos blindados que debían apoyar aquí y allá a unas divisiones de Infantería que estaban muy desamparadas.

Lo seguro era que aquella abundancia y aquel material, impecable y bien concebido, habían fustigado condenadamente nuestra moral muy baja desde el fracaso de Bielsorod.

Los soldados iban de un grupo a otro con ese aplomo que tienen los hombres cuando todo parece ir bien. Salvo Halls que no se rehacía de haber tenido que abandonar a su Emi a una venganza casi segura por parte de los rojos. Estaba inconsolable y propendía a la neurastenia.

A la caída de la noche, el formidable tren blindado se puso en movimiento. Imponente espectáculo. Comprendí por fin el aspecto que debían de tener las largas columnas de *panzer* que arremetían al principio de la guerra contra los países que todavía ocupábamos.

Las masas estruendosas de los carros, cuyo escape dejaba ver, de vez en cuando, unas llamaradas vivas, adelantaban a los pesados vehículos que ocupábamos nosotros. Los carros se desplegaban en abanico por un terreno infinito y propicio. ¡Qué grandioso espectáculo!

La noche se extendió sobre la estepa invadida por el poderoso estrépito de la columna blindada que debía de oírse desde muy lejos. Como siempre, el soldado no sabía cómo iban las cosas, y para nosotros, jóvenes *feldgrauen*, aquella recrudescencia significaba que todo iba mejor. Nos sentíamos muy fuertes y, de hecho, lo éramos en aquel grupo. Ignorábamos que en todo el sector centro, es decir aproximadamente de Smolensko a Jarkov, se operaba un repliegue general y laborioso por divisiones enteras que representaban cientos de miles de hombres. Si, para nosotros, todo marchaba al ritmo de los motores, no era lo mismo para todo el mundo. Centenares de regimientos, carentes de lo más esencial, se replegaban a pie librando combates incesantes contra un enemigo increíblemente superior. Hasta caballos, de los que el invierno anterior hubo una hecatombe, faltaban para los enganches que, en principio, hubieran debido ser arrastrados mecánicamente. La falta de carburante, que había sido absorbido en las batallas de la primavera y del verano, se hacía notar. En todas partes, vehículos en perfecto estado ardieron en columnas enteras, para que no cayeran en poder del enemigo, mientras la infantería debía continuar, con sus *stiefels* sin tacones, el largo repliegue. En todas partes se corría el peligro de quedar cercados. El enemigo, que se daba cuenta de la zozobra de la Wehrmacht, no cejaba, esperando así descalabrar al Ejército central.

Las reservas todavía disponibles fueron puestas a disposición de ciertas unidades que se reformaron de punta a cabo y que tuvieron que superar situaciones alarmantes. Así fue como pudimos conocer aquella abundancia militar que nos hizo creer, durante unos quince días, haber vuelto a ser los dueños de la estepa. Un punto crítico, sin embargo, en lo que se refería al grupo autónomo: su aprovisionamiento, sobre todo en carburante. Ciertos

sectores previstos, alcanzados demasiado tarde, pudieron con nuestra marcha de acero.

Al amanecer, el *Panzergruppe* se detuvo, gris de polvo. Habíamos llegado, sin duda de acuerdo con lo previsto, a un bosque que cubría el horizonte. Nos concedieron dos horas de reposo, que aprovechamos muy bien. Los vehículos que ocupábamos no tenían nada en común con los de la empresa *Pullman*, y estábamos bastante molidos. La orden de marcha se dio antes de que hubiésemos podido conciliar un sueño reparador. El tiempo era ideal. Un viento suave, casi fresco, soplaba sosegadamente en el follaje otoñal, y con aquel clima todo resultaba más fácil. Subimos sonrientes a nuestros artefactos. Hacia mediodía, los enlaces en moto, que siempre iban lejos por delante, alcanzaron la cabeza de la columna de la que formábamos parte. Hubo órdenes muy breves y una gran parte del grupo se encaminó hacia una aldea que no tardó en aparecérsenos. El ruido de armas automáticas llegó hasta nosotros y, antes de que hubiésemos podido darnos cuenta, unos quince carros *Tiger* arremetieron contra el pueblo echando chispas.

Nuestro gran tractor con orugas arrastraba una especie de órganos lanzacohetes hechos de dieciséis tubos. La orden de formación de combate fue dada y todo el mundo saltó a tierra, lamentando que aquella bonanza se viese turbada por una escaramuza.

No tuvimos que hacer nada. Los carros y una unidad de morteros giraron, a la manera de los sioux, en torno de la aldea que en un abrir y cerrar de ojos fue presa de las llamas. A lo lejos, la artillería rusa, cuya presencia no habíamos sospechado, abrió un fuego restringido. Varios grupos fueron destacados hacia ella. Volvieron veinte minutos después empujando ante sí a dos o trescientos prisioneros rusos. Después, la aldea calcinada fue cruzada por unos carros que derribaron todo cuanto seguía aún en pie. Todo ello no duró tres cuartos de hora. Los silbatos nos llamaron a nuestros puestos, y el grupo de acero prosiguió su ruta. Por la tarde pasamos igualmente por el tamiz dos posiciones soviéticas avanzadas, tan sorprendidas que sólo ofrecieron una resistencia ridícula.

Konotop fue alcanzado el segundo día, cuando el infernal hormigueo de tropas recorría la ciudad en todos sentidos en busca de algún medio de

transportes. Nuestro grupo *Gross Deutschland* se desvió entonces hacia el este, o más bien el sudeste, al encuentro de un potente ejército bolchevique. Nos habíamos aprovisionado en parte en aquella ciudad ante los ojos atónitos de los oficiales de Intendencia que tuvieron que entregarnos hasta el carburante que guardaban para sus coches personales. Entramos en contacto con los elementos avanzados de los rojos veinte minutos después de haber salido de Konotop. Nos sorprendió encontrar tan pronto al enemigo siendo así que, en la ciudad, las tropas perdían tiempo para recuperar bicicletas. Los carros entablaron un breve combate y después se retiraron siguiendo órdenes.

Rodamos casi todo el día para llegar a un punto donde, sin duda, debíamos encontrar con qué continuar nuestra incursión. Llegamos unos minutos antes de que los muchachos de Ingenieros dinamitasen el conjunto. Un enorme silo lleno de conservas, bebidas y alimentos de todas clases iba a ser pasto, de un momento a otro, de las llamas. Nos llenamos los bolsillos y todos los rincones de los vehículos con todo lo que era posible llevarse. Quedó todavía de qué alimentar a la división durante unos días.

Y el fuego se tragó aquellos preciosos artículos que tanta falta hacían en otras partes.

Halls presencié el derrumbamiento del silo, con lágrimas en los ojos, mientras tragaba todo lo que podía. Toda la compañía y muchos más deploraron aquel incidente, mientras chupábamos los cigarros que habíamos encontrado con profusión. Nos tomamos cinco o seis horas de descanso, y luego el cuerpo blindado volvió al fuego. Entretanto, los rojos habían entrado en Konotop y la infantería alemana libraba una ruda batalla en las afueras de la ciudad.

Nuestra cuña ardiente penetró violentamente en el ala sur de la ofensiva rusa. Los carros nos abrieron paso una vez más entre las reservas enemigas, que se desparramaron antes de que hubiésemos podido ponernos en batería. Pero por la noche los rusos, que se habían apartado de la ciudad, concentraron sobre nosotros sus esfuerzos. Nuestros carros dieron media vuelta, dejando que media docena de ellos alumbrasen la noche con su incendio. Todas las armas transportadas fueron emplazadas. Por primera vez oí rugir los famosos lanzacohetes de los que he hablado más arriba.

Al mando del capitán Wesreidau, nuestra compañía fue destinada, con otras dos, a la protección del ala izquierda del destacamento blindado. Muchos de los camaradas partieron encaramados en las plataformas motorizadas de las *geschnauz*. El resto siguió, de cerca o de lejos, a los vehículos que avanzaban al paso de los hombres a pie. Resulta extraño como la sola idea de haber recuperado la iniciativa puede conducir a los hombres al encuentro de un peligro a menudo más fuerte que ellos. La marcha de nuestros *panzer* había sido tan irresistible, aquellos dos últimos días, que todo nos parecía asequible. A través de la noche relativamente fresca, nuestras tres compañías, en grupos de treinta hombres, progresaron entre los pequeños bosques achaparrados que cubrían la llanura en aquel paraje. No muy lejos, al unísono, el rugido de nuestros motores invadía la atmósfera y aportaba una nota tranquilizadora a nuestra operación. Sin duda el efecto fue contrario en los grupos soviéticos encargados de interceptarnos. De vez en vez, restallaban algunos disparos, sin duda sobre formas que huían en la oscuridad. Avanzamos así por lo menos dos kilómetros. Bruscamente, unas bengalas treparon hacia el cielo y arrojaron su pálida luz sobre nosotros. Todos, es decir ochocientos o novecientos hombres, echaron cuerpo a tierra de golpe. Brillaron destellos, singularmente en el acero de los cascos, a pesar de que habíamos procurado hacerlos mates. En un santiamén, las ametralladoras motorizadas penetraron en las zonas cubiertas de maleza y sus temibles cañones giraban silenciosamente en busca de una silueta móvil. Nosotros esperábamos a ver llover los proyectiles de los lanzabombas rusos y cada uno volvió a tener instantáneamente la fea crispación de los malos momentos. Dos bengalas violetas alemanas treparon en el cielo negro.

Todos sabíamos que significaban «adelante». Tuvimos un momento de estupefacción y de vacilación, pero nos obligamos a avanzar. Algunos se incorporaron y avanzaban doblados. Las bengalas rusas declinaban y lo aprovechamos para dar un salto adelante. En aquel momento yo me encontré en una pequeña hondonada bordeada de malezas cortas. Dos camaradas se unieron a mí y sus dos respiraciones ruidosas y precipitadas delataban la tensión nerviosa que les agarrotaba la garganta. No conozco nada tan inquietante como el avanzar de noche por un terreno frondoso

donde, detrás de cada matorral, a dos metros, un blanco resplandor puede deslumbrarnos un instante antes de que un dolor violento nos haga olvidarlo todo en una tierra inhóspita. Era evidente que nuestra progresión a saltos resultaba ruidosa y que, para un mujik silencioso con el dedo en el gatillo, la ocasión no tardaría en presentarse.

No obstante, todo permanecía en silencio. El enemigo, sin duda muy cerca, no se decidía a mostrarse y prolongaba así nuestra inquietud. Lentamente, con precaución, nos pusimos a avanzar de nuevo. La sangre me golpeaba duramente las sienes y todo mi ser estaba tenso, pronto a la estirada que todos nos veríamos obligados a hacer de un momento a otro.

A la izquierda, a veinte o treinta metros, se dejó oír una voz. Los dos muchachos que estaban a mi lado y yo nos tiramos de cabeza en la hierba quemada. Por un instante creímos que ya estaba armada. Con los ojos entornados, como solíamos hacer para prevenir el primer estruendo, me apoyé la culata del mauser en el hombro. Nada ocurrió todavía, sin embargo. A la izquierda, allí donde acabábamos de oír el ruido, dos ruskis acababan de hacer «camarada» y de caer en manos de mis compañeros. Un poco más lejos, ocurría lo mismo, y numerosos rusos se dejaron apresar sin que nosotros pudiésemos comprenderlo. ¿Qué había pasado por las mentes de aquellos hombres encargados de pararnos? ¡Cualquiera lo sabe! ¿Acaso creían que su avance los había separado de sus retaguardias y les había entrado miedo? Desde luego, en aquella época, cuando todo no era más que odio y afán de venganza, los rusos tenían tanto miedo de los alemanes como los alemanes de los rusos. Incluso pensamos en una añagaza.

Una hora transcurrió antes de que nos llegase la orden de reagruparnos. Hacía también una hora que nuestros carros habían reanudado la acción y que los resplandores de sus disparos arrojaban destellos róseos sobre mis camaradas que se replegaban en silencio. A través de la oscuridad, llegamos a nuestros vehículos, y la división blindada pareció continuar su progresión. Los correos giraban en torno a nuestros pesados transportes. Delante, a unos tres kilómetros, nuestros carros parecían rechazar a un enemigo muy poco vigoroso.

El alba volvió a iluminar la columna o más bien las columnas, pues nuestros vehículos avanzaban tanto a quinientos metros a la izquierda como

a la derecha.

Durante toda la noche no habían cesado las detonaciones de los cañones de nuestros elementos de punta. A través de dos cortinas de niebla discernimos un burgo cuyo nombre no sabría decir. Los motorizados de la *Gross Deutschland* se encaminaron por las calles bordeadas de casas con los postigos cerrados. Nuestros vehículos avanzaron despacio, y en ellos nuestros soldados, con el dedo en el gatillo, estaban preparados para cualquier eventualidad. Llegamos a una plazoleta donde había un grupo de vehículos. Dos ambulancias figuraban en el grupo. Unos soldados alemanes entraban y salían de las casas circundantes. Unos treinta paisanos rusos estaban agrupados junto a una casa, vigilados por centinelas. Proseguimos nuestro camino. A la salida de la ciudad, encontramos unos tanquistas de nuestra unidad que estaban reparando algunos daños sufridos por sus máquinas. En los alrededores, los vetustos barrios estaban ardiendo. Detuvimos un instante nuestros vehículos junto a las míseras chozas de madera y de paja. Ninguna acera, ninguna orientación de las construcciones, y mucho menos alineación. Los arrabales de numerosas ciudades rusas parecen inmensos corrales de granja. Abrevaderos, *opreikas* obstruyeron bruscamente lo que pudiera ser eventualmente una calle, y cabe preguntarse qué ingenioso servicio de urbanización ha podido manifestar un afán estético parecido. Probablemente ninguno. Las aldeas perdidas en la estepa tienen mucha más prestancia con sus isbas que parecen volverle la espalda al norte. Los arrabales y gran parte de las ciudades que he atravesado, con excepción de Kiev, son de una tristeza desoladora.

Nos hemos detenido para aprovisionarnos de agua y de pasada lavarnos. El alto será breve, lo sabemos. Mientras algunos sacuden sus uniformes contra un árbol o la pared de una choza como se sacuden las alfombras, otros beben en el *preika* o hacen abluciones. Dista de hacer calor. Un viento vuelto húmedo no presagia nada bueno. Sin embargo, nos morimos de sed a causa de la increíble polvareda que levantan nuestros taxis transportándonos durante jornadas enteras. Las cantimploras alemanas son más pequeñas que las francesas, por ejemplo. Su contenido pronto es absorbido. Transportamos el agua en los recipientes más disparatados. El veterano y yo salvamos una cerca simbólica y nos acercamos a un grupo de árboles

frutales. Unas peras flacuchas y sin madurar cargan a reventar las ramas del árbol más próximo. No importa, esos frutos ácidos refrescan la boca. Estamos ya en plena recolección cuando surge un ruso, como un diablo de su caja. Se ha atrevido a salir de su casa y se acerca a nosotros con una cesta de paja trenzada llena de peras semejantes a las que estamos mordisqueando.

Farfulla algunas palabras al veterano que se le ha acercado.

Su cara pálida intenta sonreír, pero sólo produce un rictus inquietante. Tiene los ojos clavados en el arnés que cubre el pecho de nuestro camarada y sobre todo en el subfusil. *Davai! Davai!*, dice el veterano. El ruso alarga el cesto y nuestro amigo saca una pera. La tira y coge otra, que tira igualmente, así como cinco o seis más. El veterano se pone a vociferar e insulta al *popov* quien retrocede a pasitos.

—Están medio podridas —berrea nuestro amigo al volver—. Ese tipo, temeroso por su huerto, nos ofrecía las que debía dar a su cerdo.

Inmediatamente nos ponemos a sacudir el árbol y llenamos de peras una lona de tienda.

El *popov* ha desaparecido en su antro. Hacia el noroeste truena el cañón. Nuestros elementos avanzados han establecido contacto. Nos dan la orden de marcha. Media hora más tarde volvemos a apearnos. Los silbatos nos instan a ponernos en formación de combate. Allá, a un kilómetro de nosotros se zurren de lo lindo alrededor de una aldea dominada por una especie de fábrica.

Wesreidau nos explica en un tiempo récord que hemos de neutralizar un importante grupo enemigo que resiste en el pueblo. El grueso del ejército no puede entretenerse y dos compañías son destacadas para esa misión.

Con el arma colgada del hombro, avanzamos a pie hacia aquel objetivo mientras nuestros tractores corren a emplazar los lanzacohetes y los *Pak*.

En un abrir y cerrar de ojos, los rusos, que desde sus atrincheramientos observan nuestros movimientos, nos arrojan una granizada de proyectiles propulsados por su condenado aparato lanzagranadas que podría acabar con nosotros. Afortunadamente, esos proyectiles no tienen mucha precisión y sólo contribuyen a hacer que todo el mundo corra hacia su refugio. Las dos compañías se despliegan y cercan en parte el punto fortificado. Tenemos

casi diez minutos de calma, mientras nuestro capitán decide la maniobra y discute con sus subordinados al abrigo de un murete de piedras secas.

Después vienen los suboficiales y nos indican los puntos que hemos de alcanzar. Escrutamos en esas direcciones y nuestro instinto de combatientes nos hace percibir los menores repliegues detrás de los cuales podremos saltar. Todo está en calma y todo es irrisoriamente fácil.

No se mueve nada, y el silencio sería total si los vehículos de nuestro grupo blindado, traqueteando por un camino pedregoso más abajo, no apestaran la atmósfera con sus escapes y no ensordecieran con sus ruidos. Los rusos no se mueven y muchos de nosotros los consideramos ya fuera de combate. La presencia muy próxima de nuestros efectivos nos tranquiliza y a ese encuentro inminente le concedemos solamente la importancia de una escaramuza.

Y la orden de avanzar llega. De cada recoveco sale un *feldgrau* que va adelante agachado. Algunos se ríen. ¿Inconsciencia o fanfarronada?

Llegamos a las primeras chozas. Los rusos siguen silenciosos e invisibles. Acabo de reunirme con mi grupo, en el que se encuentra Halls. ¡Querido compañero! ¿Qué sería de mí sin él? En medio de los uniformes que nos hacen a todos parecidos, su pinta de buen chico rollizo se me aparece y me sonríe.

Esbozo una sonrisa dirigida a él y su guiño me dice más que todas las conversaciones que he podido oír después.

Para nosotros, la guerra ha cobrado otro aire desde que viajamos en el grupo de acero. Los malos recuerdos de la retirada del Don y de la de Bielgorod han entrado en el terreno del pasado. Un pasado que formó parte de los malos momentos que ya no volveremos a pasar. Cierto que seguimos en guerra, pero ¿acaso no estamos arrollando al enemigo desde hace siete u ocho días?

Desde donde estamos podemos presenciar la progresión de una treintena de los nuestros que se escabullen a saltos por entre el enredo de una fábrica de ladrillos. Cinco o seis granaderos bordean la casa principal.

Uno de ellos acaba de arrojar una granada por la ventana abierta del piso. La explosión sacude el aire un breve instante y es seguida de un quejido desgarrador. Hemos oído otros y nada distrae nuestra atención del

objetivo que intentamos conseguir. Sin embargo, podemos ver una forma humana vestida de blanco que cae por la ventana y rueda hasta el pie de los granaderos. Es una mujer, una paisana rusa que se agazapaba en aquel tabuco y que, sin duda, rezaba a todos los santos del Cielo en espera de que aquello pasara. A pesar de su caída, la desventurada, que no parece herida, se levanta y corre hacia nosotros lanzando unos gritos estridentes. El subfusil de uno de los granaderos se ha levantado. Ya nos parece oír el ruido característico del arma. Pero no ocurre nada. La rusa en camión huye gritando y atraviesa nuestros grupos hipnotizados.

Ninguna palabra se eleva entre nosotros y la guerra se queda en suspenso treinta segundos. Pero ya los granaderos echan abajo la puerta y están en la casa. Tres paisanos más, dos hombres y un niño salen de ella a su vez. Les vemos salir corriendo y atravesar una vez más por medio de los *feldgrauen* pasmados. Los rusos no han evacuado la población y habrá que contar con los paisanos. Wesreidau, que acaba de percatarse de ello, hace instalar un altavoz en un vehículo semioruga. Un trapo blanco es fijado en una vara y el vehículo avanza entre las edificaciones.

El altavoz ganguea ya y de él salen palabras rusas. A bordo del semioruga, cuatro hombres inquietos observan los alrededores y dirigen miradas angustiadas a los camaradas que se han quedado.

Sin duda invitan a los rusos a evacuar a los paisanos de la aldea o a deponer las armas. El camión no ha avanzado cien metros cuando se produce lo irreparable. El vehículo de los parlamentarios parece bruscamente levantado del suelo. Una sucesión de explosiones ensordecedoras retumba a la vez que cinco o seis chamizos se vienen al suelo. Nuestros parlamentarios acaban de pasar por un campo de minas y se producen varias deflagraciones en cadena.

Una densa nube de polvo y de humo tapa la aldea a nuestra vista. En el incendio del tractor dos siluetas gesticulan y aúllan de dolor bajo la mordedura de las llamas.

—¡Cuidado con las minas! —chilla alguien.

Pero ya la voz se apaga en medio del rugido de los morteros y de los *Pak*. Delante, los géiseres de llamas y de tierra se suceden. Techumbres de

paja vuelan de golpe y descubren casas desmochadas como el cráneo de un calvo cuya peluca acaba de desprenderse.

Iván reacciona y utiliza por lo menos dos baterías de obuses pesados. Cada uno de sus proyectiles, aunque caiga a ciento cincuenta metros, hace retremblar el suelo bajo las botas y vacía el aire de los pechos. A pesar de la presencia segura de las minas, el silbato toca a asalto. Todo el mundo sale de su escondrijo y se precipita hacia el talud más próximo. Nuestros morteros machacan el terreno a treinta metros delante de nosotros, a fin de desorganizar la colocación de las minas y hacerlas estallar eventualmente. Se consigue en parte. Los rusos emplean ametralladoras cuádruples instaladas en camiones plataforma y abren un fuego de infierno sobre todo lo que se les pone por delante.

Lo que parecía fácil un cuarto de hora antes, se convierte en una dificultad infranqueable, y de pronto nadie se siente ya en seguridad. Somos cinco hombres, ocultos entre el fárrago de la fábrica de ladrillos, y nuestras jetas a ras del suelo trepidan al ritmo del estruendo. Detrás de un montón de ladrillos dispersos, un *feld* grita a voz en cuello que se haga fuego sobre todo lo que pueda verse. Unos después de otros, arriesgamos una ojeada más allá del atrincheramiento, pero los silbidos de los proyectiles hacen agachar la cabeza a los más temerarios.

Sólo los morteros y los lanzagranadas siguen disparando profusamente sobre el adversario que, hemos de admitirlo, tiene la iniciativa momentáneamente. A lo lejos, la torre metálica de la fábrica que vimos al llegar resiste curiosamente los obuses de *Pak* que seguramente la han atravesado varias veces de parte a parte. Una vez más, hay que saltar hacia un punto más avanzado. Algunos vociferan para darse valor. Otros, como yo, aprietan los dientes y crisan las manos sudorosas de emoción en el pesado fusil, como un náufrago en la soga que le arrojan.

Ruido sordo o estridente, resplandor blanco o furtivo, la tierra salta a la derecha, a la izquierda, delante, detrás, y a veces sobre un minucioso mecanismo humano vestido de soldado. Allá, a unos treinta metros a la izquierda, cinco camaradas que se habían refugiado detrás de un pequeño cobertizo de madera, sin duda destinado a herrar caballos, caen uno tras otro. No sabiendo ya hacia donde correr, los dos últimos lanzan miradas

enloquecidas hacia atrás y frente a ellos, buscando al enemigo que les apunta. Amontonados, caen sobre los cadáveres de sus compañeros ya tendidos. Bajo la masa entremezclada, un gran reguero de sangre avanza sobre el polvo gris que la chupa como papel secante.

De pronto, a la izquierda de la aldea, entre cuatro o cinco cobertizos, aparece un poderoso incendio que se eleva en el cielo rugiente. La gigantesca llama ondula y se dilata a una velocidad fulminante. Sus anchos penachos coronados de humo negro trepan arriba, muy alto, y desprenden un calor que notamos desde nuestra posición.

Los camaradas que operaban en ese rincón refluyen rápidamente. Al impulso del fuego, los techados metálicos de los cobertizos vibran y se retuercen. Las isbas más próximas se incendian solas, dejando escapar una legión de hombres armados, paisanos o militares. Buen momento para nuestros grupos, que tiran contra los rusos como si fueran muros.

Un importante depósito de carburante ha sido alcanzado, sin duda, por uno de nuestros proyectiles. En ese sector se produce la desbandada del enemigo, que paga cara su imprudencia de haberse concentrado junto a un volcán semejante. En medio de la confusión, rusos enloquecidos corren levantando los brazos, pero a veces se apresuran hacia otros atrincheramientos.

El fuego de nuestros *Pak* se ha reagrupado sobre lo que puede llamarse el sector fábrica. Nos encomiendan la limpieza de los fugitivos del depósito de gasolina. El grano de centeno de mi punto de mira se pierde a menudo en la silueta saltarina de un Iván. Una ligera presión en el gatillo, una bocanada de humo que tapa un instante la punta de mi arma, y ya el tubo de acero del mauser busca otra víctima. ¿Seré perdonado? ¿Soy responsable?

Y ese pequeño mujik, que varias balas han rozado ya, ese pequeño mujik más extraviado que cualquier otra cosa a través del mortal estruendo, cuya razón de ser sin duda comprendía menos que yo, y que ha estado demasiado rato en el campo de tiro de mi fusil, ese pequeño mujik canoso que se ha llevado ambas manos al pecho antes de girar sobre sí mismo y de caer de bruces... ¿Seré perdonado? ¿Podré olvidar?

Pero la embriaguez que sucede al miedo trágico incita al más inocente de los muchachos, tanto si está a un lado como a otro de la barrera, a

cometer lo inconcebible. De pronto, para nosotros ahora como para Iván hace poco, todo lo que se mueve en el decorado humeante y ensordecedor se hace odioso, y una necesidad de destrucción nos invade. Una necesidad inconsciente e irrazonable hasta el punto de que muchos *feldgrauen* pagan con su vida el impulso brutal que los lanza en persecución del enemigo despavorido.

El cañón retumba y pulveriza la parte alta de la aldea donde están atrincheradas las piezas de artillería rusa. En el empuje general, las míseras viviendas soviéticas que el fuego ha consumido casi enteramente caen una a una en nuestras manos de chiquillos criminales. Los posibles campos de minas están rebasados. Nada detiene ya nuestro ímpetu, nada detiene a mi compañero Halls que, a zancadas gigantescas, salva la cerca de una alquería y ametralla el grupo de ametralladores soviéticos que se empeña en hacer funcionar una máquina visiblemente encasquillada. Nada detiene ya a las gloriosas 8.^a y 14.^a Compañías de Infantería alemana. Como dirán los partes, «en un impulso irresistible, nuestras valientes tronas han reconquistado esta mañana la localidad de...». Nada detiene nuestro asalto de dementes, ni siquiera los lamentos desgarradores del *obergefreiter* Woortenbeck, que crisper sus manos temblorosas en la verja de hierro y que se resiste a la muerte que sube por él desde su sanguinolento vientre destrozado.

Consumimos unos cuantos camaradas más, y el objetivo fábrica está ante nosotros. Los *Pak* cesan el fuego, a fin de no volcarlo sobre nuestra infantería que va a establecer contacto con los defensores rusos hábilmente afianzados en lo que queda del burgo y en el sector de la fábrica.

Yo no sé exactamente lo que pasa. Me he unido, con mi grupo, al del veterano que hace un alto en una especie de depósito de cemento. Terminamos el agua de nuestras cantimploras sin conseguir apagar la sed. Todos estamos negros de polvo. Llega un telefonista y conversa con el grupo «Comandante Wesreidau». La lucha ha remitido un poco y las tropas alemanas se reagrupan para el asalto final. La sección del veterano posee un mortero además de sus dos ametralladoras. La nuestra está constituida por granaderos armados también de ametralladoras y fusiles. El sargento nos distribuye a lo largo del depósito y nos precisa los puntos que deberemos

alcanzar cuando llegue el momento del asalto. Asentimos sin tener tiempo siquiera de dejar que el pánico vuelva a invadirnos. Lo más insoportable son los entreactos.

A través de una sucesión de andamiajes desmantelados, aparece un grupo de rusos enarbolando bandera blanca. Son lo menos unos sesenta. Paisanos, obreros de la refinería probablemente. Quizá sean partisanos que temen el resultado de la batalla y el paredón de ejecución. Vienen derecho hacia el grupo del veterano y se constituyen prisioneros. Momento patético para esos hombres cuya turbación se lee en sus bocas cerradas.

El veterano, que habla el ruso perfectamente, habla con ellos. A cubierto de la bandera blanca, cuatro soldados acompañan a los prisioneros a retaguardia. Curioso momento de calma durante el cual todos pensamos que sólo haría falta unas buenas palabras entre los dos adversarios para que, finalmente, todo cesara y para que rusos y alemanes juntos se fuesen a beber el licor que con seguridad debe de contener esa destilería.

Pero en nuestra existencia insensata, las cosas más sencillas suelen parecer dificultades insuperables. Y cada uno se sume de nuevo precisamente en lo que yo considero como necesidades incalificables. El símbolo de esos hombres que acaban de dar el primer paso hacia la vida sencilla y hasta que piensan de otro modo vuelven los ojos de fiera hacia el fárrago metálico de la fábrica, allí donde habrá que penetrar. Los animales, que tienen más buen sentido que los hombres, retroceden ante un incendio. Nosotros, los elegidos del Globo, nos hundimos en él con la misma estupidez que las mariposas de noche. A eso se le llama tener valor. Yo no debo de ser un hombre valeroso; pues el miedo me agarrota la garganta y me siento como un cordero en la puerta del matadero.

En realidad, sigo convencido de que no era el único en experimentar ese sentimiento. El chico que está a mi lado vuelve un instante su cabeza de carbonero y murmura:

—¡Si por lo menos esos canallas se rindiesen!

Poco importan nuestros sentimientos. El teléfono de campaña chirría. Suena una orden:

—¡Un tercio del efectivo adelante! Numeraos: uno, dos, tres. Uno, dos, tres... Uno, dos, tres... El número «uno» pasa sobre mí como un milagro

del cielo. Me quedo en mi agujero, mi hoyo de cemento. ¡Qué bonito es! Su cemento es hermoso. Estoy bien en este hoyo. Ningún palacio podrá procurarme nunca tanta alegría. Es seguro mi hoyo, y me quedaré en él toda mi vida, puesto que, más allá, la muerte nos busca. No me atrevo a sonreír, quizás el sargento se aprovecharía para mandarme al campo del honor. ¡Gracias, buen Dios! ¡Gracias, Alá! ¡Gracias Buda! ¡Gracias, cielo! ¡Gracias, tierra, agua, fuego, árboles, lo que sea! Solamente creo en este hoyo de cemento que ha servido para recoger no sé qué inmundicias antes de ser mi refugio.

El muchacho de al lado ha tenido el número tres. ¡Al cuerno el número y la aritmética! El sargento no es listo, pero, de todos modos, sabe contar hasta tres.

¡Vaya cara pone el carbonero de al lado! Me mira. No me atrevo a mirarlo; no quiero que vea mi alegría. Contemplo la fábrica como si me dispusiera a avanzar, como si el número tres fuese yo. De hecho, todo es normal. El número *drei* mira a los compañeros. Ya tendrá tiempo de ver la fábrica. Después, se produce el gesto fatal. ¡Adelante! El valeroso soldado alemán salta fuera de su guarida en compañía de cien más.

Inmediatamente, el estruendo de las armas automáticas rusas retumba. Antes de desaparecer en el fondo de mi hoyo providencial, he visto los impactos de metralla levantar polvo en el camino de mi compañero que nunca más apreciará el número tres. Los hachazos de las ametralladoras y de las granadas llenan el aire hasta ensordeceros. Apenas se perciben los gritos de los que acaban de caer.

—*Achtung! Nummer zwei, voraus!*

El veterano y su *spandau* suben a su vez.

Me va a tocar a mí, así como a todos los que han tenido la suerte de haber sido contados «uno».

Mientras todo estalla en el exterior, mi pensamiento se pierde en las cifras. Normalmente, se empieza por el número uno. ¿Por qué el número tres ha designado a los primeros que tendrían que morder el polvo? No tengo tiempo de ahondar ese problema.

—*Nummer eins, nachgehen, los!*

Después de una corta vacilación, salgo de mi refugio como un diablo movido por un resorte. Entonces me toca a mí hacer la loca galopada. Todo es gris de polvareda arremolinada. A través de esa niebla que obstruye las narices, aparecen unos resplandores. De unas zancadas llego junto a un chamizo derrumbado donde un soldado alemán se muere contemplando, con mirada turbia, el cerrojo abierto de su subfusil.

Es extraño ver cómo un hombre muere. Suele carecer de brillantez. Dos años atrás, vi una mujer arrollada por la camioneta de un lechero. Estuve a punto de desmayarme al ver a aquella mujer atropellada. Hoy, ya nada me impresiona. Cuando se ha conocido la batalla de Bielgorod, hasta las mejores novelas policíacas con un buen caso de asesinato son de un trágico irrisorio.

A través del humo que me pica los ojos, busco al enemigo a fin de cumplir mi deber.

Allí, a veinticinco metros de nosotros, saltan vagonetas hechas añicos, una tras otra. He visto pasar cuatro o cinco soldados. No sabría decir si eran alemanes o rusos.

Ahora estoy al lado de dos camaradas en un refugio hecho de leños y de tierra. Es un refugio que los Ivanes habían dispuesto para emplazar una ametralladora. Mis dos camaradas están más o menos sentados sobre los cadáveres de cuatro popov acribillados de metralla.

—Yo los he aliñado de un solo bombazo —ruge un joven soldado de la *Gross Deutschland*.

Una ráfaga de mortero cae sobre nuestro atrincheramiento. Nos estiramos unos encima de otros entre los muertos enemigos. Un proyectil pega en el borde de la casamata. Tierra y leños vuelan por el aire. Todo cae encima de nosotros. El muchacho que está metido entre un ruso muerto y yo se sobresalta. Me incorporo para huir. Otro mortero estalla detrás del fortín que se derrumba entre mis piernas. Del choque, voy a valsar contra el otro muro pidiendo socorro a gritos. Tengo la impresión de que se me han roto las piernas y apenas me atrevo a moverlas, por miedo de encontrarme ante la horrible evidencia. El paño de mi pantalón tiene un desgarrón de veinte centímetros. Pero mis muslos lastimados siguen en buen estado. El

choque ha sido violento y percibo, por el rasgón de mis calzones, la huella rojo-morado del condenado porrazo que he recibido en las patas.

Como un loco, me vuelvo a estirar entre los muchos rusos. Caigo encima del muchacho que se ha sobresaltado hace un minuto y con el choque le arranco un berrido de cerdo degollado. Me encuentro cara a cara con él mientras una avalancha de cascotes cae en nuestra guarida a nuestro alrededor.

—Estoy herido —gime mi compañero—. Algo me arde en la espalda. Llama a un camillero —suplica. Lo miro trastornado y vocifero:

—*Sanftentrager! Sanftentrager!*

Pero mi irrisoria llamada se pierde en el ruido ensordecedor de dos *spandau* que, no lejos, escupen fuego. El alto soldado de la *Gross Deutschland* grita a voz en cuello que debemos avanzar.

—¡Vamos allá, camaradas! Los compañeros están delante de las cubas.

Miro al herido, que me contempla con sus ojos ansiosos y me agarra de la manga. No sé cómo explicarle que no puedo hacer nada más por el momento. Me dirige una mirada suplicante. El alto infante acaba de saltar fuera del refugio. Me suelto brutalmente y vuelvo vivamente la cabeza. El herido me llama, pero ya he abandonado el refugio y sigo como un frenético al muchacho que me precede unos quince metros.

Llego a otro grupo que está emplazando a toda prisa dos morteros de trinchera. Ayudo a la maniobra y nuestros torpedos giran casi verticalmente. Un *landser* con la cara ensangrentada irrumpe y señala que los Ivanos se repliegan hacia la torre central. El veterano, a quien no había visto, lanza un grito salvaje:

—¡Tocado!

Al mismo tiempo, un resplandor blanco ilumina su rostro cubierto de una capa increíble de polvo. Un géiser de fuego envuelve la torre central.

La defensa rusa se desparrama y cae bajo el tiro de nuestro fuego graneado. Es el final para Iván. Nuestros grupos asaltantes cercan el lugar y neutralizan a los últimos resistentes. Un soldado alemán cae llevándose las manos a la cara. Todo ha terminado. Suenan todavía algunos disparos aquí y allá, pero es evidente que la escaramuza toca a su fin.

A mi vez, avanzo en compañía de los camaradas por lo que debió de haber sido una fábrica y que ya no parece nada. Somos, una vez más, victoriosos. No se oye, sin embargo, ninguna aclamación, no se advierte alegría. Abrumados por el ruido y la tensión nerviosa, los hombres vagan por entre los techados metálicos retorcidos y derrumbados. Un *landser* de cara demacrada recoge maquinalmente una chapa esmaltada con inscripciones rusas. Quizá la palabra «dirección» o «lavabo».

El burgo y su resistencia han sucumbido bajo nuestros golpes. Hay aproximadamente trescientos prisioneros y quizá doscientos muertos o heridos enemigos. Los suboficiales nos reagrupan y volvemos a bajar a la aldea entre ruinas humeantes. *Herr Hauptmann* Wesreidau revista sus dos compañías y hace pasar lista. Faltan unos sesenta camaradas. Nos apresuramos a recoger los heridos y reagruparlos en una explanada a fin de que los tres sanitarios les hagan las primeras curas. Son unos quince. Entre ellos está Helen Grauer, herido en la cabeza. Seguramente ha perdido el ojo derecho.

Hay que buscar agua. Los *preikas* están desmantelados. Hay que sumergir los calderos de la sopa en un pozo que hay entre las cenizas de una isba. El agua que se saca está negra de sebo. Los heridos deliran y berrean.

También hay heridos rusos, cinco veces más numerosos. Debemos socorrerles, en principio. Grave dilema para nuestro comandante, que tiene orden de unirse a la división una vez terminada la operación.

Se abandona, pues, a los heridos rusos. Se carga de cualquier modo a los nuestros en vehículos que no se parecen en nada a ambulancias ni siquiera a simples camiones. Son armones motorizados o tractores de artillería ligera. Estamos cansados, cochambrosos y sin reacción.

Se considera el transporte de los prisioneros. No pueden ocupar un sitio en los vehículos atestados. Un sidecar en el que hay instalada una ametralladora tendrá que empujar ante sí la lenta marcha de la cohorte de prisioneros. Finalmente, nos llevaremos cincuenta prisioneros que, por otra parte, tendremos que liberar dos días después, por no saber qué hacer con ellos.

Somos un grupo autónomo y nuestros problemas de avituallamiento son enormes. En principio, los vehículos que transportaban municiones y

carburante deben encargarse del transporte del botín de guerra, tras haberse aligerado de su carga. La división ya tiene mil o mil cien prisioneros, no sabemos qué demonios hacer con ellos. Reanudamos la marcha con racimos de hombres amigos o enemigos cargados en nuestros transportes.

Todos miran el burgo, del que se eleva una densa humareda, cómo va desapareciendo en el horizonte. El cielo es gris, sombrío y amenaza lluvia. Mañana caerá sobre las tumbas sumarias de unos cuarenta de los nuestros sacrificados para neutralizar un punto de resistencia enemigo. Un punto que ni siquiera ocupamos, pues reanudamos la marcha hacia otra operación. No estamos conquistando. En realidad, protegemos el gran repliegue de nuestras tropas allende el Dnieper.

Nadie sonríe. Esta victoria no aporta gran cosa a la decisión de la guerra. Nada en cuanto a conquista. Quizás ha sido útil en relación con la estrategia militar. Por lo menos, nos consolamos pensándolo, A nosotros, simples *feldgrauen*, sólo nos aporta un temor más, la pérdida de numerosos camaradas y para mi compañero Grauer una irremediable mutilación.

Al lado del chófer del vehículo que me transporta con otros treinta soldados, apretujado entre dos compañeros *grüngrau*, un joven rubio de pelo sucio sopla en una armónica. Su música llega dulcemente a nuestros oídos casi insensibles. «Ante el cuartel, bajo el portal..., contigo Lilli Marlene..., contigo Lilli Marlene...». La música es lenta y llena de una nostalgia que pesa sobre nuestra fatiga. Halls escucha, y su boca entreabierta no expresa nada. Sus ojos no miran a ninguna parte.

Capítulo VIII

LA BRECHA DE KONOTOP

Rodamos una hora antes de que sea de noche. Una hora representa aproximadamente cincuenta kilómetros. El viaje no nos descansa y aguardamos con impaciencia la orden de alto, a fin de poder sacudirnos el polvo que llevamos encima. Además, esperamos dormir. Sabemos que no está previsto ningún acuartelamiento y que habremos de dormir de cualquier modo, como de costumbre. ¡Qué agradable sería una buena cama después de tantas fatigas! Pero no importa cómo y dónde, nos tumbaremos en el suelo sucio y dormiremos sin sueños.

El cielo sombrío arrastra masas negras que se iluminan en sus franjas exteriores. Caen goterones al mismo tiempo que estalla la tormenta. Saludamos a la lluvia, que, sin embargo, nos ha sido funesta muchas veces, como una bendición del cielo. Chorra ahora sobre nuestros rostros pardos de mugre que le tendemos. Se torna diluvio y se cuele dentro de los uniformes. Esta ducha providencial fustiga a amigos y enemigos y todos sonríen pensando en su bienestar. El paño gris verde empapado se pega a las guerreras pardas violáceas de los prisioneros apretujados con nosotros. Los hombres, sin distinción, cambian impresiones como los jugadores de dos equipos adversarios después del partido bajo la ducha bienhechora. La idea de odio o de venganza ya no roza a nadie. Cada cual piensa en la vida que ha conservado y en sus fatigas presentes. La lluvia se hace tan violenta que hemos de procurar resguardarnos. Las mantas se despliegan a través del hacinamiento y cubren lo mejor posible las cabezas y los hombros de los ocupantes del vehículo.

Rusos y alemanes se ríen bajo el refugio rudimentario. Nadie o muy pocos comprenden las palabras que brotan, pero los cigarrillos de Hannover

son cambiados por tabaco de mazorca de la estepa de los Tártaros. Se fuma y se bromea así, por nada, ese «nada» que simboliza la alegría humana más absoluta que he conocido nunca. Ese nada, ese tabaco intercambiado que humea bajo las mantas y hace toser, esa risa sencilla y sin medida, ese islote de alegría extraviado en un océano de tormentos nos produce el efecto de una inyección de morfina. Olvidamos el presunto odio que nos separa y todo nuestro ser despierta a un sentimiento casi olvidado.

No comprendo nada y me río sin medida. Una extraña impresión recorre mis venas. Tengo la piel de gallina. Un poco como lo que se siente al escuchar una bellísima música que hace vibrar. La lluvia azota sin parar la chapa del capó y pronto cubre el ruido del motor. ¿Tendremos que fusilar mañana a esos hombres? ¡No es posible! ¡Ya no es posible!

Acabamos de alcanzar al regimiento de caballería motorizada que se ha parado en pleno campo. La lluvia chorrea por todas partes y brilla sobre los sidecar, alineados bajo los bosques de follaje empapado.

Wesreidau ha dejado su VW y con seguridad se ha puesto al habla con el comandante del regimiento de caballería. Los muchachos de los sidecar tienen unos largos chubasqueros que llevan puestos y les protegen perfectamente del chaparrón. En cambio, se ven obligados a permanecer en los charcos de agua, porque no traen consigo el material de campamento que se ha quedado abordo de los vehículos de transmisiones.

A través de la lluvia que cae a rachas, dos soldados encargados de la distribución de alimentos entregan apresuradamente una salchicha insípida a cada uno que se tiende. Después nos dan un chusco para ocho que repartimos con precisión. Los prisioneros no reciben alimento alguno. Su suministro está previsto en la base de la división acorazada.

La idea de irnos a comer nuestra magra pitanza más lejos pasa por nuestra mente, pero estamos todos hacinados en las cajas chorreantes y los rusos que han salvado la vida abren unos ojos febriles ante esa distribución que nos es imposible ocultar. Finalmente, unas manos sucias y empapadas parten el pan duro y lo tienden a quienes estuvieron a punto de matarnos hace unas horas.

Nuestros estómagos gorgotean de hambre tras el último bocado engullido de pie bajo la lluvia torrencial, cinco minutos después de la

distribución. Todos tenemos sed y las cantimploras se vaciaron durante la refriega de esta tarde. Como borregos febriles, reclamamos el líquido. Sólo conseguimos la autorización de bajar de los vehículos y de espabilarnos. Estamos en pleno campo y no se ve ningún *preika* o abrevadero. ¿Qué importa? Agua no falta, cae del cielo a torrentes. La recogemos bajo la gotera de la tabla de un camión, bajo el chorreo de un ramaje, en el pliegue de un chubasquero. El agua abunda y podemos apagar nuestra sed. El convoy reanuda la marcha con el regimiento de caballería.

La lluvia cesa por fin y nos deja ateridos y cansados en la incomodidad de nuestros vehículos bamboleantes. Los relámpagos siguen rayando el cielo detrás de nosotros y sobre nuestras cabezas. La tormenta retumba y se aleja. Delante, otros relámpagos forman también destellos breves en el horizonte. Desgraciadamente, nada tienen que ver con el rayo celestial. Proviene de los órganos de Stalin que vuelcan un fuego poderoso sobre la división acorazada bloqueada detrás de Konotop. A medida que nos acercamos, la importancia del combate que se desarrolla nos es revelada por la intensidad del fuego que cubre el horizonte. Pronto, su trueno se deja oír, temible y continuo.

Esperábamos un refugio para terminar la noche, y de nuevo es un infierno lo que se prepara con su angustiosa incertidumbre de supervivencia. El implacable yugo de la guerra oprime de nuevo las sienes, que estallan de fatiga. El semblante juvenil del rubio que hace poco tocaba la armónica, se ha endurecido hasta el punto que tiene aspecto de hombre. ¿Es la voluntad de acabar de una vez o el cansancio? Ha envejecido súbitamente veinte años. Ahora estamos en la ciudad: todo está oscuro y abandonado. Los resplandores de la batalla que se libra en los arrabales del oeste iluminan el cielo a intermitencias. El trueno de las explosiones invade la atmósfera y hace caer las ventanas y los canalones de las casas de los alrededores.

Se ha puesto a lloviznar. La orden de dejar nuestros vehículos llega. Como sonámbulos, saltamos a tierra y el choque del contacto con el suelo repercute y nos lastima a lo largo de la columna vertebral. En rebaño, seguimos a nuestros jefes de fila mientras los vehículos se van por una calle

adyacente. El sueño me pesa en los párpados hinchados. Medio inconsciente, sigo el chapoteo de las botas del camarada que me precede.

¿Qué ocurrió aquella noche en Konotop? No sabría decirlo. Hubo fuego, explosiones, casas que se derrumbaron todas del mismo fin en una calle oscura e indefinible. Hubo una cuneta con el agua que corría, y mis botas pesadas y duras que apenas podía arrastrar. Dentro estaban mis grandes pies flacos de muchacho que me parecían hacerse bruscamente pequeños, pequeños. Había una especie de fiebre que me golpeaba las sienes de una forma indeseable. Había mil toneladas de fatiga sobre mis flacos hombros aprisionados en una camiseta mugrienta, una guerrera arrugada y empapada de lluvia, un lío de correas de cuero y de cartucheras atiborradas de explosivos. Había un mundo incomprendido y hostil alrededor de mis flacos hombros y aquellos flacos hombros todavía debían levantarlo, empujarlo, seguir marchando, seguir reptando, seguir temblando.

Hubo al amanecer, tan pálido como el de los condenados a muerte, un sueño tan aplastante que se llevó mi pesadilla despierta y me hizo apreciar las losas de un zaguán donde la lluvia sólo entraba cuando el viento la empujaba verdaderamente. Entonces hubo algunas horas que pueden considerarse perdidas, si se pretende que el sueño es un despilfarro, o, por el contrario, ganadas porque, precisamente, me ofrecieron la nada por algunos instantes. Después hubo mi despertar y mi cara demacrada y pálida entre cien otras, que nuestros parientes más próximos sin duda no hubiesen reconocido enseguida. Mis ojos que me parecían hundidos lejos en la cabeza dolorida buscaron instintivamente lo que podía aportar de nuevo aquel día gris.

Frente al portal que nos había cobijado se alzaba una fachada de varios pisos. Desde las ventanas abiertas de par en par, largas tiznaduras ascendentes contrastaban con el gris del muro. Más lejos, unas míseras barracas, sólo cobijaban algunos gatos errabundos y unos *feldgrauen* en búsqueda de refugio. Su construcción, de apariencia mediocre, parecía haber sido ensuciada por no se sabe qué presencia.

Más arriba, la calle se encaramaba, pero estaba enteramente bloqueada por la sucesión de casas que se habían derrumbado sobre la calzada,

anoche, cuando los cohetes rusos asolaron lo menos un cuarto de la ciudad.

Mi mirada buscó algo que pudiese aportar un solo instante de gozo. Algo que atrajese un segundo mi atención pendiente solamente de controlar el escalofrío que me sacudía enteramente. Un ruido detrás de mí me hizo volver la cabeza. El veterano volvía con dos latas llenas de sopa caliente que había ido a buscar no sé en qué refectorio. Observé sin proponérmelo a aquel camarada y los charcos de agua. Su uniforme era tan gris y tan sucio como el decorado y, bajo el pesado casco de acero, su rostro enflaquecido e hirsuto armonizaba perfectamente con el conjunto.

El cielo discurría lentamente sobre Konotop arrastrando hasta perderse de vista unas nubes grises como ropa sucia.

—Los que tengan hambre que se dignen abrir los ojos —dijo el veterano dejando sus latas.

Zarandeeé a Halls que parecía estar como siempre sumido en un sueño indestructible. Se sobresaltó y cuando se dio cuenta de que ningún petardo le taladraba los tímpanos, se recobró, farfulló algunas palabras ininteligibles y se incorporó frotándose el cuerpo dolorido de agujetas.

—¡Dios mío, estoy harto! —gruñó con aire cansado.

¿Dónde estamos? ¿Qué demonios hacemos aquí?

—Ven a comer —dijo el veterano.

En silencio, tragamos la sopa de mijo que empezaba a enfriarse. Algunos prefirieron seguir roncando. Nadie obligó a nadie. Después, recibimos la orden de reanudar la marcha y proseguimos nuestro deambular por el sector devastado de Konotop. Estábamos demasiado cansados para percatarnos. Caminábamos sin mirar ni reflexionar. Cuando se oía una explosión o un avión, echábamos cuerpo a tierra sin precipitación. Después nos incorporábamos..., y así sucesivamente.

Yo estaba ciertamente enfermo. Una especie de calambre o un dolor me oprimía la cabeza y la espalda. Lo atribuí a la fatiga. Unos escalofríos me recorrían todo el cuerpo y probablemente tenía fiebre. De todos modos, no podía hacer nada. Si empeoraba, procuraría hacerme hospitalizar, pero por lo menos necesitaba ser víctima de un desvanecimiento.

Llegamos a un barrio particularmente devastado. Entre las ruinas, distinguimos un enorme carro *Tiger* que había trazado un ancho surco en

los montones de escombros y que sin duda había terminado su carrera sobre una mina que le había arrancado la oruga derecha así como el bombo motor. A pesar de aquella parálisis, seguía intacto y su cañón escupía de vez en cuando un obús en dirección de las formaciones enemigas muy próximas.

Grupos de soldados se ocultaban en las ruinas y parecían acechar a los Ivanos que debían de estar agazapados por allí. Nos encaminaron con precauciones por entre los escombros y nos encontramos, Halls y yo, en un hoyo infecto, en alguna parte a través del fárrago que se extendía a un kilómetro delante de nosotros y a quinientos metros detrás. Refunfuñando, apilamos unas vigas y toda clase de porquerías para aislarnos del fondo del hoyo lleno de agua negruzca. Pronto nos vimos cara a cara, con una expresión atontada, sin saber qué decirnos. Nos lo teníamos dicho todo ya. No era cuestión más que de paciencia y la fuerza de las cosas nos la daba como para volvernos idiotas.

—La verdad es que tienes mala pinta —acabó por decir Halls.

—Estoy enfermo —repuse.

—Todos estamos enfermos —afirmó él contemplando un lugar de nuestro universo de cascotes.

Nuestras miradas despechadas volvieron a cruzarse y me pareció leer en la de mi compañero un gran cansancio y mucha desesperación.

A mí también me obsesionaba una idea. ¿Qué iba a ser de nosotros? Me parecía materialmente imposible que todo aquello pudiese durar mucho tiempo. Hacía más de un año que vivíamos con el alma en un hilo, más de un año que vivíamos como gitanos... ¡Qué digo! La vida de los gitanos debe de ser una vida de castillo comparada con la de los graben. ¡Cuántos camaradas había visto caer durante un año! Todos los recuerdos me vinieron a la mente. El Don, la «Internacional tres», Utcheni, los batallones improvisados, Ernst, Tempelhof, Berlín, Magdeburgo, el espantoso Bielgorod, la retirada y ayer mismo el *ober* Woortenbeck y su vientre rayado por una docena de hilillos rojos que le caían sobre las botas. ¿Por qué suerte increíble no había sucumbido yo todavía en una de aquellas explosiones gigantescas que habían triturado a tantos hombres ante mis ojos horrorizados, hasta el punto de preguntarme si lo que yo había visto había

existido realmente? ¿Por qué milagro Halls, Lensen, el veterano y otros estaban todavía presentes en aquella unidad de maldición?

Por mucho que la suerte nos hubiese favorecido y salvado, esta suerte, esta increíble suerte, ¿no desaparecería bruscamente si debíamos sufrir el mismo trato mucho tiempo más? Mañana, quizás entierren al veterano, o a Halls, o..., quizás a mí. Un miedo violento me invade de repente. Empiezo a mirar en todas direcciones. Tal vez pronto me toque el turno. Estaré muerto, así, sin que nadie se entere. Sabía que mis camaradas se acostumbraban a todo. Me llorarán solamente hasta que otro caiga y siembre el olvido sobre los precedentes. El pánico aumentaba, y las manos me temblaban. Sabía la cara que se pone cuando se ha muerto. Hasta había visto muchos hombres caer de bruces en una charca fangosa y quedarse así. *¡La cara en el fango!* Esta idea me petrificaba. ¡Y mis padres! ¡A mis padres tenía que volver a verlos, de todos modos! No puedo morirme así. ¿Y Paula...? ¡Paula...! Se me saltaron las lágrimas... Halls me miraba, inmóvil como aquel horrible decorado indiferente a todo, a la pesadumbre como a la muerte. No había nada que hacer, nada que hacer... Los gritos de espanto, los de los moribundos, la sangre que mana y que se mezcla con la tierra como un odioso sacrilegio... *Nada, nada...* Millones de hombres podían sufrir y llorar, gritar, implorar, que la guerra seguía implacable, sorda a los gemidos, cruelmente indiferente. No podía hacerse más que esperar... ¿Esperar qué? No morir con la cara en un charco fangoso. ¿Y la guerra, entonces? ¿Qué es la guerra? ¡No es más que una consigna! Una consigna que los hombres cumplen como un sacramento. ¿Por qué? En realidad, sólo existe el hombre... Entonces, ¿por qué los hombres...? Continué llorando y divagando delante de mi camarada impasible.

—Halls —murmuré—, tengo miedo. Hay que irse de aquí.

Halls me miró y luego echó una ojeada al horizonte.

—¡Irse! ¿Adonde? Duerme, estás enfermo.

De pronto miré a mi camarada con odio. Él también formaba parte de aquella indiferencia inerte.

El carro, no muy distante, disparó un obús. Los rusos contestaron con media docena que dispersaron un poco más los montones de ruinas. ¿Habrían matado aquellos proyectiles también a dos o tres camaradas

nuestros? ¿Acaso al veterano? Todo se volvió bruscamente más insoportable. Con las manos temblorosas me oprimía la cabeza como para aplastarla. La desesperación se apoderaba de mí y no me dejaba ninguna solución visible. Mis sollozos llamaron la atención de Halls, que me miró casi irritado.

—Duerme ya, hombre... No te tienes en pie.

—¿Qué puede importarte que duerma o que reviente de una vez? Todo el mundo se burla, el mundo se burla de todo.

—Desde luego... ¿Y qué más?

—¡Y qué más! Entonces, hay que hacer algo, ¿me oyes?, y no roncar despierto como tú haces.

Halls me miró, cansado. Su tormento era sin duda tan grande como el mío, pero por el momento todo era amorfo en él. El cansancio podía más que su cólera.

—Te digo que duermas. Estás enfermo.

—¡No! —grité esta vez—. Prefiero reventar enseguida.

Y, de repente, me levanté y salí del hoyo. No había dado dos pasos cuando Halls me cogió por la cintura y con toda su fuerza me metió en el refugio.

—¡Suéltame, Halls! —grité más fuerte aún—. Suéltame, ¿me oyes?

—¡Cállate ya de una vez! ¿Vas a estar quieto o no?

Halls apretaba los dientes y cerraba sus dos enormes manazas sobre el cuello de mi guerrera.

—Estás viendo que vamos a reventar todos, unos después de otros, ¿qué te importa?

—Me importa que necesito ver tu jeta de vez en cuando, como también la del veterano y hasta la de ese memo de Lindberg. ¿Entiendes? Si continúas, te sacudo hasta que te estés quieto.

—Pero si Iván me mete una bala en el pellejo, tú no podrás hacerle nada.

—Entonces lloraré, lloraré como cuando murió mi hermano pequeño Ludovik. Murió de enfermedad, sin quererlo, y tú tampoco lo habrás querido...

Un gran escalofrío me invadió. Siguieron saltándoseme las lágrimas y me dieron ganas de besar la sucia cara de mi pobre compañero. Halls me soltó y se irguió. Una ráfaga le obligó a agacharse. Me miró y nos sonreímos.

Al final de la jornada, nuestra tercera tentativa de progresión fracasó como las dos anteriores. El amontonamiento de ruinas que se perdía en el horizonte nocturno parecía estar perfectamente nivelado. Ninguna prominencia, ninguna silueta de chimenea —que, sin embargo, son las últimas que suelen quedar en pie— surgía del decorado.

La noche seguía siendo surcada por resplandores que se reflejaban en las retinas insensibles de mi compañero. Y comenzó otra noche interminable, hecha de un miedo constante, de un hoyo oscuro, húmedo, pedregoso, y de una fatiga pesada que hacía desear la muerte. Una noche en la que no pasó nada, si no todo. El fuego, las explosiones, los resplandores breves o largos que alcanzan al sueño detrás de vuestros ojos abiertos. Mil recuerdos de mi vida anterior que me parecía haber vivido un día. Recuerdos de Francia, de mi juventud tan lejana ya y, sin embargo, tan próxima, de una tontería, de un juguete, de una reprimenda, que me parecía dulce, de mi madre y también mi nueva razón de vivir, Paula...

No cruzamos ni siquiera diez palabras durante aquella noche. Pero sabía que tenía que vivir para mi compañero Halls.

Mucho antes de amanecer, unos violentos escalofríos anularon lo que me restaba de energía. En la luz gris, Halls me arropó con mi manta que yo no había tenido el ánimo de desenrollar.

—Trágate esto —murmuró tendiéndome una lata de conserva medio llena—. Tómalo, hermano, eso te reanimará.

Eché una mirada perdida al resto de mermelada mezclada con el polvo del macuto.

—¿Qué es?

—Come... Está bueno, ya verás. Siguiendo los consejos de Halls, junté dos dedos en forma de paleta y saqué la jalea del recipiente. Apenas había engullido la mitad cuando una violenta náusea me sacudió. Y mi vómito vino a añadirse a la sordidez de nuestro refugio.

—¡Mierda! —murmuró Halls—. Estás más enfermo de lo que me temía. Trata de dormir.

Tiritando de fiebre, me dejé caer francamente en el charco y busqué, apartando el barro con el codo y los pies, una postura adecuada para dormir. Pasaron unas horas sin que yo me diese cuenta. El relevo llegó por la mañana. Ayudado por Halls, obtuve más atrás otra cloaca donde dos compañeros me improvisaron una yacija con lo que quedaba de una escala. Enfrente, al otro lado de la ruina o de la callejuela, ya no me acuerdo, otros dos individuos estaban acostados en unas tablas puestas sobre piedras.

Detrás, más lejos, más lejos que mi cabeza y mis oídos zumbantes de fiebre, la tormenta que alimentaban los hombres hacía cuatro años y medio seguía rugiendo. Así estuve durante un tiempo indeterminado. Los escalofríos de fiebre persistían y me helaban a pesar del amontonamiento de mantas, capotes y objetos diversos, que los compañeros me habían echado caritativamente encima. Alguien me despertó suavemente y me dio un comprimido de no sé qué.

¿Cuánto tiempo transcurrió? Un día quizás. El caso es que, mientras yo luchaba contra la fiebre que no dejaba de hostigarme, otro combate mucho más importante se desarrollaba en el cinturón exterior de la ciudad. Tras haber bordeado las fuerzas enemigas al este de Konotop, nuestra marcha de acero, siguiendo su trayectoria y refluyendo hacia el oeste, se hallaba ya ante un muro de defensa que la cortaba de su retaguardia. Varias tentativas de progresión en el oeste habían fracasado y nuestro grupo autónomo, debilitado ya, libraba combates defensivos contra la presión bolchevique que se cerraba desde el norte, el oeste y el sur.

Mientras tiritaba sobre mi escala, la situación se había puesto en extremo tensa y nuestro Estado Mayor intentaba ahogar la palabra terrible que ganaba terreno rápidamente en nuestros grupos: «cerco».

La noche siguiente, me vi obligado a dejar mi escala para dirigirme apresuradamente, con mis piernas temblorosas, hacia un refugio más seguro en un sótano donde habían sido reagrupados unos cincuenta heridos y enfermos. Estuve a punto de verme rechazado en aquella enfermería improvisada. Afortunadamente, mi aspecto macilento incitó al servicio de ambulancia a meterme un termómetro en el pico y a comprobar que había

rebasado los treinta y nueve grados y medio. Me concedieron, pues, un asiento en un rincón oscuro, donde esperé un día, antes de que se ocupasen de mi caso.

Fuera, la ciudad sufría un bombardeo de artillería y de aviación potente y los enfermeros tenían mucho que hacer con los heridos que iban llegando a un ritmo inquietante. Mis camaradas habían vuelto a subir en línea y resistían los asaltos furiosos e incesantes de las tropas enemigas. Hacia mediodía, los enfermeros, que me habían atiborrado de quinina, me incitaron a ceder el sitio a un individuo ensangrentado que no se sostenía de pie.

Deslumbrado, dejé el sótano oscuro por el exterior bañado de sol. Los últimos estertores del verano iluminaban el desastre. Por todas partes se elevaba humo en el cielo. Fuera, grupos de heridos leves lo escrutaban y discutían acaloradamente. Fue así como me enteré, por boca de aquellos chicos visiblemente asustados, que estábamos cercados.

La terrible noticia causaba casi tantos estragos como las bombas. Un viento de sálvese quien pueda ganó todos los ánimos y fue necesaria la autoridad y el puño férreo de nuestros oficiales para evitar una desbandada sin solución.

Pasó otro día. Poco a poco, el mal que se había adueñado de mí cedía terreno y, lentamente, yo me iba recuperando. La cabeza seguía dándome vueltas, sin embargo, como a un convaleciente recién salido de la cama. Desde mi rincón, que me guardaba muy bien de dejar y donde me acurrucaba como un mendigo hindú, me llegaban las noticias por los ecos de unos y otros.

—Cerca... Situación peligrosa... Los rusos han llegado a las proximidades de... Estamos en la ratonera... Se llama a la Luftwaffe. Pero en vez de Luftwaffe, eran los *Yak* y los *Il* que roncaban en el cielo azul pálido y los impactos de sus bombas eran lo que hacían vibrar, ininterrumpidamente, lo que quedaba de la ciudad.

¿Qué ocurría exactamente? Pocos de los nuestros lo sabían con certeza. El caso es que todavía me acuerdo de una llamada a formar que trajo a los suboficiales hasta el sótano-enfermería donde sólo pudieron quedarse los que por lo menos les faltaba una pata. Naturalmente, fui de los disponibles

y llevado con compañeros llenos de vendajes a una zona de operaciones cercana.

En un vasto espacio desierto, bordeado de casas sin techo, se intentaba organizar apresuradamente una formación. Reconocí inmediatamente, entre los cinco o seis oficiales presentes, al *Herr Hauptmann* Wesreidau. No muy lejos, al nordeste, la borrasca de los órganos de Stalin no dejaba oír, con su ruido, ni las órdenes ni las conversaciones, y provocaba una marea difícil de dominar en nuestras filas. Yo todavía me sentía muy enfermo. Un desagradable sabor me llenó la boca. Únicamente las botas y el uniforme parecían sostener mi cuerpo enflaquecido y vacilante.

El estruendo, que no parecía querer interrumpirse para que nuestro oficial pudiese hablar, obligó a este a levantar mucho más la voz.

Sin duda hubiese querido pronunciar un discurso más explícito, pero el estruendo, el tiempo que apremiaba y el riesgo de ver surgir cuatro o cinco *Jabo* sobre nuestras tres compañías agrupadas en cuadro, le incitaron a ser breve.

—¡Camaradas! —gritó—. ¡Estamos cercados...! ¡Toda la división está cercada!

Ya lo sabíamos, pero nos horrorizó oírlo. Si el Estado Mayor lo confesaba, todo parecía mucho más grave. Allá, el ulular de los cohetes rusos se mezclaba con las explosiones. La tierra y el cielo rugían y parecían conceder más importancia aún a las declaraciones del capitán Wesreidau.

—¡Sólo nos queda una esperanza! —continuó.

Una brecha brutal y rápida en un solo punto con todas nuestras fuerzas. Ese punto no puede ser sino en el oeste y todas las unidades van a ser empeñadas a la vez. El éxito de esa tentativa estriba solamente en el valor de cada uno. No habrá más que una tentativa. Por consiguiente, debemos lograrlo. Poderosas unidades de infantería van a ser empeñadas igualmente al otro lado de nuestro cerco y acudirán en ayuda nuestra. Si cada uno se compenetra bien de su misión, romperemos la tenaza bolchevique, pues conozco la valentía del soldado alemán.

Wesreidau saludó y nos instó a estar preparados.

Las compañías se dispersaron y se situaron en los puntos precisos desde los cuales había de iniciarse el asalto definitivo. Entre nosotros había

muchos heridos que necesitaban una cama caliente, enfermos como yo, y una inmensa mayoría de muchachos derrengados que arrastraban un cansancio infinito en sus ojos brillantes. A aquellas tropas les pedía un exceso de valor. Los valientes soldados alemanes parecían aquel día animales destinados al descuartizador.

Y, sin embargo, era necesario. Había que abrir una brecha o morir. Con el cautiverio no se podía contar en aquella época. Como siempre en vísperas de una acción dura, los hombres, sean del campo que sean, sienten un remozamiento de la camaradería y una unión mayor parece sostenerles.

¿De dónde provienen, si no, los buenos sentimientos que hacen aparecer bruscamente los últimos cigarrillos y el chocolate tan escaso que se mordisqueea poco a poco y a escondidas y que incitan al canalla a hacernos confidencias, al suboficial, expequeño burgués mezclado en la mierda, a dar una palmadita en el hombro de todo el mundo y a hablar de confianza, siendo así que es él quien la necesita en realidad? ¿De dónde vienen, en un momento que, precisamente, nadie los necesita? Se exagera, se miente, se cree que el hecho de apretar los codos arreglará algo. Es posible que sí, en fin de cuentas. Yo no lo creo. Los sinvergüenzas volverán a ser sinvergüenzas, si logran salvarse. Quizás hasta serán los primeros en delatar nuestro comportamiento, cuando todo haya terminado y volvamos a experimentar las dulzuras de la paz.

A mí me da lo mismo porque ya estoy hartos. Mi tripa gorgotea y me duele. Tengo frío. Busco a Halls o a otro cualquiera del grupo. Mis compañeros son invisibles. Sin duda han sido destinados a otro sitio. Ellos representan mi familia y su ausencia me pesa. Me siento muy solo entre esos medio-lisiados en busca de aliento y esperanza con sus treinta y ocho o treinta y nueve de fiebre. Yo sueño con una de esas camas sedosas de las que siempre habla el veterano. Sí, el veterano nunca ha conocido buenas camas. Incluso en la vida civil, antes de la guerra, debe de haber sido un desgraciado. Esto se comprende por su conversación. Pero sabe soñar. A veces, cuando su cuerpo huesudo reposa sobre los cascotes, sonríe de una manera que evoca el bienestar. Estoy seguro de que, en esos momentos, ya no siente la dureza, pues su sueño es más ardiente que la realidad. Yo

todavía no estoy bastante entrenado. Mi ensueño no es bastante sólido para hacerme olvidar los escalofríos y la tenaza que oprime mis sienes.

Entonces, como un mal discípulo, contemplo con una mirada idiota el encerado de la vida, mientras me froto las manos sudorosas de inquietud.

Delante de nosotros, al oeste, la humareda se elevaba tanto que tapaba el cielo. El cinturón de fuego cercaba el horizonte más lejano. ¿Qué materia podía provocar un incendio semejante?

Unas compañías negras de polvo y de hollín afluían a paso ligero. La primera toma de contacto no nos había sido favorable, al parecer. Las tropas en retirada dejaron junto a nosotros cierto número de heridos con los que ya nadie sabía qué hacer.

Los servicios sanitarios, tan precarios ya, habían levantado el campo, se habían marchado o estaban a punto de hacerlo.

Lamentable espectáculo el de aquellos heridos implorantes, secándose ellos mismos la sangre que a menudo chorreaba de varias heridas a la vez. Cada uno procuraba prestar los cuidados irrisorios que podía. Las escenas más terribles se desarrollaron ante mis ojos incrédulos. Cuando estábamos cuidando a un herido en la cabeza echándole alcohol en la herida, vimos llegar en nuestra ayuda un gordo *gefreiter* que se expresó así:

—Vengo a ayudaros. He dejado a un muchacho que tiene una pierna hecha papilla. Berreaba demasiado. Prefiero los que están desvanecidos...

La especie de calle despejada que ocupábamos y donde esperábamos la orden de ataque, no sufría bombardeos por el momento. Enfrente, así como al nordeste y al sudeste, el fragor de la batalla invadía la atmósfera. Directamente al norte, a uno o dos kilómetros, un machaqueo de la artillería rusa revolvía las ruinas como un monstruoso arado.

Cuando acababan de llegar unos soldados de infantería y respiraban un poco entre los escombros, el bombardeo ruso se volvió hacia nosotros. Con rapidez, los impactos se acercaban como una guadaña gigantesca. Las vociferaciones cubrieron las órdenes. Con un pataleo infernal, todos echamos a correr en busca de un refugio.

Tumulto, llamadas desgarradoras, gritos de pánico, todo quedó cubierto por las explosiones. Todos los que podían correr habían corrido. La más pequeña prominencia había sido una esperanza. La muralla de fuego y de

hierro pasó por encima de los dos mil *feldgrauen* estacionados en aquellos parajes. Los heridos, abandonados en medio de la calle, se arremolinaron en la polvareda. El ruido de los cuerpos descoyuntados que caían al suelo podía oírse a través de aquel estruendo. La tierra tembló como en Bielgorod, todo osciló, todo quedó impreciso en aquel decorado movable. Las manos de los enfermos que iban a morir arañaron la tierra una vez más. Caras pétreas, las de los veteranos que creían haberlo visto todo, adquirieron unas expresiones despavoridas y suplicantes. No muy lejos, detrás de un montón de tuberías, un obús ruso hizo un impacto inesperado. Once soldados germanos perecieron juntos, apretados entre sí como niños sorprendidos por la lluvia. El acero ruso cayó en medio de su grupo tembloroso, mezclándolos unos con otros, en medio de la tierra, y de las cañerías, en un gran charco de sangre.

La suerte, que seguía acompañándome, me llevó con otros tres compañeros de infortunio hasta la escalera de un sótano, a cielo abierto. Mil cosas cayeron sobre nuestro refugio. Las vigas y los ladrillos que caían casi nos cubrieron, pero gracias a nuestros excelentes cascos salimos indemnes, y algunos con ligeras contusiones. Cuando los gritos de los nuevos heridos llenaron el aire, que el estruendo ruso había abandonado momentáneamente, echamos una ojeada al exterior. El horror era tan completo que caímos paralizados sobre los peldaños imprecisos.

—¡Maldición de maldición! —exclamó uno de los nuestros—. No hay más que sangre.

—¡Tenemos que huir! —gritó otro, medio enloquecido.

Se precipitó al exterior y lo seguimos. Gritos inhumanos se elevaban por todas partes. Los que, como nosotros, habían tenido la suerte de escapar a la matanza, efectuaban un gran movimiento de reflujo. Todos huían hacia el oeste. El Oeste era la salvación, como siempre, y aquella vez era también el frente y la grieta por donde tal vez podríamos escapar. Cada uno ayudó a los que todavía podían sostenerse de pie. Los heridos se agarraban a los que corrían. Dos soldados, con la mirada extraviada, arrastraban por el suelo lleno de polvo a un individuo, un amigo sin duda, medio muerto. ¿Cuánto tiempo le arrastraron así? ¿Cuánto tiempo tardaron en separarse de aquel cadáver?

Nuestra galopada, nuestra huida, preciso es decirlo, continuó un cierto tiempo entre las ruinas anónimas en medio de la densa humareda y los rugidos de nuestro alrededor. Rusos situados Dios sabe dónde, tiraban con cañones del 50 y una gran precisión contra el hormiguero verde que formábamos nosotros. Con una rabia indecible, tuvimos que seguir, a pesar de todas las dificultades, transportando a los heridos.

Llegamos desordenadamente a una vía de ferrocarril en la que un tren desmantelado estaba parado sin esperanza de servicio. Entre los vagones, de los que apenas quedaban los chasis había cierto número de cadáveres de Ivanos, igualmente quietos.

Los pisoteamos con feroz alegría para vengarnos de sus malditos artilleros y de sus cañones del 50. La vía descendía en una zanja y nuestra galopada se canalizó en ella. Encontramos otro tren tan inmóvil como el primero. Al lado de aquel tren había estacionados unos vehículos del grupo de acero. Había muchos de los nuestros y, sobre todo, *panzermanner*. Caímos en manos de unos oficiales. Wesreidau, que no había dejado el grupo desde el primer momento, conversó con ellos. Tuvimos unos minutos de descanso, y cada uno se dejó caer donde estaba. Hacia el sudoeste, la traca aumentaba resonando en mi cabeza dolorida hasta hacerme perder el tino.

Después llegó el mazazo. Wesreidau, ayudado por dos suboficiales, corrió entre los grupos desinflados.

—¡De pie todos! —gritó—. Hay que pasar. De pie y ánimo, porque la división ha abierto una brecha. ¡De pie! ¡Pronto, si no, vamos a quedarnos en la ratonera! ¡De pie, demonios! Somos los últimos.

Los soldados medio muertos de fatiga se levantaban. Los suboficiales daban palmadas en el hombro a los sanos que se afanaban en ayudar a los heridos que habían traído desde los arrabales. Aquellas palmadas significaban: «No carguéis con los que pueden seguir. Necesitaréis todas las fuerzas que os queden».

Por esto, a pesar de los lamentos, a pesar de los gestos suplicantes, tuvimos que abandonar gran número de los nuestros a un destino inconcebible. Petrificados de terror y de miedo, unos hombres que habían perdido ya toda su sangre lograron incorporarse, incluso disimular sus

sufrimientos y su debilidad para caminar al lado de los indemnes. Demasiado heroísmo a describir. Demasiada piedad, demasiada voluntad inaudita. Cobardes ayer convertidos hoy involuntariamente en héroes. Muchos no hicieron más que una parte del camino.

Y el grupo de pesadilla se adentró en la hoguera. Llegamos a la famosa carretera Konotop-Kiev, carretera trágica donde el grupo de acero *Gross Deutschland* perdió el cincuenta por ciento de sus efectivos. El avance duró nueve horas. Nueve horas de pavor, de carrera enloquecida, de un embudo de obús a otro. Lo más difícil había sido hecho, al parecer.

Estoy dispuesto a admitirlo a juzgar por los jalones que señalaban la carrera heroica que nos valió los honores de la nación. Jalones hechos con los cadáveres retorcidos de centenares de camaradas nuestros y con esqueletos ennegrecidos de los carros *Panther* y Mark-III.

Usted, que tal vez lea un día estas líneas, acuérdesse. Una noche del otoño de 1943, los comunicados debieron de anunciar que las tropas alemanas cercadas en la bolsa de Konotop habían logrado romper valientemente la presión bolchevique. Era verdad.

Pero sin duda no mencionaron el precio. ¡Qué importa! Para vosotros la liberación se había conseguido.

Capítulo IX

EL PASO DEL DNIEPER

La lluvia llegaba a rachas desde el horizonte. Entre cada una de aquellas rachas, un claro precario nos permitía ver la siguiente con su cortina turbia que corría sobre la estepa chorreante. Llevaba dos días lloviendo sin parar y a pesar de la molestia que podía ocasionar, esperábamos que durase dos días más por lo menos. Al cabo de dos días, con un poco de suerte, a condición de que nuestra lenta cohorte pudiese hacer cincuenta kilómetros cada veinticuatro horas, estaríamos en el Dnieper.

Con la lluvia, ninguna posibilidad para la aviación y, por lo tanto, nada de *Yak* o casi. Si los *Yak* no aparecían, centenares de los nuestros quedarían con vida. Lo que había hecho la potencia incontestable de la Wehrmacht hasta el presente, su notable movilidad, había desaparecido ya totalmente en aquellos parajes. Las interminables columnas de infantería del ejército del centro se replegaban hacia el Dnieper a cinco kilómetros por hora. La movilidad que siempre nos había dado superioridad con respecto a las enormes pero lentas formaciones soviéticas, no era más que un recuerdo. Nos encontrábamos empeñados en un combate desigual hasta el punto que ni la huida podía estar garantizada. Por si fuese poco, el Ejército rojo se veía dotado, cada vez más, de regimientos motorizados muy móviles y formados de tropas frescas. Para rematar nuestro desasosiego, las tropas soviéticas ocupadas en mantener a nuestro grupo en la bolsa de Konotop, quedaban eximidas de aquel cometido y podían lanzarse a placer en nuestra persecución a causa de nuestro lento repliegue.

Además, la aviación alemana, demasiado ocupada en el sector sur de Cherkassy, dejaba el cielo libre a los *Yak* que, aprovechando la ocasión, hostigaban sin tregua la retirada alemana. Por esto, pese al paño pesado y

empapado, pese a las botas agujereadas, pese a la fiebre, pese a la imposibilidad de tumbarse en otro sitio que la tierra esponjosa, bendecíamos el cielo gris y las cataratas que de él descendían. Sin embargo, cinco aviones bolcheviques surgieron por la mañana.

Los hombres derrengados tuvieron un impulso de autodefensa y de conservación. Millares de ojos habían contemplado la estepa lisa como una trampa y habían comprendido en el acto que no había posible salida alguna. Entonces, las compañías directamente expuestas pusieron rodilla en tierra y ejecutaron el ejercicio «defensa antiaérea». Aquellas compañías recibieron el fuego de los *Yak* y vieron a los camaradas destrozados por los impactos. De todos modos, lograron alcanzar a uno de los cazas. Por desgracia, el aparato tocado subió unos instantes en cirio y luego picó irremediablemente sobre el convoy. El avión ruso se estrelló sobre un carromato atestado de heridos, abriendo un cráter de veinte metros lleno de carne despedazada. No hubo un grito, apenas algunas miradas. Cada uno recogió su carga y continuó. Los hombres agotados seguían sin reaccionar. Nada podía ya conmover a nadie. La guerra nos había hecho ver demasiadas cosas. En mi mente enferma, la vida había perdido sentido, no tenía importancia. Ya sólo parecía el impulso que se da a una marioneta para que se agite unos instantes. Cierto que existía la camaradería. Estaba Halls, por supuesto, y también estaba Paula, pero detrás de todo ello, inmediatamente detrás, había tripas. Tripas rojas, amarillentas y malolientes. A montones, casi tantos como de tierra. La vida podía extinguirse así, por una insignificancia, y después las repulsivas tripas quedaban ahí, mucho tiempo, demasiado tiempo. Y se quedaban fijas en el recuerdo.

Seguíamos caminando. Delante, la interminable cohorte describía un arco de círculo y parecía no moverse. El Dnieper, al que contábamos llegar en cinco días, no se veía aún. Hacía ya cuatro días que chapoteábamos en el lodo a una media horaria que no debía de rebasar los tres o cuatro kilómetros por hora. Nunca un país me pareció tan grande, tan desierto, tan insensatamente vasto. Los vehículos motorizados y provistos de carburante nos habían adelantado todos hacía bastante tiempo y tan sólo los pencos tambaleantes que todavía no nos habíamos comido, arrastraban vehículos que normalmente hubiesen debido ser propulsados por el motor de

explosión... De vez en cuando, un camarada dejaba su sitio en el *steiner*; atestado y arrastrado por dos caballos, para continuar a pie el repliegue hacia el oeste. Se había dado una orden: no debíamos abandonar el material bajo ningún pretexto. Debía llegar un suministro de carburante de no sé dónde, del cielo probablemente, para que pudiéramos continuar al ritmo de los motores. Efectivamente, una mañana cayó algo del cielo. Dos JU-52 soltaron ocho grandes fardos de sogas que recuperamos con desdén. Según el Estado Mayor, aquellas sogas iban a ser empleadas para remolcar nuestros vehículos sin gasolina. En espera de la gasolina ausente, unos caballos de costillas salientes tiraban forzosamente de los vehículos atascados en la pista recién trazada por el paso de treinta regimientos en retirada. Nuestro *steiner*, en el que había cargado toda mi impedimenta, era tirado por dos caballos renanos, arrancados sin duda un año atrás a su apacible trabajo de labranza. Uno de ellos estaba lleno de llagas y su mirada demasiado brillante denotaba una fiebre intensa.

Dos días más tarde, en el infernal tumulto de la orilla del Dnieper, nuestro buen caballo, después de haber resistido valientemente la fiebre, recibió el pago de sus esfuerzos. Un *obergefreiter* de caballería lo abatió de un balazo en la cabeza junto con otros diez. Raros fueron los caballos que subieron a los pontones, insuficientes incluso para los hombres. Además, no debíamos dejar nada que pudiese ser utilizado por el enemigo. Fue, en cierto modo, el principio de la «tierra quemada».

El número de enfermos aumentaba con una rapidez espantosa. «Mente sana en cuerpo sano», había dicho nuestro jefe supremo. Allí, no se sabía ya si había quedado afectado primero el cuerpo o la mente... El caso es que, en una proporción de un cincuenta por ciento a lo menos, a los hombres que estaban allí ya no les quedaba nada sano.

El mal tiempo cubrió afortunadamente nuestra retirada. Tanto peor para la fiebre, para los enfermos subalimentados, deshidratados, tanto peor para las heridas mal curadas y purulentas, tanto peor para los muertos de fatiga, que apenas si fueron sepultados. Mejor fueron las borrascas de lluvia y las sucias nubes que se arrastraban hasta el suelo, pues disimulaban un poco nuestro vergonzoso y lamentable cortejo. Fue mejor la bruma que tapó una parte del espectáculo, tanto al enemigo como a nosotros mismos. Cada claro

trajo la muerte brotada del cielo al ritmo lancinante de las *Nahmaschinen*^[10] que se cebaban como cuervos sobre un cadáver. Indiferente a todo, nuestro lento caminar continuaba.

Dos o tres veces al día, se formaban grupos de cobertura que tomaban posición para esperar y retardar al enemigo que debía seguarnos sin darse prisa. Los hombres designados cavaban apenas lo suficiente para ocultar una cuarta parte de sí mismos y aguardaban, resignados, al rodillo compresor que los aplastaría en el suelo.

No volvimos a verlos ni supimos qué había sido de ellos. En otros sitios, regimientos enteros fueron alcanzados y aniquilados por los blindados soviéticos. La retirada costó muy cara. La apoteosis se situó en las mismas orillas del río, donde, un agolpamiento inverosímil cubrió hectáreas arenosas y dónde cada proyectil ruso hizo un máximo de destrucción. Una mente sana en un cuerpo sano sin duda hubiese evitado aquella confusión sin nombre y digna de un rebaño de borregos febriles.

Las más terribles escenas se desarrollaban ante mis ojos habituados a lo peor. En un pánico indescriptible que se apoderó de todo, cuando habíamos llegado al borde de nuestra salvación, hubo que pisotear y ahogar a los camaradas para encontrar sitio a bordo de una embarcación que apenas flotaba y que zozobró varias veces antes de haber alcanzado la otra orilla.

El octavo día, después de haber bordeado una gran colina, llegamos al borde del río o más bien al borde de la aglomeración de los *landser* que ocultaban su orilla. A pesar del barullo, nos llegó el ruido de los motores que nos devolvió un poco de confianza, pues si había motores en marcha, había gasolina. Sabíamos que únicamente los motores podían reducir la inmensidad del país, aunque hubiese que ir a poca velocidad, dadas las carreteras, caminos o pistas inverosímiles que habíamos encontrado un poco por todas partes. Si los motores marchaban, la reorganización se reanudaría. En el compacto gentío, numerosos vehículos, que habían sido arrastrados hasta allí a pesar de todo, aguardaban entre las altas hierbas que suelen crecer en las dunas, a la orilla del mar. En realidad, como pudimos comprobar después, el ruido de motores provenía de las barcas, insuficientes en número y en tamaño, que los pontoneros empleaban sin parar para pasar la mayor cantidad posible de hombres al otro lado. Se dio

prioridad, en la medida en que podía ser embarcado, al material. Cargar camiones, cañones y carros ligeros en pontones destinados al paso de carretas de heno no resultó fácil. Afortunadamente, la mano de obra no faltaba. Allí, de pie bajo la lluvia torrencial, había casi cien mil hombres sólo en aquel lugar. Aquella masa sustituyó las grúas de los puertos y apuntaló a fuerza de brazos embarcaderos improvisados. Mantuvo, hasta que el agua llegó a la barbilla de los remeros, precarias embarcaciones que se fueron a pique tan pronto las hubieron soltado. Se ahogó en parte, pero persistió de todos modos en sus esfuerzos insensatos y dio prueba de una paciencia sin límites. Cuando, dos días después de nuestra llegada, el material que podía ser embarcado lo hubo sido, se procedió a pasar urgentemente cinco divisiones en una decena de barcas que podían contener veinte hombres a lo sumo cada una, cuatro chalanas averiadas remolcadas por turno por otras dos barcas equipadas con motores amovibles BMW, y cuatro peligrosos pontones que conseguían transportar ciento cincuenta hombres.

En aquel lugar, el Dnieper, muy quieto, alcanzaba probablemente sus buenos ochocientos metros de anchura. Para colmo, nuestro punto de travesía había sido fijado al sur de Kiev. Al norte de esta ciudad, el río no rebasaba en un punto determinado los cien metros... Además, aguas arriba de nuestra posición, una zona muy fértil, poblada y organizada, habría podido sin duda poner a disposición de nuestras tropas en retirada, una flotilla de embarcaciones de todas clases. Después, en Kiev había puentes. Muchos debían de estar destruidos, pero, de todos modos, alguno quedaría. La noche del tercer día de nuestra llegada, diez mil hombres por lo menos habían pasado al oeste. Primero se pasó a los heridos, y recuerdo que pude cerciorarme de que algunos heridos leves y algunos enfermos, a pesar de su lamentable estado, cedían su pasaje a casos más graves. Aunque el tiempo apremiaba, la lluvia persistía y estábamos todos hartos de comer únicamente carne de caballo muy a menudo cruda, nos tomábamos nuestras desventuras con paciencia y aprovechábamos todas las ocasiones para descansar y recuperarnos un poco.

Durante la noche del cuarto día todo volvió a estropearse. Como habíamos temido, al cesar de la lluvia, volvió el ruido de la guerra. Primero

sordo e impreciso: el fragor lejano de los carros que maniobraban lentamente a través del fango.

De momento sólo se oyó aquello, pero fue suficiente para que una oleada de terror pasase sobre los ochenta y cinco mil hombres bloqueados junto al río. Por la noche, en las colinas cubiertas de hombres medio muertos de cansancio, millares de cabezas se irguieron y captaron el eco monstruoso.

«¡Los carros!», murmuraron las bocas entreabiertas. Y las miradas escrutaron ansiosamente lo que aún no se veía. Permanecieron inmóviles treinta segundos, y luego las siluetas se animaron a un ritmo que se iba acelerando. «¡Los carros!». Cada uno de nosotros recogió apresuradamente sus trastos, y enseguida se produjeron los primeros conatos de huida. Todos corrieron hacia lo que sabían que era un obstáculo infranqueable. Sin embargo, corrían esperando que las barcas que no habían cesado en sus idas y venidas los transportarían a todos de una vez.

Nuestra compacta multitud se agolpó junto a la orilla, y el ruido de las exclamaciones se juntó al sordo fragor de los carros que llenaba la noche. En nuestro grupo enloquecido, hubo hombres que abandonaron todas sus cosas en la orilla y emprendieron la gran travesía a nado. Millares de pechos dirigieron una llamada desgarradora hacia el Oeste, hacia el agua gris, hacia la orilla opuesta donde por fin debíamos hallar reposo. Hubo hombres que penetraron en el agua helada hasta perder pie. Las súplicas y las imprecaciones arreciaban hasta el punto de que los tripulantes de las barcas en servicio titubearon antes de abordar por miedo a verse sumergidas. La locura ganaba las mentes con una rapidez de pólvora ardiendo. Hubo veinte minutos de insensato desconcierto. Inconsciente de fatiga, excedido por la multitud vociferante y los acontecimientos, permanecí obstinadamente inmóvil, sentado sobre varios hatillos abandonados por Dios sabe quién en la hierba mojada. Cinco o seis soldados extraviados como yo estaban igualmente sentados. Aquí y allá, otros grupos se hallaban estacionados parejamente y sólo se agitaban cuando pasaba el gentío quejumbroso que lo barría todo en su galopar inmoderado.

Oficiales que todavía conservaban un poco de sentido común, ayudados por soldados más o menos conscientes, procuraban, saliendo al encuentro de aquellas jaurías, encauzar su enloquecimiento, igual que los pastores tratan de contener un rebaño en desbandada. Pudieron reconstituir así algunos grupos y los situaron en las colinas para tratar de interceptar, si se terciaba, a los carros soviéticos. Nuestra dilatada masa se extendió a lo largo de la orilla del Dnieper ofreciendo así menos posibilidades de destrucción a los T-34 que aparecieron inopinadamente al cabo de una hora y media. Afortunadamente sólo vinieron en pequeñas cantidades y no se entretuvieron, pues el verdadero objetivo era Kiev donde se estaba desarrollando un duro combate.

Me hallaba sentado en los hatillos en compañía de algunos extraviados cuando tuvimos noticia de que una balsa, construida con neumáticos sacados de unos vehículos estacionados en aquellos parajes, iba a poder embarcar cierto número de *landser*. No se debía propagar la noticia, pero inmediatamente nos pusimos en busca del arca de Noé que iba a salvar la situación, al menos para nosotros. Tras haber recorrido algunos centenares de metros aguas arriba del río, distinguimos, efectivamente, un grupo bastante nutrido que se atareaba al borde de las oscuras aguas. Rápidamente nos acercamos a él. Había un centenar de individuos chapoteando en el limo. En el centro de aquella masa humana, doce soldados se entregaban a un trabajo curioso, que consistía en quitar las ruedas para sacar los neumáticos y juntarlos para formar una balsa, desde luego insuficiente para transportar a los soldados que había allí. Nos dirigieron una mirada de desaprobación y ninguno de ellos nos alentó a quedarnos ni a esperar nada en absoluto. Finalmente, cansado ya, un alto y robusto mozarrón que también presenciaba la construcción de la balsa, se dirigió a nuestro grupo:

—Estáis viendo que ni la mitad de los que están aquí podrán embarcarse en eso. Id más lejos, que posiblemente encontraréis algo.

El muchacho debía de haber dicho ya lo mismo a los que nos habían precedido, pero muchos seguían allí esperando subir de grado o por fuerza en el improvisado esquife. Unos minutos después habría bofetadas para compartir la inseguridad de la balsa. Yo no me sentía con fuerzas para pelearme por un puesto en un artefacto que seguramente se hundiría

enseguida, así es que, pese al fragor distante que el viento nos traía de vez en cuando, seguí arrastrando mi impedimenta en compañía de dos artilleros extraviados.

Y así anduvimos en la bruma densa y húmeda, entre los juncos empapados, entre los grupos enloquecidos que corrían, que se cruzaban y se volvían a cruzar, que no paraban de *recorrer* la interminable orilla del río. La niebla, que se hacía cada vez más espesa, cubrió pronto totalmente el paisaje y los fugitivos parecían sombras chinescas. No sabíamos en qué dirección íbamos. La inquietud de caminar en sentido inverso nos invadía constantemente. De vez en cuando, afortunadamente, un camarada encontraba la orilla y gritaba en la oscuridad unas palabras reconfortantes.

—*Ach gut! Das Wasser ist da.*

Y continuamos avanzando. Avanzando sin reflexionar. Ignorábamos incluso que si seguíamos avanzando por aquella orilla mucho tiempo nos exponíamos a llegar a Kiev, punto central de la batalla. Ninguna idea lógica parecía iluminar a ninguno de nosotros. La fatiga, el miedo constante, la amenaza terrible de los carros nos hacía andar sin descanso. Huir, huir, donde fuese, como fuese, pero huir.

Después, la noche opaca fue horadada por unos grandes resplandores y el ruido del cañón. Comprobamos con estupor que aquellos resplandores eran visibles desde la orilla del río a nuestra izquierda. Un grupo muy próximo, pero invisible, gritó en la niebla:

—*Achtung! Ivan! Achtung!*

Desesperado, dirigí una mirada suplicante al *spiess* de artillería que cojeaba a mi lado desde hacía una media hora larga. Sólo encontré su mirada de bestia acosada. Ni él ni yo comprendíamos nada. Creíamos tener los rusos a la derecha, detrás de las colinas, y el fuego se elevaba por la parte del río, es decir a nuestra izquierda.

Temerosos del tiro ruso, que indudablemente no tardaría en apuntar hacia nosotros, echamos a correr en busca de un agujero cualquiera donde refugiarnos. Una vez acurrucados en una especie de charca de ranas, hicimos deducciones. Con toda seguridad, según el suboficial, los *popov* patrullaban en barca y nos zumbaban. A juzgar por los destellos de las deflagraciones, separadas a veces por varios centenares de metros, algunos

barcos debían de patrullar por el Dnieper. El rumor de las tropas alemanas en desorden se elevaba sin tregua en la noche.

Obuses disparados desde el oeste caían en alguna parte del este, detrás de las colinas. Ello nos condujo a una deducción consoladora. Puesto que los obuses caían detrás de las colinas, caían sobre los rusos. Entonces, aquel tiro venía de la orilla izquierda, o sea de nuestras baterías. Efectivamente, el *spiess* artillero que chapoteaba a mi lado tuvo una sonrisa de suficiencia.

—Son nuestras piezas las que disparan. Conozco sus ladridos.

—Esta ayuda es inesperada —repuso un *feldgrau* que acababa de unirse a nosotros.

Finalmente, el tiro era poco importante y sólo duró unos diez minutos. Probablemente era de poco efecto sobre el enemigo, localizado de una manera vaga. La niebla se espesaba cada vez más reduciendo seriamente la luminosidad de los disparos del 77. Su resplandor aparecía mucho más lentamente y desaparecía del mismo modo. Teníamos la impresión de estar viéndolo a través de algodón, a pesar de todo transparente. No solamente se espesaba la niebla, sino que se iba haciendo increíblemente fría, con grave daño para los pulmones, que debían de llenarse de ella a cada inspiración.

—Está helando —dijo alguien.

El agua, que nos cubría casi media bota, parecía menos fluida. Sin duda, el termómetro no andaba lejos de cero. Pese a su notable impermeabilidad, las *stiefels* se tornaban esponjosas y mantenían los pies como en un frigorífico.

—La posición ya no puede resistir —murmuró el *spiess* artillero—. Larguémonos de aquí, o reventaremos. Además, ¿qué podemos temer de nuestros propios cañones?

Mis botas pesaban una tonelada cada una, una tonelada de un cuerpo denso y sólido que, sin embargo, contenía el noventa y cinco por ciento de agua.

La fatiga que arrastrábamos desde muchos días y muchas noches se añadía al miedo que ya no podíamos resistir. Aquel miedo aumentaba la fatiga, pues exigía una tensión importante del oído y de la vista. Habíamos aprendido a ver de noche, como los gatos. Pero aquella noche, ninguna mirada, por penetrante que fuese, habría logrado atravesar aquel *nebel*

digno de una de las más bellas noches londinenses. Mi nariz congestionada me impedía respirar normalmente y yo sólo dejaba pasar entre mis labios apretados un poco de aquella mezcla hecha probablemente de agua y de azufre. Cada inspiración me helaba y parecía darme un golpe en el fondo de mi estómago vacío.

Las lecciones del veterano me volvían a la memoria. No pudiendo hallar ningún objeto caliente y seco, me puse a pensar en algunos buenos momentos que me parecía haber pasado, hacía mucho tiempo.

Pero yo estaba lejos de ser un soñador y sólo me venían a la memoria malos recuerdos. La espalda encorvada del soldado que caminaba delante de mí no se convertía en la de mi madre atareándose en las veladas de invierno familiares. Como tampoco en la de mi hermano o de alguien del tiempo de paz. Seguía siendo una silueta de la historia de la guerra, una silueta de Rusia, y los recuerdos de mi juventud no podían insertarse en momentos tan rudamente vividos. La guerra marca a los hombres para toda la vida. Se olvidan las mujeres, el dinero, la felicidad, y, en cambio, no se olvida nunca la guerra. La guerra lo echa todo a perder, incluso la alegría que vendrá con la victoria. La risa de los hombres que han vivido la guerra tiene algo de desesperada. Por mucho que se diga que ahora conviene aprovecharse de él, el mecanismo ha funcionado excesivamente y está averiado. La risa tiene ya tan poco valor como las lágrimas.

La espalda de ese soldado me inspira compasión y respeto. A veces también me exaspera. Me dan ganas de golpearlo, de pegarle hasta que se caiga al suelo, sí, de golpearlo para estar más en situación con la guerra. No importa que esa espalda se derrumbe, pues otra surgirá inmediatamente, volverán a surgir instantáneamente millares de espaldas encorvadas, infladas de niebla ácida. Rusia está llena aún de siluetas de esas, de siluetas que ya no saben soñar. Todavía le costará mucho trabajo, a la guerra, hacer que se derrumben todas esas espaldas.

Aquel ruido aumentó como el de un tren que va acercándose. El de las ametralladoras también. No podíamos distinguir nada. Un enorme fragor sucedió al ruido y nos quedamos quietos, con la boca entreabierta que dejaba escapar un leve vapor. Busqué una explicación en los semblantes lívidos de mis compañeros, pero ellos estaban tan sorprendidos como yo,

que sin duda no había cambiado mucho de expresión, desde el momento que busqué el olvido en los recuerdos. Como las sorpresas de la guerra no pueden ser más que peligrosas, buscamos inmediatamente un refugio. No encontré más que la orilla y me metí hasta medio muslo en un agua invisible que casi me pareció suave comparada con la terrible frialdad de la atmósfera.

Ya había perdido desde hacía mucho rato mi retazo de sueño nocivo y escrutaba febrilmente el velo negro e impenetrable que me ocultaba el espectáculo, como un telón el escenario. El estruendo de los carros se amplificaba terriblemente y hacía temblar la superficie del agua de la que, de todos modos, aún podía distinguir una pequeña parte.

Cuando llega el peligro, después que el miedo ha acuciado a uno durante muchas horas, se experimenta una sensación de liberación. Se cree saber, por fin, de qué se trata y, aunque el peligro sea terrible, la idea de que pronto pasará todo es como una caricia. Si dura mucho, entonces el miedo se hace insoportable y ni siquiera una crisis de lágrimas nos salva. Y si se prolonga muchas horas, noches enteras, como en Bielgorod, sólo cabe esperar la locura precedida de alucinaciones y desequilibrios nerviosos. Después, se vomita y se vuelven a sufrir ataques de desesperación hasta que se cae en un completo marasmo, como si la muerte se hubiese adueñado ya de uno.

Por el momento, permanecí calmo. El río nos cortaba obstinadamente el camino, pero al mismo tiempo nos abría una perspectiva de salvación. Ahora bien, yo estaba metido en el agua hasta más arriba de las rodillas. La niebla me ocultaba su temible anchura y pensé que si la cosa se ponía demasiado fea, yo me deslizaría sobre el agua como un fuego fatuo sobre la tierra. Aquella estupidez fue ahincándose en mi mente y llegué a estar seguro de que no me hundiría. Después volvieron a producirse resplandores, detonaciones como de granadas y crepitaciones adornadas con puntitos amarillos en algún lugar a mi derecha. Cinco o seis soldados irrumpieron junto a mí, jadeantes.

—Son esos imbéciles de artilleros que los han atraído hacia aquí —dijo alguien.

Unos gritos espantosos cubrieron el rugido de los motores. Eran unos gritos tan prolongados y tan horribles que se me heló la sangre y el agua aún me pareció más fría en las piernas.

—*Mein Gott!* —murmuró una voz.

Después hubo un tiroteo y unas explosiones mucho más cercanas. Una galopada puntuada con gritos enloquecidos resonó en la niebla.

El algodón fue súbitamente horadado por unos individuos que saltaron como fantasmas en el agua negra. Chapoteos precipitados indicaban que estaban tratando de nadar. Nos quedamos petrificados. Una masa terrible y rugiente pasó no lejos e hizo vibrar tierra y agua. Un potente faro atravesó por fin la niebla. No pudimos discernir su progresión. Se movía, y esto era todo. Hubo un momento de terror que nos hizo refugiar unos contra otros como niños. Nos apartamos un poco de la orilla y nuestro grupo resbaló en el barro. Me quedé sumergido un instante y cuando volví a sacar la cabeza, la orilla y las hierbas me ocultaron lo esencial. Unas ametralladoras cercanas trituraban el aire a través del chirrido de las orugas. El monstruo pasaba y trazaba sin duda un surco sangriento entre los que se habían quedado petrificados ante el horror. Más arriba, otros dos faros apenas visibles buscaban víctimas.

Los carros sólo hicieron una pasada. Eran una decena, según las estimaciones que se hicieron el día siguiente. Su objetivo era Kiev y por esto no se entretuvieron allí.

Sin embargo, la tensión fue tan fuerte que nos quedamos un buen rato en el agua sin poder hacer un movimiento, a pesar del infecto lodo líquido que había penetrado bajo nuestros cascos, en nuestros cabellos erizados de terror.

Con toda certeza, el tiro de nuestras piezas, situadas al otro lado del agua, había atraído a los tanques bolcheviques provocando la horrible muerte de buen número de los nuestros.

Los gritos de «¡A nosotros, camaradas!» nos incitaron a salir del lodazal y acudir en socorro de los moribundos. No sobrevivieron. Una vez más, vimos cosas espantosas. Apenas imaginables. Hubo varios tiros de gracia, a pesar de estar prohibidos. Después, con la aurora, la niebla se disipó y un

sol casi primaveral nos trajo otra jornada de sinsabores. La aviación rusa, igual que la Luftwaffe, gustaba del cielo claro.

Se formaron grupos de enterramiento obligados que se entregaron refunfuñando a su macabra tarea. Todos los que no fueron retenidos se habían alejado del horror e intentaban dormir y calentarse. Mis ropas, que en parte se habían secado, estaban tiesas después de haber sido como papel secante. Me sentía desazonado y enfermo. Pero la fatiga, que me pesaba en los ojos y me hacía inaguantable la luz del sol, me impidió darme cuenta de que lo mejor hubiese sido desnudarme enteramente, lavarme en el río y hacer que mi cuerpo molido disfrutase de los rayos bienhechores. Permanecí allí, embrutecido de sueño, contemplando, a través de los párpados semicerrados, mi uniforme *grüngrau* que progresivamente se iba poniendo amarillento. Había conseguido dormirme cuando, una vez más, llegaron a mis tímpanos, a pesar de ser poco sensibles, unos fuertes gritos.

Abrí los ojos sobre el azul pálido e infinito del cielo. El cielo tenía un ruido, un ruido de motor de aviación. Todos mis miembros crujieron y me incorporé sobre un codo, pero no vi nada anormal, a no ser los montones que formaban mis camaradas dormidos entre los juncos. En todas partes, rostros velados de sueño se erguían y buscaban a su vez. Un tipo con gorra corría y chillaba como un sordo:

—¡Formación de defensa antiaérea! ¡Despertad, partida de muertos!

Una ametralladora ligera abrió el fuego detrás de mí. Tardamos un rato en sacudirnos la modorra. Cuatro aviones rusos giraban como avispa a unos mil metros sobre nuestro infortunio. Los gritos de los hombres se añadieron a las voces de mando de los enloquecidos oficiales.

—¿Es que queréis reventar todos? —gritó un teniente andrajoso, no muy lejos de nosotros—. ¡Haced al menos un gesto para defenderos!

Febrilmente, empuñamos nuestras armas y, rodilla en tierra, esperamos al enemigo que no tardaría en precipitarse desde las nubes. No obstante, los *Yak* se fueron. Como era inconcebible que los hubiésemos asustado, dedujimos que debían de estar faltos de carburante. Nos frotamos los ojos y respiramos un instante. La vigilancia, precaria ya, se abandonaba, y cada uno intentó nuevamente recuperar sus noches de insomnio anteriores. Entonces, la ametralladora pesada giró rápidamente sobre su afuste y abrió

fuego hacia el norte. Todos nos volvimos en aquella dirección antes de echar cuerpo a tierra. Los cuatro aviones surgían en vuelo rasante, escupiendo fuego con todas sus armas. A través de sus aullidos, las palabras del teniente, muy cerca, apenas eran audibles.

—¡Fuego, hatajo de cobardes! —chilló.

Los aviones pasaron. Vi al teniente rodar por el suelo, incorporarse y, mientras con una mano se apretaba el vientre, con la otra disparaba su pistola contra los aviones. Luego hizo una mueca, cayó de rodillas y se encogió sobre sí mismo. Las balas sólo lo habían alcanzado a él, al menos en nuestro emplazamiento. El mortífero fuego iba dirigido sobre todo a las chalanas atestadas y casi inmóviles que ofrecían un blanco admirable.

—¡Ayudadnos, por aquí! —vociferaron unos soldados que habían acudido en socorro del teniente.

—¿Por qué se habrá quedado de pie? ¡Maldita sea! —juró un individuo de rostro descarnado.

—Se ha portado como un héroe —vociferó un *feld*—. Ha sido el único que ha reaccionado. Deberíamos avergonzarnos.

El individuo de rostro descarnado ayudaba al transporte del moribundo hacia la orilla. Yo lo seguí, llevando algunos efectos del teniente.

—Poco importa la vergüenza aquí —suspiró el tipo de cara esquelética.

No estábamos abandonados del todo. Lejos, desde la otra orilla, unas piezas antiaéreas abrieron fuego sobre los buitres que giraban en el cielo. Sobre el agua, las dos chalanas desamparadas continuaban, sin embargo, su peligroso tránsito. Debía de haber numerosos muertos y heridos a bordo de ella, a juzgar por la agitación que podía distinguirse desde donde estábamos.

Los aviones rusos volvieron a picar sobre la tierra llena de gritos, de llamadas de socorro, de juramentos vengadores. Se ensañaron con las embarcaciones haciendo una matanza abominable.

Cada vez que el peligro se alejaba un instante y echábamos un vistazo por encima de los cañaverales, podíamos ver la tragedia. Casi todos los ocupantes de las barcas o chalanas que no habían sido inmovilizados por una herida o por la muerte, se habían arrojado al agua e intentaban, enloquecidos, huir a nado. Los aviones hicieron una cuarta pasada. Todos

los fusiles y las *spandau* de la playa los acogieron poniendo, un poco tarde, fin a la ronda infernal. Después se elevó un gran clamor, pues uno de los aviones bolcheviques acababa de ser alcanzado y ascendía en cirio desprendiendo un enorme penacho de humo negro. Hizo una cabriola y picó irremediabilmente hacia el río. Algo se desprendió de él, probablemente el piloto, que intentaba el gran salto. Su paracaídas, si es que lo tenía, no se abrió. Hombre y aparato picaron a la misma velocidad y se desparramaron al contacto del agua. Los «hurra» cubrieron un instante los gritos de los heridos en las chalanas. Al mediodía, la aviación rusa volvió a aparecer. Esta vez se trataba de unos cazabombarderos. Eran, por lo menos, una docena.

Entretanto, nos habían obligado a cavar hoyos individuales. Desde aquellos fútiles refugios, no escatimamos los cartuchos contra los pájaros de mal agüero. Los rusos volvieron a ensañarse con nuestra flotilla de paso. En el momento del ataque, las chalanas se hallaban cerca de la otra orilla. La *Flak* trató de mantener los cazas a distancia, pero estos picaron a pesar de todo.

Impotentes y pálidos de cólera, vimos desgranarse las bombas en la superficie del agua. Una chalana quedó destruida con su carga humana haciéndonos llorar de rabia. Nuestra flotilla se agotaba y el baile no había hecho más que empezar. Los 7 tomaron altura para picar mejor. A mi lado, un soldado lloraba gritando a voz en cuello.

Las manos sudorosas removían nerviosamente la tierra, manejaban los cerrojos.

—¡De esta no saldremos! —gritaba mi compañero—. ¡Van a aniquilarnos!

Y, sin embargo, se produjo un milagro que cambió el tono de nuestros gritos:

—*Sieg! Sieg!* ¡La Luftwaffe!

Sí, nueve *Messerschmitt 109-F* acababan de aparecer y atacaban en línea recta a los aviones rusos que se habían puesto en posición de ataque.

—¡Viva la Luftwaffe! —gritábamos con entusiasmo.

Los aviones rusos, conscientes de su inferioridad técnica, se replegaban a toda velocidad. Las ráfagas llenaron el cielo y nosotros tuvimos la alegría

inmensa, una alegría que nos hizo salir de los refugios, la alegría salvaje movida por un sentimiento de venganza, de ver a dos aviones bolcheviques girar en el aire como perdices alcanzadas por el tiro del cazador. Los gritos redoblaron. Cinco aviones *popov* pasaron sobre nosotros sin que nos percatásemos del peligro que corríamos. Blandimos los puños a su paso:

—¡Viva la Luftwaffe! ¡A ellos, muchachos, no dejéis que se larguen! ¡Hurra!

El tipo de al lado que hacía poco rugía de rabia, ahora rugía de alegría. Parecía loco.

Efectivamente, los cazas alemanes se lanzaron en persecución de los aviones que huyeron rasando el suelo. La jauría desapareció detrás de las colinas, privándonos del espectáculo. Percibimos ráfagas y una explosión sorda. La noche llegó sin que tuviéramos nada más que hacer que animar a los heridos.

Y la noche cubrió la tierra.

El día siguiente, nos despertamos bajo la lluvia. Casi nos sentimos dichosos por ello.

El transbordador, que no paraba nunca, había hecho todo lo posible durante la noche. Sin embargo, todavía quedaba muchísima gente en el lado oriental. ¿Cuántos días llevábamos esperando? Ya no teníamos consciencia de ello. En medio de nuestros sinsabores, de todos modos habíamos logrado reorganizarnos en parte. Los hombres pertenecientes a tal o cual unidad se habían reagrupado por sí mismos.

Los oficiales situaron hombres armados en las colinas para el caso de una sorpresa por parte de Iván. Lo sabíamos muy cerca y estábamos nerviosos, inquietos y asombrados también de no haberlo visto todavía. Era muy probable que la batalla por Kiev lo absorbiese totalmente.

Ahora me encontraba formando parte de un grupo constituido en su mayoría por elementos de la *Gross Deutschland* y supervivientes de un regimiento de infantería que había acudido en nuestra ayuda cuando la brecha de Konotop. Los oficiales allí presentes, entre los cuales tuve el innegable gusto de encontrar a *Herr Hauptmann* Wesreidau, pretendían que nosotros hubiésemos debido ser los primeros en embarcar hacia el oeste mientras que soldados pertenecientes a una división de élite que, además,

estaba especializada en operaciones ofensivas y no defensivas. Incluso afirmaban que iríamos en el próximo viaje.

Las palabras de nuestros oficiales fueron bien acogidas, y todo el mundo estaba de acuerdo en pasar al otro lado del río cuanto antes. Algunos preconizaron de nuevo el sistema que muchos de nosotros habíamos pensado en usar desde un principio. Consistía en atar con varios cinturones haces de cañas y servirse de ellas como flotadores. Aquel procedimiento había servido repetidas veces, pero no permitía llevar, o hacía perder en el camino, los objetos indispensables a todo soldado para no ser considerado desertor.

La acogida debió de haber sido tan poco amable en el otro lado que los oficiales nos prohibieron emplear aquel sistema. De todos modos, les resultó difícil dar órdenes a los hombres paralizados por el miedo y dispuestos a la vez a afrontar el peligro. Muchos se largaron, muchos se hundieron o perecieron de congestión. Muchos, quizá, tras haber rozado lo peor, conocieron el consejo de guerra.

Como yo no sabía muy bien a qué punto habíamos llegado, aquel género de tentativa me dejaba indiferente y ponía toda mi obstinación en conocer, por los soldados de nuestra unidad todavía presentes allí, noticias de mis camaradas. Tal vez, entre aquellos tres mil hombres, Halls o Lensen esperaban también con el culo en el barro. Tal vez, en medio de aquella aglomeración humana, el veterano soñaba con un bienestar utópico, indiferente a la lluvia que debía de chorrear sobre su rostro resignado.

Mis gestiones resultaron vanas, mis preguntas quedaron sin respuesta. En un momento dado, creí reconocer dos caras de nuestra disuelta compañía. Interrogué a los dos soldados y me contestaron evasivamente que no se acordaban en absoluto de lo que había pasado. Estaban verdaderamente abatidos y mis preguntas parecían fastidiarles. Una sola idea obsesionaba sus mentes debilitadas: cruzar el río... únicamente un hombre podía estar más enterado: *Herr Kapitan* Wesreidau. Pero el respeto y el temor que nos imponían los oficiales me impidieron dirigirle la palabra. Algunos soldados de más edad se permitían esta audacia. Pero yo no me atrevía. Debo decir que las ganas de hablar con el capitán me daban tanta comezón, que debían leerse en mi cara, Además, siempre andaba

merodeando en torno de él o de su grupo. Me encontraba sentado sobre mi hatillo a cierta distancia de Wesreidau y de dos o tres oficiales más entre los cuales había un comandante, cuando el *hauptmann* se dirigió hacia mí. Miré, aturdido, la silueta de largo abrigo de cuero brillante de lluvia, pronto a levantarme para ponerme en posición de firmes. Con un gesto, el capitán me instó a no moverme y me quedé con la mirada fija en la elevada estatura que me pareció más alta aún por estar sentado.

—¿A qué regimiento pertenece, hijo mío? —preguntó el oficial.

Farfullé el número así como la compañía improvisada en la que había ingresado en último extremo al huir de Konotop en llamas. Me tomó por checo. Entonces le informé acerca de mi origen.

—¡Hum, hum! —murmuró solamente—. Las compañías improvisadas fueron las últimas en pasar. Yo me encargué de varias.

—Lo sé, *Herr Hauptmann* —dije poniéndome colorado—. Lo vi a usted.

No me cabía en la cabeza que un capitán se hubiese puesto a hablar conmigo.

—¡Ah! —exclamó Wesreidau—. Entonces tenemos recuerdos comunes. Recuerdos difíciles.

—*Ja, Herr Hauptmann.*

Buscó un cigarrillo en una cajetilla vacía. ¿Querría, acaso, invitarme a fumar?

—Mañana pasaremos, muchacho, y creo que tendrá usted un largo permiso.

La palabra permiso bailó en mi mente como una burbuja de champaña.

—¡Un permiso! —murmuré.

—Así lo creo. Y no lo habremos robado.

Surgieron recuerdos que creí que nunca reviviría. Todo cuanto había ocultado en el fondo de mí mismo con tanta amargura reapareció imperceptiblemente. ¿Sería posible...? Sí, aquello siempre había sido posible, desde luego. ¿Por qué preguntárselo? De golpe, calibré la importancia de mi desesperación. Había desesperado. Me puse a pensar tímidamente, muy dulcemente, en Paula... Desde la operación «grupo de acero», el correo no había llegado. Aunque habíamos llevado una vida

endiabladamente agitada, aquella falta de noticias me había pesado terriblemente. Por otra parte, ante tanto infortunio, terror y asco, las palabras amor, ilusión y sentimiento habían perdido, desgraciadamente, importancia. Todo lo que había vibrado en mí parecía haber quedado sepultado bajo el polvo de las casas derrumbadas por el ruido y los lamentos infinitamente mucho más intensos que mis cuitas de enamorado. A veces llegué a pensar que si salía de aquello, no le exigiría mucho a la vida. ¿Cómo puede un hombre tener queja de la existencia por un pasajero devaneo fracasado, cuando lo que le preocupa es si logrará salvar el pellejo? Si me hubieran hecho prometer que me haría cura, lo habría jurado sin vacilar. Desde Bielgorod, el terror había trastornado todas mis concepciones humanas y el mercado de la vida tenía una cotización tan elevada que ya no sabía bien qué poner en el otro platillo para equilibrarlo. Aún no había logrado habituarme a la idea de la muerte. En mi fuero interno había prometido, en los momentos más duros, renunciar a la fortuna, al amor, hasta a una pierna, con tal de sobrevivir.

Presentí que el capitán Wesreidau iba a alejarse. Entonces le pregunté por mis camaradas. El capitán sólo se acordaba del veterano. Hasta dijo su verdadero nombre.

—La compañía a la que pertenecía August Wiener apoyó a una batería de obuses de *hautsbitz* al principio de la ofensiva. Los primeros que intervinieron sufrieron mucho —dijo, pensativo—. Fue muy duro. De todos modos, los que pasaron fueron sin duda dirigidos hacia Kiev. Allí era donde debíamos reagruparnos si hubiésemos estado motorizados.

Me quedé silencioso. El capitán se alejó haciéndome una breve seña con la cabeza.

—Mañana pasaremos —dijo.

La posibilidad de un permiso llenaba mi mente a la vez que la angustia de haber perdido a mis camaradas. ¿Qué había sido de ellos? Tal vez me habría cruzado con sus cadáveres calcinados en la calzada arrasada Konotop-Kiev. ¿Sería posible que hubiera perdido también mis compañeros de miseria? Los sabía tan desvalidos que el afecto que les tenía parecía autorizado, tan desinteresado y gratuito era. ¿Debía olvidar también, sin

remordimientos, lo que habían sido Halls, Lensen y hasta aquel cretino de Lindberg?

Si mis amigos habían desaparecido, el veterano acaba de dejarme una herencia, una facultad. Medité acerca de todos mis recuerdos. Los buenos momentos me volvían a la memoria acompañados de una angustia insuperable. Permanecía allí, inerte, insensible a la lluvia que mi gorro empapado no lograba ya contener y que se me metía por el cuello dejándome la cara mojada. Aquella lluvia que me resbalaba por las mejillas sustituía a las lágrimas que hubiera debido verter.

La lluvia duró todavía mucho. Duró toda la noche y se prolongó hasta el anochecer del día siguiente. El suelo empapado sobre el que estábamos obligados a esperar se había transformado en una esponja. Los montones de cañas que no habían recibido la lluvia se mojaban en el suelo. Estábamos tan calados que algunos pensaron desnudarse bajo la lluvia. La mayor parte del tiempo estábamos de pie, con la lona de la tienda sobre los hombros y con los ojos fijos constantemente en el interminable ir y venir de nuestras embarcaciones de salvación.

Hacia mediodía, en el cielo bajo y gris apareció, a pesar de las malas condiciones atmosféricas, una escuadrilla de *Il*. Maldijimos una vez más a aquellos pájaros de mal agüero que nos obligaban a echarnos de cabeza en aquella mierda viscosa de las orillas del Dnieper. Hicieron tres pasadas y rociaron de bombas y de metralla todo lo que la lluvia les dejó entrever. Se produjo una vez más un pánico que sólo terminó después que la lista de muertos y heridos se hubo ampliado un poco.

Por fin, a eso de las seis de la tarde, con la noche que llegaba, el servicio de tránsito se encargó de nuestro grupo. Se nos dio la orden de reunir nuestros efectos y bajar ordenadamente a las playas de embarque que los incesantes bombardeos de los aviones rusos habían transformado en una marisma impresionante.

Con armas y bagajes, nuestra cohorte chorreante emprendió su camino de Damasco, a pesar del barro que amenazaba sepultarnos.

Con una disciplina y una paciencia heroicas, cada uno de nosotros esperó su turno sin quejarse de la lluvia torrencial que nos hacía confundir el cielo con el río. Con los pies en el barro y el agua que los *stiefels* ya no

lograban aislar, todos estuvimos en posición de firmes durante largos momentos. Los últimos estuvieron horas.

Una sonrisa vagaba por los semblantes desfigurados. Por fin íbamos a cruzar el río. Al otro lado, todo habría terminado. Por fin podríamos secarnos, dormir tal vez cómodamente y dejar de tener miedo. Desde luego, había que aferrarse a una idea cualquiera... Un último miedo subsistía. El de la travesía. Aquellas embarcaciones crujientes y deterioradas, ¿no se partirían bajo nuestro peso, hundiendo consigo a un centenar de desesperados? Y además los *Jabo*... ¡Como apareciesen los aviones rusos...! Todavía nos acordábamos de las ráfagas del día anterior.

Caía la noche. Los aviones rusos raramente aparecían por la noche. Quizá ya estábamos salvados.

Luego me tocó a mí. Con un centenar de soldados, embarqué en una chalana cuyo tablazón parecía roído por el paso de millares de botas claveteadas. No fue sin angustia que vi llegar el agua a unos treinta centímetros apenas del borde, de tan cargados como íbamos.

—Basta ya, barquero —dijo un suboficial cuarentón—. ¿Quieres que nos vayamos a pique?

—Todos los que quepan, *Herr Spiess* —se burló el pontonero—. Estamos acostumbrados. ¡Vamos! ¡Lina docena más!

Cuando ya estábamos a punto de zozobrar, los barqueros largaron amarras y saltaron sobre un espacio de veinte centímetros que quedaba libre, igual que salta un corzo sobre un picacho. Progresivamente, el motor amovible, ridículamente pequeño para nuestra embarcación, se puso a roncar.

Despacio, casi sin que nos diésemos cuenta, la chalana avanzó por el agua apenas rizada por el desplazamiento. Nadie se atrevía a moverse, por lo precario de la flotación. La orilla maldita, difuminada por la niebla, se fue alejando de nosotros. Permanecí apretujado hacia el centro de la embarcación, entre dos desconocidos, un teniente jovencísimo del regimiento de Infantería que vino de refuerzo a Konotop y un infante de nuestro grupo, de una edad indefinible y que parecía estar dormido de pie.

Era el único sumido en una tal indiferencia. De una a otra parte, miradas y oídos estaban atentos, sobre todo vigilando el cielo lluvioso en el que no

teníamos ninguna confianza. Una barca mucho más pequeña, pero equipada con un motor igual que el nuestro, nos adelantó trabajosamente. Su cargamento era proporcionalmente tan importante como el nuestro.

¿Cuánto duró la travesía? Quizás un cuarto de hora. Pero nos pareció mucho más larga. El agua se deslizaba con regularidad a lo largo del casco con una lentitud despreocupada como para darnos rabia.

Había tipos que contaban, sin duda, los segundos, o quizá contaban porque sí, para esperar. Un poco como se cuentan corderos un matarife.

De pronto, unas voces anunciaron la orilla oeste. ¡Nuestra salvación! ¡El fin de nuestro tormento! Se presentó a los ojos de los pasajeros de proa toda envuelta en niebla. La sangre aceleró su paso por nuestras venas. Moralmente, intentábamos dar un impulso más franco al motor. Llegábamos a la meta. ¡Íbamos a salvarnos! ¡Deprisa! ¡Deprisa! El cielo sigue calmado...

Una chalana vacía, que iba hacia la orilla este, se cruzó con la nuestra. La miramos amargamente. Toda marcha hacia el este nos hacía estremecer. Después, la orilla estuvo a veinte metros. No nos atrevimos todavía a movernos temerosos de que entrara agua. Una alegría inmensa, no obstante, que nos habría impelido a gritar y a saltar de contento, nos embargaba. Estábamos salvados..., ¡salvados, después de tantas horas, de tantos días de espera y de desesperación!

Nada más que diez..., nada más que cinco metros. El motor hace marcha atrás para frenar. Abordamos un pontón hecho de ramas entrelazadas. Nos recomiendan que procedamos despacio y ordenadamente. Sin precipitación, con la sensación de haber conseguido un privilegio, desembarcamos en tierra firme. De hecho, es un lodazal comparable al embarcadero de enfrente. No nos importa, porque el barro nos es familiar. Los corazones nos palpitan hasta estallar. ¡Hemos pasado! La orilla oeste es la seguridad, es la barrera entre Iván y nosotros. Hemos soñado tanto con este salvamento, hemos reflexionado tanto acerca de él, que tenemos la impresión de haber alzado una barrera entre nosotros y la guerra. Los comunicados han sido formales. ¡En el Dnieper resistiremos! El enemigo no rebasará este límite y, en primavera, la ofensiva alemana lo rechazará más allá del Volga... Durante nuestra larga y penosa retirada hacia el río,

mientras aguardábamos interminablemente el paso, nuestra esperanza frágil cristalizó en esta idea. Para nosotros, soldados exhaustos, poner pie en la orilla oeste es el fin de nuestras desgracias: es la reorganización, la ropa limpia, los permisos y la certeza de que no estamos todavía perdidos. La orilla oeste es, desde luego, todavía Rusia, pero es asimismo la parte de Rusia que nos aclamaba unos años atrás. La Rusia que nos es favorable. Entonces, en nuestras mentes fatigadas, idealizamos. La orilla oeste es casi la madre patria.

CUARTA PARTE: HACIA EL OESTE

Capítulo X

Por supuesto, aquí hay oficiales y soldados que nos canalizan y que no están muy sonrientes. Hay también, y esto es verdaderamente lo más, desagradable, la gendarmería de campaña con sus placas metálicas húmedas de niebla que brillan en el pecho de sus representantes. No existe organización sin gendarmes. ¡Bah! Forzosamente ha de haber buena gente entre los gendarmes. Olvidemos los de Romney y de la retirada del Don... No echemos a perder la alegría de encontrarnos de nuevo en el Oeste.

Ahora caminamos en la dirección que nos indican los hombres de un sidecar cubierto de barro que avanza a nuestro lado. ¡Ni siquiera hemos formado de tres en fondo! Nos dejan andar así, libremente, como paseantes. ¡Es simpático! No nos imponen disciplina. Los que están en el Oeste son conscientes de lo que hemos sufrido, nos dejan en paz. Es amable por su parte. Pensamos que hemos salido del mal paso y que ahora todo irá bien. El sidecar nos obliga a acelerar la marcha. Recorremos así casi dos kilómetros cojeando en el cieno que salpica al camarada y llegamos a un gran campamento donde están ya los de la expedición anterior. Es de noche y una lluvia ligera cae sin cesar. Distinguimos los alambres de espino que brillan bajo el chubasco. Dos soldados con sus subfusiles bajo el brazo, nos hacen entrar. Sin hacer preguntas, trasponemos el portal improvisado del campamento. Luego hacemos alto. El sidecar se aleja rápidamente. Nos quedamos aquí, plantados en medio del campamento con alambradas, sin saber qué pensar.

—¡Bah! No es nada, es una manera demasiado militar de recibir a los supervivientes de Konotop. Sin duda nos hacen esperar para conducirnos a unos buenos barracones bien cerrados donde podremos rehacernos. Quizá también esperamos para obtener un permiso... Esta idea nos embarga de

alegría. Olvidamos el decorado, el barro líquido, las alambradas que nos convierten en prisioneros.

Hace ya dos horas que esperamos. Otro grupo recién transbordado se une a nosotros. La lluvia arrecia, estamos empapados. No lejos, vemos unos barracones con puertas y ventanas herméticamente cerradas. En grupos de veinte, los camaradas son encaminados hacia ellos. Nosotros nos mantenemos a la expectativa, convencidos de que estamos viviendo nuestros últimos malos momentos. Los camaradas que entran en los barracones no vuelven. Sin duda duermen en mullidos camastros. ¡Qué suerte!

Una hora después, me toca a mí con veinte más, entre ellos dos suboficiales y un teniente. Penetramos en el cobertizo alumbrado por un grupo electrógeno. Estamos un poco asombrados y cohibidos de ir tan cochambrosos. Detrás de unas grandes mesas, militares de toda graduación acompañados de unos gendarmes forman como un imponente tribunal. Entonces, un *obergefreiter* se acerca a nosotros y nos ordena a gritos, como en los buenos tiempos cuarteleros, que nos dignemos presentarnos con nuestra impedimenta completa ante el servicio de clasificación. Nos quedamos desconcertados ante tamaña acogida, pero ya nos apremian hacia las mesas donde debemos enseñar lo que el Ejército nos ha confiado.

—¡En primer lugar, la documentación militar! —ordena el *feldgendarme* que está al otro lado de la mesa.

El teniente, que está delante de mí, sufre un interrogatorio.

—¿Dónde está su formación, *Herr Leutnant*?

—En parte disuelta o aniquilada, *Herr gendarme*, hemos pasado momentos muy difíciles.

El gendarme no contesta y comprueba los papeles.

—¿Se ha separado de sus hombres, o han sido muertos? Titubeo del teniente. Nosotros nos quedamos hipnotizados.

—¿Estoy ante un tribunal militar? —pregunta el teniente, exasperado.

—Debe contestar usted a las preguntas, *Herr Leutnant*, ¿dónde está su formación?

El teniente se siente cogido en la trampa como cualquiera de nosotros. Son preguntas a las cuales pocos de nosotros podemos responder con

claridad.

Entonces, él explica la situación. Inútil razonar con un gendarme. No hay buena gente entre los gendarmes, como lo supuse hace un rato. Su inteligencia no rebasa el nivel del cuestionario que están encargados de rellenar.

Además, le faltan muchas cosas al *leutnant* y aquel hombre sólo se fija en eso. No le importa que el joven que todavía se sostiene de pie delante de él, por no se sabe qué milagro, haya perdido treinta libras desde su incorporación. Lo que le interesa al gendarme es la falta de los prismáticos *Zeiss* que forman parte del equipo del oficial. También falta un estuche portamapas y la sección de radio que estaba a sus órdenes. Le faltan demasiadas cosas a ese hombre, que lo único que ha conservado es la vida. El Ejército no confía material al soldado para que lo pierda o lo abandone sin hacerse matar por conservarlo.

Batallón de marcha para el teniente negligente. Batallón de marcha con tres grados menos. Y puede considerarse afortunado.

El hombre se queda pasmado, su mirada se extravía. Da miedo o lástima. Dos soldados lo conducen hacia la derecha. Hacia un grupo humillado que, lo mismo que él, irá a parar a un batallón disciplinario cualquiera.

Afortunadamente, he encontrado mi unidad y he conservado el cartón blanco en el que consta que he salido de la enfermería para incorporarme al ataque. La cabeza me da vueltas y siento que voy a desmayarme. El gendarme lee una ficha en la que está anotado todo lo que un soldado como yo debe poseer. Va enumerando los objetos, yo lo entiendo mal y le presento a destiempo lo que aún está en mi poder. Él me dedica una palabra que oigo por primera vez. Finalmente, me faltan cuatro cosas, entre ellas la máscara de gas que abandoné voluntariamente.

Mi cartilla militar pasa de mano en mano, y le añaden unos sellos y una hoja con unas anotaciones. Entonces, en mi pánico, se me ocurre una idea completamente estúpida: para quedar bien, saco de mis cartucheras nueve balas sin usar. La mirada del gendarme tropieza en ellas como la del alpinista en una presa.

—¿Estaba usted en retirada? —pregunta.

—Ja, *Herr gendarme*.

—¿Tenía en su poder todavía eso? —dice apuntando hacia las balas.

—Ja, *Herr gendarme*.

—Entonces, ¿por qué no hizo nada para defenderse? ¿Por qué no resistió?

—*Ja, Herr gendarme...*

—¿Cómo que *Ja*?

—Recibimos órdenes para la retirada, *Herr gendarme*.

—¡Qué desgracia! —rugió él—. ¡Un ejército que huye sin haber disparado!

Mi cartilla vuelve a caer en manos de mi tirano. La manosea un momento febrilmente, sus ojos van del documento informe y sucio a mi cara.

Sigo el movimiento de sus labios del que puede brotar lo peor: batallón de marcha, es decir el régimen de los prisioneros, los puestos avanzados, la limpieza de minas, los permisos escasos y siempre en campamentos donde la palabra libertad es ignorada, el correo suprimido...

Me entran unas enormes ganas de llorar. Tengo miedo de no poder reprimir las lágrimas. Por fin, la rígida mano del gendarme me devuelve los papeles. No iré al batallón de marcha, pero la emoción ha sido demasiado fuerte. Mientras recojo mis bártulos, sollozo nerviosamente sin que pueda hacerle nada. Al lado, un camarada se hace reprender de lo lindo.

Los que todavía esperan están aterrados y me miran. Como un mendigo miserable, abandono corriendo la fila de mesas y salgo por la puerta puesta a la entrada. Me siento lleno de vergüenza.

Me junto con los camaradas que están de pie en el otro lado del campo. No están acostados en muelles camas como suponíamos antes de entrar en el barracón. Están de pie bajo la lluvia. Una decepción más acaba de aplastarlos.

Pero a pesar del bofetón que acaba de propinarnos la patria agradecida, podemos considerarnos felices. Tres días más tarde, sabremos la noticia. La noche siguiente a nuestro paso, cuando todavía quedan seis mil o siete mil hombres por salvar de la presión enemiga, los rusos atacan. Desalentados sin duda por no haber logrado recuperar Kiev, donde el Ejército alemán

libra un frenético combate contra un enemigo superior en número, deciden limpiar las bolsas ocupadas todavía por la Wehrmacht. Veinticuatro horas después de haber cruzado nosotros el río, los camaradas que se habían quedado en el Este ven súbitamente que las bengalas inundan con su luz pálida sus campamentos improvisados.

Desde los débiles atrincheramientos cavados en la línea de colinas que bordean el Dnieper, los vigías, que deben asumir una protección ilusoria, ven surgir la infantería rusa. Esta inunda el terreno y grita, como siempre. Los desventurados *landser* comprenden enseguida que nunca podrán detener una marea semejante. Hay un momento de desesperación desgarradora. Algunos huyen. El ruido ensordecedor de los lanzabombas soviéticos cubre el de las *spandau* y los morteros ligeros. Los soviéticos borrachos y empujados por los comisarios del pueblo avanzan a toda costa.

La hecatombe es importante. Cada proyectil alemán parece alcanzar su objetivo. Sin embargo, la marejada roja progresa inexorablemente. En el embarcadero de barro del que yo salí, la demencia ha rebasado al pánico. La chalana que sigue cargando gente como de costumbre, es sumergida por una oleada humana. Los que conservan la mente fría, que son muy pocos, apelan a la calma, amenazan y a veces disparan. Se produce un horroroso tumulto, se rompen las amarras de la chalana. La embarcación se desplaza algunos metros, sacudida por la masa ululante que la invade. Las botas golpean y aplastan todas las manos que intentan agarrarse a las tablas. En el embarcadero se lucha entre camaradas y algunos, sobre todo oficiales, se suicidan. La chalana recorre unos metros más y luego, de golpe, se inclina como un juguete, del lado opuesto a la orilla. Un gran clamor se eleva en medio del fragor de la batalla muy próxima. Doscientos hombres enloquecidos chapotean, se agarran unos a otros, intentan nadar. Muchos de ellos se hunden y se ahogan.

Es en este momento cuando Iván, que acaba de barrer a los defensores de las colinas, aparece en las cimas. Buena distracción para la infantería que está en el colmo de su excitación. Rodilla en tierra, Iván, riendo sin cesar, tira como en una barraca de feria. Unos soldados alemanes se rehacen y disparan una ametralladora. Iván ni siquiera se da cuenta. Los alemanes que reaccionan son poco numerosos. Muchos millares corren y mueren

gritando. Tiran también contra los que nadan. Las bengalas constituyen una ayuda valiosa, pues sin ellas no se verían los blancos obtenidos ni la matanza.

Una hora después de su aparición en la cumbre de las colinas, Iván llega a la orilla del río. Algunos disparos taladran aún la noche aquí y allá. La victoria está consumada. Iván ya no tiene ganas de reír. Una tercera parte de los soldados alemanes escapan de la matanza y conocerán el cautiverio. Para los otros dos tercios, todo ha terminado por fin. Quedan eximidos de sus responsabilidades de soldados. La gendarmería de campaña ya no les echará nada en cara.

Un poco más tarde, tres camiones que circulan a ciegas, pues sus faros están casi completamente tapados, han venido a recogernos. Pese al mal camino, pese a la sobrecarga que amenaza romper las tablazones, cincuenta soldados transformados en fardos, se apilan con su material en cada vehículo. Yo estoy en el montón, es decir que tengo una pierna dentro y otra fuera. Estoy a caballo sobre la tabla trasera. Hay muchachos completamente colgados en el exterior que se agarran a esta tabla apretando los dientes. Rodamos en la oscuridad y todo está en calma. ¿En qué dirección vamos? No podría decirlo.

Una hora más tarde, llegamos a la vista de varias edificaciones. Una débil iluminación azulada nos revela discretamente la agitación que reina por aquí. En realidad, hay una sucesión de edificaciones. Están alineadas y, a ambos lados, dos calzadas bordeadas de árboles están atestadas de vehículos. Hay soldados en todas partes. Algunos, en moto, pasan a toda velocidad. Hay oficiales y gendarmes. Los camiones frenan bruscamente y todos hemos de apearnos. Aun con la sensación de estar a salvo, ya no podemos resistir más. Estamos deshechos, tenemos sueño.

Antes de que alguien se encargue de nosotros, esperamos todavía media hora larga. Sigue lloviendo. ¿Lloverá en otras partes? ¿Llueve en Francia? ¡Mi casa! ¡Mi casa! ¿Dónde están? No hay más que recuerdos confusos y dispersos, cosas con las que he roto. En el mundo no hay más que Rusia. Rusia que nos encierra en un enorme anonimato en el que regimientos enteros se pierden con sus nombres.

Por fin, un suboficial se acerca a nosotros. El responsable del grupo presenta la documentación. Una lámpara eléctrica de haz deliberadamente reducido alumbra los papeles. Nos mandan recoger nuestras cosas y seguir al suboficial. Por fin nos vemos a cubierto. Hemos perdido tanto la costumbre de ello, que cada uno contempla el techo con el mismo interés que si fuera el de la cúpula de la capilla Sixtina.

—Os conducirán a vuestra unidad un poco más tarde —clama el suboficial que, a su vez, parece estar también harto de todo—. Mientras tanto, ved si podéis descansar aquí.

No nos lo hacemos decir dos veces. En el local sin luz no hay más que unos bancos y cuatro o cinco grandes mesas que descubrimos a la luz de algunas lámparas de bolsillo. Cada uno se tumba donde puede. Nunca ninguna playa de la Costa Azul, ni siquiera en el mes de agosto, conocerá un tumulto semejante. Nuestras cabezas doloridas buscan un apoyo. La pierna, las nalgas, las botas de un camarada sirven de almohada. ¡Qué importa! Aquí, por lo menos, ya no llueve. Algunos ya roncan. Otros tratan de pensar que están en otra parte. A pesar de la rudeza del recibimiento que nos han hecho, tenemos la sensación de que hemos mejorado, que la vida vuelve a ofrecernos sus posibilidades. Cada uno sueña con el permiso que forzosamente obtendremos. Sólo es cuestión de paciencia... ¡Paciencia! ¿Cuántos minutos, cuántas horas, cuántos meses de paciencia habremos de tener todavía?

Pero el ocio del ensueño no está hecho para el soldado en el frente. La falta de reposo que hemos acumulado nos oprime las sienes. Como enfermos al borde del desfallecimiento, nos hundimos en un sueño opaco.

Sin duda hemos dormido mucho. Es de día cuando una algarabía nos despierta. Después un toque de silbato prolongado nos invita a levantarnos. Estamos sucios y horriblemente arrugados. Si el Führer nos viera, quizá nos mandaría a nuestras casas, a menos que nos hiciese pasar por las armas. El suboficial que acaba de entrar nos mira también con asombro. Quizá tampoco él ha imaginado nunca al Ejército alemán en un estado semejante. Habla de no sé qué. Todavía no estoy despierto del todo y sólo oigo su jerigonza, sin escucharla. Es cuestión de estar preparados. Vamos a ser reintegrados a nuestras unidades.

Hay un servicio sanitario instalado en uno de los barracones, pero tenemos pocas posibilidades de entrar en él. Está invadido incesantemente y a este ritmo no nos llegará el turno hasta la noche. Nos señalan, sin embargo, unos grandes barriles de gasolina vacíos, que pueden servir de lavabos. Todavía estamos demasiado deshechos para ir a darnos un chapuzón. ¡Qué lejos está el tiempo de los cuarteles cuando ninguno de nosotros habría soportado la más pequeña mancha en la guerrera! Se acabó la teoría de la higiene indispensable. Aquí nos preocupan otros afanes más importantes. Además, hoy hace un frío de perros. Nadie piensa quitarse la lona de tienda puesta a guisa de capa sobre los hombros.

Tengo mucho frío. Hasta tiritó. Vuelvo a tener la impresión de estar enfermo. Hay que salir para ir a buscar algo en la cocina de campaña. Nuestra cohorte de pordioseros hace cola ahora, en el viento húmedo y frío que empuja masas de niebla por encima del Dnieper. Dos furrieles vierten grandes cazos de rancho hirviente en nuestras escudillas sucias cuyo esmalte se ha desprendido a trozos.

Esperábamos el habitual sucedáneo, y es rancho lo que nos dan. Y es que la hora del sucedáneo hace rato que pasó. Los furrieles nos sirven el rancho de las once por adelantado; orden especial, para nosotros los náufragos. Todos aceptamos el rancho con buen humor. Esta mezcla ardiente nos sienta muy bien.

Un *hauptmann* pasa cerca de nuestra tropa y se para. Visiblemente, busca a nuestro jefe de grupo. Este, un *leutnant*, se levanta y va hacia él.

—Camarada —declara solamente el capitán—, aquí tiene usted la posibilidad de asearse. Creo que debería preocuparse de ello.

—*Jawohl, Herr Hauptmann.*

Por orden de nuestro jefe de grupo, nos dirigimos hacia los barriles situados bajo el saledizo de uno de los barracones. Echamos una mirada torva al que alberga el servicio sanitario y sus duchas calientes. Trescientos militares lo asedian y hacen cola para disfrutar de lo que significa un regalo a veinte o treinta kilómetros del frente.

Cada uno se desviste más o menos. Una vez limpio lo principal, se puede rascar más fácilmente la corona de piojos que hostigan en particular a la altura del cinturón.

Nuestro ímpetu queda truncado por la orden de marcha. Casi me alegro. Hace tanto frío que la idea de meterme casi en cueros en aquella húmeda corriente de aire no me encantaba demasiado. Prefiero mis piojos, bien calentitos entre mi camiseta gris y mi estómago vigoroso de hambre. Además, estoy enfermo, ya no cabe duda. Los escalofríos no me abandonan. Tengo frío hasta en las plantas de los pies. Nos encaramamos en unos camiones descubiertos. Como siempre, somos demasiados y tenemos que hacinarnos. No es cuestión de quejarse, pues, de todos modos, vale más eso que una marcha a pie. Lo malo es que me ocurrió una historia estúpida que me puso en una situación de las más grotescas.

Los camiones avanzan. Avanzan por un camino convertido en un pantano. El vehículo que nos sigue levanta, a ambos lados de sus aletas, una franja de lodo como para confundirlo con un tanque de riego. Esta escena me recuerda extrañamente la retirada del Don. ¿Rusia no es, entonces, más que una extensión de mierda? Sin embargo, negros bosques cubren el horizonte al norte, allá donde nos dirigimos. Hay algunas explosiones que nos trae el viento, nada grave. El tiempo está cubierto y amenaza lluvia.

Apretujado entre dos camaradas, me bamboleo al ritmo lento de los camiones que ruedan penosamente sobre el fango. Estoy desasosegado. Los labios y la cara me arden. El menor soplo de aire me hiela la piel del rostro. Un dolor brutal me invade el vientre y provoca en todo mi cuerpo una sucesión de escalofríos muy desagradables. Lo atribuyo al exceso de fatiga de los últimos tiempos. Desgraciadamente, no me he curado ni mucho menos. Debo de estar más cadavérico que nunca, lo noto, lo intuyo. Las tripas se me retuercen cada vez más. Desde luego, nadie se fija en mi aspecto. A nadie le importa nada y sin duda alguna no soy el único que se siente mal. Me duele tanto el vientre, que intento, a pesar del apretujamiento, doblarme un poco hacia delante. El chico de al lado se da cuenta de que pataleo y vuelve hacia mí su cara hirsuta. Como no ceso de quejarme, se impacienta.

—Despacio, camarada..., pronto llegaremos —dice sin tener más que yo una idea de nuestro destino.

—Me duele mucho el vientre.

—Escoges un mal momento para cagar.

Bruscamente, esta idea me asalta en efecto. Con toda evidencia, una necesidad cada vez más urgente se precisa. El cólico gira en mi vientre y amenaza a cada instante exteriorizarse. Desde luego, yo no puedo hacer que se detenga un convoy militar por unas ganas de cagar. La idea me hace sonreír a través de los escalofríos y de los calambres que me secan la boca. Estoy en una situación grotesca. Y, sin embargo, habrá que dar con una solución. Este convoy avanza en pleno bosque y nada, al parecer, justifica un alto. Y aunque llegásemos a un acantonamiento cualquiera dentro de un minuto, no podría largarme de las filas así como así, sin otro motivo. Seguramente harían fuego contra mí, pensando en una desertión.

¡Dios mío, Dios mío! ¿Podré aguantar mucho? Trato en vano de pensar en otra cosa. Nada que hacer. El cólico me aprieta y me pone la piel de gallina. Hasta que ya no puedo más.

—Un poco de sitio, muchachos —digo haciendo una mueca—. Tengo diarrea y no puedo hacerlo de otro modo...

Los tipos no parecen oírme. El camión hace ruido, hay que decirlo. Me veo obligado a insistir y a dar codazos. Mis compañeros se apartan diez centímetros sin prestarme más atención. Pese a mi indisposición, siento que me ruborizo de confusión. Intento vanamente desembarazarme de lo esencial. Me falta sitio y empujo al muchacho que está a mi lado.

—Poco a poco —dice él—, ya cagarás a la llegada.

—Te digo que estoy enfermo, hombre.

Gruñe y quita un pie que ya no sabe dónde meter. Nadie se ríe, todo el mundo permanece indiferente a mi infortunio. Lucho desesperadamente con mis ropas, atascado con toda la impedimenta, sin poder bajarme los pantalones. Finalmente, me doy cuenta de que ya no puedo hacer nada. La evacuación se ha producido a pesar mío, y se desliza de una manera detestable a lo largo de mis piernas. Nadie se da cuenta de mi incomodidad que me deja un malestar indescriptible.

El vientre me duele horrorosamente y caigo en un sopor embrutecido que me impide ver el lado cómico de mi situación. De hecho, no tiene nada de cómica. Estoy muy enfermo, la cabeza me da vueltas y me arde. Es la fiebre, sin duda. Estos son los primeros síntomas de una disentería cuyas secuelas me perseguirán toda la vida.

Los camiones siguen su marcha mucho tiempo aún. En dos ocasiones más no puedo retener la diarrea, lo cual no agrava mucho más mi estado. Sinceramente daría diez años de mi vida por poder limpiarme y dormir en una cama caliente. Continúan los escalofríos mientras que dolores cada vez más vivos me desgarran los intestinos.

Cuando, al cabo de un tiempo interminable, soy arrastrado fuera del vehículo para presentarme a la lista de nuestro nuevo acantonamiento, me parece que voy a desmayarme. Lucho instintivamente para no perder el conocimiento, aunque caer desvanecido sería el mejor medio de hacerme llevar a la enfermería. Pero todo mi ser se obstina en permanecer lúcido. Sigo en pie junto a mis camaradas, todos ellos preocupados por su suerte. Sin embargo, mi aspecto de moribundo no se le escapa al oficial encargado del recuento. Contesto a sus preguntas farfullando. La cadencia de la lista queda interrumpida por mi causa.

—¿Qué le pasa a usted? —pregunta el oficial a quien distingo como en una foto velada.

—Estoy enfermo... Estoy... Apenas puedo hablar. El oficial insiste:

—¿Qué le duele?

—El vientre..., y tengo fiebre... ¿Podría ir a limpiarme, por favor, *Herr...*?

—Hágalo pasar con prioridad a la visita médica —continúa el oficial dirigiéndose a un subordinado.

Este obedece y me coge del brazo. ¡Por fin alguien acude en mi ayuda! No puedo creerlo.

—Tengo una diarrea aguda, debo limpiarme —murmuro mientras ando.

—Encontrará usted lo necesario en el bloque sanitario, camarada.

Heme aquí, en la enfermería, haciendo cola detrás de unos treinta individuos, Los dolores abdominales me tiran de las tripas como para hacerme berrear. Siento que no voy a poder evitar otra evacuación. Con un paso que pretende ser decisivo, abandono la fila tambaleándome. Salgo y encuentro un rótulo que indica la dirección de las letrinas reglamentarias. A toda prisa, me meto en una de ellas. Una vez aliviado, titubeo en subirme el pestilente pantalón. Estoy en un estado increíble. Un detalle me impresiona. Me parece notar sangre en mis excrementos. Vuelvo a la enfermería para

esperar lo menos media hora más. Por fin llega mi turno. Uno tras otro, me quito mis nauseabundos oropeles. Hay dos mujeres soldados y estoy bastante cohibido a pesar de mi malestar.

—Pero ¿de dónde ha salido ese cerdo? —vocifera uno de los enfermeros, acostumbrado sin duda todavía a la divisa *Ein Laus, der Tod!*

Miro la gran mesa detrás de la cual está instalado el servicio sanitario como un tribunal ante el que me resulta imposible declararme inocente.

—Diarrea disintérica —murmura un comparsa, molesto por la mierda que me corre por las piernas.

—¡A la ducha! ¡A la ducha! ¡Cochino! —persiste el otro—. Después veremos tu caso.

—No pido otra cosa. Hace mucho tiempo que sueño con una ducha.

—El barracón de enfrente —me indica el médico, que tiene prisa por ver otra cosa.

Me echo el capote sobre los hombros descarnados y corro hacia el barracón-ducha. Afortunadamente, sólo hay un tipo con aspecto aturdido que friega los suelos.

—¿Hay agua ahí dentro, camarada?

Levanta la cabeza y sonrío con aire atontado.

—¿Quieres agua caliente? —pregunta amablemente.

—¿Tienes agua caliente?

—Sí, es para la colada de la 16.^a Compañía, Dos grandes calderos llenos. Puedo darte un poco. El servicio de ducha sólo la da fría.

«Todavía un tipo que vende su agua por cigarrillos u otra cosa», pienso estremeciéndome de fiebre.

—No tengo cigarrillos.

—De todos modos, no fumo.

Me quedo pasmado.

—Dame pronto agua caliente, camarada, pronto.

El tipo con aspecto de tonto se apresura.

—Entra ahí... Estarás mejor.

Me designa una especie de armario. Dos minutos después, está de vuelta con dos cubos humeantes.

—¿Has hecho la guerra? —me pregunta.

¿Qué quiere decir? Lo miro. Sigue sonriendo con su pinta de asno.

—Sí, he hecho la guerra y no tengo ganas de volver a hacerla, para que lo sepas. Estoy enfermo y asqueado.

—Debe de ser terrible... El *feldwebel* Tulf dice que pronto me mandará allá para que reviente.

Mientras me lavo el culo con delicia, lo miró asombrados.

—Siempre hay tipos para mandar a los demás a hacerse matar, ya sabes. ¿Qué haces en la división?

—Hace tres meses que el Ejército me llamó. He dejado al señor Feshter y, después de un adiestramiento en Polonia, he sido incorporado a la *Gross Deutschland*.

«Ya conozco otro», pensé.

—¿Quién es el señor Feshter?

—Mi patrono. Un poco severo, pero simpático de todos modos. Trabajo en su casa desde chiquillo.

—¿Tan pronto te pusieron a trabajar tus padres?

—No tengo padres. El señor Feshter me recogió muy pronto en el orfanato. Hay mucho trabajo en la granja del señor Feshter.

Lo miro fijamente. Otro que tampoco ha ido a la fiesta todos los días. Sigue sonriendo. Yo me aprieto el vientre que parece querer desintegrarse, de vez en cuando.

—¿Cómo te llamas?

—Frosh, Helmut Frosh.

—Gracias, Frosh. Ahora voy a intentar entrar en la enfermería. Me dispongo a salir, cuando veo una silueta achaparrada y fornida en el marco de la puerta. Nos está contemplando. Antes de que yo pueda decir una palabra, la silueta muge:

—¡Frosh!

Frosh se vuelve y corre a coger su estropajo.

—¡Frosh, aquí!

Salgo despacio y procuro pasar inadvertido.

De todos modos la atención del *feldwebel* está concentrada en Frosh.

—¡Ha abandonado usted su trabajo, Frosh!

—Pedía explicaciones sobre la guerra, *Herr Feldwebel*.

—Le he prohibido hablar durante su castigo, Frosh, excepto para contestar a mis preguntas.

Frosh iba a decir algo. Hubo un «plaf» sonoro que me hizo volver la cabeza. La mano levantada aún del *feld* acababa de abofetear al amigo Frosh. Me eclipsé apresuradamente mientras una marea de terribles insultos rompía en la cara del infortunado muchacho.

El ayudante del médico me visitó sin ningún interés. Comprendo perfectamente que aquel sucedáneo de médico no experimentara ningún placer en auscultar mierdosos como yo durante todo el día. Tanto más cuanto que ningún sueldo le obligaba a ser amable como puede serlo un médico de cabecera.

Después de haberme sobado un poco por todas partes, me metió el dedo en la boca y comprobó el estado de mi dentadura. Finalmente, añadió un montón de números y de notas en una ficha que fue prendida de mi documentación militar, y seguí la hilera de mesas hasta el servicio operatorio propiamente dicho. Cinco o seis sujetos consultaron mis papeles y me pidieron que me quitase los pingajos que me había echado apresuradamente sobre los hombros y que tapaban mi «pecho olímpico». Un salvaje, que debía de ser charcutero en la vida civil, me administró una inyección en el pectoral izquierdo, y seguí a otro militar que me condujo al barracón de los «reconocidos». Comprobaron una vez más mis papeles y me indicaron, ¡oh milagro!, una cama. En realidad, era un jergón de paja gris, sin manta ni sábanas, pero de todos modos era una cama sobre un caballete de madera, una cama en un local seco y bajo techado.

Me dejé caer en ella despacio para darme cuenta mejor. Mi cabeza, que me zumbaba de fiebre, vagabundeo en mil sueños. A fuerza de dormir a la intemperie, había olvidado la impresión de bienestar que puede experimentarse sobre un colchón blando y limpio. La sala estaba llena de camas semejantes, en las que reposaban individuos más o menos quejumbrosos. Los vi tan poco como se observa el color del entapizado de una habitación de hotel que no es totalmente del gusto de uno. Pese al dolor que me hostigaba, me dejé embriagar por aquel nuevo bienestar. Después tomé la iniciativa de desvestirme en parte. Mi capote sucio y la lona de tienda me sirvieron de manta. Me acurruqué en ella sintiendo que estaba

salvado. Permanecí mucho rato en un duermivela, meditando, mientras procuraba dominar los calambres que agarrotaban mis tripas.

Luego, dos enfermeros llegaron provistos de todo un arsenal. Sin previo aviso, apartaron lo que hacía las veces de manta y me dijeron:

—Vuelve el culo, camarada, que vamos a lavarte por dentro.

Sin que pudiese darme perfecta cuenta, me propinaron una copiosa lavativa. Después, los alegres muchachuelos se fueron a otro paciente y me dejaron con algo así como cinco litros de agua, mezclada con no sé qué medicamento, gorgoteando en mi dolorido abdomen.

No poseo grandes conocimientos médicos, pero siempre me ha parecido raro que se administre una lavativa a quien ya padece una excesiva facilidad de evacuación. El hecho es que aquellos dos alquimistas del diablo, que volvieron en varias ocasiones, contribuyeron a hacerme pasar una noche y un día horrorosos durante los cuales sólo viví un ir y venir entre la letrina batida por un viento glacial y mi dormitorio, que perdió, a causa de ello, mucho de su encanto.

Dos días más tarde se me consideró curado y fui reexpedido a la compañía sobre mis piernas que flaqueaban. La compañía, la mía, aquella que habíamos formado en el grupo de acero, estaba acantonada en los alrededores de la división, a ocho o diez kilómetros aproximadamente, en un poblado minúsculo y casi abandonado por los paisanos rusos. A pesar de la alegría del reencuentro —todos los compañeros estaban allí, incluso Olenheim que, una vez curado, se había unido también al grupo—, mi estado de salud siguió siendo tan precario como la víspera de mi admisión en la enfermería.

Mis buenos camaradas, Halls, Lensen y el veterano, me mimaron e hicieron todo lo posible para curarme. Insistieron sobre todo en hacerme tragar vodka, único remedio valedero según ellos. A pesar de sus excelentes cuidados, mis precipitadas visitas al retrete no menguaron y la visión de mis excrementos sanguinolentos asustó incluso al veterano, que me acompañaba por miedo de que me desmayase. En otras dos ocasiones, por consejo de los amigos, intenté hacerme readmitir en el hospital de campaña, desbordado por los heridos de Kiev. Mis papeles demostraban que estaba curado y no hubo nada que hacer.

Mi estado adquirió un aspecto trágico. Me había vuelto diáfano y ya no abandonaba mi jergón instalado al abrigo de una isba. Afortunadamente, un servicio reducido me permitió quedarme en mi lecho de dolor. Repetidas veces, los compañeros hicieron mi guardia y mi turno de servicio. Todo iba bien en la compañía a las órdenes de Wesreidau. Lo malo era que, a pesar de todo, seguíamos en un sector de operaciones y que en cualquier momento nuestro grupo podía ser enviado a taponar alguna brecha. El veterano, con su gran experiencia ante la que todos se inclinaban, insistía en que me hiciera reconocer antes de que una orden cualquiera nos enviase a una posición expuesta. Se daba perfecta cuenta de que yo no resistiría y yo tampoco lo dudaba.

Una noche, ocho días aproximadamente después de haber dejado la enfermería, me puse a divagar seriamente. Hubo un combate aéreo memorable sobre nosotros, sin que yo me enterase.

—Hasta cierto punto, te envidiábamos —bromeó Halls.

Mi buen camarada visitó, para hablarle de mí, a *Herr Hauptmann* Wesreidau. No tuvo demasiado tiempo para explicarse. Nuestro capitán recibió en aquel momento un mensaje que nos atañía. Wesreidau se irguió, sonriente, según me contó Halls.

—Hijos míos, levantamos el campo sobre la marcha para instalarnos en una zona de ocupación que está lo menos a cien kilómetros al oeste. Tendremos algún trabajo que hacer, pero, en realidad, nos vamos de descanso. Dígale a su compañero enfermo que aguante todavía veinticuatro horas. Dé la noticia. Todo irá mejor para todos nosotros.

Halls dio un taconazo como para romperse las tibias y salió como el rayo. En todas las chozas que cruzó, entró sembrando el follón al dar la buena noticia. Luego, desembocó en tromba en nuestra barraca y me sacó de mi sopor a fuerza de sacudidas.

—¡Estás salvado, Sajer! —chilló—. ¡Estás salvado! ¡Nos vamos a descansar! Traed toda la quina que ande por ahí —vociferó dirigiéndose a los demás—. Es preciso que resista lo menos veinticuatro horas.

A pesar de mi gran debilidad, la alegría de Halls, tan comunicativa, fue para mí como un bálsamo reparador. —¡Estás salvado!— repitió. —Piensa

que con la cara que haces no solamente te admitirán en el hospital, sino que un permiso no te lo pierdes. ¡Tienes una suerte inaudita!

Cada movimiento repercutía en mi vientre que parecía licuarse. Sin embargo, me esforcé en juntar mis bártulos. En todas partes, los muchachos se precipitaban en sus preparativos. Dejé al alcance de la mano mi paquete de correspondencia, que me había sido entregado cuando me reintegré a la división. Era voluminoso. Una docena de cartas de Paula me ayudaron enormemente a soportar la dolencia. Había también tres de mis padres, llenas de preguntas, de inquietudes y de reprimendas por mi falta de solicitud en darles noticias mías. Había asimismo una de la señora Neubach. Tuve bastantes ánimos para escribir a todos, pero no dudo de la incoherencia de las palabras que la fiebre me impedía juzgar.

Por fin nos fuimos, y me instalaron en la cabina cerrada de una camioneta *Auto-Union*. Llegamos así a las inmediaciones de Vinitza por carreteras y caminos dignos de la época carolingia. Lodazales increíbles, que la lluvia había disuelto, anegaron repetidas veces nuestros vehículos. Creí, un momento, haber cruzado las marismas del Pripet tan temidas y que sabíamos muy próximas. En realidad, las habíamos bordeado y evitado. Circulamos por unas sorprendentes calzadas de madera que parecían flotar sobre el mar de barro. Aquellos caminos de leños irregulares, por los que no se podía correr a mucha velocidad, se revelaban eficaces en época de lluvias. Estaban hechos con leños más o menos desbastados, tenían cuatro metros de anchura y se apoyaban en no sé qué cimientos.

Invertimos al menos ocho horas para recorrer ciento cincuenta kilómetros. Hacía un tiempo horriblemente frío. Copos de nieve se mezclaban a las rachas de lluvia que, después de todo, nos protegieron de la aviación soviética, particularmente virulenta en aquella época.

Fui hospitalizado inmediatamente, junto con media docena de camaradas de la misma compañía. La diarrea estaba de moda en aquel período y un destacamento de especialistas me la atajaron en un tiempo récord. Mis compañeros acampaban a veinticinco kilómetros de allí y sabía que me reuniría con ellos fácilmente cuando estuviese curado.

Los médicos tuvieron cierta dificultad en dejarme levantar. La enfermedad había sido atacada tardíamente y había causado grandes

estragos en mi «flora intestinal», según oí decirme...

Efectivamente, pese a la eficiencia de los cuidados, me pasé una buena quincena sin comer nada y cayéndome de sueño. Diariamente ofrecía mi culo a los enfermeros que acabaron transformándolo en un auténtico costurero. Dos veces al día chupaba un termómetro médico sin saber que marcaba obstinadamente treinta y ocho.

El invierno había llegado, y yo estaba encantado viendo caer la nieve por la ventana cerrada de un dormitorio caldeado. Sabía que mis compañeros estaban momentáneamente fuera de peligro, y en mi beatitud ignoraba que todo iba de mal en peor en el conjunto del frente.

El periódico del frente sólo publicaba fotografías de artilleros instalando, sonrientes, sus posiciones y sus cuarteles de invierno, y artículos hablando de todo y de nada. Halls vino a verme dos veces con el correo. Había conseguido ser ayudante del cartero militar, por lo que llegaba hasta mí sin dificultad. Era feliz con naderías y saltaba de alegría esquivándome en las refriegas con bolas de nieve. También él ignoraba la pesada realidad que pronto había de hacernos conocer la peor de las retiradas, hacernos ver el fondo del horror.

Aproximadamente tres semanas después de mi ingreso en el hospital, me llegó una noticia maravillosa. Me invitaron a personarme en la oficina de salidas. Allí, un *spiess* me informó de mi estado de salud. ¡Me hizo caer (moralmente) de culo! Como todo andaba mejor, me anunció que un permiso iba a venir para rematar mi restablecimiento.

—Pienso —añadió— que preferirá usted pasar su convalecencia en su casa que en este hospital militar.

Contesté con un tímido sí, temeroso de molestar al buen hombre por su hospitalidad. Me encontré, pues, en el colmo de mi alegría, con un permiso un poco más corto que el primero, pero que me autorizaba, de todos modos, a tomarme diez días a partir del momento en que la gendarmería lo sellara. Mi pensamiento corrió directamente hacia Berlín y hacia Paula. Intentaría conseguir para mi amiga una autorización para ir conmigo a mi casa, en Francia. Y de no ser esto posible, me quedaría en Berlín al lado de mi adorada.

A pesar de la debilidad que entorpecía todavía mis movimientos, yo brincaba de contento. En un tiempo récord, mis preparativos quedaron listos, y con la sonrisa en los labios traspuse la salida. Dejé, sin embargo, un recado para mis compañeros, disculpándome de no poder visitarlos inmediatamente. Ellos se harían cargo, a buen seguro.

Mis botas lustradas hacían un ruido apagado en el camino nevado que conducía a la estación. Estaba tan contento, pese al cielo sombrío, que dirigía saludos a los rusos que se cruzaban conmigo. Mi ropa interior, mi uniforme, todo había sido lavado y estaba limpio y zurcido. Me sentía limpio y nuevo. Olvidaba los tormentos de la víspera y daba las gracias interiormente al Ejército alemán y al Führer que habían hecho de mí un hombre capaz de apreciar las sábanas de una cama limpia, de un techo que detiene la lluvia, de un camarada que no tiene para ofrecer más que su abnegación. Volvía a ser feliz. Me avergonzaba de haber tenido miedo y de haber desesperado. Miraba desde una gran altura las escasas dificultades que había conocido antes de la guerra y que a veces me habían agriado. ¿Qué podría entristecerme ahora? ¿Qué decepción podría ponerme sombrío y agrio? Tal vez si Paula me dijese bruscamente que ya no me quería.

¡Sí, tal vez!

Pero yo tenía la sensación de estar curado de muchas cosas. En pensamiento, ante la realidad de ciertos momentos, había imaginado todo esto. Había considerado la muerte de los míos, incluso la de mi madre. Me había dicho que me conformaría con todo eso si la borrasca de fuego terminara. Había pedido perdón a todas las potencias sobrenaturales por estos pensamientos, pero estaba dispuesto a afrontar esas desgracias con tal de que la carnicería remitiese un poco.

La guerra parecía haber hecho de mí un hombre insensible o un monstruo de indiferencia. Mis dieciocho años no sonarían hasta dentro de dos o tres meses, y tenía la impresión de ser ya un hombre hecho y de tener a lo menos treinta y cinco. Me doy mucha más cuenta de esto ahora que ya he alcanzado esa edad...

La paz que ha seguido me ha aportado muchas dulzuras. Pero nada es tan constructivo. Nunca he vuelto a hallar las mismas razones de vivir, la misma fe de amar, el mismo sentimiento de absoluto. Compruebo

actualmente con horror que la paz sólo aporta monotonía. Durante los duros momentos de la guerra, se anhelaba la paz, a gritos. Durante las horas de paz no se puede, de todos modos, ni siquiera tímidamente, desear la guerra.

La estación era una especie de callejón sin salida. Frente a la explanada que remplazaba a los andenes, tres anchas vías rusas se juntaban un poco más lejos por dos agujas, en tanto que un tramo de raíl se perdía a quinientos metros, sin razón aparente. La nieve blanda amortiguaba los ruidos y hacía aparecer negro y frío lo que ella no había cubierto.

Algunos carretones, algunas cajas vacías estaban abandonados en aquel lugar particularmente desierto. Junto a la edificación principal, se alzaba un montón de cajas bien colocadas y marcadas con un MM. En el interior, en torno a una estufa al rojo, cuatro o cinco ferroviarios rusos inmóviles en sus asientos parecían muertos de aburrimiento. En ninguna parte donde mis ojos pudieran escrutar se veía tren alguno que saliera o llegara al horizonte, únicamente una gran locomotora apagada parecía abrumada por un servicio de un siglo. No guardo ningún recuerdo del nombre de aquella especie de estación. Tal vez no lo tenía, o había algún rótulo oculto en un rincón, como para escondernos, a los europeos, sus caracteres ilegibles. El paso de un tren por aquellos lugares parecía tan inseguro como el retorno de la primavera antes de un período muy largo.

A pesar del certificado de permiso que, en mi bolsillo, calentaba todo mi ser como un brasero bienhechor, me sentí de repente horrorosamente extraviado en aquella Rusia de espacio desmesurado. Instintivamente, me acerqué al edificio donde los empleados del ferrocarril ruso parecían más inertes que todos los empleados de correos que he podido ver en Francia. Sabía que no podría hacerme entender más que muy difícilmente, pues aunque alguno de ellos hablase alemán, yo lo hablaba tan mal que mi lenguaje era difícilmente comprensible para mis propios compañeros de armas. Pasé varias veces por delante de la puerta vidriera, requiriendo con la mirada una información cualquiera. Como nadie se movía, pegué la nariz a los cristales. Dentro, cuatro ferroviarios de paisano, que sólo llevaban un brazal mugriento, ni siquiera me miraron. Al lado de ellos, con gran asombro por mi parte, un militar canoso con uniforme de *feldgrau* parecía a su vez estar inmerso en la misma inercia. Miré otra vez para cerciorarme de

que no estaba soñando. Efectivamente, un soldado del Reich dormitaba al unísono con el ocupado ruso. Nervioso, empujé violentamente la puerta, entré en la estancia donde un calor agradable me subió a las mejillas, y saludé con un gesto reglamentario. Intencionadamente, di un fuerte taconazo. El ruido repercutió como un tiro en la tibia calma de aquella estación singular.

Los rusos se sobresaltaron y se pusieron de pie lentamente. Mi hermanastro de raza y de uniforme únicamente cambió de sitio una pierna. Aparentaba cincuenta años.

—¿Qué deseas, camarada? —preguntó con el tono de un comerciante que piensa en vender su mercancía. Ante tamaña desenvoltura, me quedé un momento sin contestar.

—Pues me gustaría saber la hora de salida del próximo tren para la patria —dije, más alemán que nadie—. Voy de permiso.

El otro se levantó por fin. Sonriente, se apoyó en la mesa y, como un reumático, se acercó a mí.

—¿Te vas con permiso, hijo? —prosiguió con un tono jovial que me irritaba—. Buen momento el de los permisos.

—¿A qué hora tengo tren?

Yo quería atajar una conversación que veía venir.

—Tienes un acento muy raro... ¿De dónde eres?

Otra vez me habían cazado. Sin duda mis mejillas se pusieron coloradas. —Tengo parientes franceses— dije, casi encolerizado. —Mi padre... He vivido toda mi juventud en Francia. Sin embargo, va para dos años que me bato por Alemania.

—¿Eres francés?

—No, mi madre es alemana.

Rechiné los dientes de nerviosismo, pero él no pareció darse cuenta.

—Pero es el padre el que cuenta en este caso. También él se ponía nervioso.

—¿Os dais cuenta? —dijo, dirigiéndose a los *popov* que, evidentemente, no lo entendían—. ¡Hasta han cogido chiquillos en Francia!

—¿A qué hora tengo tren?

—No te preocupes por los trenes. Aquí vienen cuando pueden.

—¡Cómo!

—No hay horario, ¿qué te has creído? Esto no es la *Reichbahndienst*.

—Pero...

—Llegan trenes de vez en cuando, sí, por supuesto, pero cuando menos se les espera...

Sonrió e hizo un gesto ampuloso.

—Siéntate con nosotros, tienes tiempo.

—Nada de eso, no tengo tiempo. He de marcharme. No voy a ponerme a dormir con vosotros.

—Como quieras. Si prefieres dar patadas en la nieve... O entonces ve andando hasta Vinitza. Allí suele haber más trenes. Sólo que, te lo advierto, hay setenta kilómetros a campo a través.

Y también hay amigos de esos que no están conformes con Adolfo y que podrían muy bien poner término a tu permiso.

—¿Qué quiere usted decir? —pregunté cándidamente.

—¡Los partisanos, caramba!

—¿También hay canallas aquí?

Me miró, enfadado esta vez.

—Pero ¿qué te has creído? Los hay también en Rumania, en Hungría, en Polonia y quizá también en Alemania. Me quedé aterrado.

—Vamos, siéntate, hijo mío, qué tú no tienes nada que ver con toda esa historia. Sería demasiado bestia que te hicieras matar así, por ganar unas horas. He logrado tener buen café en la cocina. El gordo ese de... (mencionó un nombre) es un buen chico. También él está harto de jugar a soldados.

Volvió con una gran cafetera del Ejército.

—Aquí bebemos un café de locura —dijo mirando a los *popov* que seguían sonriendo.

Me quedé desconcertado.

—¿Puedo saber cuál es su ocupación?

—¡Bah! —repuso él, molesto—. Tengo que vigilar ese montón de cajas (indicó las cajas *WH*), la estación y a esos pobres tipos (señaló los cuatro rusos). ¿Qué pinto yo a los cincuenta y siete años jugando al centinela cuando me acercaba a la jubilación? Porque he de decirle, joven, que llevo

treinta años de servicios en la sociedad de ferrocarriles de Prusia y de Alemania. Y por esto me encuentro aquí tras haber sido movilizadado en la *Reichbahn*. ¡La es-pe-cia-li-za-ción! ¡Nada de esfuerzos inútiles! Todo el mundo en su sitio. ¡La fuerza efectiva! *Sieg Heil!* ¡Estoy hartos!

Dio un golpe con la cafetera en la mesa. Uno hubiera creído estar en una tasca parisiense. Yo estaba descompuesto.

—Ha cogido usted esa cafetera al Ejército —le hice observar siguiendo todavía mi idea primera.

El individuo me miró y dejó despacio el recipiente. Cogió un cubilete de hojalata en el que humeaba un café hirviendo y me lo tendió. Su cara había cambiado de expresión.

—Bébetelo eso, pequeño.

Hubo un momento de silencio, y luego prosiguió con ese tono sosegado y grave que difícilmente se interrumpe:

—Oye, pequeño, tengo cincuenta y siete años. Hice la guerra del 14-18 en Caballería, y estuve prisionero dos años en Holanda. Hace ya tres años y medio que vuelvo a llevar el *feldgrau* que estás viendo. Tengo tres hijos en los diferentes frentes que nuestra querida patria se propone defender. Soy un hombre viejo y, si he ardido en otras épocas por unas políticas ahora caducas, me río de la de hoy como de esta cafetera. Entonces, bebe ese café que ella nos ha permitido calentar y olvida un poco que tienes algo que ver con esa historia.

Yo estaba cada vez más aturdido.

—No soy ni *spiess*, ni *hauptmann*, ni el Führer. No soy más que un viejo empleado de ferrocarriles que han obligado a cambiar de uniforme. Puedes, pues, sentarte y beber ese café con calma.

—Pero lo que está usted diciendo es escandaloso. ¿Se da cuenta de que a cada instante mueren soldados alemanes por Alemania y que...?

—Si Alemania necesita algún servicio, estoy dispuesto a retrasar la hora de mi jubilación algunos años.

—Pero...

Yo me ahogaba. No encontraba palabras para expresar todo lo que el idealismo alemán había exaltado en mí. Había padecido largamente las demenciales servidumbres de la guerra, pero no podía concebir otro modo

de vida que el que me habían enseñado. Sentía que lo esencial no llegaba a aquel hombre y que yo desgraciadamente no podía expresarme. Tal vez era yo demasiado joven para comprender, no estoy seguro de ello.

—No comparto sus opiniones —grité, fuera de mí—. Si todo el mundo pensara como usted, nada valdría la pena. Su razonamiento hace su existencia desprovista de importancia, sin valor.

Su fusil estaba abandonado en un rincón de la estancia.

—Esta arma podría caer en manos de sus amigos —le hice observar designando a los *popov*—. ¿Lo ha pensado usted?

Creí que iba a echarme fuera, pero su actitud distaba de ser conforme al reglamento. Sin duda sintió temor.

—Devolveré esa cafetera tan pronto la hayamos vaciado —dijo con una sonrisa amarga—. ¿Quieres un poco más?

Tendí mi vaso, contento de haber hecho volver un camarada al camino recto.

Tuve que esperar nueve horas en aquella maldita estación. Por fin, un tren que no esperaba me llevó.

Capítulo XI

A GUISA DE PERMISO

Los partisanos

En el tren que cogí en Vinitza en dirección de Lvov y Lublin, viajé con unos soldados procedentes de Cherkassy y de Krementchug. Supe por ellos lo que había sido el infierno de las batallas que se habían desarrollado cerca de aquellas ciudades, que por otra parte habían sido perdidas para nosotros o estaban a punto de serlo. En todas partes, la superioridad numérica aplastante del adversario acababa por desbordar nuestras posiciones defendidas con encarnizamiento y a costa de implacables sacrificios. Aquellos tipos se iban también de permiso y a pesar de su alegría, parecían realmente abrumados por lo que acababan de vivir.

El tren entró en la estación de Lublin al amanecer de una mañana de invierno. La nieve cubría el suelo, como en Vinitza, pero en Polonia el frío era más vivo que en Rusia. Pese a nuestra costumbre de dormir en el suelo, la noche en ferrocarril no nos había descansado particularmente. Con el cuello del abrigo subido y el semblante un poco macilento nos asomamos a la portezuela. Aunque era una hora muy temprana, los andenes estaban abarrotados de soldados que pateaban de frío, equipados para marchar al frente. Entre ellos, nuevos reclutas de rostro juvenil y rosado. Un gendarme estaba plantado a cada diez metros en el andén de llegada. Yo había sobreestimado mis fuerzas después de la enfermedad, y fue con las piernas vacilantes, transido por el frío y el insomnio, como salté al andén al oír la orden de los altavoces.

Los gendarmes nos agruparon en una larga fila paralela al convoy y luego nos ordenaron ir al paso hasta un gran vestíbulo situado en uno de los extremos de la estación. Mientras nos dirigíamos allí, la máquina jadeante arrastró el tren vacío a una vía secundaria.

En el vestíbulo cada uno de nosotros recibió un vaso de sucedáneo caliente y dos cucharadas de una extraña mermelada. Luego, mientras absorbíamos aquel alimento con el que nos gratificaba el Ejército, varios oficiales, encaramados en un vagón plataforma, pusieron a punto un amplificador. Junto a ellos, y al pie del vagón, la gendarmería de campaña vigilaba.

Hubo primero un chisporroteo. Luego una voz nasal se elevó. Regularon el dispositivo y una alocución inteligible nos fue dirigida. De todo el discurso sólo retuve dos palabras que me hicieron tambalear, igual que a los aproximadamente dos mil soldados de permiso allí presentes. «Permisos anulados». Creímos haber oído mal. Pero las palabras «necesidad», «dificultad», «deber», «esfuerzo suplementario» y «victoria» nos probaron que no habíamos soñado. Hubo un sordo murmullo entre la multitud *grüngrau*. Las voces rudas de los combatientes se indignaban ante aquellas decisiones.

Los altavoces entonaron la *Deutsche Manche* y nuestro desconcierto fue sumergido por los metales. Varios miles de proyectos se derrumbaban y hubo que amplificar el sonido para cubrir la marejada de decepción. La mermelada nos pareció insípida y el sucedáneo amargo. Sin darnos tiempo para lamentar nuestra mala suerte, aquellos perversos gendarmes nos empujaron hacia un tren dispuesto para salir en sentido inverso que sólo esperaba un toque de pito para conducirnos de nuevo hacia aquella puta Rusia.

Tres vagones iban cargados de diferentes cosas destinadas a los soldados. Tuvimos, en el colmo del nerviosismo, que hacer cola ante aquellos almacenes ambulantes para recibir un complemento de impedimenta. Estábamos vigilados muy de cerca por la gendarmería, pues el desasosiego de alguno era tan fuerte, que las ganas de desertar se leían en sus rostros. Nos dieron un gorro de piel similar al de los rusos, un chaleco sin mangas de piel de cordero vuelta y apresuradamente cosida, unos

guantes de paño por dentro y lana por fuera, unos chanclos enormes con suela de corcho reforzado y una vara hecha, al parecer, de cabellos aglomerados. Unas cuantas latas de conservas para el viaje se juntaron a nuestra voluminosa impedimenta. No cabía ya hacerse ilusiones, nos mandaban a pasar otro invierno en un punto cualquiera del Frente ruso. Era para llorar de decepción.

El tren cargó hasta los topes una miríada de hombres. Algunos, jovencísimos, iban a trabar conocimiento con la aspereza de la guerra por primera vez. Otros regresaban de permiso y no estaban mucho más alegres que nosotros. Otros más, de los que yo formaba parte, habían tenido que tragarse los bellos proyectos y afectar la aprensión de todos los hombres del mundo, por muy valerosos que sean, cuando parten al encuentro de un destino problemático.

Rodábamos ya en sentido inverso y aún no nos habíamos hecho totalmente a lo que nos ocurría. Me quedé mudo de decepción, acordándome de Magdeburgo y de mi permiso anulado. Berlín no estaba, por desgracia, en el camino de regreso y, por lo tanto, no tenía ninguna posibilidad de ver a Paula, como la primera vez, tanto más cuanto no disponía de ninguna parada, ni siquiera de veinticuatro horas. Con la reflexión, lo que me ocurría iba adquiriendo más importancia aún y caí en una sombría depresión. Sólo me quedaba una esperanza todavía. Me prometí alegar que estaba convaleciente, tan pronto estuviese de regreso en mi unidad. ¿Cómo no se me ocurrió explicárselo a los gendarmes? Bien es verdad que la vista de aquellos imbéciles me impedía esperar nada. Únicamente Wesreidau en la compañía podría eventualmente arreglar las cosas.

Los trenes para el frente circulaban como siempre todo lo deprisa que podían, contrariamente a los que, de vez en cuando, nos conducían al país y que perdían horas en paradas inexplicables. El nuestro corría rápido, arrastrando a través de Rusia a sus viajeros desengañados. Sin embargo, un incidente de importancia paralizó, por bastante tiempo, nuestro precipitado regreso. La locomotora acababa de hacer carbón y reanudaba su impulso, que debía llevarnos de un tirón al sector de Vinitza. Unos rótulos que jalonaban la estación que acabábamos de dejar llevaban los nombres de

lejanas ciudades que ya no nos eran accesibles: Konotop, Kursk, Jarkov... Evocarlos repercutía dolorosamente en mis recuerdos.

Llevábamos un cuarto de hora de marcha cuando los frenos chirriaron violentamente en la totalidad de las ruedas del convoy. Los vagones temblaron peligrosamente y todo se inmovilizó con un derrumbamiento de macutos y de maletas. Los tacos llenaron un momento la atmósfera. Creímos haber descarrilado. Militares con largos capotes corrían en la nieve a todo lo largo del tren. A nuestras preguntas, nos indicaron con el gesto la vía frente a nosotros.

—Tenéis suerte que hayamos podido pararos —dijo uno de ellos.

Al este, en la vía canalizada por dos bosques ralos, un caos de vagones volcados era visible desde nuestro sitio situado lo menos a quinientos metros. Saltamos a tierra, en busca de información. Partisanos, dinamita, vía que estalla debajo de la máquina, tren de material cargado de explosivos, ciento cincuenta *feldgrauen* muertos, represalias, patrullas, persecuciones..., fueron las palabras que llegaron a nuestros oídos.

Trescientos militares indemnes se habían repartido las tareas. Una parte estaba en los lugares para socorrer a los heridos y avisar a los trenes sucesivos, la otra parte se había desplegado en guerrilla y perseguía a los rebeldes que, no contentos con haber saboteado la vía, habían abierto fuego sobre los que se debatían en los vagones siniestrados. Unos oficiales llamaron a formar con el silbato. Tres mil hombres, por lo menos, se apearon de nuestro convoy y se acercaron. A toda prisa fuimos divididos en tres grupos. El primero y más importante, de unos dos mil individuos aproximadamente, salió a limpiar los parajes. Yo fui uno de ellos. El segundo acudió en auxilio de los camaradas siniestrados. El tercero se quedó junto al tren para cuidar de su protección. Lo esencial de mi impedimenta se quedó con la de los demás en el tren, y, cuando sonó el silbato, nos encaminamos a paso ligero por la campiña cubierta de veinte centímetros de nieve.

Correr por la nieve no es cosa fácil. Correr dos minutos basta para hacer sudar. Al cabo de veinte, falta el resuello. Después de una hora, las punzadas en el costado laceran los pulmones y la vista se llena de lucecitas. No hacía mucho frío y bajo el efecto de aquella gimnasia estábamos

sofocados. Los suboficiales y los oficiales que nos seguían, cansados de dar el ejemplo, acabaron yendo al paso y, con la cabeza que nos estallaba, una hora y media después de haber dejado el tren entramos en una aldea bastante importante y muy rústica. Casi todas las casas tenían el techo de paja, y, según la costumbre campesina, un cobertizo contiguo cuyos muros estaban hechos con tallos de girasol trenzados, encerraba las provisiones invernales.

Ya había soldados alemanes allí. En una vasta plaza cuyo piso de tierra apisonada cubría la nieve, se apretujaba una muchedumbre, compuesta de dos elementos. En el centro, paisanos abigarrados, hombres, mujeres y niños se juntaban y discutían ruidosamente. Alrededor de aquella masa, unos soldados alemanes, algunos en posición detrás de las *spandau*, rodeaban la plaza. En el centro, mezclado con los paisanos, otro grupo denostaba a los indígenas. Sus gestos eran ampulosos y el habla altisonante. A la derecha, al lado de un edificio que debía de ser la alcaldía, un tercer grupo de soldados, con el dedo en el gatillo, vigilaba a una docena de rusos tumbados de bruces en la nieve. Los creí muertos. No era así. Estaban vivos, pero los obligaban a permanecer en aquella postura.

—Ahí hay unos cuantos que han sido cogidos —murmuró un soldado cerca de mí.

¿Eran culpables? ¿Eran solamente sospechosos? No era yo quien hacía tales preguntas. Las indagaciones duraron lo menos una hora. Los *popov* de bruces debían de tener las tripas congeladas. Bien es verdad que nuestros ametralladores tendidos detrás de sus trabucos no tenían nada que envidiarles.

Una sección SS intervenía también en la cacería. Tuve el honor de ser escogido para continuar la persecución con un centenar de sujetos que, igual que yo, volvían a cumplir con su deber. Sin duda, la insignia de la *Gross Deutschland* que lucía en mi manga izquierda les llamó la atención. Los SS preferían tratar con hombres pertenecientes a unidades que tuviesen un nombre a tener que entenderse con los de divisiones anónimas. Sin otra explicación, nos metieron en los camiones del grupo SS y salimos ignorando la suerte de los paisanos tumbados en el suelo. Veinte minutos más tarde, tras haber cruzado una región muy ondulada, recibimos la orden

de apearnos. Un *hauptmann* SS, vestido con un largo abrigo de cuero oscuro, se dirigió a nuestro grupo:

—Torceréis hacia la derecha y subiréis con precaución a través de esos bosquecillos. Una fábrica que todavía no distinguís, se encuentra a un kilómetro al oeste. Los rusos que nos acompañan nos señalan allí un importante nido de terroristas. Debemos sorprenderlos y aniquilarlos.

Nombró los jefes de sección y nos pusimos en movimiento. ¡Lo que nos faltaba! ¡Condennada convalecencia! Hubiese hecho mejor quedándome en el hospital de Vinitza.

Pronto una sucesión de techados metálicos apareció ante nosotros. Era, sin duda alguna, la fábrica en cuestión. No tuve mucho tiempo para observar el decorado. Una ráfaga de subfusil petardeó a la izquierda. Los SS gritaron:

—¡Estáis cogidos, perros! Es inútil resistir.

Evidentemente, los partisanos rusos apresados habían revelado, bajo amenazas, el atrincheramiento que ahora cercábamos. Sonó una descarga.

Desde los aledaños de los cobertizos retumbaba el tableteo característico de los subfusiles rusos. Me acurruqué con otro muchacho bajo un árbol achaparrado cuyas ramas cargadas de nieve llegaban al suelo. Los silbatos ordenaron avanzar. Pensé que sería demasiado estúpido hacerse cascar por un puñado de terroristas, y no me moví enseguida de debajo del árbol. El otro muchacho murmuró:

—Están cogidos en el nido. ¡Ya les enseñaremos a hacer descarrilar trenes!

Hubo cinco minutos de lucha intensa. Después surgieron soldados por todas partes. Una docena de paisanos rusos se constituyeron prisioneros. Algunos entonaban una canto vindicativo ruso. La mayoría gritaban «¡Compasión!, ¡compasión!». Fueron atropellados e interrogados con violencia. Encuadrados por unos treinta SS bajaron hacia los camiones. Creíamos que todo había terminado, cuando el capitán SS nos hizo formar.

—Esos cobardes —dijo designando a los lacrimosos prisioneros que se alejaban custodiados de cerca por sus guardianes—, esos cobardes pretenden ser los únicos aquí. Tal vez piensan salvar así a los que se esconden aún en ese barullo...

Señaló el edificio de la fábrica y añadió:

—Barredme todo eso. Debemos cogerlos a todos y encontrar las armas que con seguridad esconden.

No cabía discutir. Con la boca seca, tuvimos que encaminarnos hacia los cobertizos abarrotados de objetos. Ocultarse allí dentro parecía fácil y esto hacía más peligrosa aún nuestra situación. A pesar de que éramos muchos distábamos de estar tranquilos. Aunque redujésemos a los partisanos, cada balazo suyo nos costaría un hombre. La idea de nuestra superioridad no me reanimaba. Aunque hubiese de ser la única víctima en un ejército de un millón de hombres, la victoria, para mí, carecería de interés. El porcentaje de muertos, del que se vanaglorian a veces ciertos generales, no cambia la suerte del que ha caído. El único jefe que, a mi entender, ha dicho una frase sensata cuando animaba a sus tropas a no ceder nunca es Adolfo Hitler: «Un Ejército victorioso también tiene sus víctimas».

¿Qué fabricaban en aquel establecimiento tan perdido en el campo? Tablones, tal vez. Una alta sierra a cinta ocupaba la primera parte del cobertizo. Más lejos, había otras. Después una especie de draga estaba parada con su cadena cargada de cangilones oxidados. En los dos primeros cobertizos no encontramos nada. Los prisioneros tal vez habían dicho verdad. Pero las órdenes eran de continuar. Nuestro grupo cercaba la totalidad de la fábrica y todos convergíamos hacia el centro. Penetramos en una sucesión de vastos cobertizos a punto de derrumbarse. Su almacén de hierro sin duda no había sido nunca pintado y la herrumbre lo había roído todo, como las viejas cadenas arrinconadas de los puertos.

Un viento bastante fuerte se había levantado y hacía rechinar siniestramente el ensamblaje dislocado. Aparte de esto, todo estaba en silencio, y sólo algunos *feldgrauen* que derribaban deliberadamente una chapa o un montón de cajas, rompían aquel silencio inquietante.

Avanzábamos en grupos de seis o siete por la penumbra de una construcción abarrotada y sin una abertura que dejase pasar la luz del día. Hubo unos ruidos que todos notaron. Venían un poco de todas partes, sobre todo de unas planchas mal ajustadas y sacudidas por el viento, y nadie pensé en protegerse demasiado. Sabíamos que podía surgir una sorpresa desagradable, pero no podíamos hacer más que resignarnos a ella. En el

exterior, los SS sin duda acababan de acorralar a varios bribones. Sonaron dos o tres tiros y hubo diferentes gritos. Los SS gritaban y perseguían a alguien. De pronto, sonaron en el cobertizo varias detonaciones. De la oscuridad, desde un altillo, surgieron cuatro o cinco resplandores. Cuatro camaradas profirieron casi simultáneamente gritos agudos. Dos de ellos cayeron desplomados en el polvo del suelo y los otros dos se tambalearon y se volvieron hacia la luz de la puerta. Los que no habíamos sido tocados corrimos en busca de un refugio. En la oscuridad, tropezábamos con diferentes cosas, sin saber si estábamos efectivamente a cubierto. Restallaron otros disparos. Dos soldados más profirieron un grito de dolor a mi derecha. Mi fusil fue brutalmente sacudido por un choque en la culata. Un proyectil que me había fallado por poco acababa de romperla.

Los dos camaradas que se tambaleaban hacia la salida, fueron alcanzados otra vez, pero no acababan de caerse. Era penoso ver aquello. Finalmente se desplomaron sobre la nieve que el viento había empujado un poco hacia el interior. Acudieron otros soldados, pero no entraron. Se contentaron con disparar ráfagas de subfusil hacia el interior, exponiéndose a alcanzarnos a nosotros con más seguridad que a los partisanos. Quedábamos todavía tres indemnes dentro y nos pusimos a chillar como cincuenta. Si a aquellos idiotas se les ocurría arrojar dentro unas granadas, reventaríamos con los *popov*. Afortunadamente nos oyeron y entonces debieron de imaginar otra táctica. Mientras se esforzaban en desbaratar las chapas onduladas que formaban los costados del cobertizo, los rusos disparaban sobre todo lo que se movía. Las balas perforaban la chapa metálica poniendo en peligro igualmente a los camaradas del exterior. Yo estaba medio muerto de miedo.

Desde fuera, nos instaron a salir. Movernos de donde estábamos era hacernos matar con toda seguridad por los tiradores rojos agazapados en las viguetas del altillo. Con todo, uno de los nuestros intentó hacerlo. Sólo dio diez zancadas.

¿Iba a quedarme solo en aquel maldito cobertizo? Sabía que otro camarada estaba también escondido por allí. Yo estaba petrificado de miedo y, más que en Bielgorod, me sentía acosado por el peligro solapado. Me mordí los labios para no gritar de terror. Fuera, los demás vociferaban y

seguían tratando de desmontar el cobertizo. Los rusos, colgados allá arriba estaban tan silenciosos como las arañas. Por otra parte desde donde me agazapaba no podía ver nada. De pronto, noté un roce detrás de mí, detrás del amontonamiento y el poste. Yo estaba más quieto que la gruesa tubería de gres detrás de la cual me ocultaba. Fuera, el alboroto me impedía distinguir mejor lo que me había parecido oír. Probé a aguzar el oído al máximo. Distinguí otros roces, más claros, más precisos. Contuve la respiración y procuré dominar los latidos de mi corazón a punto de estallar. Me vi ya muerto o prisionero y rehén de los partisanos rusos que se valdrían de mí para huir de nuestro cerco. Un pánico horroroso se adueñó de mí, y luego una idea salvaje de conservación me penetró en la mente. Temblando de terror y de rabia, cesé de reflexionar súbitamente. El peligro estaba más cerca. Un sexto sentido me lo hacía adivinar. Hubiese apostado una fortuna a que alguien merodeaba detrás del montón de objetos que me cobijaba.

Me sentí solo, desesperado y decidido a defenderme a toda costa. A cinco metros de mí, apareció una silueta. Sentí recorrerme la piel un prolongado escalofrío. Aquella silueta fue adelantada por otra que se alejó hacia una pila de sacos. Las dos permanecían en la oscuridad, pero pude reconocer dos hombres vestidos de paisano. Uno de ellos, el más próximo, llevaba la cabeza cubierta con una gorra voluminosa. Su silueta se ha quedado grabada para siempre en mi memoria. Era alto y aparentemente fuerte. Permaneció quieto un instante. Evidentemente, su mirada errante intentaba penetrar la oscuridad. Dio unos pasos en sentido opuesto a mi atrincheramiento. Lentamente, tan lentamente como la arena que se escurre en un reloj, mi fusil se orientó en su dirección. Sabía que había una bala en la recámara, por lo que no tenía que manejar el cerrojo. Procuré, con toda mi voluntad tensa, reprimir el temblor nervioso que hacía impreciso mi gesto. Al menor ruido, el otro me largaría una ráfaga de subfusil. Yo estaba persuadido de ello. Si me veía antes, iba a quedarme petrificado. Afortunadamente, los otros hacían bastante alboroto fuera. El hombre que estaba allí, a seis o siete metros de mí, debía estar atento a dos puntos. Para él tanto peligro había dentro como fuera. Mi arma estaba ya horizontal. Con el dedo nerviosamente puesto en el gatillo, vacilé en disparar. No se mata a un hombre así, a sangre fría. Hace falta ser un desalmado o, como yo, estar

medio paralizado de miedo. El hombre cambió de dirección. Su compañero era apenas visible y estaba a veinte metros aproximadamente.

Entonces vino hacia donde yo me ocultaba, jadeante. Un instante quizá, distinguió una forma en la oscuridad con un destello metálico. Vaciló, sin duda, una décima de segundo. Un resplandor le cegó y rodó en el polvo, con el pecho probablemente atravesado por mi balazo. El arma vibrante humeaba aún entre mis manos sudorosas. El otro huyó dejando a su camarada muerto a mis pies. Hubo como un gran bache negro en mi cabeza. Como cuando se tiene fiebre, una pesadilla se apoderó de mí. Tenía la impresión de caer, de caer continuamente en un abismo imaginario. Fuera, continuaba el ruido. Me daban ganas de huir a todo correr, pero el miedo me mantenía clavado allí. Mi mirada aterrada estaba fija en aquel cuerpo tendido, de bruces, a unos metros de mí. Yo no me decidía a creer que había matado a aquel hombre. Pero esperaba ver formarse un charco de sangre debajo del cadáver. El resto de la acción me era ya indiferente. El peso del drama me abrumaba, y me obligaba a contemplar el cuerpo que permanecía allí, inmóvil.

Todo un lado del cobertizo se vino abajo. Los camaradas habían conseguido desmantelarlas chapas. La luz del día penetró a raudales restando importancia a lo que había ocurrido. Ver a unos soldados que entraban me sacó de mi estado. Incluso vi al capitán SS que acababa de unirse a ellos y se ocultaba detrás de las planchas derrumbadas. Estaba casi frente a mí, a unos veinte metros en el exterior.

—¿Queda todavía alguien vivo ahí dentro? —gritó.

Hice solamente un leve gesto con la mano y el oficial me vio. Yo sabía que todavía quedaba por lo menos un *popov* en el cobertizo y temía dejarme ver. Otro camarada, que debía de estar tan blanco de miedo como yo, gritó en algún sitio de aquel fárrago:

—¡Aquí, camaradas... Estoy con un herido!

—No os mováis todavía —contestó el capitán—. Vamos a desalojarlos.

Acababa también de ver al *popov* muerto casi a mis pies. Hubo un ruido de motor que se acercaba rápidamente. Sin moverme de mi sitio, vi llegar una autoametralladora de color de arena que se bamboleaba sobre la nieve blanda. El vehículo, armado con una ametralladora ligera que asomaba por

la tronera de su torreta, se metió por la brecha practicada. Se encendió un potente faro que registró el cobertizo. Junto al coche se escondían unos soldados alemanes apuntando sus armas hacia el interior. El faro pasó sobre mí y un escalofrío me recorrió el espinazo. Imaginé un instante la cara de los rusos muertos de miedo. En el portal de entrada, allí donde yacían aún dos compañeros, los soldados alemanes, tendidos en la nieve en posición de tiro, se reagrupaban. El *hauptmann* alzó la voz.

—¡Rendíos, o vamos a mataros como ratas!

No se oyó ninguna respuesta. Simplemente un grito que descendió de las viguetas débilmente alumbradas. Un grito de terror como el que estuve a punto de proferir yo unos momentos antes. Entonces, la ametralladora pesada del coche blindado comenzó su matanza. Cada detonación resonaba espantosamente bajo el cobertizo y parecía querer hacerlo estallar. Las balas eran explosivas y desgarraban el techado que se abría por numerosos puntos por los que penetraba la luz. Además, todos los soldados alemanes disparaban hacia arriba. Me puse en cuclillas y me tapé los oídos para evitar un poco aquel estruendo. Desde el techo, desde las viguetas, donde se habían refugiado unos quince terroristas, el ruido de sus subfusiles remataba el tumulto. Se oyeron gritos horribles otra vez. Un cuerpo cayó al suelo con el ruido sordo de un cuarto de buey que se echa en el tajo del carnicero. La ametralladora ligera deshizo toda la techumbre. Todo quedó a la luz del día. No había escondrijo posible para los fugitivos. Cayó otro de ellos. Intentaron una huida enloquecida entre la armazón metálica del techo. Algunos cayeron y se rompieron los huesos en el suelo. Los otros se quedaron colgados de las vigas. Todos fueron implacablemente abatidos. Fue horrible. Los muertos del descarrilamiento estaban vengados. Los soldados cercaron el lugar y por fin pude abandonar mi refugio. Estaba cubierto de polvo y hasta hube de encontrar restos de todas clases entre el cinturón y el capote. Volvimos a la aldea cantando:

*Markische Heide,
Markischer Sand,
Sind des Markers Freude,
Sind mein Heimatland...*

Volvíamos a ser los amos. Nadie, aparte el cielo, podía juzgarnos.

Los SS cargaron a los pocos prisioneros que habían capitulado antes de la matanza y sus camiones se alejaron por el camino que habíamos seguido nosotros para venir. El grupo improvisado, del que yo formaba parte y que los SS habían organizado para la ocasión, volvió al pueblo a pie. Alguien mandó formar por tres de fondo. Entramos al paso y cantando en la aldea. El gentío de poco antes había sido dispersado. Aquello nos alivió.

El grupo operativo de las SS nos entregó a cada uno un documento justificativo de nuestro retraso destinado a nuestra unidad. Luego nos aconsejaron que volviéramos a nuestros penates, es decir al tren atascado. Abandonamos sin pena aquel burgo y su recuerdo siniestro. Otro espectáculo tan deprimente como el del cobertizo se ofreció a nosotros a la salida del pueblo. Un piquete de ejecución actuaba justo en el momento que pudimos percibirlo. Hicieron cuatro descargas consecutivas. Cada una derribó a cuatro partisanos. Sus cadáveres quedaron abandonados en la nieve y el pelotón regresó a la aldea. Ninguno de nosotros dijo una palabra. Nuestros muertos, los del descarrilamiento y de la explosión de unos vagones fueron, a su vez, sepultados someramente. Eran a lo menos un centenar. Nos echaron un discurso sobre la tragedia que acababa de desarrollarse. Los partisanos fueron hechos responsables de todo lo que ocurría y nos explicaron claramente que un francotirador no tenía, en ningún caso, derecho a los miramientos de un hombre uniformado. Las leyes de la guerra los condenaban automáticamente a ser pasados por las armas sin juicio.

La noche siguiente, que pasamos en el tren parado, apenas pude conciliar el sueño. Cada vez que cerraba los ojos, me asaltaba una horrible pesadilla. En sueños, una alta piedra se alzaba frente a mí. Bajo aquella piedra un charco de sangre roja negruzca se extendía paulatinamente, manchándome los pies y quemándolos con su contacto.

El día siguiente, con un frío punzante, alcanzamos otro convoy que había acudido en socorro desde el principio de trayecto. El sucedáneo había sido orinado ya lo menos dos veces y escuchábamos el ruido de las ruedas al pasar por las mordazas de los raíles. La mirada escrutaba durante largo rato la tundra desmesurada cargada de nieve. De vez en cuando, la

monotonía del paisaje era rota por un calvero en los lejanos horizontes formados por algunas crestas erizadas de abetos blancos. Una vez más, la inmensidad del paisaje, en el que no aparecía otra manifestación que la de la Naturaleza, nos oprimía. Nunca la noción de espacio estuvo más justificada a mis ojos. Nunca la palabra inmenso cobró un sentido más concreto, más opresivo como en aquella Rusia hecha para gigantes, al parecer. ¿Sería posible ejercer un control sobre aquella tierra, sea del NKDV o de nuestra parte?

Llegamos a Vinitza aquella misma noche. Una densa multitud de militares cubiertos con largos abrigo invadía la estación y sus interminables cobertizos. Una alarma aérea había desorganizado, al parecer, el tránsito, y esto justificaba aquella aglomeración. En Vinitza, la División *Gross Deutschland* había puesto, en aquel período, un pie en la ciudad. Dirigido por la gendarmería militar, entré rápidamente en contacto con el grupo de mando de mi unidad y quedé sorprendido, de todos modos, de encontrar en él tanta organización. Al dar mi nombre y el número de la compañía, me indicaron con precisión el sitio donde esta se encontraba en aquel momento. Me enteré así con espanto de que había sido vuelta a empeñar con veinte más en una zona del frente (me indicaron además el lugar y el número del sector) situada a ciento cincuenta kilómetros de Vinitza. Esperaba encontrar a mis amigos acurrucados junto a una llameante chimenea rusa para hablar de mi permiso anulado y eventualmente hacer que restableciesen su vigencia y era en unos helados graben, malsanos y peligrosos donde habría de reunirme con mis compañeros de desventura. La noticia me abrumó hasta el punto de que me quedé inerte ante el *stabsfeldwebel* encargado de mi filiación. El hombre que nos atendía, se mostró impresionado.

—¿Qué le pasa? —preguntó—. ¿Un malestar?

Busqué mis palabras y luego, cansado, expuse la realidad:

—Estaba para salir de permiso de convalecencia. Y en Lublin fue anulado, *Herr stabsfeldwebel*.

—La patria vive horas graves, joven —repuso él tras una pausa—. No es usted el único en verse privado de un reposo. Los hombres que le han precedido y los que esperan detrás de usted, están en la misma situación.

Iba a hacerle observar que además me encontraba en plena convalecencia, cuando el *stabs* vio entre mis papeles aquel que me había dado el *hauptmann* SS.

—Se ha distinguido usted en una escaramuza con terroristas en el camino de regreso —dijo—. Le felicito. Añado esto en su hoja de servicios. Su jefe de compañía le otorgará, sin duda, el grado de *obergefreiter* por ello.

A pesar de mi neurastenia, la noticia me iluminó el rostro un instante.

—Muy agradecido, *stabsfeldwebel* —dije, con tono mitad sincero, mitad reglamentario.

—Me alegro también por usted —dijo él tendiéndome la mano.

Salí con otros treinta «alegres reclamados», con la mente extraviada entre varios pensamientos y una honrada ración de *gulash*.

De todos modos, nos autorizaron a pasar la noche bajo techado en una confortable vivienda convertida en alojamiento militar. No había, por supuesto, suficientes camas para todo el mundo, pero una estancia bien provista de alfombras y regimiento caldeada nos brindó su comodidad. Pasamos todos una buena noche a pesar de la ansiedad del mañana.

Durante aquellos períodos de espera, cada uno había aprendido a no reflexionar y a abandonarse a la somnolencia. La reflexión no aportaba nada bueno a aquellas horas grises, sino que acentuaba un poco más la angustia que pesaba sobre todo el mundo. Por contra, el sueño lo arreglaba todo. Hacía pasar el tiempo, renovaba fuerzas. Desgraciadamente, no podía acumularse en previsión de los días de insomnio por venir. Pasamos, pues, la noche y las veinticuatro horas que siguieron roncando como cerdos, sin interrumpirnos más que para ir a la cocina de campaña. La noche siguiente, fuimos sacados por fin de nuestro sopor por un *obergefreiter* que nos condujo a los camiones que debían trasladarnos más o menos a nuestro destino.

El frío brutal nos cayó encima como una ducha mal regulada. El invierno estaba allí y hacía parpadear la escarcha con un destello azulado en todo lo que tocaba. Se pasó lista otra vez al pie de los camiones, y todo el mundo embarcó para el «pim, pam, pum».

Con el alba, llegamos a una aldea de barracones contruidos por el cuerpo de ingenieros alemán. Nos hicieron bajar de los camiones y tomar

un sucedáneo de café que tres cantineros calentaban a lo largo de todo el día. El frío era punzante y todo, esa vez, nos recordó las dificultades del invierno anterior. Las mañanas tiritando, el frío que os tortura hasta haceros pedir perdón, la imposibilidad de lavarse, los piojos, mil molestias más que hacen la vida insoportable. Además, allí todo olía a guerra. La inquietud y la precipitación estaban marcadas en los semblantes de los soldados presentes. Anchos embudos, sin duda provocados por los impactos de bombas aéreas, daban a entender que distaba mucho de haber calma.

Éramos, aproximadamente, unos cincuenta los que debíamos reintegrarnos a nuestros efectivos en sectores distantes sesenta u ochenta kilómetros unos de otros. Formamos cuatro grupos. Cada uno de ellos se encargó del correo y de ciertas provisiones necesarias a la compañía correspondiente. Con todo y haber dejado los servicios de transmisiones, tuve que hacer de suministrador una vez más. Nos informaron aproximadamente del itinerario que debíamos seguir con brújula. Un suboficial hizo un calco sobre el mapa y nos comunicó triunfalmente que teníamos que recorrer treinta y cinco kilómetros. Provistos de aquellos valiosos informes, nos pusimos en camino por la extensión formada de largos valles nevados. Alrededor del centro que acabábamos de dejar, un rastrillo de serias defensas se erizaba sobre lo menos un kilómetro de profundidad. Constaba principalmente de defensas anticarro, campos de minas, que tuvimos que evitar cuidadosamente e incontables nidos de ametralladoras. Más allá, la tierra bravía y endurecida por el invierno se dilataba hasta el infinito, propicia a todas las eventualidades.

Rápidamente sentimos que a partir de aquel límite, el suelo pertenecía a quien lo pisaba en aquel mismo instante. Probablemente nunca era el mismo. A partir de allí, el frente no tenía ya un trazado preciso. Era como un enorme encaje bordado de mil asechanzas, mil encuentros más o menos esperados, mil escaramuzas imprevisibles.

Con nosotros caminaba un joven recluta. Era un muchacho alto, jovencísimo, largo como una hierba crecida demasiado deprisa en una estación húmeda. Sus grandes ojos de gacela atemorizada se llenaban del paisaje desmesurado que él no podía asimilar. Era para él un desarraigo

auténtico. Los horizontes cortos y humosos del Ruhr nunca le habían permitido imaginar espacios tan desproporcionados.

Yo había experimentado lo mismo que él y todavía no me había acostumbrado. En su actitud encontraba de nuevo la mía, un año antes.

El frío, vuelto seco al cabo de una decena de días de nieve y de tiempo cubierto, alzaba una pantalla de una claridad y una visibilidad increíbles. El viento de los días pasados había barrido la nieve, amontonándola en taludes naturales, nivelando baches, despejando a trechos la tierra parda que aparecía como grandes manchas. A menos que ello nos obligase a hacer auténticos rodeos, preferíamos andar por allí a fin de evitar la localización de nuestras siluetas sobre la nieve. Cada hora, nuestro pequeño grupo hacía breves altos.

Cuatro o cinco aviones cruzaron al sur en vuelo rasante. Nos paramos un instante, intentando saber qué buscaban. Nunca supimos si se trataba de *Yak* o de ME-109. Desaparecieron en el horizonte, demasiado distantes para la vista humana.

La hora reglamentaria de abrir las escudillas llenas de provisiones que habíamos recibido en Vinitza sonó antes de que hubiésemos podido situarnos. El suboficial encargado de orientar a la sección pretendía que íbamos bien encaminados. Con toda evidencia, andaba de cabeza como un tonto, pero presumía de saberlo todo para que no se dijera. Sin embargo, todo delataba su preocupación. No cabe hacerse el listo con un país del tamaño de Rusia. Se puede jugar al explorador y al aventurero en un paraje cercano al bosque de Fontainebleau. En la tundra no caben trampas. Uno se siente pequeño e irrisorio. Algo impide burlarse. Casi resulta necesario creer en Dios, pues todo lo demás parece de una indiferencia hostil.

Caminamos todavía mucho tiempo antes de distinguir una línea telefónica tendida entre unas estacas plantadas irregularmente. Aquella línea seguía de hecho una carretera, una pista más bien, que debía de ser frecuentada a ciertas horas, a juzgar por las rodadas que se veían en ella.

Nuestro suboficial decidió seguir aquella pista a fin de encontrar más fácilmente el lugar de reunión y nuestro destino. Aquello nos pareció curioso, pues resultaba evidente que íbamos a encaminarnos perpendicularmente a nuestro itinerario anterior. Nadie dijo una palabra. De

todos modos, hacía mucho rato que todos habíamos aprendido a no disertar acerca de un punto de vista que había perdido importancia notablemente. La triste aprensión de la noche que teníamos que pasar al raso en la nieve nos oprimía obstinadamente. Sabíamos asimismo que aquello era, una vez más, el principio de toda una larga serie y que tendríamos que armarnos de mucha paciencia. Una fracción de segundo, la idea de mi permiso fallido me iluminó el subconsciente como una estrella fugaz ilumina la noche. Tragué saliva y todo volvió a caer en la gris uniformidad.

El individuo alto, el joven recluta, no decía ni pío. Su mirada asombrada iba de la estepa nevosa a los veteranos cargados de experiencia que éramos nosotros. Confiando tanto en aquella como en nuestro coraje, el joven soldado nos seguía como a la estrella del pastor.

Una masa sumergida en la nieve se reveló a nuestra mirada cincuenta metros antes de que llegásemos a ella. El largo tubo de un cañón sobresalía de un amontonamiento de nieve. Fijándose, podía distinguirse la masa de un tanque camuflado en medio de la blancura del paisaje. Comprendimos inmediatamente que se trataba de uno de los nuestros. De lo contrario, estaríamos muertos hacía un rato largo.

Efectivamente, un carro *Panzer* hundido en una zanja hasta la torreta permanecía en aquel desierto. Detrás de él, dos o tres montículos señalaban unas casamatas. Un individuo apareció de repente en la cima del blindado. Vestía un chaleco de piel de carnero sobre su uniforme negro de tanquista. Saltó del ingenio y se acercó a nosotros. Nos dijo su nombre y nosotros hicimos otro tanto, pues era la costumbre. Supimos que su carro había sufrido una avería y que entonces le ordenaron enterrarlo a medias y usarlo como blocao. Aquello no resultó fácil. Eran nueve hombres destacados del grupo blindado por la fuerza de los hechos. Y hacía ya tres semanas que montaban la guardia en aquel desolado panorama. Una sola vez habían llegado hasta ellos los rusos. Gracias a las ametralladoras ligeras y al armamento de a bordo, los obligaron a pasar de largo. Al mismo tiempo hicieron de aquel tanque averiado un puesto de vigilancia interior. Iban a relevarles dentro de dos semanas. Llevaban allí veinte días y nos confesaron que no dormían tranquilos.

—¿Dónde está el frente? —preguntó nuestro *spiess*.

—Un poco en todas partes —contestó su colega de los carros—. Consta ante todo de grupos móviles. Por la noche circulan convoyes por la pista. Avanzan con las luces apagadas y, cada vez, nos entra pánico. Un ametrallamiento aéreo nos mató al radiotelegrafista y destrozó su aparato. Estamos incomunicados con el resto del mundo. Es como para volverse loco.

—Tenemos que incorporarnos a nuestra unidad —explicó nuestro guía—. ¿Creéis que todavía estamos lejos?

—Hay, en efecto, un frente en alguna parte a diez o quince kilómetros al este, pero cambia constantemente. ¿Cómo puede saberse?

Todos nos quedamos perplejos.

—Hay que seguir —decidió nuestro enérgico conductor—. Ya acabaremos por encontrarlos.

Nuestros amigos nos miraron marchar apenados, y reanudamos el camino. Con la noche, que nos sorprendió muy pronto, y la espesa niebla, encontramos por fin lo que simbolizaba el precario frente en aquella latitud. Algunos *Pak* emplazados en posiciones sumarias surgieron en la oscuridad. Un centinela, verde de miedo, lanzó un ¡*Mierda!*, que se le quedó agarrotado en los labios. El miedo también hizo maullar a nuestro ayudante algo incomprensible y nos escapamos a una ráfaga de subfusil, sencillamente por falta de vigilancia. Un soldado rezongón y congelado nos llevó al oficial de la compañía.

—Los rusos surgen por todas partes —refunfuñó—. Es verdaderamente desmoralizador. Mientras no se establezca el frente, seguirá así. De todos modos, el regimiento que busca usted no está aquí.

Encontramos al oficial de la compañía con la que habíamos topado. Salió de un refugio en cuyo fondo vacilaba la luz de una vela. Una verdadera tumba, demasiado pequeño para recibarnos a todos. Se cobijaba allí con su telefonista y otro oficial de grado inferior.

El capitán salió del reducto. Tenía un aspecto viejo y cansado. Llevaba un largo capote echado negligentemente sobre los hombros. Una larga bufanda clara, cruzada sobre el *feldgrau* del uniforme era lo único que destacaba de aquel conjunto grisáceo. No llevaba la gorra de plato, sino una gorra cuartelera. Nos cuadramos para seguir la costumbre.

El oficial se vio obligado a consultar el mapa para intentar informarnos. Parecía estar perdido. El mapa en el que uno se extraviaba tan fácilmente como en el terreno nos dio solamente una información muy relativa. El oficial lo estudió a la luz de una lámpara de bolsillo e hizo deducciones en silencio. Finalmente, tomó la decisión de mandarnos hacia el nordeste. Según el orden de los regimientos empeñados en la contienda, los nuestros sólo podían encontrarse en aquella dirección. Había mucha diferencia entre los trazados precisos y organizados de la oficina de la *Gross Deutschland* de Vinitza y los de aquel capitán tan extraviado en las deducciones como en el espacio.

Pese a la fatiga debida a la larga y penosa marcha que efectuábamos desde la aurora, nos pusimos otra vez en marcha a través de la noche helada y la niebla espesa como para cortarla con soplete. Tres cuartos de hora más tarde, los muchachos de una compañía perdida en aquel océano de nieve se apretujaron para dejarnos un poco de sitio en un refugio digno de topes. Tuvimos que hacer un alto para no extraviarnos. Además, la niebla casi palpable y ácida abrasaba los bronquios y hacía excesivamente penoso cualquier esfuerzo. Nos quedamos dormidos a pesar del frío siempre más difícil de soportar al principio del invierno, cuando el cuerpo que ha perdido la costumbre tiritaba por menos que nada. Fuera, en los graben, los vigías pataleaban en sus hoyos para no quedarse helados de pie. El velo de niebla los envolvía y les impedía toda visibilidad más allá del parapeto.

Pasamos una noche abrumadora en una duermevera. A pesar de las lámparas-infiernillos y la lona de tienda tendida ante el orificio del refugio, el frío, débil, sin embargo, todavía en aquel comienzo de invierno, nos heló toda la noche. Es cierto que por la noche el termómetro ya debía de señalar diez grados bajo cero. La niebla penetraba en el refugio y era casi tan espesa como fuera.

Los muchachos se armaban de paciencia todo cuanto podían, durmiendo pese a la incomodidad, jugando al *skat*, o bien escribiendo con sus dedos entumecidos. Velas que había que escatimar chisporroteaban en latas de conserva que recuperaban la cera derretida y prolongaban así la existencia de los *kerzen* cuatro a cinco veces su duración normal. ¡Sórdido a la vez que sublime era aquel decorado de casamatas refugios perdidas en medio de los

helados espacios de la estepa! Difusos recuerdos que todavía me obsesionan como la lectura de una leyenda dramática leída en la juventud.

El frío desmoralizador del alba nos saludó cuando salimos del hoyo. En silencio reanudamos la marcha y nuestra búsqueda. Todo estaba en calma y parecía una vez más paralizado por el enemigo invierno tan peligroso como el Ejército rojo. Caminamos mucho tiempo paralelamente a una línea de alambradas cuajadas de escarcha. La niebla, que no se había disipado aún, pegaba sus finas gotas al alambre de espino y se congelaba inmediatamente.

A última hora de la mañana, los dos tercios de nuestro grupo encontraron por fin su regimiento. Los jefes indicaron a los otros la posición, aproximada, de los dos regimientos que aún había que encontrar. En realidad, para los quince individuos que tenían que reincorporarse a través de dos unidades, eran tres compañías distintas las que teníamos que encontrar, pues el joven recluta y yo pertenecíamos cada uno a una compañía diferente. ¡Un verdadero lío! Y la atmósfera se prestaba mal a aquel género de juego del escondite. Además, ello representaba un considerable número de kilómetros que recorrer. La indignación nos ganaba. Era, en verdad, inconcebible que no nos hubiesen encarrilado mejor o, por lo menos, orientado para encontrar a nuestras unidades. Aquella falta de organización pesaba gravemente sobre los soldados alemanes habituados a actuar con método y eficacia. En realidad, los responsables tampoco lo eran. La extraordinaria organización de la que el Ejército alemán había dado pruebas tanto en Polonia como en Francia y en todos los países que habían sido invadidos por las tropas de la Wehrmacht, se perdía en la inmensidad rusa y en un frente que oscilaba entre dos mil y dos mil ochocientos kilómetros. Los transportes y el camionaje, un poco más reducidos todos los días, iban a agravar aún más la situación durante aquel temible y penúltimo invierno.

El grupo que seguía despistado, compuesto de dieciséis hombres estaba formado así: catorce pertenecían a un regimiento que no era el mío ni el del joven y alto recluta que he mencionado más arriba.

El joven recluta y yo pertenecíamos a otro regimiento, pero a dos compañías diferentes. Un poco antes de que declinase el día, los catorce individuos citados encontraron a su unidad de una manera tan inesperada

como las anteriores. El nuevo y yo nos quedamos en el camino resbaladizo que habían trazado las idas y venidas de las tropas presentes. Febriles de inquietud, proseguimos nuestra ruta aproximada. Cruzamos un poblacho casi abandonado cuyo nombre terminaba en «ievo». Unos chiquillos harapientos nos miraron con curiosidad. Nos sentimos molestos y atemorizados.

El camino que nos habían indicado torcía ligeramente hacia el nordeste, y mientras era de día tratábamos de hacer puntos de prolongación en el más pequeño montículo o la menor anomalía que nuestra buena voluntad descubría en la infinita extensión. Dejábamos los relieves del frente a nuestra derecha.

Rápidamente, la niebla crepuscular se adelantó a nuestras deducciones y el impenetrable gris nos aisló totalmente. Pese a mi poca edad, la fuerza de los hechos me hizo comprender que me tocaba decidir. El otro me miraba con ojos interrogantes. Sugerí, pues, que cavásemos rápidamente un hoyo bastante profundo para instalar correctamente nuestras dos lonas de tienda y hacernos un refugio para arrostrar la larga y terrible noche. Asustado, el otro pretendía que era mejor continuar.

—Nuestro regimiento tal vez ya no está lejos —dijo.

—Estás loco —repliqué—. ¿Cómo quieres orientarte en ese desierto? Nos extraviaríamos con toda seguridad y acabaríamos devorados por los lobos.

—¿Los lobos?

—Sí, los lobos, y no es lo peor en Rusia.

—Pero..., pero también pueden venir aquí.

—Es posible, pero detrás de la tienda no se atreverán. Además, si se tercia los recibiremos a tiros de fusil.

—Viene a ser lo mismo. Y encima, mañana habremos olvidado las indicaciones sobre nuestro itinerario.

—Seguimos una especie de camino, mañana por la mañana lo reanudaremos, esto es todo. Créeme, es lo más razonable.

Convencí a mi compañero y con nuestros zapapicos iniciamos la excavación de la tierra endurecida por el hielo. Apenas habíamos comenzado cuando se elevó un ronroneo preciso.

—¡Un motor! —exclamé.

—Sí, un motor, un camión seguramente se acerca.

—¡Un camión! ¡Qué va! ¡Se oye el rechinar de las orugas desde aquí! Mi compañero me miró. Vio mi turbación y preguntó rápidamente:

—¿Un carro? ¿Un carro alemán?

—¡Yo qué sé, Dios mío!

—¡Pero es que, de todos modos, estamos detrás del frente!

—¿Detrás del frente? Sí..., eso parece...

No hay nada más cargante que un tío que no las caza al vuelo. Hay que darle explicaciones cuando todo se reduce a gestos instintivos.

—¿Qué vamos a hacer? —porfió él.

—Largarnos, alejarnos al menos de la pista y escondernos en algún hoyo de nieve.

Puse en obra la idea. El ruido aumentaba. El monstruo de acero permanecía invisible y, por lo tanto, más terrible. No hay nada mejor para perder la serenidad. Esperamos un rato que nos pareció desmesurado, y luego la achaparrada silueta del tanque se perfiló. Parecía deslizarse por la estepa, sin tropiezos, pero con un ruido infernal. Escruté un momento las tinieblas a fin de distinguirlo mejor. Después, como movido por una fuerza misteriosa, me erguí y avancé con precaución, abandonando a mi compañero muy sorprendido. Finalmente, él se me acercó y me miró angustiado.

—Es un *Tiger*, uno de los nuestros —dije—. Vamos a acercarnos.

—¡Sí, vamos allá!

—Prudencia. Podrían tomarnos por bolcheviques.

—Tenemos que alcanzarlo. Nos llevarán con ellos.

—Muy justo.

Nos pusimos a vociferar sin dejar de correr hacia el carro con una cierta ansiedad. El ruido del *panzer* cubría nuestros berridos. Pasó y se alejó.

—Recoge tus trastos —le grité al recluta—. Corramos detrás. Tenemos que alcanzarlo.

Echamos a correr siguiendo las huellas del blindado. Avanzaba a poca marcha, pero de todos modos iba más deprisa que nosotros. Nos faltaba el aliento. Pronto me di cuenta de que nunca lo alcanzaríamos. Decidí jugarme

el todo por el todo. Empuñé el mauser e hice un disparo contra la niebla que casi nos ocultaba el carro. Era peligroso, porque los del tanque, al sentirse atacados, podían barrer los alrededores con sus temibles armas automáticas.

El artefacto se detuvo. Los que iban en él habían oído la detonación. Nosotros nos pusimos a gritar *kamerad* desaforadamente. El motor del carro giraba despacio y hacía mucho menos ruido. Un *Was ist das* se elevó de la torreta. Con un esfuerzo terrible, la intensidad de nuestros gritos aumentó. Esta vez estábamos muy cerca de ellos. El tanquista apenas visible debía de tener seguramente el dedo en el gatillo de su subfusil.

—¿Solamente sois dos? —preguntó cuando nos hubo visto. ¿Qué demonios hacéis aquí?

—Intentamos incorporarnos a nuestra unidad, *kamerad*. Nos hemos perdido en la oscuridad.

—No es de extrañar —repuso el otro—. Nosotros también andamos a ciegas.

Vimos un casco blanco dibujado al estarcido en los dos costados del *Tiger*. Era el distintivo de la unidad *Gross Deutschland*. Nos alegramos mucho de ello. Explicamos nuestro caso y los compañeros de armas nos hicieron subir en su vehículo de acero.

—¿Sois de la *Gross Deutschland*?

—Sí, los dos.

Una lámpara guarnecida de hierro, como las de los mecánicos, y el alumbrado de los aparatos de puntería arrojaban una luz amarilla dentro de la torreta que me pareció pintada de minio anaranjado. Había dos individuos en la torreta y probablemente dos más en la delantera. El motor, que hacía mucho ruido y que casi impedía sostener una conversación, desprendía un calor suave y un agradable olor de carburante quemado y de aceite caliente.

A pesar del espacio bastante vasto, tuvimos cierta dificultad en hacernos sitio entre las palancas y las cajas de proyectiles. El comandante estaba al acecho, y su cabeza cubierta con un gorro parecido al de los rusos asomaba de vez en cuando por encima del capó.

Supimos que también ellos iban en busca de su unidad. Una avería los había tenido parados cuarenta y ocho horas. Ahora, con gran peligro, pues

un carro solitario es un animal ciego, trataban de orientarse por medio de las baterías y compañías que iban encontrando. Su carro sólo poseía un aparato receptor y el jefe de grupo no daba señales de vida. Tal vez ya los había dado por perdidos.

Supimos asimismo que los nuevos *panzer* llegados al frente estaban cubiertos con una capa de un cemento antiminas y contaban con depósitos extintores exteriores. Lo más peligroso seguía siendo el lanzacohetes individual que tenía un nombre de mujer y que los rusos habían fabricado tras haber conocido nuestros *panzerfaust*.

Según los tanquistas, ningún adversario con orugas era de talla para luchar con el monstruo bautizado *Tiger*. Tuvimos ocasión de ver maniobrar a los *Tiger* en el combate junto a la frontera rumana en primavera. Los T-34 y los KV-85 se enteraron de cómo funcionaban también a sus costillas.

El carro se detuvo una hora más tarde.

—Aquí hay unos rótulos —gritó el comandante—. Sin duda es un puesto.

Fue a informarse y nosotros le seguimos.

En la noche oscura, una especie de pelusa caía densamente y se pegaba a la cara. Nevaba. Una estaca erizada de rótulos se alzaba como un espectro y de una manera perfectamente insólita. El tanquista quitó la nieve con el guante y leyó la inscripción. La compañía del joven recluta, así como otras tres o cuatro estaban indicadas en dirección al este. El resto del regimiento estaba en el nordeste, es decir en la dirección que seguía el carro.

El joven recluta, que probablemente era la primera vez que veía el frente, tuvo que despedirse de nuestro grupo y se alejó solo, hacia el este, en la opaca noche. Me llevé conmigo su expresión de terror pintada en blanco sobre su rostro juvenil.

Veinte minutos más tarde, el carro dio con mi unidad y decidió pasar la noche en ella. Me apeé del taxi de acero y fui a informarme en un mísero grupo de isbas cuyos anchos techos surgían del suelo como gigantescas tiendas. En el grupo de mando, que estaba instalado en una de ellas, un suboficial velaba ante un escritorio improvisado con algunas tablas puestas sobre unos trastos y alumbrados por tres velas. Como ningún fuego caldeaba la atmósfera, el hombre se había echado una manta sobre el

capote. Yo obtuve los informes suficientes para reunirme con mi familia de guerra, es decir con mi compañía, que precisamente estaba en línea.

Como el día de mi primera toma de contacto con el frente, avancé por una sucesión de casamatas, hoyos, graben y otras posiciones cien veces más precarias y menos profundas que las del Don. Los muchachos de ingenieros, casi inexistentes por allí, no hicieron más que lo que pudieron y el resto dependía del zapapico de las unidades de Infantería, exhaustas. El invierno no hacía más que empezar. Ya helaba y todo dejaba prever una agravación.

A fuerza de preguntas, un soldado de enlace me condujo a la casamata de nuestro oficial. Entré en ella. El centinela me miró de arriba abajo, extrañado de verme acompañado como un oficial superior y levantó la lona de tienda que hacía de puerta a aquel nido de ratas.

Wesreidau no dormía. Una gruesa bufanda le tapaba casi hasta la boca, pero dejaba asomar una cachimba apagada. *Herr Hauptmann*, sin nada en la cabeza, parecía absorto en el estudio de un mapa.

Dos lámparas-infiernillos alumbraban e intentaban caldear aquella madriguera. Al fondo, un hombre dormía con la cabeza entre las manos, sentado sobre una mochila. El capitán Wesreidau levantó la cabeza e intentó distinguirme. Iba a nombrarme, cuando sonó el teléfono. Un informe, sin duda, de escasa importancia. Entonces hablé.

—*Gefreiter Sajer, Herr Hauptmann*, a sus órdenes.

—¿Terminado el permiso, muchacho?

—No exactamente, *Herr Hauptmann*. Mi permiso ha sido anulado.

—¡Ah! —exclamó el *kapitan*—. ¿Está usted curado? ¿Cómo se encuentra?

Me dieron ganas de gritar mi decepción y mi deseo de obtener, por lo menos, algunos días, pero la voz se me quedó en la garganta. De pronto advertí el apego que tenía a todos mis camaradas que estarían por allí cerca. Aquello me pareció tonto y emocionante al mismo tiempo.

—Bastante bien, *Herr Hauptmann*. Esperaré el próximo permiso.

Wesreidau se puso en pie. Me pareció que sonreía. Me puso una mano en el hombro y sentí que me estremecía.

—Lo acompañaré hasta donde están sus amigos. Sé que eso puede a veces sustituir una buena cama, impedir que se tenga hambre.

Me quedé pasmado.

Herr Hauptmann me precedió y lo seguí.

—Procuro agrupar a mis hombres en función de su amistad. Wiener, Halls, Lensen y Lindberg forman parte de un grupo de protección de un *Pak*. Se alegrarán de verle.

En la niebla fantasmal, que destacaba en claro sobre la noche negra, seguí la alta silueta del oficial. Unos hombres abrumados de sueño se erguían a nuestro paso. Los suboficiales señalaban «sin novedad en el sector».

Desembocamos en un agujero más profundo y ocupado por tres mochilas amontonadas así como por dos siluetas adosadas al parapeto. Reconocí inmediatamente la voz de Wiener.

—Bienvenido a nuestro puesto, *Herr Hauptmann* —dijo el veterano—. Podemos charlar un rato, el sector está en calma.

Me quedé estupefacto por la familiaridad del veterano.

—Aquí está Sajer que vuelve con vosotros.

—¡Sajer! No es posible, creí que estaba en Berlín de juerga.

—¡Os echaba de menos, muchachos!

—¡Esto es un camarada! —exclamó el veterano—. Tienes toda la razón y además, aquí, de vez en cuando, tenemos fuegos artificiales, mientras que Berlín está sumido en el oscurecimiento total. Todavía me acuerdo de que hace un año y medio estaba así.

La voz de Halls refunfuñó.

—¿Por qué chillas tanto, Dios mío?

—De pie, hijos de la estepa —gritó más fuerte Wiener—. *Herr Hauptmann* y el amigo Sajer están aquí.

—¿Sajer? —balbució Halls—. Está loco de haber vuelto.

El capitán protestó por pura fórmula.

—Si no conociese su valor en los combates, me vería obligado a dar parte por escrito sobre su caso al batallón de marcha, *gefreiter* Halls.

Halls se despertó de golpe.

—Le ruego me dispense, *Herr Hauptmann*, estaba medio dormido.

—Su sueño es pesimista, *gefreiter* Halls.

El veterano contestó por él.

—Anteayer el Don, ayer el Donetz, esta mañana el Dnieper... Confíese, *Herr Hauptmann*, que es como para desanimar al más duro de pelar de los *landser*.

—Lo sé —murmuró Wesreidau—. Todo esto me lo temía ya al entrar en Rusia. Pero si perdemos la confianza, todo será más difícil.

—Perdemos más terreno y más hombres que confianza, *Herr Hauptmann* —repuso el veterano moviendo la cabeza.

—Los rusos no rebasarán el límite del Pripet, y esto por razones geográficas sin interés, creedme.

—¿Dónde podemos replegarnos todavía? —preguntó estúpidamente Lindberg.

—En el Oder —silabeó el veterano.

—El frío nos azotó hasta lo más profundo de nosotros—. ¡Dios nos libre de una catástrofe semejante! —murmuró *Herr Hauptmann* Wesreidau—. Preferiría morir a ver eso.

Wesreidau creía probablemente en Dios, pues su deseo se vio cumplido.

Capítulo XII

LOS CARROS ROJOS

El segundo frente del Dnieper

Hace diez días que volví a encontrar a mis compañeros de infortunio. La alegría de estar otra vez juntos se manifestó como es debido. En la isba sin ventanas destinada a nuestro descanso, festejamos mi regreso a la tierra de los «pies congelados» liquidando un bidón de cinco litros de *ersatz*. ¡Nada de vodka, nada de alcohol, nada de pastelillos! Carecemos de todo. Es la guerra.

Desde luego, solamente están los íntimos en torno al bidón. Los demás de la compañía se mantienen apartados. Indiferentes, se bañan los pies sucios en platos para ocho donde han logrado calentar agua, o bien se despiojan cuando no organizan carreras con los malditos bichos. La fiesta resplandece un instante y se atenúa, pues no es posible repetir más de veinte veces las mismas cosas y todo se apaga para dar paso a la modorra de los soldados. Todos sabemos esto, y hasta los días en que la moral es buena, la ansiedad del frente nos oprime y nos impide reír mucho tiempo.

Hace diez días que hacemos la lanzadera entre nuestro puesto y la isba de reposo. Cada doce horas, salvamos el kilómetro que nos separa del agujero de guardia de lo que la guerra ha querido dejar de una aldea.

Frente al agujero, no hay más que la llanura helada. De día, nuestra mirada se extravía en ella. Por la noche, la niebla nos acerca el horizonte a diez o quince metros y nos obliga a una dolorosa dilatación de pupilas. No cortamos el camino a nada. Ningún frente enemigo estable se ha instalado ante nosotros.

Únicamente algunas tentativas de penetración siempre motorizadas nos obligan a abrir un fuego de cortina de vez en cuando. Una vez, desde mi regreso, los carros enemigos se manifestaron y acribillaron esmeradamente nuestras baterías entumecidas por el frío. Esto aparte, nos sobra tiempo para ver la nieve polvorosa cristalizar en nuestras botas cortas de Infantería que se ponen duras como madera. Las otras doce horas sirven para ablandarlas en el calor de establo provocado por unos sesenta hombres que esperan con la mirada en el vacío, sentados unos encima de los otros. Prohibido encender fuego. El humo hace localizar las líneas (*Feuer streng verboten!*).

Wesreidau nos visita a menudo. Creo que siente amistad por nuestro grupo. Con el veterano, habla de hombre a hombre. Nosotros, los jóvenes, escuchamos las conversaciones como los chiquillos escuchan a los mayores. No nos aportan más que noticias graves, alarmantes. Kiev ha sido abandonado por las tropas alemanas exhaustas. El Dnieper, esa famosa barrera, sigue resistiendo. Desgraciadamente, no sirve de nada. Los rusos remontan su curso desde Cherkassy, tanto por la orilla este como por la orilla oeste.

El Desna, a su vez, está asediado del este al oeste. En Nedrigailov se juegan la vida o el cautiverio, pues la victoria ya no es posible. Kiev sigue siendo, a pesar de todo, el centro de los combates. Afortunadamente, nosotros sólo cubrimos el ala sur de los ejércitos empeñados, pues nuestro frente es precario y poco profundo. Estamos atrincherados en una llanura lisa como un billar y nuestra defensa, aunque dispusiésemos de medios, resultaría difícil de organizar. El decimosegundo día, sufrimos un serio ataque aéreo. La misma jornada una columna asoma por el horizonte. Está formada por una parte de las fuerzas arrolladas en Cherkassy. Siete u ocho regimientos andrajosos, hambrientos, recargados de heridos, vienen a parar en nuestras posiciones y causan estragos en nuestras reservas. En las caras barbudas de esos *landser* se lee la magnitud de los combates que acaban de librarse. Esa Wehrmacht de botas destaconadas, macutos vacíos y ojos llameantes de fiebre, precede de cuatro días la estocada rusa que sube rugiendo desde Jerson hasta la orilla oeste del Dnieper. El invierno también ataca. El termómetro desciende a quince grados bajo cero.

Y una noche, cuando un frío salvaje azota los paquetes de mantas que hacen guardia detrás de los parapetos de tierra dura y cortante, llega el enemigo. Llega, y su ruido, que el viento tiene la amabilidad de traer hasta nosotros, se nos presenta bajo diferentes aspectos. En la llanura infinita y bañada por una luna clara y helada, se eleva primero un fragor sordo y uniforme. Lo escuchamos con la ansiedad del animal acorralado que oye llegar a la jauría. Lo escuchamos por lo menos dos horas. Los ojos desorbitados, cuyo líquido protector se adensa y se hiela, miran fijamente el panorama espectral. Todavía no se ve nada. No obstante, unos y otros anuncian a cada momento: «¡Ahí están!».

La imaginación tensa hacer bailar la línea que queda visible y esta cobra de vez en cuando la forma de un espejismo inquietante. Mil ideas giran bajo el gorro de piel de gato. La patria lejana, la familia, los amigos, un amor insensato, desesperado. Se consideran todas las soluciones, la capitulación, el cautiverio, la huida..., la huida o la muerte pronto, muy pronto, para acabar de una vez. Algunos se aferran a sus armas y piensan en una defensa heroica, en rechazar, en resistir. Pero la mayoría también se dispone a la muerte. De esta resignación surgirán los héroes más gloriosos de toda la guerra. Cobardes, miedosos, pacifistas que, desde el principio, no están conformes con la guerra ni con Hitler, y que, delirantes de terror, salvarán sus vidas, y con frecuencia la de los demás al mismo tiempo, por la fuerza de las cosas.

Frente al enorme huracán, cada vez que la huida sea posible, la emprendemos. Pero muchas veces no lo es. Los héroes sin gloria darán pruebas entonces de una fuerza superior a la del asaltante. Ya no se combate por Hitler, ya no se combate por el nacionalsocialismo ni por el Tercer Reich, ni siquiera por la novia, la madre o la familia que sufren en las ciudades asoladas por las bombas. Se lucha con el miedo, por el miedo. Pero también la idea aceptada de la muerte hace vociferar de rabia impotente. ¡Vamos a batirnos por algo vergonzoso, pero mucho más fuerte que todas las doctrinas! ¡Vamos a batirnos por nosotros mismos! Para intentar no morir, a pesar de todo, en un hoyo de barro o de nieve. Como la rata acorralada en el fondo de un sótano que no vacila en saltar a la cara del hombre de tamaño desmesuradamente superior al de ella.

Perdidos por perdidos, nuestro terror se transformará en una fortaleza de desesperación contra la cual la idea del comunismo de los soldados rojos le costará habérselas. El fragor aumenta, y mientras tanto, seguimos pegados a la tierra maldita.

Ahora los ruidos son distintos. La silueta de Halls, que parece un saco de patatas, se mueve y viene hacia mí:

—¿Oyes? Hay carros —murmura.

No oigo otra cosa.

Después se oyen también cantos. Entonados por innumerables pechos. Los rusos no se andan con chiquitas. Es el gran *rush*. A su vez, experimentan el ímpetu, el entusiasmo de las tropas que avanzan.

—Hace un año y medio yo berreaba igual yendo hacia Moscú —murmura el veterano.

Transcurre la noche. El rumor se manifiesta de una manera diferente, pero persiste. Los hombres que descansaban en las isbas han vuelto a las posiciones. Todo el mundo está aquí. Incluso los servicios auxiliares han habilitado defensas junto a los acantonamientos. El frente se dilata en una larga faja, poco profunda. Una larga faja donde los regimientos se hacinan en cerca de un centenar de kilómetros para nuestra división. Somos numerosos, muy numerosos. Aproximadamente treinta veces menos que la marea que se acerca.

La ansiedad queda fija como una emisión pesimista captada por los cascos de acero. La respiración se condensa en la nariz, en los labios, en el cuello alzado del capote. Los pies y las manos nos han dolido mucho menos. Ahora, rígidos por el frío, los miembros parecen desolidarizados de nuestra tensión nerviosa. Las otras noches, los muchachos daban vueltas en los refugios para no quedarse helados. Esta noche, los molestos chanclos han sido dejados a un lado y todo está quieto. El frío cortante pasa, como un sueño silencioso, depositando sobre la tierra y los hombres una película de escarcha. Tenemos que maniobrar los cerrojos de vez en cuando por precaución. Cada vez su contacto, pegadizo y frío, nos produce el efecto de una descarga eléctrica. En el este, los rusos parecen haber enmudecido. Únicamente sus motores zumban de una manera inquietante.

De vez en cuando nos llega un relincho. Un caballo desnutrido de nuestro parque revienta profiriendo un quejido ronco. El sueño pesa, tanto como el miedo y el frío. Con los ojos abiertos, nos da por intermitencias. Por fracciones de cinco o de diez minutos nos hace olvidar. Luego, con sobresalto, volvemos a la realidad. Y así sucesivamente hasta el amanecer, la hora en que muchos mueren de frío.

Los rusos no se dan prisa. Han transcurrido otras veinticuatro horas y únicamente el rumor del Frente soviético que se instala persiste. Si aúnuviésemos fuerza y posibilidades, un contraataque por nuestra parte nos valdría cierto éxito. Pero sólo tenemos orden de resistir en este maldito frío. Se organizan de nuevo descansos cada cuatro horas, de modo que quede el mayor número posible de soldados en posición. Muchos se duermen al pie de sus armas y despiertan bruscamente con serias congelaciones. Noche y día, heridos nos dejan a caballo o a pie. No llega ningún refuerzo y esto debilita aún más nuestro frente.

—Esto es un truco —refunfuña el veterano.

Al anoecer sorprendemos a Lindberg, que se había alejado, según dijo, para bajarse los pantalones, con las piernas desnudas. Ha permanecido así tres cuartos de hora y no ha podido resistir más. Ahora llora como un ternero y Halls vuelca su rencor respecto a su proveedor flagelándole las pantorrillas y los muslos con el cinto de la careta antigás.

Al día siguiente, los rusos siguen sin atacar. Cada vez estamos más crispados y no podemos disfrutar de la calma. Un avión nos sobrevuela y lanza cuatro grandes sacos de correspondencia.

Tengo cuatro cartas: dos de mi familia, dos de Paula. Han tardado mucho en llegar. Una de Francia, sobre todo, es del mes pasado. Devoro la correspondencia de Paula, de la que emana una gran tristeza. Ella está ahora movilizada para trabajar en una pequeña fábrica en pleno campo a sesenta kilómetros de Berlín. La vida es inaguantable en la capital, precisa Paula.

¿Qué debo pensar?

La carta de mis padres, con la eterna canción de mi padre, está llena de quejas injustificadas. Se lo digo a Wiener que me replica:

—Los franceses no saben más que quejarse.

La última carta de mi madre me deja estupefacto por su falta de realismo. La pobre mujer me enardece que vaya con cuidado, que no haga acciones brillantes, que me limite a mi servicio y no me exponga inútilmente. Estos infelices consejos están tan fuera de lugar que me quedo un momento estupefacto. Mi mirada va de la hoja que parece amarilla, comparada con la nieve que se extiende y se arremolina, ocultando el horrible peligro que al este se instala frente a nosotros. Lo irrisorio de los consejos de mi pobre madre me arranca lágrimas de emoción.

Cada uno está sumido en la lectura de una misiva, tan inesperada a veces que conmueve a individuos mucho mayores que yo. Otros gritan y se agitan como locos. Acaban de saber la muerte de uno de los suyos en un bombardeo.

—Este correo no ha hecho más que desmoralizarnos un poco más — clama un mozarrón mirando a un camarada que solloza oprimiéndose los labios.

¡Nada nos será ahorrado, pues!

Por la tarde salen unas patrullas en medio de la tormenta que las oculta. El Estado Mayor, rabioso de esperar, decide someter a prueba al enemigo. Solamente habrá un pequeño tiroteo y las patrullas volverán diciendo que han visto gran cantidad de material ruso.

Precisamente antes de anoecer se nos arranca del descanso. Con el pulso agitado, ganamos corriendo nuestras posiciones. Los tanques rusos avanzan en la tempestad, y la tierra helada repercute sus vibraciones.

Los sirvientes de los antitanques, así como los de los *panzerfaust*, tienen la vista pegada al visor cuyo vaho hay que limpiar constantemente. Algunos fosos anticarro han sido cavados. Todos insuficientes, tanto en cantidad como en eficacia. Si la defensa antitanque cede, estamos perdidos. No lo ignoramos y apretamos nerviosamente las granadas anticarro y las minas magnéticas que nos han sido distribuidas.

En el *Palc* que protegemos, Olensheim, Ballers, Freivich y otros están prontos a manejar la pieza. La nieve que cae disminuye la visibilidad. Una ametralladora ligera acaba de abrir el fuego al norte. Los monstruos rugen y siguen invisibles. En el norte, el combate aumenta rápidamente. Los resplandores son visibles a pesar de los blancos torbellinos y de la noche

que cae muy deprisa. El ladrido breve de los anticarro azota la llanura y repercute de una forma curiosamente apagada. Los fragores aumentan y agitan las respiraciones. Largas llamaradas corren horizontalmente. Otras, por el contrario, trepan en vertical y abrazan por capas las masas de nieve arremolinadas. El rugir de los tanques en plena aceleración rompe la noche y los tímpanos. Cinco monstruos imprecisos surgen, corriendo paralelamente a nuestra línea de defensa. Nuestros compañeros de la pieza antitanque disparan precipitadamente. Wiener apoya con sangre fría la culata de la ametralladora en su hombro. Yo estoy paralizado por mil terrores indescriptibles. Unos resplandores amarillos crepitan sobre la delantera de los T-34 cuyas torretas están orientadas hacia nuestras líneas. Cinco obuses han trazado ya rasgos blancos y nuestros camaradas del antitanque han visto como sus disparos quedaban sin efecto.

Un carro bordea rugiendo la posición. Va a pasar a diez metros de nosotros. Un aullido se distingue a través del estruendo. Un proyectil de *panzerfaust* estalla en el costado del monstruo. La marcha de este disminuye una humareda densa y negra que el viento aplasta contra el suelo se escapa por todos los intersticios del *panzer*. Los capós se abren y restallan sobre la chapa. Se elevan unos gritos que seguidamente quedan cubiertos por una formidable explosión. La torreta se descoyunta. Los jirones de los hombres quedan suspendidos de la chatarra desarticulada y adquieren tonos que van del púrpura al oro. Ningún grito de victoria resuena. El ladrido del *Pak* estalla por encima de nuestro refugio. Uno de los obuses acaba de encontrar una juntura en la trasera de otro blindado que se empenacha de humo a su vez. Las balas corren, por fin, en mis manos. Todo lo que se escapa de los vehículos inmovilizados es despiadadamente abatido. Respiramos un instante. Los incendios iluminan el teatro de operaciones. Surgen más carros. Tenemos tiempo de verlos desde más lejos. Uno de ellos corre detrás de nuestra línea. Se nos eriza el cabello a medida que el carro arremete contra nosotros. Los muchachos del antitanque se preparan rápidamente. En tres segundos, la pieza está apuntada hacia el monstruo. Dispara y el proyectil estalla sobre la delantera del carro enemigo. Con el choque, el motor de este casi se cala y luego ruge. Parece desembragado. A la derecha, al mismo tiempo, dos resplandores

deslumbran y provocan una explosión. Otro carro dispara sobre nuestra posición. La tierra salta a grandes bloques a nuestro alrededor.

No sé ya lo que pasa. El carro de la derecha se incendia a su vez y gime por todos sus remaches.

—*Für der Panzerfaust, Sieg Hell! Heil!* —grita una voz.

Nuestros artilleros tiran sin tregua sobre el segundo carro que venía por detrás de nuestras posiciones y que parece tener dificultades mecánicas. Una explosión prolongada es visible a su izquierda. Ya no se ocupan más de él. Hay otros, más atrás. Alucinante espectáculo. Un T-34 arremete bamboleándose entre nuestras posiciones y siembra la muerte bajo sus orugas. Detrás, un vehículo semioruga, armado de una pieza anticarro, lo persigue. Los hombres de la *geschnauz* descargan todo lo que pueden contra el monstruo que acelera. Los camaradas del anticarro están en peligro. Freivich está herido, tal vez muerto. Disparamos con ametralladora contra el carro ruso que no frena y vuelve hacia sus líneas. Dos proyectiles disparados por otros carros estallan alrededor del semioruga. Un tercer disparo desintegra ante nuestros ojos la plataforma en la que los temerarios cazadores habían emprendido su insensata carrera. El vehículo marcado con el casco blanco de la *Gross Deutschland* chisporrotea en el fuego de sus depósitos. El enemigo, creyéndose perseguido todavía, huye en la tormenta de nieve.

El ataque de los blindados rojos ha terminado. Ha durado aproximadamente media hora, visiblemente destinado a probar nuestra defensa. Cierta número de blindados rusos han quedado sobre el terreno. Sus pérdidas son dolorosamente superiores a las nuestras. Pérdidas que, desgraciadamente, suponen poco para la fuerza que se reagrupa enfrente. Para nosotros, la destrucción de cuatro defensas antitanques en nuestro sector disminuye de manera importante el sistema de defensa.

La tensión remite un poco. Los teléfonos de trinchera chirrían y piden informes. Se llama a los camilleros que corren arrastrándose sobre la tierra helada. El veterano se desliza al fondo del hoyo y enciende un cigarrillo a pesar de la prohibición. Halls salta al refugio.

—Acabo de saber que la casamata de Wesreidau ha sido aplastada. Por un T-34 —precisa, jadeando.

Lo miramos esperando otras explicaciones.

—No os mováis de aquí —decide el veterano—. Voy a ver.

—*Achtung Zigaretten!* —indica Halls.

—*Danke.*

El veterano aplasta la colilla y se la mete en la bocamanga. Vuelve media hora más tarde.

—Durante diez minutos —afirma—, hemos removido la tierra para sacar a Wesreidau de su tumba, así como a los otros dos oficiales. Los tres sólo sufren heridas superficiales. Únicamente ha muerto el muchacho de los enlaces que hacía la guardia ante el refugio. Aterrorizado, habrá querido meterse en aquella trampa. Hemos encontrado su cuerpo triturado bajo el hundimiento de la entrada.

¡Uf! Olvidamos el último cuadro para no pensar más en nuestro *hauptmann*. Wesreidau se ha salvado. Realmente nos importa conservarle de jefe.

Al día siguiente, ya no nieva. Los blancos copos no han conseguido cuajar en los esqueletos de los carros destruidos, de los cuales algunas partes metálicas quedaron al rojo por los incendios. Los grandes cadáveres, todavía calientes y negros, erizan la llanura en número de veinte. Cuatro puntas de ataque han sido lanzadas esta noche por los rojos. Una sobre nuestra posición defendida por seis compañías y las otras tres más al norte, de veinte en veinte kilómetros.

Hemos tomado el relevo a las ocho. Todo está inmóvil bajo un cielo sombrío. Es el auténtico cielo del invierno ruso. La tierra parece cubierta de una techumbre opaca y pesada como una chapa de plomo. Nunca he vuelto a ver un cielo como el del invierno ruso. Inconscientemente, la mirada contraída de los *landser* se alza hacia él como para comprobar su solidez. La luz rezuma, penosa y difusa, dando a todo un aspecto irreal. Los impermeables reversibles blancos destacan en amarillo desvaído sobre la nieve fresca inmaculada. Cada infante parece una funda de almohada mugrienta e hinchada. Muchos se han echado encima todo lo que la impedimenta de invierno puede contener: capote, chaleco, piel de carnero, etc. Los movimientos son lentos a causa de este embutido. A menudo los

«monos» de camuflaje se rompen por todas partes por no estar hechos para contener tantas cosas.

A pesar de nuestra sensación de inferioridad, los hombres están más sosegados esta mañana. Los esqueletos de los carros aniquilados son como un cuadro de caza victoriosa ante nuestros ojos, a pesar de todo, pesimistas. Todos sabemos que no se trataba de un ataque serio, pero hemos logrado resistir a los más peligrosos monstruos soviéticos. La idea de que los tanquistas rojos tal vez no tenían orden de avanzar más, sólo se les ocurre a los veteranos. Para nosotros, está claro que los hemos detenido. Algunas botellas de aguardiente reservadas para reconfortar a los heridos han sido descorchadas por el propio capitán. Por la noche, en las isbas que cobijan a los hombres de reposo, se organizan pequeñas fiestas. En la nuestra, los hombres de los *panzerfaust* son los homenajeados.

A la luz restringida y vacilante de siete u ocho velas, los vasos de hojalata se alzan a la salud de los *obergefreiter* Lensen, Kellermann y Dunde. Los granaderos Smellens y Prinz trincan con *Herr Hauptmann* Wesreidau, que lleva un enorme vendaje en la mano izquierda y dos más en la cara. Hay también dos heridos acostados en camillas y se les ofrece un cigarrillo tras de otro.

Halls, exuberante como de costumbre, describe la batalla remedando ciertas escenas con ampulosos gestos del brazo izquierdo, que blande el vaso, por tener el derecho ocupado en rascarse febrilmente los sobacos invadidos de piojos. Lindberg se agita, como siempre que todo nos va bien. La cobardía le ha marcado más que a cualquier otro. Su cara, que no consigue envejecer, lleva los estigmas de ello.

Algunos se duermen mientras continúan las vociferaciones. Los soldados del Este han aprendido a dormir en cualquier parte, en medio del barullo que sea. Los que persisten en velar tienen la cabeza y el lenguaje acalorados por el alcohol. En la penumbra de la isba, la escena adquiere el aspecto de un cuadro fantástico. Los cantos se elevan como en todas las reuniones alemanas. Aquí son cantos de marcha, pues no conocemos otros. Luego, el veterano, que la ha cogido buena, inicia una canción rusa. Habla el ruso bastante bien. No lo podemos traducir. Nadie sabe si se trata de una

canción revolucionaria roja o de un canto de la Ucrania amiga. No importa. ¡Ya no estamos para estos distingos!

Cada uno canta lo que quiere con la mayor discordancia. Halls me insta a cantar en francés, pese a las ganas que tengo de vomitar.

Y heme aquí berreando la marcha de *Sambre et Meuse*. Luego, dos o tres burradas más que hablan de culos, de pelos y de sífilis.

Halls, que está como una cuba, se ríe a carcajadas.

—Aquí vienen los franchutes en socorro nuestro. *Hurre pobieda!*

Entonces se produce un incidente lamentable. Lensen se pone de pie, cabreado por la borrachera.

—¿Quién habla de franchutes, aquí? ¿Qué podemos esperar de esos conejos de monte?

Se dirige a Halls, que baila pesadamente, como un oso. Halls intenta cogerlo de un brazo para valsar.

—¡Cállate la boca, cerdo! —grita Lensen—. Vete a meter la cabeza en la nieve en vez de berrear imbecilidades.

Halls, que le lleva casi un palmo, continúa su farandola. Entonces Lensen le arrea un manotazo y abusa de la ventaja que le confieren sus galones.

—*Stillgestanden, gefreiter!* —grita.

—Pero ¿qué mosca te ha picado? ¿Es que te burlas de mí? —replica Halls, con la mirada empañada por el alcohol.

—*Stillgestanden* —insiste Lensen—. Ya te daré yo, la *Madelon*.

—Te olvidas de Sajer —vocifera Halls, congestionado, señalándome—. Tiene sangre francesa y ha pasado su vida en Francia. Los franceses ahora están de nuestra parte —asegura, tal vez poco enterado como yo de lo que ocurre.

—¡Cacho de imbécil! ¿Quién te ha hecho creer una imbecilidad semejante?

—¡Es verdad! —exclama alguien—. *Ost Front* lo dice.

Yo no sé qué cara poner.

—¡Estáis soñando, partida de atontados! Aunque un puñado de esos gallinas esté con nosotros, no prueba nada. Se ve bien que sois unos pelos negros para estar siempre al lado de las mandolinas.

Lensen recalcaba así las desavenencias fundamentales que hacía mucho tiempo reinaban entre los alemanes del sur y los prusianos.

—Mi madre nació cerca de Berlín, Lensen, no lo olvides —dije yo.

—Entonces, tienes que escoger. O eres alemán como nosotros, o si no, te vas con tus sinvergüenzas de franceses.

Iba a explicarle a Lensen que no me habían dejado escoger.

—En Polonia y hasta en Chemnitz os lo preguntaron. Lo recuerdo porque estuve presente.

—Pero él escogió —gritó Halls—. Aquí hace el mismo trabajo que tú.

—¡Entonces ya no tiene nada que ver con los franceses! —exclamó triunfalmente Lensen, que, por su innegable valentía, había sido galardonado con la cruz de guerra tras haber destruido su séptimo carro en el *panzerfaust*.

Me quedé abrumado. Me sentía vulnerable e incapaz de llegarle a Lensen a la suela de los zapatos. La guerra seguía dejándome paralizado, y probablemente era mi feo lado francés lo que denunciaba Lensen. De pronto me sentí como Lindberg, que no era francés, pero sí oriundo de la región del lago de Constanza, un pelo-negro, como decía Lensen.

Un grupo alegre entonó *Marienka*, y la bebida recobró la iniciativa. Me quedé un poco apartado con mis reflexiones. Todo el orgullo que había sentido al prestar juramento en el campamento F, todo el gozo de sentirme por fin igual que mis compañeros que me inspiraban un indiscutible respeto, todos los esfuerzos, todos los tormentos sufridos con la fe de quien cree en lo que hace, todo ello acababa de ser puesto otra vez en entredicho por la acusación de aquel borracho de Lensen. Siempre había notado cierto desdén por su parte. Sin embargo, una vez me defendió en Polonia. Por lo tanto, quizás yo exageraba. Lensen no tenía nada contra mis orígenes... Pero hoy, la verdad, había estallado. Mis compañeros de sufrimientos me rechazaban, a pesar de mi buena voluntad. ¿Sería yo digno algún día de llevar las armas alemanas? Maldije interiormente a mis padres por haberme hecho nacer en una encrucijada tal de caminos.

Furioso y triste a la vez, me encontraba increíblemente solo. Sabía que seguramente podía contar con Halls, Wiener y hasta con algunos más. ¡Pero los camaradas se habían puesto a beber otra vez con sus hermanos de raza!

Nunca más podría atreverme a chapurrear sus cantos que, sin embargo, me gustaban mucho. Tal vez un día yo moriría en aquella situación de esclavo negro al lado de su amo. Aquella idea me resultaba intolerable y, añadida a la náusea que me producía el aguardiente, me obligó a salir para vomitar y respirar el aire algo más que fresco. Mi embriaguez me impedía reflexionar más. Entré de nuevo y me fui hacia un montón de mochilas, donde me dejé caer. Luego, desabrochándome todo el correaje, me puse a rascar encarnizadamente los piojos que me laceraban la carne a la altura del cinturón.

Al día siguiente, el Frente ruso volvió a agitarse. La artillería nos propinó unos cuantos pepinazos. Hacía algunos días que los *popov* nos tenían en vilo y sin duda estaban preparando la ofensiva definitiva con aquella lentitud que siempre caracterizaba su organización. Durante la jornada, una columna de artillería acudió a reforzar nuestra posición. Ello nos valió un duro ejercicio con palas y picos que nos llenó de ampollas las manos.

Todas las tropas en línea recibieron la orden de dismantelar el Frente ruso. Y para ello nos adjuntaron artillería del «88» y del «155».

Toda la tarde del día siguiente, nuestros artilleros efectuaron un tiro de hostigamiento sobre Iván, desesperadamente mudo. Por la noche, las secciones, atiborradas de armas, salieron de los refugios y avanzaron por la tierra nevada. La marcha hacia el Este volvía a empezar. *Scheise!* Con cierto estremecimiento de aprensión, los grupos toparon con un regimiento motorizado soviético cuya masa insólita de vehículos parecía inmovilizada *in aeternum*. Hubo el ladrido de las ametralladoras, el desgarró de las granadas, los gritos de los hombres del regimiento sorprendidos por una agresividad de nuestra parte que no esperaban y el rugido de los incendios de gasolina que consumieron un material evaluado en una suma considerable de rublos.

Después, todo el mundo dio media vuelta antes de que los rojos hubiesen reaccionado y tuviesen tiempo de vengarse cruelmente. Regresamos a nuestros hoyos, cubiertos de una gloria pasajera.

El hecho era que habíamos, al mismo tiempo, despertado la cólera de los rusos, quienes iniciaron el baile con el amanecer muy tardío.

Igual que en Bielgorod, el horizonte se inflamó de golpe, tan repentinamente como los primeros compases de una ópera de Wagner. La precipitación con que ganamos nuestros puestos tomó un aspecto trágico. La lluvia de hierro fue tan densa que una cuarta parte de los hombres quedó fuera de combate antes de haber podido llegar a sus posiciones. Las mismas escenas que ya había vivido en otras partes volvieron a desarrollarse. El espectáculo de camaradas aullando en sus últimas convulsiones seguía causándome el mismo efecto insoportable. A pesar de mi voluntad de vivir o de morir como un héroe de la Wehrmacht, no fui más que un animal paralizado de terror y de aprensión.

La aviación alemana, con la que ya no contábamos, hizo una feliz aparición poderosa y calmó un poco el ardor de los artilleros rojos.

Al día siguiente, de madrugada, fue la de los rusos que vino a su vez para dejar caer sus bombas entre nuestros *hautsbitz*. Nuestra artillería desmantelada recibió orden de replegarse durante la noche, dejándonos el honor del campo de batalla.

La posición fue mantenida cuatro días más, pese a los asaltos de la infantería apoyada por los blindados. Vivimos unas horas de un deporte espantoso. Los muertos fueron, en la medida de lo posible, sepultados en los hoyos que habían ocupado en vida. La compañía borró ochenta y tres nombres de su lista de efectivos. Entre ellos, Olensheim, que había vuelto gravemente herido de Bielgorod para recibir el tiro de gracia al oeste del Dnieper, allí donde la tranquilidad debía estar asegurada.

Los rusos se habían reagrupado para el asalto final, y tan sólo algunos últimos preparativos debían retrasarlos, sin duda. Sin embargo, su artillería, que se notaba que era reforzada de hora en hora, volcaba sobre nuestras posiciones y bastante más allá un machaqueo intensivo. El veterano acababa de ser herido y aguardaba, con otros cien, a ser evacuado a un hospital de la retaguardia o, por lo menos, a una zona más tranquila. Un sargento poco cortés ocupó el sitio de mi buen August, y yo seguí haciendo subir los cargadores de la *spandau* manejado por una mano netamente menos experta.

Aquella noche fue tan horrible que no guardo de ella más que un recuerdo disperso, confuso. El suministro de municiones a través de los

graben solía hacerse en una lona de tienda llevada por dos o cuatro hombres. Cuando digo «aquella noche», quizá se trate de las siete o las ocho de la tarde, porque cualquiera sabe en Rusia... En verano, el sol no se pone nunca prácticamente y en invierno casi ni siquiera sale, sobre todo en los comienzos de la estación.

Acabábamos de aguantar los asaltos de dos o tres grupos importantes. En los puestos a la izquierda, hubo muchos gritos y sin duda camaradas muertos.

Habíamos agotado cinco cargadores y nos calentábamos los dedos sobre el metal casi ardiente de la ametralladora. El sexto y último cargador estaba metido y esperábamos con ansiedad a los abastecedores. La noche estaba iluminada por treinta y seis mil explosiones producidas por los obuses rusos que caían constantemente, haciendo muy difícil cualquier desplazamiento. Las zanjas, insuficientemente profundas, sólo conducían a ciertos puestos. En cuanto a los demás, había que acercarse a ellos a saltos sucesivos, entre dos estiradas y reptar decenas de metros sobre la nieve mezclada con terrones helados.

Cuatro siluetas eran visibles de vez en cuando a través de los resplandores. Los cuatro camaradas saltaban de un hoyo de obús a otro, transportando proyectiles para mortero del 50 y cargadores para *spandau*. A cuarenta metros de nuestra posición, les vimos destacar en un blanco resplandor y ningún grito subrayó su fin. Dos minutos después, fui arrastrándome hacia el impacto. Por orden del sargento, debía volver con dos cargadores por lo menos. Había llegado al sitio, cuando se elevó el grito de asalto de los rusos. Hubo una avalancha de granadas y de torpedos de mortero ligero. El suelo tembló debajo de mí, de una manera ilógica. Tuve la impresión de ser un guisante en la piel de un tambor diestramente batido. Me encontraba tumbado en medio de los camaradas muertos un momento antes, sin discernir lúcidamente el objeto de mi traslado. Hubo un ruido de carro. Todo ello despedazado por mil rastros luminosos, por un sinfín de explosiones rosadas, amarillas. La oscuridad era atravesada por unos faros que iluminaban una pancarta muy corta con la inscripción «S. 157». Con la boca abierta, según lo prescrito y sobre todo porque me asfixiaba, me quedé allí buscando con gestos dementes unos puntos de apoyo en aquel mundo

diabólico donde la horizontal y la vertical variaban al ritmo de los tajos luminosos que recortaban la oscuridad. Me pareció reconocer a través de todas aquellas incertidumbres, el crepitar del arma que había usado el veterano y de la que me había alejado un instante. Mi razón naufragaba. No creía poder encontrar ya una salida a la situación y me quedé clavado en el suelo, con la cabeza agachada como el animal atado que espera la cuchillada.

A cien metros a la izquierda, el *Pak* voló en la noche rayada de relámpagos con sus municiones, sus sirvientes y su tubo marcado con once dianas. Todo volvió a caer, con la lógica de la gravedad, incluso los hombres que, sin embargo, habían merecido el cielo. El ruido espantoso de un carro se elevó en el tumulto. Un faro oscilaba y brincaba sobre el claroscuro. El monstruo, que sin duda acababa de cruzar nuestras defensas, pasó a veinte metros. Lo vi encenderse de repente y, a pesar del frío intenso, un soplo ardiente casi me asfixió. En un estado de semiinconsciencia, oí, a pesar del estruendo, una galopada en los alrededores y también gritos, como blasfemias que, si no eran francesas, tampoco eran alemanas.

Me pareció oír las pisadas de dos o tres pares de botas. El conjunto se presentó tan deprisa, tan confusamente, que no estoy absolutamente seguro de lo que vi. Volvió a restallar el subfusil. Después, gritos añadidos a cien más. El carro estalló una segunda vez, esparciendo sus órganos de acero contra mí. Alguno de los nuestros seguía disparando todavía.

Una calma relativa sucedió a aquel tumulto durante tres cuartos de hora. Molido de tensión nerviosa, logré sacudirme el entorpecimiento y di unos cuantos pasos hacia el puesto que ocupaba veinte minutos antes. Pero allí me parecía ver solamente humo y cuerpos tendidos en el suelo. La humareda cubría todo el sector. Di media vuelta bruscamente y anduve irresistiblemente en dirección de nuestras líneas interiores. Vi demasiado tarde un cadáver y no pude evitar pisarlo. La idea de que me encontraba desarmado me asaltó, pese a mi gran conmoción. Un arma estaba tirada junto al cadáver. Me apoderé de ella y eché a correr otra vez.

Cuatro o cinco tiros resonaron en mis oídos y el maullido de las balas me hizo pensar en el infierno. Me parecía estar a punto de desfallecer. Entre dos sobresaltos fui a caer en el hoyo de tres camaradas tan tensos como yo.

No me concedieron ni una mirada y siguieron mirando hacia el Este sombrío y fascinante. En un instante, literalmente derrumbado en el fondo del hoyo, intenté reordenar mis ideas. Mil lucecitas iluminaban aún mi retina, prolongando así el deslumbramiento de poco antes.

Permanecí allí un buen rato, preguntándome a qué punto debía dirigirme. Luego los muchachos del hoyo profirieron unas exclamaciones. Me erguí y eché una mirada atemorizada. Lejos, muy lejos al sur, la tierra parecía haberse incendiado. Un ruido de mil truenos sacudía la atmósfera.

A treinta kilómetros al sur de nuestras posiciones, el segundo Frente del Dnieper cedía ante el irresistible empuje ruso. Miles de soldados alemanes y rumanos perecían en un fin apocalíptico. Unos veinte regimientos, no habiendo podido despegarse a tiempo, deponían por fin las armas y recibían el injusto premio de su bravura: el cautiverio, la degradación más moral que militar, la humillación...

Para nosotros, la guerra continuaba. Decidí abandonar apresuradamente el refugio en el que me había metido unos minutos antes. Corriendo como un loco, medio agachado, fui a parar a otro puesto de defensa, entre un grupo que curaba a un soldado inanimado. Un individuo, que yo no conocía, me llamó por mi nombre.

—¿De dónde sales, Sajer?

Con la mente agitada de sobresaltos, miré en su dirección.

—No lo sé, ya no sé nada... Todos han muerto, allá... He huido entre los rusos...

Detrás, un motor roncaba. Un tractor estaba emplazando una pieza pesada antitanque. Los disparos sonaron un segundo antes de la llegada de los proyectiles. Los rusos reanudaban su hostigamiento. Todo el mundo, yo incluido, se puso de nuevo en posición de defensa. La fatiga obraba ahora en nosotros como una droga. Los impactos de los rusos levantaban la tierra en una sucesión de géiseres cada vez más densos. Vimos la ráfaga acercarse a nosotros. Con un grito de desesperación y de clemencia, desaparecimos en el fondo de la posición, unos contra otros, agitados por un mismo temblor. Los choques se acercaron con una violencia espantosa. Chorros de nieve, miríadas de terrones penetraron como un diluvio en nuestro refugio. Un resplandor blanco, acompañado de un formidable desplazamiento de aire y

de un ruido que nos ensordeció, levantó el fondo de la trinchera. Sin comprender inmediatamente lo que nos ocurría, fuimos proyectados todos en bloque sobre la otra vertiente y sobre el herido. La tierra volvió a caer con un gran ruido y nos cubrió.

En aquel instante tan próximo de la muerte, tuve un ataque de terror que estuvo a punto de hacerme estallar el cerebro. Aprisionado por la masa de tierra, me puse a gritar de una manera anormal. El simple recuerdo de aquel instante todavía me enloquece. Sentirse sepultar vivo es una impresión tan terrible que no sé cómo expresarla. La tierra estaba en todas partes, en mi cuello, en mi boca, en mis ojos; mi cuerpo entero estaba sujeto por algo pesado y fenomenalmente inerte. Mis grandes esfuerzos sólo contribuían a hacerlo estrecharse un poco más sobre mí. Debajo de mis muslos, la pierna de un camarada se agitaba con la porfía de un caballo en los varales de una pesada carreta. Algo se apartó sobre mis hombros. Con un impulso brusco, saqué la cabeza de la tierra y del casco, estrangulándome casi con el barboquejo. A mi lado, a unos cincuenta centímetros, una máscara horripilada, de la que escapaba un hervor de sangre, aullaba de una manera inhumana. Mi cuerpo seguía bloqueado. Creí morir o perder la razón.

Alaridos de rabia y de desesperación brotaron de mi garganta. Ninguna pesadilla puede alcanzar en intensidad esta realidad. Comprendí en aquel momento solamente, la significación de todos los gritos de horror y de desesperación que había oído durante los combates en que había tomado parte. La letra de los cantos de marcha, que solían hablar del soldado moribundo cubierto de gloria, adquirirían de repente una resonancia grave y terrible.

Marchábamos como dos hermanos.

Él está ahí, en el polvo.

Mi corazón se desespera.

Mi corazón se desespera...

Ahora sé, aún más, lo duro que es ver morir a un camarada. Sé que casi es tan duro como morirse uno mismo.

Aquella noche, los rusos intentaron nueve veces abrir brecha en nuestras líneas. No consiguieron más que dismantelarlas. Si su perseverancia los hubiese llevado a un décimo o decimoprimer asalto, seguramente habrían arrollado totalmente nuestras defensas. Medio enterrado, asistí, durante veinte minutos largos, al huracán de fuego que volcó sus cohetes sobre nuestra retaguardia, arrasando lo que quedaba de la aldea, matando a cerca de setecientos hombres, nada más que en nuestro regimiento, que sumaba mil ochocientos aproximadamente. A fuerza de escarbar la tierra con las manos, logré, pues, al cabo de veinte minutos librarme de aquella maldita prisión. Dos hombres yacían sobre su sangre a través de la labor de titanes. El herido que hacía poco se estaba ahogando seguía sepultado debajo de más de un metro de tierra y sólo podía contar con la clemencia del cielo.

Un individuo herido, y casi tan enterrado como yo, gemía en el mismo hoyo. Apresuradamente, bajo el estrépito de las explosiones a nuestro alrededor, liberé al desventurado y lo ayudé a arrastrarse a gatas hacia atrás. Allí había un arma y la cogí.

Pasé el resto de la noche saltando de una dificultad a otra. Huyendo de un juego terrible cuyo envite es la piel de uno y en el que las posibilidades de salvarse son mínimas en relación con las de sucumbir.

Con el despuntar del día y la aurora indecisa, el frente alemán trastornado conoció por fin la calma. Los restos de los regimientos desperdigados se encontraron al azar, entre los hoyos y los embudos de obuses diversos. Los muertos rusos y alemanes señalaban el desastre rematado por una humareda estancada. Los heridos que no habían sucumbido con el áspero frío del amanecer seguían gimiendo, y sus quejas colectivas llenaban los campos nevados de un lamento uniforme. Nuestras mentes extenuadas lo escuchaban como se presta oído al viento cuando aúlla en la paja de las isbas. Las secciones de socorro fueron formadas para secundar a los camilleros, impotentes ante tanta tarea.

Como siempre, los rusos dejaron que nuestros socorristas se ocupasen de todo ello, dejando a sus heridos que eligieran entre reventar allí mismo, o la posibilidad de ser evacuados por nuestros servicios hacia nuestra retaguardia. Si bien su material y sus equipos se hacían cada día más importantes, sus cirujanos seguían todavía siendo insuficientes.

Desgraciadamente, nuestro Ejército, desorganizado por los repliegues sucesivos, no podía ya hacer gran cosa para sus miles de soldados cuyo número aumentaba todos los días, y el mujik herido no debía tener muchas esperanzas.

Mientras lo que subsistía de humanidad intentaba borrar la ignominia de la guerra, doce de nosotros nos reunimos en una casamata medio cubierta situada detrás de nuestro antiguo campamento de reposo totalmente arrasado. Entre el grupo se encontraba *Herr Hauptmann* Wesreidau, que acababa de llegar. Pese a la consternación que provocaba el desastre, una alegría insólita se manifestaba cada vez que un camarada llegaba al atrincheramiento. Halls y Lensen estaban allí, así como Lindberg. Yo me atareaba en ponerle un vendaje de urgencia al cabo prusiano, que tenía el dorso de la mano gravemente quemado. El capitán dio la orden de repliegue. Despachó a los suboficiales y a nosotros mismos para pasar lista y reagrupar a la compañía diezmada, antes de levantar el campo al crepúsculo. Ayudé, pues, a Lensen a buscar su sección. Los rusos, para quienes tampoco aquello había resultado fácil, respiraban un momento antes de proseguir la demolición de nuestro frente. Por el momento, todo seguía en calma a la inquietante luz espectral de un día de diciembre.

Lensen no salía de su asombro por lo que me había ocurrido. Para él, yo había sobrevivido, en una lucha extraordinaria, al empuje soviético. Por mucho que le dijera que no había comprendido nada de lo que acababa de pasar, él improvisaba todo un argumento.

Mi impermeable había desaparecido completamente dejando aparecer el *feldgrau* chamuscado del capote. Había cogido un arma en mi precipitación y daba la casualidad de que el arma era rusa. Para Lensen, estaba claro: los ruskis habían rebasado mi posición, no me habían visto o me habían creído muerto. En un cuerpo a cuerpo desesperado, yo había desarmado a un adversario y, con aquel arma, había logrado abrirme paso hasta nuestras líneas.

—Todavía estás en un estado comatoso —insistió—. Los recuerdos te volverán enseguida... No veo otra explicación.

La versión de Lensen era favorable. Personalmente, yo no guardaba más que recuerdos impalpables, impresionado por mil resplandores, mil

estrépitos inconcebibles y un desorden maquiavélico que me impedía situar la estrella Polar. Tal vez Lensen intentaba sencillamente hacerse perdonar su actitud de la otra noche...

Al crepúsculo, que se situaba a media tarde, el segundo Frente del Dnieper fue abandonado. Mientras, más al sur, el enorme empujón ruso, del cual nosotros en realidad, no habíamos sentido más que los contragolpes, rompía entre las unidades alemanas y rumanas, nuestras columnas diezmadas dejaban el terreno, abandonando el material inutilizable o no transportable. Los regimientos de la *Gross Deutschland* evacuaban sus posiciones, a pie en su mayor parte y en medio de un silencio relativo, con el espinazo encorvado y suplicando al cielo de pizarra que el enemigo no se lanzara inmediatamente en su persecución.

Capítulo XIII

LA TERCERA RETIRADA

*Guerrilla. Navidad de 1943. El sitio de
Boporoeivska*

Nuestros ruegos fueron escuchados, y aquella primera marcha nos permitió hacer unos cincuenta kilómetros sin ser importunados. Nos sorprendió desagradablemente no encontrar otras líneas de repliegue y de contrafrente en aquel recorrido. Con excepción de algunos puestos de vigilancia territorial, cuyas guarniciones, con gran extrañeza por su parte, tuvieron que salir huyendo con nosotros, no encontramos ninguna defensa seria. Los rusos iban a poder proseguir su avance sin lucha.

El segundo día de la tercera retirada, la parte más móvil de nuestro batallón se mantuvo en su puesto para servir de tropa de cobertura. Unos dos mil hombres, entre los cuales me hallaba yo, fueron diseminados en los alrededores de una aldea que no figuraba en los mapas del Estado Mayor. Sus habitantes se habían refugiado a nuestra llegada en el frondoso bosque contra el que se adosaba la aldea. Permanecimos allí con un material bastante ligero, pero motorizado. Cuatro carros minúsculos que quizás habían sido muy eficaces cuando la campaña de Polonia, pero que para los T-34 serían un simple bocado. Su armamento se limitaba a una ametralladora-gemela y a un lanzagranadas. Aquellos artefactos eran, en realidad, usados sobre todo como tractores de los doce trineos que constituían nuestra impedimenta. Cuatro vehículos semioruga formaban a su vez emplazamientos de ametralladoras antitanques y servían igualmente para desatascar nuestros cinco o seis camiones de los baches de nieve. Tres

enormes sidecar del tipo *Zundapp Rusia* patinaban en el polvo blanco que con frecuencia agarrotaba la rueda delantera entre el guardabarros y el neumático. La potencia de su motor permitía desprender la rueda trasera y la del *side*, igualmente motriz, y el conjunto tomaba impulso zigzagueando en el rugido de escape de los *flan-twin*. La rueda directriz agarrotada servía de patín de dirección, un poco como en los *bobsleigh*. Tres *Pak* vinieron a afianzar la defensa de nuestra barrera. Con aquel material apenas adecuado para la caza de partisanos y al que se agregaban las armas de infantería clásicas, subfusiles, morteros, ametralladoras, granadas..., teníamos orden de detener a tres divisiones rusas dotadas de varios regimientos blindados durante veinticuatro horas. Después, la orden era de despegar, aunque nuestra empresa hubiese resultado un triunfo...

En el conjunto de nuestro sector, cuyo frente representaba un centenar de kilómetros, unos grupos análogos al nuestro permanecían en los lugares mientras que el grueso de la tropa refluía a marchas forzadas.

Los rusos, totalmente entregados a su penetración al sur, descuidaron nuestro sector. Por otra parte, ¿para qué exponerse a pérdidas para expulsar á una Wehrmacht que se iba sola? El Ejército rojo confió más bien aquella tarea a los partisanos cada vez más numerosos. Alcanzando proporciones inimaginables en un país que se hallaba bajo nuestro control, en principio, aquellos grupos se dedicaron, por orden del camarada Stalin, a hacer más insoportable aún nuestra desesperante retirada. Emboscadas relámpago, minas, obuses con trampa, cadáveres de los hombres de los puestos interiores, mutilados y luego cargados con explosivos, ataques a los convoyes de aprovisionamiento, a los grupos aislados y a los puntos de enlace, rechazo continuado de contacto con las unidades capaces de combatir, horribles mutilaciones a los prisioneros... El partisano, el terrorista por llamarlo como se merece, ataca siempre lo que considera presa fácil, lo que está seguro de poder vencer. A la despiadada crueldad, todavía añade más. Lo que el ejército regular no ha podido alcanzar en la demencia, él lo remata.

La Wehrmacht cede a la potencia de un enemigo incomparablemente más importante. Al heroico rigor del frente se añade lo insoportable, el inaceptable hostigamiento de los francotiradores. La retaguardia no brinda

ya descanso a las tropas superadas, extenuadas. ¡La Ucrania simpatizante sufre también el pillaje de las partidas a las órdenes del gran camarada! El paisano ucraniano debe escoger. A favor o en contra. La expectativa es tan sancionada como la vacilación. Las partidas asesinan o arrastran a los jóvenes ucranianos antaño tan respetuosos con la organización alemana. La palabra partisano, todavía del dominio de la leyenda, se convierte en opresiva realidad. La guerra invisible triunfa. La guerra que ya no brinda retirada, ni calma, ni compasión. La guerra subversiva ya no tiene rostro. Como la revolución, crea sus mártires, sus inocentes, sus rehenes. Provoca los juicios confusos, los gestos desconsiderados. Se mata para «que aprendan», se mata por venganza, por represalia por lo que acaba de hacerse o lo que se hará tal vez. Los francotiradores echan aceite en el inmenso brasero.

En nombre de la libertad marxista, se obliga a Ucrania a pensar de otro modo. En el corazón de los ucranianos, igual que en el de los alemanes, se derrama la hiel sabiamente distribuida. El odio se dilata. Su semblante se torna más repelente. ¡Desata la guerra a ultranza! ¡La tierra quemada! No da tregua a los aldeanos expuestos a las represalias, como tampoco a los futuros vencidos. Arrastra ahora en su horrenda estela sangrienta, el más vehemente paroxismo de un conflicto indecible. Mientras se dilata la guerra ilógica, nuestra unidad desgrana sus veinticuatro horas de guardia bajo el frío mortífero.

Ningún ruido turba el silencio de la tierra nevada. Únicamente, de vez en cuando, al aullido de un lobo gris de la taiga se deja oír en el fondo del bosque casi inexplorado. Una cuarta parte de los efectivos vela detrás de los atrincheramientos más fantásticos, en la torreta pegajosa de escarcha de los *panzer* o en la patrulla apresurada por la linde del bosque. El resto de la tropa se ha sumido en las isbas abandonadas.

Sus hornos han sido destruidos sistemáticamente antes de que pasemos nosotros. Sin duda alguna por iniciativa de los partisanos. El enemigo espera así negarnos toda posibilidad de cobijo y hacernos morir de frío. Algunas isbas ya no tienen techumbre. Han sido incendiadas o arrancadas antes de nuestra llegada. Los terroristas no han tenido tiempo de arrasarlo todo. Somos demasiado numerosos para la cantidad de refugios todavía

viables. Masas de hombres acurrucados sobre sí mismos paran en el recinto de los muros todavía de pie, con el cielo cubierto de una pesada y opaca bruma por techo. En el centro de las ruinas, se enciende todo lo que puede arder. Dentro de las isbas privilegiadas llamean igualmente vivas hogueras que amenazan a cada instante prender en la techumbre. Nuestras tropas extenuadas no se toman la molestia de recoger leña en el bosque. Toda la mísera instalación de la isba es cortada y entregada a la combustión. Las estufas destruidas provocan el estrago de lo que queda alrededor. Los hombres, cegados por el humo que invade la isba y que sólo escapa por la puerta y lo que resta de la tubería, blasfeman de enervamiento. Unos encima de otros, a menudo de pie, buscan vanamente el sueño a través de los accesos de tos. Los de las isbas sin techo no están cegados, pero, en cambio, sólo captan un calor muy relativo. Los más próximos a la lumbre se cuecen y tienen que apartarse. Los otros, los que están a cuatro o cinco metros, sólo se calientan muy débilmente; quizás están a siete u ocho grados bajo cero.

Cada dos horas, otra cuarta parte de la tropa toma el relevo abandonando el precario acuartelamiento de reposo a los que regresan morados de frío. El invierno aprieta de veras: veintisiete grados bajo cero en el termómetro del grupo de radio. La cochambre general agrava una vez más la situación. Cada vez que se tienen ganas de mear, se avisa. La orina tibia discurre sobre las manos hinchadas de sabañones. Con ese régimen, los dedos agrietados suelen infectarse. He sido del primer cuarto de guardia, esta mañana, en la noche polar de las cinco. Mi segundo turno comienza a las trece horas en la luz difusa de un sol en el cénit, pero tapado por un cielo tan oscuro como el de Tempelhof el día de su aniquilamiento. El día se ha vuelto de un rosado insólito al final de la patrulla. A las quince horas, retomo a los ahumaderos de jamones sin más novedad digna de mención.

Los ojos me duelen y mi nariz brillante de sabañones ya no aguanta estar al descubierto. Circulamos con aires de *gangsters* de Chicago, con el cuello alzado, sujeto sobre la cara con una bufanda, o con un cordel quienes no tienen nada más. Una hora después, la luz rosada se torna morada y luego gris. La nieve también es gris. La noche se impone mediada la tarde, trayendo su oscuridad hasta el día siguiente a las nueve. Con ella, el frío

arrecia con una violencia inaudita. El termómetro debe de llegar a los treinta y cinco o cuarenta grados bajo cero. El material se queda paralizado. La gasolina se huela, el aceite de los motores se hace una pasta y después un cemento que agarrota el mecanismo. El bosque retumba de un extraño ruido. La corteza de los árboles estalla por la acción del hielo. Las piedras no se agrietan aún. Hacen falta cincuenta bajo cero para que se pueda disfrutar de esa melodía. En cuanto a los hombres, el calvario aumenta. El horror que tanto hemos temido ya está aquí.

El invierno de guerra que ya no podíamos concebir desciende sobre nosotros como la matriz de una prensa gigantesca dispuesta a aplastarnos. Todo lo que queda de combustible es quemado. Un teniente defiende, arma en mano, dos trineos que unos cuarenta *landser* amenazan destruir para alimentar su hoguera desfalleciente. Los hombres, congestionados, tienen la respiración ruidosa. Los tapabocas de todas clases no son más que un bloque de hielo. La respiración se condensa en él y lo aumenta.

—¡Queremos la madera de los trineos! —vociferan.

—¡Atrás! —grita el teniente—. El bosque rebosa de leña.

«¿Qué importan los trineos, si nos morimos de frío?», piensan los *landser*.

A fuerza de voluntad, el oficial salva nuestros vehículos a esquíes. Un servicio de leña sale corriendo hacia la espesura del bosque. Los espectros sin rostro regresan con su carga que arrojan amontonada en la hoguera moribunda. Hay que alimentarla sin parar. No se puede tomar ningún descanso. Dios quiera que el ruso no ataque. Ninguna defensa, ni aun superficial, sería sostenida.

Lo más duro es para las guardias. El hombre que se quede quieto corre el peligro de congelarse vivo. A las veintiuna horas me toca otra vez el turno. Un grupo de quince hombres vigila en las ruinas de un edificio envuelto en nieve endurecida que cruje como vidrio. Resistimos, golpeándonos mutuamente durante la primera media hora. La segunda es un martirio. Dos soldados se desmayan y nuestras manos rígidas como garfios asoman de la bocamanga y tratan torpemente de sacudirlos. Los guantes, mitad de lana y mitad de piel, están deteriorados y ya no sirven de nada. Vivos dolores suben de las manos y de los pies hasta el corazón y lo

pinchan. Los que tienen valor para desvestirse un poco, se orinan, si pueden, en sus dedos martirizados. Cuatro camaradas se llevan a los desvanecidos para reanimarlos junto a las hogueras que brillan en la noche. Nuestra guardia parece ridícula. Los rusos, si es que están fuera, podrían aniquilarnos con unas cuantas descargas. Un hombre llora como un niño describiendo un círculo sobre un metro cuadrado. Los pies me duelen como para hacerme gritar. A pesar de las órdenes, abandono el puesto y corro a la isba más próxima. Irrumpo en medio de la compacta masa de soldados. No me paro hasta la fogata ante la cual caigo de rodillas, descompuesto. Meto las botas, que se ponen a chisporrotear, en las rojas brasas. El contacto del frío y del calor provoca un dolor que me arranca sollozos. No soy el único que gime, y mis quejas son menos chocantes.

La hora de romper el contacto llega. Los soviéticos no han aparecido y el acero de las armas heladas no ha tenido ocasión de calentarse al contacto de las explosiones. Este acero parece tener reflejos más azules bajo el efecto del frío horrible, parece quebradizo como vidrio. Los hombres forman, sin reacción. Un combate desleal les ha vuelto medio locos. Si los rusos no los han atacado esta noche, si su misión no ha sido coronada de una gloria siquiera póstuma, otro combate formidable ha sido librado. El de la gran noche del invierno ruso que parece haberse aliado con el enemigo para contribuir a nuestro aniquilamiento. Es asimismo el de la fatiga y de la suciedad. El de los piojos que casi ya no se notan, tan complemento de uno mismo han llegado a ser. El enemigo invierno también ha causado sus víctimas. Por tres veces, destacamentos del último grupo de guardia regresan trayendo camaradas inertes. Congestiones, congelaciones generalizadas, la debilidad física no ha logrado superar la importancia del frío. Es demasiado tarde para tres infelices. Otros cinco serán reanimados a fuerza de aguardiente y de flagelaciones.

En el frío inmóvil de la noche polar, son sepultados bajo la nieve los rígidos cadáveres. Un palo, un casco, tres nuevas sepulturas sumarias en esta tierra de miseria. Nada nos permite detenernos, enternecernos. Los que todavía viven, ante su propio asombro, intentan sacudirse el entumecimiento general para poner en marcha los motores mortificados. Labor desesperante. Ningún arranque suena.

El ayudante Sperlovski se encarniza con el *quick* de su *Zundapp* que resiste a lo que queda de los noventa kilos del hombre. Después la pieza se rompe como leña seca. También el metal parece afectado. Se encienden fuegos bajo los *carters* de los *panzer*. Hay que deshelar lentamente el conjunto antes de intentar un arranque cualquiera: blasfemias, jadeo de los *landser* que ya no pueden más. El esfuerzo obliga a una respiración intensa y esta congestiona los pulmones que silban. Wesreidau se impacienta a su vez. Ha envuelto sus botas con trapos recuperados en los azares de la retirada.

—¡Hubiésemos debido hacer funcionar una máquina por lo menos toda la noche! —exclama—. Es elemental. Nuestra negligencia nos perderá.

Los *landser* escuchan a este hombre al que todos respetamos, sin cambiar de actitud. Algunos columbran, sin duda, esta perdición a la que alude el *hauptmann* como una solución. Aproximadamente una hora después, el petardeo asmático de un motor se deja oír. Un semioruga ha logrado ponerse en marcha. Se le deja calentar un rato y luego el conductor se obstina con la caja de velocidades que no acaba nunca de desatrancarse. Al cabo de dos horas de esfuerzos insensatos, la columna se pone en marcha lentamente. No se debe forzar el metal enfriado. Orden de los oficiales. En espera de que el conjunto alcance una temperatura mínima, la tropa sigue a pie cojeando.

A mediodía, varias averías hacen parar el convoy. Las duritas de varios vehículos han reventado. El alcohol puro que guarnece los radiadores las ha deteriorado. Hay que reparar, cambiar algunas piezas, que afortunadamente existen de repuesto, o bien recomponerlas. Aprovechamos esta pausa para abrir las latas de conservas heladas. Carne como para cortar a hachazos, puré de guisantes y de soja transformado en cemento rápido, vino solidificado. Una hora perdida. El grueso de la tropa debería ser alcanzado una hora más tarde. Al menos los comunicados de la radio así lo afirman.

Franqueamos el sector de una posición de defensa interior. Dos blocaos de leños rodeados de tres o cuatro chozas a ras del suelo. Todo parece desierto, no se manifiesta ninguna señal convencional. Sin embargo, de uno de los blocaos sale humo. Esos condenados reservistas roncan, sin duda, junto a un buen fuego. Un destacamento se dirige hacia allí. Cinco minutos

después, un hombre regresa corriendo hacia la columna. Su respiración brota en nubes blancas alrededor de la cara. Se para sin resuello.

—Todo está destruido, *Herr Hauptmann*. ¡Todos están muertos! ¡Horrendo!

La inquietud se pinta en los rostros grises. Mirando mejor, vemos las puertas de las isbas derribadas y luego, más lejos, cuatro o cinco cadáveres hacia los cuales se apresuran tres de los nuestros.

—¡Partisanos! —gritan nuestros enviados—. Seis cadáveres recientes.

—Se han batido aquí, *Herr Hauptmann*. Esos bandidos todavía empuñan sus armas.

Otro destacamento visita el segundo blocao. Hay una explosión estruendosa. Un géiser de tierra, de nieve y de astillas gira sobre el edificio. Wesreidau insulta a todos los dioses de la creación. Corre a su vez hacia el búnker humeante. Lo seguimos. Tres hombres acaban de ser despedazados. Dos, sobre todo, están desfigurados. El tercero agoniza, muy cerca, meando sangre a la altura de las partes. Dentro del atrincheramiento, los restos de los cuatro hombres del puesto muertos antes se confunden con el amasijo.

—¡Atención! ¡Minas! —grita Wesreidau.

La consigna pasa de boca en boca. Los *landser* se han detenido ante el segundo blocao y comprueban la carnicería sin atreverse a entrar.

Seis hombres prácticamente desnudos y espantosamente mutilados yacen en su sangre helada y negra. Ciertas mutilaciones son tan terribles que todos se mantienen apartados, petrificados, incrédulos ante aquel espectáculo. Dos soldados se alejan tapándose la cara con las manos. Esos hombres han combatido frente a Moscú, en Kursk, en Briansk, en Bielgorod... Han visto cosas inimaginables, pero nunca nada tan espantosamente gratuito.

Con infinitas precauciones, una sección quita los despojos del suelo de inmolación. Dos cadáveres llevan trampas explosivas, por si fuese poco. Los cubrimos de cascotes. No tenemos medios ni tiempo de cavar la tierra endurecida.

Los hombres protestan. La guerra de los partisanos les parece más innoble, más ilógica que todo cuanto han visto ya. Wesreidau dirige un

postrar adiós a los dieciocho inmolados. Los hombres se quitan los gorros y los cascos, y exponen sus greñas hirsutas a los rigores del frío.

Ich hatte einen Kameraden...

El canto fúnebre rueda entre el decorado de la Edad de Piedra, entonado por un millar de voces inarmónicas. Sin charanga, sin bandera, pero con profunda consternación.

La actitud de los terroristas que hablan de venganza, destruye un poco más lo que la guerra maldita ha conservado de negociable. Los *landser* no lo admiten. Si pueden todavía soportar con heroica abnegación el tormento de los graben, no pueden concebir con resignación la solapada agresión de los francotiradores.

La columna vuelve a ponerse en marcha. Los hombres que pasan ante el santuario perciben una pancarta grosera que domina el montículo. Esta pancarta lleva, trazada con un tizón, la inscripción *Rachsucht*.

Seguimos adelante una hora más. La nieve atenúa el ruido metálico de los blindados, pero en cambio repercute los ruidos distantes. Nos llega el crepitar de armas automáticas. Wesreidau, de acuerdo con los otros dos oficiales de la columna, da orden de parar. El ruido nos llega con mayor nitidez. Se lucha a cinco o seis kilómetros al oeste. Orden de marcha acelerada. Los pocos carros ligeros que tenemos bien quisieran acudir en auxilio de los que combaten. Pero nuestros oficiales no tienen derecho a abandonar la columna. Todo debe seguir, y los carros-tractores arrastran cada uno tres trineos rusos llenos de hombres y de material. Los semiorugas ayudan a los camiones que no podrían hacer nada por sí solos. Yo voy en uno de estos trineos. El tercero de un enganche. Detrás de nosotros, también va enganchado un gran sidecar cuya caja de velocidades falla. Los valientes carros ligeros aceleran y arrastran todo ese cortejo con peligro de sus mecanismos. Los tableteos se hacen más audibles todavía. Nos vamos acercando. Wesreidau manda parar bruscamente el convoy. Se apea y consulta los mapas. Todos los ocupantes de los trineos somos invitados a seguirle. Una vez más, me veo metido en el fregado. Los *panzer* desenganchan sus remolques y corren hacia el punto indicado. Nosotros los

seguimos a paso ligero. Wesreidau, montado en un gran sidecar BMW, nos anima con el gesto. Un *steiner* con un mortero del 80 avanza patinando en medio de un remolino de nieve.

Jadeantes, trotamos por los bordes de la pista detrás de los carros que se nos han adelantado condenadamente. El grupo blindado entra en contacto diez minutos antes que nosotros. El tableteo de sus ametralladoras desgarrar el aire helado con un ruido mayor que de costumbre. El sidecar vuelve hacia nosotros y gira ante los primeros de línea.

—¡Despliegue de tiradores en el bosque! Obedecemos. Algunos se quedan junto al sidecar que se ha metido en un bache de nieve. Hay que sacarlo. Corremos entre los troncos, derechos como los mástiles de un navío. La nieve virgen cruje y se hunde bajo nuestro peso. Los carros ya no se ven. Persiguen seguramente a un enemigo que huye.

En cuanto a nosotros, no establecemos ningún contacto. Una bengala nos reclama veinte minutos después junto al fortín. Idéntico a los anteriores, este tiene la misión de vigilar la pista que nosotros seguimos y que en tiempo normal es bastante frecuentada.

Ataque de partisanos, como era de suponer. Sin duda se trata de la misma partida que ha destruido el puesto este mediodía. Aquí, afortunadamente, han tenido tiempo de reaccionar. Seis heridos y dos muertos en el fortín —veintidós hombres—, y veinte muertos o heridos enemigos tendidos en la nieve pisoteada. Armas de tipo ruso y alemán, siguen en el suelo. Algunas son americanas. Unos partisanos heridos se arrastran, agonizantes, hacia el bosque. Ninguna orden puede contener ya a los hombres, y los mauser restallan poniendo fin a sus sufrimientos. Dos prisioneros hirsutos han caído en nuestras manos. Sus ojos feroces giran como los del lobo cogido en la trampa. Nuestras preguntas sólo provocan respuestas anodinas. Únicamente algunas palabras se repiten como un *leitmotiv*: «Nosotros no *Kommunist*». ¿Serán tontos? ¿No saben nada? Es muy probable... Parecen bestias arrastradas al matadero. Ninguna discusión es posible. Los *landser* gruñen.

La mirada de Wesreidau va de los partisanos a sus hombres. El capitán quiere saber más. Habla, porfía... sin resultado. Irritado, levanta el brazo

con afectada indiferencia. Los hombres agarran a los dos francotiradores y les empujan hacia delante.

Los lobos humanos se vuelven y protestan. Pero la vista de las armas les hace perder la cabeza. Ahora corren. Corren hasta que las ráfagas los alcanzan y los hacen caer.

El fortín ha sido salvado *in extremis*. Al decir de los hombres que lo ocupaban, cuatrocientos partisanos por lo menos los atacaban hacía dos horas. Los reservistas nos estrechan entre sus brazos. Su alegría es profunda. Se van con nosotros, pues les hemos traído la orden de evacuación. Momentáneamente somos la escobilla de la Wehrmacht.

Para colmo de desdichas, un incidente deplorable se produce a los diez minutos de reanudar la marcha el convoy. El sidecar de cabeza, que precede treinta o cuarenta metros al primer tractor, vuelve a la pista y avanza con dificultad por la nieve. El carro lo sigue y pasa, pues, por el mismo sitio. De repente, una explosión que parece levantarlo del suelo desgarró la atmósfera y una prolongada detonación hace eco. La nieve de los árboles de los alrededores es sacudida y cae con ruido cristalino por entre las ramas. El carro se queda sin orugas y destrozado por la parte de abajo. El fuego ronca y gruesas volutas de humo se escapan de debajo del vehículo rodando por el suelo helado y manchándolo. Precipitación, pánico en los trineos que siguen y en los cuales ya se deploran muertos y heridos. Un suboficial salta sobre el capó del tanque y trata de liberar a la dotación conmocionada y quizá gravemente herida. Otros corren en auxilio de ellos mientras la infantería se precipita hacia las cunetas pronta a cualquier eventualidad. Una humareda densa y negra envuelve ahora la máquina. Todo auxilio resulta vano. Se vuelcan tres extintores sobre la chatarra renegrida, en tanto que los trineos son alejados apresuradamente. El fuego sigue roncando dentro del *panzer* y nada puede apagarlo. Además, el depósito, sin duda agujereado, suelta ciento cincuenta litros de gasolina que se inflaman rugiendo y se esparcen sobre la nieve. Pánico, repliegue rápido; los *landser* chamuscados ceden terreno al fuego que arroja un negro penacho hacia el cielo casi igualmente sombrío. Oficiales y soldados asisten, con una rabia impotente, a la carbonización de los tres tanquistas cuyo olor a carne quemada se mezcla ignominiosamente a la del benzol. Los dos hombres del sidecar de cabeza

han pasado unos segundos antes por el mismo sitio. Sus ruedas quizás han evitado, a veinte centímetros escasos, el detonador de la mina colocada por los partisanos. Ellos también presencian el drama con un sudor frío que les corre por el espinazo.

La columna abandona el carro deformado por el incendio, que hace estallar las municiones. Abandona asimismo tres pesados trineos con parte de material, que son incendiados. Los que iban en ellos se reparten entre los otros vehículos. Damos un rodeo para evitar las cintas de ametralladoras que estallan. También dejamos dos tumbas. Dos hombres muertos sin haber podido defenderse. Dos hombres que llevaban a cuestas tres años de luchas difíciles y que se han merecido el *Valhalla*.

Cedemos el terreno a las oleadas rojas que nos siguen. Son las últimas huellas del paso de la postrer cruzada europea, con todo lo que esta frase puede representar.

El frío agudo sigue siendo del viaje. Ni siquiera las últimas emociones han logrado hacer que lo olvidemos un instante. Poco después, encontramos la unidad divisionaria en un burgo bastante importante que lleva el nombre de Boporoeivska, si mis recuerdos son exactos. Trincheras, caballos de Frisia, compañías de pontoneros ayudados por la Todt se ocupan en minar todo el sector. Otros regimientos de Infantería han llegado también a este punto. Una unidad de blindados, equipada con tanques *Tiger*, se encuentra también aquí. Una docena de esos monstruos inmóviles parecen asistir burlándose al paso de nuestro material rompedor. La presencia de los *Tiger* tranquiliza a todo el mundo.

Son verdaderas fortalezas de acero con las que ningún carro ruso puede competir. Su largo cañón del 88 es de una precisión al parecer infalible.

Boporoeivska alberga determinado número de funcionarios militares de la Wehrmacht, que parecen sorprendidos de encontrarse súbitamente en el campo de batalla. Su humor es execrable y hasta creemos descubrir cierto desprecio por parte de ellos. Los burócratas no nos perdonan quizá que nos batamos en retirada. Para ellos, Rusia sólo es este poblado organizado donde es posible resguardarse del frío, donde se come a saciedad, mientras se redactan informes sobre la distribución de mercancía hacia el frente, y quizá donde también se pasan encantadoras veladas con las ucranianas que,

por lo visto, no parecen faltar aquí. Esas señoras y señoritas parecen preparar, por lo demás, alguna marcha rápida en compañía de esos caballeros hacia algún lugar alejado y más tranquilo. Sin duda nos corresponderá a nosotros el honor de defender los jergones de esos chupatintas. Esta comprobación nos exaspera y estallan altercados pronto reprimidos. Pero, finalmente, estamos demasiado cansados y demasiado ateridos para desentrañar un problema parecido. Ocupamos con gran satisfacción las isbas caldeadas aún que nos designan. Ahí hay de comer, de beber y la posibilidad de lavarse con agua caliente. El alumbrado es escaso, pero los fogones, que alimentamos con todo lo que nos cae entre manos, alumbran violentamente este paraíso recobrado. Dos horas después de nuestra llegada, cada acantonamiento ha derretido metros cúbicos de nieve que proporcionan hectolitros de agua caliente. Todo el mundo está en cueros y se quita la mugre a placer con esta bendición de agua. Ponemos en remojo pantalones, calzoncillos sucios, camisas, guerreras, todo pasa por ello con una fiebre que roza el pánico. El tiempo del paraíso será ciertamente efímero y cada cual procura aprovecharlo al máximo. Un bribón trae una cajita llena de pastillas de jabón perfumado. ¡Qué dicha! Las desleímos en los barreños más grandes. Las carcajadas, que no se oían hacía tiempo, resuenan otra vez.

Por turno, reloj en mano, los *landser* se reparten el baño oloroso y espumoso. Dos minutos cada uno con el culo en la espuma. ¡No hay que abusar! El agua rebosa e invade la gran estancia donde gesticulan una treintena de hombres. Se añade agua a los barreños para mantener el nivel. La escasez de luz nos pone gris la capa de mugre. Los piojos parecen ahogados, de la misma muerte olorosa ensalzada por un producto francés bautizado *Marie-Rose*. Terminada la furia de las abluciones, vaciamos los barreños en un hoyo que acaba de cavar, en el suelo de tierra apisonada de la isba, un *landser*. Ni hablar de asomar la nariz fuera. Está helando a treinta grados bajo cero y todo el mundo está en cueros. Después, partimos y quemamos los barreños. La lumbre tiene un apetito difícil de saciar. Halls exulta y mastica un pedazo de jabón vociferando que también necesita quitarse la mugre interior, pues los piojos y la mugre se le han metido dentro.

—Ahora ya pueden venir los popov, que me siento otro hombre —berrea.

La puerta se abre bruscamente dejando penetrar un frío de un rigor sorprendente. Todo el mundo chilla. Son dos soldados que llevan los brazos cargados de cosas deliciosas. Pasmados, miramos ese envío del cielo que los muchachos ponen sobre un montón de capotes húmedos. Latas de conserva, una ristra de *Wurst* olorosas, mazapán, latas de sardinas importadas de Noruega. Un bloque como un adoquín oscuro rueda por el suelo: ¡tocino ahumado! Ocho o diez botellas de *schnaps*, coñac, vino blanco del Rin. ¡Cigarros! ¡Inimaginable! Y los muchachos siguen vaciando los grandes bolsillos de sus capotes. ¡Los «hurra» hacen retremblar la choza!

—¿De dónde habéis sacado esos tesoros? —pregunta un soldado lloriqueando.

—Esos cerdos de burócratas se daban la gran vida, aquí. Nunca he visto una comida semejante en el rancho de ese maldito Grandsk (Grandsk es el cocinero de la compañía). ¡Los cerdos esos se lo guardaban y se disponían a marcharse con ello! ¿Os dais cuenta? Hemos hecho una pequeña extracción. Están furiosos y hablan de dar parte. ¡Posesión personal, dicen ellos! ¿Dónde creen que están? ¡Ja! ¡Ja! Parte en el culo. Me cisco en ellos. Hace demasiado tiempo que nos morimos de hambre.

Todos saltamos de alegría y manoseamos las exquisitas vituallas. Halls tiene los ojos desorbitados.

—Poned mi parte de lado —jadea poniéndose el uniforme húmedo aún—. Voy a ver eso. Traeré más. Esos cochinos no van a dejar que reventemos en el frente y llevarse sus golosinas.

Halls se ha puesto un *eiderdaunen* soviético y se apresura en el otro tanto. Solma es un muchacho de origen húngaro-alemán, que ingresó en la *Gross Deutschland* más o menos en las mismas condiciones que yo. Mientras los dos hurones salen en busca de otro tesoro comestible, el reparto es confiado al pastor Pferham, ayudado por el *obergefreiter* Lensen y el ayudante de este en el *panzerfaust*, Hoth. Ablandamos el tocino a golpes de plano con el zapapico, pues resiste a las bayonetas embotadas. Pferham, que ha debido de perder sus convicciones religiosas al mismo

tiempo que su falso-culo (pequeño macuto reglamentario que se apoya en las nalgas) en el paso del Dnieper, jura como un pagano.

—¡Pensar que esta bayoneta que ya ha revuelto tripas fracasa con un cacho de tocino!

—Vete a que te presten dinamita en la Todt —chilla alguien—. ¡Pero date prisa!

La sorprendente camaradería de la Wehrmacht no hace trampa y cada uno tiene su parte. La guerra ha unido a todos esos hombres venidos de regiones muy diferentes, salidos de niveles igualmente diferentes y que quizá se hubiesen despreciado curiosamente en otras circunstancias. El infortunio del momento junta todos esos casos en una sinfonía heroica en la que cada uno se siente un poco responsable de lo que puede ocurrirle al otro. La actitud de los funcionarios, a los que la atmósfera de paz ha preservado, nos extraña más que escandalizarnos. Las vituallas hurtadas tienen un sabor legítimo. El espíritu de orden del nacionalsocialismo permanece vivo aún entre los defensores. Los que se apropian de esos víveres mientras los combatientes se mueren de hambre, parecen pertenecer a otra especie. Pferham habla de ello sin dejar de saborear lo que come. Compara a esos funcionarios con los burgueses a quienes hace alusión Hitler en su *Mein Kampf*. Las tropas combatientes tienen preocupaciones inmediatas. Para esos hombres combatientes que viven la vida intensa de las bestias acosadas, las conversaciones ociosas son perder el tiempo. Hoy es preciso comer todo lo que se pueda, beber todo lo que se tenga, hacer el amor si es posible, renunciando a enternecerse por las greñas de la chiquilla o el azul gris de sus ojos. El tiempo apremia. Mañana tal vez habrá que morir.

Las partes de Halls y de Solma permanecen dentro de sus cascos boca arriba como jarrones de flores. Las botellas se vacían mientras los cantos aumentan. Los compañeros que salieron en busca de un complemento, no vuelven. Fuera, el frío arrecia ha dejado atrapar con Solma cuando le birlaba el coñac de un funcionario con graduación. Seis días de arresto para los dos.

Stille Nacht... Heilige Nacht... Oh, Weihnacht...!

Nochebuena de 1943. El viento aúlla en el laberinto de graben al norte de la defensa de Boporoeivska. Dos compañías guarnecen los puestos preparados por la división de seguridad y la Organización Todt, que, después, se han replegado al oeste, al otro lado de la frontera de Besarabia. Hace cuarenta y ocho horas que ocupamos estas toperas de hormigón helado. El frente parece sólido, y sin duda va a librarse una gran batalla. El derrumbamiento del Frente Sur nos ha obligado a esta última retirada para reagruparnos en esta línea. La enorme cuña soviética sube hacia nosotros con su lentitud habitual de rodillo compresor, pero de una manera inexorable. No ignoramos nada de ella y el refuerzo continuo de nuestros sectores hace prever un gran choque.

Ahora montamos la guardia en un terreno de grandes ondulaciones boscosas. Carros que sirven de artillería móvil, ocupan sus espesuras llenas de escarcha. Horas de espera angustiosas, frío alucinante que desnuda los troncos de su corteza. Todas las existencias de víveres que había en Boporoeivska han sido dilapidadas. El comandante ha cerrado los ojos y nos ha dejado dos días de juerga, adivinando probablemente el inminente drama del cual íbamos a ser los actores.

Es Nochebuena. A pesar de las rudas condiciones que nos han acostumbrado a esta vida de salvajes, la emoción nos invade como a unos chiquillos privados mucho tiempo de una gran alegría. Mil recuerdos luminosos giran bajo los cascos de acero, detrás de los rostros silenciosos. Algunos hablan de los tiempos de paz, otros de su infancia tan próxima y tratan de disimular su emoción afirmando la voz. Ensueños irrisorios que recorren estas zanjales llenas de hombres destinados a jugarse la vida en ellas. Wesreidau hace su ronda y conversa con sus hombres. Pero sus palabras parecen estorbar los ensueños y el gran *hauptmann* se refugia a su vez en los suyos. También tiene hijos con los que querría estar, sin duda alguna, y su mirada va de un grupo silencioso a otro. Se para a veces contemplando el cielo que se ha aclarado. La escarcha brilla sobre su largo capote, como los adornos en un abeto de Navidad.

Transcurren cuatro días sin que tengamos que soportar más que el frío. Las secciones en línea son relevadas continuamente. Cada vez son más numerosas las congestiones. Dos veces me llevan al cobijo de una isba

caldeada y soy reanimado en último extremo. La cara se llena de grietas, sobre todo las comisuras de los labios. Afortunadamente, la comida es suficiente. Han sido dadas órdenes especiales a los cocineros. Máximo de materias grasas que distribuir a los combatientes. El suministro llega regularmente, permitiendo a Grandsk prepararnos unas sopas viscosas de margarina sintética.

Es repugnante a más no poder, pero eficaz. El descubrimiento de ciertas comidas rusas nos lo ha enseñado. Además hay la sauna, una cura de caballo que no sienta bien a los deficientes. Pasamos de la ebullición a la ducha fría. El tratamiento es tan violento que amenaza parar el corazón. Sin embargo, igual que la sopa de Grandsk, es eficaz. Después nos sentimos mejor.

—Aprovechaos —clama nuestro cocinero—. Los chiquillos de Alemania se privan de untar sus rebanadas de pan por vosotros.

¡Desgraciadamente, es verdad! Las restricciones son cada vez más severas, como me explica Paula en una carta que sólo ha tardado seis días en llegar. Es verdad que nos acercamos seriamente a la madre patria. El camino a recorrer es cada semana menos largo. Pronto Alemania acorralada no nos mandará siquiera margarina. Hemos de considerarnos dichosos, como dice Grandsk.

Una mañana, los pitos de alarma nos sacan de la isba recalentada donde dormíamos como lirones. Una patrulla de carros soviéticos a dos kilómetros de Boporoeivska. Un mazazo de hielo al salir. Cada cual trota hacia un punto preciso.

Todavía no hemos llegado al puesto cuando unas sordas detonaciones sacuden al oeste el aire enrarecido. Los carros rusos, embistiendo como toros furiosos, se han metido en los campos de minas. A su vez, los pilotos mujiks conocen la carbonización.

Nuestros observadores vigilan con los gemelos el pánico de los tanquistas rusos. Casi todos vuelven sobre sus pasos ante nuestra artillería silenciosa. Nuestros artilleros dejan a las minas, que los pontoneros diseminaron hábilmente en el terreno, el cometido de destruir al enemigo. Nuestro propio tiro podría desorganizar esas trampas.

Sin embargo, tres *Stalin* han logrado franquear la barrera y arremeten con gran ruido de cadenas y de escape contra el burgo. Con un ímpetu meritorio aguantan sin detenerse el fuego de los treinta y siete antitanques. Uno de ellos se vuelca y estalla. Otro se para en seco como un jabalí tocado en el codillo. El tercero, por último, ha encajado, pero vira sin frenar. Ofrece el costado a las ametralladoras anticarro que lo despojan de todas sus piezas en relieve. Describe un círculo roto por unos virajes sucesivos para dar media vuelta. Carrusel dramático que deja a los sirvientes de nuestras piezas boquiabiertos. El ruso, en su voluntad de sobrevivir, se dirige desconsideradamente hacia la zona minada. Una serie de explosiones arranca todo su sistema de oruga izquierda. Se tumba de costado como un animal vencido. Una negra humareda brota de sus entrañas. Con ella, dos siluetas surgen del incendio. Dos supervivientes de la increíble galopada. Los dedos rígidos de frío no aprietan los gatillos. Los dos ruskis empuñan unas pistolas y todavía piensan en defenderse. Sorprendidos de no oír la metralla, dan unos cuantos pasos y luego tiran las armas y levantan las manos. Un instante después, cruzan las primeras líneas alemanas. Los *landser* los miran como a héroes y esbozan unas sonrisas. Los ruskis contestan con otras sonrisas. Descubren sus blancos dientes, como hacen los negros. Son conducidos a una isba caldeada donde dos o tres vasos de *schnaps* los repondrán de sus emociones. La actitud de los dos héroes nos parece tan distinta de la de los partisanos, que no sentimos ningún odio hacia ellos. Lensen los sigue con la mirada y añade:

—Si Wiener estuviese aquí, probablemente iría a beber con ellos y sacaría a relucir todos sus conocimientos de la lengua rusa.

Por la noche, las patrullas salen a colocar más minas. La guerra de minas sustituirá cada vez más el fuego de nuestras líneas insuficientes o ausentes. Al día siguiente, refuerzo general del frente. Dos regimientos rumanos y un batallón húngaro comparten el *gulasch* de la Wehrmacht. Se anuncia el apoyo de unos cazas bombarderos cuyas bases deben situarse cerca de Vinitza.

—El gran golpe —comprueba Pferham—. No me gusta nada esto.

Contradicción del *obergefreiter* Lensen, que se alegra de que nuestras fuerzas aumenten sin cesar. Para él, la marea rusa se detendrá aquí. La idea

de que su Prusia pueda caer un día próximo en manos del enemigo, ni siquiera se le ocurre. Es verdad que nadie, de hecho, puede imaginarse tamaño desastre.

Pasan cinco días más. Los rusos también se concentran, y su rumor a veces es audible por la noche. El frío, desgraciadamente, no disminuye. El tiempo se hace más claro y permite presagiar las marcas de las heladas de enero y febrero de 1944. Afortunadamente, la organización del frente se ha recobrado y los acuartelamientos habilitados permiten un reposo decoroso a las tropas que se relevan sin cesar. Pero, una noche, los rusos mandan una oleada de mongoles sacrificados al asalto de nuestras posiciones. Están destinados a limpiar de minas el terreno por su propio paso. Los rusos prefieren ahorrar sus carros y sacrificar hombres, de los que no carecen.

El ataque soviético fracasa, pero el camarada Stalin no pedía más. El campo de minas se consume con el paso de las jaurías vociferantes. Cortina de fuego blanco y amarillo, espantosa carnicería que las ametralladoras hurgan en busca de lo que ha podido sobrevivir. El hielo vitrifica los montones de cadáveres que normalmente apestarían la atmósfera a diez leguas a la redonda.

La artillería rusa no ha ayudado siquiera a los mongoles, lo cual fortalece nuestra deducción. Los patrulleros alemanes intentan colocar más minas en el terreno, pero los tiradores mujiks vigilan y les impiden que se acerquen. Se colocan minas superficialmente, pero a costa de lamentables pérdidas. No se puede contar ya con las «tarteras llanas» para preservar nuestras primeras líneas.

Otra noche, cuando el frío alcanza unas proporciones dramáticas, los rojos lanzan un nuevo ataque. La Wehrmacht y sus otras unidades vuelven a sus puestos con cuarenta y tres grados bajo cero. Síncopes debidos al frío se producen desde un principio. Los hombres se quedan inmóviles sin poder gritar siquiera, absolutamente paralizados por la temperatura. Ya nada parece posible. Nos hemos untado las manos y la cara con la grasa destinada a los motores. Nuestros guantes desgastados que cubren esa melaza hacen difícil el menor gesto. Los carros, que no consiguen ya arrancar, barren el espacio con sus largos cañones como elefantes cogidos en una trampa.

Los mujiks que llevan a cabo el asalto sufren también y se quedan helados de pronto sin haber podido berrear sus *Hurre pobieda*. Un mismo martirio envuelve a los dos adversarios que querrían clamar piedad. El metal de las armas se quiebra con una facilidad pasmosa. Los carros soviéticos avanzan a ciegas en la pálida luz de las bengalas que dan un brillo azulado aún minas que todavía balizan el borde de los *schutzgraben*, a treinta metros de las primeras líneas, o bajo los impactos de los *Tiger* que disparan sin moverse. La infantería roja, con los pies y las manos helados, fracasa y se repliega en desorden bajo el fuego que sostenemos a pesar del martirio de nuestras manos. Los rusos esperaban encontrarnos paralizados de frío e incapaces de defendernos. La situación de sus propias tropas aquejadas de congestión les es indiferente. Sin duda estaban dispuestos a ese sacrificio con tal de que nuestras líneas fuesen desbordadas. La guerra no ha progresado.

He preservado mis manos introduciéndolas, enguantadas, en dos latas de conservas. Las balas han logrado entrar en la recámara de la *spandau*. Los ametralladores, y todos los que han tenido que usar las manos, se han encontrado en la enfermería con congelaciones impresionantes.

Ha habido que hacer amputaciones.

El frío intenso persiste tres semanas. Los rusos se conforman con difundir música destinada a hacernos añorar el hogar familiar y discursos instándonos a rendirnos.

A fines de enero, el frío pierde terreno y se hace soportable. De día, el termómetro a veces sube a quince grados bajo cero, pero las noches siguen siendo mortíferas, aunque con los relevos logramos resistir. Es lo que hace falta para que la ofensiva roja recobre fuerza. Una noche, o más bien una mañana, a las cuatro o las cinco, los silbatos nos envían de nuevo a los puestos de interceptación.

Una masa de carros *Stalin*, T-34 y *Sherman* se acerca con gran estruendo. Un bombardeo de artillería les precede y causa estragos sobre todo en Boporoeivska provocando el éxodo definitivo de los ucranianos petrificados ya por el temor. Los carros alemanes, unos quince *Tiger*, diez *Panther* y una docena de Mark-II y III, han logrado mantener en marcha sus motores constantemente durante la noche. Al comenzar la ofensiva, dos

carros Mark-II quedan destrozados uno junto al otro bajo el bombardeo ruso. El frente de Boporoeivska tiembla ahora bajo las deflagraciones. Los *landser* inmóviles en sus hoyos acechan, apretando los párpados, a la infantería roja que, sin duda, no tardará en atacar. Por el momento, sus armas automáticas y sus *panzerfaust* callan. El cielo pertenece a la artillería propiamente dicha y a la de los carros.

Diestramente camuflados, los *Tiger* esperan, inmóviles, pero con el motor en marcha, que pase a su alcance la caza de acero.

Sus disparos estridentes y nítidos, prenden fuego casi cada vez en los carros rusos que avanzan lentamente, seguros de sí mismos y disparando verdaderamente a bulto. Su táctica de desmoralización surtiría efecto si nosotros no viésemos tantos penachos negros elevarse en el cielo claro de febrero. Los «37» y los *panzerfaust*, armas destinadas a ser usadas casi a bocajarro, prácticamente no han tenido que intervenir. La primera oleada blindada soviética queda consumida a ciento cincuenta metros de las primeras posiciones. Ha sido detenida en seco por el tiro increíble de los *Tiger*, los *Panther* y de la defensa antitanque pesada.

El *Tiger* es una fortaleza sorprendente. Los proyectiles enemigos parecen no producir ningún efecto en su caparazón que alcanza en el frontal catorce centímetros. Un solo punto débil, su movilidad. Pero he aquí la segunda ola, más densa que la primera y acompañada de una infantería pululante que tiene mucho mérito. La partida se hace seria.

Las culatas se apoyan en el hueco de los hombros, las granadas de mango están al alcance de la mano, a punto de ser empuñadas. La boca está seca y el pulso acelera su ritmo.

Pero he aquí que del cielo desciende un milagro. Una treintena de aviones con cruces negras surgen con un enorme ruido de motores. La escuadrilla de Vinitza, prometida, acude y arremete contra la masa enemiga. Objetivo fácil de alcanzar, cada bomba hace su obra.

Un «¡Viva la Luftwaffe!» inmoderado se eleva de todos los pechos hasta el punto de que cabe preguntarse si los aviadores lo oyen. Todas las armas alemanas rugen a la vez sobre la ofensiva rusa que progresa lentamente a costa de unas pérdidas sofocantes. Los blindados alemanes

abandonan su guardia y arremeten contra el enemigo hipnotizado, con un ardor digno del avance de 1914.

El estrépito se hace insoportable. El aire está agrio de humo, de olor a pólvora y a gasolina quemada. Los «hurra» de los alemanes se mezclan con los de los rusos que disminuyen ante el choque inesperado.

Puede seguirse con la mirada la magnífica progresión de los *Tiger* que pulverizan, a medida que avanzan, al enemigo blindado que todavía no ha dado media vuelta. La Luftwaffe se encarniza con cohetes y con el cañón del 20 sobre la desbandada rusa, que un increíble muro de humo luminoso nos tapa en su base.

La artillería rusa persiste en su lluvia de obuses sobre nuestras líneas, causando unos muertos que no distinguimos. Pronto enmudece a su vez ante el reflujo de sus propias tropas.

Otra oleada aérea alemana sobreviene como un lujo suplementario para rematar el desastre rojo. Los *landser* se abrazan mutuamente. La alegría estalla en esos hombres que, desde hace un año, se repliegan ante un enemigo cada vez más poderoso. Lensen grita como un poseso:

—¡Ya os lo había dicho! ¡Ya os lo había dicho!

Tuvimos derecho a los comunicados especiales. El frente en la frontera rumana resiste. En un frente de trescientos cincuenta kilómetros, el Ejército ruso acababa, efectivamente, de lanzar dieciséis ataques en un mes. Habida cuenta de las tres semanas de silencio durante las cuales casi todas las operaciones fueron imposibles, los dieciséis asaltos se efectuaron en una sola semana. Cinco puntos precisos sufrieron aquellos golpes de ariete. Sólo uno de aquellos ataques estuvo a punto de ser un éxito. El frente se ha derrumbado al sur, pero la bolsa quedó cerrada y las unidades rojas fueron hechas prisioneras o aniquiladas.

Por nuestra parte, todo el mundo había resistido firmemente y estábamos muy orgullosos de ello. Acabábamos de demostrar que con un material adecuado, un mínimo de preparación y unas tropas netamente inferiores en número podíamos enfrentarnos con un enemigo cuyos esfuerzos insensatos no eran, a decir verdad, empleados atinadamente.

El veterano, Wiener, solía hacer esta reflexión en los momentos difíciles. Cuando veía un carro enemigo en llamas, enseñaba siempre sus

dientes de lobo en una ancha sonrisa.

—¡Qué imbécil! —decía—. ¡Haberse hecho destruir tan tontamente!
¡Tan sólo su número nos arrollará un día!

Hubo treinta Cruces de Hierro para la *Gross Deutschland*, y otras tantas para los pequeños efectivos del regimiento de carros que no las habían robado.

Capítulo XIV

REPONIENDO FUERZAS EN POLONIA

La división había sido deshecha varias veces y sus pérdidas eran importantes. Con mucha frecuencia se sacaron de ella unidades que se estimaban completas para mandarlas a otras partes de refuerzo, en puntos donde hacían mucha falta. Cuando llegaban a destino, se caía en la cuenta de que faltaban los dos tercios del efectivo. No se podía hacer otra cosa que deplorarlo.

Aquel retorno a la calma nos fue muy saludable. Poco faltó para que fuese idílico, pero la estupidez de los acuartelamientos era demasiado deprimente. Los ejercicios que hubimos de soportar como novatos nos sumieron en una rabia que rozó la revuelta.

Tras un viaje de cuatrocientos kilómetros, nos hallamos esta vez realmente alejados del frente, en Polonia, a unos ochenta kilómetros de Lvov, a orillas del Dniester, El río, muy poco ancho en este paraje, discurre al pie de los Cárpatos. Sus aguas turbulentas corren entre minúsculos islotes cargados de nieve y de hielo. El agua está helada y quieta en grandes superficies y su corriente prosigue por debajo de un extraño ruido.

Cielo azul muy pálido, horizonte de ventisqueros de los que levantan el vuelo águilas, panorama sano y grandioso. La Galitzia Oriental nos ofrecerá durante dos meses su decorado deportivo que contrasta agradablemente con la Ucrania invernal, gris y oscura. La nieve también es densa aquí, y el frío punzante, pero los barracones de madera que se agrupan al borde del Dniester son limpios y están caldeados, por lo demás, con un sentido algo exagerado del ahorro. Pero no importa. Después de lo que acabamos de pasar, los diez o doce grados sobre cero que reinan dentro de estas cabañas nos permiten vivir en una atmósfera no soñolienta.

El campamento es vasto y organizado con el rigor prusiano de los Ejércitos en vísperas de la guerra. Algo así como ciento cincuenta

construcciones de madera de una sola planta forman bloques que llevan una letra y un número. Un gran edificio de obra se alza en el bosque de abetos nevado. Sin duda forma parte de la aldea contigua al campamento y alberga la secretaría y a los oficiales principales. Material revisado y remozado, acabado de pintar y esmeradamente cuidado. Ante este orden y esta apariencia de abundancia, no puede creerse que Alemania haya llegado al límite de sus posibilidades. Aquí todo está organizado. Tras el desorden al que hemos sobrevivido, este registro por escrito de todo nos oprime como a animales enjaulados.

En el centro, se extiende una amplia explanada destinada a los ejercicios, donde los jóvenes reclutas aprenden el manejo de armas destinado a las revistas, pero de ninguna utilidad en el frente.

Esos muchachos parecen entregarse de buen talante a todas las maniobras. Algunos, como Halls, yo y muchos más, vuelven a encontrarse al cabo de año y medio en esta Polonia que nos vio manejar los explosivos por primera vez. Este recuerdo nos parece viejo de diez años. Se envejece pronto en tiempos de guerra. Nuestro talante un poco como de estar de vuelta, no se les escapaba a los nuevos incorporados que se ponen un poco más tiesos, como para decirnos que la guerra, ahora, es cosa de ellos. Magnífico entusiasmo de estos jóvenes colegiales transformados en *feldgrauen* por la ocasión.

Magnífico entusiasmo que flaqueará un poco, después de algunas noches pasadas en el lodo y al espectáculo del primer hospital de sangre. Todos hemos conocido esto. Muy pronto se darán cuenta de que la guerra no siempre aporta la misma exaltación que la explosión embriagadora de las granadas de yeso de los *kriesgspiel* de adiestramiento. Al cabo de tres semanas, su ímpetu bajará singularmente; su regimiento se hallará encuadrado por nuevas tropas inesperadas.

El Führer, que ya está agotando sus recursos, envía al tiro al blanco la mitad de la arrogante *Polizei*. Esos nuevos reclutas de edad honorable por fin van a pasarlas negras. La pinta de los policías obligados a arrastrarse por la mierda nos produce tanta gracia que nos hace olvidar nuestros tormentos. Los oficiales de Policía, que no poseen una gran competencia en la guerra, entregan sus agentes a los oficiales de la Wehrmacht quienes, no habiendo

olvidado ciertas cabronadas, ahora se vengan. ¡Delicioso espectáculo! Mala suerte para esos cachorros que se verán obligados a compartir el *gulasch* y el humor de esos imbéciles que harán todo lo posible para mantenerlos en una situación de inferioridad.

Para nosotros, tampoco nada va mejor. Tras un viaje largo y desagradable, hemos ocupado nuestros cuarteles. El viaje ha comenzado por una marcha a pie de cincuenta kilómetros por las pésimas pistas rusas cubiertas de escarcha pisoteada. Después, los camiones nos han transportado hasta una ciudad de aspecto oriental que se llama Mogilev. Desde aquí, dos trenes medio demolidos nos han llevado hasta Lvov, en Polonia, bordeando la supuesta frontera de Besarabia. Y más camiones hasta el campamento donde hemos recalado, cochambrosos y fatigados, ante la mirada recelosa de los oficiales instructores, orondos y en buen estado de salud.

Nos han concedido dos días de reposo antes de que los *feld* del campamento sancionen la menor negligencia de nuestra parte. A la primera revista, nuestros uniformes y capote, que, sin embargo, habíamos sacudido y cepillado concienzudamente, chocan a los instructores. Es verdad que nuestro equipo ha perdido el color y el aspecto originales. El *feldgrau* se ha vuelto gris amarillo desvaído. Sietes, agujeros, quemaduras, adornan siniestramente el conjunto. Los temibles *stiefels* están sin tacones, abarquillados, desteñidos. Todo ello basta para darnos el aspecto de pordioseros. Los instructores observan, detallan, buscan el punto flaco debido tan sólo a la negligencia. Las huellas del campo de batalla les resultan como bofetones humillantes a los que ellos no pueden replicar. Su uniforme irreprochable contrasta desfavorablemente con el de las tres compañías que están en posición de firmes. En realidad, son esos mequetrefes los que deberían rendirnos honores.

Lo sienten, y esto los pone nerviosos. Insisten en registrar los detalles por no perder totalmente la cara. Más lejos, las secciones de policías y de colegiales con uniforme camuflado se dirigen al baño de sudor cotidiano. Cantan alegremente en la clara mañana, en el aire seco y frío que activa la coloración de sus mejillas.

Das schönste auf der Welt ist mein Tirolerland.

El hermoso Tirol al que aluden no es, desgraciadamente, testigo de esta alegría un poco forzada. Por el momento, lo sustituyen las cimas majestuosas de los Cárpatos.

Los instructores, demasiado ocupados en su inspección, permanecen insensibles a esta poesía. Uno de ellos acaba de pararse en seco ante un *gefrierter* en el que los faldones del capote parecen encajes de Alençon. El *stabsfeldwebel* puede, por fin, desahogar su rencor bajo la mirada sarcástica de los peleones. Arriesgamos un disimulado y rígido vistazo hacia la derecha. Hacia el tipo acusado de negligencia. Las pupilas viajan hasta lo más profundo de sus órbitas para ver mejor quién sirve de pararrayos.

—¿Nombre? ¿Matrícula? —silabea el *stabs* levantando la cabeza.

Aunque no podemos verlo todo, podemos oírlo todo.

—Frosch. *Herr Stabsfeldwebel* —dice el acusado dando su número que nadie debe ignorar.

Frosch... Este nombre me recuerda algo. ¿Frosch? ¡Sí, claro! ¡El barracón, el día siguiente del paso del Dnieper! ¡El agua caliente! Un individuo de pinta absurda y de bondad angélica. ¡Frosch! La bofetada del *feld*...

Frosch está ahí, en la compañía de la derecha, y bebe. Ese nombre, sin interés hace un momento, me golpea las sienes. ¿Qué le pueden reprochar a Frosch?

Esto es lo que le reprochan. Esto es lo que el riesgo de hacer «vista a la derecha» sin haber sido invitado a ello me ha permitido ver.

En la tercera fila, a diez o doce metros. Frosch está cuadrado oyendo las reprimendas. Mira al frente como prescriben las ordenanzas militares. El pesado casco de acero tapa en parte su cara chupada y bastante estúpida. Desgraciadamente bastante estúpida para que el *stabsfeldwebel* se sienta repentinamente en situación de superioridad frente al infante que, con seguridad, las ha visto ya de todos los colores. En las bocamangas de su capote harapiento, dos manazas coloradas de sabañones se incrustan en los pliegues de la sucia prenda. Este capote no tiene más que un botón. Frosch ha sujetado todos los ojales con trozos de alambre cuyos extremos, con

Conmovedor sentido estético, están doblados, sin duda, para evidenciar su buena voluntad. ¡Ay! Frosch, por desgracia suya, ha cruzado un ojal superior con otro inferior, provocando un pliegue anormal y muy visible. Esta anomalía ha saltado a la vista del suboficial inspector, que no se deja escapar el pretexto. Entonces, inesperadamente, interviene el oficial de la compañía y señala al *stabsfeldwebel* las dificultades que ha sufrido el destacamento. El *stabs* se pone colorado ante la afrenta que le infiere ese superior a quien la inspección no incumbe.

—Su informe de aprovisionamiento precisa que tenían ustedes recambios para el vestuario, *Herr Leutnant*... Botones, precisamente.

El teniente no sabe qué contestar.

—Además, el *gefreiter* Frosch ni siquiera ha tomado la iniciativa de ponerlos dos ojales encarados, *Herr Leutnant*.

El silencio entre dos antagonistas es impresionante. El teniente mira a Frosch con mansedumbre. ¿No hubiera podido ese bribón evitar al cerdo de instructor la ocasión de armar un jaleo semejante? Pero el hecho está ahí, pese a su benevolencia el teniente no puede negarlo. Vuelve a su sitio con aire impasible. Un murmullo de malhumor se eleva de las compañías.

—*Stillgestanden!* —vociferan los *felds*.

Veinte días de arresto para Frosch, pan duro y agua, faenas de todas clases, bromas gratuitas. Frosch no chista, sale de la fila y se une a la de los castigados. Está solo. La inspección se relaja. ¡Izquierda, mar...! Las compañías se ponen en movimiento para una ronda de una hora alrededor del campamento. Frosch sigue mirando ante sí. Está solo en la fila de los castigados, solo en la fila que simboliza la injusticia. Solo como ha debido estar siempre en la vida. Tal vez se ha acercado a sus camaradas, en el seno de la Wehrmacht. Pero ese acercamiento, las intransigencias militares se lo hacen pagar caro. Diez días después, cuando la unidad viste ropas nuevas, el castigado seguirá con sus andrajos. Frosch se ha convertido en un símbolo. No sabe odiar. Guarda su semblante estúpidamente conmovedor de bondad vulgar. Ofrece las orquídeas silvestres que crecen en los árboles contiguos al campamento y que él recoge durante sus faenas solitarias.

Más tarde, el veterano dirá de Frosch:

—Es tan humilde como Diógenes. Si no ha merecido la victoria, ha merecido el paraíso.

¡Sección, adelante...! ¡Cuerpo a tierra...! ¡De pie...! ¡Avance a saltos...! ¡Progresión...! ¡Cuerpo a tierra...! ¡De pie cara a mí...! La tierra helada y dura rasguña manos y rodillas.

Los bosquetes sin hojas, que yerguen sus matas negruzcas, acaban con los uniformes de los cuales se ve la trama.

Ejercicio con explosivo figurado. Los *landser* que han visto estallar los cohetes de los órganos de Stalin, se ríen de ello. Los *landser*, que se aplastaban tanto como la tierra de Ucrania, se apoyan en el codo con un aire medio burlón, medio exasperado. ¡Broncas! ¡Reprimendas! Castigos colectivos para la compañía, que deberá dar una vuelta entera arrastrándose por el campo. La tierra, que desfila lentamente a diez centímetros de los hombres que se arrastran, recibe andanadas de injurias murmuradas en voz baja. Los suboficiales instructores hacen bien su trabajo. Pasan corriendo a lo largo de la alfombra *feldgrau* que avanza como la marabunta amazónica.

Más lejos, Wesreidau, testigo de esta broma pesada, se agita y discute de firme con los oficiales responsables del campamento. Inútilmente, pues las órdenes salen de más arriba. El descuido de las tropas que vienen del frente debe cesar. Hay que recobrar la rigidez de las divisiones de los años 1940 y 1941 para conducir la guerra a ultranza.

Marchas con toda la impedimenta. Travesías de pueblos al paso y cantando. Esta demostración está destinada a demostrar nuestro ardor a los aldeanos que, efectivamente, nos saludan con un gesto al pasar. Los mocosos nos aclaman, las chicas nos sonríen. Ni un solo día de tranquilidad. También aprendemos a replegarnos a saltos sucesivos. Esto podrá servirnos siempre.

Cada cuatro días, cuartel libre desde las cinco de la tarde hasta las doce. Invadimos Nevorechy y Suelea, dos aldeas próximas al campamento en las que algún campesino puede hacernos entrar en su casa para ofrecernos de beber y, a veces, de comer. Los soldados se divierten precipitadamente con las muchachas poco esquivas. Estos escasos momentos de libertad aprovechada al máximo nos hacen olvidar lo demás.

La mañana siguiente empezamos de nuevo eso que los alemanes llaman «coger el tranquillo», con una buena voluntad como para desacreditar todas las obras de beneficencia. A pesar del enojo que nos produce, nos doblegamos a ello con la idea que tal vez sea necesario. Todavía damos confianza a las directrices superiores. Esta práctica quizá nos ayude a terminar la guerra más pronto.

¿Candor ingenuo? ¿Confianza en el arte militar? Bravo soldado alemán, los que te juzguen más adelante, ¿te lo tendrán en cuenta? No serás más que un simple bandido, como se dirá para explicarlo todo. Y, sin embargo, sólo por eso, habrías merecido la victoria...

Por fin recibimos uniformes nuevos. Algunos son diferentes de los que siempre hemos tenido. Se componen de un chaquetón semejante al que ahora puede verse en el Ejército francés. El pantalón está metido en unas pequeñas polainas de gruesa lona, lo que le da un aspecto de pantalón de golf ridículo. Son, sobre todo, los recién incorporados de enfrente los que los heredan. Para nosotros, unidad de élite *Gross Deutschland*, el corte permanece el mismo. Incluso nos dan botas nuevas. Somos unos verdaderos privilegiados.

En cambio, la tela es extraña. Es mucho más seca y hace pensar en un cartón tratado especialmente para que sea flexible. Las nuevas *stiefels* tampoco tienen el mismo aspecto. Son de un cuero de cuarta calidad, rígido y rugoso. Una vulgar costra que ya no forma arrugas normales a la altura del tobillo, sino más bien roturas. La ropa interior es de lo más horrendo. Hecha de una fibra que sólo se sostiene por los dobladillos. Parece como si el más leve rasguño haya de desintegrar totalmente la prenda. Los *strümpfe* (calcetines) tan apreciados, tienen también un aspecto extrañamente sintético.

—Si es así —comprueba Halls—, prefiero mis calcetines rusos.

En realidad, serán más resistentes que los anteriores, pero también mucho menos calientes. Ya están fabricados con los primeros nylones, desconocidos en aquella época.

Volcamos el betún sin tasa sobre nuestras botas para hacer que pierdan su aspecto de cartón piedra. Los *landser*, a pesar del uniforme *ersatz*, se sienten más en forma que con sus viejos capotes raídos y cochambrosos. Es

bueno para nosotros y también para el ocupado que, al ver esos soldados remozados, no duda ya de las posibilidades de la Wehrmacht, ni de nuestro ardor.

Halls, con su bonito traje nuevo, ha vuelto a enamorarse. Esta vez, es una joven polaca rubia y muy mona. En él, esto es enfermizo, siempre tiene que estar enamorado. Cada sector de reposo le ha quitado un pedazo de corazón. El muy bribón ha encontrado el modo de coquetear durante las breves horas de cuartel libre. Continuamente tenemos discusiones con este motivo.

—Nos estás chinchando con esa mujer —protesta Lensen—. Haz lo que todo el mundo y acaba de una vez.

Lindberg se ríe a carcajadas. Se acuerda de la última salida, con Lensen, Pferham y Solma. Los cuatro compadres asediaron a una polaca cuarentona en un granero.

El barracón entero se ríe.

—Una marrana —puntualiza Halls—. Nada más que una marrana vuestra polaca. Ninguna poesía, sois unos cerdos.

Las risas hacen temblar las tablas del barracón. Pferham, el pastor, se ríe, porque no puede hacer otra cosa, pero de todos modos, con cierto cohibimiento. Las historias arrecian.

Yo no tengo ninguna aventura especial que contar. Cierto que hice cosquillas a una o dos polacas, pero la cosa no pasó de ahí. Es verdad que estoy enamorado de Paula y que le escribo frecuentemente. Espero, por encima de todo, tener un permiso. Pero hay más. Experimento una especie de malestar. Una especie de repulsión. En cuanto un cuerpo se desnuda, temo ver tripas que surgen de él. Las escenas de la guerra me vuelven a la memoria. Todos esos cuerpos que se vacían fumando y desprendiendo un olor nauseabundo no son más que vulgares tripas. A fin de cuentas, prefiero el amor platónico de mi correspondencia. Paula todavía significa a mis ojos algo distinto. Algo delicado y delicioso que no va a destriparse. Por lo menos, procuro no pensarlo.

Y he aquí que, al cabo de unos días, me sucede un caso que hará reír a los demás a mis expensas.

Estamos de paseo en Suelea. Hielo muy poco y hace un tiempo espléndido. Los ánimos están dispuestos a la juerga, pero asimismo a mejorar el condumio. Las raciones de la Wehrmacht son tan reducidas que salimos de los refectorios con un hambre incontestable. Los campesinos no se niegan a cedernos algunas vituallas a cambio de los marcos que la *Rentenbank* parece imprimir más allá de sus reservas de oro. Efectivamente, hemos recibido marcos en complemento de los haberes, así como unos tíquets especiales para las tropas, de ocupación. Los huevos son lo más fácil de obtener. En Suelea, nos repartimos la tarea. Somos tres. Hoth, Schlessler y yo. Hemos dejado a Halls en Nevotorechy con su polaca. Nevotorechy está al lado del campamento y los soldados han arramblado ya con todo lo que había allí. Por esto hemos decidido ir a cinco kilómetros más lejos, a Suelea, situado igualmente a orillas del Dniester. Cada uno se encamina por los alrededores en busca de las granjas cuya situación conoce toda la compañía.

No tardo en seguir un camino metido entre dos taludes formados por la nieve arrojada sobre unos matorrales que la retienen. El camino desciende y abajo hay una charca helada donde unos patos amarillos y rosados picotean esperando reanimar a su elemento favorito que se ha solidificado incomprensiblemente. Tuerzo a la derecha. Hay dos pilares bajos en lo que me parece ser un majuelo sin hojas. Frente al portal, un inmenso montón de leña que casi oculta la baja casa cubierta de chamizo. A la izquierda, casi adosadas al río, unas barracas estafalarias de madera sin desbastar, sirven probablemente de cuadras y de graneros.

Decorado increíblemente rústico, pero con adornos de buen estilo. Aquí, interviene otra preocupación, incluso en el decorado más tosco.

Me acerco a la pequeña granja, cuando aparece una mujer mofletuda, ataviada como en la Edad Media. Viene de una de las cuadras, por la izquierda. Nos sonreímos mutuamente. Ella chapurrea una frase ininteligible.

—*Guten Tag, Frau. Ei, bitte.* —No creo que ella comprenda el francés, pero estoy seguro de que conoce la palabra huevo en alemán—. *Ei... Ei... bitte.*

Se acerca, siempre sonriente y afable. Habla y hace unos gestos que no entiendo. Me conformo con responder a su sonrisa. Me hace una seña indicándome que la siga. Obedezco y me dirijo con ella hacia una escalera de mano. Coge un escalón y se aferra a él vigorosamente, dándome a entender que debo sujetar la escalera.

La campesina trepa por ella sin dejar de chapurrear y de reírse a carcajadas. Mi mirada se eleva naturalmente para seguir su ascensión hacia un granero sin pared, colmado de heno.

Y mi mirada estupefacta topa con los interiores algo sucios de la polaca. La polaca, que se da cuenta de que la observo, se para por fin en la falsa ventana de su granero, se vuelve y me hace una seña para que yo suba a mi vez. Me siento bastante cohibido. Habitudo a atacar, trepo por la escalera como si fuera un muro de asalto ante los ladrillos de un *unteroffizier*. Y heme aquí hecho un ovillo bajo el montón de heno con la polaca de las nalgas de medio metro cúbico, que se ríe y cloquea como una gallina que fuese a poner. Mi fusil se engancha por todas partes y una vez más parezco estar reptando dentro de un graben. Hay gallinas en todas partes en el henil. La polaca las echa y recoge mucho huevos. Se vuelve hacia mí, siempre risueña, mostrándome los dientes un poco espaciados, pero de una blancura resplandeciente. Se acerca para darme los huevos calientes que acaba de coger, en cierto modo, para mí.

Siento que su aliento y el calor de su cuerpo me asaltan. La picarona hunde sus manos con los huevos en las profundidades de los bolsillos de mi guerrera. Siento el contacto de sus dedos en mis caderas y abro mucho los ojos esperando la orden de marchar rápidamente. La orden no llega y los dedos impíos del enemigo soban mi carne al través del forro de los bolsillos y del pantalón.

—¡No me faltaba más que eso! *Danke schon..., danke schon!* — exclamo intentando volver sobre mis pasos, a riesgo de pasar por un desertor.

Pero la polaca voluptuosa se ha acercado a mí y todo me hace suponer un cuerpo a cuerpo. Ella sonrío beatamente y abre mucho los ojos apasionados.

Mein Gott! Espero oírle lanzar un *Hurte pobieda*. Me quedan dos soluciones, retroceder más y romperme la crisma abajo o contraatacar y arrollar al adversario en el heno.

Demasiado tarde, mis decisiones tardías ya no me sirven de ayuda. La bella, que me lleva a lo menos diez kilos, me ha abrazado súbitamente y, con una llave certera, me empuja a su izquierda, haciéndome perder el equilibrio. Llevo, además, una tortilla en cada bolsillo, y no puedo hacer uso de mi arma, pues la llevo en bandolera, a mi espalda.

¡Maldición! Si el Führer me viera, yo sería expulsado para siempre de la *Gross Deutschland* y enviado a uno de los batallones de marcha de la *Brandenburg*... El delicioso recuerdo de Paula me ofrecía una comparación demasiado absurda. Con un brusco empujón, me desprendo por fin de esa hembra en celo, que se excita por sí sola. Su rostro algo porcino, que quizá tenía un encanto un poco antes, ahora tiene la expresión de los bóvidos que se aparean. Me pongo de pie y vuelvo mis bolsillos llenos de una mermelada blanca y amarilla. La moza se ha recobrado e intenta reír, temiendo lo peor por su audacia excesiva. En un abrir y cerrar de ojos estoy abajo y hago unos gestos explicativos a la polaca para que me traiga algo con que lavarme la guerrera nueva. Si las manchas persisten, tendré bastantes pegas. Intento adoptar una expresión irritada, pero lo que acaba de ocurrirme me sitúa incontestablemente en un estado de inferioridad y el rubor me sube a las mejillas.

La polaca, medio sonriente, medio inquieta, me hace seguirla hasta la casa. Cruzamos una puerta que se abre hacia fuera y hay que bajar unos escalones para llegar a otra puerta que se abre hacia dentro. La casa está, en efecto, a ochenta centímetros bajo el nivel del suelo. Hay una larga estancia baja y oscura. Apenas alumbrada por una sola ventana que pudiera servir de tronera y cuyos cristales amarillentos sólo dejan pasar una luz tenue. Los rescoldos de un fuego arrojan unos resplandores intermitentes sobre el rústico decorado. La casa está dividida en dos por unas pesadas piezas de madera con claraboya. A un lado viven las personas; y en el otro, el ganado, lo cual explica el olor fétido que se mete en la nariz al entrar y que proviene de uno o dos cerdos que engordan en la pieza contigua. Adosados al tabique con claraboya que separa el establo de la pieza principal, unos grandes y

anchos bancos deben de hacer las veces de lecho, y ofrecen su hospitalidad de paja. Una vieja se ha vuelto hacia nosotros. Sonríe con la indiferencia de la esfinge. Para ella, no sé siquiera si la palabra «alemán» existe. Dos chiquillos juegan en el montón de leña que hay en el centro de la habitación. La polaca me trae agua en una medida de madera muy fina en la cual los rusos miden el mijo vendido al detalle. Me veo obligado a quitarme la guerrera y a revelar así mi miseria: un jersey burdeos que mi madre me había enviado el año pasado, y cuyas mangas son casi inexistentes a partir del codo y cuya cintura está deshilachada al máximo.

Me dispongo a ponerme a lavar cuando la polaca me quita la guerrera de las manos. Frota la mancha con una piedra pulida y una especie de tapón de paja rígida. Con una gentileza que le hace perdonar su arrebató de antes, me devuelve la prenda, otra vez limpia. No me atrevo a sonreírle por temor de desencadenar otra vez su furor amoroso. Pero ella parece haberlo olvidado ya todo. Curiosas gentes primitivas para las que todo está en el momento presente y que parecen no preocuparse del pasado ni del porvenir. No me queda más que despedirme. Saludo reglamentariamente tendiendo el brazo.

Mientras la vieja centenaria me dirige una sonrisa que parece haber visto pasar milenios, la mofletuda polaca hurga entre un montón de botes apilados en pirámide sobre una mesa estilo banco de carpintero. Coge un huevo y me lo ofrece.

Acepto el obsequio, sin saber qué cara poner. Embarazado y poniéndome colorado, pues el huevo me recuerda el granero de hace un rato, busco en mis bolsillos los *pfennigs* correspondientes. La mujer me hace seña de que es inútil. Me siento avergonzado y me voy a reculones multiplicando mis *danke schon* con la cabeza.

He dado ya unos cuantos pasos fuera, cuando la puerta vuelve a abrirse. La polaca me llama y me tiende mi fusil que distraídamente he dejado apoyado en la gran mesa. ¡Qué emoción! Recobro mi arma y doy gracias otra vez. Me siento ridículo y nervioso. Intento atiesar mi porte y darle un aspecto más marcial para compensar todo lo que acaba de sucederme y que va a alegrar la velada de esos polacos.

Interiormente, no me perdono mi actitud. ¡Qué estupidez! ¡Haber visto la batalla de Bielgorod y dejarse bajar los pantalones por una polaca gorda!

Por muy *Gross Deutschland* que sea, vuelvo con un solo huevo y una aventura que no contaré enseguida, temeroso de que los camaradas me quiten los pantalones para cerciorarse de que la polaca no me ha robado nada.

—¿Por qué no nos lo dijiste? —me reprocharán más tarde—. ¡Hubiéramos ido todos y lo habríamos exigido todo! ¡Represalias, vaya!

La brusca primavera surge por todas partes. La evolución de los acontecimientos se agrava en el Frente del Este, pero nosotros seguimos viviendo como equipos deportivos que se preparan para una final. Además, los ejercicios se han relajado seriamente y ahora tenemos medias jornadas enteramente libres. Las necesitamos para poder aprovisionarnos de alimentos. Las raciones han vuelto a disminuir y estamos viviendo en un régimen de hambre. Las dos aldeas próximas prácticamente ya no nos dan nada, y debemos efectuar marchas muy largas para procurarnos las calorías que serán quemadas en nuestras idas y venidas. La pesca en el Dniester se ha convertido en una distracción necesaria. Desgraciadamente, no estamos equipados para ello y no sabemos pescar como los polacos. Tres veces, *Herr Hauptmann* Wesreidau será de la partida, pues como oficial se ha apropiado de cierta cantidad de explosivos. Con estos medios, la pesca se hace rentable. De ciertos baches de agua sacamos peces gigantescos.

Hay también un accidente. Dos soldados no han vuelto. Sus camaradas dicen que se fueron a buscar provisiones en la montaña. Pasan dos días sin noticia alguna. La compañía completa sale en su búsqueda. Las gentes de las aldeas registradas no saben nada, pero esto huele a partisano. Salen dos expediciones más. Establecen contacto con un grupo de terroristas que causarán cinco muertes estúpidas, pero sin encontrar ni mucho menos a los dos hombres que han sido dados por desaparecidos.

Mientras el Ejército rojo penetra en Polonia y el campamento está en vísperas de ser zona de operaciones, nos tumbamos al sol como lagartos, cuando ello es posible, en espera de órdenes. Halls está cada vez más enamorado y visita a su novia, pues cuenta con casarse. Lo acompaño con frecuencia sin encontrar, sin embargo, la horma de mi zapato. Solemos

reírnos juntos y Halls repite sin parar que seguramente tendré un permiso para ir a ver a Paula. De vez en cuando, la pareja se aísla y yo me voy para que no parezca que aguanto la vela.

La guerra parece habernos olvidado en este encantador decorado. Pero una mañana se acabaron los amores y la tranquilidad. Bajo los rayos horizontales de un sol que apenas despunta, el gran zafarrancho de combate agita al campamento. Ante nuestros ojos asombrados, las compañías embalan apresuradamente su material. Los motores roncan. Incluso se destruyen los barracones. Nuestra estupefacción es total.

—¿Qué quiere decir esto? —nos preguntamos.

—¡Los! ¡Los! *Schnell!* Nos vamos.

Los camiones gris-azul mate nos llevan traqueteando hacia el norte, sin que nos hayamos percatado de lo que sucede. En esta hermosa primavera en plena germinación, el campamento organizado provoca detrás de nosotros un incendio cuyas volutas de humo trepan en el aire tranquilo y puro como si se tratara de un siniestro presagio.

Las conversaciones no paran. ¿Qué pasa? ¿Por qué destruyen el campamento? ¿Dónde está el frente, ahora? A las diez, la columna *Gross Deutschland* se detiene junto a una vía sombreada por ramas cargadas de millones de brotes que florecen bajo el impulso irresistible de las hojas apenas verdes, pero carnosas. Los pájaros, tan poco enterados como nosotros, cantan y vuelan hasta sobre los toldos de los camiones. Un sidecar de enlace se acerca al *Volkswagen* de los oficiales y transmite órdenes. Después, los *feld* nos hacen dar media vuelta.

En este momento, a través del petardeo de los escapes alguien percibe el zumbido de una jauría aérea.

¡Pitidos estridentes!

—*Achtung!* ¡Aviones enemigos sobre nosotros! *Achtung...*

Los soldados saltan de los camiones en marcha. Empujones, precipitación general.

En realidad, los aviones, cazas bombarderos *Il*, que nos han localizado, no se dan prisa. Giran en número de quince a cuatrocientos o quinientos metros sobre nosotros. Han quedado camiones abandonados de través en la carretera. Los oficiales corren y vociferan detrás de los conductores que,

cogidos entre dos fuegos, no dan ya pie con bola. Finalmente, corren hacia sus máquinas, las ponen en marcha y las meten como pueden en la espesura. *In extremis*, por lo demás, pues el vuelo de buitres se abate ya sobre nosotros.

Enseguida las bombas. Antes de que estallen, se ha podido distinguir el curso de su caída. Diríase grandes flechas con su largo fuste que les permite percutir sobre el suelo. La primera granizada cae, afortunadamente, al otro lado de la carretera, en los zarzales que saltan por el aire en medio del atronador estruendo. Los aviones se han repartido la tarea en dos grupos. El segundo lanza su andanada casi en el mismo sitio.

El choque es de una violencia inaudita. Todo salta por el aire y nos cae sobre la cabeza. Un camión tocado viene a acabar su trayectoria a diez metros de nuestro escondite. Su incendio se extiende hasta nosotros obligándonos a salir huyendo. Ya no es cosa de mirar lo que pasa. A saltos, cada uno se aleja lo que puede de la carretera que los aviones cepillan con cohetes y ametralladoras.

Los hombres desalojados intentan escapar sin percatarse de que otros aviones siguen a los primeros. Son segados por la metralla que pasa sobre el grupo como una guadaña implacable. Saltan, rebotan y se desarticulan como peles cuyos cordones fuesen arrancados. Los incendios de dieciocho vehículos ennegrecen el cielo que la aviación enemiga abandona por fin. El ataque ha sido tan fulminante, que nadie todavía se ha percatado bien de lo sucedido. Nos acercamos al desastre sin perder de vista el cielo. El enemigo pudiera muy bien fingir que se aleja para volver de nuevo.

La carretera, resbaladiza por el reciente deshielo y las lluvias primaverales, está sembrada de escombros y de cadáveres despedazados. La violencia de los impactos ha destripado a algunos, proyectando sus vísceras a siete u ocho metros de distancia. El apacible camino donde gorjeaban los pájaros hace un cuarto de hora, ha sido desfigurado. Los matorrales primaverales están triturados y renegridos por los incendios de gasolina y de aceite. Los brotes apenas surgidos siembran también el suelo entre los charcos de sangre que han salpicado de trecho en trecho.

En un cuarto de hora, nuestra columna, formada por unos treinta vehículos que transportaban tres compañías, ha perdido veinte hombres y

dieciocho carruajes. Tres heridos son recogidos en estado desesperado.

Todo el mundo se atarea en cavar fosas para nuestros muertos. Entre las víctimas, Hoth y Dunde. De este es recuperada la Cruz de Hierro que recientemente había ganado en el segundo.

Frente del Dnieper. Los dos eran unos compañeros con los que bromeábamos hace apenas veinticuatro horas. La guerra empieza a borrar nombres conocidos. Después, lo trágico de la situación nos asalta y nos abruma.

Los hombres se hacinan en los camiones intactos que ceden bajo la carga. Los hay en los estribos, en las aletas, en los capós, en los parachoques delanteros. Ramas casi sin hojas están todavía enganchadas entre las colmenas humanas que avanzan a cuarenta por hora. Bajo ese peso excesivo, dos taxis perecen. Para sus ocupantes, no hay otra posibilidad que continuar a pie.

Nos alcanzarán seis días más tarde en la frontera rumana, cuando nos aprestamos a reforzar el eje de Vinitza entre el Frente Central, arrollado, y el del Sur que parece resistir aún. Los camaradas han sido atacados, además, por los partisanos rusopolacos. Afortunadamente la escaramuza les ha sido favorable. Han recuperado los caballos de los partisanos y los que quedaban en algunas granjas. Es, pues, un escuadrón de caballería de gran fantasía lo que se une a nosotros. El tiempo es espléndido y vamos a pisar otra vez tierra rusa justo después del deshielo. Algunos camiones rumanos dedicados aún a la vida civil son requisados y sustituyen a los que hemos perdido recientemente. Son viejos vehículos que ostentan el nombre de empresas privadas. No tenemos tiempo de repintarlos. Nuestra sección embarca en un camión de mudanzas de marca inglesa cuya fecha de fabricación debe de remontarse al año 1930.

Capítulo XV

RETORNO A UCRANIA. ÚLTIMA PRIMAVERA

La muerte del Hauptmann Wesreidau. El éxodo

Después de un viaje atropellado y precipitado, entramos otra vez en Ucrania, donde la tierra no ha absorbido aún totalmente el agua del deshielo. Espacios empantanados son franqueados después de unas horas de dificultad. No obstante, hace buen tiempo e incluso calor. Con frecuencia, trabajamos con el torso desnudo.

Durante el camino, nos llegan órdenes. Ya no vamos a Vinitza. Hemos de restablecer las comunicaciones, constantemente perturbadas por los partisanos, entre la retaguardia y el frente. Debemos igualmente aniquilar esas bandas. La guerra de los partisanos es efectivamente más virulenta que nunca y paraliza muy a menudo el aprovisionamiento harto precario de las unidades empeñadas. La cabeza de puente de Vinitza debe resistir. Es de aquí de donde deberán partir las ofensivas destinadas a cortar la cuña ardiente que los rusos han hincado hasta Polonia delante de Lvov y restablecer el enlace con el Frente Norte que, al parecer, todavía resiste.

Nuestros destacamentos, apoyados por otras unidades deberán, pues, afrontar a los francotiradores en una lucha de emboscadas en la que la ventaja está en manos del que ha sorprendido al otro. La división es dispersada una vez más. La mayor parte combate al norte de Lvov y en la Rusia Blanca, en el sector Norte. Elementos desperdigados, como nosotros, combaten el frente interior en el límite de los sectores Centro y Sur antes de

reunirse con ella algunas semanas más tarde. Nuestra zona de operaciones se extiende hasta Rumania pasando por Besarabia. Igual que en el pasado, seguimos siendo una unidad muy móvil, destinada a apoyar determinados puntos en estado de urgencia.

Desgraciadamente, nuestra movilidad depende de los vehículos poco apropiados que he descrito antes. Los abandonaremos sucesivamente a lo largo de nuestras incursiones jadeantes, para continuar a caballo o en bicicleta con neumáticos muchas veces rellenos de hierba. Los caballos y otros artefactos los requisamos a los miles de refugiados ucranianos, gitanos, colonos polacos y demás que huyen de la marea roja en una larga cohorte ininterrumpida. A veces se les agregan partisanos, fingiéndose campesinos que pretenden huir también de la horda bolchevique. Después, en un momento escogido, nos disparan a la espalda sembrando la confusión entre el conjunto de fugitivos. Estos movimientos están destinados a sacarnos de quicio y a provocar represalias que luego soliviantan a la población en éxodo contra los soldados alemanes. Todos los procedimientos son buenos.

A fines de mayo conseguimos cercar una importante banda rebelde en un sector boscoso donde se ha refugiado. Cuatrocientos individuos, aproximadamente. Tres compañías aprietan la tenaza sobre el enemigo francotirador poderosamente armado.

El aire está cargado de mil fragancias que exhala el bosque y nada parece justificar los acontecimientos guerreros que se avecinan. La mañana es espléndida. Pájaros y bichos de todas clases corren de rama en matorral y se apartan a nuestro paso.

Los hombres armados siempre hacen huir a los animales, incluso aquellos a los que llamamos feroces. Pero aquí los cazadores buscan otras piezas más peligrosas. Los pájaros que nos temen y huyen no pueden imaginarse que los amos del mundo, que parecen no tener que temer nada, han hecho nacer entre ellos adversarios de su talla que poseen el mismo grado de ferocidad. La Naturaleza está bien hecha. El rey de los animales, el hombre en este caso, crea su propia destrucción. ¡Es genial! Una selección natural, pero mal organizada, se encarga de derribar de vez en cuando nuestra corona.

Todos estamos desesperados. A pesar de la resignación que nos invade hace algún tiempo, llega el momento en que vuelven a asomar los miedosos, los cobardes, los que todavía esperan vivir. Las hojas vivas que nos acarician el rostro guarnecido de acero nos recuerdan que es bueno vivir. ¡Sobre todo con este buen tiempo! Para nosotros, ya no es el bautismo de fuego, casi es la rutina. Una rutina peligrosa en la que la medalla de los buenos servicios suele ser otorgada a título póstumo. A menudo hemos calculado sus inconvenientes. Hemos visto a los condecorados con sus ojos revueltos. No nos queda gran cosa por aprender en ese terreno. Incluso mantenemos una filosofía morbosa que puntuamos con risas forzadas y entrecortadas como el fuego de las *spandau*. Algunos han logrado convencerse. Como, de todos modos, no somos eternos, puesto que todo tiene un fin, poco importa la hora. Estos, los muy fuertes, caminan pensando en otra cosa. Los otros, los fuertes, cuidan de aplazar este momento y ponen unos ojos tan sombríos como la boca de sus armas. Los demás, es decir la mayoría, transpiran con un sudor malsano bajo sus guerreras sintéticas, hasta las botas, hasta las palmas de sus manos frías.

Aquellos tienen miedo. Un gran miedo que anula todas las convicciones y que la rutina no embota. Está en ellos antes de cada operación. Los minutos son largos, desmesurados, casi inmóviles. Se procura no pensar. Se consigue, pero el miedo subsiste como el día que ilumina los follajes que ya se ignoran.

El contacto con el enemigo le pondrá término. Los primeros tiros subirán el telón del drama que ocupará enteramente al animal humano. Lástima que los soldados tengan la facultad de reflexionar. Cuando caigan los primeros camaradas, la atmósfera se relajará y les haremos tan poco caso como a las ramas secas que crujen bajo nuestras pisadas.

El ayudante Sperlovski, que conduce nuestro grupo, nota numerosas huellas. Un intenso pisoteo y numerosos emplazamientos despejados revelan la presencia de un campamento de partisanos. ¡Cuidado con las minas!

Debemos, además de todo el resto, mirar dónde ponemos los pies. El sudor chorrea de nuestras sienes y atrae enjambres de moscas furiosas. Los matorrales y las ramas bajas ofrecen mil asideros a la instalación de los

hilos de mando de los detonadores. Cada metro reclama una concentración mental desesperante. Pasa un avión en vuelo rasante y su zumbido nos crispa los nervios ante la idea de que puede provocar la explosión de todo el sector. Por fin una señal breve. El grupo echa cuerpo a tierra. En el extremo de un vago sendero se yergue un fortín de leños profundamente enterrado. En el otro extremo de nuestro dispositivo de cerco acaba de empezar el jaleo.

Sperlovslci designa a dos hombres para que vayan a arrojar dos paquetes de granadas contra el fortín. Son Ballers y Prinz. Prinz es uno de los compañeros de Lensen en el grupo de *panzerfaust*. Hoy, la operación no requiere cazadores de carro. Prinz se ha convertido en *panzergrenadier* y avanza, jadeante con su paquete mortal. Ballers, más muerto que vivo, se arrastra por el otro lado del sendero con un paquete idéntico. Todo el grupo sigue la progresión de los dos camaradas con una tensión que nos hace temblar.

¿Quiénes son Ballers y Prinz? Dos hombres que vienen de cualquier parte. ¿Son buenos? ¿Son malos? ¿Son censurables? ¿Dios está con ellos o los juzga...? No son más que dos hombres convertidos en camaradas en el seno de esta compañía de locos frenéticos, en dos hombres que evitaríamos conocer en la comodidad de una vida civil y apacible. Pero aquí, cada metro que ellos recorren acelera los latidos de nuestro corazón precipitándolos al ritmo del suyo. ¡Son de los nuestros! No pensamos más que en estos dos seres anónimos que, de pronto, adquieren más importancia a nuestros ojos que el más próximo familiar. Transmutación egoísta que quizá deja entrever, a través de ellos, lo que puede ocurrirnos a nosotros. ¡Poco importan los móviles! ¡Que vivan, Dios mío! ¡Que vivan! Están lejos ya, lejos y quizá cerca de la muerte. El follaje los oculta a muchos de nosotros. ¡Yo los veo! Prinz se yergue de pronto y arroja su paquete contra el fortín. Después echa cuerpo a tierra otra vez.

El bosque entero sufre la violencia de la explosión. Su fragor repercute bajo la umbría de un modo interminable. Por los trozos de cielo que se perciben a través del follaje, vemos huir los pájaros como flechas. La carga de Prinz no ha caído suficientemente lejos. Ha hecho un gran cráter

coronado de ramajes triturados a siete u ocho metros de la guarida de los partisanos.

—*Scheise* —rezonga nuestro *unteroffizier*—. No se han acercado bastante.

—No hay nadie dentro —murmura alguien.

Luego he visto a Ballers surgir a su vez. Lo he visto correr hacia el fortín y he creído morir por él. Ha arrojado también su paquete de explosivos. Se ha echado al suelo y simultáneamente un relámpago ha doblado los árboles. El bosque ha gemido bajo su choque. Ya no quedaban pájaros. Sólo había nuestros uniformes mágicos que por mimetismo nos confundían con la Naturaleza. Ballers acababa de ponerse de pie, así confió Prinz un poco más adelantado. Sus siluetas se recortaban sobre el terreno revuelto. Detrás de ellos, todo lo que antes era visible del fortín había desaparecido.

—Por aquí, camaradas —gritó Ballers, orgulloso de su hazaña—. No había nadie dentro.

Nos alzamos para ir a su encuentro. Se reía nerviosamente. Una seca detonación silbó entre las hojas... Luego dos más. Prinz corrió hacia nosotros. Ballers no corría. Andaba con paso vacilante tendiendo una mano hacia nosotros... Se desplomó.

Una hora más tarde, cuatrocientos partisanos se defendían como demonios en el cerco que nosotros habíamos cerrado sobre ellos y que se estrechaba poco a poco. Tres compañías casi completas, es decir ochocientos o novecientos hombres, intentaban aniquilar el círculo de fuego que se defendía con una variedad de armas de todos los calibres, que representaban una potencia mordiente. Además, su posición estaba seriamente habilitada y todo acercamiento rozaba el suicidio.

Durante aquella breve hora, dos hombres de nuestro grupo habían pisado desgraciadamente ingenios explosivos. Y sus cadáveres despedazados quedaron colgados de las frondas de mayo. Sufríamos el fuego ininterrumpido de un emplazamiento de *Maxim* cuádruple, y emplazar una *spandau* entrañaba algunos riesgos. Intentamos cavar unos hoyos individuales, pero el terreno oponía a nuestros picos una red de raíces inextricables, transformando nuestra posición de ataque en una posición de

defensa que hubiese sido difícil mantener si el enemigo intentaba una brecha.

Únicamente los morteros ligeros con su tiro casi vertical hacían mella en el bloqueo enemigo. Desgraciadamente, nuestros adversarios, agazapados en su posición bien habilitada, aguantaban nuestro tiro sin desmayo. En cambio, dos o tres obuses pesados —probablemente alemanes, caídos en sus manos— volcaban sobre nuestro cerco proyectiles que desarraigaban los árboles.

Los disparos de aquellas piezas permanecían invisibles y hacían problemático su aniquilamiento. Diez veces se lanzaron grupos al asalto de los terroristas organizados, y cada vez tuvieron que dar media vuelta dejando unos camaradas gritando en el humus del bosque. Más tarde supimos que Wesreidau había hecho lo imposible para obtener refuerzos motorizados y blindados. No había ningún blindado en los contornos, pues todos los que quedaban tenían demasiado que hacer con el frente que cedía. Tuvimos que prescindir de aquel apoyo.

Tras una hora de espera y de asaltos sin resultado, nuestro comandante, deprimido por no poder con aquella «plaga de nuestra retaguardia», decidió jugarse el todo por el todo. Con precaución, cambió de posición las tropas del cerco, y sólo dejó en su sitio algunos tiradores aislados destinados a hacer creer al enemigo que la tenaza cerrada sobre él se mantenía firme. Wesreidau dispuso así de quinientos hombres sobre un solo punto. No vaciló a lanzarlos de golpe sobre el sitio más vulnerable de la defensa adversa, es decir una trinchera en V ocupada por unos cuarenta individuos armados con una sola ametralladora y unos fusiles. A su voz de mando, los quinientos *feldgrauen* se pusieron en movimiento casi a la vez y atacaron con lanzagranadas la posición enemiga que, ante la avalancha, no pudo mantener correctamente su tiro.

Siete u ocho de los nuestros pagaron caro aquel esfuerzo, pero la acción fue tan magnífica que, por el momento, nadie prestó atención. Yo era de la segunda oleada, y seguían otras dos. Llegamos a la posición enemiga cuando el trabajo ya estaba hecho. Unos cuarenta partisanos habían intentado resistir. La lluvia de granadas aniquiló los dos tercios de ellos. Los otros, descompuestos, acabaron ante las bayonetas de los

panzergrenadier que se habían infiltrado ya en el recinto enemigo. Nosotros les pisamos los talones. Detrás de nosotros venían los demás y se infiltraban en todas partes. Gritos espantosos llenaron la espesura que olía a pólvora, a chamusquina y a sangre. Vi a los *popov* enloquecidos surgir de su fortín de maderos y disparar a quemarropa sobre mis camaradas exaltados por la acción. Abrí fuego con los demás en la confusión general. Un ruso muy alto disparó tres veces contra mí sin tocarme y sin que yo hiciese nada por evitarle. Después se me echó encima gritando y blandiendo su fusil, con la culata al aire. Otros dos camaradas se me unieron y tiraron sobre el frenético. Él cayó y se afanó en recargar su arma. No le dimos tiempo. Nuestras culatas se batieron diez o doce veces sobre el moribundo. Había expirado ya cuando aún seguíamos golpeándolo.

Más lejos, al pie de un blocao, se desarrollaba una lucha trágica. Alemanes y rusos se batían con una rabia inhumana. Algo hizo explosión en el barullo, proyectando *feldgrauen* y partisanos muertos unos encima de otros. Otros camaradas surgieron y se arrojaron en medio de los moribundos. Gritos e imprecaciones se elevaban entre las detonaciones secas. Instantáneamente, estuvimos entre ellos. Uno de los dos muchachos que me acompañaban se rompió el antebrazo con una barra de mina. Contra el muro de madera, los hombres se batían cuerpo a cuerpo a cuchilladas, a golpes, a coces, a pedradas. Un *obergefreiter* acababa de alcanzar en la cara a un ruso con la pala. Una herida inmundada había desfigurado el rostro del hombre que rodó por el suelo retorciéndose. Kellerman disparaba a breves ráfagas sobre los partisanos refugiados detrás de los dos obuses que tanto daño nos habían hecho. Muchos rusos huyeron, la mitad probablemente. Los que no pudieron huir formaron un importante santuario que los últimos fusilados vinieron a engrosar.

Recuperamos las armas, destruimos los obuses que no podíamos llevarnos, cogimos todas las reservas alimenticias y evacuamos el paraje no sin haber inhumado previamente a setenta de los nuestros. Numerosos heridos fueron retirados en angarillas de ramajes. La misma noche ocupamos un *koljoz* y nos bebimos todo lo que se nos puso por delante para olvidar la atroz jornada.

Ucrania de la gran primavera. Jornadas interminables en las que la luz del día prácticamente no desaparece nunca. Una noche luminosa cae a eso de las once para dejar paso a un día rosado a las tres de la madrugada. Tiempo ideal, brisa vivificadora antes del aplastante calor del verano. Desgraciadamente, aquí donde todo hace pensar en una paz idílica, el monstruo de la guerra, que por fin se ha quitado de encima los grandes fríos y el barro sucesivo, se siente libre de movimientos y redobra su violencia. El cielo azul, límpido, pertenece a la aviación soviética desmesuradamente engrosada. La desdichada Luftwaffe que, encima, ha quedado desguarnecida para defender las ciudades alemanas y asimismo para enfrentarse al nuevo problema del Frente del Oeste, efectúa más incursiones suicidas contra las fuerzas aéreas y terrestres pululantes. Sus escasas victorias hacen gala del mayor heroísmo. El cielo pertenece al enemigo, el frente pertenece al enemigo, las retaguardias del frente permanecen equilibradas entre dos supremacías, la nueva y la de los partisanos. Las patrullas se suceden, las salidas son casi cada vez escaramuzas. Cada colina, cada matorral, cada choza oculta su mina o su emboscada. No hay prácticamente vehículos a nuestra disposición, ni gasolina, ni piezas de recambio. También es defectuoso el aprovisionamiento. Los convoyes disparatados que todavía circulan bajo una sucesión de ataques aéreos ininterrumpidos no son para nosotros. Ruedan hacia el frente roto y desbaratado. Cuando llegan a él, sólo encuentran a sus destinatarios por pura casualidad. Las más de las veces, sus cargamentos se extravían entre las tropas hambrientas que se repliegan bajo un diluvio de fuego.

Por lo que se refiere a nosotros, nuestras tres compañías reciben de una manera totalmente aleatoria, la décima parte de lo necesario. Hemos de vivir a costa de la población indigente y más que reticente respecto a nosotros. El problema de la alimentación se hace alarmante. La primavera todavía no da más que escasos frutos. La caza es más peligrosa para nosotros que para los bichos.

Una aldea con un nombre nada interesante alberga lo que resta de nuestras tres compañías. Entre dos operaciones, los hombres duermen casi desnudos sobre la hierba tierna de la llanura. «Quien duerme, cena», reza cierto proverbio. Aquí es necesario que el proverbio se haga realidad.

Cuando la aviación merodea, todo el mundo se pone a resguardo y espera que los buitres se alejen. Luego ponemos de nuevo nuestros huesudos cuerpos al sol que ayuda a borrar las picaduras de los piojos de este invierno. Medio dormido, con los ojos entornados, cada uno escruta el infinito sin que parezca pensar en nada. ¿Para qué? Se diría que hemos roto con el pasado. Los recuerdos de la paz aparecen como fragmentos de libros leídos un día, y que flotan en la memoria de una manera bastante esfumada.

La guerra nos ha enseñado a saborear las cosas más nimias. Hoy, el sol sustituye al *gulasch*, la *wurst*, el mijo y el correo que ya no llega. Estamos aquí, tumbados, en esta tierra de Ucrania aparentemente calma y apacible.

Mañana quizá llegue el suministro. También habrá quizá gasolina y con qué reparar nuestros cacharros tambaleantes. Quizás incluso haya también correo, y quizá carta de Paula... Mañana, quizás habrá simplemente aún nosotros, la tierra, el cielo y el sol... ¿Para qué pensar?

Un día, a las doce, la radió difunde unos SOS procedentes de un puesto territorial situado en la frontera rumana. Se apela a nosotros para liberar a ese puesto cercado por una partida de partisanos.

Seguimos siendo a los ojos de la Wehrmacht un destacamento en reposo de una unidad motorizada. Por consiguiente, debemos trasladarnos sin cesar y actuar rápidamente en un radio de doscientos a doscientos cincuenta kilómetros. Cuesta poco decirlo. El puesto en cuestión se encuentra aproximadamente a ciento cincuenta kilómetros. Aquí hay cuatro camiones en mal estado, una camioneta civil, un sidecar y el *steiner* del comandante.

Wesreidau se tira de los pelos y suelta unos tacos.

Como máxima carga, podemos transportar ciento treinta y cinco hombres y reclaman quinientos. No hay bastante gasolina para la totalidad de vehículos, ni siquiera para la ida. Wesreidau decide tomar solamente tres camiones, su *steiner* y el sidecar del enlace. Yo formo parte de la expedición.

Con mucha prisa, embarco con cien camaradas para la misión SOS. Transportamos el máximo de armas automáticas para compensar la insuficiencia numérica de hombres. Dos *spandau* en batería erizan cada cabina de camión. Tememos más que nada a la aviación. Con toda la rapidez que permiten nuestros vehículos, corremos por los pésimos caminos

rusos levantando una polvareda opaca. A cincuenta kilómetros de la salida, cruzamos en tromba un burgo que parece surgido de la prehistoria. Las gentes huyen a todo correr ante nuestro precipitado avance. Es verdad que vamos armados hasta los dientes y que un polvo oscuro nos cubre totalmente el rostro. Debemos de tener un aspecto poco tranquilizador. A la salida de la aldea, desperdigamos un grupo de habitantes atemorizados. Pasa el *steiner*, el primer camión aplasta a un perro, el segundo atropella a un cerdo negro que acaba de surgir de no sé dónde y que se mete debajo de las ruedas.

El tercer camión en el que me balanceo es testigo de la escena. Es demasiado tentador: un frenazo brusco, gritos de los aldeanos que siguen huyendo, berridos del cerdo herido que se retuerce al borde del camino. Cinco o seis *landser* saltan del vehículo y corren hacia el gorrino. Intentan matarlo. La bestia berrea de un modo espantoso y finalmente cinco o seis bayonetas se hunden en su cuerpo. El animal que agoniza lanzando unos gritos estridentes. Pernea aún y salpica a sus verdugos con su sangre cuando veinte cinturones y cuerdas de todas clases le atan las patas y lo cuelgan de la tabla trasera. Ochenta kilos de carne, más o menos...

Adelante a toda marcha. Hay que alcanzar a los demás. Abandonamos el poblacho con un arranque que hace aullar al mecanismo. El gorrino pronto queda cubierto a su vez de una capa de polvo que se mezcla con la sangre derramada. Esos detalles ya no nos afectan. Habrá cerdo para los supervivientes, esta noche. *Sieg Heil!*

Atravesamos una extraña comarca. Está formada por unas colinas lisas y negras. Recuerdan unos enormes cantos rodados. Unos árboles achaparrados crecen en este decorado sorprendente. Los cortes de terreno aparentes son negros igualmente y parecen duros como piedras. Siento no ser geólogo para definir la naturaleza del terreno que cruzamos en unos veinte kilómetros.

Apenas hemos salido de este paraje cuando avistamos un grupo de aviones. Uno de nuestros vigías afirma haber visto pasar la jauría entre las cimas de los árboles un poco a la izquierda. Los camiones se ponen a resguardo bajo el follaje por mayor precaución. Wesreidau escruta el cielo con los prismáticos, pero no ve nada. Es preferible esperar unos minutos.

Los *landser* del tercer camión aprovechan este tiempo. El cerdo es descuartizado y sus tripas, sacadas a una velocidad récord, siembran la pista. La labor no ha finalizado aún del todo, cuando reanudamos la marcha. Los charcuteros improvisados prosiguen su tarea a bordo.

Algunos kilómetros más lejos, cuando atravesamos un decorado caótico, surgen dos aviones en vuelo rasante. A nuestros gritos, los conductores frenan. Ningún árbol suficientemente frondoso a nuestro alrededor. Tenemos una crispación de locura en el momento que los aviones pasan por encima de nosotros estrepitosamente. Algunos se mean en los pantalones. Levantamos la cabeza para ver alejarse a dos *Messerschmitt 109-F*, supervivientes de alguna escuadrilla. Nadie piensa en gritar «Viva la Luftwaffe». El pánico ha sido demasiado fuerte.

A eso de las cuatro nos acercamos a la zona de operaciones. Nuestros camiones siguen una pista que serpentea a través de un terreno montañoso. Vamos despacio. Pudieran tendernos emboscadas. El *steiner* de Wesreidau abre la marcha. Dos observadores encaramados en su capó tienen la mirada fija en el polvo de la carretera y en las alturas. No estamos demasiado tranquilos.

Pronto la pista domina un amplio valle. El convoy para y apaga los motores. Inmediatamente, un ruido lejano de ametralladora nos llega a los oídos. ¡No cabe duda, ya está armada! Allá lejos, más allá de la colina, puede distinguirse una especie de aldea. Distancia entre dos camiones: cien metros. Marcha moderada. Hombres fuera de las tablas. ¡Prudencia! Una vez más, ese calambre en el estómago.

¡Dios mío! ¿Cuándo seremos hombres?

Por supuesto, el enemigo tiene su servicio de información. Hemos sido localizados. El primer camión ve de repente el *steiner* del comandante dar marcha atrás violentamente desde un recodo. Se desvía a un lado al mismo tiempo que una explosión seca estalla en la pista, a diez metros del *steiner*.

Todo el mundo se apea. Los camiones se ponen a resguardo como mejor pueden. Un segundo pepinazo estalla en la carretera, cavando un hoyo y levantando una nube de polvo.

¡Mierda! Nos atizan a tiro hecho con cañones del 37. Una ráfaga de ametralladora deja como un colador la cabina del primer camión.

Afortunadamente sus ocupantes la habían abandonado ya. El conductor debe de haber tenido un sudor frío.

El enemigo se agazapa en los desniveles del terreno y es difícil de localizar. Sin embargo, los hombres del *steiner* saben a qué atenerse sobre la pieza del 37, apenas oculta detrás de los árboles a la derecha del recodo. Los partisanos han tumbado un árbol al través de la carretera, justamente después del viraje. Es un milagro que no disparado en el momento que el *steiner* se ha presentado.

Dos morteros ligeros son emplazados y sus torpedos caen a un ritmo rápido sobre la posición de artillería enemiga que pronto es reducida al silencio.

—Son unos aficionados —murmura Wesreidau.

Una docena de ametralladoras han tomado posición y hacen delicada la situación de los tiradores partisanos pegados a la montaña. Nuestro grupo se desliza entre los matorrales y escala los primeros peñascos. Los morteros lanzan una granizada de proyectiles más amenazadora que destructiva sobre los puntos de donde parece venir la posición. Acabamos de descubrir un puesto enemigo. Son verdaderamente novatos de última hora que van a la caza del «fritz» para darse postín y merecer de la patria.

—¡Partida de imbéciles! —gruñen Prinz y Smellens, que están a mi lado—. ¡Venir a hacer «pum, pum» así, por gusto! ¡Ya verán lo que es bueno!

El grupo ataca el puesto con lanzagranadas. Las explosiones causan gran estruendo en este terreno encajonado. Después, la *spandau* de un camarada barre con su tiro, que se distingue por lo rápido que es, el borde de la emboscada enemiga. Dos granadas más y los aprendices de francotirador, que aún no han reaccionado, dan gritos de pánico. Un hombre salta del refugio e intenta una huida desesperada. Como no tiene ninguna posibilidad, es alcanzado por el tiro de la *spandau* que lo perfora seguramente una buena docena de veces.

—¡Qué imbécil! —grita Prinz—. ¡Hace falta ser imbécil! Da pena tumbar a tíos así. Ya podrían quedarse en casa, esperando que termine la guerra, Dios mío... En su lugar, no me haría de rogar, ¿verdad, Sajer?

¡Quedarse en casa! La idea gira en mi mente como un vapor alcohólico. En casa, esperando que termine la guerra,...

—¡Oh, sí! —contesté por fin a Prinz.

—Es verdad eso —prosiguió él—. Y nos vemos obligados a tumbarlos. Es asqueroso.

Gritos lastimeros se elevaban del atrincheramiento enemigo. A la izquierda, las *spandau* y los lanzagranadas trastornaban la tranquilidad de la hermosa primavera. Bruscamente, uno de los jovenzuelos, en un exceso de celo, sacó medio cuerpo del parapeto y nos distribuyó una rabiosa ráfaga de subfusil. Su tiro impreciso hirió, de todos modos, a uno de los nuestros de un balazo en la mano derecha, y a otro, sin duda por rebote, en el tobillo. El insensato quedó con el pecho lacerado por la *spandau*, mientras nuestro herido empezaba a arrugar el ceño en su rincón.

—¡Mierda de mierda! —gritó alguien—. ¿Vais a acabar con esa imbecilidad?

Asomaron dos siluetas, sin precipitación aparente, e intentaron la huida. La ametralladora los mandó a su vez a morder el polvo.

—Oye, tú —murmuró Smellens al ametrallador—, es una muchacha lo que acabas de expedir al Paraíso de José.

—¿Una muchacha? —repitió el otro—. ¿Estás seguro? Si las mujeres también se meten en esto, será el colmo.

Unos minutos más tarde, podíamos efectivamente contar seis cadáveres de partisanos caídos alrededor de la posición. Seis cadáveres de muchachos de nuestra edad y entre ellos, dos chicas bastante bonitas bañadas en sangre, rodeadas de un enjambre de moscas azules y verdes.

Echamos una ojeada asqueada a nuestras víctimas. ¿Por qué habían venido a cruzarse en nuestro camino de maldición? La barrera de principiantes quedó desmantelada rápidamente. El grupo despejó la carretera y siguió hacia la aldea al paso de los *landser*. Los vehículos seguían despacio atrás.

¿Había sido mal informado el enemigo? ¿Tuvo informes exagerados sobre nuestro corto efectivo? ¿Tuvo miedo? El caso es que soltó presa alrededor del puesto medio cercado para oponerse a nuestro avance.

El sol brillaba violentamente sobre la pequeña carretera polvorienta que encauzaba nuestros pasos. El grupo de cabeza acababa de tomar contacto con el enemigo refugiado en el cementerio del burgo. Uno de esos cementerios rusos, azul, blanco y dorado, que no inspiran ninguna tristeza. Hacía muy buen tiempo. La primavera de junio tocaba a su culminación: el verano. Parecía que se luchaba en broma. Cada voluta de humo que salía de las armas era arrastrada inmediatamente por una leve brisa. Seguramente nos habríamos contentado con un tiro de intercambio bastante flojo si nuestro comandante no hubiese juzgado la situación diferentemente. De hecho, no se trataba de dejar que el enemigo creyese que no estábamos en condiciones de atacarlo. Por esto, los lanzagranadas y los morteros ligeros descompusieron el cementerio. Dos grupos echaron de él a los partisanos y ocuparon los jardincillos fúnebres. Unos francotiradores estaban refugiados en la gran edificación de madera que sirve para ensilar las cosechas. Un *koljoz* en miniatura. En la puerta, el enemigo acababa de inscribir la célebre máxima comunista: «Proletarios de todos los países, uníos...».

Las letras, pintadas apresuradamente, goteaban, dando un aspecto lacrimoso a las convicciones marxistas.

Para acabar más fácilmente con aquella fortaleza improvisada y poco robusta, se proporcionó para la *spandau* un cargador especial compuesto de balas explosivas e incendiarias.

Las primeras balas encendieron la cubierta de chamizo casi instantáneamente. El enemigo se defendía con subfusiles y ametralladoras y no escatimaba munición.

Una andanada de proyectiles de mortero hizo desplomarse la hoguera del techo dentro del edificio. En tales condiciones, los partisanos tuvieron que abandonar rápidamente la posición insostenible. A saltos, los dos grupos atacantes llegaron al *koljoz* y hostigaron a los fugitivos. Adosado a un montón de piedras, un anciano ruso muy barbudo nos dirigía toda clase de injurias. Su mano derecha descansaba sobre la cabeza de uno de sus compañeros muerto, tendido a su lado. También él estaba herido. Sus ropas estaban desgarradas y quemadas. Pasamos a tres metros de él. Los cañones de nuestras armas apuntados hacia él no le hicieron callar. Nos amenazó con su puño tendido. Todo el grupo lo vio, a través de la humareda y las llamas

del cobertizo, que se iba consumiendo. A nadie se le ocurrió matarlo. Nos abrumó a maldiciones hasta que la edificación en llamas se derrumbó y lo sepultó. Un haz de chispas se elevó en el azul del cielo. La cabeza del grupo avanzaba ya por las calles de la aldea y disparaba contra todo lo que se movía.

Los últimos partisanos corrían hacia la carretera y la montaña. Hubo un momento que, en su huida, se encontraron directamente expuestos al fuego de nuestros grupos. Un tiro nutrido tumbó a unos veinte de ellos sobre la carretera polvorienta y entre los enebros.

La *spandau* con el cargador especial consiguió unos horribles impactos entre los fugitivos. Después, el fuego cesó. Los hombres del puesto salieron a su vez y se unieron a nosotros. Muchos estaban heridos. También tuvieron una docena de muertos. Se prestó asistencia activa a nuestros heridos, mientras nosotros hacíamos salir a los indígenas de sus casuchas. El fuego había prendido un poco en todas partes y se trataba de atajarlo.

Mujeres, hombres y niños se unieron a nosotros a la fuerza, refunfuñando. Hizo falta una hora para atajar el incendio. Después, todos, incluidos nosotros, arrastramos los cadáveres hacia un punto de reagrupamiento. Las mujeres gritaban y lloraban al descubrir entre las víctimas a sus maridos, a sus hijos o a unos amigos. Evidentemente, la mayor parte de los individuos que acabábamos de poner en fuga eran de aquel poblacho.

Pronto los llantos y los gemidos se trocaron en amenazas y en injurias. Nosotros recogíamos a nuestros heridos y a nuestros muertos con el mismo sentimiento callado establecido por la costumbre. Esta vez hacía un tiempo tan bueno que nada parecía realmente grave. Nuestros ojos, desengañados por tanta inquietud acumulada, ya no percibían lo trágico del momento.

La mirada de Halls permanecía fija en el majestuoso decorado de las montañas que bordeaban el horizonte mientras transportaba a un camarada con la guerrera teñida de manchas oscuras. Los pájaros reanimados volvían a revolotear en el azul del cielo apenas contrariado por algunas volutas de humo provenientes de los incendios medio apagados.

Para nosotros, combatientes del Este, aquella jovialidad de la Naturaleza disculpaba lo que ocurría. Después del barro y del frío, éramos como

animales salvajes, gozosos del sol primaveral, tranquilizados por la idea de que el problema del albergue nocturno carecía ya de importancia.

Deplorábamos lo que acababa de ocurrir, que había perturbado aquella quietud tan apreciable.

Los campesinos rusos un salían de sil desesperación lacrimosa.

Insultos, que podían entenderse tan sólo por el tono, persistían en llover sobre nuestra filosofía del bienestar.

Alguien nos tiró una piedra que dio en la cara a uno de nuestros heridos. Indignados, dos *landser* se volvieron empuñando sus subfusiles.

—¡Fuera de aquí, cerdos, o vamos a pasaros por la perforadora!

Las injurias no remitían. Rostros, sobre todo femeninos, retorcidos de rabia, escupían y blasfemaban. Puños vengadores se alzaban. Bruscamente, en el cielo maravilloso aparecieron seis aviones rozándose las alas. Seis cazas soviéticos en busca de algún convoy, sin duda. Sintiéndose apoyados, los rusos gritaron «¡Hurra Stalin!» hacia el cielo. Nos señalaban con el dedo a los aviadores ciegos que continuaron su ronda.

Leímos en todos aquellos rostros un odio tan grande que tuvimos un escalofrío, a pesar de la bella primavera. Nos vinieron a la mente los camaradas de los puestos, torturados, mutilados, asesinados por unos hombres que se metían en un asunto que no les incumbía. Vimos de nuevo los muertos de los puestos de reservistas a lo largo de la retirada de aquel invierno. Los rostros partidos a hachazos para quitarles las dentaduras de oro. La espantosa agonía de los heridos atados con las caras hundidas en los vientres abiertos de unos camaradas muertos. Las partes viriles cortadas. La sección Ellers encontrada maniatada y desnuda a treinta y cinco grados bajo cero, con los pies metidos en el abrevadero de un *prieka*, formando un solo bloque de hielo. El rostro de los torturados bajo el sombrío cielo del invierno...

Con la boca seca, escuchábamos elevarse la rabia de aquellas familias que ahora pagaban lo que hubiesen podido evitar antes. Sólo esperábamos la orden de disparar sobre aquel rebaño despreciable. Las armas temblaban en las manos sucias y nerviosas de los compañeros más cercanos. Más lejos, otros no lograban dominar el estremecimiento de los músculos de sus caras. El trabajo había cesado y la cólera arreciaba como una tormenta.

Un hombre flaco y ágil se acercó a grandes pasos entre los dos grupos.

Reconocimos a Wesreidau. El oficial estaba blanco de furor. Se paró a cinco metros de los rusos y clavó en ellos una mirada tan terrible que se hizo el silencio.

Wesreidau había tenido ocasión de aprender el ruso a lo largo de su dilatada campaña. Les aconsejó que enterrasen a sus muertos observando el mismo silencio y el mismo respeto que él ordenaba a sus tropas. Tranquilizó a los aldeanos diciéndoles que la guerra pronto terminaría para ellos y les rogó que tuvieran paciencia y se mantuvieran al margen de la lucha. Les precisó con sinceridad que nunca había pensado que la guerra le conduciría a disparar contra paisanos armados excitados por la propaganda. Se excusó por lo que se había visto obligado a hacer. Después su voz se tornó dura como la muerte. Recalcó que no soportaría más ofensas, y que contaba con irse de allí con todos sus hombres vivos, aunque la aldea entera hubiese de responder de ello.

Las palabras de Wesreidau causaron el efecto de un bálsamo. Todo volvió a un orden inesperado e insospechado. Los muertos fueron inhumados, los llantos silenciosos.

Recuperamos en la reserva del puesto la gasolina indispensable para el regreso.

Los hombres que lo ocupaban nos regalaron algunas botellas que guardaban desde hacía unos meses. Y el convoy emprendió el camino de vuelta. Ocho camaradas heridos quedaron en el puesto donde los socorros llegarían el día siguiente. Seis faltaron a lista. La tierra de Ucrania los guardaría para siempre.

—Vamos menos estrechos que a la ida —observó alguien con campechanía fuera de lugar.

Los semblantes asintieron sin responder. Las miradas estaban fijas en la aldea que desaparecía en la polvareda levantada por los camiones. La bella primavera seguía floreciendo alrededor de nuestras jetas negras de polvo y guarnecidas de acero. Parecía imposible ya que pudiesen integrarse a ella. Una confusión inextricable vagaba en las conciencias. Los pensamientos, igual que las miradas, no lograban posarse en algo aparentemente

definitivo, en algo tranquilizador. La salvación no parecía formar parte del convoy.

El polvo se arremolinaba y ocultaba la resplandeciente primavera.

Sólo había aquellos vehículos con su trágico cargamento en el que figuraba, colgado, el grotesco cadáver de un cerdo maculado de sangre y de moscas.

Los camiones traqueteaban por la estrecha carretera de montaña. Una angosta carretera ilógica, que parecía haber sido trazada por una cabra y convertida en sendero después. Salvaba las dificultades sin remediarlas, aupándose tan pronto sobre una prominencia toscamente empedrada como bordeando poco después un ribazo natural y umbroso. De vez en cuando, se extraviaba en el curso de un riachuelo inesperado o en un pantano provisional. Otras veces se ensanchaba en un desierto de polvo donde la sequía parecía ser eterna. Los camiones seguían despacio su curso, transportando su cargamento de soldados insólitos entre sus tablazones traqueteantes.

Y los rostros de mis camaradas erraban sin cesar sobre horizontes nuevos donde la mirada no tenía tiempo de fijarse, sobre aquella primavera demasiado grande y demasiado intensa que no toleraba ser olvidada para hacer la guerra. Las caras inexpresivas la contemplaban a la manera como el desventurado se extasía ante un escaparate de Navidad.

¡También a nosotros nos habría gustado que la guerra terminase! Soñábamos con ello como los enfermos incurables a quienes la visión de los primeros brotes embriaga y tienen un impulso de vida.

Pero la guerra no termina: solamente lo aparenta. Siempre hay alguien que la aviva con un pretexto cualquiera. Ese alguien tiene sus razones y quizá tanto en un bando como en el otro. Hoy, ha cruzado la carretera mientras subíamos esta larga cuesta. Nos ha visto, y se ha apresurado. Disponía de una docena de minutos para camuflar su trampa en uno de los numerosos baches de la carretera. Después se ha escondido y quizás ha esperado para ver. Tal vez ha visto el resplandor amarillo que ha desarticulado a nuestro vehículo de cabeza. Ha hecho un ruido enorme, como todos los demás. Y luego ha habido polvareda, fuego y humo. Mucho humo. Subía en penachos negruzcos hacia el cielo desesperadamente

sonriente, y a la sombra de esos penachos seis hombres ensangrentados morían lentamente. El *steiner* había perdido su delantero y lo que quedaba estaba caído de costado.

Mientras tomábamos una posición defensiva, algunos camaradas sacaron a los moribundos de las llamas. Adosarnos a Wesreidau y a los otros cinco ocupantes del coche de mando al talud de tierra roja.

Dos de ellos habían muerto ya.

Otro tenía la pierna abierta en varios sitios por una chapa retorcida, su muslo parecía una milenrama. Wesreidau estaba acribillado de metralla. Múltiples fracturas parecían haberle destrozado el cuerpo. Todo lo que podía hacerse se hizo. Wesreidau tenía como amigos lo menos una compañía entera. Todo el mundo prestó su concurso. Conseguimos hacerle recobrar el conocimiento.

Contrariamente a todos los heridos que habíamos visto hasta entonces, nuestro capitán no tenía el rostro convulso por el dolor o las ansias de la muerte. Su rostro tumefacto hasta esbozó una sonrisa. Le creímos salvado. Con voz muy débil, nos habló de nuestra aventura colectiva. Reclamó nuestra unión ante lo que iba a suceder. Indicó uno de sus bolsillos del que el ayudante Sperlovski sacó un sobre, destinado sin duda a su familia. Luego transcurrieron unos cincuenta segundos durante los cuales vimos a nuestro jefe morir lentamente. Acostumbrados a aquel espectáculo no nos estremecimos. Hubo solamente un silencio terrible.

Dos hombres fueron salvados, de todos modos. Los cargamos con precaución en los últimos vehículos. El teniente Wollers tomó el mando e hizo enterrar decorosamente a nuestro venerado jefe. Los *landser* desfilaron uno a uno ante la tumba, y saludaron. Acabábamos de perder a aquel de quien dependía la suerte de la compañía. Nos sentimos abandonados.

Por la noche llegamos a la aldea olvidada donde los camaradas esperaban con ansiedad nuestro regreso. La noticia de la muerte de nuestro oficial causó estupor y consternación. Todos estábamos en peligro de muerte, pero la desaparición de Wesreidau parecía imposible. Como les parece imposible a los niños la vida sin sus padres.

Las otras muertes, las esperábamos, si me es permitido expresarme así, en tanto que nuestro jefe nadie podía admitir su ausencia.

La guardia, aquella noche, nos pareció más insegura.

Las tres compañías se sintieron más vulnerables que nunca. Hubo como una llamada de auxilio silenciosa.

¿De quién iba a depender en lo sucesivo el destino de la agrupación?
¿Qué oficial vendría como delegado?

Con las primeras luces del alba, después que nuestro mensaje por radio hubo llegado al Cuartel General, un DO-217 sobrevoló nuestro cobijo y soltó un mensaje fumígeno. Las tres compañías motorizadas debían trasladarse a toda prisa a un sector situado al norte, a una posición clave del frente.

Zafarrancho general, orden de destrucción de nuestras bases y de la aldea en gran parte. No debía quedar nada que pudiese ayudar o cobijar al enemigo. A falta de materia incendiaria, debimos limitarnos a quemar solamente los chamizos de las casas campesinas.

Después, las compañías motorizadas partieron a pie. Los cuatro vetustos camiones cargaron el material y la camioneta-radio y el sidecar los precedieron. Cada quince o veinte kilómetros, se pararán y nos esperarán. Llegaremos juntos o no llegaremos nunca. Las órdenes del Cuartel General carecen de sentido. Ignoran en qué estado se encuentran las unidades móviles pretendidamente en descanso. No podemos hacer otra cosa.

Lo más fastidioso es el problema de la comida. Hace mucho que no hemos tenido ningún suministro. La cocina, aquí, se hace magia. Los *landser* se han convertido en cazadores con trampa, en buscadores de nidos. Hacen experimentos culinarios con plantas que parecen ensalada. Largas incursiones los han conducido, a veces, a la captura de un caballo abandonado. Pero ochocientos hombres necesitan un aprovisionamiento importante, y cada día se plantea el mismo problema. Cada día el radiotelegrafista llama. Cada día, igual respuesta: «Aprovisionamiento en ruta, debería haber llegado». El correo militar también ha desaparecido; ni cartas, ni paquetes, nada.

A pesar del verano y del espléndido sol, que empieza a calentar demasiado, la situación se pone trágica.

El cerdo de ayer ha sido asado o hervido y devorado la misma noche con ciento cincuenta litros de agua caliente bautizada caldo de tocino.

Hoy salimos para el frente. La mirada brilla como la de los lobos hambrientos. Los estómagos están vacíos. Están vacías las tarteras. El horizonte está vacío de promesas. En nuestras pupilas abrigadas por el hambre, se instalan ideas asesinas. El hambre es cosa extraña. Le sume a uno en un curioso estado. No es posible imaginar que se pueda morir de hambre. Hace muchísimo tiempo que estamos adiestrados a conformarnos con muy poco, con lo que sea. Nuestros estómagos agresivos han digerido cosas que bastarían para matar a un burgués en un mes. Ni una onza de grasa, ni barriga, ni papada. Los músculos alargados dibujan cuerpos como los de los desollados. Al mismo tiempo que el ayuno, se desarrolla la agudeza de nuestros sentidos. Nos parecemos a esos animales flacos y de mirada vivaz que se encuentran en el desierto. Harán falta días de marcha y de polvo para extinguir ese vigor de las pupilas. Por el momento, pese al hueco que se siente en el estómago, todo es posible aún. Haremos todos los kilómetros que hagan falta para aprovisionarnos. ¡Con todo, Rusia no es ningún desierto árido! Por aquí, la inmensa pradera parece fértil. Seguramente encontraremos algún poblado que pasar a saco.

Sperlovski y Lensen revisan el mapa. Se ven muchos nombres. Nada es grave, pues. Lo malo es que ese rectángulo de papel representa una región vasta como un cuarto de Francia. Y, entre dos aldeas, centenares de kilómetros de distancia aparentemente desiertos. El menor zigzag para ir de uno de los nombres señalados en el mapa al otro, representa días de marcha.

—Tranquileémonos —clama Lensen, que no quiere dar su brazo a torcer—. Hay aldeas perdidas en la estepa que no están indicadas ahí. Además, hay los *koljoses*.

Después, tenemos orden de dirigirnos hacia el norte.

Es inútil tergiversar. De todos modos, ya no queda nada que comer aquí. Nuestra larga fila se pone en marcha. *Kompanie*, marsch!, marsch!

La pradera sin cultivos desfila bajo nuestros pasos a un ritmo desesperante de cuatro o cinco kilómetros por hora.

—Se puede hacer dinero con la agricultura por aquí —piensa en voz alta un campesino de Hannover.

Los parajes donde crece el trigo están cerca de las aldeas. Más allá, en espacios grandes como un departamento, no hay más que mala hierba,

polvo gris o rojo, el bosque tupido y probablemente virgen en muchos sitios. Los espacios desmesurados se nos han hecho familiares. Para nosotros son, sobre todo, posibles campos de batalla. La reacción se producirá más tarde, para los que regresen. Se producirá en nuestras tierras de origen, con su asfixiante densidad donde el horizonte, al alcance de la mano, está lleno continuamente de construcciones burguesas de utilidad pública, de pedruscos apilados con estilos dudosos. Se producirá sobre todo cuando esos hombres, habituados a concebir una tierra de tamaño celeste, no sepan ya dónde apoyar las nalgas en hierba que siempre pertenece a alguien.

Para nosotros, de momento sólo hay el espacio sin límite donde levantan una nube de polvo multicolor que se posa sobre todo lo que se atreve a removerlo. Pertenece más a esta tierra que ella a nosotros. Dejando a un lado la guerra, nos produce un placer sin restricción. Una especie de plenitud cuya nostalgia nos perseguirá indefinidamente.

¡Si por lo menos tuviésemos algo que comer!

Tras la pausa de las once, reanudamos la marcha. Hemos ingerido como una purga la ensalada cocida de brotes de trigo preparada hace dos días. El mijo solamente hervido es guardado como último recurso. El calor es agobiante. Afortunadamente, nuestro yantar más que ligero no nos inclina a la somnolencia de la digestión.

Bebemos con cierta aprensión el agua que se ha calentado en las cantimploras. Los arroyos también están muy espaciados y las charcas pueden contagiar el paludismo, la fiebre tifoidea, la intoxicación en general, incluso el cólera. Para enardecerse, hay grupos que entonan cantos de marcha. *Ein Heller unci ein Batzen*. Tanto la letra como la música se desperdigan en el viento leve que las difunde en el vacío. Pierden todo su valor. Ya no sorprenden a los camaradas que las han oído resonar entre los muros de las ciudades empavesadas.

Der Heller ward zu Wasser Der Batzen ward zu Wein

No importa, pues la elección ya está hecha. El vino está ausente y el agua ha de ser consumida con restricciones.

Heidi, Heido, Heida, Heidi, Heido, Heida, Heidi, Heido, Heida!
Ah, ah, ah, ah!

Kompanie, marsch, marsch, sigue marchando.

Ya no cantas más que para ti. Y tú ya sabes la canción.

Después cae la noche. Por cierto muy tarde. Cae sobre el vivaque y sobre la llanura por la que no nos parece haber avanzado. Cae sobre los rostros cubiertos de polvo, sobre los músculos doloridos. Los hombres derrengados duermen ya. Hay un silencio impresionante que parece venir del extremo del mundo.

Con el día se reanuda la marcha. Desde hace horas, la extensa ondulación que se prolonga hasta el horizonte sigue todavía a la misma distancia. Avanzamos por una llanura rocosa en la que el montículo más alto apenas alcanza la talla de un hombre. Bosquecillos como recuerdo haberlos visto en unas fotos de África salpican esa especie de desierto. Es curioso, esos árboles achaparrados parecen hechos más bien para vivir en altitud. En todas partes, ese polvo rojo que se arremolina. Parece proceder de un universo de ladrillos machacados. Hace un rato largo que hemos roto las filas de tres por fondo, formación reglamentaria de las tropas en marcha. Nos hemos inspirado en los partisanos. Nuestra marea, nuestro rebaño se ha extendido en grupos más o menos nutridos. Los hombres de cabeza no se juntan con él hasta que son alcanzados por los rezagados, quienes, sin forzar la andadura, se unen con los líderes fatigados. Pues el ritmo mengua.

Han cesado las conversaciones. Es mejor guardar el resuello y las fuerzas para poner un pie delante del otro. ¿Cuántos miles de pasos deberemos dar todavía? Las botas de color del universo polvoriento avanzan por la llanura rocosa que parece no llevar ya a ninguna parte. El viento ligero aporta el polvo rojo a nuestras greñas abundantes y enmarañadas. Contemplamos cosas que parecen eternamente inmóviles en el horizonte. El ritmo, el ruido, el viento, todo se hace monótono. De vez en cuando, un gorgoteo quejumbroso sube del hueco que conservamos a la altura del estómago.

Después de la pausa de las once, tras haber empezado la última provisión de mijo, sobreviene un incidente que perturba la monotonía de

nuestra marcha. En el cielo añil aparecen dos bimotores que, afortunadamente, tenemos tiempo de ver con reconfortante adelanto. El horizonte es vasto, todo cuanto surge en el cielo puede percibirse cinco minutos antes de que se nos eche encima. Dispersión acostumbrada, formación antiaérea, algunos de nosotros van a morir... Son dos bombarderos ligeros, o aviones de reconocimiento bolcheviques. No hay engaño posible.

Los dos cacharros nos sobrevuelan a doscientos metros aproximadamente. El ronquido de sus motores desgarran la brisa y resuenan hasta el fondo de nuestros estómagos que protestan.

Los *popov* aguantan el tiro de nuestras ametralladoras sin soltarnos nada encima. Describen un amplio círculo que seguimos con ojos angustiados. La segunda pasada será la buena.

No obstante, la segunda pasada no deja en su estela más que una nube de papeles blancos que revolotean y espejean sobre el azul del cielo.

Los aviones se alejan y algunos *landser* van a recoger las octavillas.

Alguien agita una docena de ellas, gritando:

—Iván no sabe que ya no nos queda nada para evacuar y nos manda papel para limpiarnos.

Nos enteramos de la prosa comunista. *Soldados alemanes, estáis siendo traicionados... Rendíos a nuestras unidades que os rehabilitarán... La guerra está perdida para vosotros.* Además, para elevarnos la moral, unas fotos malísimas de ruinas anónimas que pretenden ser ciudades alemanas arrasadas por las bombas. Y encima, unas fotos de risueños prisioneros alemanes. Al pie de cada una de ellas, un bonito texto:

Camaradas, el cautiverio temporal que sufrimos nada tiene que ver con las mentiras que nos habían contado sobre el mundo comunista. Hemos quedado agradablemente sorprendidos por la benevolencia de nuestros jefes de campo. Cuando pensamos que vosotros, desventurados camaradas, chapoteáis en los graben para preservar al mundo capitalista, no podemos menos que aconsejaros deponer las armas.

¡Y yo qué sé más!

Cerca, un muchacho que logró fugarse de Tomvos haciéndose el muerto, grita su cólera:

—¡Los muy canallas! ¡Cuando pienso que quizá soy el único superviviente de la fosa de Tomvos!

Asqueado, arroja al viento los trozos del papel que ha rasgado y vuelto a rasgar.

Se ha reanudado la marcha. Las octavillas siguen pasando de mano en mano. Las frases «guerra perdida», «traición», «ciudades arrasadas» giran en nuestras mentes como una ronda negra.

Sí, desde luego es la propaganda comunista. Basta ver al evadido de Tomvos para saber que mienten. Pero también hay las ciudades que todos los soldados de permiso han podido ver.

Y además, también hay nuestras retiradas sucesivas y dolorosas. Hay asimismo la carencia de transportes, de gasolina, de alimentos, de correo, de todo. ¿Estará perdida la guerra? ¡No, no, a pesar de todo no es posible!

Hay la llanura rusa bajo nuestras botas. La llanura rusa que nosotros pisamos. Entonces... Entonces... ¿Sigue siendo nuestra? ¿Acaso no nos está viendo solamente morir a fuego lento? No, no puede ser. Fuera las ideas negras, fuera, no es más que otro mal momento que pasar.

Mañana llegará el suministro. Mañana todo volverá al orden. ¿Mañana..., mañana?

Entonces, sacude la cabeza, *landser*. Aparta las ideas negras, Hoy brilla el sol, hombre...

Unos grupos inician con violencia un canto de marcha:

Auf der Heide blüht ein kleines Blümelein Und das heisst Erika. Heiss von hunderttausend kleisen Bienlein Wird umschwarmt Erika.

Es la segunda vez que Halls me despierta. A pesar de la fatiga que hace dormir rápidamente, es irritante sentirse arrancado a ese sueño de plomo.

—Te digo que se oyen cañonazos —insiste.

Escucho... Nada, solamente la noche estrellada y muy pálida.

—Déjame en paz, Halls, no me despiertes por nada, Dios mío. Mañana habrá que marchar otra vez. Y estoy reventado.

—Te digo que de vez en cuando se oyen cañonazos. Ya ves que otros individuos también están escuchando.

Vuelvo a escuchar... Nada, solamente el leve soplo del aire.

—Es posible, al fin y al cabo, ¿y qué? No es la primera vez que oyes cañonazos. Duerme, será mejor.

—No puedo dormir con la tripa vacía. Estoy hasta la coronilla, tengo que encontrar algo de comer.

—¡Y por eso impides que los demás durmamos!

Alguien se nos acerca. Es Schlesser, que está de guardia.

—¿Habéis oído, muchachos? Es el cañón.

—Es lo que trato de decirle a ese cabezota —exclama Halls designándome.

A pesar del sueño que me aplasta como si estuviese medio desmayado, me veo obligado a conceder un instante de atención a las palabras de mis compañeros.

—Sólo faltaría que nos sorprendiera aquí una penetración soviética —se inquieta Schlesser.

—¡Aviados estaríamos! —precisa Halls con voz ronca.

—De todos modos, podemos defendernos —dice alguien que se ha acercado.

—¿Defendernos? —prosigue Halls, de una manera espantosamente objetiva—. ¿Con qué? ¿Con siete u ochocientos soldados desnutridos y armados con armas ligeras? ¡Estás de broma! Ya no tenemos fuerzas ni para correr.

El último en llegar no bromeaba. Tenía veinte años, se llamaba Kellermann y poseía ya la lucidez de un hombre maduro, que le permitía juzgar la realidad del instante. Y aquella realidad descorría un velo de miedo que ponía al descubierto la angustia profundamente grabada en su rostro, cuyos rasgos endurecidos parecían incompatibles con sus veinte años recién cumplidos.

El viento trajo, efectivamente, un estruendo bastante lejano, apenas audible. Nos miramos. El ruido cesaba y luego se repetía para volver a cesar de nuevo.

—Salvas de artillería —opinó Schlesser.

Silencio en el grupo.

Yo lo oía, como todo el mundo, pero la fatiga me abrumaba hasta el punto que me daba la impresión de vivir una vida desdoblada. Confundía mi sueño con la realidad. Tenía la sensación de vivir en un sueño profundo y de soñar con un cañoneo perdido en el tiempo. Mis camaradas seguían conversando. Los escuché sin oírles. El *feldwebel* Sperlovski se había reunido con nosotros y hacía deducciones.

—Es lejos —decía—, muy lejos, pero es el frente, desde luego. Estaremos en él dentro de un día, un día y medio.

—Es decir una o dos horas en coche —añadió Halls. Sperlovski le miró.

—¿Tanta prisa tienes? Siento por ti que ya no seamos la pretendida unidad motorizada.

—No es eso lo que quiero decir —refunfuñó Halls—. Pienso en Iván, que debe de tener gasolina y carros. Si hace brecha, puede echársenos encima en el tiempo que acabo de decir.

Sperlovski se alejó sin añadir palabra. ¿Tenía derecho a estar desalentado, él, suboficial de la *Gross Deutschland*?

—Durmamos —propuso Kellermann—. No podemos hacer nada más.

—Bonita perspectiva —no pude menos de añadir—. Somos como el ganado en el matadero que espera el alba y la llegada de los matarifes que le dará muerte.

—¿Vamos a morir con la tripa vacía? —rugió Halls.

A pesar de la angustia y la incomodidad, no conciliamos el sueño hasta el amanecer. El amanecer, es decir lo que corresponde a media noche para los paisanos organizados.

Aquí, ni toque de corneta, ni un toque de silbato. La leve algarabía de los jefes de grupo bastaba para sacarnos de nuestro sueño plúmbeo, paradójicamente sensible. Según la ley de las tropas que suben a las líneas y se acercan a la zona de operaciones, la marcha de noche, o en el día gris, es preferible para evitar ser localizadas por el enemigo. La dócil Wehrmacht agonizante conservaba hasta al borde de la tumba un espíritu de conciencia profesional, y hacía levantar a sus soldados a la hora prevista para conducirlos disciplinadamente hacia los campos de gloria.

Las ordenanzas no precisaban que los soldados sin víveres podían evitarse tal o cual prueba. Las ordenanzas decían en todos los casos que todo lo que podía ser hecho todavía debía serlo con la máxima eficiencia. El reloj desgrana el tiempo para los pobres y los millonarios al igual que para los subalimentados.

Los uniformes ajados parecían grises en el día que apenas clareaba. Las siluetas familiares con las que me codeaba pronto haría dos años, avanzaban a mi lado con un ritmo que era el mío y el de toda una existencia patética que permanece grabada en mi mente de un modo indeleble. No tengo más que dejar a mi pensamiento sobre ese tema, para volver a ver con nitidez detalles fútiles. Se me aparecen perfiles a una luz difusa. La tela un poco ahuecada de los pantalones mal metidos en las botas. Los cinturones combados de carga. Los cascos colgados en algún sitio entre los arneses, que siempre chocan con otro objeto metálico. El sonido de ese choque, un ruido mate, sin resonancia, como una campana que estuviese velada. Olores, espaldas, espaldas de mil formas. Todas tienen una expresión. Hacen pliegues en sitios precisos. El anonimato del *feldgrau* crea particularidades para nosotros. No hay uno semejante. Ningún uniforme está tan especialmente estudiado como el uniforme alemán para hacer del hombre un soldado, absoluto, unificado, y no un paisano de soldado. Para la otra parte del mundo hay el soldado «boche», y nada le permite distinguir a un «boche» de otro. Para nosotros, la palabra camarada, que designa a un soldado idéntico a otro soldado, es superada. A través de la fórmula y del uniforme, el individualismo existe.

Esa espalda que está ahí, pintada del mismo color que millones de otras, no es la espalda de cualquiera. Es la de Schlessen, y allá, más arriba, a la derecha, está la de Soleta. Más cerca, es la de Lensen, con su casco. En su casco, que no tiene comparación con los cien o doscientos mil que han sido forjados en la misma serie. Después están Prinz y Halls, Lindberg, Kellermann, Frosch... Frosch puede distinguirse entre un millón. A través de la unificación, nuestra personalidad destaca, como debía destacar entre todos los hombres desnudos y unificados del principio del mundo.

Todos los cascos son del mismo tono gris verde, azul polvo mate, y, sin embargo, ninguno se mantiene el mismo tiempo en el mismo ángulo,

ninguno tiene el mismo aire, ninguno se distingue del mismo modo que los demás. Sólo una cosa permanece casi indescriptible: la angustia comunicativa de los soldados disminuidos de todo, que cada paso acerca a un peligro no asimilable. Igualmente nuestra resignación y asimismo nuestro sordo y violento deseo de vivir.

Aparte esas tres cosas, todo el resto es estrictamente personal. Pero esto solamente permanece visible para nosotros. A los ojos de los demás, sólo somos un «boche» entre millones de «boches».

Los hemos visto, a quinientos metros. Pululaban alrededor de nuestros tres o cuatro vehículos que habían parado para esperarnos. Eran a lo menos diez mil. Diez mil hombres es una cosa pequeña en la llanura de Ucrania, pero también es muy importante. Sí, allí había diez o doce mil *feldgrauen* en un estado lastimoso que asaltaron nuestros míseros camiones, los registraron una y otra vez en busca de cualquier aprovisionamiento en medicinas o alimentos. Primero se abalanzaron sobre los vehículos con el sentimiento de vengarse del abandono en que se hallaban. Después, al percibir la miseria de las tropas que subían al frente, se sumieron en un sopor próximo al suicidio.

Los desventurados, procedentes de varios regimientos de Infantería, se replegaban guerreando hacía días ante un enemigo implacable que se burlaba de ellos y les diezmaba a voluntad cuando así le venía en gana. Iban a pie, harapientos, con el rostro lívido después de tantos sufrimientos, arrastrando nauseabundos heridos en angarillas de ramaje a la manera de los *sioux*.

Aquellos hombres, a los que demasiados sinsabores habían santificado, no combatían ya por ningún valor espiritual terrestre, sino con el instinto de los lobos rabiosos de hambre.

Oponerse a su única y última razón de vivir, ponía en peligro su propia vida. Aquellos hombres que no conocían ya ni enemigo ni amigo, estaban dispuestos a matar por la cuarta parte de lo necesario para una comida. Lo demostraron, desgraciadamente, algunos días más tarde, en una horrible etapa de la guerra de confusión. Los mártires del hambre pasaron por las armas a los habitantes de dos aldeas, para cosechar un botín que no impidió

dejar una treintena de cadáveres *feldgrauen* muertos de agotamiento a las puertas de la frontera rumana.

La decepción que nos produjo encontrar tropas combatientes en un tal estado, fue igual a la que ellas tuvieron al comprobar nuestra indigencia.

—¿Adonde vais? —se burló un alto teniente descarnado que flotaba dentro de un uniforme heteróclito.

Se dirigía al teniente de nuestra sección, que ejercía el mando desde la muerte de Wesreidau. Nuestro jefe indicó la posición designada. Mencionó nombres, números, latitudes... El otro escuchaba, tambaleándose muy tieso, como esos árboles muertos que se cimbrean al impulso del viento.

—¿De qué habla usted? ¿Qué sector? ¿Qué cota? ¿Está usted soñando? Ya no queda nada, nada, ¿me oye? No hay más que toscas tumbas que la tempestad descompone.

El hombre que hablaba así llevaba aún en su guerrera chamuscada y sucia la medalla conmemorativa 1935 del nacionalsocialismo. Era alto, moreno. Un pesado paquete de granadas colgaba de su cinturón.

—Pero, camarada, no habla usted en serio —replicó nuestro teniente—. Está pasando un momento duro y pierde la cabeza. Padece hambre, nosotros también, vivimos de milagro.

El otro se acercó. Sus ojos tenían un brillo tan detestable, tan inquietante, que de buena gana lo hubiéramos abatido como a un animal dañino.

—¡Sí, tengo hambre! —rugió—. Hambre como los evangelios nunca han podido imaginar. Tengo hambre, tengo dolor, tengo miedo, hasta tal punto que deseo vengarme de toda la Humanidad. Tengo ganas de devorarlo a usted, *leutnant*. Y eso ocurrirá, *leutnant*... Ha habido casos de antropofagia en Stalingrado. Pronto los habrá aquí.

—¡Está usted loco! En el peor de los casos, se puede comer hierba, y además la Rusia ocupada aún posee reservas para la tropa. ¡Animo, Dios mío! Replíguese. Nosotros les cubriremos.

El otro soltó un hipo, más que una carcajada.

—¡Nos cubriréis! ¡Podemos irnos tranquilos! Explíqueles eso a los hombres que ve usted ahí. Llevan cinco meses de guerra a cuestas y han perdido los cuatro quintos de sus camaradas, han esperado refuerzos,

municiones, vitaminas, raciones, medicamentos. Han esperado mil veces, han sobrevivido mil veces. Ya no atienden a ninguna razón, *leutnant*. Pruebe a ver...

Tuvimos que cargar a cuestas parte del material que transportaban los vetustos vehículos, últimos vestigios de nuestras tres compañías motorizadas. Los heridos graves de la infantería derrotada ocuparon los camiones. Siguieron adelante y pasaron ante los ojos de los que se quedaban inmóviles en la pradera de Ucrania. Aquellos ojos veían alejarse los camiones, envidiando la suerte de los heridos que quizás iban a escapar a la opresión de aquella inmensidad.

Después, la tropa devastadora, en la que se mezclaban elementos de varias unidades, continuó su repliegue. Marcha vana y huera. Se tenía la impresión de pisar una inmensa alfombra circulante que se hurtaba a nuestros pies y nos dejaba siempre en el mismo sitio. ¿Cuántas horas, cuántos días, cuántas noches transcurrieron? Ya no tengo consciencia de ello. Los grupos se desperdigaron. Algunos se quedaban mucho tiempo en un sitio para dormir. Ninguna orden, ninguna amenaza conseguía hacerlos mover. Otros, en grupos reducidos, individuos duros o que quizá tenían aún algo que comer y podían aguantar, siguieron adelante. Y además, hubo suicidios, muchos suicidios. Hubo también dos aldeas saqueadas de todo lo comestible. Hubo matanzas. Se mató por un litro de leche de cabra, por unas patatas, por una libra de mijo.

Los lobos hambrientos y acosados no tienen tiempo de gastar saliva.

Hubo todavía hombres, entre los lobos. Hombres vestidos de *feldgrau* que murieron para conservar el contenido de una lata de conserva llena de leche agria, última reserva para dos niños de pecho antes de que la tempestad se calmase. Otros murieron igualmente a manos de sus hermanos de armas porque se sublevaron contra lo que el hambre había engendrado. Hubo también quienes fueron apaleados y muertos porque se creía que habían ocultado provisiones en el fondo de su macuto, y luego se vio que estaba vacío, con excepción de un austríaco que murió de una patada en el cráneo y que en el fondo de su macuto guardaba dos puñados de migajas de galletas vitaminadas, recogidas sin duda sacudiendo los sacos de suministro de algún envío abandonado hacía semanas. Se murió por poca cosa, por lo

sublime de un día nutritivo perdido o ganado. Cuando todo fue consumido, hasta el más pequeño brote de los huertos, doce mil *feldgrauen* se fijaron en la aldea abandonada por sus moradores enloquecidos.

Unos «cadáveres» vagaban de un lado para otro contemplando la tragedia de los restos de su existencia. Doce mil *feldgrauen* contemplaron la indigencia, buscando una explicación del pasado para comprender mejor el futuro. Estuvieron así hasta un anochecer, hasta que tres o cuatro motorizados de las vanguardias rojas penetraron en la aldea y rociaron de metralla a los que no supieron hacer un movimiento para escapar.

Después, los motorizados dieron media vuelta, y los lobos enloquecidos se desperdigaron por la estepa.

Todo el mundo había huido. Los desesperados corrieron hacia el Oeste porque el Oeste los atraía sistemáticamente como el Norte atrae la saeta de una brújula. La estepa los había absorbido y esfumado. Sólo quedaban unos grupos reducidos que caminaban con obstinación hacia aquella frontera rumana tan próxima y siempre invisible. Yo iba en uno de aquellos grupos. Éramos nueve. Estábamos Halls y yo, siempre inseparables, Sperlovski, Frosch, Prinz, un tipo bastante mayor que debió de haber sido un funcionario incorruptible antes de la guerra, llamado Siemenleis, y tres húngaros con los cuales toda conversación era imposible, y que vestían también el *feldgrau*. ¿Eran voluntarios o alistados en las mismas condiciones que yo? Nadie lo sabía. El caso es que posaban sobre nosotros una mirada henchida de amargura y de reproches que daba a pensar que a sus ojos éramos los únicos responsables de la malandanza del Tercer Reich a la que ellos habían sido arrastrados. Se aferraban a nosotros como a la tabla de salvación que debía devolverlos con excusas a sus hogares lejanos.

Después hubo una sucesión de bosquecillos o un seto que reveo como en un sueño de borracho. Hubo después un prado, muy grande que nos propusimos cruzar. Había, en realidad, edificaciones en lo alto de un altozano. Habíamos decidido visitarlas, pues seguíamos en busca de comida.

A medio camino, el zumbido de un motor de aviación nos hizo levantar la vista hacia el cielo. Dos *Jabo* giraban en busca de alguna presa.

Siete de los nuestros se quedaron quietos en el vasto prado y se metamorfosearon con él. Dos echamos a correr, Frosch y yo.

Como animales acorralados, los camaradas no pensaron más que en sí mismos y no nos advirtieron a tiempo de nuestra inconsecuencia.

Nuestra insólita galopada no escapó a los dos aviadores bolcheviques que picaron sobre aquellos dos saltamontes verdes. Estábamos con la piel y los huesos, pero, de todos modos, a los ojos de los dos mujiks representábamos una importancia en la guerra, importancia que hacía falta reducir.

Cuando el ruido se agrandó suficientemente, nos echamos instintivamente en la hierba grasa. La metralla pasó por encima e hizo sus impactos lejos, delante. Levantando del verdor donde habíamos hundido nuestros rostros, vimos a aquellos dos marranos describir un bello arabesco en el cielo azul y negro del verano tormentoso. Jadeantes, emprendimos una carrera desesperada hasta que los buitres invadieron la atmósfera con su ruido creciente. Dos veces más, los *Jabo* acribillaron el suelo siempre veinte o treinta metros fuera de lugar. Para divertirse un rato, los dos zuavos se lanzaron una cuarta vez sobre los dos saltamontes estremecidos de pánico y empapados en sudor malsano. Alcanzamos, de milagro, una zanja providencial.

Oímos claramente, sin verlos, los disparos de cohetes bolcheviques. Dos setos ininterrumpidos de tierra erizaron los alrededores de la zanja. Nuestros compañeros nos creyeron muertos. Los aviones hicieron otra pasada y se alejaron, persuadidos de haber puesto término a nuestro deambular. Cuando surgimos de las volutas de polvo, los camaradas clamaron su contento y su sorpresa.

Encontramos, en la granja que los indígenas habían evacuado un cuarto de hora antes de nuestra llegada, un cubo lleno de patatas humeantes, abandonadas allí para nosotros. Proseguimos la marcha, atiborrándonos con aquella ganga. Dos días más tarde, después de haber reclamado en dos ocasiones patatas a unos *popov* encañonándoles con un subfusil en el vientre, encontramos un interminable convoy militar que se replegaba hacia Rumania. Fuimos irremisiblemente incorporados a él.

Después conocimos Rumania con sus habitantes aturridos por el desarrollo de los acontecimientos. Estremecidos ante la trágica comprobación de la desbandada de su Ejército y ante la sobrecogedora descomposición de una Wehrmacht antaño tan representativa.

Se produjo el pánico civil. Los partisanos rumanos y otros, la aviación y sus apariciones cotidianas, los comandos de avituallamiento y las putas rumanas que se aglomeraban alrededor de las tropas en retirada hasta el punto de hacerles creer que Rumania estaba compuesta por una mayoría de prostitutas.

Treinta, cuarenta, hasta cincuenta kilómetros a pie por día. Un diluvio de sudor, un delirio de desengaño. Los pies doloridos, los pies descalzos que hollaban el polvo de las angostas carreteras serpenteantes, otra vez los *stiefel*, y después de nuevo los pies desnudos y ensangrentados. El gorgoteo de los estómagos vacíos. Los saqueos, las reestructuraciones de unidades... Un barullo insensato sobre el que se cernía la policía militar siempre fiel a sí misma y siempre en busca de una ejecución ejemplar. Mil cosas entrevistas y olvidadas. Un enorme y penoso viaje para nada. Rodeos, puntos insólitos, detalles aún visibles en la mente, pero sin valor alguno en la historia de la guerra. Nombres de países, nombres de aldeas, nombres de hombres y de mujeres, todo ello diluido en la huida alocada, perdida...

Un país conmovedor desfila ante los ojos de los hombres transformados en lobos. Y los lobos hambrientos sólo tienen afanes materiales. A través del desorden, destaca una anécdota. Destaca por su paroxismo de tragedia y todavía hoy permanece en mis ojos como el símbolo de la Humanidad insensata.

La escena se situó en plena montaña, cerca de Reghin una localidad, que acabábamos de atravesar y que entonces se llamaba algo así como Arlau o Erlau. Caminábamos a pie, grises de polvo y chorreantes de sudor. Habíamos escapado milagrosamente a varias reorganizaciones de grupos improvisados, y nuestro interminable y mísero convoy serpenteaba a través de una región montañosa que no se acababa nunca. El convoy se desperdigaba en grupos más o menos importantes de *feldgrauen* andrajosos, que empujaban en toda clase de carretas lo que debía constituir obligatoriamente el fondo material de nuestros grupos armados.

Aparecían los más inimaginables vehículos. Los que habían tenido la suerte de dar con una bicicleta, aún sin neumáticos, se destacaban orgullosamente del resto de los peatones y se adelantaban, arramblando antes que nosotros con todo lo que tenía aspecto más o menos comestible. La aviación enemiga nos dejaba en paz en aquellos lugares donde las cimas y los abismos impedían cualquier maniobra aérea. En cambio, los partisanos lo pasaban en grande, y libraban de vez en cuando combates a muerte con unos grupos antes organizados y que ahora luchaban con la mayor independencia, únicamente para salvar el pellejo.

En aquellos parajes, pues, había, entre otros muchos un grupo de hombres ataviados para la madre patria. Detrás de sus ojos brillantes, hundidos en unas órbitas profundas y oscurecidas, una idea les ayudaba a soportar la desorientación en que se hallaban.

Pensaban que si conseguían no morir aquí, la madre patria los acogería en su seno, los consolaría procurando hacerles olvidar la inimaginable prueba por fin terminada. Pensaban también que una vez en sus casas, la guerra finalizaría y que, en el peor de los casos, la reorganización impediría a quienquiera que fuese atentar contra la integridad alemana dentro de sus fronteras.

Pensaban deliberadamente en algo finalmente discutible, pero que debía conservarse sin restricción para justificar su calvario actual y no recurrir al suicidio como algunos habían hecho ya.

Esta era la idea a la que se aferraban los *landser* de ayer, las unidades de selección, los heroicos *panzergrenadiers* que habían arrostrado mil muertes para no vivir finalmente más que para una quimera. Había que vivir para esperar y esperar firmemente para vivir. Para poder vivir, había que marchar a toda costa y escapar al perseguidor rojo que presentíamos que nos pisaba los talones. También había que comer un poco. ¡Y ahí era nada!

El grupo en cuestión constaba de doce hombres con nombres familiares. Vuelvo a ver a Schlessen, a Frosch, al teniente Wollers, a Lensen, a Kellermann, etc., y también a Halls y a mí que un milagro de fraternidad callada insistía en mantener juntos. Halls, que había enflaquecido extrañamente, andaba con su corpachón huesudo por aquella carretera estrecha de montaña. Solía ir delante de mí y me daba cierta seguridad

sentirme precedido por aquel coloso, entonces seriamente decrepito. Iba con el torso desnudo, y una cinta de balas para *spandau* cruzada sobre el pecho. De una bolsa de cuero que contenía su flaco haber y tres o cuatro granadas D, colgaba una guerrera bolchevique en previsión de los anocheceres fríos en aquella altitud. El pesado casco de acero parecía definitivamente soldado a su cabeza, y los piojos que todavía intentaban vagar por sus sucios cabellos debían de morir faltos de luz y aplastados por el metal.

Muchos soldados habían abandonado el pesado cubrecabeza, pero Halls pretendía que era la última cosa que aún lo identificaba con el Ejército alemán y que, en aquellas horas terribles, era necesario seguir siendo un soldado y no caer en la mendicidad. Por espíritu de solidaridad conservé el mío, colgado del cinturón.

Alguien, en cabeza del grupo, gritó que nos acercásemos. Nuestras doce cabezas escrutaron un barranco frondoso al que había ido a parar un vehículo pintado en camuflaje y con la inscripción «WH». Lensen se precipitó hacia abajo para verlo de más cerca.

—¡Cuidado con la trampa! —advirtió alguien.

El teniente Wollers se le unió. Nosotros retrocedimos, persuadidos de que los partisanos habían minado el cacharro volcado y que no tardaríamos en ver a nuestros dos compañeros volar por los aires. Pero unas palabras tranquilizadoras subieron del abismo.

—¡Menuda ganga! *Mein Gott!* Toda la intendencia ha venido a parar aquí.

No hizo falta más para que todos bajásemos corriendo a las milagrosas honduras.

—¡Fijaos! Chocolate, cigarrillos... y *wurst*.

—¡Dios mío! ¡Aquí hay tres botellas...!

—Cerrad el pico —gritó Schlessen—. Si no, todo el Ejército en desbandada vendrá a juntarse con nosotros en este agujero. Ya es un milagro que los que iban delante no hayan notado nada.

—¡Cuántas cosas buenas! —se enterneció Frosch—. Vamos a cogerlo todo y lo repartiremos por el camino. Daos prisa, muchachos.

Frosch y otro soldado cargaron todo lo que pudieron y volvieron a la carretera para estar al acecho. Miles de soldados seguían a poca distancia y era cuestión de llevárnoslo todo. Hacíamos una cosecha completa cuando nuestros dos vigías lanzaron un *Achtung!*

Nos metimos de un salto en los matorrales contiguos y oímos vagamente el ruido de una motocicleta. El ruido disminuyó y pareció que la moto giraba. Nos fuimos por el ribazo zarzoso, apretando nuestro cargamento de bendición. Teníamos el hábito de los repliegues repentinos y la experiencia nos había enseñado a confundirnos con el terreno cuando una mirada indiscreta se interesaba por nuestra existencia en suspenso. Oímos unos ladridos de suboficial y pensamos que nuestros dos compañeros acababan de topar con una patrulla militar. Quizá la propia gendarmería de campaña.

—Esos dos imbéciles se han hecho atrapar con las botellas debajo del brazo —murmuró Wollers.

—Larguémonos a toda velocidad —silbó Lensen—. Es un gendarme, he visto brillar su placa.

—¡Mierda! ¡En marcha, corriendo!

Fue el sálvese quien pueda. Nos desperdigamos en la Naturaleza propicia, corriendo como si Iván nos pisara los talones en pleno ataque. Nos reagrupamos a quinientos o seiscientos metros más lejos, ocultándonos detrás de una masa rocosa.

—Estoy harto de sudar por esos tíos —rugió Halls—. Si tienen la caradura de perseguirnos hasta aquí, yo me encargo de ellos.

—No hagas el tonto —se preocupó Lindberg—. No hagas el tonto... ¿Qué pueden hacernos?

—¡Vete a la porra! —rabió mi gran compañero—. De todas maneras, reventarás antes de volver a ver tu tierra. Iván te liquidará. Piensa más bien en Frosch y el otro que han caído en sus garras.

—Comed, si tenéis hambre —propuso Wollers—. Yo estoy harto de mandar, de sudar y de cagarme en los pantalones. ¡Comed! Si hay que reventar, vale más comerlo todo de una vez.

Como bestias acosadas, abrimos las latas de conservas y otras provisiones que tragamos con gran ruido de masticación.

—Hay que comerlo todo —advirtió Lensen—. Si nos hacemos trincar más lejos con víveres en el macuto que no sean de la distribución de ruta, nos acusarán con toda seguridad.

—Sí, hay que comerlo todo. No van a abrirnos la barriga para comprobar, aunque esos imbéciles de gendarmes son capaces de examinar nuestra mierda para saber de qué está compuesta.

Comimos durante una hora hasta tener ganas de vomitar. Cuando cayó la noche, nos atrevimos a volver a la pista por un atajo. Las botas de Lensen fueron las primeras que rechinaron en la carretera.

—Venid, la vía está libre.

Recorrimos trescientos o cuatrocientos metros y volvimos a pasar por delante del barranco donde habíamos encontrado con qué darnos un atracón que momentáneamente nos llenaba los hambrientos estómagos. No había alma viviente en los parajes. Recorrimos dos o tres kilómetros más, hasta que nos caímos de culo en la cuneta.

—Dios mío, eso no cabe —murmuró Schlessen—. Ya no estamos acostumbrados a tragar normalmente. Y esto es lo que pasa después.

—Dormiremos aquí —propuso un *feldgrau*—. Esto facilitará la digestión.

A eso de las dos de la madrugada, pasó un importante grupo en retirada y nos despertó.

—¡En marcha, gandules! —gritó un viejo *feldwebel*—. En marcha. Si no, Iván estará en Berlín antes que nosotros.

Reanudamos la marcha. Los muchachos habían recuperado muchas carretas con caballos y aprovechamos un trecho sus primitivos medios de locomoción. Con la aurora, llegamos a la entrada de un burgo que se alzaba en la ladera de la montaña. Algunos hombres se aseaban en una especie de lavadero con agua muy fría. Otros dormían junto a los muros o en las colinas. Más lejos, los había que seguían la marcha en retirada hacia la salvación, hacia el oeste, hacia la madre patria que los esperaba y de la que ellos ignoraban hasta qué punto podía estar agotada.

Y además había un árbol. Un árbol majestuoso en aquellos parajes perdidos del mundo. Un árbol cuyas ramas poderosas parecían sustentar el cielo. De sus ramas, colgaban dos sacos, dos espantajos que parecían

vacíos. Giraban lentamente bajo la bóveda secular que dominaba la carretera y las cosas que una ligera brisa animaba aún. Vimos los dos rostros grises y exangües de los ahorcados y reconocimos los rasgos de nuestro pobre amigo Frosch y de su compañero.

—No te preocupes, Frosch —murmuró Halls—. Lo hemos tragado todo.

Lindberg se cubrió la cara y lloró. Yo logré con dificultades leer lo que habían garabateado en un cartel colgado al cuello supliciado de Frosch.

Soy un ladrón y un traidor a mi patria.

Más lejos, una docena de gendarmes con uniforme reglamentario estaban parados junto a un sidecar y un *Volkswagen*. Sus miradas se cruzaron con las nuestras.

QUINTA PARTE:
EL FIN

Capítulo XVI

DE POLONIA A PRUSIA ORIENTAL

La Volkssturm. La invasión

Una mañana de septiembre volvimos a encontrarnos en el patio de una gran granja situada en el sur de Polonia. Las angustias de nuestras aventuras precedentes nos habían dejado esta vez —y definitivamente— sin reacción y mirábamos la agitación que nos rodeaba con ojos de drogados. Un oficial clamaba más lejos un discurso o un comunicado cualquiera a nuestros oídos sordos. Contemplábamos el cielo para tratar de no pensar más en la tierra en que viven los hombres. Únicamente una explosión o el rigor del silbato del *feld* hubiese podido sacarnos de nuestro letargo.

Habíamos vuelto a encontrar allí una apariencia de orden y, a cubierto de aquel resto de organización, procurábamos, lo mejor que podíamos, recuperar nuestras fuerzas y nuestra moral.

El empuje ruso en el Frente del Sur era tan fuerte que podía considerarse que Rumania estaba en manos del enemigo. Ya no se tardaría en luchar en Hungría, delante del Kecskemet y enseguida Budapest.

El oficial, que seguía discursando, hablaba de contraofensiva, de una recuperación de la situación, de reforma y hasta de victoria. Esta última palabra carecía ya de sentido para todos. Si no podíamos concebir el desastre que siguió, tampoco podíamos esperar de ningún modo una victoria. Sabíamos que nos obligarían otra vez a un esfuerzo enorme en alguna parte de las posiciones previstas y organizadas, pero no dudábamos de que detendríamos al enemigo antes de que llegara a las puertas de Alemania.

A pesar de nuestro malestar y de nuestro decaimiento, a pesar de las decepciones de todas clases que habíamos sufrido, sabíamos que no podíamos abdicar totalmente. No podíamos imaginar el desastre que iba a producirse. Todavía hoy los que lucharon por Alemania aceptan a duras penas la evidencia. Pese a todas aquellas ideas inquebrantables, nos sentíamos momentáneamente incapaces de continuar el combate. Era absolutamente necesario conceder permisos, reposo, a todo el mundo. De momento, no cabía esperar nada de unos soldados agotados, derrumbados en aquel patio de granja.

—El general Friesner ha restablecido el Frente Sur —seguía clamando el oficial—. Los regimientos van a ser reformados y engrosados con importantes reservas. El enemigo no puede llegar más lejos. ¡Vosotros lo impediréis!

Se distribuyeron, pues, los grupos, las compañías y los regimientos. Se llenaron camiones con ellos, pues allí, al parecer, había gasolina. Nosotros, los de la *Gross Deutschland*, fuimos enviados hacia el norte. Los jefes se asombraron mucho de encontrarnos allí, cuando nuestra división, o lo que quedaba de ella, combatía con el grupo Centro, y hasta con el del Norte, puesto que los dos ejércitos hostigados finalmente habían logrado unirse.

De los camiones, pasamos al tren. Un tren estacionado en una vía única al abrigo de un bosque de abetos. No había estación. Nos instalamos en el interminable convoy compuesto de vagones de todas clases. Con los camaradas, subí a una plataforma parecida a la que, hacía ya mucho tiempo, nos había transportado de aquella misma Polonia a Rusia. Ahora ya no había ningún temor de que fuésemos a Rusia. Ya no había sitio para el *feldgrau* en ese país. El tren corre hacia el norte, despacio, con precaución. La vía podría estar minada y del cielo podían caer mil sinsabores. Remontamos hasta Lodz, y en Lodz vi cosas sorprendentes.

Pasamos casi treinta horas en aquella ciudad. El frente no estaba lejos, como en todas las ciudades próximas al teatro de operaciones, se efectuaba un gran movimiento militar. Allí, como más al sur, se distribuía, se reagrupaba. Se borraban el treinta, el cuarenta, el cincuenta por ciento de los nombres que figuraban en las listas de efectivos cuando se comparaban con los grupos disminuidos a los que debían corresponder. En cambio,

soldados cuyos nombres ya habían sido borrados, surgían de la nada, resucitados.

El grupo *Gross Deutschland* tenía su cuartel de enlace. Estaba instalado en una confitería, vacía de géneros, en la vivienda constituida de una portera y la habitación era un pasillo. Un gran cartel pintado correctamente en negro sobre blanco y un casco blanco estilizado, emblema de la unidad, coronaba el portal intacto en el que vigilaban dos centinelas con uniforme reglamentario.

—División *Gross Deutschland* —murmuró Lensen—. Aquí es.

Hacía una hora y media que dábamos vueltas por la ciudad abandonada casi por los paisanos, en busca del centro de reagrupamiento en cuestión. El teniente Wollers presentó al oficial la lista de los hombres que llevaba con él, con los números de compañías, de regimientos y hasta de grupos. Éramos aproximadamente doscientos.

—He aquí la lista de mis compañeros, *Herr Hauptmann*.

—Pero si son ruskis los que me trae usted, *Herr Leutnant* —dijo el capitán mirando de soslayo el grupo vestido estrafalariamente que formábamos.

Muchos de nosotros llevábamos, efectivamente, guerreras rusas acolchadas.

—Lo siento, *Herr Hauptmann*, pero ha habido una gran escasez de ropa.

—Una gran escasez —repitió sonriendo el oficial—. Bueno, les haré dar una vuelta por el almacén, ya verá usted si queda algo. No estará mucho tiempo aquí, tendrá que darse prisa.

Fuimos al almacén que estaba en una calle adyacente y que, a fin de cuentas, tenía mejor surtido que el de las unidades sin apelativo. Seguíamos siendo una unidad de selección. Algunos recibieron un escaso aprovisionamiento. Mientras aguardábamos, vimos entrar en un gran patio de fábrica una parte de los efectivos de un nuevo batallón de la *Volkssturm*. Elementos recientemente incorporados por el Führer, últimas reservas que batían el récord de los Marie-Louise de la terminación del Imperio napoleónico. Tuvimos que poner unos ojos muy grandes para darnos cuenta mejor del género de hombres que formaban dicho batallón.

Ciertas siluetas, encorvadas, de piernas arqueadas y abundantes arrugas, lucían sobre sus sesenta o sesenta y cinco años el *feldgrau* y el mauser al hombro. Pero más asombrosos eran aún los jóvenes, los jovencísimos. Para nosotros, que habíamos conservado nuestros dieciocho, diecinueve y veinte años a costa de mil peligros, el término joven significaba la infancia y no la adolescencia en la que permanecíamos aún a pesar de nuestras ilusiones perdidas. Se trataba verdaderamente de niños que se codeaban con aquellos ancianos de aspecto achacoso. Unos niños de los cuales los mayores apenas contaban dieciséis años. Pero no miento al afirmar que algunos tenían trece años apenas. Los habían vestido apresuradamente con uniformes usados destinados a hombres y los habían armado a veces con un fusil más alto que ellos. Aquello tenía algo de cómico y de desgarrador a la vez. Sólo podía leerse una inquietud en sus ojos: la misma que la de los niños al empezar las clases. Ninguno de ellos podía imaginarse lo que les esperaba. Algunos reían y cantaban, olvidando las enseñanzas militares, no asimilables para su edad, que les habían inculcado en tres semanas escasamente. Muchos de ellos llevaban en la cartera recién vaciada de todos los efectos escolares, algunas provisiones de boca o ropas puestas allí por una mano maternal. Incluso cambiaban entre ellos bombones de sacarina concedidos por el racionamiento a los menores de trece años. Y los ancianos, mezclados con aquellos chiquillos, los contemplaban sin comprender.

¿Qué iba a poder hacerse con aquellas tropas? ¿En qué lugar iba a poder esperarse algo de ellas? ¿Cómo iban a hacer la guerra? No se encontraba respuesta a estas preguntas. Entonces, ¿iban a sacrificarlos para detener al Ejército rojo con el cual toda comparación aparecería trágicamente ridícula? La guerra a ultranza, ¿iba también a devorar a aquellos niños? Demente o heroica Alemania, ¿quién podrá juzgar ese sacrificio absoluto? Un prolongado silencio se extendió sobre nosotros. No podíamos hacer otra cosa que escuchar y contemplar los últimos momentos de aquella primera juventud.

Algunas horas más tarde, fuimos dirigidos hacia un nuevo punto de reagrupamiento a algunos kilómetros del Vístula, en una localidad llamada Medau. Encontramos una gran formación de nuestra división matriz que hacía tanto tiempo nos había abandonado en el sur. ¡Hasta encontramos

nuestro regimiento! ¡Nombres conocidos de oficiales! Los servicios auxiliares de nuestra unidad autónoma habían hecho proezas de imaginación para mantener a través de la tormenta una organización válida. Quedamos muy sorprendidos al comprobar que la División *Gross Deutschland* poseía aún una potencia bastante considerable y ello nos elevó un poco la moral.

Por lo demás, teníamos necesidad de agarrarnos a una forma cualquiera de solidez para no aceptar de buenas a primeras la tragedia que nos rodeaba, el combate desesperado, el cautiverio o el fin, sin más. Encontramos, pues, allí, a orillas de aquel Vístula que fue, por decirlo así, la cuna de las hostilidades, compañías reformadas de jovenzuelos, según acabo de explicar, que fueron incorporadas a nosotros para taponar los agujeros que la guerra había hecho en nuestra selecta división. Encontramos caras conocidas y principalmente la de Wiener, sí, Wiener, el veterano, que se asombró, por lo menos tanto como nosotros, de vernos vivos.

—¡La verdad es que somos indestructibles! —exclamó—. Cuando os dejé en el segundo Frente del Dnieper, todo estaba tan oscuro que creí no volveros a ver más.

—Faltan muchos —repuso Wollers.

—Pero quedan también muchos, *mein Gott!* Pusimos a Wiener al corriente de la muerte de Wesreidau, de Frosch... Por su parte, el veterano también citó nombres que debíamos olvidar. Los lutos más sensibles pasaban sobre nuestras caras chupadas sin añadirles otra expresión. Abrumamos a August Wiener con preguntas sobre Alemania, sobre la vida civil, sobre los paisanos. Todos teníamos mil razones para estar preocupados. Cada uno seguía el movimiento de los labios de nuestro amigo. Tratábamos de comprender todo lo que sus palabras insuficientes no lograban expresar.

—Me curaron en Polonia —explicó el veterano—. En el hospital militar de Kansea. Había perdido tanta sangre y estaba tan débil que casi me abandonaron durante dos días. ¡Dos días atroces! Nunca hubiese creído que esta perra vida me tenga tanto apego. Hubiese podido ser sencillo, ¿verdad...? Esto es, un gran suspiro y, ¡hala!, el hoyo de cal. *Finish!* Pues no, señor, gruñí ocho o diez días, sobre todo dos. Infección, transfusión,

desinfección, reinfección, y aquí me tenéis otra vez con vosotros en la mierda de otoño. Y ahora soporto mal las noches húmedas. Era fatal, reumatismo.

El veterano se abandonaba de nuevo a sus guasas de desesperado.

—Pero has estado convaleciente y habrás tenido un permiso, ¿o no?

—¡Claro que sí! Estuve en Alemania. Fui con «permiso de convalecencia». ¡Ja! ¡Ja! ¡A Frankfurt, claro que sí, muchachos! No del Main, del Oder. Hubiese podido ir más lejos, pero no tenía ningún motivo para ir a otro sitio. Estábamos en un colegio de niñas, desgraciadamente sin niñas. Bastante mal alimentados, pero nos dejaban en paz. A propósito, ¿no lo habéis notado? —se burló el veterano—. Me falta una oreja...

Era verdad, le faltaba la oreja derecha y el cráneo, en ese sitio, aparecía casi brillante, bajo una piel rosa pálido que parecía a punto de rasgarse. Todos lo habíamos visto sin notarlo verdaderamente. Había tantos hombres a los que les faltaba algo, allí, que nadie hacía mucho caso.

—Es verdad —declaró Prinz—. Por ese lado se diría que estás muerto.

El veterano soltó una carcajada.

—Es porque vives entre los muertos que acabas por verlos en todas partes.

—Déjate de bromas —gruñó Solma—. Háblanos del país.

—¡Ah, sí, es verdad!

Hubo un silencio que pareció eternizarse.

—No hay que hacerse muchas ilusiones, muchachos. Allá tampoco se está seguro.

—¿Cómo está Frankfurt? —preguntó el ayudante Sperlovski, atropellando a todo el mundo.

Era de Frankfurt y probablemente su familia aún vivía allí.

La mirada del veterano abandonó a unos y otros y se perdió dentro de él.

—El colegio estaba al otro lado del Oder, en el este, sobre una colina. Podía verse una gran parte de la ciudad... Era gris. Gris como un árbol muerto. Altas paredes se alzaban ennegrecidas por los incendios anteriores. Y había gente que vivía dentro como los *landser* en los graben.

Sperlovski escuchaba y todos los rasgos del rostro se contraían.

—Pero la caza, la *Flak*... ¿Nada se opone entonces a esos canallas? —farfulló, presa de enorme zozobra.

—Sí, desde luego, pero con tanta desproporción...

—No se preocupe usted demasiado, Sperlovski —arriesgó el teniente Wollers—. Su familia seguramente ha sido evacuada al campo.

—¡Nada de eso! —gritó el ayudante, acorralado—. Mi mujer me ha escrito, está movilizada. Nadie tiene derecho a abandonar su trabajo.

Wiener se daba cuenta de la desesperación que acababa de provocar en los que sólo estaban allí en espera de noticias tranquilizadoras, pero a él nada parecía poder abrumarlo ya.

—Es la guerra a ultranza —continuó, inhumano—. No se prescinde de nada. El soldado alemán debe poder soportarlo todo.

Sperlovski se alejó, con la mirada extraviada, la mente aturdida y el paso titubeante como un hombre borracho.

El soldado alemán ha de poder soportarlo todo en este mundo que él ha creado. No está hecho más que para este mundo. Para el resto, es inadaptable. Lensen estaba inmóvil como una piedra, escuchaba al veterano y su rostro era de una dureza obstinada.

—¿Ocurre lo mismo en todas nuestras ciudades? —preguntó Lindberg, el miedoso.

Pensaba, sin duda, en su ciudad y en su lago de Constanza.

—No lo sé —contestó el veterano—, pero es posible.

—Por lo menos, puede decirse que sabes elevar la moral —dijo Halls, enervado.

—¿Es la verdad lo que quieres saber o quieres oír tonterías?

Yo navegaba en la niebla. Un poco más de cascotes por aquí, un poco más de escombros por allí... Nuestra existencia estaba jalonada de ruinas. Yo no podía ya estar decepcionado. Antes que compadecer al mundo doliente, necesitaba encontrar mi equilibrio. Claro que pensaba en Paula, pero hacía tanto tiempo que estaba sin noticias suyas, que me preguntaba si sería capaz de leer correctamente una carta que me llegase de repente. Las malas noticias se acumulaban en mí, como el agua que cae de una gotera a una palangana. Llega un momento en que la palangana rebosa, y todas las cataratas del mundo ya no cambian su capacidad.

Volvimos a vernos en uno de los escasos trenes que todavía circulaban en aquella región, corriendo en dirección a Prusia Oriental, a través de las primeras escarchas de aquel tercer invierno de guerra. El quinto o el sexto para algunos. Circulábamos de noche, con todas las luces apagadas, pues la aviación rusa, que ocupaba nuestras bases de Polonia, era particularmente agresiva durante el día. Nos dirigíamos a Prusia, a Lituania, a Letonia, al Frente de Curlandia donde todavía resistían los restos de varias divisiones alemanas.

A través de la oscuridad y de la niebla espesa podíamos distinguir grandes masas de paisanos que se desplazaban a pie a través de aquellas soledades del norte de Polonia. Primero habíamos creído que eran unidades de infantería en marcha, pero pudimos ver repetidas veces unos grupos desde más cerca y nos dimos cuenta de que se trataba de paisanos. Miles de campesinos en éxodo, huyendo, a través de la noche y de las miasmas, de la horda roja que estaba ya muy próxima. No pudimos entretenernos a ver el espectáculo de aquellas gentes, podíamos imaginárnoslo perfectamente.

Después, cruzamos la frontera de Prusia. Echamos un vistazo al país de Lensen que también era el de Smellens. Dos prusianos de pura raza, que se encontraban súbitamente en el solar patrio. Lensen se puso de pie y se asomó a la portezuela del vagón de mercancías para reconocer y ver mejor su país. A nosotros, nos importaba muy poco. Para nosotros, la decoración no variaba demasiado de la de Polonia. Tal vez más lagos y siempre muchos bosques.

—Esto hay que verlo nevado —gritó Lensen, que de pronto había recobrado su sonrisa—. Así no es posible darse cuenta.

Como nosotros siguiéramos silenciosos y enfurruñados, Lensen nos interpeló:

—¡Ya está bien! ¡Estáis en Alemania, caramba, despertaos! ¡Con el tiempo que lo estabais deseando!

—En la Alemania Oriental, la del Este, en el frente, como quien dice. Por lo demás, no sé si os dais cuenta, pero yo que tengo una brújula, compruebo que vamos hacia el nordeste. Eso no me gusta nada —dijo Wiener.

Lensen volvió a ponerse colorado de rabia.

—No sois más que unos perros tiñosos —vociferó, como un demente—. ¡Derrotistas responsables de nuestro apoltronamiento! La guerra ya está perdida en vuestras cabezas frágiles, pero vais a tener que batiros. Cueste lo que cueste, lo queráis o no.

—¡Vete a la porra! —bramaron cinco o seis voces—. Que nos hagan llevar una vida normal de soldado, y nos reharemos.

—No. Sois unos perros y desde que os conozco no paráis de quejaros. Desde Voronez habéis perdido la guerra.

—Con motivo —dijo Halls.

—Os batiréis, os lo digo yo, cueste lo que cueste, pues no os queda otra salida.

El veterano se irguió.

—Sí, Lensen, nos batiremos, pues igual que tú, tampoco podemos soportar la idea de derrota. Desgraciadamente no nos queda otra salida. Yo, en cualquier caso, no tengo otra salida. Formo parte de una máquina que tiene un sentido de marcha, y que no puede girar de otro modo. Hace demasiado tiempo que formo parte de ella, ¿comprendes?

Miramos al veterano, un poco desconcertados. Todos pensábamos que el veterano era capaz de acostumbrarse a cualquier otro género de vida. Y he aquí que, deliberadamente, anunciaba que no.

Lensen seguía murmurando y nosotros permanecíamos perplejos respecto al futuro que el veterano, en el que seguíamos teniendo mucha confianza, nos había hecho entrever. En cuanto a mí, vista desde aquella Prusia por la que avanzábamos, Francia se me aparecía ya sin importancia. Aquella causa de la que acababa de hablar Wiener, era la mía. Y a pesar de los sinsabores que hubiese podido causarme, me sentía estrechamente ligado a ella. Sabía que la lucha se hacía cada vez más seria y que íbamos a vernos obligados a arrostrar terribles perspectivas. Me sentía, sin obligación, solidario de mis compañeros. Consideraba seriamente mi fin, sin sobresaltarme demasiado. Era como un velo tupido que caía lentamente sobre mí y aminoraba mis terroríficas visiones pasadas, presentes y futuras. Mi cabeza parecía llena de una espesa bruma blanca lechosa, sin alegría, pero en la que todo se tornaba súbitamente fácil, muy fácil. Los demás,

¿sentirían lo mismo? No sabría decirlo exactamente, aunque nuestra resignación parecía común a todos.

Circulamos unas horas a marcha reducida. Luego, a la luz gris de una mañana brumosa, el tren se detuvo. Unas órdenes nos echaron fuera de los vagones y llegamos a un campamento de barracones de madera que todavía recordaba la robusta organización militar que habíamos abandonado hacía poco. Se nos concedió una hora de descanso, y tuvimos derecho a un vaso de agua caliente en la que flotaban algunos granos de soja.

—¡Y pensar que hay quien se alista en el Ejército a causa del rancho! —murmuró un soldado.

—Pocos debe de haber en estos tiempos —replicó una voz—. La esperanza de llegar a ser un apuesto oficial se disipa pronto. Apenas se tiene tiempo de llegar a *obergefreiter*, cuando ya se ve uno con el triángulo otorgado a título póstumo. Algunos encontraron la manera de reírse, a pesar de todo. Después, un mayor, comandante probablemente del campamento, nos hizo reunir y nos dirigió la palabra:

—Altivos soldados de la *Gross Deutschland*. Vuestra llegada a nuestro sector nos colma de alegría. Conocemos vuestro valor en el combate y nos sentimos por ello fuertemente apoyados. Vuestros camaradas de los regimientos de Infantería que se batían en los bosques polacos próximos a nuestra frontera, experimentarán seguramente a su vez lo que os explico. Vuestra llegada entre nosotros nos reconforta en el mayor grado y nos ayuda en la tarea tan difícil que nos incumbe: ser los defensores de la libertad alemana y europea. Libertad que los bolcheviques intentan arrancarnos empleando los medios más absurdos. Hoy más que nunca, nuestra unión en el combate ha de ser total y deliberada. Con vosotros vamos a edificar el baluarte definitivo que inmovilizará a la jauría soviética. Pensad, soldados alemanes, que sois los pioneros de la revolución europea y que debéis sentirlos todos orgullosos de haber sido elegidos para esa tarea, por muy penosa que sea. Os deseo, pues, la mayor gloria y os transmito las felicitaciones del alto mando y las del Führer. Han sido puestos a vuestra disposición vehículos y víveres para ayudaros a rematar vuestra acción. ¡Bravo, soldados! ¡Valor! Sé que mientras un soldado alemán vigile, ningún bolchevique hollará nuestro suelo. *Heil Hitler!*

Contemplamos al apuesto mayor con su bello uniforme, mareados, aturdidos, tratando de rasgar el velo de inconsciencia que nos ocultaba nuestra verdadera valía.

—*Heil Hitler!* —bramó un *feld*, al ver que el saludo que debíamos dirigir al mayor no nos salía así como así.

—*Heil Hitler!* —gritaron los héroes.

Después nos hicieron cambiar de sitio.

—Estoy loco, o no lo entiendo —murmuró Kellermann—. Contaba con nosotros para elevarle la moral.

—¡Vete a la porra! —exclamó Prinz—. Otro discurso.

Esta vez era un *hauptmann* quien acababa de tomar la palabra.

—Tengo el honor de tener bajo mi mando a los dos tercios del efectivo de vuestro regimiento y de conducirlo al fuego conmigo. (Todos sabíamos lo que nos esperaba, así es que aquella frase nos hizo tragar saliva otra vez). La división entera operará en un sector situado un poco más al norte. Será fraccionada en varios grupos a fin de asestar golpes diseminados a la hueste rusa terriblemente poderosa por aquí. Espero de vosotros el más vivo coraje y hasta acciones brillantes. ¡Es necesario! Debemos parar al ruso en este sector. Ninguna negligencia, ninguna falta de sangre fría será perdonada a nadie. Tres oficiales podrán formar en cualquier momento un tribunal militar y sancionar sobre la marcha...

(¡Frosch, mi pobre Frosch! ¿Cuántos fueron los que decidieron ahorcarte?).

—Venceremos aquí, o la vergüenza nos perseguirá —prosiguió el *hauptmann*—. Jamás, ¿me oís?, jamás un bolchevique hollará el suelo alemán. Ahora, camaradas, tengo buenas noticias para vosotros. Hay correo, citaciones y ascensos para algunos. Antes de dar libre curso a vuestro júbilo, deberéis presentaros en el almacén de aprovisionamiento para recibir víveres y municiones. Rompan filas. *Heil Hitler!*

Rompimos filas sin poder comprender claramente la situación.

—Esto promete —dije.

—Un marrano que quiere vernos palmar a todos —refunfuñó Halls.

Formamos una cola interminable ante un gran barracón.

—¡Y pensar que es ese tipo quien va a sustituir a Wesreidau! Tengo la impresión que vamos a estar peor de lo que hemos estado hasta ahora, Prinz.

—No es posible. Peor no es posible.

—Es un chalado —murmuró Halls.

—No, tiene razón —continuó el veterano—. Será ahora o nunca. No os lo puedo explicar así de pronto, pero él tiene razón.

Cada vez más desconcertados, seguíamos mirando fijamente a nuestro camarada, sin decir palabra, sin comprender su actitud de repente tan distinta.

—Volveré a hablaros de eso —continuó Wiener—. Por el momento, sois demasiado imbéciles para comprender.

Paula mía:

Leo ahora tus líneas desesperadamente esperadas. Leo y releo esas frases y olvido la tierra fría así como el Este cargado de un amenazante rumor.

Estas líneas son en mis manos como un milagro venido del cielo.

No espero nada más del mundo civil, del cual nos parece habernos desolidarizado. Leo tus líneas como nuestro camarada Smellens dice sus oraciones, él que tiene la suerte de ser creyente.

Nada no arregla ya nada, Paula. Los rezos son como el vodka, suavizan el frío un momento.

La felicidad ha llegado para nosotros a su extrema relatividad. Existe cuando despunta el día, pues la noche nos hace creer ya en la muerte.

He sido nombrado obergefreiter, y, aunque el galón está todavía en el bolsillo de mi guerrera, me siento más fuerte.

Creo que nos hemos vuelto verdaderos hombres en estos momentos tan difíciles.

Este rumor sigue, Paula... Quizá no sea más que el viento.

Me gustaría tanto volver a leerte...

Hacía ya unos días que volvíamos a batirnos en retirada. Jamás un bolchevique debía hollar el suelo alemán. No obstante, en cinco o seis puntos, tres potentes ejércitos soviéticos habían penetrado ya unos cincuenta kilómetros en aquel suelo sagrado entre todos. Aquellos tres ejércitos habían barrido a los heroicos defensores, cuyos supervivientes arrastraban, a costas y a través de un paisaje otoñal, el último material que justificaba aún nuestra condición militar.

No puedo, con gran pesar mío, relatar detalladamente el caos de aquellos ásperos momentos. Pero puedo señalar ya la desaparición de camaradas como Prinz, Sperlovski, Solma y también Lensen, que, a pesar de las apariencias, fue verdaderamente un amigo. Es a este último, por otra parte, a quien quiero rendir homenaje relatando la tragedia de su fin, que todavía evoco claramente entre muchos otros, y que, al mismo tiempo, servirá para definir la de los demás. Sea lo que fuere lo que Lensen pudiera pensar de mí en ciertos momentos, sigo persuadido de que él fue para todos nosotros y para su país un hombre muy valiente que, sin vacilar, habría sacrificado su vida para salvar al más desdeñable de los nuestros. Su fin lo demuestra, por lo demás, sobradamente y yo le debo quizá la ocasión de escribir tranquilamente estas líneas.

Lensen seguramente no hubiese podido aceptar nunca la vida actual y todas las concesiones que los antiguos combatientes del Este se ven obligados a hacer hoy. Igual que el orden por el cual sufrió, era irreversible. Los hombres de una sola idea sólo pueden vivir por esta idea y para esta idea. Más allá no existe nada, nada más que su recuerdo.

Nuestra operación para socorrer el Frente de Curlandia había fracasado. Los soviéticos, en su empuje irresistible, llegaron al Báltico en varios puntos. Cuáles exactamente, no sabría precisarlo. El hecho es que el Frente Norte quedó dividido en dos. La parte extremo norte, en torno a la bahía de Riga, en Letonia, al menos hasta Libau. La otra parte norte, donde estábamos nosotros, debía extender un frente sin cesar encogido, más acá de Libau, en Prusia y en Lituania, resistiendo más al sur en el Vístula, donde se desarrollaban unos combates espantosos.

Nuestra división, que estaba repartida en infinidad de pequeñas puntas destinadas a desorientar al enemigo, atacándolo por todas partes, había

fallado en su mayoría ofensivas que hubieron de ser transformadas apresuradamente en defensivas. Por el momento, la división intentaba reagruparse rápidamente para constituir un frente de defensa a unos sesenta kilómetros más al nordeste. Las malas carreteras, la falta de carburante, el barro, las comunicaciones problemáticas acababan de frenar una maniobra que, en otras condiciones, no habría suscitado ninguna pérdida de tiempo. Había que contar asimismo con la aviación enemiga, cada vez más activa y cada una de cuyas salidas añadía un funesto desconcierto a nuestras columnas ya debilitadas. Las columnas masivas eran desaconsejadas, además, por nuestros oficiales. Por el contrario, se debía diseminar nuestra retirada cuando las órdenes del Cuartel General instaban al reagrupamiento. La idea de nuestros oficiales era lógica en el sentido que ofrecíamos menos blanco a las masas aéreas enemigas. Por contra, cuando un destacamento blindado enemigo se echaba encima de dos o tres compañías extraviadas, las posibilidades de supervivencia de estas se hacían más que problemáticas. Así fue como, en una aldea de casuchas ampliamente desparramadas, se desarrolló el drama que estuvo en trance de hacer borrar el nombre de nuestro grupo de la lista de la división.

—Yo he estado ya por aquí —juraba Lensen, dominado por la nostalgia—. Estoy convencido. Todo es, evidentemente, tan distinto que no puedo reconocer nada detalladamente, pero sé que por aquí está la aldea tal y cual. (Citaba nombres). ¿Lo veis, muchachos? Mi pueblo está a unos ciento veinte kilómetros de aquí, hacia el sudoeste. Por ahí, está Koenigsberg, donde estuve varias veces, y una vez en Cranz. Hacía un tiempo de perros, pero de todos modos nos bañamos.

Se reía, y nosotros lo escuchábamos.

A pesar de la abrumadora retirada y del entumecimiento del frío, Lensen parecía haber resucitado al verse en su solar patrio. Él sólo colmaba el angustioso silencio de los aledaños de aquella aldea evacuada la víspera por sus habitantes. Trescientos soldados, más o menos desparramados, deshechos por una marcha de unos veinte kilómetros desde el amanecer a través de unos terrenos intransitables, se impacientaban, encogidos en sí mismos, en espera de la problemática comida de las once. Únicamente Lensen iba de un lado para otro, a lo largo de aquel muro de establo donde

cada uno apoyaba el culo en las piedras al abrigo del alero del techo que lo había resguardado de la lluvia intermitente. Escuchábamos a Lensen, y al sudeste, oíamos unas detonaciones más o menos sordas, más o menos espaciadas, pero no les prestábamos ninguna atención. Aquel fondo sonoro se había convertido en el fondo sonoro de nuestra existencia. Por hábito, todo cuanto no ocurría en un perímetro que ofreciese un peligro real, no provocaba ya ninguna reacción en los *landser*. Independientemente del rumor procedente del este, todo estaba silencioso. Éramos un poco como esas gentes de hoy que saborean la tranquilidad y el silencio haciendo funcionar un electrófono. Esas gentes tienen necesidad de ruido para saborear la quietud, o quizá temen el verdadero silencio. En cuanto a nosotros, desgraciadamente, la intensidad del fondo sonoro no dependía de nuestra voluntad y gustosamente hubiésemos prescindido de él.

Aparte, pues, de Lensen que discurría, no pasaba nada. A veinticinco metros, media docena de los nuestros ponían a punto la distribución de la comida. Más lejos, unos soldados en grupo hacían muy seriamente sus necesidades. Los otros, como he dicho, descansaban con los ojos entornados o en la vaguedad de tantas fatigas. El melancólico otoño nos transmitía su húmedo frescor. Tantas incomodidades pasadas nos hacían apreciar unas condiciones que, en nuestros días, suscitarían un movimiento de lástima.

A través de nuestro sopor insensible, había algunos que sufrían, que lloraban. Gemían los heridos y otros morían. Esto no impedía a nadie dormir cuando era posible.

Se hicieron las primeras distribuciones: una salchicha envuelta en celofana y rellena de puré de soja para dos, y fría por descontado. A lo largo de la retirada, los muchachos del servicio de rancho, con un espíritu de conciencia profesional conmovedor, habían recogido patatas arrugadas. Llenaron un sidecar de ellas y ahora las distribuían a los compañeros. Allá lejos, cuatro soldados saltaron una tapia. Parecían estar sin aliento. Cuando hubieron llegado a las edificaciones donde dormitábamos, hicieron grandes gestos. Uno de ellos habló sin alzar demasiado la voz.

—¡Iván!

De golpe, la masa amodorrada de los hombres se incorporó. Sabíamos de qué peligro terrible podía estar hecho el minuto siguiente. El instinto de animal acosado había hecho desperdigar ya a todo el mundo. Cada uno ganó un sitio donde el menor detalle podía ser una protección cualquiera. Los que habían tenido la suerte de haber recibido su ración de comida la engullían apresuradamente. El teniente Wollers acababa de reunirse con nosotros en un hueco a resguardo de un techo. Su radio de campaña, que nunca se separaba de él, emitía ya la alarma. Esperamos en silencio unos diez minutos. No se oía nada. Los rusos, sin embargo, probablemente no estaban lejos. Nuestros centinelas los habían señalado. Eran cazadores a pie. ¿Una sección? ¿Un pelotón? ¿Un regimiento, o diez? Nadie podía contestar a la pregunta. Se formaron apresuradamente unas patrullas. Había que saber si debíamos enfrentarnos con unos grupos sin importancia o despegar rápidamente ante una jauría considerable.

Los seis muchachos que rodeaban a Wollers fueron enviados a la parte de la tapia de donde habían surgido los centinelas. Yo formaba parte de la expedición.

Otros dos grupos iguales fueron enviados en otras direcciones. Relatar mi inquietud sería inoportuno y tendría un aspecto de reiteración. Era igual a la experimentada en Utcheni, en Bielgorod, en el cobertizo de los partisanos, en todas partes.

Como los demás, yo me resignaba a ella. Correspondía a los malos momentos de la existencia, a esa especie de asquerosa impresión que produce un despertador cuando saca del sueño para enviar al encuentro de una obligación desagradable. Es un poco eso, multiplicado por cien.

Bordeamos el otro costado del establo donde estábamos dormitando un rato antes, y desembocamos en un descampado donde se apilaban unos maderos viejos.

No ignorábamos nada del peligro y una sorda angustia, que ya no aceleraba nuestro pulso, nos hacía odiar la muerte y esperarla de vez en cuando. El mauser me pesaba en las manos como un objeto sin valor y con el que ya no podía contar.

Antaño, cuando cruzábamos una aldea en Polonia o en Rusia, ¡cuánta confianza le había otorgado! ¿No me había sentido invulnerable bajo el

peso de aquel hierro y de su fuste de madera?

Hoy, la evidencia de que pudiera servirme de defensa eficiente, me escapaba.

Los hombres son, sobre todo, unos cobardes. El terreno fue franqueado y llegamos a un conjunto de edificios. Nos separamos en dos grupos de tres y, con una precaución de manipuladores de explosivos, seguimos avanzando. La esquina de una casa nos ofreció una porción de horizonte más vasta. Una hilera de abetos con los troncos casi sin ramas lo erizaban. Detrás, pasaba una carretera y en aquella carretera se distinguía claramente una multitud de siluetas. Más lejos, otras parecían acercarse.

—Hay tres o cuatrocientos ahí —murmuró Wiener—. Veamos por allá.

Volvimos a pasar por detrás de la casa que acabábamos de bordear. En su extremo destacaba en negro una hilera de barriles de alquitrán sobre el suelo gredoso. Más lejos, había otra casita. Nuestros pasos chirriaban levemente sobre la fina gravilla. Desembocamos, siempre silenciosos, en el recinto de los barriles. Dimos cuatro pasos y topamos cara a cara con cuatro soldados soviéticos de patrulla, que también observaban las mismas precauciones y el mismo silencio. Todo se inmovilizó en nuestras mentes.

No se manifestó ninguna precipitación en nuestros gestos. Enfrente, los rusos seguían, igual que nosotros, sin precipitar sus movimientos, observándonos. Pareció como si un milagro impusiese a unos y otros la misma calma. No resonó ninguna detonación. Con movimientos calculados, rusos y alemanes retrocedieron al abrigo del edificio. Con los ojos dilatados, mirábamos intensamente.

—Ya hemos visto lo suficiente —murmuró Wiener—. Media vuelta.

Nuestra patrulla retornó al punto de partida. Wiener dio el parte. Creímos haber soñado.

Un cuarto de hora más tarde, nuestras posiciones de defensa estaban organizadas en la parte norte de la aldea y sus aledaños. De las informaciones resultaba que nos las habíamos con un regimiento de cazadores a pie, o sea dos o tres mil hombres. Nosotros éramos trescientos, pero no se había tocado a retirada.

Empezaron a transcurrir las horas en aquella angustiosa espera. Conocíamos la lentitud de los preparativos de los rojos, pero sabíamos

también la fuerza de su impulso cuando llegaba el momento. La noche estaba al caer cuando se produjeron los primeros contactos. A favor de la luz grisácea, los primeros destacamentos de asalto rusos se infiltraban con precaución entre las edificaciones. El ardor de las oleadas de infantería soviéticas no tenía ya la misma brillantez que en Bielgorod o en el Dnieper. Se habían producido hecatombes tan impresionantes en aquellas oleadas vociferantes, durante toda la reconquista del terreno, que el alto mando rojo se había visto obligado a emplear una táctica algo menos heroica. Además, los soldados soviéticos, pese a su feroz obstinación de querer vengarse hollando el suelo alemán, esperaban una resistencia desesperada por nuestra parte. Por esto contaban más con la eficacia de sus blindados y de su aviación para reducir a nuestros grupos inferiores en número y carentes de lo esencial.

Aquellas bonitas líneas de soldados vociferadores se hacían más raras. Los bolcheviques combatían a la europea, es decir con nuestros métodos que casi les habíamos insuflado. Ello no nos hacía, por lo demás, más fácil la tarea, sino al contrario. Nuestro grupo hizo una descarga sobre una patrulla *popov* que avanzaba en dirección a nosotros. Los morteros callaban aún, por espíritu de ahorro. En realidad, las municiones para aquellas piezas empezaban a faltar también.

Simple escaramuza sin gravedad para nosotros, que estábamos acostumbrados a los tornados de fuego. Únicamente algunos pedazos de cobre taladraron la niebla del anochecer, rompiendo un brazo aquí, hundiendo un pecho allá, llevándose una vida acullá. Nada en suma que pudiese sumirnos en la desesperación de una verdadera batalla. Desde luego, hoy un tiroteo semejante haría evacuar un barrio de París y llenaría los titulares de los periódicos. Las épocas tienen sus costumbres...

En la noche brumosa y oscura, los rusos seguían instalándose frente a nuestras precarias posiciones. Era, sobre todo, la idea de que iban a atacar de un momento a otro lo que nos ponía enfermos. Quizás íbamos a acabar de una vez esta noche. Iván nos desbordaría y pondría término a esa persecución lancinante que duraba de hecho hacía casi dos años, en millares de kilómetros jalonados de miedo y de sangre. ¡Tal vez esta noche! No sabíamos qué desear. Pero la noche transcurrió. Una noche de frío y de

vigilia, punteada por el pálido resplandor de las bengalas. Nada especialmente determinante. Los rusos, que no parecían tener prisa, nos acechaban igual que los acechábamos. Nada más que una noche de malhumor.

Incluso logré dormir, pese a la vigilancia que no podíamos descuidar. Bastantes compañeros me imitaron, y únicamente el frío nos impidió descansar completamente. Por fin vino el amanecer y con él nuestra auténtica preocupación. No tardó en volverse terror y luego pánico. Tembló el aire y la tierra, y la lluvia, que en principio amortigua todos los ruidos, no conseguía contener aquel. Era producido por el pesado chirrido de las orugas y por el escape percusor de numerosas máquinas de guerra. Una columna de carros avanzaba hacia la aldea inerte, donde aguardaban los infantes rusos, tranquilos y relajados, que sonara nuestro alalí.

Sabíamos que no teníamos suficientes medios para defendernos contra los carros. No teníamos ninguna pieza anticarro y los pocos *panzerfaust* que nos quedaban nunca bastaría para detener la masa de blindados que adivinábamos considerable por el ruido que producía. Con los pelos de punta por el miedo y el frío, organizamos el despeque con una celeridad que se nos había hecho costumbre. Todo el mundo iba a pie con excepción de dos sidecar que nos servían de enlace con el grupo de mando. Diez soldados se engancharon a cada vehículo y lo arrastraron sin ruido. Un ruido de motor procedente de nuestro bando, hubiese podido hacer que los rusos pensasen en nuestro repliegue. Con un silencio digno de los indios del *Far West*, la compañía reanudó la andadura de la retirada, con excepción de algunos que constituyeron tres grupos de interceptación. En cada grupo, podían contarse diez hombres, dos *jager panzerfaust* y cuatro granaderos de protección.

El mío estaba compuesto por Smellens y un muchacho muy joven, especialmente adiestrado en el manejo del *panzerfaust*. Lindberg, otros dos camaradas y yo, íbamos de protección. Fue mi único mando de toda la guerra. Aislada, única y trágica vez en la que cinco camaradas estuvieron bajo mi responsabilidad. El segundo grupo sólo contaba con un nombre conocido, Lensen, en el *panzerfaust*. El tercero estaba formado por anónimos.

Cada cazador de carros recibió tres *panzerfaust*. Aquellas máquinas eran pesadas y engorrosas. Aquello sumaba, pues, dieciocho tiros a nuestra disposición y podíamos, con mucha suerte, esperar inmovilizar a dieciocho monstruos de acero, a condición de que los tiros diesen en el blanco. Dieciocho carros, con la mayor esperanza, contra sesenta u ochenta que barruntábamos acudirían.

Aquella idea penetraba lentamente en nuestras mentes desesperadas y nos ponía rígidos de aprensión. El teniente Wollers nos hablaba de frenar al adversario, de su desmoralización tan pronto le hubiésemos destruido cinco o seis carros y de nuestro regreso a la compañía a las veinticuatro horas. Nada podía, por desgracia, desviarnos de aquel infernal cálculo matemático, cuyas cifras irrefutables nos colocaban ante un problema demasiado insoluble. Los mayores sacrificios ya no cambiaban nada en la guerra, lo sabíamos y no esperábamos ningún cambio de situación. Demasiados ejemplos, demasiados dramas sin piedad se habían desarrollado ante nuestros ojos. Hoy, día maldito entre todos, hoy más que ayer, era nuestra vez.

La compañía se deslizaba sigilosamente a lo largo del grupo que escuchaba las últimas recomendaciones de nuestro superior. El rumor de los carros no cesaba. Vi pasar a Halls junto al veterano. Me abalancé hacia mi gran compañero y le tendí la mano.

Wollers se calló, al ver mi gesto. Solté dos o tres estupideces a Halls y a Wiener, incompatibles con la gravedad del momento. Durante un segundo, pensé en dar algo a Halls para que pudiese avisar a los míos más tarde. No encontré, desdichadamente, nada y esboqué una risa terriblemente crispada. Halls no encontró nada que decir y Wiener se lo llevó consigo.

Wollers nos dejó a su vez y los grupos se separaron unos de otros. Me quedé solo con mi mando y con aquel amigo dudoso que era Lindberg, a quien un miedo anestésico había vuelto lívido. Me había convertido en un jefe demasiado joven que debía conducir en una partida horrorosa de gendarme-bandolero a cinco otros camaradas que no habían llegado todavía a la mayoría de edad. Dirigí una ojeada a mis subordinados cuyos ojos estaban fijos en el sur, de donde llegaba el fragor. Lensen hizo una llamada. Señalaba, más abajo, un valle en el que se alzaban cuatro o cinco

construcciones. Una granja, probablemente. Corrí con mi grupo en seguimiento del de Lensen. El tercero buscó refugio en el propio camino.

El viento empujaba, a ráfagas, los primeros copos de nieve recién formados. En aquel instante, los rusos empezaron a machacar el emplazamiento de las posiciones que acabábamos de abandonar. Las casas de la aldea que estaban situadas a un kilómetro quedaron rodeadas de negros géiseres provocados por las explosiones de los morteros rusos. Apresuradamente, señalé a mis dos *jager* una posición en medio de grandes tocones de árboles desgajados. Se situaron allí y excavaron precipitadamente la tierra empapada con intención de hundirse un poco más.

Nosotros, la protección, buscamos abrigo allí mismo. Me aislé con un muchacho cuyo nombre he olvidado, pero en cuyo rostro se leía una voluntad tenaz. Linberg y el cuarto muchacho se metieron en la casa a la que estábamos adosados. A cien metros a la izquierda, ante la granja, vislumbré a Lensen y su compañero del segundo grupo. Los rusos estaban laminando la aldea, y nosotros tuvimos suerte de haberla evacuado antes.

Los carros evolucionaban entre las ruinas humeantes. Lo oíamos claramente. Los minutos se hicieron largos antes de que subiera el telón. Espantosamente largos. No queríamos pensar, pero desgraciadamente la ronda diabólica del pasado giraba en nuestra memoria. Los recuerdos, buenos y malos, desfilaban con una cadencia precipitada sin que nadie pudiese enternecerse ni refugiarse en ellos un solo instante. Una ronda insólita en la que se mezclaban mi infancia, la guerra, Paula. Cosas que me quedaban por hacer, que hubiese debido hacer. Una especie de deuda que interesa mucho y que es demasiado tarde para saldarla.

Todos estábamos divididos entre un deseo de pedir auxilio y de llorar. Un deseo de huir y de correr al encuentro del peligro. Un deseo de creer que todo aquello era falso y si no lo era de morir pronto. ¡Nunca un bolchevique hollaría el suelo alemán!

Y estaban allí, a millares, lastimándolo con frenesí y júbilo.

Y nosotros, éramos dieciocho en total para prohibirles que se internasen más. ¡Dieciocho frente a millares! Dieciocho hombres jóvenes que se asían a cualquier superstición milagrosa para esperar un mañana atormentado.

Después, ellos aparecieron. Unos diez de momento. Siguieron el camino donde vigilaba el tercer grupo.

El tercer grupo los vio avanzar pesadamente rugiendo como monstruos implacables.

El tercer grupo cumplió su deber y lo apoyamos con una emoción insostenible, milésima de segundo por milésima de segundo. El primer carro se detuvo a veinte metros de los dos *panzerfaust* del grupo en cuestión. Uno de los proyectiles acababa de estallar en la delantera, matando en el acto al monstruo y a sus ocupantes. Los otros maniobraron lenta y pesadamente y echaron por la pendiente del ribazo para rodear el *Stalin* en fusión.

—Es para nosotros —no pude contenerme de murmurar.

Pero los carros, tres carros exactamente, volvieron a trepar ante la amenaza. Esperaban aterrorizar a los cazadores por su aspecto demencial y contaban mucho con ello, lo que, por lo demás, no dejaba de producirse regularmente. No obstante, un segundo monstruo ardió. El que le seguía lo empujó y se abrió paso. Atacó el atrincheramiento de los camaradas cuyos nervios flaquearon y que salieron del refugio en fuga despavorida. Intentaron huir hacia el bosque y empezaron a trepar por la colina. El carro, que los seguía de cerca, los alcanzó hasta casi tocarlos y los liquidó con las armas automáticas de a bordo. Los defensores de protección sufrieron la misma suerte y el tercer grupo fue borrado de los efectivos en tres o cuatro minutos. Diez o doce carros siguieron en camino rugiendo. Camino que había seguido una hora antes la compañía a pie. Estaban demasiado lejos para que pudiésemos alcanzarlos con seguridad. Aparecieron cinco más siguiendo la hondonada, directamente hacia la granja y hacia Lensen que estaba delante.

Lensen y su compañero tiraron a la vez contra su presa a veinte metros igualmente. Dos carros quedaron inmovilizados y las explosiones invadieron el valle con una onda sonora interminable. Un tercer carro pasó por delante y creí, por mi temblor, que se dirigía a mi grupo. Del grupo de Lensen partió un tercer disparo, que falló al monstruo y estuvo a punto de matarnos a nosotros. El proyectil del *panzerfaust* ululó un breve instante y volatilizó la edificación a cinco metros de mí y de mi compañero.

Quedamos medio enterrados y sordos un momento. Los tres carros continuaban su ronda acribillando la granja. Su miopía les hacía pensar, sin duda, que la defensa venía de la casa. Otros dos T-34 aparecieron en el camino, lo dejaron y se dirigieron hacia el punto de resistencia defendido por Lensen. Todavía demasiado lejos para nosotros, pero mis cazadores dispararon, de todos modos. Smellens descargó su arma sobre un blanco móvil a ciento cincuenta metros. El proyectil siguió su trayectoria y falló por poco el último carro. La carga hueca dio en la nieve, rebotó y se perdió más lejos sin estallar. Conseguimos justamente hacernos localizar y uno de los tanques arremetió contra nosotros haciendo uso de todas sus armas.

Oí gritar a los camaradas. Entorpecidos, mis cazadores no pudieron apuntar bien al monstruo que se arrojó sobre los restos de la casa, patinó en ellos, convencido de aplastar nuestra resistencia con sus orugas. Desde el borde del hoyo, las oí chirriar y aquel ruido se añadió a los otros de una manera inolvidable.

El monstruo no insistió y volvió al camino y a su avance inicial.

Más abajo quedaba la lucha de David y Goliath, es decir el grupo de Lensen y cuatro gigantes de acero que escupían fuego. Tronó un último disparo del *panzerfaust*. El carro más próximo a la madriguera de Lensen giró sobre sí mismo y chocó con el que le seguía de cerca. En la confusión del humo y las llamas, gritos espantosos traspasaron el tumulto. Un T-34 pasaba sobre el hoyo de Lensen y de su camarada. El carro invirtió el sentido de sus orugas y niveló el lugar.

Así murió Lensen en aquel suelo de Prusia, donde había anhelado morir.

Para nosotros, el terror continuaba. Y si los carros abandonaban los lugares para proseguir su avance, nosotros sudábamos de terror presintiendo la llegada de las tropas a pie. Un miedo indecible nos hacía dirigir miradas de pánico a derecha y a izquierda. Cuando digo nosotros, hablo solamente del compañero que ocupaba el mismo atrincheramiento que yo y de mis dos cazadores que permanecían tan quietos como los tocones entre los cuales se habían refugiado.

¿Qué había sido de Lindberg y del sexto de mi grupo? Probablemente estaban aplastados bajo los escombros del edificio que el carro había desparramado. Por el momento, no pude hacer más deducción que esta.

Sabía también que el grupo del camino estaba aniquilado y que el pobre Lensen había tenido un fin horrendo. ¿Dónde se agazapaban sus protectores? Quizá yacían, a su vez, entre las ruinas de la granja acribillada de impactos... Tanto los pensamientos como las deducciones corrían por mi mente enloquecida. Fundirse con el suelo gris claro de en torno, donde todas las prominencias destacaban en un oscuro muy contrastado, parecía difícil. La idea de huida precipitaba en mi mente multitud de posibilidades que rápidamente se mostraban irrealizables. Correr hasta el bosque de abetos de la izquierda representaba trescientos metros, casi a descubierto. Los *popov* me habrían visto antes de que hubiese recorrido la mitad del camino. Había el humo de los carros incendiados que flotaba sobre todo el decorado, pero aquel humo subía verticalmente y no difuminaba el terreno.

Me sentí, brusca y egoístamente, cogido en la trampa. Seguro de no salvarme. Tan seguro que, súbitamente, como un loco, agarré del brazo a mi compañero y le ordené que me disparase un tiro en la cabeza. El otro, que sufría la misma angustia, volvió hacia mí su rostro descompuesto.

—¡No! —murmuró—. No, nunca podría hacerlo. Pero mátame, si quieres, sí, mátame.

Dilema horrendo, grotesco de relatar. Nos quedamos cara a cara, mirándonos con una expresión maldita, despreciativa, henchida de rencor. Cada uno de nosotros hacía pesar en el otro la sucia responsabilidad del momento.

—Vamos a reventar aquí, sucio cochino —gruñí—. Dispárame, yo te lo mando.

—No, no, déjame, no puedo —lloriqueó él.

—Tienes miedo de quedarte solo, esto es todo.

—Sí, y tú también.

—Pero ¿no estás viendo que no hay otra solución?

Oímos el ruido de un combate. Venía del norte, es decir, de detrás de nosotros.

Pensé que los rusos habían alcanzado a la compañía y murmuré unas maldiciones.

El tumulto continuaba. Nos mirábamos uno a otro, inmóviles, callados. No cabía decir nada más. Todo había sido dicho ya hacía tiempo.

Después, mis dos cazadores se reunieron con nosotros. Lindberg tampoco había muerto. Surgió de las ruinas, arrastrando consigo a su camarada cuya cara estaba tumefacta. Nos juntamos todos en el mismo refugio. En aquel instante, uno de nosotros vio unos hombres que huían de los restos de la granja a saltos cautelosos y corrían hacia el bosque que había a ciento cincuenta metros a la izquierda del lugar donde nos hallábamos.

—Son los muchachos de protección de Lensen —dijo alguien—. Huyen hacia el bosque.

—Tenemos que ir también —suplicó Lindberg—. Los rusos están a punto de llegar.

—Es fácil decirlo —comprobé—. Pero mira la distancia a descubierto que hemos de recorrer. Los *popov* nos descubrirían enseguida.

Nadie podía refutar mi observación. Las miradas iban del bosque de abetos a la entrada de la aldea pasando por mí. Nunca me maldeciré bastante por no haber sabido, en aquel preciso instante, en aquel momento particular, indicar a otros hombres lo que conviene hacer en circunstancias semejantes. Por no haber tenido ese ardor de decisión, esa voluntad que persuade a los demás, y no haber tomado bajo mi responsabilidad el porvenir del grupo que me había sido confiado. Me quedé allí, inerte, incapaz de hacer resistir o escapar a quienes esperaban de mí una iniciativa cualquiera. La blasfemia que había proferido Lensen refiriéndose a mí, se abatía sobre el mando que se me había confiado y que yo no era capaz de ejercer.

Y era allí, a cien metros de la tumba heroica de Lensen, donde se manifestaba mi incapacidad. Era como un símbolo.

Me quedé quieto, afligido, agobiado por mil miserias de todas clases, llorando por dentro pesadas lágrimas de apuro.

Sentía que mis compañeros iban a tomar por sí mismos una decisión que yo no estaba en condiciones de imponerles con la autoridad de un jefe. ¿Así pues, no era más que un cobarde? ¿Acaso no era, de hecho, tan despreciable como Lindberg cuyo miedo demasiado ostensible nos había asqueado tantas veces? Ya no era la muerte lo que yo deseaba, maldecía mi

existencia, mi existencia inconfesable. Aquella existencia que adquiriría el aspecto de una sucesión de pesadillas.

En aquel momento crucial, fracasaba. Fracasaba en todo cuanto había esperado tanto de los hombres como para mí mismo.

Moviendo la cabeza como el borracho en el momento que el alcohol transforma su hilaridad en una tristeza desesperada, permanecía allí, inmóvil, vencido, aplastado por un pánico insuperable, deplorable. Y no podía hacer nada. Nunca me perdonaría aquel instante cuya realidad me impresionó en lo más íntimo de mí mismo.

Pasaban los minutos sin aportar ninguna variación a mi estado, minutos que habría sido necesario utilizar con rapidez y lúcidamente. El miedo seguía clavándome allí, en medio de cinco desesperados más dispuestos a la peor locura. Mi mirada no buscaba ya el peligro exterior que iba a surgir. Estaba vuelta hacia mí, hacia dentro de mí, y no comprobaba más que mi apuro.

Hubo más ruidos de carros, chirridos y motores que rugían. Un temblor me invadió sin que pudiese apartarme de mi obsesión. Los otros se apretujaron entre sí, con el rostro convulso, a punto de ponerse a gritar.

Lindberg se puso de pie sin darse cuenta. Quería ver, quería ver lo que pasaría. Había perdido el fusil y ya no pensaba en defenderse. Una malsana observación se había grabado en la mente trastornada. Cayó de bruces en el borde del hoyo, agitado a su vez por un temblor irreprimible. Farfullaba y lloraba al mismo tiempo. Mi compañero del principio acababa de crisar los puños en los mangos de dos granadas. La muerte se acercaba a grandes pasos. Aquella vez sentí su presencia a través de un horrible escalofrío.

El cañón volvía a machacar desde todas partes. Las explosiones cercanas terminaron de destruir nuestro resto de lucidez. No estábamos en condiciones de comprender nada. El ruido de un vehículo muy próximo persistía. Los ladridos de las piezas ligeras persistían. Nuestras miradas inmóviles permanecían fijas en el camarada mudo de espanto. Incrédulos, nuestros oídos percibieron unas palabras. Se hablaba alemán detrás del edificio derrumbado, junto al vehículo que roncaba. Otros ruidos de carros taladraban el aire a través del tableteo de las armas automáticas. Permanecíamos allí, entumecidos, contraídos por un miedo demasiado

intenso. Un hombre se asomó a nuestro hoyo. Un oficial. Un oficial alemán. Lo percibimos sin verlo.

Tal vez nos creyó muertos. Prosiguió su camino. Solamente dos minutos después, dos *panzergrenadiers* bajaron a nuestro hoyo. Los seguimos dócilmente.

Los contraataques alemanes continuaban como estaba previsto. Efectuados por dos regimientos blindados SS, acababan de coger a las unidades rojas por el flanco causándoles severas pérdidas. Incluso la aldea fue reconquistada por algunos días. Después, la retirada continuó.

Capítulo XVII

MEMEL

Subimos hacia el norte. La unión con el Frente de Curlandia ya no es posible. Lo que queda de la división se reagrupa poco a poco. Ha sufrido terribles pérdidas al intentar un restablecimiento con el nordeste. Mientras tanto, los rusos, en un impulso frenético, han llegado al Báltico más al sur. En varios puntos, por otra parte, se han librado combates que rebasan todo lo imaginable, a través de una cohorte de refugiados despavoridos, que estorbaban toda posibilidad de defensa por parte de las unidades empeñadas.

Ante el violento ataque soviético, la población civil prusiana refluye hacia la costa en una trágica marejada. Para nosotros hay dos posibilidades: poner rumbo hacia el sur y abrir un camino a través de las numerosas puntas avanzadas soviéticas, o dirigirnos al norte, hacia el Frente de Memel que se está estableciendo. El mando de la división se da cuenta muy pronto de que ya no tiene medios de ir al sur. El sur es Königsberg, o tal vez hasta Elbing. Estos dos puntos están amenazados igualmente, y el más cercano se halla a ciento cincuenta kilómetros aproximadamente. Ciento cincuenta kilómetros de batallas desesperadas con pocas posibilidades de éxito. Ya no es de esperar ningún aprovisionamiento en este lugar donde se está consumando el peor de los éxodos.

Memel es, pues, el punto escogido. Memel, ese corto frente prácticamente cercado desde el otoño y a través del cual habrá que abrirse paso. Un paso para nosotros, soldados, y para la lastimosa riada de refugiados que recurre a él, paralizando todos nuestros movimientos, frenando cualquier maniobra.

Lastimoso cortejo que se arrastra prácticamente a pie, en medio del frío penetrante, por los barrizales de las primeras nieves fundidas. Increíble caos que, a despecho de las órdenes militares, hemos de ayudar, sostener, tranquilizar. Todo lo que posee un motor capaz de rodar, siquiera durante una hora, transporta, además de las absolutas necesidades militares, un hormiguero de niños asustados, que tiemblan de frío, de hambre, de miedo, de todo. Junto a los vehículos que se arrastran, corren las familias mezcladas con los soldados, última esperanza de protección.

Rebasamos varias aldeas. Hace cuatro o cinco días, aunque presintiendo un peligro inminente, sus habitantes se dedicaban a los menesteres habituales, equivalentes casi a los de los tiempos de paz. En dos días, ancianos, mujeres y niños cavan a toda prisa las posiciones de defensa de las futuras tropas en retirada, los emplazamientos de artillería, los fosos anticarro donde habrán de venir a estrellarse los embates de los blindados enemigos. Patético trabajo, heroico esfuerzo antes del infernal desastre que los arrastrará en el reflujo desesperado de los paisanos aterrorizados. Aflicción anticipada de esos virtuosos paisanos que ven venir el frente hacia sí con el aspecto preventivo de una tropa derrengada y famélica, cansada de batirse y de vivir, que desgrana sin estremecerse sus peones humanos como los de una partida de ajedrez que toma mal cariz.

Cada vez que una defensa está aparentemente organizada y nos parece posible, la intentamos. Hay que frenar al enemigo que nos acosa y que se ofrece, cantando victoria, monstruosos mataderos entre una población civil que asiste a su fin en un terror callado. Los grupos empeñados en esas defensas soportan su sino con la irrisoria esperanza de apagar la pólvora que ha sido encendida. Su caso importa, los sentimientos de cada cual son conocidos, el dolor es medido, registrado por quienes les dicen adiós. Esos hombres han llegado al extremo de amar la muerte. La guerra continúa, la hoguera se consume y los más concretos sentimientos no aminoran su fusión. Los que abran brecha y entren en Memel morirán probablemente en Memel. Esto es un alivio: es más ordenado que reventar en un sitio que ninguna operación militar mencionará nunca.

Lo absoluto aquí va a resolverse por lo absurdo. A menos que lo absurdo sea lo absoluto.

En fin, la valiente división abre brecha, aunque se ve reducida a su tercera parte. Abre brecha y es magnifico. El mando de la fortaleza de Memel sabe que puede contar además con la división llamada todavía *Gross Deutschland*. La división abre brecha, y los mil quinientos hombres aproximadamente que esto le cuesta no serán más que una cifra que cargar en la cuenta del heroísmo.

Para nosotros, los allegados de los que acaban de caer, son una veintena de nombres que tenemos que borrar de los efectivos de la compañía. Siemenleis y Wienke figuran entre ellos.

Hubiéramos podido fracasar. Incluso tenemos la impresión de que la tenaza rusa se ha aflojado para dejarnos pasar. Hemos arrastrado el máximo de paisanos. Muchos otros se quedaron atrás. Para esos, el asunto está feo. Tendrán que evitar los carros que los persiguen y franquear, si les es posible, la barrera de obuses, de ametralladoras cuádruples y las bayonetas de Iván. Todo eso es muy difícil para una mamá que lleva en brazos un niño de pecho y un mocoso agarrado a sus faldas. Pero ¿acaso no hemos nacido todos para morir?

Ya estamos en Memel, nosotros los supervivientes de un momento. Hemos llegado con unos camiones tirados por hombres, con unos tanques locomotoras que arrastraban un convoy, cosa de la que se les hubiera creído incapaces. Hemos llegado al fondo de las cosas. Todo aquel que posee todavía una apariencia de vida mecánica sigue avanzando, olvidando sus llagas, bendiciendo al cielo por esta prórroga de miseria. Los bombardeos solamente frenan a los que mueren de una manera definitiva. Los muertos de angustia siguen avanzando, con la mirada llameante, entre los que se desploman y jalonan la pista.

Memel vive todavía bajo sus llamas, bajo su cielo opaco de humo, bajo sus ruinas. Memel vive bajo el taladro de los cazas bombarderos rusos y de la artillería pesada, bajo el espanto y la nieve que se arremolina.

Pero, una vez más, el vocabulario ayuda poco a expresar lo que mis ojos pudieron ver. Tengo la impresión, finalmente, que todo ese juego de sílabas ha sido puesto a punto para describir cosas fútiles. Una vez más, nada entre las palabras puede expresar el fin de la guerra en Prusia. He conocido el éxodo en Francia ante las tropas alemanas a las que después me incorporé,

he visto a las madres reclamar leche en apacibles granjas, he visto carretas volcadas e incluso una vez fui ametrallado en los alrededores de Montargis. Pero de ello sólo guardo una pequeñísima inquietud bastante embriagadora, un poco como el recuerdo de un viaje que no ha sido único. Además, hacía buen tiempo. Aquí, hace frío, nieva y todo a nuestro alrededor está destruido. Los refugiados mueren a millares sin que nadie pueda acudir en su ayuda. Los rusos, cuando no están empeñados en un contacto con nuestras tropas, empujan delante de ellos una marea de paisanos. Disparan cañonazos y embisten con sus carros a la masa despavorida y petrificada. Quienes tengan un poco de imaginación intentarán pintar un cuadro de lo que intento explicar. Nunca la crueldad fue tan plenamente conseguida, nunca el término «horror» logrará expresar aquí verdaderamente lo que quiere decir.

Sí, estamos en el callejón sin salida de Memel. En este semicírculo de veinte kilómetros aproximadamente de diámetro, adosado al Báltico con sus olas grises y frías bajo la bruma impenetrable. En este semicírculo que se encoge sin cesar, que resistirá, no se sabe por qué milagro, gran parte del invierno. En este semicírculo, hostigado por los continuos bombardeos y por los ataques permanentes provenientes de las líneas rusas que se agrandan a medida que las nuestras disminuyen. En medio de miles y miles de refugiados, cuya desolación no podría ser mencionada por ningún comentario suficiente y que aguardan para ser evacuados por vía marítima antes de que las tropas lo sean a mediados de diciembre.

Memel en ruinas no puede albergar ni contener la importante parte de la población prusiana que se ha refugiado en su recinto. Esa población, a la cual no podemos aportar más que unos auxilios virtuales, paraliza nuestros movimientos, entorpece nuestro sistema de defensa tan precario de por sí. En el semicírculo de defensa, que tiembla por el tronar de explosiones que cubren gritos de todas clases, tropas antiguamente de selección, unidades de la *Volkssturm*, mutilados reenganchados en los servicios de organización defensiva, mujeres, niños y enfermos son crucificados en la tierra que hiela, bajo un techo de niebla que iluminan resplandores de incendios, bajo la ventisca que roza con una caricia fría el penúltimo acto de la guerra. Las raciones alimenticias son tan escasas que lo distribuido ocasionalmente en

un día para cinco personas no bastaría hoy para la merienda de un escolar. Llamamientos al orden y a las restricciones son difundidos sin cesar a través de la bruma que en parte oculta al drama. De día como de noche, embarcaciones de todas clases abandonan Memel con un cargamento máximo de gente. Las enormes filas de refugiados, que en vano se trata de censar y que avanzan hacia los pontones de embarque, ofrecen unos blancos infalibles a los pilotos mujiks, que de noche y, sobre todo, de día las hostiga. Los impactos abren claros espantosos entre la multitud que grita, se doblga y muere bajo las bombas, pero que no se mueve del sitio en la esperanza feroz de embarcar próximamente. Se insta a la paciencia, se invoca una vez más el problema de las restricciones. En realidad, se propone a esas gentes martirizadas el ayuno, en espera de la liberación. El drama es tan magno que el heroísmo se convierte en trivialidad. Se suicidan ancianos, y mujeres también, madres de familia que entregan su hijo a otra madre rogándole que este se beneficie de la ración que les corresponde a ellas. Un arma recogida junto a un soldado muerto lo solucionará. El heroísmo se mezcla con la desesperación. Se anima a las gentes hablándoles de mañana, pero aquí todo pierde su importancia.

Y los mártires presencian a menudo el suicidio de sus semejantes sin intervenir apenas. Algunos, en un arrebató de demencia que alcanza no sé qué grado, van a matarse en los silos de muertos que una asistencia civil agrupa en determinados sitios. Quizá para facilitar la tarea de esa ayuda mutua. La capitulación, sea la que fuere, pondría un término a ese espantoso pánico. Pero el ruso ha inspirado un terror tal, ha demostrado tanta crueldad que la idea no roza ya a nadie. Hay que resistir, resistir cueste lo que cueste, puesto que finalmente seremos, evacuados por mar. Hay que resistir o morir. El alto mando quizá tiene otra idea, quizá piensa conservar la fortaleza de Memel para convertirla en una cabeza de puente de donde partiría una contraofensiva destinada a escindir la progresión soviética.

¡Utopía! Aquí, entre los que soportan el peso del calvario, nadie lo cree. Sin embargo, fuerzas armadas desembarcan todavía en Memel como contrapartida a los civiles que se marchan. Para nosotros, aquellas sólo vienen para consolidar nuestras posiciones. La idea de un contraataque parece inverosímil.

Aquí, se combate con una obstinación que el alto mando venera, únicamente con la esperanza de que, a pesar de todo, quedará alguna chalupa para evacuarnos, después que el último paisano haya abandonado Memel. Por lo tanto, hay que resistir, aunque la desesperación nos haya desolidarizado de todas las condiciones humanas. Aquí, el hombre más fútil, el menos esforzado, se bate por definición. En Memel, no queda sitio más que para los que combaten. Los niños y las muchachas jovencísimas han secado sus lágrimas y corren a cuidar de los heridos, a distribuir las raciones reprimiendo el deseo de devorarlas. Esos niños han rechazado en su fuero interno la emoción, el espanto, el miedo tan justificado. Acuden a los menesteres que sus mayores desbordados les indican y no discuten, no se quejan. Hay que morir o vivir. Todas las condiciones intermedias no pueden ser tomadas en consideración.

Hay que morir o vivir y todos esos niños, sin poder hablar de ello ni explicarlo, lo sienten. Aquellos que hayan resistido esa escuela dramática nunca podrán considerar como serias las dificultades de una vida normal. El pueblo alemán ha ido verdaderamente al fondo de las cosas y me impone un ineluctable respeto que no sé cómo explicar.

En medio de la descomposición de las avanzadillas, los paisanos se mezclan a veces con los soldados. Esos paisanos son igualmente combatientes, por lo demás, y entre ellos hay también mujeres. A fuerza de sacrificios, el frente se sostiene. Cuando digo se sostiene, quiero decir sencillamente que no se derrumba paladinamente. En realidad, se doblega en muchos sitios y sigue encogiéndose. Los interminables fosos anticarro, excavados previamente, contribuyen seriamente a consolidar nuestra defensa. Los rusos cuentan ante todo con aniquilarnos por la aviación y su artillería pesada que refuerzan sin cesar.

Sin embargo, sus ataques les cuestan caro, muy caro. Nuestro frente, al encogerse, permite la concentración de la defensa. Los esqueletos de carros rusos de los alrededores de Memel son incontables. Los cazadores de carros ya son más numerosos que los infantes. Cargamentos de minas son transportados por los paisanos voluntarios y colocados delante de nuestras defensas por la infantería en el curso de los pequeños contraataques destinados únicamente a esta maniobra. Solamente quedamos un poco sin

defensa contra la aviación. Los cazas bombarderos rusos se obstinan en sus agresiones continuas. Al nordeste de nuestra posición, los restos de algunos vagones desmantelados han sufrido en dos días ocho bombardeos. Lo que queda de defensa antiaérea ha sido agrupada en los alrededores de los embarcaderos donde el peligro es mayor. Esto ofrece una gran dificultad a los pilotos rusos, que prefieren el resto del recinto donde ninguna defensa seria puede oponérseles.

Por esto, a pesar del infierno, a pesar de los hombres que han de ser borrados cotidianamente, a pesar del frío y a pesar de las innumerables privaciones, Memel, el increíble Memel, resiste de todos modos.

Después, en una tarde gris, algunos elementos de nuestra famosa división son reagrupados en un punto preciso. Nos proveen de municiones ofensivas y nos gratifican con dos latas de conservas a cada uno. Poco importa, por lo demás, su contenido; algunas tendrán un kilo de mermelada de manzana, otras un kilo de margarina. No tiene importancia, pues el fantasma de la organización alemana actúa todavía, estos días de gracia, en los aledaños de una ciudad desintegrada que todavía se llamará, por algún tiempo, Memel. El aprovisionamiento, racionado ciertamente al máximo, es distribuido a las tropas destinadas a una ofensiva. ¡Sí! Por increíble que pueda parecer, los vestigios que hay aquí del Ejército alemán van a intentar una ofensiva hacia el sur para establecer contacto con el Frente de Cranz y de Koenigsberg. A los oídos desengañados de los *landser* de ayer llegan las directrices de los oficiales que preparan la maniobra en el seno de su grupo.

Halls y yo salimos de la nada donde nos habíamos resignado a vivir hacía algún tiempo. Nuestras miradas incrédulas han aceptado hace tiempo la aparición de las más inimaginables órdenes, pero esta vez, el hecho de querer lanzarnos al asalto con los medios de que disponemos nos hace tambalear con un vértigo que ya no podemos controlar. La operación lleva, además, un nombre que desgraciadamente he olvidado.

Algunos blindados todavía intactos apoyarán la progresión. Material procedente de los supervivientes de Curlandia y también de Alemania ha desembarcado igualmente. Habrá que alcanzar una aldea a quince kilómetros al sur, en la carretera que bordea una vasta bahía. El comandante

de la operación elige un tiempo horroroso para lanzar su ofensiva. Nieva y llueve al mismo tiempo. Hasta la artillería rusa ha cesado prácticamente su tiro de hostigamiento de tan desastrosas como son las condiciones atmosféricas. Esto es precisamente lo que contaban con explotar los jefes de nuestra última y alocada expedición.

Una docena de carros grises y sucios salen al encuentro de un destino inexorable. En sus flancos, del color de nuestra miseria, la cruz negra apenas es visible. Dentro, en los aparatos receptores de onda corta, suenan los compases de la cabalgata de las Valkirias. Verdaderamente es lo que hace falta para ir al sacrificio supremo. Camiones deteriorados, en los que han sido emplazadas piezas de artillería y ametralladoras pesadas, siguen de cerca y sustituyen a los difuntos armones con orugas de los *panzergrenadiers* de la buena época. La multitud de los infantes, a la que se mezclan los restos de grupos aéreos y marinos, corren a los lados del material motorizado. Nuestro grupo, en el que tengo la alegría de reconocer en este momento supremo los rostros de Wiener y de Halls, se agarra al chasis desnudo de un autocar despojado de su carrocería.

Con una facilidad irrisoria, nuestra punta avanzada sorprende un campamento entero de blindados rusos, alineados bajo la nieve como para un desfile. Iván, atolondrado por este golpe de mano absolutamente imprevisible, abandona el campo que destruimos con un incendio cuyo secreto tienen las tropas alemanas. Un aprovisionamiento de carburante soviético incluso permite a nuestra ofensiva esperar más de lo que podía al principio. La progresión continúa, a pesar de la borrasca demoníaca que flagela las manos y las mejillas de los combatientes. Varias concentraciones rusas más caen bajo nuestros golpes de sorpresa. Desgraciadamente, el enemigo está concentrado en los alrededores de Memel, en profundidad.

Se producen los primeros contraataques y casi inmediatamente nuestra carrera a la aventura se para. Las primeras reacciones rusas se dejan oír. No tardará en abatirse el diluvio más despiadado. Los carros rusos de las bases más próximas avanzan probablemente ya a nuestro encuentro.

El momento alcanza su punto crítico cuando, desde el mar, parten descargas de artillería. El mal tiempo nos impide ver los barcos que navegan cerca, pero su tiro providencial se abate sobre la ola roja que

avanza. Se trata, en efecto, de dos o tres destructores o torpederos de la Armada que han venido especialmente para apoyar nuestra maniobra. Pese a la visibilidad nula, las coordenadas ajustadas por los blindados de las avanzadillas no tardan en dirigir el fuego de la Kriegsmarine de una manera precisa. Gracias a esta sincronización, el empuje ruso queda más o menos frenado. Quizá sea también porque los rusos que operan en el interior evalúan mal el tiro que se abate sobre ellos y piensan que disponemos de una artillería terrestre importante. Esto, de todos modos, no arreglará nada. Los *popov* emplearán contra nosotros medios aún mayores. Al finalizar la jornada, nuestra débil operación es atacada en un flanco de diez kilómetros. Es mucho más de lo que podemos encajar. Pronto la mitad de nuestros carros arden bajo la tormenta de los órganos de Stalin. La operación fracasa, como era de prever, y la orden de desandar lo andado hacia Memel no tarda en llegar. Diez kilómetros que hemos de recorrer otra vez en sentido inverso, mucho más difícil que a la ida.

Abandonamos la carretera que siguió nuestro épico y último ataque. El material motorizado persiste en seguirla, por no poder circular en otra parte, y se disgrega a medida que Iván descarga sus cañones. En la noche rayada por mil resplandores, los *feldgrauen* jadeantes corren a través de las dunas, de un hoyo a otro, considerando cada paso hacia Memel como un valor casi seguro. Para colmo, la columna aún existente es obligada a salvar un trecho despejado de dos kilómetros cuyas cunetas habían sido minadas por la mañana por nosotros mismos.

Dos kilómetros iluminados por las bengalas, estriados de explosiones. La carretera es poco ancha, pero todavía está casi intacta. Solamente tenemos que contornear algunos embudos.

Los primeros vehículos se encaminan a toda marcha por el trecho infernal. Iván no ha tenido tiempo de rectificar correctamente el tiro. Sus obuses llueven de una manera imprecisa. Pero la segunda parte es mejor acogida. Dos camiones son alcanzados de lleno y pulverizados. Otros dos, acribillados de metralla, llegarán a la zona menos peligrosa. Los restos de vehículos han obstruido el paso y nos ordenan despejarlo. Iván se ha acercado y nos ataca ahora con lanzagranadas y armas automáticas. Pese a nuestro terror loco, intentamos devolver golpe por golpe arrastrándonos por

la grava que revolotea. Las cunetas que podrían servirnos de refugio están minadas. Caemos en nuestra propia trampa. Muchos de los nuestros caen, con los brazos en cruz y la mirada fija por última vez en el cielo sombrío y atormentado. ¿Habrà que apelar a los servicios de la Cruz Roja en la posguerra para anotar los últimos nombres de nuestra increíble aventura? Mientras tanto, vivimos aún en corto número, y este corto número se aferra a lo que resta de posibilidades de supervivencia.

Henos aquí junto a los dos primeros vehículos destruidos que obstruyen el paso. A nuestro alrededor, las granadas popov estallan e iluminan, afortunadamente, un poco más alto que la calzada.

Al pasar, barre los restos de nuestros vehículos que tiemblan y rebotan a cada ráfaga. Al pie de esta chatarra prácticamente informe, dos hombres, que como nosotros creían en una escapatoria, yacen con sus uniformes harapientos y gozan por fin del descanso eterno.

Habrà que empujar fuera del camino esos cuerpos que estorban el paso, pero si nos ponemos de pie tenemos el cien por cien de posibilidades de quedarnos aquí. Una vez más, Wiener, el veterano, surge del grupo paralizado. De rodillas bajo la metralla, blande una granada que arroja sobre el primer montón de chatarra. ¡Estupendo, Wiener! ¡Haberlo pensado! Salvo algunos escombros esparcidos, el primer cacharro ha sido quitado de en medio. El segundo sufrirá la misma suerte. El tercero, un camión de tres toneladas y media, necesitará cuatro granadas. Desgraciadamente, hemos debido de rematar al mismo tiempo a los heridos que había dentro. ¡Otra vez la guerra! ¡*Heil*, Wiener, nos has sacado del apuro una vez más!

A medianoche, cuando más arrecia la tempestad, los dos tercios del efectivo llegan por fin a Memel. Han sido puestos al corriente y su fuego nos cubre. Sin resuello y ateridos, llegamos al interior del campo atrincherado. El recuento de los que faltan se hace al aire libre, entre las ruinas de un establecimiento balneario. Luego, en el fragor del frente, constantemente en contacto, buscamos el reposo del guerrero, aunque la suerte no nos haya sido favorable.

Esta suerte era, por lo demás, tan débil que estimamos heroico el mero hecho de haberla intentado.

Al día siguiente, a eso de las once, después de haber terminado nuestra ración distribuida antes de la ofensiva, somos enviados otra vez a los puestos que hay que defender. El reposo no puede prolongarse más en esta dramática situación. Los paisanos siguen siendo embarcados a pesar del riesgo que esto representa.

El mar se ha encrespado y todas las embarcaciones están cubiertas de escarcha. Su cargamento humano lo está igualmente en el momento de abandonar el muelle. Las olas rocían los rostros amoratados de los supliciados sin que se eleve ninguna queja. Abandonar el infierno de Memel representa una tal ventaja que nadie pensaría en quejarse.

Nosotros, los soldados, seguimos impidiendo a los rusos el acceso a la ciudad y sus alrededores. Las posibilidades de evacuación por vía marítima representan una tabla de salvación tan frágil que se hace lo imposible para resistir. Nos envían municiones, víveres y medicamentos. Algunos días, el machaqueo de los rusos parece remitir. A pesar del frío, que aumenta sin cesar, la vida nos parece más fácil. Lo que no sabemos es que los ejércitos soviéticos han dirigido cabalmente sus esfuerzos más al sur. Königsberg, Heiligenbeil, Elbing, y más tarde Gotenhafen se hallan cada vez más amenazados.

El problema de los refugiados, como sabré más adelante, se verá todavía decuplicado en esos puntos. Los rusos abandonan, pues, momentáneamente Memel para emplearse a fondo en Prusia, donde una resistencia desesperada se les opone. Pero no sirve de nada. Los tres ejércitos soviéticos temiblemente potentes que han penetrado en territorio alemán disponen de medios muy superiores a los que nos quedan a nosotros. Además, una fe salvaje los anima. Iván ha añadido a su bandera las palabras «desquite» y «venganza», y el pueblo suplicado de Prusia se acordará hasta la noche de los tiempos lo que quiere decir esto.

Hay, además, entre esos desdichados, lituanos, rusos antibolcheviques, polacos, y hasta prisioneros ingleses, y canadienses que comparten nuestra suerte aquí en Memel. El terror de los rusos ha rebasado la idea de patria y las divergencias de opinión. Es el terror al estado bruto y no asimilable. Todo el mundo huye cuando no es posible hacer otra cosa. Incluso para hombres como los prisioneros ingleses y canadienses, la posibilidad de ser

distinguidos por las unidades de asalto rusas se mantiene problemática. Mujeres de todas las edades se exponen por su parte a otra forma de ultraje... La cifra de evacuados por mar alcanzará varios millones.

En las ruinas que una casa que no sobrepasa el metro de altura, el veterano ha apoyado su ametralladora con mucho cuidado y atención. Con el dorso de la mano, gris de sucesivas quemaduras del frío, barre, de vez en cuando, los leves soplos de nieve que persisten en amontonarse sobre la culata de su arma. El veterano, después del último ataque al sur de Memel, parece haber recobrado toda su calma. La excitación nerviosa que no nos abandona, no parece aquejarle. Nuestro amigo permanece callado y no toma casi nunca parte en nuestras conversaciones de desesperados. Parece haberse desolidarizado de nuestras desventuras. La guerra, el frío, el desamparo que nos acucian y nos petrifican parecen no preocuparle. Su comportamiento es extraño. ¿En qué piensa el veterano?

Sin embargo, esta mañana misma, su ametralladora nos ha vuelto a salvar de una patrulla rusa que se había interesado particularmente por nuestro grupo. Veinte cadáveres *popov* se atiesan ahí enfrente, junto a ese camión de la *Volkssturm* que seguía circulando con una sola rueda detrás. Un tronco de árbol hinchado en el chasis sustituía a la rueda trasera que faltaba y el camión avanzaba de todos modos. Un milagro más de Memel. Hasta que los rusos le arrearon un pepinazo del «50» en el capó. Los dos ancianos vestidos de soldado que ocupaban la cabina, rindieron el alma y ese condenado vehículo aún nos oculta la vista. Los *popov* quisieron servirse de él como de un escudo e intentaron aniquilarnos con lanzagranadas. Wiener acribilló el lugar con sus balas explosivas y trazadoras e Iván mordió el polvo. Fue una lucha de velocidad. Wiener fue el más rápido, esto es todo. Ahora está aquí, siempre callado, enjugando su juguete como un objeto precioso. Nosotros, Halls, Lindberg, otros dos y yo, seguimos agitados detrás de nuestras armas grises y frías a sabiendas de que tampoco eso nos basta ya para salvaguardarnos.

Tengo a mi disposición tres *panzerfaust* y el nuevo subfusil de la *Volkssturm* que nos distribuyeron recientemente. Es un arma muy eficaz que tiene un poco de ametralladora y de subfusil. También tengo una pequeña mina magnética que me causa un pánico complementario. En Memel

tenemos un armamento completo para hacernos matar en el sitio. De todos modos, no puede ser cuestión de replegarnos rápidamente llevándonos ese cargamento.

Durante quince días, sostendremos esta posición aguantando lo menos cada cuarenta y ocho horas ataques bastante flojos. Las retaguardias del frente no quedan lejos y podemos por turno tomarnos un descanso casi reparador. Hay, cerca de aquí, en lo que queda de una calzada que lleva a Memel, un mojón que indica que faltan aún siete kilómetros para llegar a la costa. Los siete últimos kilómetros de la retirada desde el Don. ¿Será posible? El increíble periplo que se extiende en más de dos mil kilómetros, hecho en parte a pie. Como me decía a veces el veterano, en broma:

—Tu tatarabuelo ha hecho ese camino antes que tú, al lado de Napoleón. En realidad, este es también tu caso. Procura consolarte reflexionándolo.

Después, una noche, cuando volvemos al sótano, frío y húmedo, que nos sirve de dormitorio durante las horas de reposo, comprobamos que los civiles de Memel han desaparecido casi completamente. La última oleada ha debido de embarcar durante estos dos últimos días de vigilancia.

En la oscuridad que cae sobre la ciudad que parece un cementerio abandonado, nos metemos en nuestra guarida con una vaga sonrisa en el corazón.

Mis compañeros se han puesto en cuclillas sobre las yacijas de que disponemos y mordisquean en silencio lo que todavía ha podido prepararles nuestro cocinero Gransk. Tragan, sin fijarse, lo que sea. ¡Qué más les da! Sueñan, mis lobos de compañeros. Sueñan en el silencio que desde hace bastante tiempo gravita sobre nosotros. Sueñan, y sus ojos brillantes de aflicción acumulada al correr de los días guardan una ligera movilidad que se entretiene sobre un punto de la bóveda gris sucio del sótano. Sueñan en la liberación que ya no puede tardar, en esa maldita barcaza que nos llevará por las altas olas del mar en el que nos apoyamos hace días. Sueñan mis compañeros y nos comprendemos sin que se pronuncie ni una palabra. Sus miradas enloquecidas y penetrantes brincan en el fondo de sus grandes órbitas oscuras. Sus ojos habituados a no ver más que la guerra, se fijan

tímidamente, pero con una intensidad que también experimento, en la posibilidad apenas vislumbrada.

Sueñan mis compañeros y para que la guerra no les coja en flagrante delito procuran que ello no se note. No miran a nadie. Tienen algo mejor que ver. ¿Esperanza? ¿Qué forma puede tener?

Únicamente yo los veo. Únicamente yo, porque no tengo otra cosa que mirar. He soñado demasiado. He soñado demasiado y ya no sé hacerlo. ¡Qué desgracia! Aunque todavía supiese, no me atrevería ya, porque duele demasiado cuando no se realiza nunca el sueño. Yo ya no sueño, espío a los demás. Yo libo moralmente su esperanza. La concreto neciamente, de vez en cuando. Son botas sin tacones, amontonadas en la cubierta fangosa de un barco. Botas que vomitan uniformes descoloridos y vacíos... ¡Basta! La esperanza es terrible. ¿Cómo es la esperanza de los demás? Ya no sé soñar.

Y, sin embargo, esta impaciencia que disimulan y miman como un tesoro que la vida no ha conseguido aún arrebatarse, la poseo todavía yo también. La mantengo dentro de mí mismo. La siento y la oigo gritar a través de mi silencio. Sí, gritar hasta el punto de que me invade como el ruido de las explosiones. La oigo gritar y mi vida es lastimada por ella. No me atrevo ya a pretender una esperanza cualquiera, una promesa cualquiera, me da miedo reclamar demasiado en este mundo, tengo miedo de que el menor anhelo sea considerado como una exigencia.

Tengo todavía la vida y tengo miedo de que ellos lo adviertan. Tengo miedo, sobre todo, de que me la pidan. Lo he dado todo, mis sentimientos, mi angustia, mi dolor, mi miedo, he olvidado también a Paula y para no parecer demasiado rico, hasta he olvidado que era demasiado joven. No tengo muy buena salud, pero todo es tan duro en Memel... Hay gentes a las que se pide que tengan valor con un agujero como el puño en el vientre. Hay otras que pierden su sangre en la nieve y que disparan sobre la guerra hasta que los ojos se les ponen vidriosos. Yo tengo suerte, a través de mis accesos de tos y mis escupitajos rojizos, conservo aún un poco de vida oculta dentro de mí. No cabe implorar ya a cualquiera que sea. Aunque Dios mismo me escuchara, en Memel no sería utilizado.

Entonces, miro a mis compañeros que sueñan. Saben, sin embargo, lo doloroso que puede resultar soñar aquí. Memel tiene necesidad de todo,

tanto de la esperanza como del ensueño. Los que esperan se baten mejor que los demás. Y todos estamos cansados de batirnos.

De vez en cuando, algunos gritan a través de su sopor. Es algo involuntario, no depende de quien ha gritado. Ya no es él, es su fatiga, son sus órganos los que hacen ruido a copia de retorcerse. Los hay también que gritan riéndose. Los que rezan esperan, pero muchas veces la esperanza está muerta. Entonces gritan sus rezos. De todos modos, es demasiado tarde, aunque esos rezos fuesen escuchados, Dios no se atrevería ya a aparecer. Ha abusado de la misericordia de Smellens. Smellens ha muerto esta mañana. No le importaba morir, pero quería tener antes noticias de su hermanito al que sólo había visto dos veces. Con los ojos secos, hemos observado el sendero de cascotes por el que hubiese debido aparecer el cartero militar. No nos llega ya ninguna noticia, y Smellens ha aguantado su asfixia todo el tiempo que ha podido. Aquí es demasiado tarde para el Todopoderoso.

Los días que seguirán, los primeros embarques militares tendrán lugar, efectivamente. En primer lugar las unidades más castigadas. Los heridos graves han salido antes y, desde luego, los más graves se quedan aquí. Que mueran en Memel o a bordo del barco... Les toca el turno a los heridos menos graves partir y su alegría impaciente y callada les impide pensar en la herida que el frío agrava. Los gangrenosos han olvidado su estado y no se preocupan más por las amputaciones que les esperan. Hay como un velo de confianza que se cierne de una manera imprecisa sobre Memel. Si no fuesen esos malditos aviones que nos atizan sin cesar, la vida volvería a ser vida. Los barcos hundidos por las bombas obstruyen el atraque en los pontones de embarque. Cadáveres mutilados, innobles, flotan en medio del fárrago. La Marina hace prodigios. Sin ella estaríamos perdidos. Una chalana llena ha sido tocada en plena mitad por un certero piloto mujik que ha hecho una bonita diana al primer disparo.

Es ese desescombros repugnante a lo que nos dedicamos ahora. Me abstendré de los detalles que todavía me causan náuseas al escribir. Nuestras botas están rojas de sangre. Los despojos humanos que arrojamos por la proa del barco medio sumergido han atraído a miles de peces. El olor de los cadáveres despedazados es inexpresable, y el agua que se mueve

sobre el inmundito amontonamiento humano lo atenúa de todos modos en parte.

Han aprovechado nuestras horas de descanso para encomendarnos esta tarea. El agua en la que chapoteamos nos parece caliente comparada con la temperatura exterior. Pero, a la larga, crucifica nuestros miembros cuyos movimientos se hacen lentos y torpes. El corazón oprime y enturbia la vista. Hay que resistir. Los dos barcos que se encargan cerca de aquí de las tropas que abandonan Memel nos reconfortan el ánimo. Pronto nos tocará a nosotros.

A media mañana, el cielo se despeja. El pálido sol que, sin embargo, intenta brillar sobre el desastre, nos inquieta. También el sol ha muerto para nosotros porque nos trae infaliblemente la aviación rusa.

No hemos terminado todavía nuestro sombrío trabajo cuando efectivamente surgen los cazas bombarderos rusos. No nos sorprende, pues con un tiempo así, era de prever. Claudicando sobre nuestros pies doloridos, corremos hacia posible refugios. Los verdaderos refugios de hormigón sirven de hospitales de urgencia o bien están ocupados por los heridos. Sólo quedan las ruinas o los embudos de bombas. En grupos reducidos, nos apiñamos en ellos y tratamos de no pensar más que en la próxima evasión.

Las piezas antiaéreas crepitan en todas partes. Quizá conseguirán prohibir la zona portuaria a los... No, ahí están, pasan a corta altura haciendo vibrar el aire helado. Los contemplamos frotándonos los dedos paralizados de frío. Pasan sobre la ciudad en ruinas, sobre unos hombres alineados que se doblan como la hierba empujada por el viento. Pasan sobre dos barcos de cabotaje que largan sus amarras para ofrecer menos blancos. Cinco bombas son soltadas simultáneamente por los cinco aviones que se deslizan sobre los embarcaderos. Dos caen al agua, pero estallan de todos modos y cubren a los que esperan impertérritos en los pontones de embarque. Una tercera llena de escombros la playa. Las dos últimas abren un cráter más frente a una fila que no embarcará hasta mucho después. Unos han salido despedidos. Otros se han desplomado, pero los que todavía se atreven a esperar los sostienen. No hay muchos gritos, sólo algunos heridos que se quejan sin querer.

Ahora son unos cuarenta los aviones que vuelan sobre la masa. Otros surgen de detrás los acantilados del norte. Uno de ellos ha estallado, por otra parte, en pleno vuelo. ¿Ha sido alcanzado? De todos modos, los «hurra» no llenan ya la atmósfera como antaño. Ya no grita más que la guerra. Los hombres están callados.

Los barcos de cabotaje se han apartado ligeramente. Los pacientes de la muerte persisten en quedarse en los muelles. ¡No hay que perder el sitio! Los aviones giran y observan sin duda el lugar donde sus bombas serán más eficaces.

Temblorosos de frío y aún más de desesperación, asistimos a la ronda gigantesca que va a amplificarse. Nadie piensa que todos esos soldados que esperan bajo la tormenta que ruge son unos locos al quedarse quietos sin ocultarse. Nosotros sabemos que mañana también nos aferraremos a nuestro sitio. La esperanza vale aquí una fortuna, y no cabe jugársela, cueste lo que cueste. Todos esos desgraciados han tenido lo que los tormentos les han ahorrado todavía en ese incoherente crucero.

Los aviones vuelven a estar aquí. Me tapo los ojos para no ver. La cadencia es demasiado horrible.

Pasan los días. Memel no existe ya más que en los mapas estratégicos. El frente se ha encogido. Muchos hombres han sido embarcados, no obstante. Pero quedan todavía miles. Miles que vagan silenciosamente en la bruma nocturna. Hacen una lúgubre lanzadera entre las posiciones que deben sostener todavía y la especie de tumba que recoge el aliento jadeante de un sueño mutilado. Quedan muchos y con mis ojos agrandados por el entontecimiento sigo observándolos. Vagan en medio de la sublimidad de la tragedia, en un silencio que, en mis oídos, anularía todos los ruidos de la Tierra. Vagan despojados de toda condición humana. Y yo los miro, solo, espantosamente solo, con lágrimas pesadas como el mercurio que brotan inagotables en mi fuero interno.

¿Cuánto tiempo hace que estamos aquí? ¿Cuántas vidas? Ya no lo sé. Nadie sabe nada ya y el mundo no lo sabrá nunca. Tengo la impresión de no haber nacido más que para esta prueba. Memel se ha vuelto la cima de mi vida, la última cima dominada por el velo del infinito. Después de Memel no quedará nada de nosotros. La vida que conoceré después solamente será

un par de muletas ofrecidas a un mutilado. Memel es la tumba en la que deposito mi vida, es el absoluto. El silencio que envuelve nuestros grupos tiene algo de milagroso. Permite a todos esos «muertos» que se agitan a mi alrededor tener una idea según ellos. Por muy estúpido que pueda parecer la idea que nuestra aflicción será mencionada, aun a título póstumo, nos reconfortaba antes. Hoy, esta última preocupación se ha desvanecido. Lo que pudiera decirse acerca de nuestra miseria dependería también del pobre sistema de interpretación que los hombres han creído poner a punto. El espectáculo de Memel ni siquiera es asistido por el juicio final. Se esfuma y se borra sin espectador, tan gratuito como el grandioso espectáculo del infinito. Y nosotros sufrimos la opresión en el silencio que nos ha integrado.

Hemos abandonado el sótano por la torreta de una fortificación antiaérea cuya pieza ha quedado pulverizada. En el pequeño espacio que ocupaba el retrete, he dejado mis harapos. Instintivamente, Halls ha dejado los suyos, igual que Schlessen y luego otro tipo cuyo nombre no tiene importancia. Los demás compañeros, Wiener, Lindberg, Pferham y siete u ocho más, ocupan lo que queda de la torreta propiamente dicha. Nuestro nuevo local es menos húmedo que el sótano en que estábamos, pero no es por esta causa que la hemos abandonado. Nos han metido en este bloque de hormigón porque así estamos más cerca de las posiciones que a cada momento hemos de guarnecer. El frente ha vuelto a disminuir, pues los rusos se ocupan seriamente otra vez de nosotros. Los soldados alemanes, que cierran todavía el pequeñísimo recinto de Memel, van a tener que sufrir serios ataques que pueden ser decisivos. Las posiciones que guarnecemos con frecuencia deben ser ocupadas con extrema prudencia. Soldados desesperados se han rendido algunas veces a los rusos. Por esto los rusos se han puesto sus andrajos y esperan en su lugar el relevo.

Los miserables defensores han caído muchas veces en la trampa. Más frecuentemente aún, los infelices soldados agotados han visto llegar demasiado tarde a Iván que se ha arrastrado hasta ellos. Han perecido e Iván los sustituye.

Wiener y dos individuos más han estado a punto de caer en la trampa. El veterano ha olido la jugarreta y, por lo visto, ha montado en una cólera cuya

intensidad conocemos.

—Es él quién nos ha salvado —balbucean los otros dos, señalándonos al veterano—. Les ha soltado su paquete de granadas en la cara.

Los dos muchachos hablan entrecortadamente. Son sus nervios que hablan, pues, en realidad, saben que su vida está perdida.

En cambio, Wiener, no dice nada. Ha vuelto a su mutismo y permanece postrado junto al muro del bunker que la escarcha hace brillar a trechos. Nosotros miramos a Wiener. Estamos acostumbrados a ser salvados por Wiener.

Por la noche, uno de los nuestros ha querido fumar un cigarrillo encontrado en un cadáver ruso. Lo ha encendido y ha salido a hacer una necesidad. Iván tiene buena vista. Ha percibido la lumbre del cigarrillo. El obús del cincuenta ha dado en el hormigón y la metralla ha rebotado sobre la espalda de nuestro camarada. Tampoco ha gritado.

—Iván ha vuelto a acercarse —murmura Pferham.

El día siguiente, en el frío que no cede, llegamos a una punta avanzada que debería estar en manos rusas hace tiempo. En el trayecto, hemos cruzado el único carro que todavía sobrevive, por lo menos en este sector. La historia de este carro no carece de interés. Es un viejo Mark-II. Se ha incendiado una vez y lleva numerosos impactos en los costados. Sus armas quedaron destruidas y fueron sustituidas por otras menos apropiadas. Cada día se dirige a una trinchera hecha con las ruinas de un callejón arrasado y, desde esta posición, mantiene a raya a Iván cada vez que se le ocurre infiltrarse por allí.

La infantería de los alrededores lo ha sacado en último extremo de apuros en encuentros a veces demasiado desiguales. Y las ratas, vestidas de *feldgrau*, que anidan en las ruinas contiguas tienen un respeto silencioso por este viejo armatoste que todavía presta servicios inestimables.

Hoy, su motor está estropeado y su dotación de pordioseros se atarea en el mecanismo inerte. Nosotros estamos agachados a su alrededor y miramos un instante. Uno de los mecánicos acaba de romper una herramienta y la tira afuera rabiosamente. Oímos sus quejas. Es imposible reparar el carro. Los hombres giran alrededor del monstruo que finalmente ha tomado aspectos familiares.

Dos aviones acaban de surgir sobre las ruinas más próximas. Los tanquistas se refugian en el tanque y los ametrallan con sus febriles pupilas. Pero ¡oh, estupefacción!, se trata de dos patrulleros alemanes. ¿De dónde salen? Viran al ver el carro que no lleva ya ninguna insignia. Un instante somos presa de una duda horrorosa. ¿Esos dos supervivientes nos confundirán con los rusos? Todo esto solamente dura algunos segundos. Todos hacemos grandes gestos y permanecemos bien a la vista. Los dos aviones pasan otra vez muy bajos a nuestra derecha. Hemos visto a los pilotos y hasta hemos percibido un gesto de uno de ellos. Los corazones nos laten violentamente. Probablemente vienen de una base alemana. ¡De Alemania! ¡Allí donde, quizá, todo es posible todavía...!

Nuestros semblantes grises les persiguen hasta su completa desaparición, y aún después la agudeza de nuestra mirada se los imagina.

El problema del carro sigue en pie. El paso de esos dos aviones nos ha infundido un nuevo ímpetu. Ahora estamos todos junto al tanque. Uno de nosotros propone empujarlo. La idea es loca, pero todos ponen sus manos en el metal rugoso y frío. Gritos roncos intentan acompasar el ritmo. Ponemos un real interés en sincronizar nuestros esfuerzos; somos unos treinta. Las botas rechinan y resbalan sobre la tierra helada. El tanque no se mueve. Nuestros cuerpos enflaquecidos no tienen ya fuerza alguna. Los tres tanquistas se obstinan con rabia. Es inútil, las toneladas de chatarra no se mueven. Hay más discusiones y dos hombres salen corriendo hacia la retaguardia. Estamos a punto de marcharnos cuando se oye un ruido de motor. Queda todavía un camión en Memel. Yo no lo sabía. No obstante, ahí está, llega traqueteando, haciendo un ruido enorme con su escape. Todavía no está parado cuando ya los hombres le aplican piezas de madera para proteger el radiador. Y el camión empuja al carro. Repetidas veces. Tenemos la impresión que también se va a quedar encallado. Inmediatamente, lo ayudamos. A empujones sucesivos acabamos por remover la masa inerte del carro que se levanta por detrás y vuelve a caer varias veces.

Por fin, se mueve. Contemplo uno de los rodillos que gira lentamente en la mezcla de tierra y metal de la oruga, que sigue en el suelo. Aquel se mueve y, el milagro de Memel se repite. El camión aúlla, nuestras botas

chocan entre sí y golpean el suelo como para indicarle que se quite de debajo de nuestra fortuna. El carro rueda, avanza, y nosotros pateamos sin amenguar nuestro empuje. La cabeza me da vueltas, pero aún ocurre algo por nuestra voluntad. ¿En qué consiste la alegría? ¿Cómo se experimenta? Quizá sea solamente eso. El pesado rodillo lleno de remaches gira ante mis ojos que lo devoran. Ha girado, sin duda, sobre la estepa infinita donde he desgranado mi vida. Gira también, como yo respiro. Sí, eso es la alegría... Es así de sencillo. Morirá un poco más lejos tal vez, como yo o como Halls, pero mientras tanto gira ruidosamente en la pendiente que se inicia. Me siento muy cerca de ese bloque de chatarra. En Memel la vida está todavía en todo lo que puede moverse. Yo vivo todavía...

Dos veces más iremos a la posición sin tropiezo. Iremos mañana otra vez, pero antes tendremos que vivir esta noche. Esta vez, Iván se ha despertado de veras. Toda la noche ha rugido el infierno sobre lo que queda de Memel. La tierra ha vibrado sin parar y hemos vivido una constelación de bengalas. Había una claridad como en pleno día y la intensidad luminosa de las explosiones se ha visto disminuida por ello. Nuestro abrigo se ha cuarteado por los cañonazos y, con el pecho vacío de aire, hemos visto cerca la muerte. Wollers, nuestro jefe, ha querido suicidarse. Lo hemos perseguido fuera a través del seísmo para cogerlo y llevárnoslo a nuestro panteón. En el curso de esta operación, uno de los nuestros ha muerto en el lugar del teniente. No recordamos ya quién era. Los carros rusos han llegado a la cota en un lugar al sur de nuestro pequeño campo atrincherado y los que se han encontrado en su camino han cumplido su deber antes de morir.

Luego, un fuerte bombardeo se ha abatido sobre los carros *popov* que se pavoneaban en las dunas. Venía del mar. Numerosos carros han iluminado el sur al arder. Los rusos incluso se han batido en retirada a consecuencia del bombardeo, que ha continuado, siempre procedente del mar. Hemos visto, en medio de la noche y de la niebla, los resplandores de los disparos de una artillería potente.

Por la mañana, a través de las cortinas de humo, hemos tenido la explicación de ello. Dos grandes unidades de la Marina cruzan el mar no muy lejos. Sus siluetas imprecisas son, sin embargo, visibles. ¿De dónde

nos viene esta ayuda? No hemos pensado ni por un instante en el cielo. Por lo visto se trata del *Prinz-Eugen* y de otro navío del mismo tipo. Para los que todavía se aferran a Memel es una ayuda inesperada. Los grandes navíos, con su artillería pesada, mantienen los carros a raya.

Por la mañana, pues, hemos debido de ganar la posición citada más arriba. Aplastado de fatiga, he logrado, como todos, dormir con intermitencias. De todos modos, tenemos un sueño extraño. Dormimos despiertos, con los ojos abiertos como faros apagados. No hay mucha diferencia ya entre las caras de los que han exhalado el último suspiro y las nuestras. Me he despertado y creía que no podía moverme. Mi cuerpo es como de leña seca. No me atrevo a mirarme los brazos, tan delgados son.

Tengo un fuerte dolor en el pecho. No sé a qué es debido. Me da la impresión de tener otro Memel dentro de mí. Pero no tengo más remedio que sacudirme la modorra. Los demás también ponen unas caras raras. Los miro otra vez mientras me meto en las muelas, que se me están haciendo polvo, unos trocitos de algodón que saco de los dobladillos de mi capote. Mis camaradas tienen unas pintas raras. Son grises. Parecen muertos.

Nos hemos marchado. Los rusos tiran ahora para distraerse. Un pepinazo a la derecha, un pepinazo a la izquierda. Después del temblor de tierra de esta noche, eso no es serio. Nos acercamos y el caos de las primeras líneas es indescriptible. Hemos de escalar baches o protuberancias de cinco y seis metros. Dios mío, la cabeza me da vueltas. ¡Ya no tengo la fuerza de un chiquillo!

Allá lejos, también, hay humo sobre el campo de Iván. Tengo la impresión de que la Kriegsmarine ha hecho muchos blancos esta noche. Hemos encontrado individuos que se hielan de frío, en posición detrás de sus trabucos. Nos han mirado con su fea pinta de muerto como si la culpa fuese nuestra. Continuamos sin decir palabra. La educación, el alma de los mal educados, no vale ya ni un penique por aquí. Todo está muerto. Únicamente el valor sigue cotizándose y además tiene que ser importante.

Ahí está ese maldito hoyo, a ciento cincuenta metros. Veo su cresta y las cajas vacías de municiones que allanan una parte de la zanja devastada. Habrá que helarse en ella otra vez durante unas horas interminables. Tal vez

reventar dentro. ¿Qué más da, al fin y al cabo? También hace frío en nuestro bunker sin techo. Además, me tiene todo sin cuidado. ¡Todavía vivo!

¿Qué le pasa a ese anciano de Wiener? Se encalla. ¿Por qué se ha parado? No hay nada que comprender. Me alegro, esto me conviene, pues estoy muy fatigado. Pero ¿por qué dispara ahora? Wiener acaba, efectivamente, de apoyar su «MG» en el guijarral. Ni siquiera ha abierto las patas delanteras de su juguete. Barre la cresta de nuestro hoyo a ráfagas breves y secas. Sin reflexionar, cada uno de nosotros busca un refugio. Halls está a mi lado. No me atrevo a mirarlo. Ha envejecido demasiado pronto, tiene cincuenta años.

—Vamos a ver —murmura entre sus dientes cariados.

El veterano ha lanzado una granada cerca del hoyo. ¡Qué tipo, el veterano! Es increíble. Si son nuestros los que están dentro deberían berrear.

Los *popov* que han ocupado nuestra posición callan. Si intentan engañarnos dando voces, los reconoceremos enseguida. La verdad es que, ese Wiener... Y he aquí que nos disparan. Es todo lo que se les ocurre contestar.

—*Schweinhund!* —vocifera Wiener—. Partida de imbéciles.

¡Qué tipo este Wiener! Debería ser general. Hasta debería ser el Führer. Es él nuestro Führer, sólo tenemos confianza en él. ¡*Heil*, Führer nuestro!

Hasta arreean de firme esos condenados mujiks. Como para no movernos. Y lo más inquietante es el ruido de motor que se oye no lejos. Los *popov* disponen de uno o dos carros detrás de la cresta. Van a dirigir el tiro contra nosotros.

Wiener hace sin duda las mismas deducciones. Se desliza con precaución arrastrando su arma. Un camarada acaba de cascar a la izquierda.

—¡Atrás, muchachos! —grita Halls.

Es tan peligroso como avanzar. ¿En quién podría pensar para darme valor? ¿En mi madre? ¿Acaso tengo una madre? ¿Alguien me ha traído al mundo para hacerme ver esto? ¿En Paula? ¿Qué aspecto tiene mi copia de amor en mi universo? ¿En mi piel? ¿Qué aspecto tiene mi piel? Se parece a la de Halls y a este no me atrevo a mirarlo. Es idiota tener valor para

nada... ¡Sí, todavía queda Wiener, el veterano Wiener, nuestro Führer! Vale la pena morir por él.

Hemos abandonado a Hans. Tenía la cadera destrozada. Bajo el fuego de los rusos no nos era posible hacer más. Le hemos dicho adiós. Puesto que supo vivir en Memel, sabrá morir. No nos preocupamos.

Hemos alcanzado el cráter de una bomba donde están emplazadas nuestras dos ametralladoras. Como esperábamos, los rusos bombardean la zanja y los alrededores con la artillería de los carros que habíamos supuesto. En el norte como en el sur, la máquina de guerra reanuda su actividad. Los rusos bajan ahora a la zanja. Es terrible verlo. Hace falta haber pasado por lo que hemos pasado para no morir de miedo. Wiener no dispara, nos mira y nosotros lo miramos solicitando su consejo como en una plegaria. Nos mira y en su cara terrible se ha pintado la inmensidad del desastre.

—¡Marchaos! —grita bruscamente con una voz que domina el huracán
—. ¡Marchaos, pronto!

Hemos recogido ya nuestros trastos y nos precipitamos al fondo del hoyo. Hacemos una pausa y miramos a Wiener.

—¡Ven! —grita Pferham.

—Cállate, pastor. Lárgate también.

Pferham tiene un deber en esta tierra. Porfía.

—Vamos, marchaos... No os preocupéis por mí, estoy harto de batirme en retirada.

—¡Wiener!

—No hay sitio para mí en el mundo de después. ¿No os dais cuenta?

El veterano abre fuego, tira como un frenético contra los *popov* que se deslizan en la zanja. Pferham vuelve a llamarlo, pero el bombardeo apaga su voz. Abandonamos el terreno que tiembla y se desmorona bajo nuestras botas. Esa condenada posición alejada no podía ser mantenida. ¡Misericordia! ¿Por qué Wiener se ha negado a seguirnos?

Cinco minutos más tarde estamos metidos en las posiciones de los morteros y de defensa anticarro. A unos quinientos metros al este, en el sitio que acabamos de dejar, una espesa nube de humo se eleva. El diluvio de la guerra continúa volcándose y, desde el parapeto que se estremece como la

batayola de un buque en medio de un ciclón, estrechamos en nuestras manos temblorosas nuestras armas santificadas.

El fuego de los navíos de guerra alivia nuestra situación. Sin la Marina, nuestros últimos baluartes habrían sido desbordados. Nadie puede abandonar su puesto mientras no cese el peligro. A través de los estallidos de los proyectiles espaciados que siguen lloviendo, los gemidos de los heridos se elevan como una lamentación interminable. Tanta tragedia rebasa el entendimiento, y cada uno se queda solo, despojado de todo sentimiento, de todo juicio. Quizá ni siquiera tengamos ocasión de tomarnos algunas horas de descanso antes de nuestro fin. Los hombres que esperaban junto a los embarcaderos han sido rechazados hacia los puntos de defensa. No ha sido fácil. Pero se les ha hecho comprender que si el frente era roto, no habrá más embarque para nadie. Entonces, con una rabia desgarradora, han mantenido despierta la fuerza que les quedaba y han impedido a Iván destruir su calvario.

Memel sigue resistiendo. Memel, que no es ya más que un islote de valor extraño de una aflicción infinita. Memel resiste y resucita a sus muertos para sobrevivir un momento más. Ya no vienen barcos. ¿Nos habrán abandonado? Esta última razón, ¿se ha esfumado también? ¿Es, por fin, el indulto?

No, la noche siguiente se acerca un barco como un fantasma. Muchos moribundos corren hacia el mar. Se pelean para estar más cerca. Ninguna orden puede contenerlos. Los oficiales se hallan en igual estado. Aquí ya no se lucha a toques de silbato. Se lucha porque no es posible hacer otra cosa. Pero el barco no ha venido en busca de hombres. ¡Ha venido a buscar provisiones! Sí, por lo visto, tenemos recursos para resistir tres meses más. Como vamos a ser evacuados «enseguida», este aprovisionamiento tendría que ser destruido. Más al sur, hay centenares de miles de refugiados que mueren de hambre y de frío. «Dadnos vuestra harina». La siniestra horda de hombres que se ha agolpado junto a los muelles, escucha las palabras de ese oficial de Marina que habla a través de un megáfono. Los hombres no comprenden, de momento. Escuchan la voz de ese hombre que parece venir de otro mundo, de ese hombre que, gracias a su movilidad flotante, todavía puede discernir lo peor de lo menor. Se enteran de una manera difusa que

todavía pueden, con su miseria, socorrer algo más al sur. Una sola palabra da vueltas en sus mentes como un carrusel fantástico: ¡Incesantemente! ¡Incesantemente! ¡Incesantemente! El barco carga nuestro excedente y se lleva también a algunos heridos. Incesantemente... Incesantemente... Incesantemente... La horda permanece inmóvil. Un mutismo tan inmenso como la noche la envuelve.

Nuestro grupo descabalado ha sido enviado al norte del recinto. Exactamente a la playa dominada por unos acantilados. En la parte alta de esos acantilados resisten todavía los nuestros, en unos bunkers desfondados que, en realidad, estaban destinados a disparar hacia el mar y no hacia el interior. No obstante, en varios sitios los rusos han alcanzado esos puntos elevados, y si todavía no han podido llevar a ellos fuerzas poderosas, han diseminado hábiles tiradores mujiks que mantienen bajo su fuego la playa rocosa por la que nosotros nos arrastramos.

Los puestos alemanes que resisten, a su vez, en esas alturas, son otras tantas pequeñas fortificaciones cercadas que permanecen no se sabe por qué milagro. Aquí ya no se trata de la División *Gross Deutschland* ni de tales o cuáles unidades especializadas. Como ya he dicho, todo lo que en Memel todavía se mueve, vive, y todo lo que vive debe ser utilizado.

Un oficial con el uniforme hecho jirones pasa junto a nosotros y nos lleva a ese lugar donde son de temer penetraciones por la espalda. Aunque la posición sea muy peligrosa, lo es menos que la primera línea propiamente dicha. Los carros no pueden deslizarse por aquí, a menos que alcanzaran las alturas que nos dominan donde todavía se ejerce la débil defensa que he mencionado más arriba. Utilizamos como refugio los nichos cavados por los paisanos refugiados aquí en espera de la liberación por el mar.

Los contactos son casi constantes. Iván desciende a lo largo de la costa y nos sacude desde las alturas. De vez en cuando, emplea morteros. El suelo arenoso queda entonces revuelto como por un rastrillo y hemos de desenterrar a los camaradas muertos o vivos. Por contra, los proyectiles pierden efectividad en este suelo blando. Iván se divierte, pero no nos deja ningún respiro. Si nuestras mentes no estuviesen vacías, estallarían de desesperación.

Si el frío nos abruma también, la Naturaleza nos ha enviado de todos modos un aliado, la niebla densa que se estanca día y noche sobre nuestro purgatorio. De vez en cuando, los rusos también son batidos por la espalda. Entonces, Iván tiene miedo a su vez. Confía más en su artillería y en sus blindados que van a aplastar de una vez para siempre ese cementerio de Memel donde hasta los muertos parecen oponerle resistencia. Iván se infiltra con precaución y cuando nos cree al alcance de su voz, nos insulta. Lo escuchamos con Halls, medio dormidos. Habla de nuestras mujeres y de nuestras madres que ellos se ofrecerán en todo momento. Dicen que nos arrancarán las partes. A veces también cantan.

Halls y yo tenemos el dedo puesto en el gatillo, pues muy a menudo eso lo hacen para distraer nuestra atención. Ironizan:

—*Ai mayo druguy Germanski, kak sabachi ch'oletl Ya tibai scayu spaciba uyudna mamenchka.*

Después, cuentan:

—Atención, soldado alemán, vas a morir. Atención. *Rase dva tri...*

Y sueltan una ráfaga.

Nosotros escuchamos, silenciosos como antenas destinadas a captar todas las ignominias de la Tierra.

Por la noche han llegado dos barcos. Con peligro de su propia existencia, un tropel de soldados harapientos corre para subir a bordo. Nosotros estábamos demasiado lejos para largarnos del puesto y embarcar. Con náuseas en la garganta, hemos evaluado nuestro aislamiento que se apretaba más, impotentes, un poco más mortificados. Los infelices que han logrado conseguir huir, debilitan aún más la defensa. Ya nada podrá detener ahora a Iván. Cuando irrumpa, será una abominable caza de ratas lo que se producirá. La lenta pesadilla gira pesadamente en nuestras mentes y nos agita un temblor que no se calma.

Halls ha levantado el arma hacia su cabeza. Yo lo he mirado sin duda con tanto dolor que no ha llevado a cabo su propósito. Entonces, se ha puesto de bruceas hundiendo la cara en la tierra.

El día siguiente, la niebla sigue cubriéndonos. El frente está silencioso. Quizás Iván se prepara.

Halls y Schlessner se han arrastrado hacia el agua, hacia un coche destrozado que el oleaje azota de vez en cuando. Me he reunido con ellos con infinitas precauciones.

Halls habla en voz baja.

—Ayúdanos, Sajer. Necesitamos esos neumáticos —murmura—. Hay tres en buen estado todavía.

—¿Para hacer salvavidas?

—O una balsa. Ten cuidado, no hay herramientas, usa tu bayoneta. Haz como nosotros, pero ten cuidado.

Un resplandor ha cruzado mi mente enferma: sí, una balsa. Flotaremos quizá mucho tiempo, pero tal vez..., sí, puede que sea nuestra última oportunidad. No tenemos ninguna herramienta. Hay que quitar los neumáticos de las ruedas sin desmontarlas. Con gestos temblorosos de angustia, iniciamos ese difícil trabajo. Necesitamos las cámaras de aire hinchadas, si no, todo está perdido. Pferham también se reúne con nosotros.

—¡Estáis locos! —comenta—. Aunque logréis quitar las cámaras, reventarán. Las cubiertas retienen su presión.

Es verdad. Hace tiempo que habíamos perdido la cabeza. Para nosotros, la idea de evasión no puede ser abandonada. Dirigimos una mirada feroz a Pferham reprochándole su objetividad.

—¡Entonces, sacad las ruedas! —gruñe Halls—. ¡Las ruedas enteras!

—No hay ninguna seguridad de que floten —dice Pferham.

—¡Cállate ya! —rabia Halls—. Vete con tu Dios. Tengo más confianza en estas ruedas.

Pferham se calla. Con la punta de su bayoneta, trata, igual que nosotros, de destornillar las tuercas. Necesitaremos lo menos dos horas para efectuar ese trabajo. Además, ha habido que excavar la arena bajo la rueda delantera derecha, que tiene las tuercas contra el suelo, pues el coche está volcado de costado.

Además, la danza macabra ha vuelto a empezar sobre Memel. Morteros pesados han iniciado probablemente la labor de aniquilamiento. El suelo tiembla hasta nosotros. Es probable que los rusos hayan cercado una buena parte de lo que queda de la ciudad. No nos atrevemos a pensar en lo que ocurre allá. Concentramos toda nuestra atención en el absurdo trabajo que

hemos emprendido. Dos veces, además, hemos de dejarlo para meternos en nuestros refugios. Los rusos se infiltran un poco por todas partes y reptan en la bruma. En nuestro refugio, Halls y yo no hacemos más que uno. Por octava o novena vez, hemos disparado sobre siluetas asiáticas, prácticamente a quemarropa.

Por la noche, la ciudad entera parece un volcán. Los órganos de Stalin aúllan sin cesar, volcando al azar un temporal despiadado. Nuestros nervios descompuestos ya no reaccionan. Todo es difuminado y luminoso a la vez. Ahora somos siete u ocho que estamos juntando cintos y tablas sobre las tres ruedas que probablemente nunca flotarán. Siete u ocho que probablemente van a matarse entre ellos dentro de poco, pues es evidente que la balsa no podrá llevarnos a todos.

Ya está lista. Schlessen y Pferham la empujan hacia el agua. Los seguimos todos, como lobos a los que se les va a escapar una parte de la caza.

—Esperad, voy a probar —dice Pferham.

Damos otro paso adelante. Pferham nos mira. Sabe que si se aleja demasiado nos lo cargaremos. Nuestras siluetas vacilantes se han inmovilizado sobre el fondo deslumbrador de los relámpagos que inmolan Memel. Nuestras miradas, que ninguna tragedia podía describir, siguen el deslizamiento del esquife que cabecea, prácticamente sumergido, sobre el agua glauca, confundido con la noche y la niebla.

Pferham intenta mantener un equilibrio que tiende a negar toda noción de física. Sin duda, implora ayuda desde el fondo de su corazón. El agua llega a la cintura del pastor. La salvación se abisma ante la compasión de nuestras miradas. Y Pferham piensa, probablemente, que si ha habido épocas en que se han registrado milagros, quizá puedan repetirse en estas horas fatídicas. El universo de fuego que nos encierra clama su victoria.

Pferham ha vuelto solo a la costa sacrificada donde esperábamos. Tirita y se tambalea bajo la carga de agua que se desliza como lágrimas entre los dobleces de su capote sucio. Después se ha desplomado entre nosotros y le hemos arrastrado hasta nuestros hoyos.

La noche cae lentamente, violada continuamente por el resplandor de la enorme hoguera. La playa, sobre la cual nuestra demencia mantiene

nuestras pupilas dilatadas, es rosada o anaranjada según la intensidad del infierno. Un muchacho, casi un chiquillo, procedente de los grupos de la *Volkssturm*, ha sucumbido de desesperación. Su cadáver sigue apretujado en medio de nuestro grupo que ya no le distingue de los que todavía viven. Otro se ha levantado y ha salido, como hipnotizado por el fuego que nos alumbra al sur. Camina despacio hacia Memel y su subconsciente, que seguramente no funciona bien, aligera sus pasos. Lo vemos alejarse y desaparecer, confundido con el claroscuro irreal.

Los rusos podrían sorprendernos sin que nadie intentase interceptarlos. Los rostros despavoridos de los últimos combatientes del Este permanecen fijos, fascinados por el Apocalipsis de Memel. Luego despunta el día, el fuego es amarillo claro, casi blanco sobre las ruinas de la ciudad. Ninguna orden, ninguna coordenada nos llega. Nos quedamos allí, inmóviles, inconscientes, perdidos en la más espantosa de las soledades.

Hacia la mitad de la jornada, Wollers, nuestro jefe, nos dice que se va a Memel. Entonces, sin que esto sea una orden, nos levantamos y lo seguimos. A medio camino, nos hemos derrumbado. Nuestras fuerzas han desaparecido y el kilómetro recorrido nos ha aplastado.

Se lucha todavía no muy lejos, en el este. ¿Cómo es posible que los nuestros no estén todos muertos? Un denso nubarrón negro, rojizo en su base, flota inmóvil sobre todo el horizonte. Allá, hacia el sur, en el embarcadero, chisporrotea igualmente el fuego. ¿Queda todavía alguien en esos parajes? Nos quedamos aquí, postrados y silenciosos, con los ojos fijos en la inmensidad de la catástrofe. Pasan las horas, pasa el tiempo, nuestras vidas se agotan y nuestros ojos tienen una fijeza extraña. Nadie ha pensado en abrir las pocas latas de conservas descabaladas que tenemos. La comida no nos tienta. Sabe a Memel, y es demasiado amarga.

Y la noche vuelve a cubrir nuestro grupo petrificado. Nuestro grupo que se pierde, nuestro grupo de color de polvo que parece haber cerrado el ciclo de nuestra encarnación. La niebla se extiende lentamente como una mortaja, se desfleca sobre el fuego de Memel y se estanca sobre el mar.

Un grupo lento y encorvado pasa, como irreal, a diez metros de nosotros. Supervivientes que vagan por el pequeño espacio de la nada, que

una caridad avara y borrosa nos concede todavía. ¿Serán tal vez rusos? ¿O tal vez un sueño?

No podría decir cuánto tiempo estuvimos allí. Cuántas horas. Quizás otro día y otra noche pasaron sobre nosotros. El fin de Memel no se calcula ya de una manera humana. Nadie ha podido nunca precisar la duración de una pesadilla.

Esto no tendría, por otra parte, más que una importancia relativa. Hay cosas que se salen de nuestras escalas acostumbradas.

Para mí, Memel es una de ellas, y aún hoy necesito los testimonios de otros hombres para persuadirme de que todo esto no tiene algo de una gran dolencia llamada locura. Para sacar a luz lo que he contado, he necesitado abrir una puerta condenada sobre un pasado cuyo horror me hace temblar todavía. He necesitado hurgar en la oscuridad de esta tumba para transponerlo en estas líneas. He debido volver a sufrir, pues incluso el recuerdo es doloroso. Era necesario. La tumba de Memel a la que nadie ha ido nunca a recogerse, recibirá mi relato como flores humildes y discretas.

No apelo a la Humanidad ni clamo venganza. Para Memel sería demasiado tarde en todo. Estas líneas aparte, permanezco callado por haber perdido el sentido del discernimiento. He aprendido también, en mi soledad, que no existe una fuerza más inmutable que la del perdón.

Ahora bien, en un momento determinado de nuestro calvario, percibimos ruidos procedentes del mar. Todo lo que venía del mar volvía a fustigar nuestra existencia. Nos levantamos y escuchamos con toda nuestra alma. Se oía un ruido sordo y suave como el de un motor a marcha lenta. Apenas audible. Y luego, unas llamadas. Llamadas difusas que permanecían indistintas. Nos acercamos al agua y ni siquiera notamos su contacto. Unas voces gritaban en la bruma opaca. Entre dos explosiones, percibíamos palabras.

—*Hier Windau! Hier Windau!*

Se trataba de Windau, una ciudad más al norte. Un barco, con todas las luces apagadas, buscaba su rumbo en la oscuridad. La voz porfiaba, probablemente a través de un megáfono. Nuestro temblor arreció. «Windau». Entonces, con lo que nos restaba de fuerzas, gritamos, gritamos:

—*Hilfe! Hilfe!*

Como locos furiosos nos metimos en el agua sin parar mientes en nada. Su contacto nos resucitó por un momento. Seguíamos gritando. El agua nos llegaba al pecho. Nos tambaleábamos y nuestra voz era inhumana. Algunos caían, se hundían un instante y reaparecían, sin dejar de gritar. Pronto el agua nos llegó al mentón. Pensamos en desnudarnos para nadar. La silueta imprecisa de un barco surgió de la niebla. Gritamos hasta lacerarnos la garganta. El barco rascaba la arena y parecía no moverse.

Medio ahogados, continuamos hacia la salvación que por fin se manifestaba. Nadando, saltando, hundiéndonos y resucitando, llegamos al costado del barco. En la imprecisión de la hora, vi unos hombres que se asomaban a la borda, unos marineros que lanzaban cuerdas y redes. Nos hablaban y nos hacían preguntas a las que nadie respondía. Los atormentados se aferraban a todo cuanto se les tendía, a todo lo que era un asidero. Jadeaban e imploraban. Un agujero rodeado de remaches vio mis dedos incrustarse en su orificio. Dedos muertos de frío que se agarraron como zarpas que solamente un aplastamiento hubiese podido destruir. Los atormentados se atropellaban y se empujaban para cogerse a un cabo o a una red. Había un tumulto indescriptible.

El frío del agua comenzaba a anularme la voluntad. Rígido de sufrimientos, mantenía mi presa y luchaba contra el desfallecimiento. Un paquete de cigarrillos vacío acababa de salirse de un bolsillo y flotaba a cincuenta centímetros de mí. Yo lo miraba para fijar mi atención que sentía que se me extraviaba. Se iba haciendo flojo.

Todo se hacía indoloro y apenas sentí los brazos que me izaron a bordo. Me dejaron en cubierta junto a mis camaradas aniquilados. Ya no constituíamos más que una masa informe y chorreante, como una bayeta de la cual no se ha escurrido el agua. A través de nuestro coma, vimos circular vasos de té hirviendo que ingerimos con peligro de nuestros órganos. Mi mirada inerte y enturbiada permanecía fija en la costa prusiana en llamas.

No recuerdo muy bien lo que ocurrió después. No comprendo cómo no nos morimos de frío en la cubierta de aquel pequeño barco de cabotaje. Tal vez los marineros cuidaron de darnos fricciones. No lo sé... Una cosa solamente permanece todavía en mi mente: el ruido de la guerra procedente de la costa que dominaba el del barco y el del mar.

Más tarde, el buque atracará en Pillau donde desembarcaremos. Sobre nuestras piernas vacilantes llegaremos, entre una nube de refugiados, a un puesto de socorro donde se preocuparán un poco de nuestro estado físico. En los alrededores, fuera, bajo un cobertizo sin muros, hay muchos heridos, tumbados o sentados. Una agitación febril reina en el pequeño puerto. La urgencia está en todas partes. Si la guerra no ha llegado aún a estos parajes, se la presiente de una manera inminente. En el nordeste, de todos modos, su fragor es audible.

Capítulo XVIII

Permanecemos unos días en Pillau. Unos veinte, tal vez. Hemos sido declarados inútiles para subir a la línea, porque todos estamos más o menos heridos y en un estado que requiere imprescindiblemente los cuidados de un sanatorio.

Nuestros cerebros licuados ya no controlan muy bien lo que nos sucede o más bien lo que se nos exige. Si no estamos en condiciones de ser expuestos al fuego, tampoco lo estamos para quedar exentos de servicio. El sobrecogedor espectáculo de los incontables refugiados que han invadido Pillau, no permite a quien tenga todavía cuatro miembros quedarse a la expectativa.

Rápidamente, con unos heridos más consecuentes que nosotros, hemos sido aspirados por la benemérita organización de socorros que intenta, a costa de inimaginables proezas, acudir en ayuda de la población civil que espera en este callejón sin salida. Todas esas gentes acaban de sufrir el más espantoso de los éxodos, y el horror de ciertos espectáculos se lee todavía en sus semblantes demacrados. Hay también la nube de heridos, de soldados procedentes de Koenigsberg y de Kranz. Están tumbados por todas partes, con frecuencia al aire libre, en el frío que todavía aprieta en este principio de enero de 1945, y que a veces abrevia sus padecimientos. Todavía llegan buques a Pillau. Embarcan paisanos en las tres cuartas partes de su capacidad, y el resto en heridos. Se hace una selección entre la gente doliente que se aferra a esa postrer esperanza. Los heridos graves, aquellos para quienes las posibilidades de sobrevivir son contadas y que si no mueren no serán más que unos grandes mutilados, se acabó todo. Para ellos no hay embarque. Los que todavía representan una forma posible de vida obtienen por fin la salvación flotante que, con un poco de suerte, los

devolverá al oeste, a unos lugares que nuestras mentes crédulas vislumbran todavía bajo los auspicios de una cierta quietud.

Por cada mil personas embarcadas, surgen otras tres mil procedentes del este que engrosan más la masa quejumbrosa que confía en nuestra ayuda. Si la guerra llega a estos lugares, el infierno de Memel se repetirá y quizá será multiplicado. Hay aquí mucha más gente y el número aumenta sin cesar. Acuden también fugitivos del sur. Han cruzado el Frische Haff en todo lo que han podido encontrar que flotase. Vienen de Heiligenbeil, de Pomehrendorf, de Elbing y hasta de Preussich Holland. Les han dicho que en Pillau tenían posibilidades de ser embarcados.

Interrogamos a algunos de esos desgraciados que, generalmente, han perdido uno o dos miembros de su familia. Por ellos, por su voz jadeante, nos enteramos de cosas que parecen las que hemos conocido en Memel. Nos enteramos asimismo de que la huida hacia Dantzig está cortada. Los rusos han llegado al Haff por varios sitios. Por esto comprendemos que en muchos puntos, los horrores de Memel se repiten y que nuestro caso, que creíamos particular, es impuesto a casi todas las ciudades costeras prusianas.

En equilibrio sobre nuestras piernas vacilantes, dejamos vagar nuestra mirada desengañada por la imponente marea de martirizados que ondula lentamente hacia los socorros que les han prometido. Pese a todos los esfuerzos prodigados, queda claro que la décima parte de lo que esperan esos infelices costará ser realizada. Si las plegarias tuviesen un auditorio, sería posible que el cielo se entreabriese para socorrer tanta miseria. No sucede nada y, tan sólo de vez en cuando, en el colmo de la desesperación, el dolor se adormece como en la cara bañada en lágrimas de ese niño que se ha sumido en un sueño pasajero.

El invierno hace su auténtica aparición y el termómetro desciende inexorablemente a veinte grados bajo cero. Por todo cuanto acabo de explicar, por esa multitud hambrienta que espera, este descenso de la temperatura agrava más la situación. La hecatombe se acerca rápidamente.

Delante del gran edificio lleno a rebosar del que se escapa el olor de una sopa de caldo cocinada apresuradamente en una docena de grandes recipientes para la colada, se extiende una multitud hasta perderse de vista.

Apretados unos contra otros, hombres y mujeres forman una masa compacta que patalea cadenciosamente para no helarse. El martilleo de sus pisadas parece un sombrío redoble de tambor. Los niños ofrecen un espectáculo desgarrador. Muchos se han extraviado en el tumulto y, cansados de llamar a sus madres, se anegan en un diluvio de lágrimas que nada puede consolar. Me refiero, desde luego, a los pequeñines, a los que ninguna explicación, ni la más fútil, convence. Sus caras bañadas en lágrimas que enseguida se hielan, permanecerán en mi recuerdo como la más patética imagen del drama. Nos esforzamos en reagruparlos en el interior, junto a las marmitas, para procurarles un poco de calor. Intentamos hacerles preguntas acerca de su identidad a fin de difundirlas por altavoz. Sólo obtenemos de ellos gritos estridentes y torrentes de lágrimas.

Más lejos, en una pequeña elevación, una gran cruz metálica cubierta de escarcha centellea como la hoja de una espada clavada en el seno de la catástrofe. En torno de ese símbolo, otra parte de la compacta masa patea igualmente escuchando los rezos y los estímulos de un sacerdote. El frío se hace tan punzante que el Frische Haff queda helado. Esto presenta más dificultades aún a los barcos que persisten, sin embargo, en atracar en Pillau.

El Frische Haff está helado y, pese a las consecuencias criminales que engendra una vez más el frío, la situación será utilizada. Sobre el hielo del Haff, se efectuará la más inverosímil de las marchas. Centenares de miles de personas ganarán la estrecha faja de tierra del Nehrung, Kahlberg y luego Dantzig. También las habrá procedentes de la bolsa de Heiligenbeil. Sufrirán además de privaciones de todas clases, ataques de los cazas bombarderos soviéticos que intentan cortar la vía de salvación soltando rosarios de bombas destinadas a romper el hielo. Sus esfuerzos se verán coronados por el éxito en muchos casos. Carretas, vehículos de todas clases desaparecerán muy a menudo en grietas que una delgada capa de hielo ha cubierto entretanto, ocultando así la trampa a los infelices.

Nada detendrá, sin embargo, el reflujo, dispuesto a afrontar las peores adversidades. Por este camino providencial, una gran parte de los refugiados abandonará Pillau. Ya es hora de que lo hagan así, pues los rusos

actúan otra vez en este sector. Su aviación sobrevuela casi diariamente Pillau, y la defensa de Koenigsberg parece ser que ha remitido.

El trabajo en Pillau se hace menos intenso, por lo que se piensa en evacuar lo que no es absolutamente indispensable. De Koenigsberg a Pillau hay poco más de veinte kilómetros. El Frente de Kranz ha retrocedido también. No tardaremos, probablemente, en intervenir. Formamos parte de una reserva deficiente, pero de la que se puede esperar algo. Esta reserva está constituida sobre todo por supervivientes de unidades desbaratadas o aniquiladas. Nadie sabe ya dónde se encuentra lo que queda de la *Gross Deutschland*, y nosotros seguimos aquí, con nuestras insignias visibles aún en la manga de la guerrera raída y descolorida. Todavía están a mi lado algunos conocidos. Principalmente el teniente Wollers, que lleva un sucio vendaje en la mano derecha de la que le faltan dos dedos. Después, Pferham, nuestro pastor desengañado; Schiesser; Lindberg, que ha sobrevivido a su miedo, y nuestro cantinero Grandsk, que hace tiempo abandonó sus marmitas para coger una ametralladora.

También está mi amigo Halls que nunca podrá olvidar, y estoy yo, que consagraré el resto de la vida al testimonio. Hay siete u ocho más cuyos nombres ignoro y que forman con nosotros el resto de la División *Gross Deutschland* en estos parajes. ¿Estará nuestra división definitivamente borrada de las listas? No, un oficial nos llama. Incluso nos hace formar una fila miserable y nos hace poner firmes. Nuestros ojos, que han visto ya tantas cosas, observan a ese *hauptmann* que, a pesar de su cara macilenta, ha conservado un alto sentido de las virtudes disciplinarias.

Esa orden, que antes solía molestarnos, nos llega casi como un bálsamo. Es tranquilizante. Es una forma de conversación que se dirige a los vivos. A los que todavía son visiblemente dignos de vida. No analizamos mucho tiempo, pues para nosotros, habituados a no considerar más que lo inmediato, es una forma de interés. Ese capitán nos habla y a través de su voz, que pretende ser firme y reglamentaria, se trasluce la intensa emoción de la pesada carga que nos incumbe a todos, oficiales, soldados, hombres, mujeres y niños. La hora de las jactancias y de las medidas vejatorias gratuitas ha sido superada de tal manera que no puede adoptarse ya ninguna

actitud incompatible con la urgencia del momento. Aquí, un hombre habla a un hombre, y no es posible hurtarse a la situación.

No obstante, ese hombre, que lleva los vestigios de un uniforme de oficial, todavía intenta organizar algo en medio del cataclismo que ha barrido a todo un pueblo, a través de la más deprimente de las retiradas; ese hombre, que sabe que todo está perdido, todavía intenta salvaguardar el instante presente. Nos indica que debemos replegarnos, que también debemos cruzar el hielo del Frische Haff, que debemos llegar a Dantzig donde se encuentran aún importantes elementos de nuestra división. Intenta, con un tono que no es perentorio, explicarnos que nuestro deber existe todavía en el seno de una organización cualquiera que debe de estar situada donde él nos indica. No es para evitarnos lo peor que nos da esas órdenes. Lo peor se encuentra ahora en todas partes y la escapatoria no está, a decir verdad, en ninguna parte. Se ha ido hacia otros hombres y nosotros saludamos con retraso.

Entonces nuestro pequeño grupo se pone en marcha. En la plataforma helada de varios kilómetros de anchura, un viento fuerte barre la nieve del espejo. A lo lejos, el ruido del mar nos trae su dulce ronroneo. Detrás, persiste el fondo sonoro de la guerra.

Por la noche, llegamos al Frische Nehrung y a su primer bunker antiaéreo que asoma apenas de las altas hierbas dobladas bajo la nieve. Para colmo, hago una estúpida caída que me lastima un pie. El Nehrung tiene unos sesenta kilómetros. ¡Los haré! ¿Qué importa? Hace tiempo que sé que el cielo no está conmigo.

Una escoba me servirá de muleta. Tantos hombres han sufrido y han muerto en esta pista, que mi leve lastimadura me parece indecorosa. Avanzamos despacio. Un hueco de barcaza desfondada albergará nuestro descanso algunas horas. No estamos, por lo demás, solos en ella. Unos paisanos tiritando se han refugiado ya allí y gimen intentando dormir. Hundo la cara en el hombro de Halls y a pesar de la incomodidad, procuro no pensar en nada.

No llegaremos a Kahlberg hasta el día siguiente por la mañana. La pequeña ciudad hormiguea de refugiados que claman su hambre. Seres de rostros enloquecidos devoran la harina que les han distribuido por todo

alimento. Los botes de leche condensada sólo son entregados a los niños. Para no caer de inanición, deberemos hacer una cola interminable para recibir, cada uno, dos puñados de harina y un vaso de agua caliente en la que hace infusión una cantidad ínfima de té.

Nuestra marcha abrumadora sigue entre las cohortes lastimeras de refugiados que agonizan ante la adversidad. Por dos veces, los aviones soviéticos picarán sobre este convoy de misericordia y lo regarán con proyectiles destinados a destruir tanques. Cada impacto despedaza a la masa en largos surcos innobles y el viento trae un momento el olor tibio de los cadáveres destrozados. Los niños, sobre todo, me dan miedo. No existe nada a escala de su comprensión. No saben si se trata de aviación enemiga. No saben si se trata de frío y de hambre. Todo es un sufrimiento y cada paso que deben dar es una trampa. El cielo puede hacerlos sufrir, la tierra les hace daño, las casas no son más que montículos oscuros y fríos que se derrumban. Sus manos están doloridas y sus pies les hacen apretar los labios sin cesar. Entonces, están perdidos. Perdidos en un miedo constante que justifica un mundo de horror donde nada puede disimular un instante su pobre debilidad. Entonces, miran a su alrededor sin que parezca que ven. Sus ojos llameantes se fijan en sus manos tumefactas que no querrían tener, en las personas que los rodean y que no deberían existir, en la hierba helada que se estremece bajo la acción del viento y que ya no volverán a tener por amiga para jugar.

Tengo miedo por esos niños que sufren el castigo antes de haber cometido el pecado, por esos niños que usarán la palabra existencia como sinónimo de venganza. No puedo, desgraciadamente, hacer más que asistir al espantoso *via crucis*. No puedo nada ante tanta miseria, ni siquiera mi vida serviría de nada. No soy el Cristo Redentor y, sin embargo, acababa de encontrar una razón esencial de morir.

Tres días después de haber cruzado el hielo del Frische Haff llegamos, por fin, a Dantzig. Aquí, salvo los cientos de miles de refugiados que ofrecen un espectáculo suficientemente trágico, todo está en calma. La guerra nos ahorra su estrépito, pues está más lejos, en el sur. No muy lejos, de todos modos, aunque siguen soportándose los frecuentes ataques aéreos que infaliblemente hacen blanco en el centro de la ciudad superpoblada.

Dantzig se ha convertido en el final de trayecto del éxodo prusiano, y si bien multitudes enteras permanecen al aire libre día y noche, socorros importantes y organizados logran, a pesar de todo, cauterizar parte de la herida. La evacuación hacia el oeste sigue siendo posible todavía por ferrocarril y el gran tráfico marítimo se verifica sobre todo en el puerto de la ciudad. Ahí es donde esperamos, sentados en el suelo, en medio de una muchedumbre de harapientos.

Wollers espera desde hace dos horas bajo la cristalera sin cristales de un centro de reagrupamiento que debe informarnos acerca de nuestra reincorporación. Mi tobillo hinchado se apoya dolorosamente en las arrugas encallecidas de la bota y no tengo ninguna prisa en moverme.

Un gran barco ha entrado en Neufahrwasser y la multitud se ha encaminado hacia el embarcadero. El barco no ha echado aún sus amarras, y toda esa gente tendrá que esperar todavía muchas horas antes de vérselas soltar. Es verdad que, también en Dantzig, nada se cuenta ya en tiempo, cada objetivo es perseguido con terquedad aunque cueste un máximo de paciencia, de aguante, de sufrimientos.

Los niños siguen ahí con sus caritas desfiguradas por la emoción. Continúan mirando y odiando sin comprender, sin buscar una explicación. El sueño los sobrecoge de vez en cuando y duermen donde están, sin que cese su turbación. Yo, inmóvil en mi fatiga y en mi soledad, procuro no ver más que las aves marinas que revolotean sobre Neufahrwasser y que parecen pertenecer a otro mundo.

Hace dos días que permanecemos aquí en espera de informaciones. Nos turnamos bajo la cristalera. Una corriente de aire, que escarcha el interior como el exterior, sacude el conjunto metálico del que se desprenden trozos de vidrio.

Para no quedarse helado, hay que dar vueltas sobre sí mismo, hacer gestos, moverse como sea. Como tengo mucha dificultad en andar, mis compañeros me han confiado este puesto mientras ellos dan paseos obligatorios entre el barullo del puerto. Por fin una información, negativa desde luego, llega hasta nosotros. No hay *Gross Deutschland* en Dantzig. ¡Tal vez en Gotenhafen! Gotenhafen está a unos cuantos kilómetros al

norte, a orillas de la bahía. Nada, en suma, si mi pie no me negara el menor servicio.

Ayudado por Halls y por mi escoba muleta, he atravesado, sin embargo, buena parte de la ciudad. Por el camino hemos encontrado a la Providencia. Desde una casa, unos paisanos que nos veían cojear, han venido a nuestro encuentro. En aquella casa hacía calor y me pareció que por fin el paraíso nos abría las puertas. El interior estaba atestado de gente, refugiados procedentes del este, y sobre todo, niños silenciosos que apreciaban como un juguete maravilloso el banco adosado al muro donde estaban sentados en grupo.

Había agua en aquella casa y nuestros favorecedores nos propusieron que nos aseáramos. Wollers sabía que los soldados no tenían derecho a disfrutar de los privilegios reservados a los paisanos en éxodo. Su vendaje no era más que putrefacción y su cuerpo estaba tan cansado que no habría podido rechazar aquel ofrecimiento. Hasta yo tuve la oportunidad de sumergir mi tobillo hinchado en un barreño de agua caliente. Aquellas buenas personas insistieron para que nos quedáramos a descansar hasta el día siguiente, y por la noche, una comida consistente cayó en nuestras tarteras como un maná celestial.

Pasamos la noche en la tibieza del sótano. Desgraciadamente, la falta de costumbre de aquel *confort* no nos permitió saborear enteramente la dulzura del momento. Una agitación incontrolada nos sacudía de vez en cuando, como si un sistema de alarma hubiese sido puesto en estado de vigilia dentro de nuestras cabezas. La fatiga, a la que no habíamos dejado demasiado tiempo para manifestarse, se precisó durante aquel reposo desacostumbrado. Lindberg estuvo mucho rato temblando. Halls se sentía perdido si dormía acostado. Por esto se pasó la noche apoyado en la pared, gimiendo de vez en cuando. En cuanto a mí, el malestar me recorría desde la raíz del pelo a los talones. Parecía seguir el ritmo de mi respiración.

¿No estaríamos en condiciones de vivir normalmente? Era muy probable. Una cosa, sin embargo, me fue en extremo favorable. Los tres baños calientes que había tenido ocasión de dar a mi pie lastimado, me quitaron el dolor en muy poco rato. ¿Sería que nuestros cuerpos privados de todo aceptaban con fervor los cuidados más elementales? Allí, heridos

graves mantenían el aliento todavía con un vasito de *schnaps* y una promesa. ¡Y pensar que hoy una simple gripe derrumba a un hombre fuerte varios días! ¿Quiénes éramos entonces nosotros para poder vivir así? No es que piense ni por un instante en el superhombre, ni mucho menos. No éramos, desgraciadamente, más que hombres en el sentido más imperativo de la palabra. Y los que nos juzgan hoy según su blandura no pueden siquiera pretender a ese calificativo. ¡No! Yo sé bien lo que digo. El aburrimiento de la paz y del ocio está hoy demasiado extendido a mi alrededor para que pueda dudarlo ni un segundo. Si la guerra es necesaria a los hombres para hacerles apreciar la paz, ¿para qué sirve la educación a la que demasiadas cosas están dedicadas actualmente? Y mi última esperanza, que intento reconstituir con tanta buena voluntad, amenaza esfumarse.

Por la mañana, nos dispusimos a despedirnos de nuestros bienhechores. Ellos nos dijeron que sus últimas reservas estaban agotadas y que iban a tener que pensar en abandonar Dantzig para huir hacia el oeste mientras fuese posible aún.

Con el día, que despunta tarde, aparecen los primeros cazas bombarderos y atacan el puerto. Nos despedimos de nuestros favorecedores bajo el fragor de las bombas y el ladrido de la «Flak». Reanudamos el camino hacia Gotenhafen. Lo recorre también una columna de paisanos en éxodo que se apresuran en esa dirección, pues Dantzig ya no es suficiente para su salvaguardia. Otros avanzarán más arriba. Borearán la bahía de Dantzig e irán a parar a Hela, otro puerto situado frente a Gotenhafen, cuyo tráfico es casi tan importante como el de Dantzig.

Gotenhafen, casi un mes antes de su destrucción. Los siniestrados desembocan allí muchas veces y son encaminados hacia otras pequeñas localidades en el interior del país. Otros lo cruzan y continúan, siempre a pie, otra etapa de su calvario. Hela será su próximo alto. Hela está a unos cincuenta kilómetros.

Interrogamos a los grupos militares que encontramos. Nadie sabe nada, nadie ha visto a nuestra unidad. Se nos aconseja que vayamos al centro de reagrupamiento. Acudimos a él, pero vacilamos en hacer preguntas por la forma como parecen estar desbordados aquí los burócratas por los acontecimientos. Circula un rumor entre la masa de refugiados. Se trata de

que ha sido echado a pique un gran transporte hace algunos días, cuando hacía rumbo al oeste, con miles de paisanos contentos de partir para lugares más seguros. Seguramente fue torpedeado por un submarino. Imaginamos sin dificultad el desarrollo del horrendo drama, en la noche oscura y helada.

La noticia de este naufragio que ningún comunicado oficial menciona, pero que de todos modos se ha infiltrado entre la masa alarmada, aterra a esas gentes que habían depositado su última esperanza en la vía marítima. La noticia, que no se quería divulgar, corre de boca en boca. Creo que se trataba de un gran buque llamado *Wilhelm-Gustloff*.

Seguimos sin obtener información sobre nuestra unidad. Finalmente hemos sido reincorporados a un batallón de fortificaciones que construye, con el concurso de ayudas civiles, una línea de defensa al oeste de Zoppot.

Nos adentramos, pues, en el país unos buenos treinta kilómetros. No tengo idea de donde están las posiciones del enemigo, pero me parece que le volvemos la espalda. Los cañones de las piezas antiaéreas y anticarro que emplazamos están vueltos hacia el sudoeste, es decir en la única dirección posible de repliegue. No comprendo nada, pero no me importa. No es la primera vez que otros piensan por nosotros.

Aparte la cohorte quejumbrosa de paisanos alarmados que ocupan en gran número la más pequeña de las granjas, todo es mucho más fácil aquí. Los granjeros prusianos insisten en enfrentarse con la disciplina cívica que les es reclamada, pero una arruga de preocupación surca sus frentes. El futuro es sombrío y el milagro que debía salvarles ayer, se hace excesivamente confuso. Entonces, a pesar de las órdenes de no sumirse en la desesperación y el pánico, a pesar del esfuerzo para seguir jugando a la vida normal en la avalancha del éxodo, despacio y subrepticamente, se liquidan los bienes antes que perderlos. Se sacrifica el ganado numeroso para subvenir a las necesidades urgentes y justificadas. La gente hace bien, pues poco después los animales morirán a centenares sobre la tierra helada.

Por esto, a pesar del trabajo que es rudo, a pesar de las vigilias y de las patrullas incesantes, recuperamos un poco nuestras fuerzas gracias a una comida que ya no se nos restringe. La carne nos sienta estupendamente y nuestra miseria física la absorbe con tanta avidez que, como en la guerra, todo es utilizado con determinación.

Hasta Grandsk ha vuelto a encontrar su empleo. Con unos paisanos voluntarios, trabaja en una enorme cocina que ocupa todo un cobertizo. Dos vehículos van y vienen entre nuestras posiciones y Zoppot, Gotenhafen o Dantzig. Las municiones del frente que se organiza aquí, se distribuyen así por pequeños cargamentos. Con excepción de algunos ataques aéreos, todo es de una calma impresionante e incompatible con la gravedad de la hora en este final de guerra, en este principio del año 1945. Hasta el frío se calma y no nos atrevemos ya a mirar al cielo que nos aporta una clemencia tan indecente. Pasamos aquí largas horas en una actividad que, con toda seguridad, provocaría reivindicaciones sindicales en nuestros días, pero que ahora nos parecen una diversión.

Después, un día, quizás a fines de febrero, una organización que creíamos disuelta nos invita a regresar a Gotenhafen. Nuestro grupo *Gross Deutschland* ha reunido algunos elementos que van a ser embarcados para el oeste. Decididamente, todo va cada vez mejor. Nos separamos del batallón que nos ha utilizado y nos despedimos de los amigos que habíamos adquirido. Grandsk abandona a regañadientes la cocina que había organizado tan bien. Esta ruptura va a salvarnos de una terrible adversidad que dejará al desgraciado batallón prácticamente diezmado. ¿Seré un ingrato de abrumar tan a menudo al cielo? Por una vez que nos favorece...

Por el oeste han surgido los carros rusos. El huracán de fuego ha soplado con una violencia inaudita sobre las posiciones que por fortuna habíamos habilitado atinadamente. Los nuestros han resistido el golpe, pero no tardarán en ser barridos. Los rusos han sufrido, al parecer, pérdidas espantosas. También sabemos que eso les importa poco.

Desde Gotenhafen, donde permanecemos esperando órdenes, el aullido de la guerra nos llega más fuerte. Infiltraciones rusas se han acercado hasta diez o doce kilómetros de la ciudad, y combates demenciales se entablan entre nuestras tropas en retirada. A través de la lluvia de obuses que los diezma, los paisanos atrincherados en el campo refluyen clamando compasión hacia la ciudad. Desde el mar, grandes buques de guerra alemanes emplean su potencia artillera contra las puntas avanzadas soviéticas. La tierra tiembla y se estremece. Los cristales que todavía se sostenían caen por todas partes al ritmo de la batalla.

Estamos ocupados en encauzar ordenadamente a los paisanos despavoridos que embarcan para Hela. Las tropas en retirada llegan ya a Gotenhafen, lo cual significa que ya no se puede contar con nuestra barrera. Un pánico frenético se apodera otra vez de la ciudad, y los paisanos que afluyen hacia el puerto acaban de paralizar el orden que se mantenía solamente con increíbles dificultades. Aunque tenemos los papeles en regla para ser evacuados, somos atrapados una vez más para ir a los alrededores de Zoppot a fin de taponar una brecha.

Abandonamos, pues, por un momento Gotenhafen donde el marasmo alcanza unas proporciones delirantes. Con la boca seca y rabia en el corazón, nos encaminamos en unos coches civiles que corren a tumba abierta hacia nuestro nuevo Gólgota. Por las ventanillas, que mantenemos cerradas, pues el frío sigue punzante, observamos el cielo, donde las jaurías aéreas de cazas bombarderos evolucionan como avispa enfurecida.

En Bróssel nos vemos obligados a abandonar los vehículos para echar cuerpo a tierra entre los escombros. El burgo resuena en todas partes, el Universo crepita y estalla. Los soviéticos atacan con cohetes y bombas todo lo que se mueve. Los aviones pasan tan bajos que casi se distingue la risa burlona de los pilotos. En el arremolinado, volvemos a nuestros cacharros y arrancamos de nuevo en tromba. La calzada está obstruida por los escombros y hemos de despejarla repetidas veces. Debemos igualmente evitar los embudos donde nuestros taxis desaparecerían a buen seguro. Después de una carrera agitada, nos abandonan con nuestros pesados *panzerfaust* en los alrededores de un pueblecito. El trueno retumba a diez minutos al sur. ¡Es aquí!

Salimos al trote hacia un seto sin hojas donde vemos un sidecar. Fuimos a informarnos. Demasiado tarde, por lo demás, pues los dos ocupantes del vehículo se hicieron rociar. Uno de ellos, el conductor, está desplomado sobre el manillar, con la espalda empapada de una masa sanguinolenta. El otro parece dormir, pero está muerto. Las explosiones se producen cada vez más cerca. Nunca hubiésemos creído a los rusos tan próximos. ¿Dónde están los nuestros?

Helos aquí. Después de haber trepado por un sendero empinado, desembocamos en un terreno bastante llano, limitado, a doscientos metros,

por una línea de horizonte más elevada. Estelas de humo aparecen y desaparecen en el gris del cielo.

Tenemos que ir allá arriba a toda costa, cuando llevamos en el bolsillo el pasaporte para el oeste. Sé con qué maldición abruma a la Humanidad los rostros herméticos de mis compañeros.

Estamos como atraídos por el maleficio de la situación y terminamos nuestra marcha dando unos saltos de carpa que ningún método de cultura física aconseja.

Tres semiorugas alemanes, resucitados de no sé qué unidad, oponen sus piezas de «DCA» a unos veinte carros soviéticos inmóviles en la campiña parda y blanca. Unos soldados de infantería embarrados se incrustan en pequeños hoyos cavados a toda prisa y apuntan diversas armas anticarro hacia los monstruos que se mantienen a distancia. Apenas hemos tomado sitio cuando llega otra descarga. El fuego y una densa columna de humo y de polvo rompen sobre las posiciones de donde se elevan lamentos. Los semiorugas, más a resguardo, disparan a su vez y ya no puede oírse ni una palabra.

Los carros rusos permanecen inmóviles y vuelven a tirar. Algunos de ellos están paralizados de una manera definitiva, y el humo que escapa de sus entrañas se mezcla con el que proviene de nuestro campo y que un viento generoso empuja hacia el asaltante.

Después se produce la inhumana orden que nos arroja hacia delante. Como los carros no vienen a nuestro *panzerfaust*, somos nosotros los que hemos de ir a su encuentro.

A saltos, milagrosamente, recorreremos algunos metros bajo las ráfagas de ametralladora que despedazan a unos cuantos de mis valerosos compañeros.

El miedo alcanza un diapasón grandioso. La orina se desliza por nuestros pantalones, pues la tensión es tan grande que la idea de controlarnos no se nos ocurre. Seguimos acercándonos. Tras cada asalto, nos arañamos la cara con nuestros convulsos dedos. Los carros no van acompañados y su miopía les hace torpes en el tiro. Uno de ellos arde a sesenta metros del hoyo que ocupamos seis de nosotros. Algunos se mueven y mis ojos se quedan desorbitados ante la muerte tan próxima que

estamos provocando. Tres carros avanzan. Si toman el altozano donde estamos refugiados, dentro de un minuto la guerra habrá terminado para nosotros.

Veo los tres carros. Veo también un rótulo metálico en lo alto del altozano, veo asimismo la ojiva de mi primer *panzerfaust* y mi mano rígida de miedo se crispa en el disparador. Los carros vienen hacia nosotros. La tierra que tengo a lo largo de mi cuerpo me transmite sus vibraciones al mismo tiempo que mis nervios tensos hasta romperse emiten un silbido que me llena los oídos. Comprendo una vez más que se puede usar la vida en algunos segundos. Veo asimismo los resplandores amarillos que centellean en su delantera amenazadora y luego todo desaparece en el relámpago fulgurante que acabo de soltar y que me quema la cara.

Mi cerebro se ha inmovilizado y me parece como si fuese de la misma materia que el casco. Junto a mí otros relámpagos me han lastimado las pupilas que mantengo desmesuradamente abiertas. Sin embargo, no se puede ver nada. Todo es luminoso y confuso a la vez. Luego se inicia el resplandor de una hoguera en segundo término. El carro no ha podido resistir los tres proyectiles de carga hueca que le hemos lanzado con una cierta precisión. Nuestras manos febriles se aferran todavía al tubo lanzador, cuando a la izquierda de la hoguera surge un segundo monstruo. Percibimos el ruido del tercero que salva el altozano al otro lado de nuestra posición. El monstruo ha acelerado y sólo está ya a treinta metros, cuando por fin me apodero de mi último *panzerfaust*. Un camarada ha disparado ya y yo he quedado deslumbrado. Aguzando la mirada, puedo ver una profusión de cantos rodados embarrados que desfilan a cinco o seis metros de mí con un ruido sordo. Un grito inhumano brota de nuestras gargantas sin que podamos reprimirlo.

El monstruo nos rebasa y se aleja en medio del estruendo de la batalla. Desaparece, por fin, en un volcán que lo levanta del suelo y se envuelve en una densa humareda. Nuestros ojos extraviados buscan todavía algo más, pero lo que nos rodea sólo es fuego. Los carros no aparecen y nuestra demencia furiosa nos impele a salir del refugio. Avanzamos hacia el fuego que nos tortura las pupilas. El fragor de los carros disminuye. Los rusos han despegado ante la terquedad que el diablo parece habernos insuflado.

Después, deshechos, nos derrumbamos en la tierra fría cuyo contacto nos parece suave.

Los tres tanques que se habían lanzado al asalto están destruidos. Otros dos se quedan igualmente en el terreno y recuperamos a dos heridos rusos. Los T-34 han preferido no exponerse más a nuestra bronca desesperación. Volverán en mayor número, acompañados, apoyados, sin duda, por la artillería y la aviación, y nuestra loca tenacidad nada podrá hacerle.

Seguimos combatiendo y aunque la desaparición de las fuerzas en presencia no nos deja ninguna esperanza, nuestro combate ya no es vano, puesto que permite a una multitud de paisanos escapar todavía a la esclavitud.

Por la noche, otros elementos se han unido a nosotros. Sin descanso, hemos restablecido nuestras posiciones y hemos dispuesto un campo de minas que un aprovisionamiento ha traído a Dantzig. Las minas contribuyen en gran manera a nuestra defensa. Desgraciadamente, sólo son eficaces una vez. Los rusos se pillarán otra vez los dedos en ellas, a menos que revuelvan el terreno con un bombardeo intensivo.

Desde hace tres días, Iván ha lanzado más de veinte ataques en dirección a la bahía para cortar Dantzig de Gotenhafen. Pferham ha sido herido gravemente y hemos tenido que retroceder otra vez nuestro sistema de defensa. Esta vez tenemos el apoyo de la artillería naval que nos presta unos servicios inestimables. Si los rusos no dispusieran de unos contingentes tan importantes y de un material inagotable, se verían probablemente obligados a abandonar la partida.

El resto de nuestras fuerzas está concentrado en un pequeño espacio y ruge de una forma singular. Los rusos emplean la aviación, y es sobre todo esta arma la que acabará con nuestra defensa. En el horizonte, la más pequeña casucha ha sido arrasada. Esos lugares, donde todavía seis meses atrás debía de reinar un cierto bienestar, una dulzura de vivir, conocen ahora el Apocalipsis. Ningún traslado puede efectuarse ya durante el día. El cielo pertenece continuamente a la aviación rusa, y a pesar del intenso fuego que le prodigan nuestras baterías, cada vez vuelve más numerosa. Nuestra dolorosa defensa, por lo demás, se debilitará, pues ya se inicia la evacuación de tropas.

Somos de los primeros en volver a Gotenhafen, donde implacables combates se libran ya en los barrios extremos de la ciudad.

En algunos días, el aspecto de esta se ha modificado. Hay ruinas por doquier y un furioso olor a gas y a quemado llena la atmósfera. La gran calle que conduce en línea recta a los embarcaderos ya no tiene forma. Las ruinas de los edificios que la bordeaban se han derrumbado hasta su mitad y obstruyen el paso.

Emprendemos el trabajo de desescombro para permitir a los camiones abarrotados de paisanos que se dirijan lo más rápidamente posible al puerto. Cada cinco o diez minutos aparecen aviones, y prácticamente nos vemos obligados a no movernos del sitio. La calle es machacada y calcinada veinte o treinta veces al día. Hace falta haber conocido Bielgorod o Memel para no pegarse un tiro en la cabeza. Los muertos y los heridos son incontables. Se hace raro encontrar a alguien realmente sano y fuerte.

Caballos desbocados, que el aprovisionamiento debe de haber perdonado, arrastran, dando coces, unos trineos espantosos cargados de cadáveres envueltos en telas de lona y hasta en papel. Hay que desescombrar y enterrar a una velocidad acompasada al ametrallamiento de los 11-2.

Seres agotados permanecen inconscientes e inmóviles sobre montones de ruinas, ofreciendo blancos magníficos a los aviadores rusos. Y, para rematar el conjunto, el horizonte al oeste y al sudoeste es rojo y negro. Combates se han empeñado calle por calle ya en los arrabales de la ciudad. Miles y miles de paisanos esperan todavía en el puerto y sus alrededores y la artillería pesada bolchevique envía de vez en cuando, proyectiles hasta los muelles.

En medio de la precipitación general nos llegan noticias verdaderas o falsas. Los rusos han sido rechazados hacia el oeste. Una división alemana llega detrás de los rojos para liberarnos. Los soviéticos han llegado al mar entre Gotenhafen y Dantzig. Creemos más esta última noticia. Si la bolsa de resistencia ha sido cortada en dos, su aniquilamiento va a empezar.

Buscamos un poco de reposo en un sótano donde un médico asiste un parto. El local es abovedado y está parcialmente alumbrado por unas lámparas improvisadas, y si bien la venida al mundo de un niño debe de ser

una cosa gozosa en general, aquí aumenta lo trágico de la situación. Los gemidos de la madre carecen de sentido en este mundo de alaridos, y el bebé que da vagidos parece lamentar ya su venida a este mundo. Una vez más, hay sangre, como en la calle, como sobre la tierra en la que tanto hemos sufrido, y mi apreciación de la existencia sigue cayendo en barrena hacia el abismo cuyo fondo vislumbro. ¡Putita vida! Entonces, todo no es más que sangre, sufrimiento y gemidos...

Poco tiempo después, hemos vuelto a la hoguera. Hemos echado una postrer mirada al recién nacido cuyos gritos tintineaban como un cristal frágil entre los rugidos que sacudían el sótano. ¡Que muera pronto, antes de cumplir veinte años! Veinte años es la edad ingrata. Es muy duro abandonar la vida en el momento que se tienen tantas ganas de verla florecer.

Hemos ayudado a personas ancianas, que otras más jóvenes habían abandonado a los soviéticos. En la noche iluminada por los resplandores de la guerra, hemos cumplido una vez más con nuestro deber. Hemos sostenido y transportado a ancianos hasta el puerto donde un barco les esperaba. Desgraciadamente, los aviones han pasado y, guiándose por los incendios que asolan los lados del camino, han vuelto a soltar la muerte sobre nuestra abnegación.

Han matado a unos quince ancianos. Nosotros hemos intentado arrastrarlos en nuestras estiradas sucesivas, pero los infelices no han podido seguirnos. No importa. Hemos salvado a bastantes. Con mis compañeros, los hemos prácticamente izado en un barco de pesca. Hemos ayudado a colocarlos en medio de la muchedumbre y, entretanto, el barco ha soltado sus amarras para huir de un ataque aéreo.

El barco se aleja y nosotros estamos a bordo. Wollers ha corrido hacia popa por ver si la escalerilla había sido retirada. Después ha vuelto a nuestro pequeño grupo pisoteando a los fugitivos que cubrían la superficie de la cubierta. Nos ha mirado y ha querido decir algo. Juntos hemos contemplado Gotenhafen en llamas.

—¿Tenéis todavía vuestras fichas de embarque? —se inquietó bruscamente.

Aparecieron las tarjetas dobladas y sucias.

—Antes habríamos perdido la cabeza que esto —murmuró Grandsk.

El agua se desliza suavemente a menos de un metro de la borda. El barco amenaza zozobrar si su cargamento humano se reparte mal. No se mueve ni un dedo. Cada uno se niega a aceptar la evidencia. Hemos huido una vez más de los rusos y de su furia.

Capítulo XIX

Antes del amanecer, llegamos a Hela sin tropiezo. Hemos encontrado numerosos barcos que navegaban como fantasmas, con todas las luces apagadas. Van hacia Hela, o bien, en sentido contrario, hacia Gotenhafen y Dantzig donde numerosos paisanos esperan todavía la liberación. Hela, que yo tenía por una gran ciudad, no es de hecho más que una aldea con un puerto de segunda importancia. Los barcos, muy numerosos, fondean sobre todo en la rada, y pequeñas embarcaciones les aportan sin cesar el flete humano con destino al oeste. A través de la oscuridad y del frío que aprieta aún, una fiebre intensa reina en el último trampolín de salvación que es Hela.

Apenas hemos puesto pie en tierra, el servicio de la gendarmería de campaña que subsiste aún, nos ha hecho formar a un lado. Nos miramos con inquietud. La suerte que nos ha traído aquí, ¿no irá a derretirse como nieve al sol, y no nos reembarrarán para Dantzig o Gotenhafen? Los gendarmes nos vuelven la espalda y canalizan a los macilentos paisanos. De todos modos, tenemos los papeles en regla, pero ¿era ese el barco que debíamos tomar? Además, las órdenes pueden convertirse en contraórdenes de un segundo a otro. Los minutos que pasan no nos indican nada acerca de nuestro futuro.

Despunta el día al mismo tiempo que una fatiga acumulada durante meses nos hace tiritar. Ahora distinguimos las numerosas siluetas de los barcos anclados alrededor de la península. También hay numerosos navíos de guerra. No hemos terminado nuestra observación cuando suenan las señales de alarma. Un murmullo envuelve a la densa multitud. Todavía hay ojos que se atreven a mirar al cielo.

—¡Sin miedo! —ladran los gendarmes—. Nuestra defensa antiaérea los mantendrá a raya.

Nosotros sabemos, sin embargo, qué significa eso. Los refugios están abarrotados de heridos y cada uno ha de buscarse un refugio natural. Si las bombas caen aquí, tendremos otra vez una gran carnicería.

Corremos hacia un viejo pontón varado cuyas viguetas embadurnadas de alquitrán pueden parar algunos golpes. No hemos llegado aún al refugio, cuando a nuestro alrededor estalla el crepitar masivo de una «DCA» que la guerra todavía no me había permitido oír. Proviene de las defensas costeras y sobre todo de los buques de guerra que hemos entrevisto. Los cascos de metralla, al caer, pueden también causar bastantes estropicios.

Al este, el cielo está moteado de millares de pequeños copos negros. Las explosiones son tan densas que no nos permiten oír la llegada de los aviones. Finalmente, vemos tres que vuelan bastante bajo, paralelamente al puerto, pero son perseguidos por los gránulos negros que forman las explosiones de los proyectiles de la *Flak*. Se oye un estampido al sur, sobre el mar. Un avión debe de haber sido alcanzado. Los gendarmes no habían exagerado nada. Ni un solo *popov* sobrevuela Hela. Una sensación de seguridad nos invade. Por fin los rusos son tenidos en jaque.

A todo esto, los gendarmes comprueban nuestras tarjetas.

—Presentaos aquí mismo el... de marzo —declara un suboficial—, para ser embarcados. Mientras tanto, iréis a trabajar al norte de Hela. Nos largamos sin hacer más preguntas.

—Pero ¿a qué día estamos? —balbucea Halls.

—Esperad —dice Wollers—. Mi agenda tiene calendario.

Lo busca y no lo encuentra.

—De todos modos, no adelantaremos nada.

—Pero hay que saberlo —porfía Halls—. Me gustaría mucho que pudiésemos saber cuánto tiempo tendremos que esperar aún.

Finalmente nos enteramos de que estamos en domingo, el 28 o 29 de marzo quizás, y que nos quedan dos días de espera. Los dos últimos días de la campaña *Ost Front* en la que hemos agotado nuestra existencia.

Los pasaremos entre una multitud de refugiados ansiosos que acampan al raso en esta estrecha faja de tierra que es la península de Hela.

Tendremos todavía derecho a dos ataques aéreos en los que los rusos fracasarán en su siniestro proyecto. La última víctima que podré ver será un

caballo blanco sucio.

Un avión ruso ha sido tocado mar adentro. Ha venido a desintegrarse encima de nosotros y el morro del aparato, cuyo motor acelerado emitía un prolongado maullido, ha picado hacia el suelo. Hemos seguido su caída con los ojos. El ruido ha inquietado al animal, que ha erguido el cuello. Ha relinchado y ha salido al galope hacia el sitio donde había de estrellarse el amasijo de chatarra zumbante. Lo he visto abatirse sobre la bestia cuya carne ha revoloteado a quince metros de nosotros.

La noche del primero de abril, con un tiempo de perros, hemos puesto pie en un gran barco blanco. Ha debido de servir, en tiempos, para cruceros de gentes ricas. Pese a la inquietud que reina, pese al incontable gentío que se hacina en el barco, pese a las camillas con los heridos que agonizan, mis ojos se llenan de todas las bellas cosas apenas empañadas que encierra el hermoso buque. Me parece ver los escaparates de las tiendas que mi padre me llevaba a admirar las vísperas de Navidad. No me atrevo a alegrarme, pues sé que eso suele terminar mal.

Con las luces apagadas y por el mar encrespado, nuestra arca se hunde en la noche. Hemos percibido, un poco antes, el fragor y los resplandores que llenan el cielo al otro lado de la bahía de Dantzig. Allí, en el infierno, hay camaradas que luchan y sucumben. No nos atrevemos a creer en nuestro privilegio, y nos sentimos avergonzados. Así pasamos más de dos días. ¡Vamos hacia el Oeste! Es increíble. Hacia el Oeste que tanto hemos anhelado, allí donde no puedo imaginar que haya guerra. Nos enteramos de que navegamos a bordo del *Pretoria* y, aunque no tengamos derecho más que a un pequeñísimo espacio en la cubierta azotada por el viento y la lluvia, la dulzura del momento nos hace olvidar el beber y el comer.

Un torpedo podría, desde luego, echarnos a pique, pero no pensamos en ello. Un navío de guerra nos escolta, por lo demás. Todo anda muy bien.

Llegamos a Dinamarca, donde muchas cosas que teníamos olvidadas se ofrecen a nuestras miradas, principalmente pastelerías que devoramos con los ojos olvidando nuestras sucias caras de «boches» roídas por la miseria. Apenas notamos la mirada despreciativa que nos dirigen los tenderos que no pueden comprender. Nosotros no tenemos dinero y lo que hay aquí no

es, precisamente, gratuito. Por un momento hemos soñado con utilizar nuestros subfusiles.

Halls no ha sabido resistir. Ha tendido sus manazas que parecen leña seca, y ha pedido limosna. El tendero ha hecho como que no lo veía, pero Halls ha insistido. Entonces, finalmente, el hombre ha depositado en la mano inmunda un pastel endurecido. Halls ha hecho cuatro partes y hemos saboreado una sustancia que nos era desconocida. Hemos dado las gracias intentando sonreír. En nuestras caras macilentas y nuestras bocas de dientes cariados, la sonrisa debe de haber sido un rictus. El hombre, sin duda, ha creído que nos burlábamos de él. Ha girado los talones y ha desaparecido en su trastienda. Ignoraba que, desde hacía mucho tiempo, no se nos había presentado la ocasión de reír y que íbamos a necesitar algún tiempo para aprender de nuevo a hacerlo.

En un buque suntuoso hemos vuelto a Kiel. Aquí, hemos encontrado un ambiente que nos era más familiar. No hay pastelerías ni ocasiones de sonreír. Hay ruinas y una precipitación bastante alarmante. Rápidamente hemos sido reincorporados a un batallón improvisado. Halls ha hecho una pregunta con miras a un permiso para ir a su casa en Dortmund. Un soldado cincuentón le ha puesto una mano en el hombro y le ha dicho que con un poco de valor y de suerte, si lograba infiltrarse entre las líneas americanas e inglesas, quizá podría hacerlo.

La estupefacción y la tristeza se han pintado en el semblante de mi pobre amigo...

¡Las líneas americanas e inglesas!

En el Oeste que tantas veces nos hemos imaginado, en el Oeste donde ahora nos hallamos, la más deprimente de las noticias se abate sobre nosotros descomedidamente y nos lacera el alma. Estamos aterrados. El Oeste, el paraíso que anhelábamos tímidamente en nuestros hoyos helados de Memel, del Dnieper, o del Don, el Oeste, el Oeste casi quimérico que significaba nuestra única razón de sobrevivir, no es más que una pequeña campiña erizada de construcciones bastante densas. Una campiña cuyo silencio rompe el roncar de los aviones y por la que unos seres aterrorizados corren y se arrastran. Es también tres camiones grises sucios que transportan a toda velocidad un batallón reducido de soldados *grüingrau*

hacia otra cita con la muerte. Es, en fin, el lugar donde mis últimas ilusiones se desmoronan y se derrumban en una consternación inhumana.

El Oeste es la otra parte de la tenaza que se cierra sobre nuestra miseria. Es varios ejércitos que se precipitan sobre nuestros brazos exhaustos. Varios ejércitos, uno de los cuales es francés. Mi emoción es indecible. Francia, la Francia que nunca me ha abandonado en mis pensamientos, la dulce, la demasiado dulce Francia ha abusado de mi ingenuidad. La Francia que creía estaba a nuestro lado. La Francia que yo quería tanto, desde los graben de la estepa, como las gentes que hablaban de revolución en los reservados de los cafés parisienses.

Francia, por la que yo aceptaba en realidad la mayor parte de mis esfuerzos. Francia, a la que tanto hice amar y apreciar a mis camaradas de guerra. ¿Qué ha pasado, pues, que no se nos ha podido explicar?

Francia se revuelve contra mí cuando yo esperaba su ayuda. Quizá tendré que disparar contra mis otros hermanos franceses. Sé que me será imposible, tan imposible como dispararle a Halls y hasta a Lindberg.

¿Qué ha pasado? ¿Qué nos han ocultado? ¡No entiendo nada! ¡No sé nada! Mi mente se niega a comprender. La esperanza, que el Oeste había hecho renacer en todos nosotros, se desvanece.

Tendremos que batirnos otra vez. ¿Contra quién? ¿Contra qué? Sabemos que ya no nos queda coraje, que ya nada nos estimula a esperar en nada. Los angloamericanos ya pueden cantar victoria, pues no hay oposición al imponente material de guerra que han fabricado para nada. No hay victoria contra unos muertos de todo.

Jovenzuelos, chiquillos todavía, tendrán en jaque fuertes contingentes aliados, pero ello no justificará nunca su aplastante despliegue de superioridad. Los millares de aviones, pertrechados para el más épico de los combates, intentarán a toda costa utilizar su armamento perfeccionado. Triturarán carreteras con su metralla, volverán a machacar ruinas, perseguirán ganado asustado y buscarán en vano un enemigo disuelto. Algunos elementos jóvenes que reciben el bautismo del fuego les ofrecerán, a ratos, la justificación de sus armas. Es demasiado tarde para las verdaderas victorias. Las que son delicadamente homologables.

Hemos llegado a las orillas del Elba y estamos tumbados en la hierba junto a una estrecha carretera que conduce a Lauenburg. El Ejército inglés anda por los parajes y hemos de intentar algo.

Un veterano engulle lo que un suministro fortuito ha depositado aún en nuestras tarteras. Halls está un poco más allá, con la mirada extraviada en unas deducciones inextricables. El viejo no parece muy deprimido. Murmura unas palabras apenas comprensibles dirigiéndose a mí.

¿Qué querrá decir? Sé que la guerra que termina para un soldado vencido suele concretarse en un agujerito parduzco en la cabeza o el pecho.

—¡No, hombre! —prosigue el viejo—. Nos harán prisioneros, vas a ver. No tiene gracia, pero vale más que las bombas y el hambre. Vas a verlo. Ellos no son mujiks, no son malos, ya verás.

Pasa la noche. Casi hace buen tiempo. Seguimos sobre la hierba húmeda del talud que domina la carretera paralelamente. Masas aéreas rugen en el cielo estrellado sin que puedan ser distinguidas. Los angloamericanos agotan sus excedentes de carburantes y van más lejos a machacar ejércitos fantasmas o ciudades abandonadas. Nada nos impide aplicar el sistema de duermevela que pusimos a punto durante largos años de vigilia.

A las tres de la mañana, un retumbo de artillería se deja oír al Norte. Incluso el cielo ha sido impregnado de resplandores durante un momento. Todo ello ha durado tres cuartos de hora y no hemos dejado de dormir.

Ha despuntado el día muy temprano y un leve sol primaveral se desliza en el horizonte. Un coche pequeño ha llegado por la carretera. Avanzaba con prudencia, traqueteando por la calzada parcialmente hundida. Era de color de tierra y tres individuos con uniformes diferentes de los nuestros lo ocupan. En la delantera del coche había como un gran ganchillo vertical terminado en un espolón.

Vimos acercarse, con unos cascos bastante vastos, tres rostros colorados que parecían apreciar aquel *footing* matinal.

Así se me aparecieron los ingleses, los tres primeros, y hubiese sido criminal disparar sobre aquellos alegres militares. Sin embargo, uno de nosotros, un imbécil, hizo dos disparos de fusil al ras de la cabeza de los *tommies*. El vehículo, un *jeep*, dio un ligero bandazo, inició una maniobra

bastante atemorizada y dio media vuelta en un tiempo sobradamente suficiente para que nosotros pudiésemos aniquilarlo.

El anciano se indignó por la actitud del *feldgrau* que acababa de cumplir con su deber y dijo que aquel gesto desconsiderado haría acudir elementos motorizados contra los cuales no podría nada nuestra defensa. Un *hauptmann* desconcertado estuvo a punto de intervenir. Después lo pensó mejor y volvió junto a su ametrallador.

Una hora después, el ruido de numerosos motores se oyó hacia el Norte, y las predicciones del viejo soldado se realizaron. Un avión de reconocimiento evolucionó sobre nosotros y dirigió su tiro bastante preciso sobre la carretera, bajo el talud. Como orugas, reptamos hasta la hondonada y evitamos así una cincuentena de obuses de mortero que, sin duda alguna, nos habría causado graves pérdidas.

Los ingleses concluyeron probablemente con una resistencia de tiradores aislados, y nos delegaron cuatro semiorugas que vimos surgir sobre el talud con cierta angustia. Dos soldados alemanes se pusieron en pie con los brazos levantados. El Frente del Este no nos había ofrecido nunca nada semejante y estábamos perplejos en lo referente al desarrollo de los acontecimientos. ¿Iban las ametralladoras inglesas a acribillar a nuestros dos camaradas? ¿Les dispararía nuestro jefe por haberse entregado así prisioneros? No pasó nada, sin embargo. La mano del viejo, que seguía a mi lado, se cerró sobre mi antebrazo y sus labios murmuraron unas palabras:

—Vamos allá, pequeño.

Juntos, nos levantamos, otros nos imitaron y Halls se puso a mi lado sin levantar siquiera las manos al cielo. Así nos acercamos a nuestros vencedores, con el corazón palpitante y la boca seca. Fue el único miedo verdadero que me causaron los aliados, y lo habíamos provocado nosotros mismos.

Nos agruparon ruidosamente, nos fustigaron un poco y unos soldados ingleses de expresión vengativa nos empujaron sin miramientos. Bastante más habíamos visto en el seno de nuestro Ejército y principalmente a las órdenes del capitán Fink. Lo que nuestros vencedores nos hacían soportar no era nada y aparecía, a nuestros ojos, impregnado de cierta complacencia.

Así depuse las armas y los emblemas de mi segunda patria. Así terminó la guerra para mí y mis compañeros.

Fuimos trasladados de pie, el colmo de la humillación, en unos poderosos camiones que transportaban en nuestra cohorte los relieves de la victoria. Los semblantes herméticos, pero rubicundos de los ingleses persistían en no comprender por qué nuestras bocas hambrientas sonreían discutiendo. Halls recibió incluso un soberbio bofetón de un suboficial inglés sin enterarse demasiado de lo que le ocurría. Halls hacía sencillamente una comparación entre nuestras marchas forzadas en el Este y aquel traslado de prisioneros.

Después conocimos a otros hombres, unos individuos altos de semblante rosado y mofletudo, con actitudes de chulos, pero de chulos bien educados. Su porte era displicente y parecía hecho solamente para darles ocasión de contonearse. Llevaban unos uniformes de paño suave, que se hubiera dicho eran para jugar al golf, y movían constantemente las mandíbulas como rumiantes. No tenían expresión triste ni alegre, indiferente hasta a su victoria: iban como seres medio a gusto y medio obligados a una ocupación que no les entusiasmaba demasiado.

Desde nuestras filas embarradas y sarnosas, los mirábamos con curiosidad. Al final teníamos un aspecto más feliz en nuestras columnas de proscritos que ellos en su estado permanente de hombres niños para los que el paraíso es algo sin valor. Tenían aspecto de ricos en todo, excepto quizás en alegría, y su espectáculo tranquilizador nos reconciliaba con la Humanidad.

Los americanos nos humillaron igualmente. No había otro remedio, era normal. Nos agruparon en un gran campo que solamente contaba con algunas inmensas tiendas capaces escasamente para la décima parte de nosotros. La Wehrmacht, incluso prisionera, seguía organizándose. Los más débiles y enfermos ocuparon los cobijos, como en Jarkov, como en Memel y Pillau, como en pleno invierno de la estepa cuando el sufrimiento era constante.

Los americanos abrieron en medio del campo grandes cajas llenas de latas de conservas. Dispersando con el pie el montón de víveres, se alejaron, despreciativos, dejándonos el cuidado de distribuirlos. Cada uno tuvo su

parte. Los alimentos eran deliciosos, y nos olvidamos de la lluvia torrencial que transformaba el suelo en esponja.

Para colmo de lujo, las cajas contenían unas bolsitas de naranjada y de limonada en polvo. Fue una gozosa distracción para nosotros recoger agua en los pliegues de nuestras ropas y componer aquellas bebidas sabrosas. Desde su atrincheramiento, algunos americanos observaban nuestra actividad y cambiaban impresiones. Probablemente nos despreciaban por abalanzarnos así sobre unas cosas tan elementales. Quizá no éramos más que unos viles al aceptar de aquel modo las condiciones de cautiverio y de avituallamiento con la lluvia sin manifestar nuestro descontento. ¿No bastaba, entonces, nuestra situación de prisioneros para hacernos marchar silenciosamente, con ese aire insoportable que tienen las personas heridas en su orgullo? No nos parecíamos en nada a los documentales sobre las tropas alemanes que nuestros encantadores guardianes habían tenido probablemente ocasión de ver en su país, antes de embarcar para la expedición vengadora. Ni «boches» arrogantes e irascibles, ni ocasiones de castigar. Nada más que subalimentados que se avienen a comer de pie, bajo la lluvia, unas conservas faltas de aliño. Nada más que moribundos que duermen apoyados en una estaca, con una expresión de sosiego impresa en los labios. Nada más que heridos y enfermos que ni siquiera reclaman cuidados y que parecen considerarse afortunados únicamente porque pueden dormir unas cuantas horas seguidas. Todo ello era, desde luego, deprimente para los misioneros de aquella cruzada que descubrían en sus vencidos la noción de humildad.

Después somos conducidos más lejos aún. En Mannheim pasamos por un gran centro de clasificación.

Halls sigue a mi lado. También están Grandsk y Lindberg, inseparables, agrupados como en los peores momentos. Sólo ahora nos percatamos de que la guerra ha terminado realmente para nosotros. No pensamos todavía en sus secuelas. Todo es demasiado nuevo, todo es todavía demasiado presente. Conscientes de que lo peor ha pasado, los exsoldados alemanes persisten en organizarse y en facilitar la tarea de los aliados que se atosigan en el laborioso trabajo de filiación y destino de los prisioneros, con vistas a un trabajo cualquiera. Los organizadores, prisioneros y muy a menudo

harapientos, circulan entre sus elegantes vencedores ocupados en el mismo arduo menester. Acuden cigarrillos a los labios de los prisioneros sin que estos puedan ofrecer nada a cambio. Algunos han recibido hasta *chewing-gum*. Lo mascan riéndose, y luego lo tragan sin darse cuenta. Se oyen órdenes dadas en alemán por alemanes. Se forman y se rompen filas. ¿Vamos a volver a las líneas? No, la atmósfera señala buen tiempo estable. ¡Como para no creerlo! ¡No es posible! Un idiota de suboficial, siguiendo el juego, acaba de vociferar por distracción a su grupo de prisioneros:

—*Greift zum Gewehr!*¹¹¹! *Estalla una tempestad de carcajadas.*

Los americanos se ponen nerviosos, salen de sus barracones y nos riñen. Esto se pone más gracioso, pero debemos absolutamente cuidar nuestra actitud. El suboficial culpable, que de pronto se percata de lo incorrecto de su broma involuntaria, se cuadra, en espera de la regañina. Tres oficiales americanos protestan en su lengua y finalmente dirigen unas palabras de reproche al delincuente que se reprocha aún más a sí mismo.

Un poco más tarde, los cautivos hacen largas colas y pasan ante un servicio sanitario. Algunos son hospitalizados. Los demás pasan por interminables oficinas donde un servicio de reclutamiento los mandará a reconstruir las primeras ruinas de un pueblo devastado. Las comisiones de control y de verificación se suceden y estudian cada caso. Esas comisiones suelen estar constituidas por representantes de las tropas aliadas, americanas, canadienses, inglesas, francesas y belgas. Mis jirones de documentos pasan por las manos de un oficial francés que me ha mirado dos veces. Ha alzado por tercera vez sus ojos hacia mí y me ha preguntado, primero en alemán.

—¿Son esos la fecha y el lugar de su nacimiento?

—Ja. —¿Entonces...?

—Sí —digo en francés—. Soy francés por parte de padre. Hablo ahora el francés tan mal como hablaba el alemán en Chemnitz.

El oficial desconfía y me mira con recelo. Después de un silencio, prosigue en francés:

—Pero, entonces, ¿es usted francés?

No sé qué contestar, pues los alemanes me han convencido durante tres años de que soy alemán.

—Creo que sí, *Herr Major*.

—¡Cómo! ¿Cree usted que sí?

Silencio embarazado de mi parte.

—¿Qué demonios hace en este jaleo? No sé qué contestar.

—No lo sé, *Herr Major*.

—No me llame *Herr Major*, no soy ningún *Herr Major*. Llámeme «mi capitán» y sígame.

El capitán se pone en pie y yo lo sigo pisándole los talones. En las filas gris verde sucio de los vencidos, la alta silueta enflaquecida de Halls me sigue con la mirada. Le hago una leve seña significativa y murmuro:

—*Bleib hier. Halls, ich komme wieder.*

—¿Quién es ese tipo alto con quien habla usted? —pregunta el capitán, enervado.

—*Das ist mein Kamerad, Herr Kapitan.*

—Deje de hablar alemán, puesto que se acuerda del francés. ¡Vamos por aquí!

He seguido al francés por una sucesión de pasillos y el miedo de no volver a ver a Halls me invade súbitamente. Finalmente, he entrado en una oficina donde cuatro militares franceses se reían y cantaban con una muchacha que me parece que hablaba inglés.

El capitán ha dicho que yo era un caso sospechoso, y he sufrido un interrogatorio incoherente al que he tenido que contestar de una manera poco convincente. Mi cabeza no regía demasiado y lo que contestaba no parecía ser verdad.

Uno de los oficiales me acusó de traición y me trató de todo. Después, como yo seguía mostrándome apático, con una expresión ausente, se cansaron y me mandaron a una pequeña estancia del piso de arriba. Allí me dejaron abandonado un día y una noche. Pasé unas treinta horas, pensando en mis amigos y sobre todo en Halls que debía de estar esperándome en vano. Tuve el triste presentimiento de que no volvería a verlo más y una febril impaciencia me impidió dormir.

Al día siguiente por la mañana, un teniente de muy buen humor vino a liberarme. Fui conducido otra vez a la oficina de la víspera y me rogaron que me sentara. Aquello me pareció insólito y me pareció oír aquella frase por primera vez en mi vida.

Después, el joven teniente consultó unos papeles y me dirigió la palabra:

—Lo que le ha ocurrido a usted nos sorprendió un poco ayer. Sabemos ahora que los alemanes incorporaron efectivamente a sus tropas a los jóvenes cuyo padre solamente era de nacionalidad alemana. De haber sido así, hubiésemos debido guardarle a usted como prisionero cierto tiempo. Pero se trata de su madre. El caso varía y no podemos retenerlo. Me alegro por usted —prosiguió, muy amable—. Por lo tanto, le ponemos en libertad, y esto consta en los documentos que voy a entregarle. Podrá volver usted a su casa y reanudar su vida de antes.

—¡A mi casa! —exclamé, como si me hubiese hablado del planeta Marte.

El teniente me ofreció una pausa que no supe aprovechar porque me costaba darme cuenta de lo que me estaba ocurriendo y sobre todo encontrar palabras para expresarme.

—No obstante, le aconsejo, para enmendarse, que considere la conveniencia de alistarse por un período en las tropas francesas, eso incluso a fin de hacerle entrar de nuevo en el buen orden de las cosas.

Yo permanecí impasible. Pensaba sobre todo en Halls y sólo comprendía a medias las proposiciones del amable oficial.

—¿Estaría usted conforme?

—Sí, mi teniente —dije, inconsciente.

—Le felicito por esa decisión. Firme aquí.

Firmé con mi apellido francés, más intrigado por la palabra que escribía y que me parecía nueva, que por el compromiso que aceptaba sin medir su importancia.

—Será usted avisado —dijo el oficial cerrando su carpeta—. Vuelva pronto a su casa y olvide igualmente esa aventura.

Yo seguía sin saber qué decir. Hasta el buen humor del teniente se estaba cansando. Él prosiguió, sin embargo, mientras me acompañaba a la

puerta:

—¿Saben sus padres dónde está usted?

—No creo, mi teniente.

—¿No les ha escrito?

—Sí, mi teniente.

—¡Entonces! Y de sus padres, bien ha debido usted de recibir noticias, de todos modos. Bien había un correo entre los «boches».

—Sí, mi teniente, me escribieron, pero hace casi un año que no tengo noticias de ellos.

Me miró desconcertado.

—¡Qué cerdos! —dijo—. No le entregaban la correspondencia. Ande, muchacho, vuelva a su casa y olvide todo eso.

EPÍLOGO

El regreso

—¡Olvide todo eso!

En el tren que corre por la tierra de Francia, a través de la campiña soleada, la cabeza me rebota contra la madera del respaldo. Hay seres que se ríen y que tienen aspecto de pertenecer a otro mundo. Mis esfuerzos resultan vanos, el olvido permanece invisible.

Halls, al que he buscado en todas partes y no he podido encontrar, ocupa mi pensamiento, y si por mis mejillas no resbalan lágrimas es porque, hace mucho tiempo, aprendí a disimular mis penas. Halls, unido al recuerdo terrible de la guerra que ruge todavía en mis oídos. Halls, mi único amigo en este bajo mundo. Halls, que tan a menudo cuidó de mí cuando yo flaqueaba demasiado. Me era imposible olvidar todo aquello, así como a todos los demás con los que había compartido nuestra terrible adversidad. Todos los demás, con su vida tan conmovedora a la cual se había vinculado la mía.

El tren corría y me alejaba un poco más cada segundo de todo aquel pasado. Habría podido correr días enteros y conducirme al otro lado de la Tierra, que el recuerdo permanecía inmóvil a mi lado.

Después hubo una estación. Mis botas destaconadas que habían hollado la tierra de Rusia rascaron el andén de cemento. A mi alrededor, el decorado anónimo que tan bien conocía reapareció ante mis ojos desengañados. No

había cambiado nada. Parecía dormir, y estimé que mi llegada insólita podía despertarlo. Todo estaba como antes. Sólo yo había cambiado, y sentía demasiado bien que no lograba adaptarme al decorado.

Permanecí allí contemplando todas aquellas cosas que me parecían tan menguadas, y luego avancé con paso lento y vacilante.

De pronto, vi la mirada de los dos empleados que estaban en la salida y que esperaban que me dignase marcharme para disponer de su tiempo. Yo era efectivamente el último en el andén, que rápidamente había quedado despejado.

—¡Vamos, deprisa! —exclamó uno de ellos.

Me apresuré y le enseñé los papeles que me servían de billete.

—Eso tiene que enseñarlo al jefe de estación —me dijo—. Sígame.

El jefe de estación miró con aire adormilado mis papeluchos y como, por lo visto, no entendió nada, los bombardeó a taponazos.

—Mannheim —dijo—. ¿Eso está en el país de los «boches»?

—No, señor —contesté cándidamente—. Está en Alemania. Escuchó mi acento espantoso y me dio una mala mirada.

—Para mí es lo mismo —protestó.

Me quedaban nueve kilómetros que recorrer para llegar a mi casa. Sólo nueve kilómetros para cerrar mi periplo, para volver al punto cero. Hacía buen tiempo y hubiera debido correr de contento hacia la increíble realidad que se acercaba un poco más a cada paso. No obstante, la angustia me hacía un nudo en la garganta y me cortaba la respiración. Un sentimiento inexplicable me atropellaba la razón. La realidad que me rodeaba, que podía ver, tocar, gustar. La estación, cuya imagen ingenua se me había aparecido; mi pueblo, que iba a surgir dentro de poco de aquella hondonada húmeda y verde; mis padres... Mis padres a los que no había visto hacía tanto tiempo. ¡Mis padres! Una intensa emoción me impedía incluso imaginármelos.

La realidad se tornaba súbitamente enorme y me daba miedo. La fachada bordeada por una parra, que yo había abandonado tres años antes, la fachada en la que se recortaba el marco de la puerta y, en la penumbra del umbral, un hombre y una mujer aparecieron. Mentalmente seguí el perfil de aquellas siluetas y tímidamente se destacaron en el cliché velado. Después, la imagen furtiva se esfumó, como cogida en flagrante delito, como algo

prohibido. Vi también a mi hermanito. No imaginaba que hubiese podido crecer.

Un sudor malsano brotó de repente en mi cuerpo descarnado. La desesperación que se había metido en mí en el Este se veía violada de pronto por una realidad que tenía olvidada y que iba a imponerse de nuevo como si no hubiera pasado nada. La transición era demasiado grande, demasiado brusca. Hubiese hecho falta una esclusa. Halls, los otros, la guerra, todas aquellas cosas por las cuales me había visto obligado a vivir. Todos los nombres a cuyo lado había contemplado, con los ojos dilatados por el terror, venir la muerte a nosotros. Aquella muerte que habíamos podido derribar, los nombres de los que me habían ayudado terriblemente a ello. Aquellos rostros sin los cuales quizá yo no tendría ocasión de hacer estas deducciones. Todas aquellas cosas eran inconciliables con lo que me ocurría ahora. No podía olvidarlas, ni renegar de ellas, y mi posición se hacía inaguantable.

Mi mente enferma iba a la deriva como un barco cuyo timón no funciona. Ya avanzaba muy despacio al encuentro de algo que había anhelado mucho y que, bruscamente, me causaba aprensión.

Un avión apareció de pronto en vuelo rasante sobre la campiña soleada. Sin poder dominarme, me arrojé de cabeza, asustado, en una hondonada junto a la carretera. El avión zumbó un instante en la quietud y desapareció como había venido. Agarrándome al tronco de un manzano, me puse en pie, sin comprender bien lo que me había pasado. Estaba aniquilado. Mi mirada enturbiada permaneció un rato fija en la hierba que acababa de aplastar y que iba enderezándose a sacudidas. Hacía pensar en unos cabellos mal peinados. Todavía estaba amarilla del invierno que la había hecho sufrir, quizá también luchaba por volver a vivir. No estaba a mi escala, pero se parecía a la hierba de la estepa. Me pareció familiar y me dejé deslizar otra vez hacia ella. El día indiscreto pasaba a través de los tallos, me cegaba y me obligó a cerrar los ojos. Pegado a la tierra que permanecía silenciosa ante mi emoción, me sentí tranquilizado. Logré calmar mi nerviosismo y me quedé dormido.

Únicamente la muerte es definitiva, y lo que Memel no había conseguido destruir, la paz no podía pretender hacerlo. Cuando desperté,

reanudé mi camino y conecté con la continuación de mi destino. Mi sueño había durado, sin duda, muchas horas y el sol se ocultaba detrás de una colina. Llegaría con el crepúsculo, pero era preferible. Si me producía cierta aprensión comparecer bruscamente ante los míos, más temía encontrar caras conocidas que tal vez no me habían olvidado. Llegué, pues, con la luz que había deseado y avancé por la calle como si la hubiese dejado la víspera. Intenté andar con ligereza, pero cada paso resonaba en mí como el paso de parada en Chemnitz. Me crucé con unos muchachos que no me hicieron ningún caso. Al doblar la esquina, a la izquierda, iba a aparecérseme mi casa. Mi corazón no era más que un instrumento que me martirizaba el pecho.

Alguien se asomó a la esquina. Una viejecita, con los hombros cubiertos con una esclavina de colores desvaídos. Reconocí aquella esclavina. Mi madre llevaba un pequeño jarro para la leche. Se dirigía hacia una granja vecina que yo conocía muy bien. También se dirigía hacia mí y creí desfallecer. Pasó por el centro de la calle que iba oscureciéndose a dos metros de la acera herbosa en la cual yo hacía mis últimos esfuerzos.

Con los ojos empañados por la emoción, reconocí su cara.

El corazón me dio un vuelco y creí que iba a gritar.

Mi madre se alejó. Me apoyé en una pared para no caer. Un áspero sabor me llenó la boca, como si toda mi sangre se acumulase en ella. Sabía que mi madre volvería a pasar por allí al cabo de unos minutos y sentía deseos de huir. Al mismo tiempo, estaba paralizado y los minutos transcurrieron sin que yo pudiese hacer nada. Mi madre volvió, como yo había previsto dolorosamente, más macilenta aún en la oscuridad que se acentuaba.

Se acercó, se acercó... Yo no me atrevía a moverme para no asustarla. Aquello se hizo insoportable y tuve valor para llamar:

—Mamá. Mi madre volvió ligeramente la cabeza y siguió caminando.

—Mamá.

Por fin se detuvo, y yo di unos pasos hacia ella. Me miró acercarme y probablemente, a pesar de la oscuridad, mis rasgos se le aparecieron. Vi que su boca se entreabría, pero permaneció silenciosa.

No me atrevía a acercarme más, cuando me di cuenta de que ella vacilaba. El jarro rodó por el suelo, y yo recibí a mi madre en mis brazos temblorosos. Un prolongado e interminable gemido salió de sus labios y temí que acudiera gente.

Llevando casi a mi madre desvanecida, apreté el paso hacia el marco de la puerta, donde un muchacho acababa de asomarse. Aquel muchacho era mi hermano y gritó, súbitamente asustado:

—¡Papá, un señor trae a mamá! Debe de estar enferma.

Las horas han pasado. Permanezco inmóvil y callado ante mi familia que me contempla olvidando que la Tierra da vueltas. En la exigua chimenea, he visto una foto mía más joven. Junto a ella, en un vaso, unas flores humildes acaban de marchitarse.

Transcurren los minutos, el tiempo pasa, un silencio monumental permanece la historia finaliza. Hará falta tanto tiempo a quienes aguardaban como a aquel que esperaba, para aceptar la evidencia.

Comprendo asimismo que mi regreso va a traer complicaciones para todo el mundo y que también ha hecho falta entereza para no esperarlo. El vecindario no sabrá enseguida mi llegada, y nuestra dicha deberá mantenerse en la clandestinidad. La habitación de mi hermana, que durante mi ausencia se casó, será mi refugio por algunos días durante los cuales me quedaré postrado en mi fatiga anestésica.

El Ejército francés recogerá mis pasos más adelante. El dulce Ejército francés vencedor hará un pequeño hueco al vencido que soy. Será una transferencia inesperada para mi malestar. Será el cedazo que yo anhelaba. En él seré, desde luego, el «boche» maldito con el que se tiene una complacencia. Saborearé en él lo que los demás llaman aburrimiento y hasta lo apreciaré. La disciplina de antaño me permitirá ser involuntariamente el primero en las filas y deberé vigilarme para no irritar a los demás. Conoceré personas odiosas, pero también otras amables que admitirán mi aventura en su totalidad y me ofrecerán un vaso de cerveza para hacerme olvidar.

Mis padres me impondrán un silencio absoluto y nunca una conversación sobre lo que me serviría de alivio contar, será tomada en consideración.

Escucharé con mucha atención la historia de los héroes de enfrente, de los héroes a secas a los cuales no he tenido la suerte de pertenecer.

Personas odiosas me perseguirán con su maldición, no viendo en mi pasado más que una manifestación de codicia y una culpa condenable. Otros comprenderán tal vez un día que se pueden amar las mismas virtudes al otro lado de la tormenta y que el dolor es internacional.

El Ejército francés, en el cual me he alistado por tres años, sólo me guardará finalmente diez meses. A pesar de lo bien que se está en él, caeré gravemente enfermo, y a fin de cuentas me enviarán a casa.

No obstante, antes de eso, participaré en un gran desfile en París, en 1946. Un prolongado recogimiento en recuerdo de los caídos será efectuado durante el mismo. Yo agrego calladamente unos nombres:

Ernst Neubach, Lensen, Wiener, Wesreidau, Prinz, Solma, Hoth, Olensheim, Sperlovski, Smellens, Dundee, Kellermann, Freivich, Ballers, Frosch, Woortenbeck, Siemenleis...

Me niego a añadir el de Paula... No olvidaré nunca el de Halls, ni tampoco los de Lindberg, Pferham y Wollers... Y su recuerdo permanece en mí como una ferviente plegaria.

Hay, también, otro nombre que debo olvidar. Se llamaba Sajer y creo habérselo perdonado.



GUY SAJER. Es el seudónimo de Guy Mouminoux (París, 13 enero de 1927), autor de *Le soldat oublié* (1967).

Su padre era francés y su madre alemana y vivía en Alsacia al comenzar la guerra, territorio incorporado por Hitler a la Gran Alemania. Guy Sajer terminó como soldado alemán haciendo la guerra en el frente del Este, la Unión Soviética. Tenía apenas 17 años y estaba convencido, gracias a la eficaz propaganda del régimen, de que Hitler era un verdadero caudillo y de que el ataque a los rusos se justificaba plenamente. No albergaba dudas existenciales o políticas y estaba orgulloso de su pequeño papel en la gran campaña. Así, en julio de 1942, un año después de la invasión, el soldado de segunda clase Sajer se incorporó al combate. En tres años recorrerá parte de la Unión Soviética y acompañando el retroceso los ejércitos combatirá en la desesperada defensa de Prusia. En tres años el joven se convertirá en adulto a pesar suyo, y con una suerte increíble podrá sobrevivir a las peores situaciones de una guerra que dejó a la mayor parte de sus camaradas por el camino. Perteneciendo a la división *Gross Deutschland*, una unidad de elite del ejército alemán, vivió la implacable disciplina impuesta a los soldados alemanes, y también la crueldad de un frente que fue, con mucho, el más duro de todos los frentes de la segunda guerra mundial, una guerra de aniquilación y de venganza.

Después de la guerra y a partir de 1946, Guy Sajer trabajó como dibujante de cómics bajo los seudónimos de Dimitri y Dimitri Lahache.

Notas

[*] Las equivalencias en las graduaciones no se ajustan necesariamente a las del Ejército español actual. Se ha aplicado un criterio general comprensible no solamente en España sino también en buena parte de Iberoamérica (N. del E.). <<

[1] Nombre por el que se denominaba a los soldados alemanes a partir del color gris verde de su uniforme (N. del T.). <<

[2] Cañones antitanque (N. del T.). <<

[3] Ametralladora anticarro y antiaérea. <<

[4] Vela (N. del T.). <<

[5] Soldados de infantería alemanes (N. del T.). <<

[6] Forma coloquial para referirse a los policías alemanes y parisinos (N. del T.). <<

[7] Amigo. <<

[8] Vestido ucraniano. <<

[9] Yo sirvo. <<

[10] Avión de reconocimiento ruso vulgarmente llamado «máquina de coser» por los *landser* a causa del ruido que hacía. <<

[11] ¡A vuestras armas! (N. del T.). <<